

A close-up photograph of a man's face, focusing on his eyes and the area around his mouth. A black rectangular bar is placed over his mouth, with the word 'LA' written in white capital letters inside it. The background is dark and out of focus.

DAVID BALDACCI

«DAVID BALDACCI ES EL NUEVO MONARCA DEL BESTSELLER.» EL SEMANAL

LA

PURA

VERDAD

Lectulandia

Un oficial negro lleva 25 años en una prisión militar acusado de asesinar salvajemente a una niña blanca. Él sabe que sí la mató, pero no sabe por qué. No imagina que actuaba como cobaya de un siniestro programa experimental de utilización de drogas... Desde escenas de salvaje violencia hasta los intrincados y secretos procedimientos del Tribunal Supremo, esta novela de David Baldacci rebosa de pasión; un relato electrizante hasta su inesperado final.

Lectulandia

David Baldacci

La pura verdad

ePub r1.0
algarri 29.11.14

Título original: *The Simple Truth*

David Baldacci, 1999

Traducción: Carles Urritz

Editor digital: algarri

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Michelle:

«La pura verdad es que mi vida no marcha sin ti».

Este libro está también dedicado con todo mi cariño a la memoria de
Brenda Gayle Jennings,
una niña especial.

La verdad pocas veces es pura y nunca simple.

Oscar Wilde

En esa prisión las puertas tienen un grosor de varios centímetros, son de un acero en su momento de un pulido impecable y en la actualidad lleno de muescas. Huellas de rostros, rodillas, codos, dientes; una gris superficie que ha ido acumulando restos de sangre. Jeroglíficos carcelarios: el dolor, el miedo, la muerte, todo queda reflejado de manera permanente allí, por lo menos hasta que se cubre con una nueva plancha metálica. Las puertas tienen una abertura cuadrada al nivel de los ojos, a través de la cual los guardianes observan y proyectan brillantes conos de luz sobre el rebaño humano que tienen bajo su custodia. Sin previo aviso, las porras golpean contra el metal arrancando detonaciones. Los veteranos lo soportan bien, con la mirada fija en el suelo —cuidando de sus vidas—, en un sutil acto de rebeldía del que nadie se percata, que a nadie importa. Los novatos se ponen nerviosos con los estampidos y la luz; algunos sienten resbalar gotas de orina debajo del pantalón de algodón, y observan cómo siguen su curso por encima de los negros zapatos. Lo superan pronto, le atizan a la maldita puerta, reprimen las pueriles lágrimas y la efusión biliosa. Si quieren sobrevivir.

De noche, en las celdas de la cárcel reinaría la oscuridad uniforme de una cueva si no fuera por las curiosas formas que se entrevén aquí y allí. Ahora una tormenta eléctrica envuelve la zona. Los rayos iluminan fugazmente las celdas a través de las pequeñas ventanas de plexiglás y reproducen en el muro opuesto el dibujo poligonal del alambre de gallinero pegado al cristal.

Con esa luz el rostro del hombre surge de la oscuridad como si se hubiera partido de repente la cortina de agua. A diferencia de los que se encuentran en las otras celdas, él está solo, sentado y pensativo. Los demás presos le temen; los guardianes también, a pesar de que van armados, pues es un hombre de proporciones intimidatorias. Cuando pasa cerca de los demás condenados, hombres curtidos y violentos, todos apartan la mirada.

Se llama Rufus Harms y en la prisión militar de Fort Jackson tiene fama de exterminador. Si te acercaras a él, te aplastaría. Nunca da el primer paso, pero sí el último. Veinticinco años de condena han afectado considerablemente a ese hombre. Como los anillos marcan la edad de un árbol, los surcos de las cicatrices y las mal curadas fracturas de los huesos conforman la crónica de la estancia de Harms en ese lugar. No obstante, el peor deterioro se encuentra en el fino tejido de su cerebro, en los centros de su humanidad: el recuerdo, el pensamiento, el amor, el miedo, todo mancillado, todo vuelto contra él. Pero sobre todo el recuerdo, un humillante tumor de hierro en el ápice de su columna vertebral.

Sin embargo, ese enorme cuerpo conserva aún una fuerza considerable, patente en los largos y nudosos brazos, en la contundencia de los hombros. Incluso la amplia circunferencia de la cintura promete una potencia excepcional. Pero Harms sigue siendo un roble singular, cuyo crecimiento han detenido, con algunas ramas muertas

o moribundas, que ya no pueden contar con el remedio de la poda, y las raíces disparadas hacia afuera en uno de los lados. Encarna una contradicción: un hombre amable, respetuoso con los demás, fiel a su Dios, proyectado de forma irreversible en la imagen de un despiadado asesino. Precisamente por ello los guardianes y los otros presos permiten que esté a sus anchas. Y con eso él tenía bastante. Hasta ese día. Su hermano le ha traído un saquito de oro, una oleada de esperanza. La salida de ese lugar.

Otra irrupción de luz muestra sus ojos, de un rojo profundo, ensangrentados se diría, si uno no viera las lágrimas que salpican su oscuro y duro rostro. Cuando desaparece la luz, alisa el pedazo de papel, cuidando de no hacer ruido alguno que invite a los guardianes a husmear. Hace ya unas horas que se han apagado las luces, situación que él no puede alterar. Desde hace un cuarto de siglo su oscuridad acaba con el alba. De todas formas, poco importa la ausencia de luz. Harms ya ha leído la carta, absorbido cada una de sus palabras. Cada sílaba le estremece. En la parte superior del papel aparece el emblema del ejército de Estados Unidos de América. Él conoce bien ese símbolo. El ejército ha sido su patrón, su guardián durante casi treinta años.

El ejército pedía información a Rufus Harms, un fracasado y olvidado soldado raso de la época de Vietnam. Información detallada. Una información que escapaba a las posibilidades de Harms. Recorriendo la carta con dedo certero en la oscuridad, Harms situó el punto que había despertado unos fragmentos de recuerdo a la deriva durante todos esos años. Aquellas partículas generaron la incapacitación de la eterna pesadilla, si bien su núcleo le pareció siempre fuera de su alcance. Tras leer por primera vez la carta, Harms hundió completamente la cabeza en el papel como si pretendiera que le revelara el oculto significado de sus caracteres para resolver el inmenso misterio de su vida mortal. Esa noche, los retorcidos fragmentos de pronto se habían fusionado en un firme recuerdo, en la verdad. Por fin.

Hasta el momento en que leyó la carta del ejército, Harms poseía únicamente dos recuerdos definidos de aquella noche de veinticinco años atrás: la niña y la lluvia. Había sido una dura tormenta, muy parecida a la de la noche presente. La niña tenía unos rasgos delicados; la nariz era tan solo un brote de cartílago; el rostro aún no estaba marcado por el sol, la edad o las preocupaciones; sus fijos ojos eran azules e inocentes, con las ambiciones de la larga vida que tenía por delante todavía en proceso de formación en sus profundidades. La piel ofrecía un blanco de azúcar, sin mancha, a excepción de las rojas marcas en el cuello frágil como el tallo de una flor. Aquellas marcas las habían originado las manos del soldado raso Rufus Harms, las mismas manos que agarraban ahora la carta mientras su mente se precipitaba peligrosamente hacia esa imagen.

Cada vez que pensaba en la niña muerta, lloraba, no podía evitarlo, aunque lo hacía en silencio. Los guardianes y los presos eran aves de rapiña, tiburones, olían la sangre, la debilidad, cualquier brecha a millones de kilómetros; lo detectaban en el

temblor de los ojos, en los poros de la piel, incluso en el hedor del cuerpo. Allí todos los sentidos se intensificaban. Allí, la fuerza, la rapidez, la dureza, la habilidad equivalían a la vida. O tal vez no.

Estaba arrodillado a su lado cuando los encontró la PM. El fino vestido pegado al cuerpo diminuto, que se había hundido en la tierra empapada, como si lo hubieran arrojado desde una gran altura a la tumba menos profunda del mundo. Harms había levantado la vista una sola vez hacia el hombre de la PM, pero su cerebro no registró más que un embrollo de oscuras siluetas. Nunca había experimentado aquella sensación de rabia, incluso cuando la náusea se apoderó de él, sus ojos se desenfocaron y el pulso, la respiración y la tensión sanguínea se precipitaron. Se agarró la cabeza para evitar que el cerebro saliera disparado a través de los huesos del cráneo y estallara en el aire húmedo.

Cuando bajó de nuevo la vista hacia la niña muerta, y a continuación hacia las dos temblorosas manos que habían acabado con su vida, la rabia se había escurrido de él, como si alguien hubiera retirado un tapón en su interior. Curiosamente, las funciones de su cuerpo parecieron detenerse, y Harms no pudo hacer otra cosa que permanecer arrodillado, empapado, temblando, con las rodillas profundamente hundidas en el barro. Un alto y negro brujo uniformado de verde presidiendo el sacrificio de una pálida niña: así fue como lo describió uno de los atónitos testigos.

Al día siguiente supo el nombre de la chica: Ruth Ann Mosley, de diez años, de Columbia, Carolina del Sur. Ella y su familia habían ido a visitar a su hermano, destinado en la base. Aquella noche, Harms conoció a Ruth Ann Mosley tan solo como cadáver, un cadáver pequeño —diminuto, en realidad— en comparación con su enorme cuerpo: metro noventa, ciento treinta kilos. La borrosa imagen de la culata del fusil que uno de los PM dirigió contra su cráneo. Fue el último destello que guardó Harms de aquella noche. El golpe lo arrojó al suelo, al lado de la niña. El rostro sin vida de ella estaba vuelto hacia arriba, y sus pliegues recogían las gotas de lluvia. Con el suyo hundido en el fango, Rufus Harms no vio nada más. No recordó nada más.

Hasta esa noche. Llenó los pulmones con aquel aire saturado de humedad y miró por la ventana medio abierta. De repente era aquella quieta bestia rara: un hombre inocente en la cárcel.

Con el correr de los años se había convencido de que el mal había estado al acecho, como un cáncer en su interior. Incluso había pensado en el suicidio, como castigo por haber robado la vida de una persona; más aún, la de una niña. Pero él era profundamente religioso, no tenía nada que ver con el preso que acude deprisa y corriendo al Señor. Así pues, no podía cometer el pecado de quitarse la vida. Se percataba asimismo de que el asesinato de la niña le había condenado a una vida mil veces peor que la que estaba soportando en aquellos momentos. No estaba dispuesto a arrojarse en sus brazos. Prefería aquel lugar, la prisión construida por el hombre, de momento.

Entonces comprendió que su decisión de vivir había sido correcta. Dios lo sabía, le había mantenido vivo para ese momento. Recordó con asombrosa claridad al hombre que había ido por él aquella noche en la prisión militar. Evocó los contorsionados rostros, las rayas de los uniformes que llevaban algunos de ellos: sus compañeros de armas. Recordó cómo lo rodearon, como lobos alrededor de la presa, envalentonados por ser muchos, el odio que encerraban sus palabras. Lo que ellos habían hecho aquella noche había provocado la muerte de Ruth Ann Mosley. Y en un sentido muy real, también Harms había muerto.

Para aquellos hombres, Harms era un soldado robusto que nunca había luchado en defensa de su país. Merecía lo que le ocurriera. Actualmente era un hombre de mediana edad que moría lentamente, enjaulado por un crimen ocurrido hacía muchísimo tiempo, y ningún indicio le permitía suponer que alguna acción acorde con la justicia se hubiera emprendido en favor de él. Y a pesar de todo, Rufus Harms clavó la vista en la familiar oscuridad de su cripta y su pasión lo llenó de energía: tras veinticinco años hostigado por un terrible y doloroso sentimiento de culpabilidad que le había dejado poco más que una vida destrozada, sabía que ahora les tocaba a ellos sufrir. Sujetó con fuerza la maltrecha Biblia que le había regalado su madre y se encomendó a Dios, que nunca le había abandonado.

Los peldaños que subían hacia la sede del Tribunal Supremo de Estados Unidos de América eran anchos y parecían no tener fin. El laborioso ascenso equivalía a la penosa subida al monte Olimpo para solicitar una audiencia con Zeus. Sobre la puerta de entrada se habían grabado las palabras «*Equidad bajo la ley*». La frase no procedía de un importante documento ni de una resolución del Tribunal, sino de Cass Gilbert, el arquitecto que había diseñado y construido el edificio. Era una cuestión de espacio: las palabras se ajustaban perfectamente al área que Gilbert había reservado para una frase jurídica memorable.

El majestuoso edificio tenía cuatro plantas. Curiosamente, el Congreso había destinado los fondos para su construcción en 1929, el año en que el crac de la Bolsa propició la Gran Depresión. Casi una tercera parte de los nueve millones de dólares que había costado el edificio se habían empleado en la compra de mármol. En el exterior, Vermont puro, transportado por una legión de vehículos; en las cuatro salas interiores, roca cristalina de Georgia; y en la mayor parte de suelos y muros internos, a excepción del Gran Vestíbulo, lechosa piedra de Alabama. Y también un mármol italiano más oscuro y piedra africana en otros lugares. Habían construido las columnas del vestíbulo con bloques de mármol italiano de Montarrenti, trasladado en barco a Knoxville, Tennessee. Allí, unos hombres corrientes batallaron para obtener de esos bloques las piezas de nueve metros de altura que iban a servir de base al edificio que desde 1935 había constituido el hogar profesional de nueve hombres y, desde 1981, como mínimo de una mujer, todos ellos de una capacidad extraordinaria. Los defensores del edificio lo consideraban un extraordinario ejemplo del estilo corintio de la arquitectura griega. Sus detractores lo menospreciaban, tildándolo de palacio propio de los demenciales apetitos de los reyes, en lugar de sede de la administración racional de justicia.

Con todo, desde la época de John Marshall, el Tribunal había defendido e interpretado la Constitución, y podía declarar inconstitucional una ley del Congreso. Aquellas nueve personas eran capaces de ordenar a un presidente sentado en el banquillo que prestara atención a unas cintas y documentos que probablemente le forzarían a dimitir. La judicatura estadounidense, encabezada por el Tribunal Supremo, era, como el Congreso y el poder ejecutivo heredado de los Padres Fundadores, una rama del gobierno. Y ejercitaba ese gobierno, puesto que el Tribunal Supremo modelaba la voluntad del pueblo estadounidense con sus decisiones en cualquier cuestión significativa.

Aquel anciano que avanzaba por el Gran Vestíbulo continuaba esa honrosa tradición. Era un hombre alto, huesudo, de apacibles ojos castaños que no requerían gafas a pesar de haber pasado décadas leyendo letra pequeña. Casi no le quedaba pelo y cojeaba ligeramente; con los años se le habían encorvado los hombros. Con todo, Harold Ramsey, presidente del Tribunal Supremo, transmitía una inquieta energía, y

su aguda inteligencia compensaba con creces cualquier rémora física. Incluso su andar parecía obedecer a propósitos inquebrantables.

Era el jurista de mayor rango del país, y aquel era su Tribunal, su edificio. Desde hacía mucho tiempo los medios de comunicación lo llamaban «Tribunal Ramsey», como habían hecho con el Tribunal presidido por Warren y con los anteriores: era su legado. Ramsey llevaba su tribunal de manera estricta y justa, improvisando una mayoría consistente que llevaba ya diez años funcionando. Le encantaban los tejemanejes que tenían lugar entre bastidores. Una palabra o un párrafo oportunos aquí o allá, ceder algo en un punto para una compensación posterior, la paciente espera de un caso apropiado como moneda de cambio, a veces bajo formas inesperadas para sus colegas. Los cinco votos necesarios para una mayoría constituían una obsesión para Ramsey.

Había llegado al Tribunal en calidad de juez adjunto, y diez años más tarde fue elevado a la cúspide. En teoría, simplemente el primero entre iguales, aunque en realidad era mucho más que eso. Ramsey era un hombre de profundas creencias y con una filosofía definida. Por suerte para él, le habían nombrado miembro del Tribunal en una época en que el proceso de selección no estaba marcado por la complejidad política actual. Por aquel entonces no se planteaban fastidiosas cuestiones legales sobre temas como el aborto, la pena capital y la discriminación positiva, que más adelante pesaron en el altamente politizado proceso de llegar a presidente del Tribunal Supremo. Por aquel entonces, cuando el presidente te proponía y poseías el historial imprescindible, sin trapos sucios que ocultar, la entrada era inmediata.

El Senado había ratificado a Ramsey de forma unánime. En realidad, no tuvo otra alternativa. Sus antecedentes académicos y jurídicos eran de primer orden. Numerosos títulos, todos de universidades de la Ivy League, y siempre el primero de la promoción. Contaba asimismo con un período docente galardonado, en el que expuso sus arrolladoras teorías sobre la dirección que debía tomar la ley y, por extensión, la humanidad. Accedió luego al Tribunal de apelación federal, convirtiéndose en poco tiempo en su presidente. Durante el tiempo que permaneció allí, el Tribunal Supremo jamás revocó ninguno de sus dictámenes por mayoría. Con los años había establecido una adecuada red de contactos y había llevado a cabo lo imprescindible para alcanzar la posición que ahora ocupaba y mantenía rigurosamente consolidada.

Se había ganado esa posición. Nunca le habían regalado nada. Aquella era una de sus firmes creencias. En Estados Unidos quien trabajaba duro triunfaba. Nadie tenía derecho a la dádiva, ni los pobres ni los ricos, ni los de clase media. Estados Unidos era el país de las oportunidades, pero uno debía trabajar, sudar y sacrificarse para alcanzar la recompensa. Ramsey no soportaba escuchar las excusas de quienes no avanzaban. Se había criado en un ambiente de pobreza atroz, con un padre que bebía en exceso y le maltrataba. Nunca encontró consuelo en su madre; su padre había pisoteado todo el instinto maternal que ella pudiera haber albergado. No podía decirse

que Ramsey hubiera tenido unos inicios prometedores, y había que ver dónde se encontraba. Si él había podido sobrevivir y destacar, los demás también podían hacerlo. Si no lo conseguían, era culpa de ellos, y Ramsey no atendía a razones.

Soltó un suspiro de satisfacción. Acababa de empezar otro año judicial en el Tribunal y todo iba como una seda. Había surgido, sin embargo, una complicación. La cadena tenía la fuerza de su eslabón más débil, el potencial Waterloo. Las cosas marchaban bien de momento, pero ¿qué ocurriría después de cinco años de rodaje? Siempre había que abordar esos problemas sin dilaciones, antes de que se convirtieran en imposibles de manejar.

Se acercaba el momento de competir con Elizabeth Knight, una mujer tan inteligente como él y quizás igual de rigurosa. Ramsey lo sabía desde el día en que se había aprobado su candidatura. Sangre joven y femenina en un tribunal de hombres mayores. Se había ocupado de ella desde el primer día. Le había asignado dictámenes cuando creía que ella nadaba entre dos aguas, con la esperanza de que la responsabilidad de redactar un borrador la situaría firmemente en el campo de él. Intentó mantenerla bajo su influencia, orientarla a través de la complejidad de los procesos del Tribunal. Pero ella había evidenciado una clara y obstinada propensión a la independencia. Algunos miembros del Tribunal mostraban una actitud displicente, bajaban la guardia, y como consecuencia, otros más diligentes les arrebataban el liderazgo. Había decidido no pertenecer nunca a ese grupo.

—Murphy está preocupado por el caso Chance —dijo Michael Fiske a Sara Evans.

Se encontraban en el despacho de ella, en la primera planta del edificio del Tribunal. Michael medía metro ochenta y cinco, era apuesto y lucía las garbosas proporciones del atleta que había sido tiempo atrás. La mayoría de agentes judiciales trabajaban durante un año en el Tribunal Supremo antes de pasar a algún cargo de prestigio en el sector privado, en el servicio público o en el ámbito académico. Michael iniciaba su tercer año, algo bastante insólito, como secretario del magistrado Thomas Murphy, el legendario progresista del Tribunal.

Michael poseía una mente verdaderamente excepcional. Su cerebro era algo así como una máquina clasificadora de dinero: los datos entraban y con gran celeridad se aposentaban en el sitio adecuado. Era capaz de evaluar un sinfín de complejas situaciones y determinar qué consecuencias tendrían. En el Tribunal trabajaba satisfecho en casos de importancia nacional, rodeado de individuos de afilado intelecto. Michael había descubierto que, incluso en el contexto del riguroso discurso intelectual, había tiempo y posibilidades para algo más profundo que las crudas palabras de las leyes. Realmente no quería abandonar el Tribunal Supremo. El mundo exterior no le atraía.

Sara parecía inquieta. Murphy había votado por la vista del caso Chance; se habían presentado las argumentaciones orales y se estaba preparando el informe del tribunal. Sara había cumplido veinticinco años, medía metro sesenta y cinco y era

delgada, si bien su cuerpo mostraba unas sutiles curvas. En el rostro muy bien perfilado destacaban unos grandes ojos azules. Lucía una espesa cabellera de color castaño claro —que adoptaba un tono más claro en verano—, de la que se desprendía un perfume fresco y agradable. Era la secretaria de la magistrada Elizabeth Knight.

—No lo entiendo. Creía que él nos respaldaba. Es el caso ideal para él. Una persona insignificante contra la colosal burocracia.

—Además cree firmemente en lo de sentar precedente.

—¿Incluso cuando se equivoca?

—Estás llevando el agua a tu molino, Sara; pero he decidido pasarlo por alto. Knight no conseguirá cinco votos sin él, incluso quizás con el suyo no baste.

—¿Qué quiere él, pues?

Así iban las cosas casi siempre. La célebre red de los secretarios. Presionaban, discutían y negociaban los votos, como la mayoría de los descarados charlatanes políticos. Correspondía a los magistrados actuar en busca de votos o para obtener una expresión concreta en un dictamen, una incorporación o supresión, pero concernía también a los secretarios. Y la mayoría de ellos se lo tomaban muy en serio. Era algo así como una interminable columna de cotillees con intereses nacionales en juego. Y todo ello en manos de gente de veinticinco años, en su primer puesto de trabajo importante, ni más ni menos.

—En realidad él no discrepa del punto de vista de Knight. Aunque si ella consigue cinco votos habrá que considerar el dictamen con mucho cuidado. Él no está dispuesto a ceder. Fue militar durante la Segunda Guerra Mundial. Siente un gran respeto por el ejército. Cree que merece una consideración especial. Hay que tenerlo en cuenta cuando se prepare el borrador del dictamen.

Ella asintió con la cabeza. El historial de los magistrados tenía un papel más importante de lo que sospechaba la mayoría a la hora de tomar decisiones.

—Gracias. Pero, en primer lugar, Knight debe formarse una opinión.

—Y la tendrá. Ramsey no va a votar para invalidar los casos Feres y Stanley, eso está claro. Probablemente Murphy vote a favor de Chance. El tiene el voto de calidad. Suponiendo que ella consiga cinco votos, él cederá a Knight su cartucho. Si ella está a la altura de las circunstancias, y con eso me refiero a que prescindas del lenguaje radical, estamos todos salvados.

Estados Unidos de América contra Chance era uno de los casos más importantes de aquel año. Barbara Chance había estado en el ejército como soldado raso. Había sufrido intimidaciones y acosos; la habían amenazado para que mantuviera relaciones sexuales con algunos de sus superiores. El caso había seguido su curso por los canales internos del ejército, y como consecuencia de ello un hombre había sido juzgado en consejo de guerra y encarcelado. No obstante, Barbara Chance no se sentía satisfecha. Tras abandonar el ejército, lo había demandado por daños y perjuicios, aduciendo que había permitido la existencia de un entorno hostil a ella y a otras mujeres alistadas.

La demanda fue pasando por los canales legales adecuados y Chance perdió en cada instancia. Pero era una causa con aspectos legales bastante confusos, y acabó como un gigantesco atún arrojado ante la puerta del Tribunal.

La justicia ordinaria afirmaba que Chance no tenía ninguna posibilidad de éxito, pues los militares eran prácticamente inmunes a los efectos de una demanda por daños y perjuicios, cualquiera que fuese el hecho presuntamente delictivo. Sin embargo, los magistrados podían cambiar la jurisprudencia. Knight y Sara Evans trabajaban con tesón entre bastidores para conseguirlo, y el apoyo de Thomas Murphy era imprescindible. Tal vez Murphy no optara por acabar totalmente con la inmunidad de los militares, pero como mínimo el caso Chance podía abrir una grieta en el impenetrable muro del ejército.

Parecía prematuro discutir la resolución de una causa cuya vista no se había celebrado aún, si bien en muchos casos, y para muchos magistrados, la lectura de pruebas carecía de interés. En el caso Chance casi todos tenían ya su opinión formada. La fase de discusión del proceso servía a los magistrados para mostrar sus posiciones y preocupaciones ante sus colegas, a menudo recurriendo a hipótesis extremas, que en realidad eran tácticas intimidatorias, como diciendo: «¿Ves lo que puede suceder, estimado colega, si votas en este sentido?».

Michael se levantó y miró a Sara. Gracias a su insistencia ella había decidido seguir un año más en el Tribunal. La joven, criada en una pequeña explotación agrícola de Carolina del Norte, se había educado en Stanford y, al igual que los demás funcionarios del Tribunal, le esperaba un extraordinario futuro profesional en cuanto lo abandonara. El simple hecho de poder incluir un período de práctica en el Tribunal Supremo en el currículum proporcionaba a un abogado una llave de oro para entrar en el lugar que le apeteciera, algo que no obstante había afectado de forma negativa a algunos funcionarios, que se otorgaban más importancia de la que permitía su talento. No obstante, Michael y Sara no habían experimentado cambio alguno; y aquella era una de las razones, además de la inteligencia, el atractivo físico y la inusual y equilibrada personalidad de Sara, por la que Michael le había formulado una pregunta importantísima hacía una semana, y a la que esperaba recibir respuesta pronto. Nunca había sido una persona paciente.

Sara levantó la vista hacia él, a la expectativa.

—¿Has pensado en la pregunta que te hice?

Ella ya imaginaba que llegaría. Llevaba demasiado tiempo evitando el tema.

—No he pensado en otra cosa.

—Dicen que la tardanza es mala señal. —Michael lo dijo en son de broma, pero resultaba evidente que el humor era forzado.

—Me caes muy bien, Michael.

—¿Caer bien? ¡Vaya, otra mala señal! —De pronto su rostro reflejó sus sentimientos.

Ella negó con la cabeza.

—Lo siento.

Michael se encogió de hombros.

—No creo que lo sientas tanto como yo. Nunca había pedido a nadie que se casara conmigo.

—Y es también la primera propuesta que recibo. Y no te imaginas cuánto me halaga. Tú lo tienes todo.

—Menos una cosa. —Se miró las manos, que le temblaban ligeramente. De repente le pareció que la piel se le ponía tirante en todo el cuerpo—. Respeto tu decisión. No soy de los que creen que con el tiempo uno puede aprender a amar a otra persona. Es algo que está ahí o no.

—Encontrarás a alguien, Michael. Y esa mujer será muy afortunada. —Sara se sentía muy incómoda—. Espero que eso no signifique perder a mi mejor amigo en el Tribunal.

—Puede que sí. —Levantó la mano cuando ella se dispuso a protestar—. Era broma. —Suspiró—. No sé si te pareceré egoísta, pero es la primera vez en mi vida que me enfrento a un rechazo.

—Ojalá mi vida hubiera sido tan fácil. —Sara sonrió.

—No lo dices en serio. Eso convierte el rechazo en algo mucho más difícil de aceptar. —Se dirigió hacia la puerta—. Seguimos siendo amigos, Sara. ¡Me lo paso muy bien contigo! No soy tan tonto como para perdérmelo. Tú también encontrarás a alguien, que se sentirá muy afortunado. —No la miró al añadir—: Por cierto, ¿lo has encontrado ya?

Ella se sobresaltó.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Llamémosle sexto sentido. Se asume mejor la derrota si se conoce la causa.

—No hay otro —se apresuró a decir ella.

Michael no parecía muy convencido.

—Ya hablaremos luego.

Sara le observó alejarse, muy preocupada.

—Recuerdo mis primeros años en el Tribunal. —Ramsey miraba a través de la ventana, esbozando una sonrisa.

Tenía frente a él a Elizabeth Knight, la adjunta que llevaba menos tiempo en el Tribunal. Había cumplido ya los cuarenta y cinco años, era de estatura mediana, delgada, con una larga cabellera morena recogida en un tosco y poco favorecedor moño. Sus facciones eran angulosas y su piel no mostraba arruga alguna, como si nunca hubiera estado al aire libre. Se había granjeado enseguida la fama de ser uno de los mejores interpeladores en las pruebas orales y la persona más trabajadora de la magistratura.

—Seguro que el recuerdo sigue vivo. —Knight se apoyó en el respaldo de la silla

mientras repasaba mentalmente su plan de trabajo para el resto del día.

—Fue un proceso de aprendizaje.

Ella le miró a los ojos. Ramsey había fijado también la vista en ella, entrelazando aquellas largas manos en la nuca.

—En realidad, tardé cinco años en formarme una idea de todo esto —siguió Ramsey.

Knight consiguió no esbozar una sonrisa.

—Es usted excesivamente modesto, Harold. Estoy convencida de que antes de pasar la puerta ya se lo sabía todo.

—En serio, es algo que exige tiempo. A pesar de que disponía de referencias. Félix Abernathy, el amigo Tom Parks. A uno no debe avergonzarle respetar la experiencia de los demás. Todos pasamos por ese proceso de adoctrinamiento. Aunque usted haya progresado con más rapidez que la mayoría... —dijo, para añadir enseguida—: aquí, la paciencia sigue siendo una virtud muy valorada. Tan solo lleva tres años con nosotros. Yo hace más de veinte que considero esto como mi hogar. Espero que me comprenda.

Knight disimuló una sonrisa.

—Comprendo que le inquietara un poco que yo acaudillara la inclusión del caso Chance.

Ramsey se incorporó en su asiento.

—No dé crédito a todos los rumores que circulan por aquí.

—Al contrario, los comentarios de pasillo me han parecido muy acertados.

Ramsey volvió a apoyarse en el respaldo del sillón.

—Pues debo admitir que me sorprendió un poco. El caso no presenta complejidades legales que exijan nuestra intervención. ¿Me explico? —dijo, extendiendo las manos.

—¿En su opinión?

Un matiz rojizo apareció en el rostro de Ramsey.

—En la opinión de este Tribunal durante los últimos quince años. Todo lo que le pido es que muestre el debido respeto a esos precedentes.

—No encontrará a nadie que tenga más respeto que yo por la institución.

—Me alegra oírlo.

—Y consideraré encantada sus opiniones sobre el caso Chance tras las argumentaciones.

Ramsey la miró algo desanimado.

—Será una discusión muy corta, teniendo en cuenta lo poco que se tarda en decir sí o no. Hablaré sin rodeos: al final del día contaré al menos con cinco votos y usted, no.

—Piense que he convencido a tres magistrados para que voten la celebración de la vista.

Ramsey parecía a punto de soltar una carcajada.

—Enseguida comprobará la enorme diferencia existente entre los votos para celebrar una vista y los votos para decidir si eso es o no disparatado. Se lo aseguro, tendré la mayoría.

Knight le dirigió una agradable sonrisa.

—Su seguridad resulta estimulante. Esa puede ser una de las lecciones que yo deba aprender...

Ramsey se levantó para marcharse.

—Reflexione también sobre esta: los pequeños errores suelen llevar a los grandes. Nuestro cargo es para toda la vida, y todo lo que uno posee es su reputación. Una vez que desaparece, no se recupera. —Se dirigió hacia la puerta—. Que tenga un día fructífero, Beth —añadió antes de salir.

Rufus? —Cauteloso, Samuel Rider apretó el auricular contra su oreja—. ¿Cómo me

has localizado?

—No se encuentran muchos abogados por aquí, Samuel —dijo Rufus Harms.

—Ya no ejerzo en la jurisdicción militar.

—Imagino que compensa estar fuera.

—Algunos días echo de menos el uniforme —mintió Rider. Había entrado en las fuerzas armadas, por fortuna con el título de abogado bajo el brazo, y había escogido un puesto seguro en el Juzgado Militar tras cargar aterrorizado con un arma por las selvas de Vietnam como marine: un objetivo fácil para el enemigo.

—Tengo que verte. No voy a contarte por qué por teléfono.

—¿Qué tal en Fort Jackson? Me enteré de que te habían trasladado allí.

—Perfecto. La cárcel está bien.

—No me refería a eso, Rufus. Pero me ha extrañado que te hayas puesto en contacto conmigo después de tanto tiempo.

—Sigues siendo mi abogado, ¿no?, después de la única ocasión en que he necesitado uno.

—Tengo una agenda bastante apretada... —La mano de Rider se crispó un poco sobre el teléfono al oír las palabras que pronunció Harms a continuación.

—Tengo que verte mañana mismo, Samuel. ¿No crees que me lo debes?

—Hice lo que pude por ti en aquellos momentos.

—Aceptaste el acuerdo sin rechistar.

—No —replicó Rider—, negociamos un acuerdo previo con el fiscal, y el tribunal dio el asunto por zanjado. No se podía hacer nada mejor.

—Tú no intentaste luchar. La mayoría suele hacerlo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Se aprende mucho en la cárcel.

—Ten en cuenta que no se puede diferir la sentencia. Sabes perfectamente que expuse el caso a los miembros del tribunal.

—Pero no llamaste a un solo testigo; a mi entender no hiciste casi nada.

—Hice lo que pude. Ten presente, Rufus, que podían haberte ejecutado. Con una niña blanca y tal... Habrían reclamado el primer grado, ellos mismos me lo dijeron. Salvaste el pellejo.

—Mañana, Samuel. Hacia las nueve de la mañana. Y muchas gracias. Gracias de verdad. Ah, y trae también una radio portátil.

Antes de que Rider pudiera preguntarle nada, Harms había colgado el teléfono.

Rider se arrellanó en su confortable butaca y echó una ojeada a aquel espacioso despacho forrado de madera. Se dedicaba a la abogacía en una pequeña ciudad cerca de Blacksburg, Virginia. Vivía muy bien: una casa preciosa, un Buick nuevo cada seis años, dos vacaciones anuales. Había dejado a un lado el pasado, y en especial el caso

más horripilante que le había tocado en suerte en su breve carrera como abogado, cuyos efectos se parecían a los que provoca en el estómago la leche cortada, con la diferencia de que no se podía recurrir al Pepto-Bismol para aliviar el dolor.

Rider se pasó una mano por el rostro mientras sus pensamientos se remontaban a principios de los setenta, una época de caos en el estamento militar, y también en todo el planeta. Todo el mundo culpaba a todo el mundo por todo lo que había ido mal en la historia del Universo. El tono de Rufus Harms le había parecido amargo a través del teléfono, pero él había matado a aquella niña. Con brutalidad. Delante de su familia. Le había aplastado el cuello en unos segundos, antes de que alguien pudiera detenerle.

En defensa de Harms, Rider había negociado un acuerdo previo al juicio, aunque, bajo la normativa militar, tenía derecho a contender al margen del acuerdo en la fase de sentencia. La pena impuesta al acusado podía ser la del acuerdo previo al juicio o bien la decretada por el juez o los miembros del tribunal, el equivalente al jurado en el ámbito militar. Las palabras de Harms seguían atormentando al abogado, puesto que en aquella época habían convencido a Rider de que no hiciera depender el caso de la fase de sentencia. Estuvo de acuerdo con el fiscal en no utilizar testigos que pudieran dar fe del carácter de Harms u otros detalles. Y confió también en lo establecido por el informe oficial en lugar de buscar otras pruebas y testimonios.

Aquello no era exactamente jugar limpio, pero, de no mediar el acuerdo previo, el fiscal habría pedido la pena capital, y probablemente la hubiera obtenido. Poco importaba que el asesinato se hubiera llevado a cabo con una rapidez que ponía en duda la premeditación. El frío cadáver de una niña hubiera desbaratado el más lógico análisis legal.

La cruda verdad era que a nadie le importaba Rufus Harms, un negro que había pasado la mayor parte de su vida militar encerrado en un penal, y el irracional asesinato de una niña no mejoraba precisamente su imagen a los ojos de los militares. Muchos opinaron que un hombre como él no merecía un proceso, a menos que se practicara con rapidez y desembocara en el sufrimiento y la muerte. Tal vez Rider fuera uno de los que opinaban así. Por ello no había adoptado la estrategia militar de la tierra quemada en la defensa de aquel hombre, si bien había conseguido que Rufus Harms siguiera con vida. Lo máximo que habría conseguido cualquier abogado.

«¿Por qué, pues, quería verlo Rufus?», se preguntaba.

John Fiske, sentado ante la mesa del abogado defensor, se levantó y volvió la vista hacia su adversario, Paul Williams. El joven ayudante del fiscal acababa de finalizar la exposición de los detalles de su recurso. Fiske murmuró:

—Has metido la pata, Paulie. Buena la has armado.

Cuando Fiske se volvió hacia el juez Walters, su expresión reflejaba la emoción contenida. Fiske era un hombre de anchas espaldas, y pese a superar el metro noventa era algo más bajo que su hermano pequeño. A diferencia también de Michael Fiske, sus facciones no podían calificarse ni de lejos como clásicas y atractivas. Era mofletudo, tenía una barbilla excesivamente afilada y se había roto la nariz en dos ocasiones: primero practicando lucha libre en el instituto y después en su época de policía. Pero aquel pelo tan negro echado hacia atrás con cierto desaliño le confería un aire seductor y cordial, y sus oscuros ojos estaban llenos de vida.

—A fin de no hacer perder el tiempo al tribunal, señoría, desearía presentar una propuesta en relación con el recurso del fiscal. Si aceptan la retirada con todas sus consecuencias y contribuyen con una aportación de mil dólares al fondo para abogados de oficio, retiro mi alegación y todos podremos irnos a casa.

Paul Williams pegó un salto tan brusco que sus gafas cayeron sobre la mesa.

—¡Esto es un escándalo, señoría!

El juez Walters echó una ojeada a la repleta sala, volvió la vista hacia su portafolio, también atestado, e hizo unas señas a los dos hombres.

—Acérquense.

Fiske, junto a la barandilla, dijo:

—Yo solo intento hacer un favor al Estado.

—El Estado no necesita favores del señor Fiske —replicó Williams con despecho.

—Vamos, Paulie, mil dólares y puedes tomarte una cerveza antes de ir a contar a tu jefe el lío que has armado. Incluso estoy dispuesto a pagarla yo.

—No nos vas a sacar un centavo —respondió Williams con aire despectivo.

—En realidad, señor Williams, su recurso es un tanto insólito —dijo el juez Walters.

En las salas de lo penal, en Richmond, los recursos se presentaban antes del juicio o en el curso de este. Y no conllevaban interminables alegatos. La triste verdad era que la mayor parte de cuestiones de derecho penal estaban perfectamente sentadas. Únicamente en el caso excepcional de que el juez dudara tras haber oído las exposiciones de los abogados podía solicitar la revisión de unos informes antes de llegar a una conclusión. Por ello el juez Walters estaba algo perplejo ante el largo informe no solicitado que le presentaba la acusación.

—Lo sé, señoría —respondió Williams—. Sin embargo, y tal como he comentado antes, nos encontramos ante una situación insólita.

—¿Insólita? —intervino Fiske—. Más bien demencial, Paulie. El juez Walters les

interrumpió, impaciente:

—Ya le he advertido antes sobre su conducta poco ortodoxa en mi sala, señor Fiske, y no dudaré en considerarla un desacato si insiste. Siga con su exposición.

Williams volvió a su asiento y Fiske se acercó al atril.

—A pesar de que recibí en mi despacho el fax del recurso «urgente» del ministerio público en plena noche y de que no he tenido tiempo para preparar una exposición adecuada, señoría, estoy convencido de que si se remite a los segundos párrafos que contienen las páginas cuatro, seis y nueve del informe del ministerio público, llegará a la conclusión de que los hechos en los que nos basamos aquí, en especial por lo que se refiere a los antecedentes delictivos del acusado, a las declaraciones de los agentes que le detuvieron y a los relatos de dos testigos oculares que se encontraban en el lugar del delito que se atribuye a mi defendido, no casan con la reseña establecida en este caso. Además, el principal precedente que cita el ministerio fiscal en la página diez fue invalidado recientemente por un fallo del Tribunal Supremo de Virginia. He adjuntado los documentos pertinentes a la exposición y también subrayado las discrepancias para facilitarle la revisión.

Mientras el juez Walters examinaba el expediente que tenía delante, Fiske se acercó a Williams.

—¿Ves lo que ocurre cuando redactas una porquería como esa en plena noche? —le dijo, y colocó su alegato ante Williams—. Como no tuve más que cinco minutos para leer tu informe, se me ha ocurrido devolverte el favor. Puedes leerlo mientras lo hace el juez.

Walters acabó la revisión del expediente y dirigió a Williams una mirada que dejó petrificado incluso al observador más imparcial de la sala.

—Espero que el ministerio fiscal pueda dar una respuesta adecuada a esto, señor Williams, porque yo no tengo idea de cuál podría ser.

Williams se levantó. Iba a hablar y de pronto descubrió que su voz y su soberbia flaqueaban.

—Veamos —dijo el juez Walters, a la expectativa—. Diga algo o tendré que admitir la moción del señor Fiske sin haberle escuchado.

Fiske dirigió una mirada cordial a Williams, pues nunca se sabía cuándo se necesitaría un favor.

—Estoy convencido, señoría, de que los errores que contiene el recurso del ministerio fiscal pueden achacarse al trabajo excesivo de los abogados. Estoy dispuesto incluso a rebajar mi propuesta de acuerdo a quinientos dólares, siempre que conste una disculpa personal por parte del ministerio fiscal. Realmente me hubiera gustado poder dormir un poco anoche.

El último comentario provocó unas carcajadas entre el público.

De repente, una voz retumbó desde el fondo de la sala.

—Si se me permite intervenir, juez Walters, el ministerio fiscal acepta la oferta.

Todo el mundo miró al hombre bajo y gordo, casi calvo, que llevaba un traje de

verano a rayas y un almidonado cuello que se clavaba en su peluda nuca.

—Aceptamos la oferta —repitió el hombre con una voz grave que reflejaba una larga relación con el tabaco, y con el acento de quien ha pasado toda una vida en Virginia—. Y presentamos nuestras disculpas al tribunal por robarle su valioso tiempo.

—Me alegra que se encuentre usted en el lugar oportuno, señor Graham —dijo el juez Walters.

Bobby Graham, fiscal del estado en Richmond, inclinó la cabeza con cortesía antes de abandonar la sala por la doble puerta de cristal. No había presentado disculpa alguna a Fiske; el abogado defensor, sin embargo, decidió no insistir. En un tribunal, pocas veces conseguía uno todo lo que pedía.

El juez Walters proclamó:

—Se desestima el recurso del ministerio fiscal con todas sus consecuencias. —Miró a Williams—. Creo que debería usted aceptar la cerveza del señor Fiske, señor Williams, aunque, en mi opinión, invitando usted.

Cuando se requirió el siguiente caso, Fiske cerró su cartera y salió de la sala. Williams le siguió.

—Tenías que haber aceptado mi primera oferta, Paulie.

—Esto no se me olvidará, Fiske —respondió Williams, irritado.

—Más te vale.

—Seguimos con la intención de poner a la sombra a Jerome Hicks —dijo Williams con una sonrisa de desprecio—. No creas que lo hemos dejado.

Paulie Williams y casi todos los ayudantes del fiscal consideraban a los clientes de Fiske enemigos personales, personas que no merecían más que el más duro de los castigos. Fiske sabía que en determinados casos tenían razón. Pero no en todos.

—¿Sabes qué pienso? —le dijo a Williams—, en lo rápido que pueden transcurrir diez mil años.

Al dejar la tercera planta, Fiske pasó por delante de unos agentes con los que había trabajado cuando era policía de Richmond. Uno de ellos le sonrió y le saludó con la cabeza, pero los demás volvieron la cara. Para ellos era un traidor, que había cambiado la placa y la pistola por el traje y la cartera. ¡Picapleitos! Ahí te pudras, hermano Fiske.

Fiske echó una ojeada a un grupo de jóvenes negros: unos cortes de pelo tan rigurosos que los hacían parecer calvos, el pantalón muy abajo, casi en la entrepierna, los calzoncillos a la vista, cazadoras acolchadas de pandilleros, voluminosas zapatillas de deporte sin cordones. Ostentaban su desafío al sistema judicial, enfurruñados en su arrogante uniformidad.

Aquellos jóvenes se apiñaban en torno a su abogado, un blanco obeso por el poco ejercicio, sudoroso, con un caro traje a rayas raído en los puños, relucientes mocasines, gafas con montura de concha que se torcían un poco al insistir en algún punto ante su tropa. Pegó un puñetazo contra la rechoncha palma de su otra mano

mientras los jóvenes negros, con los abdominales comprimidos bajo las camisas de seda costeadas por la droga, le escuchaban atentos, pues en aquella ocasión creían necesitar a ese hombre; en otras circunstancias, si le dirigían la mirada sería cargada de desdén o apuntándole con un arma, hasta la próxima vez que le necesitaran. Y habría una próxima vez. En ese edificio, él era poderoso. Allí Michael Jordán no podría con ese blanco que conocía las palabras mágicas que podían sacarlos de apuros.

Fiske sabía perfectamente lo que les estaba diciendo, como si lo estuviera leyendo en los labios de aquel hombre que se había especializado en la defensa de miembros de bandas, en todo tipo de delitos que les viniera en gana cometer. La mejor estrategia: silencio sepulcral. No haber visto nada, no haber oído nada, no recordar nada. ¿Disparos? Explosiones de un tubo de escape, probablemente. Recordad esto, muchachos: no matarás; pero si matas, no le cargues a nadie el muerto. Dio una palmada en la cartera para subrayar lo dicho. El corro se deshizo y empezó el juego.

En otro extremo del vestíbulo había tres putas sentadas en un banco tapizado de gris y empotrado en la pared. Un grupo variopinto: una negra, una asiática y una blanca, que esperaban su turno ante la justicia. La asiática parecía nerviosa; probablemente necesitara unas caladas que la calmaran o el pinchazo de una jeringuilla. Las otras eran veteranas, Fiske lo sabía. Se levantaban, se sentaban, enseñaban el muslo, balanceaban los pechos ante algún incauto o un lanzado que pasara por allí. ¿Por qué perderse un negocio mientras esperaban su turno para despachar esas minucias judiciales? Al fin y al cabo, estaban en Estados Unidos.

Fiske bajó con el ascensor, y cuando pasaba por el detector de metales y el aparato de rayos X, el equipo estándar que se ve hoy en día en casi todos los juzgados, se le acercó Bobby Graham, con un cigarrillo sin encender en la mano. A Fiske aquel hombre no le caía bien ni personal ni profesionalmente. Seleccionaba sus casos como parte acusadora en función de los titulares que podían depararle. Y jamás aceptaba uno que le exigiera trabajar realmente a conciencia para ganarlo. A la opinión pública no le gustaban los fiscales que perdían.

—Un simple recurso en un caso sin relieve. La gente importante tiene mejores cosas que hacer, ¿verdad, Bobby? —dijo Fiske.

No había previsto que pretendías zamparte a uno de mis cachorros. No te habría resultado tan fácil de encontrarte ante un fiscal de verdad.

—¿Como tú, por ejemplo?

Esbozando una irónica sonrisa, Graham se puso el cigarrillo sin encender en los labios.

—Ya ves, vivimos en la capital del tabaco, tenemos la mayor fábrica de cigarrillos del planeta a tiro de piedra y uno no puede fumarse un pitillo en las salas de los juzgados.

Mordió uno de los extremos del Pall Malí sin filtro, chupando ostensiblemente. En realidad, el edificio de los juzgados de Richmond disponía aún de zonas para

fumadores, pero no se encontraban en una de ellas.

El fiscal dejó escapar una sonrisa triunfal.

—Ah, por cierto, esta mañana han detenido a Jerome Hicks, como sospechoso del asesinato de un tipo de Southside. Un negro contra un negro, drogas en juego. ¡Casi nada! ¡Vaya sorpresa! Al parecer pretendía hacerse con más coca sin pasar por los canales de distribución establecidos. Lo que no sabía el pájaro era que teníamos a sus contactos bajo vigilancia.

Fiske, abatido, se apoyó en la pared. A menudo resultaban inútiles las victorias ante un tribunal, sobre todo si el cliente era incapaz de reprimir sus impulsos delictivos.

—¿En serio? La primera noticia.

—Iba a bajar de todas formas para la consulta previa de un juicio y se me ha ocurrido que podía informarte de ello. Simple cortesía profesional.

—Gracias —dijo Fiske, huraño—. Y siendo así, ¿por qué no has detenido el recurso de Paulie? —Al ver que el otro no respondía, añadió—: ¿Disfrutas haciéndome pasar por el aro?

—Uno tiene que distraerse de vez en cuando en su trabajo. Fiske blandió el puño, pero deshizo el ademán con la misma rapidez. No valía la pena con Graham.

—Y como cortesía profesional, ¿ha habido algún testigo?

—¡Huy! Al menos media docena, aparte de que en el coche de Jerome han encontrado el arma homicida. En la huida ha estado a punto de atropellar a dos policías. Un caso con derramamiento de sangre, drogas, un enorme alijo de coca; ¡no veas! De entrada no creo que se le asigne fianza. En fin, estaba pensando en dejar a un lado ese cargo de poca monta sobre distribución del que te ocupas y centrarme en la nueva situación. Tengo que sacar el máximo partido de mis escasos recursos. Hicks es un mal sujeto, John. Creo que tendremos que pensar en una acusación de asesinato en primer grado.

—¿Asesinato en primer grado? Vamos, Bobby.

—Matar a una persona deliberadamente durante un robo equivale a asesinato en primer grado, lo que equivale a la pena capital. Al menos eso estipula el código penal de Virginia.

—Me importa un pepino lo que estipulen las leyes, el muchacho tiene solo dieciocho años.

El rostro de Graham se tensó.

—Curioso comentario teniendo en cuenta que viene de un abogado, de alguien que trabaja en los tribunales.

—La ley es una criba, y yo tengo que considerar lo que puedo colar por ella.

—Estamos hablando de la escoria. Salen del vientre de su madre pensando en hacer daño. Nos tendremos que plantear la construcción de cárceles para niños antes de que esos hijos de puta nos maten.

—Mira, la vida de Jerome Hicks...

—Claro, le echaremos la culpa a su jodida infancia —le interrumpió Graham—. ¡Vaya novedad!

—Tienes toda la razón, no es ninguna novedad.

Graham sonrió mientras movía la cabeza.

—Oye, que yo no me crie en un lecho de rosas, ¿vale? ¿Y sabes cómo lo resolví? Trabajando como un condenado. Si yo pude hacerlo, ellos también, ¿no? ¡Caso concluido!

Fiske se dispuso a marcharse.

—Echaré un vistazo al parte de detención —dijo— y luego llamaré.

—No tenemos nada de que hablar.

—Matándole no conseguirás llegar a fiscal general, Bobby, ya lo sabes. Apunta más alto —concluyó Fiske y se alejó. Graham hizo girar el cigarrillo entre los dedos.

—Intenta buscar un trabajo serio, Fiske.

Media hora más tarde, John Fiske se encontraba en una cárcel de las afueras para visitar a uno de sus clientes. Su oficio le obligaba a salir a menudo de Richmond y viajar por los condados de Henrico, Chesterfield, Hanover e incluso Goochland. No es que le complaciera el aumento constante de su volumen de trabajo, pero lo consideraba inevitable como la salida del sol. Seguiría así hasta el día que acabara para siempre.

—Tengo que hablar contigo sobre una apelación, Derek.

Derek Brown, o DB1, como se le conocía en la calle, era un negro de piel clara con los brazos cubiertos de tatuajes en los que se mezclaban el odio, la obscenidad y la poesía. Pasaba tanto tiempo en la cárcel que era todo músculo; unas abultadas venas recorrían sus bíceps. Fiske le había visto jugar a baloncesto en el patio de la prisión, sin camisa; una impresionante musculatura, y más tatuajes en la espalda y los hombros. Visto desde lejos parecía algo así como una partitura musical. Se elevaba con elegancia, le sostenía algo que Fiske no acertaba a ver, y los guardianes y otros reclusos contemplaban extasiados al joven que encestaba y que acababa chocando las palmas con todos. No era lo suficientemente bueno, sin embargo, para jugar en el circuito universitario, y muchos menos para la NBA. Y ahí estaban, uno frente a otro en la cárcel del condado.

—El fiscal ofrece agresión premeditada, delito en tercer grado.

—¿Por qué no en sexto?

Fiske le miró. Aquellos muchachos entraban y salían tan a menudo que conocían mejor el código penal que la mayoría de los abogados.

—El sexto implica arrebató. El tuyo apareció al día siguiente.

—Él tenía un arma. No voy a enfrentarme a *Pack* cuando él tiene el hierro y yo voy a pelo. ¿Estás dormido o qué?

A Fiske le entraron ganas de pegarle un sopapo al ver su actitud.

—Lo siento, pero el ministerio fiscal se mantiene en el tercero.

—¿Cuánto? —preguntó Derek, impasible. Según las cuentas de Fiske, llevaba

doce agujeros en las orejas.

—Cinco, con lo que llevas cumplido.

—¡Y qué más! ¿Cinco años por unos cortes de nada con una mierda de navaja?

—Un estilete con hoja de doce centímetros. Y le apuñalaste nada menos que diez veces. Ante testigos.

—¡Joder, se estaba trabajando a mi tronca! ¿No es eso defensa propia?

—Tienes suerte de que no te endilguen intento de asesinato, Derek.

Los médicos dijeron que el muchacho no se desangró en la calle por milagro. Además, si Pack no fuera un pájaro de cuenta te habría caído agresión premeditada con intento de asesinato. Entre veinte y la perpetua. No hace falta que te lo diga yo.

—Se quería agenciar a mi tronca.

Derek se inclinó hacia adelante mostrando sus huesudos nudillos para subrayar la absoluta lógica de su postura, tanto moral como legalmente.

Fiske estaba al corriente de que Derek obtenía mucho dinero. Era el primer lugarteniente del número dos de los distribuidores de drogas en Richmond, de ahí el apodo de DB1. Turbo era su jefe, un muchacho de veinticuatro años. Poseía un imperio muy bien organizado, donde se imponía la disciplina, con tapaderas legales, entre las que se contaban una cadena de tintorerías, una cafetería y una casa de empeños, y con un equipo de contables y abogados que se ocupaban de los fondos procedentes de la droga una vez blanqueados. Turbo era un joven muy inteligente, capacitado para los números y los negocios. Fiske siempre se quedaba con las ganas de preguntarle por qué no se dedicaba a llevar una empresa que figurara en *Fortune 500*. Los dividendos eran casi los mismos y el índice de mortalidad considerablemente menor.

En condiciones normales, Turbo le habría asignado a Derek uno de sus abogados de Main o Franklin Street, que le cobraban trescientos dólares la hora. Pero el delito de Derek no tenía nada que ver con los negocios de Turbo, y por ello no tenía derecho a esos servicios. El hecho de deshacerse de él mandándolo a alguien como Fiske era un castigo por la estupidez de perder la cabeza por una mujer. Turbo no tenía razones para pensar que Derek se chivaría. El fiscal no había incoado nada en este sentido, pues sabía que era inútil. Si hablas, mueres; en prisión o fuera de ella, da igual.

Derek se había criado en un agradable barrio de clase media, con unos agradables padres de clase media, pero un día decidió dejar el instituto y optar por el camino fácil del tráfico de drogas en vez de trabajar para ganarse la vida. Lo había tenido todo para abrirse camino en la vida con relativa facilidad. Ya había demasiados Derek Brown por ahí —pensaba Fiske—, que convertían el mundo en algo indiferente para las espantosas existencias de los chavales que optaban por el elixir que les proporcionaba gente de la calaña de Turbo. Aquello le hacía desear a Fiske llevar a Derek a un callejón en plena noche y con un bate de béisbol en la mano dar al jovencito unas cuantas lecciones sobre los valores plisados de moda.

—Al ministerio fiscal le importa un pimiento lo que hiciera él aquella noche con

tu novia.

—Me parece increíble. El año pasado, un colega hizo puré a un tipo y le cayeron dos años, y salió a la mitad con la condicional. Con el tiempo que llevaba cumplido, en tres meses a la calle. ¿Y a mí tienen que caerme cinco cochinos años? ¡Vaya puto abogado de mierda que me ha tocado!

«Tu colega ¿había sido condenado antes por algún delito mayor? ¿Era la mano derecha de una de las peores plagas de Richmond?», tenía ganas de preguntarle Fiske, pero sabía que era gastar saliva en vano.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Pediré tres más el tiempo que llevas cumplido.

A Derek pareció interesarle la propuesta.

—¿Crees que podrás conseguirlo? —Fiske se levantó.

—No lo sé. No soy más que un puto abogado de mierda. Al salir, Fiske miró por la enrejada ventana y vio salir de un furgón de la cárcel una nueva hornada de presos; los grilletes sonaban rítmicamente contra el asfalto. La mayoría, jóvenes negros o latinos, ya midiendo las fuerzas mentalmente antes de entrar. Esclavos y jefes. ¿Quién se lleva una raja o una marca primero? Los pocos blancos que se veían en el grupo daban la impresión de que iban a caer muertos de puro pánico antes de llegar a su celda. Algunos de aquellos jóvenes eran probablemente hijos de los hombres que el policía John Fiske había detenido diez años antes. Unos niños por aquel entonces, que tal vez soñaran con conseguir algo más que el subsidio del paro, sin padre en casa, con una madre luchando sin tregua con el horror de una vida del que no veían el fin. Claro que quizás no eran ellos. La realidad consigue a veces atormentar el subconsciente. Los sueños no constituían un respiro; eran simplemente la continuación de la pesadilla.

Como poli, el diálogo que mantenía con casi todos los que detenía se solía repetir.

—Te mato, tío. Mato a toda tu puta familia —le gritaban algunos, con la expresión alterada por la droga mientras les colocaba las esposas.

—Hum... Tienes derecho a permanecer en silencio. Yo que tú lo aprovecharía.

—Oye, tío, no es culpa mía. Fue el colega. Me la jugó...

—¿Y dónde está el colega? ¿Y la sangre que tienes en las manos? ¿El arma en el bolsillo? ¿Y la nariz aún blanca de coca? ¿Todo es cosa del colega?

Luego veían el cadáver y se hundían, lloraban como niños.

—¡Qué putada! ¡Dios mío! ¡Mi madre! ¿Dónde está mi madre? Llámala. Hazme ese favor, vamos, ¡por favor! ¡Mamá! ¡Mierda!

—Tienes derecho a un abogado —le decía él tranquilamente.

Tras otras dos comparecencias, Fiske abandonó el edificio de cristal y ladrillos del Tribunal John Marshall, bautizado así en honor del tercer Presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Al lado podía verse aún la casa donde había vivido Marshall, convertida ahora en museo, para conservar el recuerdo del gran virginiano. Aquel hombre se habría levantado de la tumba de enterarse de los detestables actos que se condenaban y defendían en el edificio que llevaba su nombre.

Fiske avanzó por la calle Nueve, hacia el río James. Los últimos días habían sido cálidos y húmedos, pero ahora, con la lluvia, empezaba a refrescar. Se abrochó la gabardina y echó a correr por la acera, pisando los charcos de agua sucia.

Cuando llegó a su despacho, en Shockoe Slip, llevaba el pelo empapado y unos arroyuelos descendían por su espalda. Decidió no esperar el ascensor y subió de dos en dos los escalones de aquel edificio que parecía una cueva, en otra época un almacén de tabaco; habían cubierto sus entrañas de roble y pino con planchas de yeso y construido una serie de oficinas. Pero persistía allí el olor del tabaco, lo cual no era algo insólito en Richmond. Si se cruzaba la interestatal 95 pasando por la fábrica de Philip Morris, a la que se había referido Bobby Graham, se podía incorporar una buena dosis de nicotina sin encender un solo cigarrillo. Fiske a menudo se había sentido tentado de echar una cerilla encendida por la ventanilla para comprobar si se producía una explosión en la atmósfera.

El despacho de Fiske constaba de una habitación con un pequeño baño, detalle importante para él pues dormía más noches allí que en su piso. Colgó la gabardina y se pasó por la cara y el pelo una toalla. Se preparó un café mientras pensaba en Jerome Hicks.

Si llevaba a cabo un excelente trabajo, Jerome Hicks pasaría el resto de sus días entre rejas en lugar de recibir la inyección letal en la celda de la muerte en el condado de Greene. La muerte de un negro de dieciocho años no iba a proporcionarle a Graham el cargo de fiscal general que tanto ambicionaba. El asesinato de un negro perpetrado por un negro, un asunto de perdedores, ni siquiera le garantizaría un artículo en la última página del periódico.

Fiske, como policía de Richmond, a duras penas había sobrevivido a la violencia del combate que azotaba los barrios y se dilataba como un aneurisma alrededor de las elevadas y costosas torres del centro de la ciudad. Y no era un fenómeno solo local: de los demás estados fluían aludes de actividad delictiva. Cuando se encontraran por fin, ¿a dónde irían a parar?, se preguntaba Fiske.

Se sentó con brusquedad. La quemazón había empezado. Siempre ascendía desde la barriga hasta el pecho y luego se extendía. Finalmente, como la lava, bajaba por los brazos hasta los dedos. Fiske se levantó tambaleándose, echó la llave a la puerta del despacho y se quitó la camisa. Llevaba camiseta; siempre la maldita camiseta. A través del algodón sus dedos rozaron el extremo de la gruesa cicatriz, áspera después de tantos años. Comenzaba debajo del ombligo y seguía el camino zigzagueante marcado por el cirujano hasta la base del cuello.

Se echó al suelo y realizó cincuenta flexiones sin descansar: la quemazón del pecho y las extremidades aumentó primero y luego fue disminuyendo a cada repetición. Una gota de sudor resbaló por su frente y cayó sobre la madera del suelo. Creyó verse reflejado en ella. Al menos no era sangre. Siguió con las flexiones, golpeando cada vez con el estómago contra el suelo. La cicatriz ondulaba como una serpiente que tuviera implantada en el torso. Sujetó una barra a la puerta del baño y

realizó doce levantamientos. En otro tiempo conseguía hacer el doble, pero su fuerza había disminuido. Lo que se encontraba al acecho bajo la alterada piel al final acabaría con él, le mataría; pero de momento la quemazón disminuía, el extenuante ejercicio físico parecía ahuyentarla, y avisar al intruso de que todavía había alguien en casa.

Se lavó y se puso de nuevo la camisa. Mientras tomaba café miró por la ventana. Desde su privilegiada posición apenas distinguía el curso del río James. A medida que fuera arreciando la lluvia, sus aguas se harían más turbulentas. Él y su hermano habían navegado por aquel río, y en los cálidos días de verano se habían bañado utilizando como flotadores unos neumáticos de camión. ¡Cuántos años hacía! En aquella época se había acercado mucho al agua. Pero el asueto había terminado. En su apretada agenda no quedaba espacio para eso. A pesar de todo, en general disfrutaba con lo que hacía. No llevaba la vida de un abogado del Tribunal Supremo como su hermano, pero sentía un cierto orgullo por su trabajo y por la forma en que lo llevaba a cabo. A la hora de la muerte no dejaría dinero ni fama, pero estaba convencido de que moriría razonablemente satisfecho. Volvió a su trabajo.

Fort Jackson, cual amenazante halcón, dominaba la desolada topografía del suroeste de Virginia, prácticamente equidistante de las fronteras de Tennessee, Kentucky y Virginia Occidental, en el centro de una comarca de explotación carbonífera. En Estados Unidos existen poquísimos penales militares aislados, por no decir ninguno; normalmente se encuentran junto a instalaciones militares, por tradición y también a causa de las limitaciones del presupuesto. En Fort Jackson había una base militar, aunque el rasgo dominante de aquel lugar sería siempre la cárcel, donde los delincuentes más peligrosos del ejército contaban en silencio el paso de los días.

Nadie había escapado de Fort Jackson, y aun cuando un interno consiguiera la libertad sin la intervención de un dictamen judicial, esta sería vana y de corta duración. El territorio circundante constituía una cárcel más amenazadora, con sus montes escarpados y llenos de bocas de minas, las traicioneras carreteras con sus hondos barrancos y los densos e inhóspitos bosques plagados de serpientes de cascabel. Y a lo largo de sus contaminados cursos de agua, al acecho, la criatura más agresiva, la serpiente mocasín, ávida del temeroso pie que se aventuraba en sus dominios. Además, la población autóctona del remoto «dedo del pie» de Virginia era aficionada al uso de armas de fuego y navajas, y no dudaba en servirse de ellas. Pese a todo, ahí estaban las laderas, las frondosas extensiones, los matorrales y las flores, el aroma de la vida silvestre relajada, la calma de las profundidades del océano, la belleza.

El abogado Samuel Rider cruzó el portal principal del fuerte, se colocó el distintivo pertinente y dejó el coche en el aparcamiento reservado a las visitas. Con paso nervioso, se dirigió a la entrada de la cárcel en el muro de piedra, la cartera golpeando ligeramente contra la pernera azul. Tardó veinte minutos en cumplir con los requisitos de seguridad, que incluían la identificación personal, la verificación de que figuraba en la lista de visitas, el cacheo, el paso por el detector de metales y finalmente el registro de la cartera. Los guardianes echaron un receloso vistazo al pequeño transistor pero le permitieron llevarlo consigo tras comprobar que no ocultaba nada. Le leyeron las normas del visitante y a cada una respondió afirmativamente, de forma audible. Sabía que de no tomar en consideración cualquiera de las estipulaciones, desaparecería de inmediato la apariencia cortés de los guardianes.

Echó una ojeada al entorno, incapaz de quitarse de encima el miedo y la ansiedad, con la idea de que el arquitecto del penal había conseguido introducir aquellos sentimientos en el esqueleto del edificio. Se le encogió el estómago y las manos se le humedecieron como si estuviera a punto de subir a un avión de veinte plazas con la amenaza de un huracán. Como militar durante la guerra del Vietnam, Rider nunca se había encontrado cerca de los lugares de combate, del peligro mortal. Resultaría

irónico que se desplomara a causa de un infarto en un penal militar en suelo estadounidense. Aspiró profundamente, se esforzó por enviar una consigna tranquilizadora a su corazón y se preguntó por enésima vez qué hacía allí. Rufus Harms no se encontraba en la posición ideal para exigir algo. Sin embargo ahí estaba Rider. Aspiró de nuevo, enderezó el distintivo y asió con fuerza la cartera que le tranquilizaba, su amuleto de piel, mientras un guardián le acompañaba hasta la sala de visitas.

Al quedar unos minutos solo allí, observó aquellas paredes de tono pardo y apagado que parecían destinadas a deprimir todavía más a quienes vivían al borde del suicidio. Se preguntó cuántos hombres considerarían que aquello era su hogar, donde sus semejantes los habían sepultado. No obstante, todos ellos tenían una madre, incluso los más detestables; y algunos, pensaba Rider, incluso un padre, y no solo durante el momento en que introducía esperma en una vagina. Pese a todo, acababan allí. ¿Nacían malvados? Tal vez. Probablemente en poco tiempo se dispondría de un test genético que determinaría si un niño era la reencarnación de Ted Bundy, reflexionaba Rider. Ahora bien, ¿qué demonios haría uno cuando le comunicaran la mala noticia?

Las cavilaciones de Rider se interrumpieron cuando entró Rufus Harms, sobresaliendo entre los dos guardianes que le acompañaban. La primera impresión de Rider fue la de un señor con sus siervos, a pesar de que se trataba de todo lo contrario. Harms era el hombre más corpulento que hubiera conocido: un gigante con una fuerza fuera de lo normal. En aquellos momentos, su envergadura parecía ocupar toda la sala. Conformaban su pecho dos placas de hormigón ensambladas, y los brazos eran más gruesos que el tallo de muchos árboles. Llevaba grilletes en las manos y los pies, lo que le obligaba a adoptar el «andar carcelario», pero lo hacía con dignidad, los cortos pasos no carecían de elegancia.

Debía rondar los cincuenta, pensó Rider, aunque no aparentaba más de cuarenta; se fijó en las cicatrices faciales, en la informe curvatura del hueso bajo el ojo derecho. El joven al que él había representado tenía unos rasgos agradables, incluso atractivos. Rider se preguntó cuántas veces le habían pegado a Rufus allí dentro, qué huellas de malos tratos conservaba bajo su ropa.

Harms se sentó frente a Rider en una mesa de madera arañada por miles de uñas inquietas, desesperadas. No miraba a su abogado sino al guardián que seguía en la sala.

Rider captó la sugerencia y le dijo al guardián:

—Comunicación privada, soy su abogado y tendrá que guardar las distancias.

La respuesta fue inmediata:

—Este es un penal con presos clasificados como violentos y peligrosos. Estoy aquí para su seguridad.

Todos allí eran peligrosos, tanto los presos como los guardianes; así estaban las cosas, y Rider lo sabía.

—Lo comprendo —respondió el abogado—. No le estoy pidiendo que se retire, pero le agradecería que permaneciera un poco más lejos. Una prerrogativa de la relación abogado-cliente; ¿me comprende?

El guardián no respondió pero se apartó hacia el extremo de la sala, desde donde no podía oír la conversación. Fue entonces cuando Rufus Harms miró a Rider.

—¿Traes la radio?

—Una extraña petición, aunque me honra satisfacerla.

—Sácala y ponía en marcha, ¿vale?

Así lo hizo Rider. La melancólica música *country* inundó la sala. Su letra resultaba artificiosa y frívola en comparación con la miseria que se respiraba en aquel lugar, pensaba Rider, incómodo.

El abogado miró a Harms con aire inquisitivo y este volvió la vista hacia la sala.

—Aquí hay un montón de oídos al acecho, y muchos ni los vemos, ¿vale?

—Pinchar las conversaciones de un abogado y su cliente va contra la ley.

Harms volvió ligeramente las manos y las cadenas tintinearón.

—Hay montones de cosas que van contra la ley y la gente sigue haciéndolas. Dentro y fuera de aquí, ¿vale?

Rider asintió sin ni siquiera darse cuenta de ello. Harms ya no era un crío asustado. Era un hombre. Un hombre dominante a pesar de no poder gobernar casi ningún aspecto de su existencia. Rider observó que cada uno de sus movimientos era preciso, calculado; parecía estar en una partida de ajedrez, estirando el brazo lentamente para mover una pieza y retirándolo luego con la misma cautela. En aquel lugar un movimiento rápido podía resultar mortal.

El recluso se inclinó hacia adelante y empezó a hablar, tan bajo que Rider tuvo que hacer un esfuerzo para oírle.

—Te agradezco que hayas venido. Me sorprende que lo hayas hecho.

—¡Anda que no me sorprendió a mí tener noticias tuyas! Supongo que has despertado mi curiosidad.

—Tienes buen aspecto. Los años te han tratado bien.

Rider tuvo que reírse.

—He perdido todo el pelo y engordado más de veinte kilos, pero gracias de todas formas.

—No te haré perder el tiempo. Tengo algo que quiero que presentes en el tribunal. La perplejidad de Rider era patente.

—¿Qué tribunal?

—El más alto. El Tribunal Supremo. —A pesar de la protección de la música hablaba en voz muy baja.

A Rider se le desencajó la mandíbula.

—¡Bromeas! —La expresión de los ojos de Harms le advirtió que no debía llegar a aquella conclusión—. De acuerdo, ¿qué quieres que presente exactamente?

A despecho de las esposas, con un movimiento rápido y preciso Harms sacó un

sobre del interior de la camisa y se lo tendió. Al cabo de un instante, el guardián se acercó y arrebató el sobre de la mano de Rider, que protestó inmediatamente:

—Es una comunicación privada abogado-cliente, es decir, confidencial.

—Déjasela leer, Samuel, no tengo nada que ocultar —dijo Harms sin alterarse, mirando hacia otro lado.

El guardián abrió el sobre y leyó con gran atención la carta. Satisfecho, se la devolvió a Harms y volvió a su puesto de vigilancia.

Harms pasó el sobre y la carta a Rider, quien bajó la vista hacia el papel. Cuando la levantó de nuevo, Harms, que se había inclinado aún más hacia él, empezó a hablar, y siguió sin interrumpirse durante al menos diez minutos. En distintas ocasiones, Rider puso los ojos como platos ante las palabras de Harms. En cuanto terminó, el preso se apoyó de nuevo en el respaldo de su silla y le miró fijamente.

—¿Vas a ayudarme?

Rider no podía responder, pues todavía estaba digiriendo lo que acababa de oír. Si la cadena que llevaba sujeta a la muñeca no se le hubiera impedido, Harms habría puesto la mano sobre el brazo de Rider, un ademán que no sería una amenaza sino la súplica de un hombre que llevaba casi treinta años desamparado.

—¿Lo harás, Samuel?

Tras un momento de vacilación, Rider asintió.

—Te ayudaré, Rufus.

Harms se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Rider metió el papel en el sobre y lo guardó, junto con la radio, en su cartera. El abogado ignoraba que desde el otro lado de un gran espejo que colgaba en la pared de la sala una persona había estado observado el intercambio que había tenido lugar entre recluso y abogado, y ahora se frotaba la barbilla, inmersa en profundas y agitadas reflexiones.

A las diez de la mañana, el alguacil del Tribunal Supremo, Richard Perkins — ataviado con un frac gris marengo, vestimenta tradicional de los letrados del Tribunal Supremo—, de la Oficina del procurador general del Estado, se levantó, en el extremo de una imponente mesa tras la cual había nueve sillas de alto respaldo, tapizadas de cuero, de distintos estilos y tamaños, y golpeó la madera con el mazo. La atestada sala quedó en silencio.

—Su señoría, el presidente del Tribunal, y los magistrados adjuntos de Estados Unidos —anunció Perkins.

La impresionante cortina de color burdeos situada tras la mesa se abrió por nueve puntos y aparecieron los magistrados, con aire envarado e incómodo, con sus negras togas, como si se hubieran despertado con sobresalto al descubrir una multitud junto a sus camas. Mientras tomaban asiento, Perkins prosiguió.

—Atención, atención. Instamos a todos a acercarse y prestar atención, puesto que el Tribunal acaba de constituirse. Dios salve a Estados Unidos y a su honorable Tribunal.

Perkins se sentó y observó la gran sala. Aquel techo de ciento setenta metros cuadrados casi obligaba a los ojos a buscar alguna nube perdida. Tras una serie de preliminares y el ceremonial del juramento de los nuevos miembros del Tribunal Supremo, se convocaría el primero de los dos casos que se oirían esa mañana. Aquel día, miércoles, únicamente se oirían esos dos casos, puesto que las sesiones de tarde se celebraban solo los lunes y los martes. Los jueves y los viernes no había vistas orales. Y así seguiría funcionando el Tribunal, tres días a la semana cada dos semanas, hasta que acabara el mes de abril, cuando se llevaran celebradas aproximadamente ciento cincuenta sesiones, con los magistrados en el papel de Salomón para el pueblo de Estados Unidos.

A ambos lados de la sala, se veían unos frisos impresionantes. A la derecha, las figuras de unos legisladores de la era precristiana, y a la izquierda, sus homólogos del período cristiano. Dos ejércitos dispuestos a enfrentarse, quizá para decidir quién había tenido razón. Moisés contra Napoleón, Hammurabi contra Mahoma. La ley implicaba muchas veces dolor, y hasta derramamientos de sangre. Por encima de la mesa se veían dos figuras talladas en mármol, que representaban la grandeza de la ley y el poder del gobierno, y en un entrepaño, la tabla de los Diez Mandamientos. Los bajorrelieves se arremolinaban en la vasta sala como bandadas de palomas — salvaguarda de los derechos del pueblo, genios de la sabiduría y el arte de gobernar, defensa de los derechos humanos—, ilustrando las funciones del Tribunal. Suponiendo que pudiera existir un escenario perfecto para juzgar asuntos de máxima importancia, aquel parecía acercársele. No obstante, la topografía podía resultar engañosa.

Ramsey se encontraba en el centro de la mesa y Elizabeth Knight en el extremo

derecho. Un brazo articulado con un micrófono colgaba del techo. Madres y padres se habían puesto nerviosos con la aparición de los magistrados. Incluso sus desgarrados y aburridos hijos se habían enderezado un poco en el asiento. Era comprensible, incluso para los que no estaban muy al corriente de la fama de aquel lugar. Allí se notaba el poder en estado puro, se mascaba la importancia de las inminentes confrontaciones.

Aquellos nueve magistrados de toga negra decían a las mujeres cuándo podían abortar legalmente; ordenaban a los escolares adonde tenían que ir para instruirse; dictaminaban qué lenguaje era obsceno y cuál no; decretaban que la policía no podía registrar y detener arbitrariamente ni conseguir confesiones por medio de la fuerza. Sus cargos eran vitalicios, inmunes a cualquier desafío. Los magistrados actuaban tan secretamente que, en comparación, los personajes públicos y las venerables instituciones federales parecían presuntuosos. Se enfrentaban constantemente con grupos de activistas de todo el país que ponían bombas en las clínicas donde se practicaban abortos y se manifestaban frente a las cárceles donde se encontraban los condenados a muerte. Juzgaban las complejas cuestiones que exasperarían a la civilización hasta llevarla a su extinción. Y mostraban una imperturbable tranquilidad.

Se anunció la primera vista, un caso de acción positiva en las universidades públicas: actos contra la discriminación. Frank Campbell, el abogado defensor, apenas había tenido tiempo de terminar su primera frase cuando Ramsey se le echó encima.

El presidente señaló que la Decimocuarta Enmienda precisaba de forma inequívoca que nadie sufriría discriminación. ¿Acaso no significaba aquello que la Constitución tampoco toleraba ningún tipo de actuaciones contra la discriminación?

—Pero existen grandes injusticias que están llevando a...

—¿Por qué la diversidad se equipara a la igualdad? —preguntó de pronto Ramsey a Campbell.

—Un colectivo estudiantil amplio y diverso expresa ideas distintas, representa distintas culturas, lo que sirve para acabar con los estereotipos.

—¿Acaso basa toda su argumentación en el hecho de que los negros y los blancos piensan de forma distinta? ¿Que un negro de un hogar acomodado, pongamos por caso, de San Francisco, cuyos padres son profesores universitarios, aportará un conjunto de valores e ideas distintos a una universidad de los que posee una persona blanca educada en el mismo ambiente próspero de San Francisco? —El tono de Ramsey estaba impregnado de escepticismo.

—Siempre hay diferencias —respondió Campbell.

—En lugar de basarnos en el color de la piel, ¿no sería más adecuado tener en cuenta la posición económica? —preguntó la magistrada Knight. Ramsey le echó una mirada llena de curiosidad—. Sin embargo, en su argumentación no señala esas diferencias, ¿verdad? —añadió Knight.

—No —admitió Campbell.

Michael Fiske y Sara Evans se encontraban en una hilera de asientos reservados a letrados, perpendicular a la mesa. Michael miró a Sara mientras escuchaba aquellos argumentos. Ella no le devolvió la mirada.

—Uno no puede escapar al texto de la ley. Tendríamos que invertir la Constitución —insistió Ramsey, apartando la vista de Knight.

—¿Y qué me dice del espíritu que subyace en el texto? —replicó Campbell.

—Los espíritus son algo tan amorfo que yo me inclino por lo concreto.

Las palabras de Ramsey desencadenaron algunas carcajadas en la concurrencia. El presidente del Tribunal siguió atacando y con implacable precisión machacó los precedentes y la línea de razonamiento de Campbell. Knight no volvió a intervenir, se limitó a mantener la vista fija en el fondo de la sala, como si sus pensamientos se ocuparan de otros asuntos. Cuando se encendió la luz roja del atril del abogado, indicando que a Campbell se le había acabado el tiempo, este se dirigió a su asiento casi corriendo. Cuando el abogado contrario a las actividades antidiscriminatorias inició su argumentación, los magistrados parecían ajenos a sus palabras.

—¡Vaya eficacia la de Ramsey! —comentó Sara. Ella y Michael se encontraban en la cafetería del Tribunal, tras haberse retirado los magistrados para la tradicional comida después de la vista—. Ha pulverizado los argumentos del abogado de la universidad en cinco segundos.

Michael mordió su bocadillo.

—Durante los últimos tres años —dijo luego—, ha estado a la espera de un caso que le permitiera cargarse la acción positiva. Pues ya lo tiene. Tendrían que haberlo resuelto antes de que llegara aquí.

—¿De verdad crees que Ramsey irá tan lejos?

—¿Lo preguntas en serio? Espera a ver el dictamen. Probablemente lo redactará él mismo, para relamerse. Eso está finiquitado.

—En parte comprendo su lógica —dijo Sara.

—Por supuesto. El caso lo ha traído un grupo conservador, seleccionando con sumo cuidado al demandante. Raza blanca, inteligente, de ascendencia obrera, persona trabajadora, a la que nunca se le ha regalado nada. Y para colmo, mujer.

—La Constitución dice que nadie será discriminado.

—Sabes muy bien, Sara, que la Decimocuarta Enmienda se aprobó justo al acabar la Guerra Civil para que los negros no sufrieran discriminación. Ahora se está convirtiendo en un palo para aplastar a los que debería ayudar. Pues bien, los atacantes tienen asegurada la batalla.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que los pobres que mantienen la esperanza empiezan a empujar y los que no la tienen sacuden por su cuenta. ¡Bonito panorama!

—¡Uf! —Sara miró a Michael con intensidad. Él abordaba los temas con una vehemencia que a veces incomodaba a sus interlocutores. Aquella era una de sus

características que Sara admiraba y también temía.

—Mi hermano te contaría un montón de historias sobre el tema —añadió Michael.

—Seguro. Ojalá llegue a conocerlo.

Michael la miró a los ojos y enseguida volvió la cabeza.

—La visión del mundo de Ramsey está muy distorsionada. Si él ha conseguido situarse donde está, ¿por qué no pueden hacerlo los demás? De todas formas, yo le admiro. Trata igual a los pobres y a los ricos, al Estado y al individuo. No tiene predilecciones. Eso hay que reconocérselo.

—Tú también has salvado muchos obstáculos.

—Sí. Y no quiero jactarme, pero mi coeficiente intelectual es de ciento sesenta. No todo el mundo puede decir lo mismo.

—Claro —respondió Sara, pensativa—. Mi cerebro jurídico me dice que lo ocurrido hoy es correcto. Pero mi corazón opina que es una tragedia.

—Oye, que estamos hablando del Tribunal Supremo. No es tarea fácil. Por cierto, ¿qué pretendía Knight? —A Michael le intrigaba todo lo que ocurría en el Tribunal, sus secretos, los rumores, las estrategias de los magistrados para imponer determinadas filosofías y puntos de vista en los casos que debatían. Y tenía la impresión de no haber captado todo el sentido de la intervención de Knight aquella mañana, y eso le inquietaba.

—Han sido solo un par de frases, Michael.

—¡Vaya! Dos frases contundentes. ¿Los derechos de los pobres? Ya has visto cómo lo aprovechaba Ramsey. ¿Será que Knight piensa en el futuro? ¿Estará intentando colar un caso?

—Parece mentira que preguntes eso. Es algo reservado.

—Trabajamos en el mismo equipo, Sara.

—¡Claro! ¿Y cuántas veces Knight y Murphy coinciden en su votación? Muy pocas. Además, tú mismo sabes que aquí hay nueve compartimentos cerrados.

—¡De acuerdo, nueve reinos de taifas! Pero es que si Knight tiene algo en la manga, me gustaría saber de qué se trata.

—¡No puedes saber todo lo que se cuece aquí! ¡Ya posees mucha más información que el resto de los funcionarios, y que la mayoría de los magistrados! ¿A cuántos funcionarios conoces que pasen por la sala del correo al rayar el alba para ponerse al corriente de las apelaciones del día?

—A mí no me gusta hacer las cosas a medias.

Sara le miró, y estuvo a punto de decir algo, pero se reprimió. ¿Por qué complicar las cosas? Ya le había dado una respuesta. En realidad, a pesar de ser ella también una persona impulsiva, no se veía casada con alguien de la talla de Michael Fiske. Ella nunca lo alcanzaría, ni sabría conservarlo. El solo hecho de intentarlo la perjudicaría.

—No hay lugar para las confidencias, Michael. Sabes tan bien como yo que esto es un campo de batalla. Una lengua larga puede desbaratar una ofensiva. Y uno tiene

que vigilar la retaguardia.

—En general estoy de acuerdo contigo, pero no en este caso. Sabes que Murphy es un anticuado, un anticuado encantador, pero un progresista de cuidado. Se apuntará a lo que sea por ayudar a los pobres. Qué duda cabe que él y Knight coincidirán en ese punto. Siempre está dispuesto a poner alguna traba en el engranaje de Ramsey. Tom Murphy llevaba el Tribunal antes de que Ramsey tomara la delantera. No creas que es muy agradable tener que discrepar siempre cuando te encuentras en el crepúsculo de tu carrera.

Sara movió la cabeza.

—La verdad es que no acabo de verlo claro.

Michael soltó un suspiro y cogió el bocadillo.

—Lo que estamos haciendo es alejarnos el uno del otro en todas las cuestiones, ¿no te parece?

—No es cierto. Tú eres el que intenta que parezca así. Sé que te ha hecho daño mi negativa y lo siento.

Él rio de pronto.

—Tal vez haya sido por el bien de los dos. Somos tan tercos que podríamos acabar matándonos.

—El muchacho de Virginia y la moza de Carolina —dijo ella lentamente—. Puede que tengas razón.

Michael la miró a los ojos mientras jugaba con el vaso.

—Si opinas que soy terco, tendrías que conocer a mi hermano.

Sara seguía sin mirarle.

—Ya lo sé. Estuvo fenomenal en el juicio.

—Estoy muy orgulloso de él.

Por fin Sara le miró.

—¿Por qué, pues, tuvimos que entrar y salir a hurtadillas para que él no se percatara de nuestra presencia en la sala?

—Eso tendrías que preguntárselo a él.

—Te lo estoy preguntando a ti.

Michael se encogió de hombros.

—Tiene un problema conmigo. Digamos que me ha borrado de su vida.

—¿Por qué?

—La verdad es que no lo sé. Y puede que él tampoco. Pero puedo asegurarte que eso no le hace muy feliz.

—Por lo poco que vi, no me pareció una persona con tendencia a la depresión o algo así.

—¿De verdad? ¿Qué impresión te causó?

—Simpático, inteligente, capaz de interesarse por los demás.

—Por lo visto te ha conquistado.

—Ni siquiera se enteró de que estaba allí.

—Pero te habría gustado que lo hubiera hecho, ¿no?

—¿A qué viene eso?

—No soy ciego. Toda mi vida he permanecido a su sombra.

—Tú eres el niño genial con un futuro sin límites.

—Y él, el expoli heroico que ahora defiende a los que antes detenía. Tiene además algo de mártir, un punto al que yo jamás he podido acceder. Es una buena persona que se exige mucho.

Michael movía la cabeza. ¡Todo el tiempo que había pasado su hermano en el hospital! Sin que nadie supiera si llegaría al día siguiente. Michael nunca había experimentado aquel miedo, el temor a perder a su hermano. Pero lo había perdido de todas formas, al parecer, y no a causa de aquellas balas.

—Tal vez también él tenga la impresión de vivir a tu sombra.

—Lo dudo.

—¿Se lo has preguntado?

—Ya te dije que no nos hablamos. —Hizo una pausa y luego añadió en voz baja —: ¿Por eso me has rechazado?

Michael la había observado cuando miraba a su hermano. Había quedado embelesada con John Fiske desde el primer momento. La idea de ir juntos a ver a su hermano le había parecido divertida. Ahora se arrepentía de ello.

Sara se ruborizó.

—Ni siquiera lo conozco. ¿Qué sentimientos puede despertar en mí?

—¿A quién se lo preguntas, a mí o a ti?

—No pienso responder. —Su voz temblaba—. ¿Y tú, qué? ¿Le quieres?

Con gesto brusco, Michael se levantó y la miró a los ojos.

—Siempre querré a mi hermano, Sara. Siempre.

Rider pasó de prisa y en silencio por delante de su secretaria y entró en su despacho, abrió la cartera y sacó el sobre. Sacó la carta que contenía pero apenas le echó un vistazo antes de tirarla a la papelera. En aquella carta, Rufus Harms había escrito sus últimas voluntades y el testamento, en realidad un ardid, algo sin importancia, que no valía la pena leer. Clavó la vista en el sobre mientras accionaba el interfono.

—¿Puede traerme el hornillo y la hervidora para el té, Sheila? ¿Me la llenará de agua, por favor?

—Yo misma le prepararé el té, señor Rider.

—No quiero té, Sheila, tráigame la maldita hervidora y el hornillo.

A Sheila no le extrañó la rara petición ni el humor de su jefe. Le llevó lo que le pedía y se retiró sin decir nada.

Rider conectó el hornillo y en unos minutos empezó a salir vapor de su hervidora. Sujetó con cuidado el sobre por ambos extremos, lo colocó sobre el vapor y observó cómo se iba abriendo, tal como le había indicado Rufus Harms. Fue tocando los extremos y en poco tiempo el sobre quedó convertido en dos trozos de papel: uno con un texto manuscrito y el otro una copia de la carta del ejército que había recibido Harms.

Al apagar el hornillo, Rider quedó admirado de la forma en que Rufus había conseguido llevar a cabo su estratagema —un sobre que era en realidad un documento—, cómo había copiado y escondido ahí también la carta del ejército. Recordó luego que el padre de Harms había trabajado en una imprenta. Se dijo que más le habría valido a Rufus seguir los pasos de su padre que alistarse en el ejército.

Dejó secar un minuto el papel y se sentó en su escritorio para leer lo que había escrito Rufus. Era un texto breve con comentarios bastante escuetos, algunas faltas de ortografía y una caligrafía un tanto complicada. Rider no sabía que Harms lo había escrito casi a oscuras, deteniéndose cada vez que oía acercarse los pasos de algún guardián. Cuando Rider acabó su lectura, no le quedaba ni una pizca de saliva en la garganta. Hizo un esfuerzo por leer acto seguido la comunicación oficial del ejército. Otro mazazo.

—¡Santo Dios! —Se apoyó en el respaldo del sillón, con mano temblorosa se frotó la calva y seguidamente se levantó medio tambaleante para cerrar la puerta del despacho. El miedo se iba extendiendo por su cuerpo como un virus mutante. Apenas podía respirar. Volvió al escritorio y pulsó de nuevo el intercomunicador—. Sheila, tráigame un vaso de agua y una aspirina, por favor.

Un minuto después, Sheila llamaba a la puerta.

—Señor Rider —dijo desde el exterior—, está cerrada.

Él fue rápidamente a abrir, cogió el agua y la aspirina y se disponía a cerrar de nuevo cuando Sheila le dijo:

—¿Se encuentra bien?

—Bien, bien —respondió empujándola hacia afuera.

Miró el papel que Rufus pretendía presentar al Tribunal Supremo. Rider era miembro, a título más bien protocolario, de la judicatura del Tribunal Supremo, a causa del patrocinio de un antiguo colega militar que había entrado en el Departamento de Justicia. Si hacía exactamente lo que le pedía Rufus, se convertiría en el abogado de la apelación de Harms. Y no se le ocurría otra consecuencia de ello que la catástrofe personal. Sin embargo, se lo había prometido a Rufus.

Se tumbó en el sofá de cuero que tenía en un rincón del despacho, cerró los ojos e inició una deliberación silenciosa. ¡Cuántos detalles relacionados con el asesinato de Ruth Ann Mosley se habían añadido! Rufus no poseía antecedentes de violencia; constaba de él tan solo su poca disposición a obedecer órdenes, hecho que había irritado a muchos de sus superiores y que, en un principio, había sorprendido también a Rider. La incapacidad de Harms para cumplir incluso la más anodina orden quedó probada. Lo que no constó nunca, sin embargo, fue la huida del recinto militar. Al encontrarse Rider sin defensa objetiva, se agarró al atenuante de demencia, lo que le proporcionó fuerza suficiente para salvar a su cliente de una ejecución. Y ahí acabó todo. Se había impartido justicia. Cuando menos, la que uno puede esperar que se imparta en este mundo.

Rider releyó el comunicado del ejército, donde se hacía patente la absoluta falsedad del pasado. Aquella información tenía que constar en el expediente militar de Harms en el momento del asesinato, pero no se encontraba allí. Habría constituido la base de una defensa convincente. Habían amañado el expediente militar de Harms y ahora Rider comprendía por qué.

Harms quería la libertad, quedar sin tacha, y que aquello saliera del más alto tribunal del país. Y se negaba a confiar en el ejército. Eso le había dicho Harms mientras la música *country* cubría sus palabras. ¿No era lo más lógico?

Rufus lo tenía todo al alcance de la mano. Sería escuchado y puesto en libertad. Y a pesar de ello, Rider permanecía inmóvil en aquel sofá de cuero desgastado y refulgentes tachuelas. Se trataba del miedo, de la emoción más intensa, al parecer, que puede experimentar un ser humano. Había planeado jubilarse dentro de unos años y trasladarse a una propiedad que él y su esposa habían elegido con esmero en la Costa del Golfo. Sus hijos ya eran mayores. Rider estaba harto de los helados inviernos de las zonas llanas y también de perseguir nuevos casos, de tratar diligentemente de incrementar sus créditos profesionales. De todos modos, por más seductor que fuera el retiro, no le bastaba para negar ayuda a su antiguo cliente. Había cosas correctas y cosas incorrectas.

Se levantó del sofá y se instaló en el escritorio. En un primer momento había pensado que la forma más simple de ayudar a Rufus consistía en mandar la información que tenía en las manos a un periódico y dejar que el poder de la prensa se ocupara del resto. Pero la experiencia le decía que el periódico desecharía la carta,

considerándola obra de algún chalado, o bien trataría aquello de tal modo que se volvería contra Rufus. Lo que finalmente decidió hacer era sencillo. Rufus era su cliente, un cliente que pedía a su abogado que presentara una apelación en el Tribunal Supremo. Y eso era lo que él haría. Ya le había fallado a Rufus en una ocasión, y no estaba dispuesto a repetirlo. Aquel hombre tenía una necesidad imperiosa de justicia, ¿y qué lugar mejor para conseguirla que el más alto tribunal del país? Si no consigues justicia de esa instancia, ¿dónde demonios vas a encontrarla?, reflexionaba Rider.

Buscó un folio y el rayo de sol que atravesaba la ventana se reflejó en sus cuadrados gemelos de oro esparciendo puntitos brillantes por toda la habitación. Sacó la antigua máquina de escribir que la nostalgia le había hecho guardar. No estaba familiarizado con las exigencias técnicas de los recursos al Tribunal Supremo, y daba por descontado que no satisfaría la mayoría de ellas, pero eso no le preocupaba. Lo único que quería era quitarse de encima aquella historia.

Cuando acabó de mecanografiar, colocó el escrito, junto con la carta de Harms y la del ejército, en un sobre para el correo. Hizo una pausa. La paranoia, fruto de treinta años de práctica, le obligó a ir hasta la parte trasera del despacho y hacer copias de la carta manuscrita de Harms y de la que él acababa de mecanografiar. El mismo desasosiego le llevó a conservar, de momento, la carta del ejército. Cuando la historia saliera a la luz, podía sacarla, también de forma anónima. Metió las copias en uno de los cajones del escritorio y lo cerró con llave. Puso de nuevo los originales en el sobre, buscó la dirección del Tribunal Supremo y mecanografió una etiqueta. No hizo constar remite en el reverso. Concluida la tarea, se puso el sombrero y la gabardina y se dirigió a la oficina de correos de la esquina.

Sin concederse tiempo para cambiar de parecer, rellenó el impreso para correo certificado, a fin de disponer de un resguardo, concluyó el trámite y volvió a su despacho. Fue entonces cuando cayó en la cuenta. El impreso rellenado podía servir al Tribunal para identificar a quien mandaba el sobre. Soltó un suspiro. Rufus había esperado aquello media vida. Y, en cierta forma, durante aquel tiempo, Rider lo había abandonado. Pasó el resto del día tumbado en el sofá, a oscuras, suplicando a Dios que su proceder fuera el correcto, consciente en el fondo de que así era.

Los funcionarios de Ramsey no me han dejado en paz a raíz del comentario que hizo usted el otro día, magistrada Knight, sobre el hecho de que hay que tener con los pobres determinadas deferencias. —Sara miró a la mujer, que permanecía tranquilamente sentada al otro lado del escritorio.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Knight mientras hojeaba unos documentos.

—No me extraña.

Las dos sabían que los funcionarios de Ramsey constituían una especie de comando perfectamente entrenado. Tenían las antenas puestas en todas partes, sondeaban todo lo que pudiera ser de interés para el presidente del Tribunal y para cualquier tema que entrara en sus planes. Prácticamente nada les pasaba por alto. Anotaban, analizaban y catalogaban maquinalmente cada palabra, exclamación, reunión o conversación pescada en un pasillo para su posterior uso.

—¿De modo que fue usted misma quien buscó esta reacción?

—Aunque no me guste, Sara, en este lugar se produce un determinado proceso contra el que tenemos que luchar. Algunos lo llaman un juego, pero yo prefiero no hacerlo. Prefiero ignorar su existencia. No me siento tan implicado con el presidente. Ramsey nunca apoyaría las posturas que yo adoptaría en una serie de casos. Es algo que yo sé y él sabe.

—O sea que está lanzando un globo sonda a otros magistrados.

—En cierta forma, sí. Las pruebas orales constituyen también una tribuna abierta, pública.

—Pues al público. —Sara reflexionó rápidamente—. ¿Y a los medios de comunicación?

Knight dejó los papeles y entrelazó las manos mientras miraba a la joven.

—Este Tribunal está más influido por la opinión pública de lo que la mayoría se atrevería a confesar. A algunos les gustaría preservar eternamente su posición. Pero el Tribunal tiene que seguir adelante.

—¿Y eso encaja en los casos en los que me ha mandado llevar a cabo una investigación sobre la equiparación de los derechos educativos en el caso de los pobres?

—Siento un gran interés por ellos. —Elizabeth Knight se había criado en la parte oriental de Texas, en un lugar dejado de la mano de Dios, aunque su padre tenía dinero. Por ello, accedió a una educación privilegiada, y a menudo se preguntaba qué habría sido de ella si su padre hubiera sido pobre como la mayoría de los que vivían en su zona. Todos los magistrados llegaban al Tribunal con un bagaje psicológico determinado y Elizabeth Knight no constituía una excepción—. Y eso es todo lo que pienso decir por ahora.

—¿Y el caso Blankley? —dijo Sara, refiriéndose al caso de actuación positiva que Ramsey había barrido del todo.

—Todavía no hemos votado sobre él, de forma que no tengo argumentos para afirmar cómo puede acabar.

Las reuniones para la votación se celebraban en secreto, sin ni siquiera taquígrafo ni secretario. No obstante, los que seguían el Tribunal con cierta regularidad y los funcionarios que vivían el día a día de aquel lugar sabían bien como iban a repartirse los votos, a pesar de que en el pasado los magistrados habían dado alguna sorpresa. La expresión deprimida de la magistrada Knight, sin embargo, dejaba claro cómo iban a repartirse en el caso Blankley.

Y Sara sabía leer las hojas de té como los demás. Michael Fiske tenía razón. El único interrogante que se planteaba era la repercusión que iba a tener sobre la opinión pública.

—Lástima que no estaré aquí para comprobar los frutos de mi investigación —dijo Sara.

—Nunca se sabe. Ha repetido legislatura. Michael Fiske ha firmado su tercer contrato con Tommy. Me encantaría que repitiera usted.

—Es curioso que hable de él. Michael también está intrigado por sus comentarios en la vista. Considera que a Murphy podría interesarle lo que usted trataba de introducir en cuanto a las prioridades de los pobres.

Knight sonrió.

—Michael estará al corriente de ello. Él y Tommy están totalmente compenetrados.

—Michael conoce más que nadie los entresijos del Tribunal. En realidad, a veces incluso da miedo.

Knight la miró fijamente.

—Creía que usted y Michael estaban muy compenetrados.

—Y lo estamos. Quiero decir que somos buenos amigos. —Sara se ruborizó al notar que Knight no le quitaba la vista de encima.

—¿Tal vez los dos tengan que anunciarnos algo? —Knight le sonrió con ternura.

—¿Cómo? No, no. No somos más que amigos.

—Comprendo. Lo siento, Sara, no es asunto de mi incumbencia.

—Tranquila. Como pasamos tanto tiempo juntos, es lógico que algunos den por sentado que existe algo más que amistad. Michael es un hombre muy atractivo, además de inteligente. Con un gran futuro.

—No se lo tome mal, Sara, pero tengo la impresión de que trata de convencerse a sí misma de algo.

Sara bajó la vista.

—Creo que eso es lo que hago.

—Acepte el consejo de alguien que tiene dos hijas mayores. No se precipite. Deje que las cosas sigan su curso. Tiene todo el tiempo del mundo. Fin del consejo maternal.

Sara sonrió.

—Se lo agradezco.

—Y ahora, veamos, ¿cómo está el informe sobre el caso Chance?

—Sé que Steven ha estado trabajando sin parar en él.

—Steven Wright lo tiene bien cogido.

—La verdad es que pone todo su empeño.

—Tendría que echarle una mano, Sara, usted es la más antigua. Hace quince días que el informe tendría que haber llegado a mis manos. Ramsey tiene la munición a punto y los precedentes están de su lado. Como mínimo debo estar a su altura si quiero intentarlo.

—Voy a darle la máxima prioridad.

—Perfecto.

Sara se levantó para marcharse.

—Considero que sabrá manejar al presidente del Tribunal.

Las dos mujeres intercambiaron una sonrisa. Elizabeth Knight se había convertido casi en una segunda madre para Sara Evans, sustituyendo a la que había perdido de niña.

Mientras Sara se dirigía a la puerta, Knight se arrellanó en su asiento. El lugar a donde había llegado constituía la culminación de toda una vida de trabajo y sacrificio, de suerte y pericia. Se había casado con un respetado senador de Estados Unidos de América, un hombre al que amaba y el cual le correspondía. Era una de las tres mujeres que habían vestido la toga del Tribunal Supremo. Se sentía insignificante y al mismo tiempo poderosa. El presidente que la había nombrado seguía en el cargo. Él mismo la había considerado una jurista de confianza, moderada. No había mantenido una actividad política concreta y por lo tanto el presidente no creía que fuera seguir a pies juntillas su línea pero sí quise mantendría pasiva a nivel judicial, que permitiría que la solución a las cuestiones realmente importantes recayera en los representantes elegidos por el pueblo.

Knight no tenía una filosofía arraigada como Ramsey o Murphy. Ellos no decidían tanto los casos basándose en cada uno de los hechos como en las posturas más generales que representaban cada uno de los casos. Murphy jamás votaba en defensa o en contra de la pena capital. Ramsey hubiera preferido morir antes de apoyar a un acusado en un caso de derecho penal. Knight era incapaz de determinar su bando de esta forma. Ella se enfrentaba con cada caso, con cada una de las partes, sin ideas preconcebidas. Concedía la máxima importancia a los hechos. Si bien tenía en cuenta las amplias consecuencias de las decisiones del Tribunal, le preocupaba muchísimo hacer justicia a las partes. Eso a menudo situaba su voto en la cuerda floja, y en realidad a ella no le importaba. No era de las que se quedan en un rincón: había entrado allí para demostrarlo.

En aquellos precisos momentos se daba cuenta de su posible impacto. La responsabilidad que conllevaba aquel poder le hacía sentir insignificante. Este, por otro lado, le asustaba. La tenía despierta de noche contemplando el techo mientras su

marido dormía profundamente a su lado. A pesar de todo, pensaba, sonriendo para sus adentros, no se veía en otro lugar; no imaginaba otro sitio donde pasar su vida.

John Fiske entró en un edificio del West End de Richmond. Aquel lugar se denominaba oficialmente casa de reposo, pero era ni más ni menos el sitio donde iban a morir los ancianos. Al avanzar por el pasillo, Fiske hizo un esfuerzo por no oír los gritos y los gemidos. Veía aquellos débiles cuerpos, las cabezas colgando, las extremidades inservibles, confinados a sus sillas de ruedas, alineadas como carritos de la compra contra la pared, a la espera de un compañero de baile que jamás iba a aparecer.

Él y su padre habían tenido que echar mano de toda su resolución para trasladar a la madre a aquel lugar. Michael Fiske no había sabido enfrentarse con valentía al hecho de que su madre hubiera perdido el juicio, que se lo hubiera minado el Alzheimer. Los buenos tiempos eran fáciles de disfrutar. La auténtica valía de una persona se demostraba en las malas épocas. En opinión de John Fiske, su hermano Michael había suspendido irremediablemente este examen.

Consultó en el mostrador.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó a la subdirectora. Como quiera que visitaba asiduamente el centro, conocía a todo el personal.

—Ha tenido días mejores, John, pero su presencia puede que la anime —respondió la mujer.

—Vamos a ver —murmuró Fiske, dirigiéndose a la sala de visitas.

Su madre lo esperaba allí, vestida como siempre, con la bata y las zapatillas. Movía los ojos sin rumbo, gesticulaba con la boca pero no articulaba palabra alguna. Al ver aparecer a Fiske en el umbral de la puerta, levantó la vista y esboza una sonrisa. Él se acercó a su madre y se sentó frente a ella.

—¿Cómo está mi Mikey? —preguntó Gladys Fiske, acariciándole con ternura el rostro—. ¿Cómo está el pequeño de mamá?

Fiske aspiró profundamente. Siempre aquel maldito asunto, como mínimo los dos últimos años. Para la mente perturbada de Gladys Fiske él era Mike, siempre sería su hermano hasta el último instante de la vida de su madre. De una u otra forma, John Fiske se había esfumado completamente de su memoria, como si nunca hubiera nacido.

Le tocó las manos con cariño, haciendo todo lo posible por acallar la gran frustración que sentía en su interior.

—Estoy bien. Las cosas me funcionan perfectamente. A papá también. —Luego añadió, despacio—: A Johnny también le va bien, me ha preguntado por ti. Siempre lo hace.

Ella le dirigió una mirada inexpresiva.

—¿Johnny?

Fiske se lo introducía cada vez y siempre obtenía la misma respuesta. ¿Por qué le había olvidado a él y no a su hermano? Debía tener algo muy enraizado que le había

permitido que el Alzheimer borrara de su vida la identidad de él. ¿Sería que su existencia nunca había tenido mucha fuerza, nunca le había importado mucho a ella? Sin embargo, John había sido siempre el hijo con quien habían podido contar sus padres. Les había ayudado de niño y seguía haciéndolo como hombre. Habían contado con él para todo, desde entregarles buena parte de sus ingresos hasta subir al tejado un asfixiante día de agosto, hallándose él inmerso en un infernal juicio, para ayudar al padre a colocar las tablillas pues él no tenía dinero para pagar a alguien que se lo hiciera. Y Mike, siempre el preferido, siempre a la suya, siguiendo su inclinación egoísta, pensaba Fiske... Siempre habían ensalzado a Mike como el mejor, como el orgullo de la familia. En realidad, sus padres nunca habían exagerado tanto en el modo de ver a sus hijos; eso también lo sabía Fiske. Pero el enojo había confundido la realidad, inclinando la balanza hacia lo malo y alterando lo bueno.

—¿Mikey? —dijo ella, inquieta—. ¿Cómo están los niños?

—Muy bien, perfectamente, van creciendo como pimplitos. Son idénticos a ti. — Aquello de simular ser su hermano y haber tenido hijos le hacía entrar ganas de ponerse a berrear.

Ella sonrió alisándose el pelo. Fiske aprovechó el gesto.

—Tienes muy buen aspecto. Papá dice que estás más guapa que nunca.

Gladys Fiske había sido una mujer atractiva durante casi toda su vida y había concedido una gran importancia a su aspecto. Luego, los efectos del Alzheimer le habían acelerado el proceso de envejecimiento. Fiske era consciente de que si se hubiera visto en aquellos momentos, se habría sentido muy triste. Esperaba que su madre siguiera viéndose como cuando tenía veinte años, en sus mejores momentos.

Le alargó un paquete que le había traído. La mujer lo cogió con la satisfacción de un crío, rompiendo el envoltorio. Tocó con delicadeza el cepillo y se lo pasó con cuidado por el pelo.

—Nunca había visto algo tan bonito.

Lo decía de cualquier cosa que le traía. Pañuelos, lápiz de labios, un libro ilustrado. Nunca había visto nada tan bonito. Mike. Cada vez que acudía a visitarla, su hermano ganaba puntos. Fiske se esforzaba por apartar aquellas ideas de su cabeza y pasar una hora agradable con su madre. La quería mucho. De haber podido, la habría liberado de la terrible enfermedad que le destruía el cerebro. Al no poder, hacía todo lo posible para pasar el máximo tiempo con ella. Aunque fuera con otro nombre.

Fiske salió de la casa de reposo y se fue en coche a casa de su padre. Al enfilear aquella calle que le resultaba tan familiar, echó un vistazo a los límites hechos añicos de sus primeros dieciocho años de vida: casas en ruinas con la pintura desconchada y los porches que se hundían, vallas combadas y descuidados jardines que daban a unas estrechas y abandonadas calles donde habían dejado hileras de Fords y Chevrolets

estropeados. Cincuenta años atrás, el barrio había albergado la típica población esperanzada de la posguerra que confiaba a ciegas en que la vida tenía que mejorar. Para aquellos que no habían cruzado el puente de la prosperidad, el cambio más palpable en sus arrastradas vidas era una rampa de madera para la silla de ruedas adosada a la puerta principal. Al observar una de aquellas rampas, a Fiske se le ocurrió que hubiera preferido la silla de ruedas al deterioro del cerebro de su madre.

Aparcó en el camino de acceso a la casa relativamente bien conservada de su padre. Cuanto más se desmoronaba el barrio a su alrededor más empeño ponía aquel viejo en mantenerse a flote. Tal vez lo hacía en un intento de mantener vivo el pasado un tiempo más. O movido por la esperanza de que algún día volviera a casa su esposa, otra vez con veinte años y la cabeza nueva y llena de salud. Ahí estaba el viejo Buick, con la carrocería algo oxidada aunque con el motor en perfecto estado gracias a la habilidad del dueño en el campo de la mecánica. Fiske vio a su padre en el garaje, vestido como de costumbre con camiseta blanca y pantalón de trabajo azul, agachado junto a una pieza del motor. Ya jubilado, Ed Fiske se lo pasaba en grande con las manos cubiertas de grasa ante un montón de piezas esparcidas sin orden ni concierto.

—En la nevera encontrarás cerveza —dijo Ed sin levantar la cabeza.

Fiske abrió el viejo frigorífico que tenía su padre en el garaje y sacó una botella de Miller. Se sentó en una tambaleante silla de cocina para observar el trabajo de su padre, igual como hacía cuando era niño. Siempre le había fascinado la habilidad de las manos de su padre, la seguridad con que iba colocando cada una de las piezas.

—Hoy he visto a mamá.

Haciendo girar la lengua en un gesto ya muy practicado, Ed empujó el cigarrillo que se estaba fumando hacia la comisura derecha de sus labios. Flexionó el musculoso antebrazo y lo relajó seguidamente al asegurar un tornillo.

—Yo iré mañana. Voy a vestirme de punta en blanco y le llevaré flores y comida que me va a preparar Ida. Será algo especial. Ella y yo a solas.

Ida Germán era la vecina; la persona que llevaba más tiempo en el barrio. Había apoyado mucho a su padre desde que su madre estaba fuera.

—Le encantará. —Fiske tomó un sorbo de cerveza y sonrió pensando en los dos ahí juntos.

Ed acabó lo que tenía entre manos y en un minuto se limpió utilizando gasolina y un trapo. Cogió también una cerveza y se sentó sobre una caja de herramientas frente a su hijo.

—Ayer hablé con Mike —dijo.

—¿De verdad? —preguntó Fiske sin mostrar interés.

—Le va bien ahí arriba en el Tribunal. No sé si sabes que le han pedido que se quede otro año. Tiene que ser bueno.

—Estoy convencido de que nunca han tenido a nadie igual.

Fiske se levantó y se fue hacia el portal abierto. Aspiró profundamente y dejó que

sus pulmones se llenaran con el aroma del césped acabado de cortar. Cuando era pequeño, todos los sábados él y su hermano cortaban el césped, ayudaban en la casa y luego toda la familia montaba en la inmensa furgoneta para iniciar el viaje semanal al supermercado A amp;P. Si se habían portado muy bien, si habían cumplido los encargos perfectamente y no habían cortado demasiado el césped, tenían como premio un refresco de la máquina situada junto a la puerta del supermercado. Para los niños aquello era oro líquido. Fiske y su hermano pensaban en aquel refresco durante toda la semana. ¡Qué unidos habían estado de pequeños! Habían repartido juntos el *Times Dispaich*, practicado deporte los dos, a pesar de que John era tres años mayor que su hermano. A Mike se le daba tan bien el ejercicio físico que en primero de carrera había jugado en la selección de la facultad. Los hermanos Fiske. Todo el mundo les quería y les respetaba. ¡Qué tiempos tan felices! Una época que había terminado. Se volvió para mirar a su padre.

Ed movía la cabeza.

—¿Sabías que Mike rechazó un puesto de profesor en una de las importantes facultades de derecho, en Harvard o no sé dónde, para seguir en el Tribunal? Pues sí, y tuvo un montón de ofertas de una serie de importantes bufetes. Él mismo me las enseñó. ¡Madre mía, el dinero que le ofrecían, casi me parece imposible! —El orgullo quedaba patente en el tono de su voz.

—Más poder para él —respondió Fiske secamente.

De repente, Ed le pegó una palmada en el muslo.

—¿Qué te ocurre, Johnny? ¿Qué demonios tienes contra tu hermano?

—No tengo nada contra él.

—¿Por qué, pues, ya no os lleváis como antes? He hablado con Mike. No es cuestión suya.

—Oye, papá, él tiene su vida y yo la mía. Y no recuerdo que tú y tío Ben fuerais uña y carne.

—Mi hermano era un holgazán y un borracho. El tuyo no es ni lo uno ni lo otro.

—La holgazanería y las borracheras no son los únicos vicios de este mundo.

—¡Maldita sea, no te entiendo, hijo!

—Sigues la corriente.

Ed dejó el cigarrillo sobre el cemento, se levantó y se apoyó contra un montante de la pared.

—No están bien los celos entre hermanos. Deberías alegrarte por lo que ha conseguido en su vida.

—¡Vaya! ¿De modo que crees que estoy celoso?

—¿Y no lo estás?

Fiske tomó otro trago de cerveza mientras observaba la valla de casi un metro que rodeaba el patio trasero de su padre. Ahora estaba pintada de verde oscuro. En el transcurso de los años había tenido muchísimos colores. John y Mike la pintaban todos los veranos, del color con el que habían pintado aquel año el despacho de la

empresa de transportes para la que trabajaba Ed. Fiske se fijó en el manzano del rincón del patio. Lo señaló con la cerveza.

—Tienes orugas. Tráeme un soplete.

—Ya me ocuparé yo de ellas.

—Si tú no te sientes seguro ni montado en una silla, papá.

Fiske se quitó la americana, cogió una escalera del garaje y se llevó el soplete que le dio su padre. Lo encendió, colocó la escalera bajo el abultado nido y subió por los peldaños. En cuestión de unos minutos la bola se fue disolviendo al calor de la llama. Fiske bajó y apagó el soplete mientras su padre amontonaba los restos del nido.

—Y tú no has visto más que mi problema con Mike.

—¿Cómo? —Ed parecía perplejo.

—¿Cuándo fue la última vez que apareció Mike por aquí a echar una mano? ¿A verte a ti o a ver a mamá?

Ed se rascó la incipiente barba y buscó otro cigarrillo en el bolsillo del pantalón.

—Tiene trabajo. Viene cuando puede.

—Seguro.

—Lleva a cabo un importante trabajo para el gobierno. Ahí arriba, ayudando a los jueces. Es el tribunal más importante del país. Tú ya lo sabes.

—No sé si te imaginas, papá, que yo también estoy atareado.

—Lo sé, hijo, pero...

—Sé la respuesta, pero... es distinto. —Fiske se puso la americana sobre los hombros y se secó el sudor de los ojos. Pronto aparecerían los mosquitos. Aquello le hizo pensar en el agua. Su padre tenía una caravana en un *camping* junto al río Mattaponi—. ¿Hace tiempo que no has estado en la caravana?

Ed movió la cabeza, aliviado con el cambio de tema.

—Sí, pero pensaba ir un día de esos. Sacar el bote antes de que haga demasiado frío.

Fiske volvió a quitarse el sudor de la frente.

—Avísame cuando vayas, porque igual te acompaño.

Ed miró fijamente a su hijo mayor.

—¿Cómo te van las cosas?

—¿A nivel profesional? Esta semana he perdido dos y he ganado dos. Yo lo consideraría un promedio aceptable teniendo en cuenta los tiempos que corren.

—Anda con cuidado, hijo. Sé que crees en lo que estás haciendo y tal, pero defiendes a una cuadrilla de desalmados. Algunos pueden acordarse de ti, de tus tiempos de poli. A veces me despierto de noche pensando en eso.

Fiske sonrió. Quería a su padre tanto como a su madre y, por alguna sutil inclinación masculina, incluso más. La idea de que su padre no pudiera conciliar el sueño a causa de él, le tranquilizaba mucho. Le dio una palmada en la espalda.

—No te preocupes, papá, jamás bajo la guardia.

—¿Y qué me dices de lo otro?

Fiske se tocó el pecho con gesto instintivo.

—Voy bien. Soy capaz de llegar a los cien.

—Eso espero, hijo —dijo su padre, convencido, mientras observaba como se alejaba.

Ed agitó la cabeza al pensar en cuánto se habían separado sus hijos y su incapacidad para remediarlo. «¡Maldita sea!», fue todo lo que pudo decir antes de sentarse otra vez sobre la caja de herramientas para acabar la cerveza.

A primera hora de la mañana, Michael Fiske avanzaba canturreando en voz bajísima por el amplio vestíbulo de alto techo camino de la sala del correo. Al entrar allí, un funcionario levantó la vista.

—Llega en el momento justo, Michael. Acabamos de recibir un envío.

—¿Algo procedente de las cárceles? —preguntó Michael refiriéndose al número de peticiones de los presos que aumentaba día a día. La mayor parte redactadas *in forma pauperis*, lo que significaba, literalmente, en la forma paupérrima. Existía un apartado exclusivo para dichas peticiones, y eran tantas que habían asignado un funcionario para ocuparse exclusivamente de ellas. Las peticiones *in forma pauperis* o IFP, como las denominaba el personal del Tribunal, constituían en general el lugar idóneo donde descubrir el punto de humor en alguna demanda ridícula o bien, de vez en cuando, un caso que mereciera la atención del Tribunal. Michael sabía que algunas de las decisiones más importantes del Tribunal habían salido de casos IFP, por ello llevaba a cabo todas las mañanas el ritual de la criba en busca del oro en paño en los montones de papel.

—Por los garabatos manuscritos que he estado descifrando hasta ahora, afirmaré que estamos de suerte —respondió el funcionario.

Michael arrastró una de las cajas hacia una esquina. Contenía una serie de reclamaciones, calamidades manuscritas, un rosario de protestas sobre injusticias, de contenido y descripción diversa. Ahora bien, todas ellas tenían su importancia. Muchas procedían de reclusos condenados a muerte; para ellos, el Tribunal Supremo constituía la última esperanza antes de la aniquilación legal.

Michael pasó dos horas revolviendo en la caja. Tenía ya mucha práctica en ello. Se había convertido en una especie de experto en desgranar maíz, pues su mente leía a gran velocidad los largos documentos, separaba sin esfuerzo alguno el lenguaje estereotipado de los puntos importantes, comparándolos tanto con los casos pendientes como con los precedentes a lo largo de cincuenta años, que extraía de su memoria enciclopédica, para archivarlos en su sitio y seguir adelante. Al cabo de las dos horas, de todas formas, no había encontrado nada de mucho interés.

Se estaba planteando ir hacia el despacho cuando su mano topó con el sobre marrón. Llevaba la dirección mecanografiada aunque no señas de remitente. Aquello le pareció extraño. En general, las personas que presentaban una alegación sobre su caso al Tribunal querían que los magistrados supieran donde encontrarles por si se producía la rara circunstancia de que el Tribunal decidiera responder. Sin embargo, en la parte superior izquierda del sobre, se adjuntaba el impreso de carta certificada. Abrió el sobre y extrajo de él dos hojas. Uno de los cometidos de la sala de correo consistía en asegurar que todos los envíos cumplieran con las estrictas normas del Tribunal. Aquellos que se acogían a la situación de indigente, suponiendo que se aceptara su petición, tenían derecho a prescindir de determinadas exigencias en

cuanto a impresos y honorarios, incluso podían disponer de parte de los gastos de abogacía, si bien el abogado no presentaba minuta del tiempo invertido. Representaba un honor presentarse ante el Tribunal en calidad de letrado. Para obtener la categoría de indigente hacía falta un recurso que autorizara su archivo en la sección de los menesterosos, o bien una declaración jurada firmada por el preso en la que afirmara su condición de necesitado. Michael vio enseguida que aquel sobre no contenía ninguno de estos documentos. Habría que rechazar el recurso.

Cuando Michael empezó a leer lo que contenía el sobre tuvo que descartar toda idea de defecto de presentación. Al acabar, el sudor de sus manos resbalaba sobre el papel. Primero pensó volver a meter los folios en el sobre y olvidar que los había visto. Pero, al igual que la persona que acaba de ser testigo de un delito, sentía la necesidad de hacer algo.

—Michael, acaban de llamarle del despacho de Murphy —dijo el funcionario. Al ver que Fiske no respondía, repitió—: ¿Michael? El magistrado Murphy le está buscando.

Michael movió la cabeza con gesto afirmativo, consiguiendo por fin centrarse en algo que no fueran los papeles que tenía en la mano. El funcionario siguió con su tarea y Michael metió de nuevo los papeles en el sobre marrón. Vaciló un instante. Durante los próximos segundos podía decidirse toda su carrera en el campo legislativo, su vida entera. Entonces, como si sus manos actuaran independientemente de sus pensamientos, metió el sobre en la cartera. Al hacerlo antes de que el Tribunal procesara de forma oficial la petición, estaba cometiendo, entre otros delitos, un robo de la propiedad federal, un delito mayor.

Salió a todo correr de la sala del correo y estuvo a punto de chocar frontalmente con Sara Evans.

De entrada, ella le sonrió, pero cambió su expresión al ver la cara de Michael.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. No pasa nada.

Ella le cogió el brazo.

—Tú no te encuentras bien. Estás temblando y estás blanco como la cera.

—Creo que me está rondando algo.

—Pues deberías ir para casa.

—Le pediré una aspirina a la enfermera. Me pondré bien.

—¿Seguro?

—Tengo que irme, Sara. —Pegó un tirón para soltarse ante la sorpresa de ella.

El resto del día transcurrió a un ritmo inmutable para Michael; sin darse cuenta, se encontraba mirando fijamente la cartera, pensando en lo que contenía. Ya de noche, al acabar su jornada en el Tribunal, cogió la bici y pedaleando frenéticamente volvió a su piso de Capitel Huí. Cerró bien la puerta de la casa y sacó otra vez el sobre. Sacó también un bloc de notas amarillo de la cartera y lo llevó todo a la pequeña mesa que tenía junto a la cocina.

Al cabo de una hora se disponía a revisar el sinfín de notas que había tomado. Enchufó el ordenador portátil y las mecanografió, realizando cambios en ellas, arreglos, reflexionando de nuevo mientras lo hacía, pues aquel era un hábito que seguía desde hacía mucho tiempo. Había decidido abordar el problema como lo haría con cualquier otro. Iba a comprobar la información contenida en la petición con la máxima minuciosidad. Y lo más importante: tendría que confirmar que todos los nombres que figuraban en la petición correspondieran exactamente a las personas que él creía que eran. Si le parecían conformes, devolvería la apelación a la sala del correo. Caso de confirmar que se trataba de algo sin fundamento, de la obra de una mente desequilibrada o de un preso que daba palos a ciegas, decidiría destruir el documento.

Michael miró por la ventana al otro lado de la calle, hacia la apiñada hilera de casas que habían convertido en pisos idénticos al suyo. Los jóvenes lobeznos del gobierno se amontonaban como en un panal en aquel barrio. La mitad seguían trabajando, el resto se había acostado ya y se hallaba inmerso en la pesadilla de una interminable lista de tareas de importancia nacional, como mínimo hasta el toque de diana de las cinco de la madrugada. La oscuridad que se extendía ante sus ojos quedaba interrumpida tan solo por el reflejo de la farola de la esquina. El viento soplaba con más fuerza y la temperatura había bajado: se preparaba la tormenta. Aún no habían conectado la calefacción del antiguo edificio y Michael de pronto sintió un escalofrío junto a la ventana. Cogió el jersey del armario, se lo echó encima y volvió a la ventana a observar la calle.

Nunca había oído hablar de Rufus Harms. Según los datos que figuraban en la carta, habían encarcelado a aquel hombre cuando Michael tenía tan solo quince años. La ortografía del texto era fatal, la caligrafía torpe recordaba incluso los primeros intentos de un niño ante un papel y un lápiz. La carta mecanografiada contenía información sobre los antecedentes del caso y se veía a la legua que la había redactado una persona con muchísima más cultura. Quizás un abogado, pensó Michael. El vocabulario tenía un aire legal, a pesar de que daba la impresión de que quien había compuesto el texto pretendía ocultar su identidad profesional, al igual que la personal. En la nota procedente del ejército, según la carta mecanografiada, se pedía determinada información a Rufus Harms. No obstante, el tal Rufus Harms negaba haber participado en el programa en el que constaba al parecer según los archivos del ejército. Harms alegaba que se trataba de una tapadera para un crimen que había derivado en un terrible error judicial, en un descalabro legal que se había llevado un cuarto de siglo de su vida.

Al recuperar de golpe el calor, Michael apoyó la frente en la fría ventana y aspiró profundamente, empañando el cristal con el aliento. Lo que había hecho él representaba una flagrante interferencia en el derecho de una de las partes a disponer de un juicio. Toda su vida Michael había creído en la opción inalienable de una persona de acceder a la justicia, independientemente de que aquella fuera rica o

pobre. No se trataba de un papel que pudiera anularse o declararse carente de valor. Se tranquilizaba algo pensando en que iban a desechar la apelación a causa de una serie de irregularidades técnicas.

De todas formas, aquel caso era distinto. Aun cuando pudiera ser falso, era capaz de causar terribles perjuicios a gente muy importante. ¿Y si era cierto? Cerró los ojos. «¡Dios mío, no lo permitas!», suplicó.

Volvió la cabeza y miró hacia el teléfono. De repente se le ocurrió que podía llamar a su hermano para que le aconsejara. John poseía una experiencia mayor que su hermano pequeño. Él sabría cómo abordar la situación. Dudó un rato, incapaz de admitir que necesitaba ayuda, sobre todo si procedía de una fuente problemática, tan alejada. Aunque por otro lado aquello podía representar un reencuentro con su hermano. El error no procedía enteramente de una parte; Michael había madurado lo suficiente para comprender que la culpa era escurridiza.

Cogió el teléfono y marcó el número. Escuchó el contestador y eso en cierta manera le satisfizo. Dejó un mensaje en el que pedía ayuda a su hermano aunque sin precisar para qué. Colgó y volvió a la ventana. Probablemente había sido mejor que John no respondiera al teléfono. Su hermano tendía a ver las cosas de forma rígida, blanco o negro, lo que decía mucho sobre su forma de vida.

Ya de madrugada, Michael se quedó dormido, más tranquilo de poder enfrentarse a una posible pesadilla, fuera la que fuera.

Tres días después de que Michael Fiske hubiera retirado el expediente de la sala del correo, Rufus Harms llamó de nuevo al despacho de Sam Rider y allí le dijeron que el abogado había salido de la ciudad por asuntos de trabajo. Mientras le acompañaban de nuevo a la celda, Rufus pasó por delante de un hombre en el pasillo.

—Llamas mucho últimamente, Harms. ¿Qué, ahora te dedicas a algún negocio de venta por catálogo?

Los guardianes soltaron una carcajada ante el comentario. Vic Tremaine era un hombre que no llegaba a metro ochenta, de pelo rubio muy claro, cortísimo, y piel curtida, cuyo aspecto recordaba una torreta de tanque. Era el segundo de a bordo de Fort Jackson y se había propuesto hacer la vida completamente imposible a Harms. Este no respondió y permaneció quieto con aire paciente mientras Tremaine le miraba de arriba abajo.

—¿Qué quería tu abogado? ¿No saldrá con otra defensa por haber apiolado a la niña aquella? ¿Eso es lo que pretende? —Tremaine se acercó al preso—. ¿Sigues viéndola en tus sueños? Eso espero. Piensa que te oigo llorar en la celda. —El tono de Tremaine era abiertamente provocador; se le tensaban los músculos de los brazos y los hombros a cada palabra y las venas del cuello sobresalían a la espera de que Harms respondiera, intentara algo que pudiera acabar con la vida del preso en aquel lugar—. Lloras como un puto bebé. Apuesto a que los padres de la niña también lloraron. A que deseaban hundir sus dedos en tu cuello. Como hiciste tú con su hijita. ¿Nunca has pensado en ello?

Harms ni siquiera parpadeó. Sus labios seguían dibujando una línea recta, sus ojos, fijos más allá de Tremaine. Harms había sufrido el aislamiento, la soledad, las mofas, los malos tratos físicos y mentales, sobre él había caído todo lo que un hombre puede recibir de otro de su especie, había soportado la crueldad, los actos generados por el miedo y por el odio. Las palabras de Tremaine, independientemente de su contenido y de cómo las pronunciara, no conseguían romper el muro tras el que él se había refugiado, que le había mantenido vivo.

Al darse cuenta de ello, Tremaine retrocedió.

—¡Quitádmelo de delante! —y mientras el grupo seguía por el pasillo, Tremaine le gritó—: ¡Vuelve a leer tu Biblia, Harms! Es lo más cercano al cielo que podrás conseguir.

John Fiske avanzaba deprisa por el vestíbulo del palacio de justicia detrás de una mujer.

—¡Janet! ¿Tienes un minuto?

Janet Ryan era una fiscal muy avezada en poner a buen recaudo a los clientes de Fiske. Una mujer también atractiva, divorciada. Se volvió hacia él sonriendo.

—Para ti, dos minutos.

—Es sobre Rodney...

—Espera, refréscame la memoria. Tengo un montón de Rodneys.

—Robo, tienda de electrónica, zona norte.

—Con disparos, persecución policial, antecedentes... ¡Ahora me acuerdo!

—Exacto. En fin, no pretendemos llevar a juicio al primo ese.

—Traducido, John: tu caso es espantoso y el mío abrumador.

Fiske agitó la cabeza.

—Podrías tener problemas con algunas de las pruebas.

—¿No crees que «podrías» es una palabra curiosa?

—Y existen lagunas en la declaración.

—Siempre las hay. Tu cliente es un experto delincuente. Conseguiré un jurado que lo pondrá a la sombra una buena temporada.

—Entonces, ¿por qué malgastar el dinero del contribuyente?

—¿Qué propones, pues?

—Aceptaré robo, posesión de propiedad robada. Dejar la historia del tiroteo. Total, cinco años y fianza por el tiempo cumplido.

Janet se dispuso a seguir su camino.

—Nos veremos en la sala.

—Está bien, está bien, ocho, pero tengo que hablar con el tipo.

Ella se volvió e hizo el gesto de contar con los dedos.

—Lo aceptará todo, incluyendo «la historia del tiroteo», le caerán diez años, que se olvide del tiempo cumplido, y aquí no queda nada en el tintero. Y libertad bajo vigilancia durante otros cinco después. Si la caga, entra a cumplir otros diez, sin más. Si va a juicio, estamos hablando de la friolera de veinte. Y quiero una respuesta ahora mismo.

—¡Jolín, Janet! ¿Y la compasión?

—Se guarda para quien la merezca. Como ya debes suponer, mi lista es muy corta. Además, es un trato hecho con amor. ¿Aceptas o no?

Fiske tamborileó contra la cartera.

—De acuerdo, trato hecho.

—Me encanta tratar contigo, John. Por cierto, ¿por qué no me llamas algún día? Ya me entiendes... Fuera de horas de trabajo.

—¿No crees que podría presentarse algún conflicto?

—Ni hablar. Con mis amigos soy más dura todavía.

Se alejó canturreando mientras Fiske se apoyaba en la pared moviendo la cabeza.

Una hora después volvió a su despacho y dejó la cartera. Cogió el teléfono y se dispuso a escuchar los mensajes que tenía en el contestador de casa mientras iba tomando notas para la próxima vista a la que tenía que acudir. Oyó la voz de su hermano y ni siquiera dejó de escribir. Levantó un dedo y borró el mensaje. Le parecía raro aunque no insólito que Mike llamara. El nunca respondía a sus mensajes.

Pensó que su hermano había adoptado la táctica de provocarle. En cuanto hubo elaborado la idea, se dio cuenta de que aquello no era cierto. Se levantó y se fue hacia un estante en el que tenía cuadernos de notas sobre juicios y libros de leyes. Cogió la foto enmarcada que estaba también allí. Una vieja instantánea. Él, con uniforme de policía, y Mike a su lado. El hermano pequeño orgulloso de entrar en el mundo de los adultos y el hermano mayor de rostro severo, que ya había visto gran parte de la perdición del mundo y contaba ver mucho más antes de retirarse. En realidad, había experimentado en su propia carne la faceta más desagradable de la humanidad, y seguía haciéndolo, aunque ahora sin uniforme. Le bastaba su cartera, un traje barato y unos labios raudos y veloces. Había cambiado las balas por palabras. Hasta el fin de sus días. Dejó otra vez la foto y se sentó. Pero no fue capaz de apartar la vista de ella; de pronto se sentía incapaz de concentrarse.

Unos días más tarde, Sara Evans llamó a la puerta del despacho de Michael Fiske y luego entró en él. No encontró a nadie. Había prestado un libro a Michael y ahora lo necesitaba. Echó una ojeada por allí pero no lo vio. Luego se fijó en la cartera, que había dejado bajo el escritorio. La cogió. Por el peso, pensó que estaba llena. La había cerrado, pero ella sabía la combinación, pues Michael se la había dejado un par de veces. La abrió y comprobó que contenía dos libros y unos cuantos papeles. Ninguno de los dos era el que estaba buscando. Iba a cerrar de nuevo pero no lo hizo inmediatamente. Sacó los papeles y miró el sobre que estaba entre estos. Iba dirigido al Tribunal. Acababa de echar un vistazo al manuscrito y a la carta mecanografiada cuando oyó pasos. Lo colocó todo en su sitio, cerró la cartera y la puso bajo el escritorio. Un instante después entró Michael.

—¿Qué haces aquí, Sara?

Ella hizo todo lo posible por responder con normalidad.

—He venido en busca del libro que te dejé la semana pasada.

—Lo tengo en casa.

—Pues tal vez pase a cenar y me lo llevo.

—Estoy bastante ocupado.

—Todos lo estamos, Michael. Pero tú, la verdad, últimamente te relacionas muy poco. ¿De verdad que estás bien? ¿No te estarán jugando una mala pasada los nervios? —le sonrió para demostrarle que lo decía en broma. Pero vio que en realidad estaba bastante alterado.

—Estoy perfectamente. Mañana te traigo el libro.

—No te lo tomes tan a pecho.

—Te lo traigo mañana —dijo, algo irritado, con el rostro enrojecido, aunque enseguida se calmó—. De verdad que tengo mucho trabajo. —Miró hacia la puerta.

Sara se dispuso a marcharse, cogió la manecilla y volvió la cabeza.

—Si necesitas hablar con alguien, Michael, ya sabes dónde estoy.

—Sí, lo sé, gracias.

La acompañó hasta fuera y cerró la puerta por dentro. Se acercó al escritorio y cogió la cartera. Miró su interior y luego levantó la vista hacia la puerta.

Aquella noche, ya tarde, Sara bajó con el coche por la avenida de gravilla y se detuvo ante el pequeño chalet situado cerca de George Washington Parkway, una zona realmente bonita. Aquel chalet era la primera propiedad que había tenido en su vida y ella misma había trabajado mucho para cuidar hasta el último detalle. Una escalera descendía hasta el Potomac, donde tenía amarrado su pequeño velero. Ella y Michael habían pasado parte del poco tiempo libre que tenían navegando por el río hasta la orilla de Maryland, hacia el norte, pasando por el Memorial Bridge y después hasta Georgetown. Aquello constituía para los dos un remanso de paz, ya que uno y otro estaban inmersos en un mar de problemas en el trabajo. Michael había rechazado su última invitación para salir a navegar. En realidad, durante la última semana se había negado a hacer todo lo que ella había propuesto. Al principio, Sara pensó que se debía a su negativa por lo del matrimonio, pero después de haberle visto en su despacho tenía claro que había algo más. Se esforzaba por recordar exactamente lo que había visto en la cartera. Se trataba de una solicitud, de eso sí estaba segura. Había visto también un nombre en la carta mecanografiada. Este era Harms. Había olvidado el nombre de pila. Por lo poco que había conseguido leer antes de que entrara Michael, había comprendido que Harms había presentado algún tipo de apelación al Tribunal. Aunque no sabía sobre qué. La carta mecanografiada no llevaba firma.

Había ido inmediatamente a la sala de asuntos pendientes para comprobar si había llegado algún caso a nombre de Harms. Le parecía imposible estárselo planteando, pero pensaba: ¿Habría cogido Michael un recurso antes de que se procesara y entrara en el sistema? De ser así, había cometido un serio delito. Podían echarle del Tribunal, e incluso mandarlo a la cárcel.

Entró a la casa, se puso unos vaqueros y una camiseta y volvió afuera. Ya había oscurecido. El personal del Tribunal Supremo pocas veces llegaba a casa con luz de día, a menos que les pillara el alba trabajando, y entonces iban a ducharse y cambiarse para volver al trabajo. Bajó las escaleras hasta el embarcadero y se sentó en el barco. Si Michael confiara en ella, Sara estaba dispuesta a ayudarle. A pesar de que afirmara lo contrario, Michael la había dejado de lado. Se había tomado mal la negativa. Normal, pensó ella.

De pronto saltó al embarcadero, corrió hasta la casa, cogió el teléfono y empezó a marcar su número, pero de detuvo a medias. Michael Fiske era un hombre obstinado. Si le confesaba lo que había visto, empeoraría las cosas. Colgó el teléfono. Tendría que esperar a que Michael acudiera a ella. Volvió afuera y se puso a contemplar el agua. Pasó un avión por allí y ella, con gesto instintivo, agitó el brazo para saludar, un

ritual particular suyo. En realidad, en aquel punto los aviones volaban tan bajo que, con luz de día, un pasajero podía verla saludando. Al bajar la mano, notó que se sentía muy deprimida, algo que no había experimentado desde la muerte de su padre, cuando se quedó sola.

Tras aquella pérdida, empezó una nueva vida. Se trasladó a la costa oeste, a una facultad de Derecho, donde destacó, trabajó en el Tribunal de Apelación Ninth Circuit y posteriormente accedió al Tribunal Supremo.

Fue entonces cuando vendió la propiedad de Carolina del Norte y compró la que tenía en la actualidad. No huía de su vida anterior ni de la tristeza que se apoderaba de ella al pensar en que sus padres no estaban a su lado para ver su éxito o simplemente para apoyarla. Cuando menos, eso pensaba ella. Cuando le llegara el día de abandonar el Tribunal, no tenía ni idea de lo que le apetecería hacer. En el campo legal podía hacer lo que quisiera. El problema radicaba en que ni siquiera sabía si quería que la justicia formara parte de su vida. Tres años en la facultad, un año en el tribunal de apelación, había iniciado ya su segundo año aquí y se estaba agotando.

Pensó en su padre, agricultor y al mismo tiempo juez de paz de la ciudad donde vivían. Él no tenía a su disposición una selecta sala. A menudo impartía justicia con la máxima rectitud desde lo alto de su tractor, en el campo o bien mientras fregaba los platos. Para Sara, aquello era la ley, lo que significaba para la mayoría de la población, o como mínimo lo que tendría que significar. Buscar la verdad y luego impartir justicia una vez encontrada aquella. Ninguna planificación oculta, nada de juegos de palabras, tan solo el sentido común aplicado a los hechos. Soltó un suspiro. Pero nunca era tan sencillo. Ella lo sabía mejor que nadie. Volvió a entrar, subió a una silla y pescó un paquete de cigarrillos que tenía en lo alto de un armario de la cocina. Fue a sentarse en el columpio de los porches de atrás desde donde veía el agua. Levantó la vista hacia el cielo y localizó la Osa Mayor. Su padre había sido un apasionado astrónomo, si bien *amateur*, y le había enseñado a identificar muchas constelaciones. Sara a menudo se regía por las estrellas para navegar, una práctica que había iniciado en sus tiempos en Stanford. En una noche clara, nunca perdías de vista las estrellas, y con ellas una persona no podía perderse de verdad. Era algo tranquilizador. Mientras iba fumando el cigarrillo pensaba que ojalá Michael supiera lo que estaba haciendo.

Sus pensamientos pasaron al cabo de poco hacia otro Fiske: John. El comentario de Michael sobre su hermano había dado en el clavo a pesar de tus protestas. Desde el primer instante que vio a John Fiske, algo se disparó en algún conducto importante de su corazón, su cerebro y su alma, y ella no sabía cómo explicárselo. No acertaba a creer que pudieran despertarse unas emociones tan significativas con tanta intensidad y rapidez. Sabía que aquello no ocurría. Pero por ello estaba tan confusa, pues, en cierta forma, era lo que le había ocurrido. A cada movimiento de John Fiske, cada palabra pronunciada, cada mirada dirigida a alguien, o una simple risa, sonrisa o fruncimiento del ceño, ella tenía la impresión de que podría seguir observándolo

eternamente y no cansarse nunca de hacerlo. Le pareció tan absurdo que casi le dio risa. Claro que, ¿tan alocado podía ser si lo vivía ella?

Y no fue aquella la única vez que observó al hombre. Sin decírselo a Michael, contactó con una amiga que trabajaba en el palacio de justicia de Richmond, quien le comunicó la planificación de juicios de Fiske durante quince días. Le sorprendió comprobar lo a menudo que acudía a los tribunales. Se desplazó allí en otra ocasión, en verano, cuando todo estaba algo aletargado en el Tribunal Supremo, y vio a John Fiske intervenir en una vista. Sara se puso un fular y gafas, por si más adelante resultaba que les presentaban o por si acaso él les había visto aquella primera vez que había acudido a la sala con Michael.

Estuvo escuchando cómo defendía enérgicamente a su cliente. En cuanto terminó, el juez condenó al hombre a cadena perpetua. Una vez se hubieron llevado a su cliente a la cárcel, Fiske recogió sus cosas y salió del palacio de justicia. Ya en la calle, Sara le vio cómo intentaba con solar a la familia de aquel hombre. Su mujer era delgada y enfermiza, el rostro lleno de moretones y ronchas.

Fiske dirigió unas palabras a la mujer, la abrazó y luego se volvió hacia el hijo mayor, un muchacho de catorce años que ya parecía destinado a la calle.

—Ahora eres el cabeza de familia, Lucas. Tienes que cuidar de todos —dijo Fiske.

Sara observó detenidamente al adolescente. Daba pena ver el odio marcado en su rostro. ¿Cómo podía guardar tanta hostilidad en su interior alguien tan joven?

—¡Ajá! —respondió Lucas mirando a la pared. Iba vestido al estilo de las bandas, con la cabeza cubierta con un pañuelo de colores. La ropa que llevaba no la conseguía quien vivía sirviendo hamburguesas en un McDonald's.

Fiske se arrodilló ante el otro hijo. Enis tenía seis años y era vivo como el hambre.

—Hola, Enis, ¿qué tal? —le dijo Fiske, tendiéndole la mano.

Enis se la estrechó con cierta precaución.

—¿Dónde está mi papá?

—Tendrá que pasar una temporada fuera.

—¿Por qué?

—Porque mató... —empezó a decir Lucas, pero Fiske le cortó dirigiéndole una ceñuda mirada. Lucas soltó un taco en voz baja, dejó la temblorosa mano de su madre y se alejó.

Fiske volvió la vista hacia Enis.

—Tu padre hizo algo de lo que no se siente muy orgulloso. Ahora tendrá que repararlo.

—¿La cárcel? —preguntó Enis. Fiske asintió.

Mientras Sara observaba aquella conversación se le ocurrió que hoy en día tanto Fiske como los demás adultos en general solían sentirse ridículos en situaciones como aquellas, Como los personajes de las series de los años cincuenta intentando

relacionarse con un crío del segundo milenio. A pesar de sus seis años, Enis probablemente sabía muchas cosas sobre el sistema de enjuiciamiento criminal. En realidad, seguro que el niño conocía muchísimo mejor que muchos adultos las facetas detestables de la vida.

—¿Cuándo saldrá? —preguntó Enis.

Fiske levantó la vista hacia la mujer y la centró de nuevo en el niño.

—No va a tardar mucho tiempo, Enis. Pero tu mamá estará a tu lado.

—Vale —respondió Enis sin apenas emoción. Cogió la mano de su madre y se fueron.

Sara se fijó en que Fiske los observaba un rato. Entonces casi habría jurado que sabía lo que estaba pensando. Un hijo tal vez perdido para siempre, el otro dejando atrás al padre como si nada, como a un perro perdido que uno encuentra en la calle.

Al cabo de un rato, Fiske se aflojó la corbata y empezó a andar.

Sara no sabía exactamente por qué pero decidió seguirle. Iba despacio y le resultó fácil no perderlo de vista. El bar en el que entró era como una pequeña grieta en un muro, con las ventanas oscuras. Sara dudó un momento y luego entró.

Fiske estaba en la barra. Por lo visto ya había pedido, pues el camarero le ponía una cerveza delante. Ella se fue rápidamente a una mesa del fondo, donde se sentó. Pese a que parecía un lugar sombrío, había bastante gente dentro y apenas habían dado las cinco. Se veía una interesante mezcla de trabajadores y oficinistas de la zona. Fiske se encontraba entre dos obreros de la construcción, que habían dejado sus amarillos cascos sobre la barra. Él se quitó la americana y se sentó. Era tan ancho de espaldas como sus fornidos compañeros de barra. Sara se fijó en que llevaba la camisa sin acabar de meter en el pantalón. Tuvo un rato la vista fija en el pelo negro que llegaba hasta el límite del cuello de su blanca camisa.

Hablaba con los que tenía al lado. Los obreros rieron a gusto con alguna de sus salidas y la propia Sara sonrió a pesar de no haber oído el comentario. Por fin una camarera se acercó a ella y pidió un *ginger ale*. Siguió observando a Fiske. Ya no hacía bromas con nadie. Tenía la vista fija en la pared y ella, sin darse cuenta, la clavó también en aquel lugar. Todo lo que vio fueron botellas de cerveza y licores, perfectamente alineadas; al parecer, Fiske veía algo más. Había pedido otra cerveza y, cuando se la sirvieron, acercó la botella a sus labios y no paró hasta vaciarla. Sara se fijó en sus manos: grandes, con dedos gruesos y de aspecto fuerte. No parecían las manos de una persona que pasa todo el tiempo con una pluma entre los dedos o sentado ante la pantalla de un ordenador.

Fiske dejó unas monedas sobre la barra, cogió la americana y se volvió. Por un instante Sara tuvo la impresión de notar la fuerza de su mirada. El hombre vaciló un instante antes de ponerse la americana. El rincón en el que estaba ella estaba bastante oscuro. No creía que pudiera haberla visto, pero ¿por qué había vacilado? Ya un poco nerviosa, esperó un minuto más, se levantó y se marchó dejando un par de dólares sobre la mesa.

En la calle, ya no lo vio. Tal cual, como en un sueño, había desaparecido. Movida por un impulso, entró de nuevo en el bar y pregunto al camarero si conocía a John. Él negó con la cabeza. Sara iba a preguntarle algo más pero la expresión del otro le indicó que no sacaría nada en claro si lo hacía.

Los de la construcción la miraron con gran interés. Decidió salir antes de que las cosas se complicaran. Se fue hacia el coche y se metió dentro. En parte sentía deseos de correr hacia Fiske pero por otro lado se sentía satisfecha de no haberlo hecho. ¿Qué podía decirle? ¿Hola, trabajo con tu hermano y digamos que te estoy siguiendo los pasos?

Aquella noche viajó hasta el norte de Virginia, tomó dos cervezas y se quedó dormida en el columpio de atrás. El mismo columpio en el que estaba sentada en aquellos momentos, fumando un cigarrillo y contemplando el cielo. Aquella había sido la última vez que había visto a John Fiske, casi cuatro meses atrás.

No podía estar enamorada de él pues ni siquiera le conocía; más que nada era un encaprichamiento. Puede que si algún día se lo presentaban aquello destruiría la impresión que se había hecho de él.

De todas formas, Sara no creía en el destino. Si algo tenía que ocurrir entre ellos, probablemente le tocaría a ella tomar la delantera. En realidad, no sabía cómo tendría que tomarla.

Dejó el cigarrillo y miró el cielo. Tenía ganas de salir a navegar. Le apetecía notar el viento en el pelo, el cosquilleo del agua salpicando contra su piel, el resquemor de la cuerda en la palma de la mano. Pero en aquellos momentos no deseaba experimentarlo sola. Lo quería hacer con alguien, con alguien en concreto. Aunque con lo que Michael le había contado de John Fiske, y con lo que ella misma había visto del hombre, dudaba de que algún día llegara a conseguirlo.

A ciento cincuenta kilómetros al sur de allí, John Fiske también levantó la mirada hacia el cielo un momento al salir del coche. El Buick no estaba en la avenida, pero Fiske no había acudido a ver a su padre. No se veía en el barrio más que a un par de adolescentes dos casas más abajo en un Chevrolet con un motor tan grande que parecía que había desmembrado el capó del coche.

Fiske había pasado todo el día en un juicio. Había presentado el caso, con defectos incluidos, lo mejor que había podido. El ayudante del fiscal había representado al Estado con la máxima energía. Ocho horas de intensas discusiones; Fiske apenas había tenido tiempo de ir al lavabo, a echar una meada, antes de que el jurado volviera con el veredicto de culpabilidad. El tercer tropezón de su defendido. Se había acabado todo para él. Lo curioso era que Fiske estaba convencido de su inocencia en aquel cargo concreto, algo que no podía afirmar de la mayoría de sus clientes. Pero el tipo había dado tantísimos golpes que el jurado inconscientemente lo medía todo con el mismo rasero. Y para colmo, Fiske moriría de viejo esperando sus honorarios. Los condenados a perpetua se preocupaban poco de saldar las deudas, en especial las que habían contraído con los abogados que habían perdido sus casos.

Fiske entró en el patio de atrás, abrió la puerta del garaje, se metió en él y cogió una cerveza del frigorífico. La humedad envolvía las botellas como si tuvieran un paño mojado; sujetó la fría botella contra la sien, dejando que el frescor penetrara hacia el fondo. En la parte del fondo del patio había unos cuantos árboles inclinados y una parra ya muerta que seguía agarrándose a las oxidadas estacas. Se acercó hasta allí y se apoyó contra uno de los olmos. Bajó la vista para centrarla en el punto en que la hierba estaba algo hundida. Ahí habían enterrado a Bo, el pastor belga con el que habían crecido los hermanos Fiske. Su padre lo había llevado a casa cuando el animal tenía el tamaño de un puño. En un año se convirtió en una belleza de pelo negro y blanco, amplio pecho, veinticinco kilos; era la admiración de los dos muchachos, sobre todo de Mike. Bo les seguía en sus rutas de reparto de periódicos, haciendo turnos con los dos muchachos. Pasaron casi nueve años juntos y felices hasta el día en que Bo cayó fulminado de un ataque mientras Mike jugaba con él. John nunca había visto a nadie llorar con tanto sentimiento. Ni su madre ni su padre fueron capaces de consolar a Mike. Se quedó en el patio llorando a lágrima viva, sujetando la piel del perro, intentando ponerle otra vez de pie para seguir jugando con él a la luz del sol. Aquel día, John había abrazado con fuerza a su hermano, llorando con él, acariciando la cabeza inerte de su querido perro.

Al día siguiente, cuando Mike estaba en la escuela, John y su padre enterraron el perro allí. Cuando llegó Mike, organizaron una pequeña ceremonia en honor de Bo. Mike leyó con gran convicción un pasaje de la Biblia y los dos hermanos colocaron en aquel lugar una pequeña lápida, en realidad un pedazo de hormigón, con el nombre de Bo grabado con una pluma, en la cabecera de la sencilla tumba. El trozo de hormigón seguía allí pero la tinta había desaparecido hacía muchísimo tiempo.

Fiske se arrodilló y pasó la mano por la hierba, lisa y fina en aquel lugar a la sombra. ¡Cuánto habían querido al perro! ¿Por qué tenía que desvanecerse con tanta rapidez el pasado? ¿Por qué uno recordaba siempre las buenas épocas como algo tan breve? Agitó la cabeza y una voz le sobresaltó.

—Recuerdo aquel perro como si fuera ayer.

Levantó la vista y vio a Ida Germán, quien le observaba desde el otro lado de la valla. Se levantó, algo avergonzado.

—¡Cuánto tiempo ha pasado, señora Germán!

Aquella mujer siempre olía a ternera con cebolla, al igual que su casa, recordó Fiske. Llevaba casi treinta años de viuda. Andaba lentamente; su cuerpo era menudo, achaparrado, grueso. La larga bata cubría aquellas piernas venosas, manchadas, y los hinchados tobillos. Pero a sus casi noventa años seguía con la cabeza despejada, el habla viva.

—Todo pasó hace muchísimo tiempo para mí. Pero no para ti. Todavía no. ¿Cómo está tu madre?

—Va tirando.

—Hace tiempo que digo que iré a verla, pero ese cuerpo mío no acaba de

responder.

—Seguro que le encantará verla.

—Tu padre se fue no hace mucho. Algo de la Legión Americana o de los Veteranos de la guerra, creo.

—Me alegro que salga un poco. Y le agradezco a usted la compañía que le hace.

—No resulta muy agradable estar solo. Yo he perdido ya a tres de mis hijos. Lo más duro del mundo para una madre es tener que enterrar a sus propios hijos. No es natural. ¿Qué tal está Mike? Le veo poco.

—Está bastante ocupado.

—¿Quién habría dicho que aquel chaval mofletudo de pelo indómito llegaría tan lejos? A mí me parece extraordinario.

—Él mismo se lo ha ganado. —Fiske hizo una pausa. Aquello le había salido sin querer. Pero era cierto que su hermano se lo había ganado.

—Los dos lo habéis hecho.

—Creo que Mike ha apuntado un poco más alto que yo.

—¡Bah! ¡Que te crees tú eso! Tu padre no para de alabarte a ti. También habla de Mike, claro, pero aquí tú eres el rey de la casa.

—La verdad es que él y mamá nos educaron bien. Lo sacrificaron todo por nosotros. Es algo que uno no olvida. —«Tal vez Mike lo había hecho, pero él no lo haría nunca», pensó Fiske.

—En realidad, Mike tuvo tres excelentes modelos. —Fiske la miró lleno de curiosidad—. Aquel muchacho habría besado el terreno que pisabas tú.

—Todo el mundo cambia.

—¿Eso crees? Empezaron a caer gotas.

—Métase dentro, señora Germán, que parece que va a llover con ganas.

—Puedes llamarme Ida, si quieres. Fiske sonrió.

—Algunas cosas no cambian, señora Germán. La miró como se metía en su casa. El barrio ya no era tan tranquilo como en otro tiempo. Él y su padre habían colocado cerrojos en las puertas de la mujer, cristales de guillotina en sus ventanas y una mirilla en la puerta principal. Los viejos eran el punto de mira de toda la delincuencia.

Fiske echó una última ojeada a la tumba de Bo y la imagen de su hermano deshecho en llanto por la muerte del perro no se apartaba de su mente.

Qué tal, mamá? —Michael Fiske acarició el rostro de su madre. Era pronto y Gladys no estaba de buen humor. Su expresión se ensombreció al apartarse de la mano de él. Michael la miró un instante y la tristeza se reflejó en sus ojos al comprobar la hostilidad de su mirada.

—Te traigo algo.

Abrió la bolsa que llevaba y sacó de ella una caja envuelta con papel de regalo. Ella no hizo gesto alguno para abrirla y él decidió hacerlo por ella. Le mostró la blusa: su color preferido, el tono lavanda. La sostuvo entre las manos pero la mujer no la cogió. Cada vez que iba a visitarla ocurría lo mismo. Apenas le decía nada y la encontraba siempre de mal humor. Tampoco aceptaba nunca sus regalos. Él intentaba por todos los medios iniciar una conversación pero su madre se negaba a ello.

Michael se sentó suspirando. Le había contado a su padre que la madre no quería saber nada con él. Pero el pobre hombre no podía hacer nada por cambiar las cosas. Nadie era capaz de controlar las decisiones de Gladys respecto a los demás. Por ello, Michael cada vez iba menos a verla. Había intentado también comentárselo a su hermano pero John no le había hecho caso. Michael estaba convencido de que su madre jamás trataba así a John. Para ella, John era su preferido. Por más que Michael Fiske llegara a presidente de los Estados Unidos de América o le concedieran el Premio Nobel, ante sus ojos sería siempre el segundo. Dejó la blusa sobre la mesa, le dio un rápido beso y se marchó.

Ya en el exterior, vio que empezaba a caer la lluvia. Se subió el cuello del tabardo y se metió en el coche. Le aguardaba un largo viaje. La visita a su madre no era la única razón que le había llevado hacia el sur. Se dirigía hacia el suroeste de Virginia. Iba a Fort Jackson. A ver a Rufus Harms. Por un instante se planteó pasar a ver a su hermano. John no había contestado a su mensaje, lo que tampoco le sorprendía. De todas formas, el viaje que iba a emprender conllevaba cierto riesgo personal, y a Michael le hubiera gustado contar con el consejo de su hermano e incluso con su presencia. Pero apartó la idea de la cabeza. John Fiske era un abogado muy atareado y no tenía tiempo para salir en busca de la confirmación de las ilógicas teorías de su hermano pequeño. Tendría que enfrentarse a ello en solitario.

Como de costumbre, Elizabeth Knight se levantó pronto, hizo unos ejercicios de estiramiento en el suelo y seguidamente una carrera en el pasillo mecánico que tenían instalado ella y su esposo, el senador Jordán Knight, en una habitación de su piso en el edificio Watergate. Se duchó, se vistió, preparó el café y las tostadas y se dispuso a repasar unos informes para preparar las vistas de la próxima semana. Al ser viernes, los magistrados iban a dedicar parte del día a la reunión en que votarían sobre los casos ya vistos. Ramsey llevaba una planificación muy ajustada de dichas reuniones.

A Knight le parecía decepcionante el poco debate que se llevaba a cabo en esos encuentros. Ramsey resumía los puntos más destacados de cada caso, emitía su voto oralmente y esperaba a que los demás magistrados hicieran lo mismo. Si se situaba en la mayoría, como solía ocurrir, emitía dictamen. Si no, lo emitía el magistrado más antiguo dentro de la mayoría, en general Murphy, su adversario ideológico, pues él y Ramsey raramente coincidían el voto.

Cuando Knight terminó el café, empezó a recordar sus primeros tres años en el Tribunal. Aquello había sido un torbellino. Por ser mujer, se la catalogó inmediatamente como abanderada de los derechos de la mujer y también de las causas que en general apoyan la mayoría de mujeres. La gente no lo consideraba un encasillamiento y en cambio era una evidente forma de estereotipo; ella lo sabía. Era jueza y no política. Tenía que plantearse cada caso por separado, al igual que había hecho como jueza en los tribunales. Sin embargo, tenía que admitir que el Tribunal Supremo era distinto. Las consecuencias de sus decisiones tenían tal alcance que los magistrados se veían obligados a ir más allá de los límites de cada caso y plantearse las consecuencias de sus decisiones sobre todo el mundo. Aquello había sido lo más duro para Knight.

Echó un vistazo a su lujoso piso. Ella y su marido vivían muy bien juntos. Se les consideraba en general la pareja con más poder de la capital. En cierta forma eso eran. Ella lo llevaba tan bien como podía, incluso al enfrentarse al aislamiento en el que se veía obligado a vivir todo magistrado. Cuando alguien accedía al Tribunal, sus amigos dejaban de llamarle, todo el mundo lo trataba de forma distinta, se les veía cautelosos, vigilantes respecto a lo que decían a su alrededor. Knight había sido siempre una persona sociable, amante de salir. Ahora lo era mucho menos. Se agarraba a la vida profesional de su marido como forma de mitigar el impacto de un cambio tan brusco. A veces se sentía como una monja con ocho monjes como compañeros en su vida.

Como si pretendiera responder a sus pensamientos, Jordán Knight, aún en pijama, se acercó a ella por detrás y la abrazó.

—No sé si sabes que ninguna norma estipula que tengas que levantarte al hacerse de día. Hacer un poco el remolón en la cama es bueno para la salud —dijo él.

Ella le besó la mano y se volvió también para estrecharle entre sus brazos.

—No recuerdo que hayas sido de los que se les pegan las sábanas, senador.

—Creo que los dos tendríamos que hacer un esfuerzo para conseguirlo. ¿Quién sabe a dónde podría llevarnos? Dicen que las relaciones sexuales son la mejor defensa contra el envejecimiento.

Jordán Knight era un hombre alto y corpulento, de pelo grisáceo, ya algo escaso, y rostro curtido, con incipientes arrugas. Siguiendo la injusta forma en que el mundo catalogaba el aspecto físico del hombre y la mujer, se le habría considerado atractivo, incluso a pesar de las arrugas y los kilos de más. Daba bastante la talla en las páginas del *Post*, en las revistas e incluso en programas de televisión nacionales, donde hasta

las más eruditas autoridades políticas quedaban a veces abrumadas por su ingenio, experiencia e inteligencia.

—La verdad es que tienes opiniones muy interesantes.

El senador se sirvió un café mientras ella seguía con sus papeles.

—¿Sigues entrenándote Ramsey para convertirte en un excelente miembro de su facción?

—¡Huy! Está tocando todas las teclas posibles, diciendo todo lo adecuado. Pero me temo que algunos de mis actos recientes no acaban de encajar con él.

—Tú sigue tu camino, Beth, como siempre. Eres más lista que todos ellos. ¡Si deberías ser presidenta del Tribunal!

Ella puso el brazo en sus fornidos hombros.

—¿Al igual que tú deberías llegar a presidente?

Él encogió los hombros.

—Creo que el Senado de Estados Unidos de América constituye un desafío suficiente para mí. Quién sabe, puede que este sea realmente el definitivo para ti.

Ella retiró el brazo de su hombro.

—De hecho no hemos hablado de ello.

—Ya lo sé. Los dos estamos muy atareados. Nos exigen mucho. Cuando todo se apacigüe, lo comentaremos. Pienso que tenemos que hacerlo.

—Te veo muy serio.

—Uno no puede seguir eternamente la rueda, Beth.

Ella soltó una carcajada que dejaba ver la preocupación.

—Lo siento, pero me he comprometido para siempre.

—Es lo bueno que tiene la política. Siempre puedes decidir no seguir. O perder tu escaño.

—Creía que aún te quedaban muchas cosas por resolver.

—No podrá ser. Demasiados obstáculos. Demasiados juegos. Si he de serte sincero, estoy ya algo cansado.

Beth Knight iba a decir algo pero cambió de parecer. Ella se había lanzado con firmeza al «juego» del Tribunal Supremo.

Jordán Knight cogió el café y le dio un beso en la mejilla.

—A por ellos, señora magistrada.

Mientras el senador se alejaba, ella se frotó la mejilla que Jordán le había besado. Intentó concentrarse de nuevo en sus informes pero descubrió que no lo conseguía. Permaneció allí sentada y de pronto su cabeza giró en mil direcciones.

John Fiske tenía la foto de él y su hermano en la mano. Llevaba al menos veinte minutos con ella, sin mirarla todo el tiempo. Al final la colocó en la estantería, se acercó al teléfono y marcó el número de su hermano. Este no respondió y Fiske no le dejó mensaje. Llamó luego al Tribunal Supremo, donde le dijeron que Michael todavía no había llegado. Volvió a intentarlo media hora después y otra persona le comunicó que Michael no estaría allí en todo el día. Gente importante, pensó. Cuando

se había armado de valor para dar el paso, no localizaba a su hermano. ¿Se trataba de eso, de valor? Se sentó e intentó trabajar pero sus ojos se iban desviando hacia la foto.

Por último preparó la cartera, aliviado con la idea de tener que ir a un juicio, aliviado de poder huir de unos sentimientos tan insistentes.

Durante la mañana tenía dos vistas completamente distintas. Una de ellas la ganó de forma convincente; en la otra, le desmontó el juez, quien, al parecer, aprovechó hasta la última oportunidad para poner en ridículo sus argumentos legales, mientras el ayudante del fiscal del Estado permanecía de pie, con aire cortés, reprimiendo una sonrisa; uno tenía que mantener la fachada profesional, pues la próxima vez podían ponerte en aprietos. Ahí eso lo sabía todo el mundo. O cuando menos los que se veían atrapados en ello.

Luego se trasladó a la cárcel municipal de Richmond, para seguir hacia la del condado de Henrico, a hablar con unos clientes. Con uno de ellos abordó la estrategia a seguir en el próximo juicio de aquel hombre. El interno propuso subir al estrado y mentir. «Lo siento, pero eso no vas a hacerlo», le dijo Fiske. Con el otro habló sobre el manido tema de la declaración de culpabilidad en delito menor. Meses, años, décadas. ¿Cuánto tiempo? ¿Me concederán la provisional? ¿Una condena condicional? Una ayuda, colega. Tengo mujer e hijos. Un negocio del que ocuparme. De acuerdo. ¿Qué significa un asesinato y un acto de violencia de tres al cuarto comparado con todo eso?

Con su último cliente, las cosas tomaron un cariz distinto.

—Lo tenemos mal, León. Creo que habrá que declararse culpable —le aconsejó Fiske.

—Nada. Vamos a juicio.

—Tienen dos testigos.

—¿De verdad?

A León le acusaban de disparar contra una niña. En una pelea entre bandas de cabezas rapadas, la pequeña se había colocado en medio, una tragedia bastante corriente por aquellos días.

—No van a hacerme nada si esos no declaran, ¿verdad?

—¿Por qué no van a declarar? —respondió Fiske sin alterarse. No era la primera vez que se encontraba con aquello. ¿Cuántas veces en su vida de poli se le habían ido las cosas de las manos porque los testigos de pronto olvidaban lo que habían visto con tanta claridad y habían recordado antes?

León hizo un gesto de indiferencia.

—No sé, las cosas salen inesperadamente. La gente falla a las citas.

—La policía les tomó declaración.

León le dirigió una adusta mirada.

—Vale, pero tengo que enfrentarme a los que declaran contra mí, ¿no? Y tú puedes tenderles una trampa en el estrado, ¿o no?

—Veo que conoces la Constitución —respondió Fiske con sequedad. Aspiró profundamente. Estaba hasta la coronilla del juego de la intimidación de los testigos—. Vamos, León, soy tu abogado, esto no saldrá a la luz, dime, ¿por qué no van a declarar contra ti?

León soltó una carcajada.

—No hace falta que lo sepas.

—Pues yo creo que sí. Solo me faltaría una sorpresa. Nunca se sabe lo que va a intentar el fiscal. No es la primera vez que me encuentro con un caso parecido. Si sale algo y yo no estoy preparado, te echan a los leones.

El detenido parecía algo preocupado. Quedaba claro que no se lo había planteado. Se frotó la esvástica del brazo.

—No saldrá a la luz, ¿vale? Eso acabas de decir.

—Exactamente. —Fiske se inclinó un poco hacia él—. Quedará entre tú, yo y Dios.

León se echó a reír.

—¿Dios? ¡Esa sí que es buena! —se encogió un poco y habló en vez baja—: Tengo un par de colegas. Harán una visita a los testigos. Para asegurarse de que han olvidado lo que vieron. Ya está todo montado.

Fiske se dejó caer pesadamente sobre la silla.

—¡Conque ya lo has hecho!

—¿El qué?

—Aclararme lo que debo decir al juez.

—¿De qué coño me hablas?

—A nivel legal y ético, no puedo divulgar una información que me ha confiado un cliente.

—¿Pues dónde está el problema? Yo soy tu cliente y te acabo de pasar la maldita información.

—Sí, pero lo que tal vez no sepas es que la norma tiene una excepción importante. Me acabas de contar un delito que has planificado para el futuro. Eso sí tengo que comunicarlo al tribunal. No puedo permitir que cometas el delito. Debo aconsejarte que no lo hagas. Considérate avisado. Si ya está consumado, no pasa nada. ¿Cómo demonios se te ha Ocurrido contármelo? —Fiske le miró con cara de asco.

—No sabía que lo marcaba la ley. Yo no soy un puto abogado.

—¡No me digas, León, tú conoces mejor la ley que muchos abogados! Has mandado al carajo tu propio caso. Ahora no nos queda más remedio que la declaración de culpabilidad.

—¡Pero qué dices!

—Si vamos a juicio y no aparecen los testigos, tendré que comunicar al tribunal lo que me has contado. Y si aparecen, te van a freír.

—Pues no le digas nada a nadie.

—Esa no es una alternativa, León. Si no lo hago y por lo que sea, sale, me retiran de los tribunales. Y por bien que puedas caerme, no cambio un cliente por la licencia. Sin ella, no como. Tú has sido quien lo ha jodido todo, muchacho, no yo.

—¡No te fastidia! Yo creía que uno se lo podía contar todo al puto abogado.

—Veré qué se puede hacer en la declaración de culpabilidad. Tendrás que pasar una temporada a la sombra, León, eso no te lo quita nadie. —Fiske se levantó y le dio una palmada en la espalda—. Tranquilo, que conseguiremos rebajarlo al máximo.

Fiske salió de la sala de visitas esbozando la primera sonrisa del día.

Michael Fiske miraba con intranquilidad carretera adelante mientras conducía. El firme estaba en mal estado y los limpiaparabrisas batallaban por mantener la visibilidad en medio del aguacero. Había llegado hasta allí en poco tiempo, por autopista. Sin embargo, al dejar la interestatal 81, el panorama cambió. Tomó dirección oeste y pasó por unos pueblos que tenían unos nombres más o menos como Hacha, Desabrido, e incluso atravesó un Parque Nacional cuyo nombre era el de Madres Hambrientas, lo que le llevó la desazonadora imagen mental de una multitud de mujeres y niños pidiendo comida por las sendas del paraje. El feroz viento que soplaba cerca del monte Big A le zarandeó el coche. A pesar de haber nacido y haberse criado en Virginia, Fiske nunca había estado más al oeste de Roanoke, y a esa ciudad había acudido tan solo a examinarse de Derecho.

Echó una ojeada a la cartera que tenía a su lado, en el asiento delantero, suspirando profundamente al hacerlo. La lectura de la apelación de Rufus Harms le había enseñado muchas cosas.

Harms había asesinado a una niña que estaba de visita en la base militar donde habían destinado a Harms después de la guerra del Vietnam. Por aquel entonces se encontraba en el calabozo, pero de alguna forma había conseguido escaparse. No existía móvil; realmente parecía un acto violento que un loco había llevado a cabo al azar. Aquellos hechos eran incontrovertibles. Al trabajar en el Tribunal Supremo, Michael disponía de mucha información a la que recurrir y la había aprovechado toda para recopilar los antecedentes. No obstante, los militares ni siquiera reconocían que existiera un programa como el que describía Harms en su petición. Michael pegó un palmetazo al volante. ¡Qué distinto habría sido si Harms o su abogado hubieran adjuntado la carta del ejército!

Finalmente Michael decidió oír el relato por boca de su protagonista: Rufus Harms. Intentó utilizar otros canales que no fueran el careo.

Había probado de seguir la pista de Samuel Rider vía correo, pero no le había dado ningún resultado. ¿Sería él el autor de la carta mecanografiada? A Michael le parecía muy probable. Llamó a la cárcel pidiendo hablar por teléfono con Harms pero le negaron la petición. Aquello aumentó aún más sus sospechas. Si tenían a un inocente encarcelado, Michael tenía la tarea —el deber, puntualizó él mismo— de conseguir su libertad.

Realizaba aquel viaje también por otra razón. Michael conocía bien algunos de los nombres que se citaban en la petición, nombres de personas presuntamente implicadas en la muerte de la niña. Si resultaba que Rufus Harms decía la verdad... Le entró un escalofrío cuando en su mente empezaron a desfilar escenas de pesadilla.

Junto a su asiento llevaba también un mapa de carreteras, así como un papel en el que había anotado la ruta correcta para llegar al penal. Había viajado kilómetros y kilómetros por carreteras secundarias, cruzado desgastados puentes de madera,

ennegrecidos por el tiempo y el tráfico, pasado por pueblos sin el suficiente número de casas que justificara dicho nombre, y visto desvencijadas caravanas habitadas, metidas en las estrechas grietas de las laderas de los Apalaches. Le habían adelantado en el camino unas embarradas camionetas en cuyas antenas de radio ondeaban banderas confederales en miniatura y a través de la ventanilla trasera se veían las escopetas y los rifles para matar ciervos. Conforme se iba acercando a la cárcel, notó que los rostros herméticos y castigados por el tiempo de las pocas personas que encontraba por el camino se hacían más taciturnos y que sus ojos reflejaban el constante y crónico recelo.

Al superar una curva, aparecieron ante sus ojos las instalaciones del penal. Sus muros de piedra eran gruesos, altos y extensos; parecía un castillo medieval trasladado a aquel miserable suelo rocoso. Por un instante se le ocurrió que tal vez aquellas piedras las habían extraído de la cantera los presos para edificar sus propias tumbas.

Le entregaron la tarjeta de visitante, pasó por el portal principal y le dirigieron hacia el aparcamiento. Explicó el objetivo de su visita al guardián de la entrada.

—No figura usted en la lista de visitas —le respondió este. Miró el traje azul marino de Michael y sus inteligentes rasgos con desdén. «Un listillo rico, un niño bonito de la ciudad», leyó Michael en los ojos del hombre.

—He llamado unas cuantas veces pero nadie me ha podido aclarar qué trámites deben seguirse para que a uno le incluyan en la lista.

—El preso decide. Normalmente, si desea la visita de alguien, le recibe. Si no, no. El único control que tienen los internos. —El guardián soltó una risita.

—Si le dice que ha venido a verle un abogado, seguro que me incluye en la lista de sus visitas.

—¿Es su abogado?

—Estoy relacionado con una apelación que ha presentado hace poco —respondió Michael, despistando.

El guardián consultó su libro.

—Rufus Harms —dijo, claramente perplejo—. Ya estaba aquí antes de que naciera yo. ¿Y qué tipo de apelación puede presentar un hombre como él después de tanto tiempo?

—No estoy autorizado para comentarlo —dijo Michael—. Me asiste la prerrogativa de la confidencialidad entre abogado y cliente.

—Eso ya lo sé. ¿Se cree que soy estúpido o qué?

—De ninguna forma.

—Si le dejo entrar y luego resulta que no tenía que haberlo hecho, me la juego.

—No, lo que yo pensaba es que tal vez podría consultarlo con su superior. De esta forma, la decisión no es suya y no tiene problemas.

El guardián cogió el teléfono.

—Ya pensaba hacerlo —dijo en tono de muy pocos amigos.

Habló un par de minutos y colgó.

—Ahora baja alguien. —Michael asintió—. ¿De dónde viene usted? —preguntó el guardián.

—De Washington.

—¿Y cuánto le pagan a alguien como usted? —Quedaba claro que dijera lo que dijera Michael, la suma le parecería excesiva.

Suspiró mientras observaba al agente uniformado que se le acercaba.

—La verdad es que no lo suficiente.

El joven saludó con presteza a su superior. Este se volvió hacia Michael:

—Acompañeme, por favor, señor Fiske.

Era un hombre de más de cincuenta años, alto y delgado, de talante tranquilo aunque serio, con el pelo gris, muy corto, que delataba su pertenencia al estamento militar.

Michael siguió los metódicos pasos del hombre mientras cruzaba el vestíbulo y se dirigía a un pequeño despacho. Durante cinco minutos, Michael le explicó pacientemente lo que iba a hacer allí sin revelar en realidad ninguna información esencial. Era capaz de exhibir su vocabulario de letrado con quien fuera.

—Si le dice al señor Harms que estoy aquí, me recibirá.

El hombre hacía girar un lápiz entre los dedos y tenía los ojos clavados en el joven abogado.

—Es algo un poco desconcertante. Hace muy poco, Rufus Harms recibió la visita de su abogado. Y esa persona no era usted.

—¿De verdad? ¿Se llamaba Samuel Rider? —el hombre no respondió, pero la sorpresa que se reflejó en su expresión hizo sonreír a Michael para sus adentros. Había acertado en la corazonada. El antiguo abogado militar de Harms había adjuntado la hoja mecanografiada—. Una persona puede tener más de un abogado.

—Alguien como Rufus Harms, no. Llevaba veinticinco años sin ninguno. ¡Ah!, su hermano le visita con regularidad, pero tanto interés por el hombre nos desconcierta. Me imagino que ya lo entiende.

Michael sonrió pero pronunció sus siguientes palabras en un tono muy firme.

—Se dará usted cuenta que un preso tiene derecho a hablar con un abogado.

El oficial siguió mirándole aún unos segundos y luego cogió el teléfono y se puso a hablar. Colgó y le miró de nuevo sin decir nada. Al cabo de cinco minutos sonó el teléfono. Cuando el hombre colgó, hizo un gesto con la cabeza a Michael y le dijo educadamente:

—Ahora le recibirá.

Rufus Harms apareció en el umbral de la puerta de la sala de visitas y pareció desconcertado al ver al joven. Siguió avanzando con dificultad. Michael se levantó para saludarle pero el guardián que Rufus tenía detrás vociferó:

—¡Siéntese!

Michael obedeció en el acto.

El guardián observó atentamente como Rufus tomaba asiento frente a Michael y luego se dirigió al abogado.

—Se le han comunicado las normas de conducta que debe seguir durante la visita. Por si se le ha olvidado alguna, ahí las tiene claramente especificadas. —Le señaló un gran cartel en la pared—. Queda prohibido en todo momento cualquier contacto físico. Y debe permanecer sentado todo el rato. ¿Lo ha entendido?

—Sí. ¿Debe usted permanecer en esta sala? Existe lo que se llama confidencialidad abogado-cliente. Además, ¿tiene que seguir encadenado así? —preguntó Michael.

—No hablaría así si estuviera al corriente de lo que ha hecho a muchos tipos de aquí dentro. Con cadenas y todo, sería capaz de romperle ese flaco cuello en un par de segundos. —El guardián se acercó a Michael—. Puede que en otras cárceles disfrute usted de más intimidación, pero esta no es como las demás. Aquí tenemos a los más importantes y a los peores y nos regimos por nuestras propias normas. Esta es una visita no programada, de modo que tiene usted veinte minutos porque luego el lobo feroz se irá a limpiar váteres. Y hoy le tocarán algunos bastante sucios.

—Siendo así, le agradeceré que nos permita ir a lo nuestro —dijo Michael.

El guardián no dijo nada más y se situó junto a la puerta.

Michael volvió la vista hacia Rufus y descubrió que aquel hombre tan corpulento la tenía fija en él.

—Buenos días, señor Harms. Me llamo Michael Fiske.

—Un nombre que no me dice nada.

—Lo sé pero he venido para hacerle unas preguntas.

—Me han dicho que era mi abogado. Usted no es mi abogado.

—Yo no he dicho que lo fuera. Lo han imaginado ellos. No trabajo con el señor Rider.

Los ojos de Rufus se empequeñecieron.

—¿Qué sabe usted de Samuel?

—Eso no tiene importancia. He venido a formularle unas preguntas porque he recibido un recurso de actuación.

—¿Qué ha recibido qué?

—Su apelación. —Michael bajó la voz—. Trabajo en el Tribunal Supremo de Estados Unidos de América.

Rufus quedó boquiabierto.

—¿Pues qué demonios hace aquí?

Michael se aclaró la garganta, incómodo.

—Sé que en realidad no es un procedimiento ortodoxo. Pero he leído su apelación y quería hacerle unas preguntas sobre ella. Incluye una serie de acusaciones muy peligrosas contra personas de alto rango. —Al mirar los helados ojos de Rufus, Michael se arrepintió de pronto de haber llegado hasta allí—. He consultado los antecedentes de su caso y hay algo que no me cuadra. Quisiera hacerle unas preguntas y luego, hecha la verificación, podemos pasar a lo de la apelación.

—¿Cómo, no está aún en marcha? ¿O es que no ha llegado al maldito tribunal?

—Sí, pero como tenía una serie de defectos técnicos, se le habría negado el procesamiento. Intentaré ayudarle con eso. Pero lo que quisiera evitar es un escándalo. Tiene que comprender, señor Harms, que el Tribunal recibe todos los años sacos y sacos de apelaciones que no merecen su atención.

Rufus arrugó las cejas.

—¿Me está diciendo que miento? ¿Es eso lo que me dice? ¿Por qué no se pasa usted veinticinco años aquí por algo que no ha hecho y luego me lo cuenta?

—Yo no digo que mienta. Tenga en cuenta que considero que hay algo en todo eso, de lo contrario, no habría venido hasta aquí. —Volvió la vista hacia la lúgubre sala. En su vida había visto un lugar como aquel ni se había encontrado frente a un hombre como Rufus. De pronto se sintió como un niño de primer curso de primaria que sale del autobús y se da cuenta de que ha llegado al instituto—. Créame —repitió—, todo lo que necesito es hablar con usted.

—¿Tiene alguna identificación que demuestre que es quién afirma ser? Llevo treinta años sin creerme casi nada.

Quienes trabajaban en el Tribunal Supremo no poseían tarjetas identificativas. El personal de seguridad del Tribunal tenía que aprender a reconocerles por su aspecto. Sin embargo, el propio Tribunal publicaba una guía oficial con los nombres y las fotos de sus funcionarios. Era también una forma de ayudar a los guardianes a reconocer sus rostros. Michael se la sacó del bolsillo y la mostró a Rufus. Este la estudió con gran detención, miró hacia el guardián y se volvió de nuevo hacia Michael.

—¿Lleva una radio en la cartera?

—¿Una radio? —Michael negó con la cabeza.

Rufus bajó aún más el tono.

—Pues empiece a tararear.

—¿Cómo? —respondió Michael, sorprendido—. Es que no sé... quiero decir que tengo muy poco oído.

Rufus movió la cabeza con aire impaciente.

—¿Tampoco lleva un bolígrafo?

Michael asintió como un bobo.

—Pues sáquelo y empiece a tamborilear sobre la mesa. Ya sé que a estas alturas

habrán oído todo lo que les hace falta, pero les dejaremos alguna sorpresa.

Michael iba a decir algo, pero el otro le interrumpió.

—Ni una palabra, límitese a golpear. Y a escuchar.

Fiske empezó a tamborilear sobre la mesa con el bolígrafo. El guardián estiró el cuello pero no dijo nada.

Rufus hablaba tan bajo que Michael tenía que aguzar el oído.

—No tenía que haber venido aquí. No se imagina el peligro que corrí sacando aquel informe. Si lo ha leído, ya sabrá por qué. A nadie le importaría un pimiento que mataran a un preso negro que estranguló a una niña blanca. Eso, seguro.

Michael dejó de golpear.

—Ocurrió hace muchísimo tiempo. Las cosas han cambiado.

Rufus soltó un bufido.

—¡No me diga! ¿Por qué no va hasta la tumba de Medagar Evers o de Martin Luther King y se lo cuenta? Les dice: todo ha cambiado, ya vivimos en el mejor de los mundos. Alabado sea el Señor.

—Yo no me refería a eso.

Si las personas a las que cito en la carta fueran negras y yo blanco, y no me encontrara recluido aquí, ¿estaría usted ante mí «confirmando» mi historia?

Michael bajó la vista. Al levantarla de nuevo, mostró una expresión afligida.

—Quizás no.

—¡Ni quizás ni historias! Siga golpeando y no pare.

Michael hizo lo que le decía.

—Me crea o no, quiero ayudarle. Si es cierto lo que explica en la carta, quiero que se haga justicia.

—¿Y a usted qué narices le importa alguien como yo?

—Me importa la verdad —se limitó a decir Michael—. Si lo que me dice es cierto, puede tener por seguro que haré todo lo que esté en mi mano para sacarle de aquí.

—¡Qué fácil es decirlo!

—Tengo por norma, señor Harms, aplicar mi cerebro y mi experiencia para ayudar a los que no han sido tan afortunados como yo. Considero que es mi deber.

—Me parece muy bien, muchacho, pero no empiece acariciándome la cabeza porque podría morderle la mano.

Michael parpadeó, confuso, y luego captó la idea.

—Lo siento, no pretendía tratarle con condescendencia. Lo que quiero decir es que, si le han encarcelado por error, quiero ayudarle a alcanzar la libertad. Sin más.

Rufus permaneció un minuto en silencio, como si intentara calibrar la sinceridad de las palabras del joven. Cuando se inclinó de nuevo hacia adelante, su expresión se había apaciguado aunque seguía en guardia.

—No es prudente hablar de eso aquí.

—¿En qué otro lugar podemos hablar?

—En ninguno, que yo sepa. A los que son como yo no les dan vacaciones. Pero todo lo que he dicho es verdad.

—Usted citaba una car...

—¡Cállese! —exclamó Rufus. Echó una ojeada a la sala y sus ojos de clavaron un instante en el gran espejo—. ¿Acaso no la adjuntaron?

—No.

—De acuerdo, ya sabe quién es mi abogado. Antes ha dicho su nombre.

Michael asintió.

—Samuel Rider. He intentado ponerme en contacto con él pero no ha respondido a mi llamada.

—Golpee más fuerte. —Michael recuperó el ritmo. Rufus volvió de nuevo la cabeza y empezó a hablar—. Le diré que hable con usted. Él le contará lo que tenga que saber.

—¿Por qué dirigió la apelación al Tribunal Supremo, señor Harms?

—¿Existe otro más importante?

—No.

—Ya me parecía a mí. Aquí disponemos de periódicos. Alguna tele, radio... Llevo años viendo a esa gente. Cuando uno está aquí encerrado piensa mucho en los tribunales y esas historias. Las caras cambian, pero los jueces pueden hacerlo todo. Todo lo que se propongan. Yo mismo lo he visto. Todo el país lo ve.

—Pero desde el punto de vista puramente legal, debería seguir otros conductos en tribunales inferiores antes de plantear la apelación allí. Ni siquiera tiene usted un precedente de haber acudido a otro tribunal. En realidad, su apelación adolece de una serie de defectos.

Rufus agitó la cabeza, cansado.

—Llevo media vida aquí. Tampoco me queda tanto tiempo. Nunca me he casado, nunca voy a tener hijos. Lo último que se me ocurriría sería pasar años liándome con abogados, tribunales y cosas así. Quiero salir de aquí con la máxima rapidez. Quiero ser libre. Esos jueces de ahí arriba pueden sacarme si creen que deben hacer lo correcto. Y lo correcto es eso. Vuelva allí y cuénteselo. Se dicen representantes de la justicia, pues bien, eso es justicia.

Michael le miró intrigado.

—¿De verdad no hubo otra razón que le moviera a hacerlo llegar al Tribunal Supremo?

Rufus parecía no comprenderle.

—¿Cuál podía tener?

Michael espiró el aire que había retenido sin darse cuenta. Posiblemente Rufus no estaba al corriente de los cargos que ostentaban en aquellos momentos algunas de las personas que citaba en su apelación.

—Dejémoslo.

Rufus se apoyó en el respaldo de su asiento y miró a Michael de hito en hito.

—Vamos a ver: ¿qué opinan esos jueces de todo eso? Son ellos los que le han mandado aquí, ¿no?

Michael dejó de tamborilear y dijo, inquieto:

—En realidad, ni siquiera saben que estoy aquí.

—¿Cómo?

—De hecho, no he enseñado su papel a nadie, señor Harms. Quería... asegurarme de que todo tenía su fundamento.

—¿Usted es el único que lo ha visto?

—De momento, sí, pero tal como le he dicho...

Rufus miró la cartera de Michael.

—¿No tendrá mi carta aquí, supongo?

Michael siguió la mirada del otro hacia la cartera.

—Quería hacerle unas preguntas sobre ella. Resulta que...

—¡Lo que faltaba! —exclamó Rufus con tal violencia que el guardián se preparó para intervenir.

—¿Se la han registrado cuando ha entrado? Porque dos de los hombres que cito están en esta cárcel. Uno de ellos es el mandamás de este condenado penal.

—¿Están aquí?

—Michael palideció. Había comprobado que los hombres aludidos en la apelación volvieron al ejército durante los setenta. Sabía donde se encontraban dos de ellos pero no se había preocupado por localizar a los demás. Quedó paralizado al darse cuenta de pronto de que tal vez había cometido un error de funestas consecuencias.

—¿Le han cogido la cartera o no?

Michael tartamudeó:

—So... solo un par de minutos. Pero metí los documentos en un sobre cerrado y sigue cerrado.

—Acaba de matarnos a los dos —chilló Rufus. Y estalló como un géiser, llevándose por delante la sólida mesa, como si estuviera hecha de madera de balsa. Michael pegó un salto para apartarse, resbaló y se cayó al suelo. El guardián tocó el silbato y agarró a Rufus por detrás con todas sus fuerzas. Michael observaba cómo aquel gigantesco preso, con esposas y todo, tumbaba al guardián que pesaba por lo menos cien kilos como si fuera un mosquito que le molestara. Entraron en la sala otros seis guardianes, que se precipitaron hacia el hombre, blandiendo sus porras. Rufus se los iba quitando de encima cual ratón contra una manada de lobos, y resistió como mínimo cinco minutos hasta que por fin cayó al suelo. Se lo llevaron a rastras y Rufus al principio berreaba pero ya en la puerta emitía unos sonidos guturales pues le había colocado una de las porras contra la garganta. Un instante antes de desaparecer de allí miró a Michael con el horror y la traición grabados en sus ojos.

Tras la agotadora batalla que siguió a lo largo del pasillo, los guardianes consiguieron atar a Rufus a una camilla.

—Llévadlo a la enfermería —gritó alguien—. Creo que le ha dado un ataque convulsivo.

A pesar de las esposas y de las gruesas correas de cuero, Rufus se agitaba frenéticamente y la camilla iba de un lado para otro. Siguió chillando hasta que alguien le metió un trapo en la boca.

—¡Aprisa, maldita sea! —dijo aquel hombre.

El grupo pasó veloz por la doble puerta y se metió en la enfermería.

—¡Santo cielo! —el médico de turno señaló hacia un espacio libre—. Déjenlo aquí.

Trasladaron la camilla hacia el lugar que les había indicado. El doctor se acercó a Rufus y él, empujando con el pie, casi se lo hundió en la barriga.

—Quítenle eso de la boca —dijo el médico, señalando el pañuelo que le habían introducido. El rostro del preso tenía un tono granate.

Uno de los guardianes le miró con cierto recelo.

—Ocúpese de él, doctor, porque ha perdido el juicio. Si le alcanza, le hará daño. Ya ha puesto fuera de combate a tres de mis hombres. Ese cabrón está chalado.

El guardián dirigió una mirada amenazante a Rufus. En cuanto le quitaron la tela de la boca, los chillidos del recluso resonaron en la estancia.

—Póngale un monitor —dijo el médico a uno de los enfermeros. Cuando consiguieron conectar los sensores a Rufus, el médico observó con interés la errática curva ascendente y descendente de la tensión sanguínea y el pulso. Se dirigió a otro de los enfermeros—: Colóquele una vía. —Y a otro—: Una dosis de lidocaína, ahora mismo, antes de que haga un paro cardíaco o una apoplejía.

Los guardianes y el personal médico se apiñaron alrededor de la camilla.

—¿Me harán el favor de apartarse de aquí? —gritó el médico al oído de uno de los guardianes.

El hombre movió la cabeza.

—Tiene fuerza para romper las correas y si lo consigue sin que nosotros estemos aquí, en un minuto se puede cargar a quien tenga delante. Créame, es capaz de hacerlo.

El doctor observó como colocaban la vía al recluso. El otro enfermero llegó con la lidocaína. El médico hizo un gesto a los guardianes.

—Vamos a necesitar su ayuda para sujetarlo. Tenemos que encontrarle la vena adecuada, y por lo que parece, no nos dará más que una oportunidad.

Los hombres se colocaron alrededor de Rufus, aguantándolo. Ni el peso de todos parecía suficiente.

Rufus les miraba con tal furia, con tal expresión de terror que parecía haber

perdido el juicio. Al igual que le ocurrió la noche en que murió Ruth Ann Mosley. Le rasgaron la manga de la camisa, dejando al descubierto aquel nervudo antebrazo y las protuberantes venas. Rufus cerró los ojos y volvió a abrirlos al ver cómo le acercaban la reluciente aguja. Los cerró de nuevo. Cuando los abrió otra vez ya no estaba en la enfermería de Fort Jackson. Se encontraba en el calabozo de Carolina del Sur, un cuarto de siglo atrás. El médico irrumpió en la celda y tras él un grupo de hombres con el aire de ser los dueños de aquel lugar, los dueños de su vida. Solo vio a uno que no conocía de vista. Pensó que sacarían las porras, que notaría sus secos golpes contra las costillas, contra las nalgas y los brazos. Aquello se había convertido en un ritual de mañana y noche. Cuando fuera recibiendo los porrazos en silencio, recitaría interiormente una oración de la Biblia, su fondo espiritual le alejaría de la tortura física.

Pero en lugar de ello le colocaron un arma contra la cabeza. Le ordenaron que se arrodillara en el suelo y cerrara los ojos. Entonces fue cuando ocurrió. Recordó la gran sorpresa, la conmoción que sintió al levantar la vista hacia aquel grupo que reía con aire triunfal. Las risas se desvanecieron cuando, unos minutos después, Harms se incorporó, se deshizo de aquellos hombres como si fueran un puñado de plumas, salió volando de la celda, pasó a toda velocidad por delante del guardián de turno y se encontró fuera de los calabozos, corriendo como un desalmado.

Parpadeó y se situó de nuevo en la enfermería, vio aquellos rostros y cuerpos que se inclinaban junto a él. Siguió la aguja camino de su brazo. Miraba hacia arriba: era la única persona que lo hacía. Fue entonces cuando vio como una segunda aguja perforaba la ampolla conectada a la vía, el líquido de la jeringuilla penetrando en la solución de lidocaína.

Vic Tremaine había llevado a cabo su cometido con tranquilidad y temple, como si se dedicara a regar las flores en lugar de cometer un asesinato. Ni siquiera miró a su víctima. Rufus giró bruscamente la cabeza y vio la jeringuilla que tenía el médico en la mano. Estaba a punto de pinchar su piel, de introducir en su cuerpo el veneno que hubiera elegido Tremaine para acabar con él. Ya le habían arrebatado la mitad de su vida. No estaba dispuesto a que le robaran el resto, por lo menos de momento.

Rufus controló la acción lo mejor que pudo.

—¡Mierda! —chilló el médico cuando Rufus se liberó del agarre, le cogió la mano y le zarandeó hasta hacerle perder el equilibrio. La vía cayó al suelo; la ampolla se rompió. Tremaine, hecho una furia, aprovechó la oportunidad para salir de la enfermería. Rufus notó una súbita compresión en el pecho, una dificultad para respirar. El médico se levantó como pudo y miró al recluso: le vio tan inmóvil que tuvo que consultar al monitor para comprobar si seguía vivo. Con la vista fija en los signos vitales, que habían descendido a unos niveles peligrosos, dijo—: Nadie puede aguantar unas pautas tan extremas. Podría sufrir un *shock*. —Se volvió hacia un enfermero—: Pida un helicóptero para el traslado. —Miró al jefe de la guardia—: No disponemos de material para abordar una situación como esa. Vamos a estabilizarle

para poder trasladarlo al hospital de Roanoke. Hay que actuar con rapidez. Me imagino que le destinará una unidad de vigilancia.

El guardián se frotó la mandíbula herida y miró al dócil Rufus.

—Le destino toda una sección si cabe en el maldito aparato.

Custodiado por un guardián armado, Michael Fiske circulaba con paso vacilante por el vestíbulo. Al final del pasillo vio al oficial que le había interrogado antes. Llevaba dos papeles en la mano.

—Cuando nos hemos conocido, no me he presentado, señor Fiske. Soy el coronel Frank Rayfield. Estoy al mando del penal.

Michael se humedeció los labios. Frank Rayfield era uno de los hombres citados por Rufus en su recurso. En un primer momento, aquel nombre no le había llamado la atención. En el interior de aquella cárcel, se traducían en la muerte para él. ¿Quién podía imaginar que dos de los hombres a los que Rufus acusaba básicamente de asesinato en su apelación se encontrarían precisamente allí? Pero ahora que lo pensaba detenidamente veía que era el lugar ideal para no perder ni un instante de vista a Rufus Harms.

Centró la vista de nuevo en Rayfield preguntándose dónde enterrarían su cadáver. Como le había ocurrido tantas veces de niño, de repente deseó contar con la ayuda de su hermano. Con expresión pálida, recogió los papeles que le entregaba Rayfield y vio como este hacía señas al guardián para que se retirara. Con los papeles ya en la mano, se fijó en la expresión de disculpa de Rayfield.

—Creo que mis hombres han puesto un celo excesivo en su trabajo —dijo Rayfield—. Habitualmente no fotocopiamos los documentos que están en un sobre cerrado.

Así pues, Rayfield lo había abierto y él mismo había hecho las fotocopias. Ninguno de sus hombres había visto el contenido.

Michael bajó la vista hacia los papeles.

—No lo entiendo. El sobre seguía cerrado.

—Se trata de un sobre corriente. Han puesto los papeles en uno nuevo y lo han cerrado.

Michael maldijo su propia estampa por no haber pensado en algo tan lógico.

Rayfield soltó una risita.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Michael.

—Esta es la quinta vez que Rufus Harms me cita en alguna disparatada demanda, señor Fiske. ¿Qué puedo hacer sino reír?

—¿Cómo?

—Pero nunca había apuntado tan alto como el Tribunal Supremo, de donde viene usted, ¿verdad?

—No tengo ninguna obligación de responderle.

—De acuerdo. Pero si es cierto, su presencia aquí es algo fuera de lo corriente.

—Eso es asunto mío.

—Y el mío es dirigir la cárcel de forma escrupulosa, militar —le espetó Rayfield pero enseguida suavizó el tono—: no le culpo a usted. Harms es un tipo hábil. Al

parecer ha engatusado a su antiguo abogado militar para que le ayudara, y la verdad es que Sam Rider podía tener un poco más de juicio.

—¿Cómo? ¿Resulta que Rufus Harms tiene por costumbre presentar demandas a la ligera?

—¿Acaso no lo hacen todos los presos? ¡Disponen de tanto tiempo! En fin, el año pasado acusó al presidente de Estados Unidos de América, al Secretario de Defensa y al suyo de conspiración en una trampa para incriminarle en un asesinato que él mismo había cometido en presencia como mínimo de media docena de personas.

—¿En serio? —Michael parecía escéptico.

—Pues sí, en serio. Por fin se desechó la demanda pero la broma costó unos cuantos miles de dólares en concepto de letrados gubernamentales. Sé que los tribunales están abiertos a todo el mundo, señor Fiske. Pero una demanda sin fundamento es una fastidiosa demanda, y francamente yo ya me estoy empezando a cansar de ellas.

—Pero en su petición hacía constar...

—De acuerdo, la he leído. Hace dos años, afirmaba que había actuado bajo los efectos del agente naranja que arrastraba desde la guerra del Vietnam. ¿Y sabe una cosa? Rufus Harms nunca estuvo expuesto al agente naranja pues nunca entró en combate. Pasó gran parte de los dos años que estuvo en el ejército en el calabazo por insubordinación, entre otras cosas. No es un secreto para nadie. Usted mismo puede comprobarlo. Es decir, si todavía no lo ha hecho. —Miró directamente a Michael, quien había bajado la vista—. Y ahora coja sus papeles, vuelva a Washington y deje que sigan su curso en el sistema. Los desestimarán como los demás. Unas cuantas personas inocentes se sentirán de lo más avergonzadas, pero América funciona así. Me imagino que precisamente por eso luché yo por ese país: para afianzar todas esas libertades. Incluso para que se abuse de ellas.

—¿Me deja marchar sin más?

—Usted no está preso aquí. Tengo un montón de internos de quienes he de preocuparme, incluyendo al que acaba de poner fuera de combate a tres de mis hombres. Tendrá que responder a unas preguntas que le formulará enseguida uno de mis subordinados. En relación con lo que ha ocurrido en la sala de visitas. Lo necesitamos para nuestro informe sobre el incidente.

—Pero eso implica que constará en el expediente oficial. Mi presencia aquí y tal...

—En efecto, va a constar. Fue decisión suya venir, yo no se lo pedí. Tiene que apechugar con las consecuencias.

—Lo sé. Pero no imaginaba nada de todo esto.

—Ya se sabe que la vida nos da muchas sorpresas.

—Oiga, ¿de verdad tiene que hacerlo constar todo?

—Sea como sea, su presencia aquí tiene que constar de forma oficial, señor Fiske, independientemente de lo que haya ocurrido en la sala de visitas. Usted figura en el

libro de visitas con el número que se le ha asignado.

—Imagino que no me lo había planteado de esta forma.

—Eso creo. ¿No tendrá mucha experiencia en cuestiones militares? —Michael quedó paralizado, abatido y Rayfield reflexionó un instante—. Mire, tenemos que elaborar el informe, pero si no intervienen otros factores, podría no incluirle de forma oficial. Tal vez podríamos suprimir su presencia aquí en la cárcel. Michael soltó un suspiro de alivio.

—¿Podría hacerlo usted?

—Quizás. Usted es abogado. ¿Qué me dice de un quid pro quo?

—¿A qué se refiere?

—Yo me deshago del informe y usted se deshace del recurso. —Hizo una pausa para mirar fijamente al joven—. Le ahorrará al gobierno otra minuta astronómica. Quiero decir que benditos sean los derechos de una persona a exigir que se le administre justicia, pero eso empieza a quedar anticuado.

Michael apartó la mirada de él.

—Tengo que pensarlo. De todas formas tenía algunas deficiencias técnicas. Puede que tenga usted razón.

—La tengo. Y mi intención no es la de arruinarle la carrera. Vamos a olvidar lo que ha ocurrido. Y espero no leer nada más sobre el caso en los periódicos. De lo contrario, puede que tenga que salir a la luz su presencia aquí. Y ahora si me disculpa... —Rayfield giró sobre sus talones y se alejó dejando a Michael Fiske completamente afligido.

Rayfield se fue directo a su despacho. La sospecha de Rufus tenía su fundamento; habían colocado bajo la mesa de la sala de visitas un dispositivo de escucha preparado para quedar disimulado en el dibujo de la madera. Rayfield escuchó de nuevo la conversación entre Michael y Rufus. Una parte había quedado inaudible a causa del tamborileo de Michael. La radio se había encargado de obstruir la anterior conversación de Rufus con Rider. Rufus no tenía ni un pelo de tonto. De todas formas, Rayfield había oído y leído lo suficiente para saber que podían encontrarse ante un grave problema. La conversación con Michael, por otro lado, tampoco le había solucionado el dilema, cuando menos de forma permanente. Cogió el teléfono y marcó un número. Por medio de unas concisas frases, Rayfield relató los acontecimientos a la persona que se encontraba al otro lado del hilo.

—¡Habrase visto! Parece imposible.

—¡Y que lo digas!

—¿Y todo eso ha sucedido hoy?

—Bueno, ya te conté lo de Rider, pero sí, eso ha sucedido hace muy poco.

—¿Por qué demonios le has permitido ver a Harms?

—¿No habrían aumentado sus sospechas si se lo hubiera negado? ¿Acaso tenía

otra salida, después de leer lo que había escrito Harms en la maldita carta que dirigió al Tribunal Supremo?

—Tenías que haberte encargado del cabrón ese antes. Has tenido veinticinco años para hacerlo, Frank.

—Ese era el plan hace veinticinco años, matarle —saltó Rayfield—. Y fíjate lo que sucedió. Tremaine y yo nos hemos pasado media vida sin perderlo un instante de vista.

—Pero tampoco puede decirse que lo hayáis hecho por amor al arte. ¿Qué has conseguido amasar ya? ¿Un millón? Tendrás un retiro de aquí te espero. Aunque ni tú ni yo lo disfrutaremos si sale a la calle.

—No creas que no he intentado quitármelo de encima. El propio Tremaine hoy se ha dedicado a ello en la enfermería, pero ¡qué barbaridad!, se diría que el tipo tiene un sexto sentido. Rufus Harms es astuto como una serpiente cuando se encuentra entre la espada y la pared. Los guardianes están siempre ahí y tenemos a quienes nos vigilan de cerca, inspecciones sorpresa, la escoria de los derechos civiles, no veas. El hijo de puta no muere. ¿Por qué no vienes y pruebas tú?

—Bien, bien, no hace falta discutir. ¿Seguro que nos cita a todos en la carta? ¿Cómo es posible? Si ni siquiera sabía quién era yo.

Rayfield no vaciló ni un instante. La persona con la que estaba hablando no estaba incluida en la carta de Rufus, pero eso no pensaba decírselo. Todos estaban en el atolladero.

—¿Y yo qué sé? Lleva veinticinco años pensando.

—¿Cómo ha sacado la carta?

—Eso es lo que más me desconcierta. El guardián vio el maldito papel. Eran sus últimas voluntades y el testamento, nada más.

—Pues de una forma u otro lo coló.

—Sam Rider está metido en ello. Eso seguro. Trajo una radio y el ruido me impidió oír por el micrófono que habíamos instalado, de modo que no sé lo que se dijeron. Tenía que haberme imaginado que algo ocurría.

—Nunca me he fiado del tipo ese. De no ser por las patrañas de alegación de demencia de Rider, Harms llevaría ya mucho tiempo muerto, cortesía del ejército.

—La segunda carta que llevaba Fiske en la cartera estaba mecanografiada. No llevaba señas en el lugar de la firma, era del estilo de las que mecanografía una secretaria particular, por lo que he deducido que probablemente la picó Rider. Por cierto, los dos documentos eran originales.

—¿Y por qué ahora? ¡Maldita sea! ¿Después de tanto tiempo?

—Harms recibió una carta del ejército. En el papel que sacó hacía referencia a ella. Puede que aquello le refrescara la memoria. Te juro que hasta hace poco o bien no recordaba nada de lo sucedido o lo ha estado guardando en el fondo durante veinticinco años.

—¿Por qué lo haría? ¿Y por qué coño el ejército tenía que enviarle algo después

de todo ese tiempo?

—No lo sé —respondió Rayfield nervioso. En realidad sí lo sabía. En la apelación de Rufus al Tribunal constaba la razón. Pero Rayfield había decidido mantener esa carta oculta.

—¿Y tampoco tendrás la misteriosa carta del ejército?

—No. Quiero decir, de momento.

—Tiene que estar en su celda, pero sigo sin comprender cómo la paso. —El tono volvía a ser acusador.

—A veces pienso que tiene algo de mago —dijo Rayfield.

—¿Ha tenido alguna otra visita?

—Solo su hermano, Josh Harms. Viene una vez al mes.

—¿Y cómo está ahora Rufus?

—Parece que lo ha pagado muy caro. Una apoplejía o un ataque al corazón. Aunque salga de esa, ya no será el mismo.

—¿Dónde está ahora?

—Lo han trasladado al hospital de Roanoke.

—¿Por qué demonios le has permitido salir?

—Lo ha ordenado el médico. Él tiene la obligación de salvar la vida del hombre, esté preso o no. ¿No crees que habría despertado sospechas si me negaba a su petición?

—Pues no pierdas de vista la historia y reza para que su corazón no aguante. Caso de que lo supere, es asunto tuyo.

—Vamos, ¿quién va a creerle?

—Podrías tener alguna sorpresa. Y ese Michael Fiske, ¿es el único que está al corriente de todo, aparte de Rider?

—En efecto. Al menos eso creo. Vino a comprobar la historia de Harms. No se lo había dicho a nadie, o eso le dijo a Harms. Hemos tenido suerte con eso —dijo Rayfield—. Le he contado un cuento sobre Harms y sus manías carcelarias. Creo que lo ha tragado. Tenemos la sartén por el mango porque él se la juega si su visita trasciende. No creo que dé curso a la apelación.

La voz del otro lado de la línea aumentó unos cuantos decibelios.

—¿Tú estás chalado o qué? El tal Fiske no podrá decidir sobre el tema.

—¿No ves que es funcionario del Tribunal Supremo? Él mismo se lo ha dicho a Harms, yo lo he oído.

—Eso ya lo sé. Lo sé de sobra. Pero te voy a decir exactamente lo que tienes que hacer: ocuparte de Fiske y de Rider. Y lo harás *ipso facto*.

Rayfield palideció.

—¿Pretendes que mate a un funcionario del Tribunal Supremos y a un abogado de aquí? No fastidies, ellos no poseen prueba alguna. No pueden perjudicarnos en nada.

—Eso no lo sabes. No sabes lo que contenía la carta del ejército. Tampoco sabes

qué otra información pueden haber conseguido Fiske o Rider en el Ínterin. Piensa que Rider lleva treinta años haciendo de abogado. No habría dado curso a algo que creyera poco serio, sobre todo presentándolo al Tribunal Supremo. Y por si no lo sabes, un funcionario del Tribunal Supremo no es ningún imbécil. Fiske no hizo tantos kilómetros con la idea de ver a un chalado. Por lo que me has dicho, las cartas contenían datos muy específicos sobre lo que ocurrió en la prisión militar.

—Así es —le confirmó Rayfield.

—Por eso mismo. Pero esa no es la única laguna. Recuerda que Harms no es el típico preso que se las da de abogado. Aún no había presentado ningún recurso. Si Fiske hace sus comprobaciones, descubrirá que le has mentido. Y cuando lo haya hecho, porque tengo que pensar que lo hará, todo va a estallar.

—No es que haya tenido mucho tiempo para urdir un plan —respondió Rayfield, acalorado.

—No digo lo contrario. Pero al mentirle le has ofrecido un agarradero. Además se nos plantea otro problema.

—¿Cuál?

—Todo lo que afirma Harms en el recurso resulta que es verdad. ¿O es que lo has olvidado? ¡Qué curiosa es la verdad! Empiezas a mirar acá y allá y de repente se desmorona el castillo de mentiras. ¿Y a qué no sabes a dónde va a parar? ¿De verdad quieres correr el riesgo? Porque cuando caiga al suelo ya sé dónde vas a jubilarte: en Fort Jackson. Y esta vez al otro lado de la puerta de la celda. ¿Te seduce la idea, Frank?

Rayfield aspiró con dificultad y echó una ojeada al reloj.

—¡Mierda, preferiría mil veces volver a Vietnam!

—Creo que todos nos lo hemos tomado demasiado a la bartola. Pero ha llegado el momento de sudar el sueldo, Frank. Tú y Tremaine ocuparos de liquidar el asunto. Y entretanto recuerda eso: o sobrevivimos junto o nos hundimos todos.

Treinta minutos después, tras contestar a las preguntas del ayudante de Rayfield, Michael salió del edificio de la cárcel y se dirigió hacia el coche andando bajo la fina lluvia. ¡Qué gilipollas había sido! Le entraron ganas de romper los papeles del recurso pero no lo hizo. Tal vez podía devolverlos a su sitio. Sentía lástima por Rufus Harms. Tantos años encarcelado se hacían sentir. Al salir del aparcamiento, ni por asomo sabía que casi todo el líquido que llevaba en el radiador había pasado a un cubo, que habían vaciado en el bosque cercano.

Cinco minutos después observó consternado el vapor que soltaba el capó del coche. Salió, lo levantó con cuidado y pegó un salto hacia atrás al verse envuelto en una nube de humo. Soltando maldiciones, miró hacia uno y otro lado: ni un coche ni una persona a la vista. Reflexionó un momento. Podía volver a pie a la cárcel, utilizar el teléfono y llamar a una grúa. Para colmo, la lluvia arreciaba.

Miró hacia adelante y se animó. Se acercaba una furgoneta que venía de la zona de la cárcel. Agitó el brazo para llamarle la atención. Al hacerlo, volvió la cabeza y comprobó que el vapor seguía saliendo. Le pareció curioso, pues había hecho revisar el coche antes del viaje. Al centrar de nuevo la vista en la camioneta el corazón de le disparó. Volvió la cabeza hacia un lado y otro y echó a correr alejándose del vehículo. Este aceleró, le alcanzó en un instante y le bloqueó el paso. Iba a meterse en el bosque cuando vio que bajaba el cristal de la ventanilla y le apuntaban con un arma.

—Para adentro —le ordenó Victor Tremaine.

El sábado por la tarde, Sara Evans fue en coche hasta el edificio donde vivía Michael y observó los vehículos aparcados en la calle. Su Honda no estaba allí. El viernes había llamado diciendo que estaba enfermo, algo que no había hecho nunca antes. Ella le llamó a casa pero Michael no respondió. Aparcó, entró en el edificio y llamó a su puerta. No obtuvo respuesta. Sara no tenía llave de su casa. Se fue a la parte trasera y subió por la escalera de incendios. Miró por la ventana de su pequeña cocina. Nada. Probó la puerta, pero estaba cerrada. Volvió al Tribunal, mucho más preocupada. Estaba convencida de que Michael no estaba enfermo. Sabía que aquello tenía algo que ver con los papeles que había visto en su cartera. Suplicaba en silencio que no hubiera actuado por su cuenta, que estuviera sano y salvo y pudiera acudir el lunes al trabajo.

Volvió a su despacho, donde pasó la tarde y luego se fue a cenar con otros funcionarios a un restaurante cerca de Union Station. Todos querían sacar el tema del trabajo, menos Sara. Normalmente era la primera en introducirlo, pero aquel día no conseguía meterse en la conversación. Llegó un momento en que estuvo a punto de salir corriendo y gritando, harta de las interminables estrategias, predicciones, selecciones de casos, cansada de los minuciosos análisis de los matices más sutiles; de matar mosquitos a cañonazos.

Aquella noche, ya tarde, se encontraba en los porches traseros de su casa. De pronto decidió coger el barco y dar un paseo por el río. Contó las estrellas, conformando curiosas figuras mentales de ellas. Pensó en la petición de matrimonio de Michael y en las razones que la habían movido a rechazarla; a sus compañeras les habría extrañado muchísimo. Le hubieran comentado que les parecía una unión extraordinaria. Que los dos podían pasar juntos una maravillosa y dinámica vida, con la absoluta certeza de que sus hijos iban a ser muy inteligentes, ambiciosos y dotados para el deporte. Ella misma había tenido una beca deportiva en la universidad en *Lacrosse*, y Michael era aún más deportista que ella.

Se preguntó con quién se casaría al final. O si llegaría a hacerlo. Aquel rechazo podía convertirla en soltera el resto de su vida. Aquella idea la hizo sonreír mientras navegaba. Le estaba dando demasiada importancia. Dentro de un año, Michael estaría haciendo algo realmente extraordinario. En cinco años, podía sentirse afortunada si la recordaba siquiera.

Al disponerse a amarrar el barco y recoger las velas, se detuvo un instante para aspirar la última bocanada de brisa del agua antes de ir para casa. Conduciendo apenas veinte minutos en dirección norte, en aquellos momentos en que el tráfico estaba en calma, podía llegar a la ciudad más poderosa de la tierra, al lugar que le pertenecía, junto a los cerebros más destacados de su época en asuntos legales. Sin embargo, lo que en realidad deseaba hacer inmediatamente era acurrucarse bajo la manta con las luces apagadas y hacerse la idea de que jamás tenía que volver allí. A

pesar de haberse mostrado razonablemente ambiciosa toda su vida, de pronto no sentía el impulso de llevar a cabo nada importante en su vida profesional. Era como si hubiera agotado todas las energías para llegar a ese punto. ¿Boda y maternidad? ¿Era aquello lo que deseaba? No tenía hermanos y la habían mimado bastante. No estaba acostumbrada a estar entre niños, pero algo la empujaba hacia aquella dirección. Algo muy fuerte. No obstante, no veía nada claro. ¿Tenía que verlo ya?

Entró, se desnudó, se metió en la cama y se dio cuenta de que para tener una familia hacía falta de entrada algo: encontrar a alguien a quien amar. Acababa de rechazar una oportunidad de conseguirlo con un hombre verdaderamente excepcional. ¿Surgiría otra? ¿Deseaba tener un hombre en su vida en aquellos momentos? En realidad, una a veces no tiene más que una opción. Una sola. Con ese último pensamiento se durmió.

Era lunes y John Fiske se encontraba en su escritorio, asimilando otro informe de detención de uno de sus clientes. Se había habituado ya a este proceso. A mitad del informe veía clara la suerte que iba a correr la persona a quien defendía. No estaba mal ser experto en algo.

La llamada a la puerta del despacho le sobresaltó. Su mano derecha se deslizó hacia el cajón superior del escritorio. Dentro tenía una nueve milímetros, un último vestigio de su época de poli. No podía decir que su clientela fuera de la máxima confianza. Así pues, pese a defenderles con la máxima profesionalidad, no podía permitirse la ingenuidad de no guardarse las espaldas. En alguna ocasión le había llegado un cliente drogado o borracho que no le perdonaba algún supuesto error. Le animaba, pues, el tacto del duro acero contra la palma de la mano.

—Adelante, está abierto.

El agente de policía uniformado que se detuvo ante el umbral le hizo esbozar una sonrisa y cerrar el cajón.

—Hola, Billy, ¿qué tal?

—He tenido días mejores, John —respondió el agente Billy Hawkins.

Al acercarse Hawkins a él para sentarse, Fiske se fijó en los moretones multicolores del rostro de su amigo.

—¿Qué demonios te ha ocurrido?

Hawkins se tocó uno de los rasguños.

—La otra noche un tipo se descontroló en un bar y me pegó un par de mamporros. —Y añadió enseguida—: Pero no he venido por eso, John.

Fiske sabía bien que Hawkins era un hombre de buen talante que no se dejaba abrumar por las presiones del trabajo. Siempre había sido de fiar y serio en su trabajo y fuera de él, campechano y amigo de sus amigos.

Hawkins miró inquieto a Fiske.

—¿No le ocurrirá nada a Bonnie o a los niños? —preguntó Fiske.

—No se trata de mi familia, John.

—¿Ah no? —al observar la mirada de preocupación de Hawkins, Fiske notó una opresión interior.

—Maldita sea, John, tú mismo sabes lo mal que lo pasábamos cuando íbamos en busca del pariente más próximo y ni siquiera le conocíamos.

Fiske se levantó lentamente y la boca se le secó al instante.

—¿El pariente más próximo? ¡Dios mío! ¿No será mi madre? ¿Mi padre?

—No, John, ni una ni otro.

—Por favor, dime lo que tengas que decirme, Billy.

Hawkins se humedeció los labios y empezó a hablar deprisa.

—Hemos recibido una llamada de la policía del distrito de Columbia.

Fiske quedó un instante perplejo.

—¿Del distrito de Columbia? —en cuanto lo hubo dicho, el cuerpo se le paralizó —. ¿Mike?

Hawkins asintió.

—¿Un accidente de coche?

—No fue un accidente. —Hawkins hizo una pausa para aclararse la garganta—. Un homicidio, John. Tiene todas las trazas de un robo con complicaciones. Encontraron su coche en un callejón. En un barrio de mala nota, me ha parecido entender.

Fiske fue digiriendo las horribles noticias. Como poli y ahora como abogado, había vivido las consecuencias de muchísimos asesinatos en otras personas, otras familias. Ese era un nuevo terreno.

—¿No se lo habrás dicho a mi padre, verdad? —dijo despacio.

Hawkins lo negó con la cabeza.

—He pensado que querrías hacerlo tú. Sobre todo sabiendo cómo está tu madre.

—Yo me ocuparé de ello —dijo Fiske.

Las siguientes palabras de Hawkins interrumpieron sus pensamientos.

—El inspector que lleva el caso ha pedido una identificación del pariente más próximo, John.

Como agente de policía, ¿cuántas veces le había tocado a Fiske comunicar una noticia como aquella a un padre afligido?

—Iré hacia allí.

—Lo siento muchísimo, John.

—Lo sé, Billy, lo sé.

Cuando Hawkins se hubo marchado, Fiske se fue hacia donde tenía la foto de él y su hermano y la cogió. Le temblaban las manos. Lo que le acababa de decir Hawkins no podía ser verdad. Él había superado dos heridas de bala y se había pasado casi un mes en el hospital, con su madre y su hermano pequeño a su lado casi todo el tiempo. Si John Fiske había sobrevivido a aquello, si seguía vivo ahora mismo, ¿cómo podía estar muerto su hermano? Dejó la foto en el estante. Fue a buscar el abrigo pero las piernas no le respondieron. Se quedó allí plantado.

Rufus Harms abrió lentamente los ojos. La estancia estaba a oscuras, entre sombras. Se había acostumbrado, sin embargo, a ver sin luz y con los años se había convertido en un experto en el tema. Los años de cárcel le habían aguzado también el oído, hasta tal punto que casi podía oír los pensamientos de alguien. En la prisión uno hace básicamente dos cosas: escuchar y pensar.

Cambió lentamente de posición en su cama del hospital. Seguía con los brazos y las piernas sujetos. Sabía que había un guardián junto a la puerta de su habitación. Rufus le había visto unas cuantas veces con el entrar y salir de gente a la habitación. No era un policía; llevaba ropa de faena e iba armado. Del ejército o de la reserva, Harms no lo sabía a ciencia cierta. Aspiró lentamente. Durante los dos últimos días había escuchado a los médicos durante las visitas. No había sufrido un ataque al corazón pero estuvo cerca. No recordaba el nombre que le daban los doctores, pero su ritmo cardíaco era irregular y por ello le mantenían en cuidados intensivos.

Recordó la última hora que pasó en la cárcel. Se preguntó si Michael Fiske había salido ya del penal antes de que le mataran. Curiosamente a él la complicación cardíaca le había salvado la vida. Como mínimo estaba fuera de Fort Jackson. De momento. Pero si su salud mejoraba, le mandarían de nuevo allí. Donde moriría. A menos que le mataran aquí.

Había observado a fondo a todos los médicos y al personal de enfermería que le atendían. Se fijaba en concreto en los que le administraban medicamentos. Le tranquilizaba pensar que, si se veía en peligro, podía romper los brazos de la cama. Tal como estaban las cosas, no podía hacer más que recuperar fuerzas, esperar, observar y mantener el ánimo. Si no alcanzaba la libertad por medio del sistema judicial, la obtendría de otra forma. No estaba dispuesto a volver a Fort Jackson. Mientras le quedara una pizca de aliento.

Se pasó dos horas contemplando a los que entraban y salían. Cada vez que se abría la puerta de su habitación, miraba al guardián de fuera. Un joven que se sentía muy importante con su uniforme y su arma. Dos guardianes le habían acompañado en el helicóptero, pero el de fuera no era ninguno de ellos. Quizás hacían turnos. Cuando se abría la puerta, el de fuera inclinaba la cabeza y sonreía a quien entraba o salía, sobre todo si la persona era joven y del sexo femenino. Cuando había dirigido la mirada hacia el interior, Rufus había detectado dos emociones distintas en sus ojos: odio y miedo. Aquello tenía mal cariz. Indicaba que tenía una oportunidad. Ambas cosas podían desembocar en algo que Rufus necesitaba desesperadamente: que cometiera un error.

Pensó que el hecho de que destinaran a un solo guardián implicaba que le veían bastante incapacitado; pero no sabían que no lo estaba. Los monitores mostraban unos números y unas curvas que para él no significaban nada. No eran más que aves de presa en una jaula metálica a la espera de que se desvaneciera para lanzarse sobre

él. Pero Rufus notaba que iba recuperando las fuerzas; era algo tangible. Flexionaba y estiraba los dedos con la ilusión de poder mover al fin los brazos.

Dos horas más tarde, oyó la puerta y se encendió la luz. La enfermera llevaba un bloc con un soporte metálico y le sonrió mientras comprobaba el monitor. Imaginó que tendría unos cuarenta y cinco años. Era guapa y rellenita. Mirando sus anchas caderas, Rufus se imaginó que habría tenido unos cuantos hijos.

—Eso va mucho mejor hoy —le dijo al darse cuenta que la miraba.

—No puedo decir que me alegre.

Ella lo miró boquiabierta.

—Muchos de los que están ingresados aquí darían cualquier cosa por ese diagnóstico.

—¿Dónde estoy exactamente?

—En Roanoke, Virginia.

—Nunca he estado en Roanoke.

—Una bonita ciudad.

—No tan bonita como usted —dijo Rufus, con una tímida sonrisa, pues aquellas palabras se habían escapado de sus labios. Hacía casi treinta años que no se había encontrado tan cerca de una mujer. La última que había visto en persona era su madre, llorando a su lado cuando se lo llevaban a cumplir la sentencia de cadena perpetua. Murió aquella misma semana. Su hermano le contó que algo había explotado en su cerebro. Pero él estaba convencido de que se le había roto el corazón.

Arrugó un poco la nariz al notar el perfume. Le parecía algo fuera de lugar en un hospital. Al principio, Harms no se dio cuenta de que lo que olía era el perfume de la enfermera: una mezcla de esencia suave, de crema hidratante y de mujer. ¡Maldición! ¿Qué más había olvidado sobre la vida real? Una lágrima tembló en la comisura de su ojo derecho a raíz de aquel pensamiento.

La enfermera le miró levantando las cejas, con una mano en la cadera.

—Me han dicho que vaya con cuidado con usted.

Él la miró fijamente.

—Yo nunca le haría daño, señora.

Su tono era solemne, sincero. Ella vio la lágrima colgando del ojo. No sabía realmente qué añadir.

—¿No podría poner en ese gráfico que me estoy muriendo o algo así?

—¿Se ha vuelto loco? No puedo hacer una cosa así. ¿Es que no quiere recuperarse?

—Enseguida que lo consiga, volveré a Fort Jackson.

—Y no es un lugar agradable, me imagino.

—He vivido más de veinte años en la misma celda. Tiene su gracia ver otra cosa, para variar. Poco que hacer aparte de contar los latidos del corazón y mirar el hormigón.

La enfermera pareció sorprendida.

—¿Veinte años? ¿Qué edad tiene usted?

Rufus reflexionó un momento.

—A decir verdad, no lo sé exactamente. No más de cincuenta.

—¡Vamos! ¿No sabe qué edad tiene?

Él la miró fijamente.

—Los presos que llevan un calendario son los que van a salir algún día. Yo cumplo cadena perpetua, señora. No saldré nunca. ¿Qué importancia tiene mi edad?

—Lo dijo con tanta naturalidad que la enfermera notó el rubor en sus mejillas.

—¡Ah! —Su voz era trémula—. Creo que ya le entiendo.

Él cambió de posición con sumo cuidado. Las esposas tintinearón contra el metal de la cama. Ella se retiró un poco.

—¿Me haría el favor de llamar a alguien, señora?

—¿A quién? ¿A su esposa?

—Yo no tengo esposa. A mi hermano. No sabe dónde estoy. Quisiera comunicárselo.

—Creo que tendré que preguntárselo al guardián.

Rufus miró hacia la puerta.

—¿Al chaval de ahí fuera? ¿Qué tendrá él que ver con mi hermano? Si tiene el aspecto de no saber hacer ni pipí solo.

Ella se puso a reír.

—Pues lo han mandado a vigilarle a usted, que no es precisamente un bebé.

—Mi hermano se llama Joshua. Joshua Harms. Le llaman Josh. Si tiene un lápiz, le doy su número de teléfono. Le llama y le dice dónde estoy. Aquí uno se encuentra un poco solo. No vive muy lejos de aquí. ¿Quién sabe? Puede que venga a verme.

—Es cierto que uno se siente solo aquí —dijo ella con cierta nostalgia. Miró aquel cuerpo alto y fuerte, lleno de tubos y parches. Y lo que le llamó más la atención fueron las esposas.

Rufus se dio cuenta de ello. Ya sabía que un horrible encadenado producía normalmente aquel efecto en la gente.

—¿Y qué hizo? Para que le encarcelaran...

—¿Cómo se llama usted?

—¿Por qué?

—Porque me gustaría saberlo. Yo me llamo Rufus. Rufus Harms.

—Ya lo sabía. Está en su ficha.

—Pero yo no tengo ficha suya para verle el nombre.

Ella vaciló un momento, echó una ojeada a la puerta y volvió la mirada a él.

—Me llamo Cassandra —dijo.

—Un nombre precioso. —La mirada de Rufus pasó a su cuerpo—. Le encaja a la perfección.

—Gracias. ¿De modo que no va a decirme lo que hizo?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Simple curiosidad.

—Maté a alguien. Hace mucho tiempo.

—¿Y por qué? ¿Pretendían hacerle daño?

—No me había hecho nada.

—¿Pues por qué lo hizo?

—No sabía lo que hacía. Estaba fuera de mí.

—¿Es verdad? —Tras las palabras de él, ella retrocedió un poco—. ¿No es lo que dicen todos?

—Pero resulta que en mi caso es cierto. ¿Va a llamar a mi hermano?

—No lo sé. Quizás.

—Mire, yo le doy el número. Si no lo hace, no lo hace. Y si lo hace, se lo agradeceré muchísimo.

Ella le miró llena de curiosidad.

—No parece usted un asesino.

—Tendría que andarse con cuidado con eso. Los más zalameros son los que acaban haciéndote daño. He visto a muchos de ese estilo.

—¿O sea que no debería confiar en usted?

Los ojos de Rufus se clavaron en los de ella.

—La decisión es suya.

Ella lo pensó un momento.

—¿Cuál es el número de su hermano?

Anotó el teléfono, se metió el papel en el bolsillo y se dispuso a salir.

—¡Eh, señora Cassandra! —ella se volvió—. Tiene usted razón. No soy un asesino. Vuelva para hablar un rato más conmigo... Si le apetece, claro. —Consiguió esbozar una leve sonrisa e hizo tintinear las esposas—. Yo no voy a salir de aquí.

Ella le miró desde el otro lado de la habitación y Rufus creyó ver la sombra de una sonrisa en sus labios. Se volvió y salió. Rufus estiró el cuello para ver si hablaba con el guardián, pero comprobó que pasaba por delante de él sin pararse. Rufus se tumbó y empezó a mirar el techo. Aspiró profundamente, absorbiendo los restos de su perfume. Unos segundos después, una sonrisa se dibujó en su rostro. Tras ella, las lágrimas.

Se celebraba una reunión extraordinaria en la que participaban todos los ayudantes y magistrados. Asistían también a ella el jefe de policía del Tribunal, Richard Perkins y el comisario de dicho Tribunal, Leo Dellasandro, quienes observaban con mirada glacial la mesa de la amplia sala. Elizabeth Knight tenía los ojos húmedos y se los secaba continuamente con un pañuelo.

La mirada de Sara recorrió los rostros sombríos de los magistrados y se detuvo en el de Thomas Murphy. Este era un hombre bajito y debilucho, con el pelo blanco y unas pobladas cejas. En su ancha cara destacaban unos pómulos en forma de almendra. Era de los que seguía llevando trajes con chaleco y grandes y vistosos gemelos. No era la vestimenta, sin embargo, lo que atrajo la atención de Sara en aquellos momentos, antes bien su apesadumbrada expresión. Pronto terminó la revisión de los allí reunidos: faltaba Michael Fiske. Notó como la sangre le subía a la cabeza. Se levantó Harold Ramsey, quien presidía la mesa, y habló con voz grave y extrañamente apagada; Sara no le oía muy bien pero sabía exactamente lo que estaba diciendo, como si lo leyera en sus labios.

—Una noticia realmente terrible. No recuerdo haber vivido algo parecido. — Ramsey echó una ojeada al entorno, cerrando los puños con gesto angustiado, estremeciéndose todo su cuerpo.

Aspiró profundamente.

—Michael Fiske ha muerto.

A todas luces, los magistrados estaban al corriente de lo ocurrido. Los adjuntos, no obstante, retuvieron la respiración.

Ramsey iba a seguir pero detuvo el discurso. Hizo un gesto a Leo Dellasandro, quien, asintiendo, dio un paso hacia adelante mientras el presidente del Tribunal se desmoronaba en su asiento.

Dellasandro era un hombre que medía metro setenta y cinco, de cara ancha, mejillas planas, nariz chata y una capa de grasa sobre aquel musculoso cuerpo. Tenía la piel aceitunada y el pelo áspero y grisáceo. Sus poros exhalaban olor a cigarro puro. Llevaba su uniforme con orgullo; los fuertes dedos de la mano metidos debajo de la pistolera. El otro hombre uniformado que se encontraba tras él era Ron Klaus, su ayudante. Klaus era un hombre de apariencia elegante y profesional; el movimiento rápido de sus ojos azules daba cuenta de su agilidad mental. Él y Dellasandro eran los perros guardianes del lugar. Parecían actuar en tándem. El personal de allí casi era incapaz de imaginar al uno sin el otro.

—Por el momento, los detalles que conocemos son imprecisos, pero aparentemente Michael fue víctima de un robo. Le encontraron en su coche en un callejón del sureste, cerca del río Anacostia.

Uno de los adjuntos, de aspecto nervioso, levantó la mano.

—¿Están seguros de que fue un robo? ¿De que no tuvo nada que ver con su

trabajo aquí?

Sara le miró irritada. No era la pregunta que deseaba oír nadie cinco segundos después de enterarse de la muerte de alguien con el que uno había trabajado, por el que sentía algún afecto. Pero supuso que una muerte violenta producía ese efecto en las personas: instintivamente les movía a temer por su propia vida.

Dellasandro levantó sus fornidas y tranquilizadoras manos.

—No tenemos ninguna información que pueda indicarnos que su muerte haya tenido algo que ver con el Tribunal. Sin embargo, como medida de precaución extraordinaria, estamos aumentando la seguridad aquí y les rogaría que si alguien detecta algo sospechoso o fuera de lo corriente, se pusiera en contacto conmigo o con el señor Klaus. En su momento les facilitaremos los detalles que vayamos recibiendo sobre la situación.

Miró a Ramsey, quien apoyaba la cabeza en sus manos, y no parecía dispuesto a levantarse. Dellasandro permaneció de pie, algo violento, hasta que se levantó Elizabeth Knight.

—Todos hemos sufrido una terrible conmoción. Michael era una de las personas más apreciadas de este lugar. Su pérdida nos afecta a todos, y en especial a los que teníamos un trato más próximo a él. —Hizo una pausa y miró a Sara—. Si alguno de los presentes desea añadir algo, les ruego que lo hagan con toda libertad. Yo misma estoy dispuesta a recibir a quien lo desee. No sé bien cómo vamos a organizar el trabajo a partir de ahora, pero las tareas del Tribunal deben seguir, a pesar de ese terrible, terrible... —Knight se interrumpió de nuevo, agarrándose a la mesa para no desmoronarse y caer al suelo. Dellasandro le cogió inmediatamente el brazo, pero ella le indicó con un gesto que no hacía falta.

Se sobrepuso para dar por terminada la reunión y la sala quedó en seguida vacía. Solo permaneció en ella Sara Evans. Seguía sentada en su sitio, aturdida, con la vista fija en el lugar que había ocupado Knight. Las lágrimas iban descendiendo por su rostro. Michael estaba muerto. Había cogido una apelación, se había comportado de forma muy rara durante una semana y ahora estaba muerto. Asesinado. Un robo decían. Ella no creía que la respuesta fuera tan simple. Pero en aquellos momentos no importaba. Lo único que contaba era que había perdido a alguien muy próximo a ella. Una persona con la que, tal vez en circunstancias distintas, habría pasado felizmente su vida. Apoyó la cabeza en la mesa y estalló en sollozos.

Elizabeth Knight la observaba desde el umbral de la puerta.

U nas tres horas después de que Billy Hawkins hubiera informado a John Fiske sobre la muerte de su hermano, John se encontraba en uno de los pasillos del depósito de cadáveres del distrito de Columbia; le acompañaba un empleado con bata blanca. Fiske había tenido que identificarse y demostrar a aquel hombre que él era el hermano de Michael Fiske. Se había preparado para ello cogiendo unas fotos en las que se les veía juntos. Intentó ponerse en contacto con su padre antes de salir de la ciudad pero no lo consiguió. Se acercó incluso a la casa familiar pero no encontró a nadie. Le dejó una nota a su padre sin citar detalle alguno. Tenía que asegurarse de que se trataba de su hermano, y la única forma para hacerlo era el procedimiento que estaba siguiendo.

Quedó sorprendido al entrar en uno de los despachos, y mucho más desconcertado cuando el empleado del depósito sacó de una carpeta una foto hecha con una Polaroid y se la entregó.

—No voy a identificarle por medio de una foto. Quiero ver el cadáver.

—Aquí no seguimos este procedimiento, señor Fiske. Actualmente estamos en proceso de instalación de un sistema de video para poder llevar a cabo las identificaciones mediante aparatos de televisión, pero aún no está en funcionamiento. Hasta poder contar con ello, utilizamos la Polaroid.

—En mi caso no se hará.

El hombre iba señalando la foto que tenía en la mano en un intento de despertar la curiosidad de Fiske.

—La mayoría prefiere hacerlo por medio de una foto. Es algo muy poco corriente.

—Yo no soy «la mayoría» y considero que el asesinato de un hermano es poco corriente. Como mínimo lo es para mí.

El empleado cogió el teléfono y transmitió instrucciones para que prepararan el cadáver para su exposición. Seguidamente abrió la puerta del despacho e indicó a Fiske que le siguiera. Tras un corto recorrido, entraron en una pequeña sala que desprendía un olor medicinal muchísimo más intenso del que se respira en los hospitales. En el centro había una camilla. Destacaban bajo la blanca sábana unos bultos correspondientes a la cabeza, la nariz, los hombros, las rodillas y los pies del cadáver. Fiske se acercó a la camilla aferrándose a la irracional esperanza con la que hubiera contado cualquiera en sus circunstancias: que la persona que se encontraba bajo la sábana no fuera su hermano, que su familia permaneciera razonablemente intacta.

Mientras el empleado levantaba el extremo de la sábana, Fiske se apoyó en el tubo metálico de la camilla, agarrándolo con fuerza. Cuando se alzó la sábana y quedaron al descubierto la cara y la parte superior del tronco del difunto, Fiske cerró los ojos, levantó la cabeza y murmuró en silencio unas palabras. Aspiró

profundamente, retuvo el aliento, abrió los ojos y bajó la mirada. Sin ser consciente de ello, asintió con la cabeza.

Intentó mirar hacia otro lado pero no pudo. Incluso un desconocido habría mirado la inclinación de la frente, la disposición de los ojos y la boca, la prominencia de la barbilla y habría decidido que entre los dos hombres existía un estrecho vínculo familiar.

—Es mi hermano.

El empleado cubrió de nuevo el cadáver y entregó a Fiske un documento de identificación para firmar.

—Aparte de los objetos que ha retenido la policía, le entregaremos a usted sus efectos personales. —El empleado miró la camilla—. Hemos tenido una semana muy atareada, llevamos un cierto retraso con los cadáveres, pero imagino que pronto tendremos los resultados de la autopsia. En realidad esta no parece ofrecer complicaciones.

A Fiske le entró un sofoco de ira, que reprimió enseguida. A aquel hombre no le pagaban para que actuara con tacto.

—¿Encontraron la bala que le mató?

—Solo la autopsia puede determinar la causa de la muerte.

—¡No me venga con rollos! —El empleado parecía sorprendido—. He visto el orificio de salida en la parte izquierda de su cabeza. ¿La encontraron o no?

—No. Al menos de momento.

—Me han comentado que fue un robo —dijo Fiske. El empleado hizo un gesto afirmativo—. ¿El cadáver estaba en el coche?

—En efecto, sin la cartera. Hemos tenido que descubrir su identidad a través de la matrícula del coche.

—Y si se trata de un robo, ¿por qué no se llevaron el coche? Parece que hoy en día lo corriente es guindar el coche. Sacarle a la víctima el número secreto de su tarjeta y una vez liquidada la persona, coger el coche, sacar todo el dinero posible del banco, abandonar el vehículo e ir a por otro. ¿Por qué no lo han hecho así en este caso?

—No sé nada sobre esto.

—¿Quién se encarga del caso?

—Ocurrió en el distrito de Columbia. Debe ser el Departamento de Homicidios del distrito de Columbia.

—Mi hermano era un empleado federal. Del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Quizá también estará en ello el FBI.

—Tampoco sé nada sobre eso.

—Querría saber cómo se llama el inspector de Homicidios del distrito de Columbia. —El empleado no respondió y en lugar de ello, anotó algo en el expediente, quizás con la esperanza de que si no decía nada, Fiske se marcharía.

—De verdad me interesaría ese nombre —repitió Fiske acercándosele un poco.

El empleado, con un suspiro, sacó una tarjeta de la carpeta y se la pasó a Fiske.

—Buford Chandler. Puede que tenga que hablar con usted de todas formas. Es una buena persona. Tal vez pesque a quien lo hizo.

Fiske miró un instante la tarjeta y se la puso en el bolsillo del abrigo. Clavó la mirada en el empleado.

—Vamos a detener a quien lo hizo. —El extraño tono de su voz hizo levantar la vista del empleado—. Y ahora le agradecería que me dejara un rato a solas con mi hermano.

El empleado echó una ojeada a la camilla.

—Por supuesto. Esperaré fuera. Me avisa cuando haya terminado. Cuando el otro se hubo marchado, Fiske acercó una silla a la camilla y se sentó. No había derramado una sola lágrima desde que le comunicaran la suerte de su hermano. Pensó que era a causa de que no tenía confirmada la identificación, pero una vez asegurada, seguía sin llorar. En el camino hacia allí, sin darse cuenta, se fijó en que estaba contando las matrículas de fuera del Estado, un juego con el que habían pasado muchas veces el rato, de niños, los dos hermanos. Un juego en el que solía ganar Mike Fiske.

Levantó un poco la sábana y cogió la mano de su hermano. Estaba fría pero notó sus dedos flexibles. La estrechó suavemente. Fijó la mirada en el suelo de cemento y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, unos minutos después, solo dos lágrimas habían caído al suelo. Levantó rápidamente la vista y una bocanada de aire salió de sus pulmones. Todo aquello le parecía forzado y de pronto pensó que no valía la pena seguir allí.

En su vida de poli, había acompañado a un montón de padres de muchachos borrachos que habían acabado empotrados en un árbol o en un poste de teléfonos. Les había consolado, expresado su comprensión, incluso les había abrazado. Había llegado al convencimiento de hallarse muy cerca, de tocar incluso, las profundidades de su desesperación. ¡Cuántas veces se había preguntado qué iba a sentir si tuviera que vivirlo él! Sabía perfectamente que no era lo mismo.

Hizo un esfuerzo para pensar en sus padres. ¿Cómo iba a explicarle en concreto a su padre que había muerto la niña de sus ojos? ¿Y a su madre? Como mínimo, sabía la respuesta a la última pregunta: no podía ni debía decírselo.

A Fiske le habían educado en la religión católica pero no era un hombre religioso; por tanto decidió hablar con su hermano en lugar de hacerlo con Dios. Presionó la mano de este contra su pecho y le habló de una serie de cosas de las que se arrepentía, de lo mucho que le había querido, de cuánto deseaba que no hubiera muerto, por si el espíritu de su hermano seguía ahí, a la espera de esa comunicación, de esa silenciosa declaración de culpa y remordimiento del hermano mayor. Luego quedó en silencio y cerró otra vez los ojos. Notaba cada uno de los contundentes golpes de su corazón, sonido que de una forma u otra ahogaba la inmovilidad del cuerpo que tenía a su lado.

El empleado asomó la cabeza por la puerta.

—Tenemos que llevar a su hermano abajo, señor Fiske. Ha pasado media hora.

Fiske se levantó y pasó por delante del hombre sin decirle nada. Iban a llevar a su hermano a un lugar terrorífico, donde unos extraños hurgarían en sus entrañas en busca de una pista sobre quién le había matado. Mientras trasladaban la camilla, Fiske salió del edificio dejando a su hermano pequeño allí.

Seguro que has borrado las pistas?
Rayfield asintió con el teléfono en la

mano.

—Se ha destruido toda constancia de su presencia aquí. Ya he trasladado a todo el personal que vio a Fiske a otras dependencias. Aun en el caso de que alguien pudiera imaginarse, por lo que sea, que estuvo aquí, no quedará nadie para aclararle nada.

—¿Nadie vio cómo descargabas el cadáver?

—Vic fue con su coche, yo le seguí. Escogimos el lugar perfecto. La policía pensará que fue un robo. Nadie nos vio. Y aunque nos hubiera visto alguien, el barrio no es de los que colaboran con las fuerzas del orden.

—¿No quedó nada en el coche?

—Nos llevamos su cartera para insistir en lo del robo. Cogimos también su portafolios y un mapa. No llevaba nada más. Por supuesto, llenamos otra vez el radiador.

—¿Y Harms?

—Sigue en el hospital. Por lo que parece, saldrá de esta.

—¡Maldita sea! ¡Vaya mala suerte!

—Tranquilo. Cuando vuelva aquí, nos ocuparemos de él. Con un corazón tan débil, nunca se sabe lo que puede ocurrir.

—No esperes demasiado. ¿No puedes hacerlo en el hospital?

—Demasiado peligroso. Por allí circula mucha gente.

—¿Está bien custodiado?

—Le han encadenado a la cama y tiene un guardián en la puerta las veinticuatro horas del día. Mañana por la mañana le darán el alta. Por la noche estará muerto. Vic está ultimando ya los detalles.

—¿Y no tiene nadie fuera que pueda echarle una mano? ¿Seguro?

Rayfield se echó a reír.

—¡No fastidies! Si nadie sabe que está allí. No tiene a nadie. Nunca lo tuvo y nunca lo tendrá.

—No quiero fallos, Frank.

—Te llamaré cuando esté muerto.

Fiske se sentó en el coche y conectó el aire acondicionado, que, en aquel Ford que tenía catorce años, se reducía a un lento movimiento de aire algo viciado circulando de izquierda a derecha. Al notar que el sudor que descendía de su rostro se iba acumulando en el cuello de su camisa, Fiske bajó la ventanilla y observó el edificio que tenía delante. Si bien su aspecto exterior no destacaba entre los demás, su interior sí era distinto. Allí las personas pasaban horas y horas investigando quién había matado a otras personas. Fiske intentaba decidir si se juntaba a ellos en la búsqueda o

volvía para casa. Ya había identificado los restos de su hermano y con ello había cumplido con su deber como pariente más próximo. Podía volver a casa, hablar con su padre, organizar el funeral, ocuparse de los últimos detalles, enterrar a su hermano y seguir con su vida. Eso es lo que hacía todo el mundo.

En lugar de ello, Fiske salió del coche, notó el bochorno del exterior y se metió en el edificio del número 300 de Indiana Avenue, donde se encontraba el Departamento de Homicidios de la Jefatura de policía del distrito de Columbia. Pasó el control de seguridad y un agente le acompañó hasta un escritorio. Había vuelto a intentar en vano ponerse en contacto con su padre desde el depósito de cadáveres. Además de sentirse frustrado, le preocupaba que su padre se hubiera podido enterar de la noticia por algún otro conducto y apareciera allí.

Miró la tarjeta que le había entregado el empleado del depósito.

—El inspector Buford Chandler, por favor —dijo, mirando a la joven sentada en su mesa.

—¿Quién pregunta por él? —El pronunciado ángulo del cuello de la mujer y su tono de superioridad provocaron en Fiske un vivo deseo de cogerla y meterla en uno de los cajones de su escritorio.

—John Fiske. El inspector Chandler investiga la... el asesinato de mi hermano. Su nombre es Michael Fiske. —La mujer lo miró con una expresión que indicaba que el nombre no le sonaba—. Era empleado del Tribunal Supremo —añadió.

Ella echó una ojeada a los papeles que tenía en la mesa.

—¿Y alguien lo mató?

—¿Acaso esto no es el Departamento de Homicidios? —La agente volvió la vista hacia él, con más cara de hastío. Fiske siguió—: Pues sí, alguien lo mató... —Miró el nombre de la placa que tenía sobre la mesa—, señora Baxter.

—Bien, ¿qué puedo hacer exactamente por usted?

—Quisiera ver al inspector Chandler.

—¿Le espera?

Fiske se inclinó un poco hacia adelante y habló en voz baja.

—No exactamente, pero...

—En este caso lo siento pero no está —dijo, interrumpiéndole.

—Creo que si hiciera una llamada a... —Fiske se calló y observó como ella se daba la vuelta y empezaba a teclear en el ordenador—. Oiga, de verdad tengo que ver al inspector Chandler.

Sin parar de teclear, la agente respondió:

—Tal vez tenga que informarle sobre la situación que vivimos aquí. Tenemos un montón de casos y muy pocos inspectores. No podemos dedicarnos al primero que nos cae encima. Tenemos nuestras prioridades. Estoy segura que lo comprenderá. — Su voz se fue desvaneciendo mientras se centraba en la pantalla.

Fiske se inclinó aún más hasta que su rostro quedó a unos centímetros del de la mujer. Esta se volvió y se encontró con su mirada clavada en ella.

—Usted también debe comprender algo: he venido de Richmond para identificar los restos de mi hermano a petición del inspector Chandler. Eso he hecho. Mi hermano está muerto. Y en estos precisos instantes, un médico le está efectuando una incisión en forma de Y en el pecho para poder extraerle las entrañas, órgano por órgano. Seguidamente cogerá una sierra y llevará a cabo una incisión intermastoidea como una cuña de pastel en el cráneo, en este punto preciso. —Fiske trazó una línea imaginaria con el dedo sobre la cabeza de la señora Baxter, al tiempo que reprimía el ardiente deseo de arrancarle un mechón de aquel pelo rubio y rizado artificialmente —. Así podrá sacarle el cerebro e identificar el recorrido de la bala que le mató, y tal vez conseguir algún fragmento de vaina. Por ello he venido a charlar con el inspector Chandler, para ver si juntos podemos dar con una pista sobre el posible autor del asesinato.

La mujer respondió fríamente:

—No creo que este sea su trabajo. Tenemos suficientes problemas como para que los familiares empiecen a meterse en las investigaciones. No se preocupe, el inspector Chandler se pondrá en contacto con usted si lo precisa. —Volvió de nuevo la cabeza.

Fiske se agarró al canto de la mesa y tomó una bocanada de aire intentando no perder los estribos.

—Mire, comprendo que pueden tener una acumulación de casos y que usted no me conozca de nada...

—Estoy muy ocupada. O sea que si tiene algún problema, le aconsejaría que lo pusiera por escrito.

—¡Yo solo quiero hablar con ese hombre!

—¿Tendré que llamar a un guardia o qué?

Fiske pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Mi hermano está muerto! ¡Le agradecería que cambiara esa puñetera actitud e intentara mostrar siquiera una pizca de compasión! Y si es incapaz de mostrarla sinceramente, señora, límitese a simularlo.

—Soy Buford Chandler.

Fiske y Baxter se volvieron. Chandler era un negro de unos cincuenta años, pelo blanco, rizado, bigote; un tipo alto y esbelto que parecía conservar el aire deportivo de su juventud. Llevaba una pistolera vacía colgada del hombro y una mancha de grasa del arma en la camisa, en el punto en el que aquella la había rozado. Miró de arriba a abajo a Fiske con sus trifocales.

—John Fiske.

—Lo he oído. En realidad he estado escuchando la conversación.

—¿Entonces sabrá lo que me ha dicho, inspector Chandler? —dijo Baxter.

—Hasta la última palabra.

—¿Y no tiene nada que comentar?

—Pues sí.

Baxter miró a Fiske con cara de satisfacción.

—Adelante.

—Creo que este joven le ha dado un buen consejo. —Chandler reclamó a Fiske con el dedo—. Vamos a charlar.

Los dos hombres cruzaron una serie de bulliciosos pasillos y llegaron a un pequeño y abarrotado despacho.

—Tome asiento. —Chandler le señaló la única silla que había en la estancia aparte de la suya. Tenía encima un montón de carpetas—. Póngalas en el suelo. —Chandler levantó el dedo en señal de advertencia—: Con cuidado, no vaya a echar a perder alguna prueba. Hoy en día, eructas mientras inspeccionas unas muestras de tejido y lo primero que oyes es: «¡Inadmisible! ¡Suelte al hijo puta de cliente mío que acaba de cometer un asesinato en masa!».

Fiske trasladó con sumo cuidado las carpetas mientras Chandler se instalaba en su escritorio.

—No quisiera que se arrepintiera de lo que le acaba de decir a Judy Baxter.

—No pensaba hacerlo.

Chandler disimuló una sonrisa.

—Perfecto, vayamos por partes. Siento lo de su hermano.

—Gracias —respondió Fiske en tono apagado.

—Imagino que lo oye por primera vez desde que ha llegado aquí. ¿Me equivoco?

—Pues no.

—¿De mudo que estuvo usted en las fuerzas del orden? —dijo Chandler con aire despreocupado y luego sonrió al notar la sorpresa de Fiske—. El ciudadano medio en general no está al corriente de las incisiones en forma de Y ni de los cortes intermastoidales. Por el modo en que se ha enfrentado a la señora Baxter, su porte, su tipo... todo me dice que había sido usted agente de policía.

—¿Por qué utiliza un tiempo pasado?

—De haber seguido en las fuerzas del orden, los compañeros de Richmond me lo habrían comentado al pasarme la información. Además, conozco poquísimos policías que vistan traje cuando no están de servicio.

—Tiene usted toda la razón. Me alegro de que le hayan asignado el caso, inspector Chandler.

—El suyo y otros cuarenta y dos casos sin resolver. —Fiske movió la cabeza y Chandler continuó—: Y encima con recortes de presupuesto. Ya ni siquiera dispongo de ayudante.

—Lo que equivale a decir que no puedo esperar milagros.

—Haré todo lo que esté en mi mano para detener a quien mató a su hermano. Pero no puedo garantizarle nada.

—¿Y qué me dice de una ayuda extraoficial?

—No le entiendo.

—Trabajé mucho tiempo en homicidios con algunos inspectores de Richmond. Aprendí mucho y recuerdo mucho. Tal vez pueda ser yo su nuevo ayudante.

—A nivel oficial, eso es totalmente imposible.

—A nivel oficial, es totalmente comprensible.

—¿A qué se dedica ahora?

—Soy abogado de lo penal —dijo Fiske. Chandler puso los ojos en blanco—. Y además me enorgullezco de mi trabajo, inspector Chandler.

Chandler le indicó la puerta con un gesto.

—¿Me hará el favor de cerrarla? —permaneció en silencio hasta que Fiske se sentó de nuevo.

—Pues contra mi propio parecer, aceptaré su oferta de asistencia como asesor.

Fiske movió la cabeza.

—Aquí estoy. Teniendo en cuenta que a las cuarenta y ocho horas el índice de éxito en los casos de homicidio está por los suelos, eso no lo hará variar. —Fiske pensó que el comentario alteraría al hombre, pero Chandler siguió tranquilo.

—¿Puede dejarme una tarjeta para poder localizarle? —le dijo Chandler.

Fiske le entregó su tarjeta de visita tras anotar el número de teléfono de su casa en el reverso.

Chandler, por su lado, le entregó la suya, en la que constaban una serie de números.

—Despacho, casa, busca, fax, móvil... Cuando me acuerdo de cogerlo, que es pocas veces.

Abrió una carpeta que tenía en la mesa y la examinó. Fiske pudo leer al revés el nombre de su hermano en la etiqueta.

—Me dijeron que le mataron en el curso de un robo.

—Eso es lo que constaba en el informe preliminar.

Fiske captó un extraño tono en su voz.

—¿Y la opinión ha cambiado?

—No era más que un informe preliminar, para ponerse en marcha. —Cerró el expediente y miró a Fiske—. Los datos del caso, como mínimo los que conocemos hasta el momento, son bastante simples. Encontraron a su hermano en el asiento de delante de su coche, en un callejón cercano al río Anacostia, con un orificio de entrada de bala en la parte derecha de la cabeza y otro de salida en la izquierda. Por lo que parece, un gran calibre. Aún no hemos encontrado la vaina, pero la investigación continúa. Puede que el asesino la recogiera para que no pudiéramos llevar a cabo la prueba de balística si en algún momento nos caía encima un arma para hacer el cotejo.

—Hay que tener mucha sangre fría para dedicarse a buscar una vaina en un callejón cuando se ha dejado un cadáver a unos metros de allí.

—Estoy de acuerdo en ello. Pero sigo pensando que podemos encontrarla.

—Tengo entendido que no encontraron su cartera.

—Digámoslo de otra forma: no encontraron cartera alguna en el cadáver. ¿Tenía por costumbre no llevarla?

Fiske apartó la mirada un instante.

—Durante los últimos años nos vimos muy poco, pero creo poder afirmar que llevaba cartera. ¿Y no la han encontrado en su piso?

—Calma, John. El cadáver de su hermano se encontró ayer. —Chandler abrió su libro de notas y cogió un bolígrafo—. Entre otras cosas, el callejón donde se le encontró está en una zona de gran consumo de drogas. ¿Tiene usted noticia de que él se drogara? ¿En alguna ocasión o así?

—No. No consumía drogas.

—Pero no puede afirmarlo con seguridad, ¿verdad? Acaba de decir que se veían poco. ¿Estamos de acuerdo?

—Mi hermano establecía los objetivos máximos en todo lo que hacía y luego los superaba. Las drogas no entraban en esa planificación.

—¿Alguna idea de por qué se encontraba en aquella zona?

—No, pero podían haberle secuestrado en otra parte y luego llevarlo allí.

—¿Alguna razón que pudiera hacerle pensar que alguien deseaba su muerte?

—No se me ocurre ninguna.

—¿Ningún enemigo? ¿Algún novio celoso? ¿Problemas de dinero?

—No. Pero hay que tener en cuenta que tal vez no sea yo el más indicado para responder. ¿Tienen alguna noción de la hora en que murió?

—Muy vaga. Estoy esperando la confirmación. ¿Por qué?

—Ahora vengo del depósito. He tocado la mano de mi hermano. La he notado suave, flexible. Hace tiempo que ha pasado el rigor. ¿En qué estado estaba el cuerpo cuando lo encontraron anoche?

—Digamos que llevaba allí un tiempo.

—Es curioso. Según usted, no se trata de una zona aislada.

—Cierto, pero allí tampoco es tan insólito hallar un cadáver en un callejón. Por otro lado, casi en un noventa y nueve por ciento de los homicidios que se cometen en esa área las víctimas son negros, por una razón muy simple: los blancos no frecuentan el lugar.

—De modo que, según usted, mi hermano no tenía por qué encontrarse allí. ¿Alguna pista sobre retiradas de fondos con tarjeta? ¿Compras a crédito?

—Lo estamos comprobando. ¿Cuándo habló con su hermano por última vez?

—Me llamó hace una semana.

—¿Qué le dijo?

—No me encontró. Dejó un mensaje. Pedía mi consejo sobre algo.

—¿No le devolvió usted la llamada?

—Tardé unos días.

—¿Por qué esperó?

—No figuraba en mi lista de prioridades.

—¿En serio? —Chandler hacía girar el bolígrafo entre los dedos—. Dígame una cosa: ¿Tenía alguna simpatía por su hermano?

Fiske le miró fijamente.

—Alguien mató a mi hermano. Quiero encontrar quien lo hizo. Y eso es todo lo que pienso decir.

La expresión de Fiske movió a Chandler a seguir.

—¿Tal vez quería hablarle de algo relacionado con el trabajo? Porque lo intrigante del caso es la ocupación de su hermano.

—Es decir, ¿tendrá alguna relación ese asesinato con el Tribunal Supremo?

—Es una posibilidad remota, pero lo que me acaba de decir sobre la llamada de su hermano me hace pensar que tal vez no sea tan remota.

—Dudo mucho que quisiera mi opinión sobre el último caso de aborto.

—¿Pues sobre qué? ¿Cómo ligar?

—A buen seguro no habrá visto ninguna foto de él. Nunca necesito ayuda en ese terreno.

—Sí he visto una foto de él, pero los muertos no salen muy favorecidos. Usted mismo ha dicho que le pedía consejo. Podría ser en el tema legal.

—Siempre puede acercarse al Tribunal para comprobar si existía alguna conspiración.

—Tenemos que andar con pies de plomo, ya lo sabe.

—¿Tenemos?

—Estoy convencido de que su hermano tiene allí sus efectos personales, y no sería nada raro que el familiar más próximo acudiera a su lugar de trabajo. Me imagino que habrá estado alguna vez allí.

—En una ocasión, cuando entró Mike. Fui a verle con mi padre.

—¿Y su madre?

—Tiene Alzheimer.

—Lo siento.

—¿Algún otro detalle?

Como respuesta, Chandler se levantó, cogió la americana de la percha de detrás de la puerta y se la puso.

—Quisiera llevarle hasta donde se encuentra el coche de su hermano.

—¿Y luego?

Chandler echó una ojeada a su reloj y le miró sonriendo.

—Entonces tendremos el tiempo justo para pasar por el Tribunal, ayudante.

Rufus miró cómo se abría lentamente la puerta. Se armó de valor pensando en que entrarían un montón de hombres vestidos de verde y se precipitarían hacia él, pero el temor se desvaneció cuando descubrió de quien se trataba.

—¿Otro control?

Cassandra se acercó a la cama.

—¿Acaso no es la cruz que nos toca llevar a las mujeres, la de controlar siempre a los hombres?

Las palabras tenían gracia pero su tono no era alegre. Miró las pantallas, hizo unas anotaciones echándole una ojeada de vez en cuando.

—A mí me encanta. No estoy acostumbrado a ello. —Tuvo cuidado en no hacer chirriar las esposas al incorporarse un poco.

—He llamado a su hermano.

Rufus puso una expresión grave.

—¿De verdad? ¿Qué ha dicho?

—Que viene a verle.

—¿Ha dicho cuándo?

—Bastante pronto. Hoy, en realidad.

—¿Qué le ha contado?

—Que estaba enfermo pero se recuperaba con rapidez.

—¿Ha comentado algo más, él?

—Me ha parecido un hombre de pocas palabras —precisó Cassandra.

—Así es Josh.

—¿Es tan grande como usted?

—No. Es pequeñito. Metro noventa o así, poco más de noventa kilos. —Cassandra movió la cabeza y se dispuso a salir—. ¿Tiene un momento para charlar? —preguntó Rufus.

—De hecho estoy en mi tiempo libre. Solo he entrado a decirle lo de su hermano. Tengo que irme. —Parecía algo incómoda.

—¿Está usted bien?

—Y aunque no lo estuviera, tampoco podría solucionarme nada. —El tono era impaciente, brusco.

Rufus la miró un momento.

—¿Hay alguna Biblia por aquí?

Ella se volvió, sorprendida.

—¿Por qué?

—Leo la Biblia cada día. Lo he hecho desde que tenía uso de razón.

Cassandra miró la mesilla de noche, se acercó a ella y sacó una Biblia del cajón.

—No se la puedo dar. No me está permitido acercarme tanto. Los de la cárcel dejaron clarísimo ese punto.

—No hace falta que me la dé. Si no le importa, le agradecería que me leyera un pasaje.

—¿Que se lo leyera yo?

—No tiene ninguna obligación de hacerlo —se apresuró a decir él—. Puede que a usted no le interesen ni la Biblia ni las actividades religiosas.

Ella lo miró con una mano en la cadera y la otra sujetando la Biblia de tapas verdes.

—Canto en el coro de mi parroquia. Mi marido, que en paz descansa, era auxiliar del pastor.

—Eso está muy bien, Cassandra. ¿Y sus hijos?

—¿Cómo sabe que tengo hijos? ¿Por qué no soy flacucha?

—No...

—¿Pues por qué?

—Tiene todo el aire de sentirse inclinada por las cosas pequeñas.

Aquellas palabras la sorprendieron y una sonrisa se dibujó rápidamente en la nube de su semblante.

—Tendré que vigilarle.

Cassandra se fijó en que miraba la Biblia como un sediento y ella tenía en sus manos el vaso de agua más fresco que podía haberle proporcionado en toda la historia del mundo.

—¿Qué quiere que le lea?

—El Salmo ciento tres.

Cassandra vaciló un instante, cogió una silla y se sentó.

Rufus se tumbó en la cama.

—Gracias, Cassandra.

Mientras leía, le dirigía una mirada de vez en cuando. Él tenía los ojos cerrados. Siguió leyendo y cuando volvió a levantar la vista comprobó que Rufus movía los labios y luego paraba. Miró la próxima frase, la memorizó rápidamente y la recitó mirándole. Rufus recitaba en silencio cada una de las palabras al tiempo que las pronunciaba ella. Se calló y él siguió hasta el final. Al comprobar que se había detenido, él abrió los ojos.

—¿Sabe el Salmo de memoria? —preguntó ella.

—Sé casi toda la Biblia de memoria. Todos los Salmos y los Proverbios.

—Me parece impresionante.

—He tenido mucho tiempo para aprenderlos.

—Pues si lo sabía, ¿por qué me ha pedido que lo leyera?

—Me ha parecido que estaba un poco preocupada. Se me ha ocurrido que una ojeada a las Sagradas Escrituras podía ayudarla.

—¿Ayudarme? —Cassandra centró la vista en la página y leyó en voz baja: «Él perdona todos mis pecados. Él me cura. Él me rescata del infierno. Él me envuelve con su bondad y su afectuosa compasión». El trabajo resultaba deprimente. Cada día

conseguía controlar menos a sus hijos adolescentes. Había rebasado ya los cuarenta, tenía veinte kilos demás y ni un hombre que valiera la pena a la vista. Con todo aquello que la abrumaba, al contemplar al preso, aquel asesino encadenado que iba a morir en la cárcel, sintió unas profundas ganas de llorar ante tanta amabilidad, tanta consideración frente a su calvario.

El Salmo ciento tres tenía también un atractivo especial para Rufus, en concreto uno de sus versículos. Recitó para sus adentros: «Él imparte justicia a todos los que son tratados injustamente».

—¿Lo reconoce? —preguntó Chandler cuando se acercaron al Honda plateado modelo 1987 que se encontraba en el aparcamiento de la policía.

Fiske asintió.

—Se lo regalamos cuando se licenció en la universidad. Todos pusimos nuestro grano de arena, mis padres y yo.

—Yo tengo cinco hermanos. Nadie hizo esto por mí.

Chandler abrió la puerta del lado del conductor y se apartó para que Fiske mirara en su interior.

—¿Dónde encontró las llaves del coche?

—En el asiento de delante.

—¿Había algún efecto personal? —Chandler movió la cabeza en señal de negación. Fiske observó el asiento delantero, el salpicadero, el parabrisas y las ventanillas, claramente desconcertado—. ¿Lo han limpiado?

—No. Está tal como lo encontramos, a excepción del ocupante.

Fiske se incorporó para mirar al inspector.

—Si usted coloca una pistola de gran calibre contra la sien de una persona y aprieta el gatillo en un lugar cerrado como este, la sangre salpica el asiento, el volante y el parabrisas. Incluso se esparcen fragmentos de hueso y tejido. Aquí no veo más que alguna mancha, probablemente en los puntos en que se apoyó la cabeza en el asiento.

Chandler parecía divertirse.

—¿De verdad?

Fiske apretó violentamente los dientes.

—No le estoy contando nada que no sepa usted. ¿Me está sometiendo a otra prueba de las suyas?

Chandler movía la cabeza lentamente.

—Podría ser. Quizás es otra de las razones. ¿Recuerda que le he dicho que tenía cinco hermanos?

—Sí.

—Pues bien, antes tuve seis. Uno de mis hermanos fue asesinado hace treinta y cinco años. Trabajaba en una gasolinera, apareció un desalmado y se lo cargó por los doce dólares que encontró en la caja registradora. Por aquel entonces yo tenía solo dieciséis años pero recuerdo todos los detalles como si hubiera ocurrido hace cinco

minutos. En fin, no encuentro muchas familias que tras identificar a alguno de sus seres queridos acudan a mi despacho a ofrecirme sus servicios. Sufren y se consuelan mutuamente, que es lo más lógico. Claro que algunos también vociferan y despotrican durante un tiempo hablando de pescar al cabrón que les ha llevado hasta allí, pero realmente no quieren implicarse en el proceso. Yo lo comprendo, ¿a quién le interesa? Además, no encuentras a alguien con un pasado en las fuerzas de orden público, de forma que enseguida detecté que usted sí podría contribuir positivamente. Y acaba de demostrármelo.

»Comprendo la rabia que tiene que sentir, John, se sintiera o no unido a su hermano. Alguien le arrebató algo a usted, algo importante, se lo arrancó por la fuerza, en realidad. En mi caso, han pasado treinta y cinco años y sigo sintiendo la misma rabia.

Fiske echó un vistazo a todos los coches de propiedad privada del aparcamiento. Dio por supuesto que cada uno esperaba su turno para revelar los secretos de otra tragedia. Se volvió hacia Chandler.

—Creo que la rabia es suficiente. —Y añadió, lentamente, bajando la vista—: Hasta que surja algo más.

—Su tono no revelaba una gran esperanza.

—Vale. —Chandler siguió con su análisis—. La ausencia de toda prueba física que acaba de mencionar me desconcierta.

—No parece que le mataran en el coche.

—En efecto. Más bien que encontró la muerte en otra parte y posteriormente colocaron su cadáver en el asiento delantero. Y esa única conclusión nos lleva a un nuevo campo de posibilidades.

—Estaríamos hablando, pues, de algo más deliberado que un secuestro y un asesinato al azar.

—Posiblemente, aunque podían haberle secuestrado unos delincuentes, obligarle a salir del coche e intentar aprovecharse de su tarjeta. Él se niega y los otros lo liquidan. Se asustan y lo arrojan de nuevo al coche.

—Entonces se habría encontrado alguna prueba física por lo que se refiere a la tarjeta. ¿Alguna novedad?

—No, pero hay cajeros a montones.

—Y los utilizan muchísima gente. Si ya ha pasado un día, alguien podía haber detectado algo.

—Puede, pero no tenemos ninguna seguridad. Estamos intentando seguir la pista de los movimientos de su hermano durante las últimas cuarenta y ocho horas. Le vieron por última vez en su piso hace dos días. Después de eso, nada de nada.

—Suponiendo que alguien se lo llevara con el coche, ¿y las huellas? Esa gentuza que va en busca de tarjetas no es tan sofisticada como para llevar guantes.

—Seguimos con la investigación en ese punto.

—¿Me acepta otro comentario?

—¡Adelante!

Fiske abrió la puerta del coche y le señaló la parte interior de la jamba, el punto que uno no ve cuando la puerta está cerrada. Chandler buscó sus gafas, se las puso y vio lo que le indicaba Fiske. Sacó también unos guantes de goma del bolsillo de la americana, cogió con cuidado el minúsculo fragmento de pegajoso plástico, se lo puso en la palma de la mano y lo observó detenidamente.

—Su hermano acababa de retirar el coche de Wal-Mart.

—Recomienda efectuar el próximo cambio de aceite al cabo de tres meses o de cuatro mil quinientos kilómetros, lo uno o lo otro. Hacen constar la fecha y el kilometraje futuros en la pegatina para recordar cuándo debe uno volver. Según la fecha que consta aquí, restándole tres meses, mi hermano acudió a la casa tres días antes de que se encontrara su cadáver. Ahora fijémonos en los kilómetros que se recomiendan antes del próximo servicio y les restamos cuatro mil quinientos kilómetros. Con ello tendremos la cifra aproximada que tendría que constar ahora mismo en el cuentakilómetros.

Chandler efectuó rápidamente la operación mental.

—Ciento veintinueve mil ochocientos catorce.

—Ahora fijémonos en lo que marca el cuentakilómetros.

Chandler se agachó para leerlo. Miró a Fiske con los ojos bastante abiertos.

—En los últimos tres días alguien añadió mil doscientos kilómetros al coche.

—Efectivamente —dijo Fiske.

—¿Adónde demonios iría?

—La pegatina no precisa a qué sucursal de Wal-Mart acudió, pero probablemente fue a alguna situada cerca de su domicilio. Debería llamar y tal vez le cuenten algo que pueda sernos útil.

—De acuerdo. Me parece increíble que nos hubiera pasado por alto —dijo Chandler. Metió la pegatina de plástico en una bolsa transparente con cremallera que se sacó del bolsillo y escribió algo encima—. ¡Eh John!

—¿Sí?

Le mostró la bolsita.

—Se acabaron las pruebas de aptitud, ¿vale?

Media hora después, Chandler y Fiske entraban por la puerta principal al edificio del Tribunal Supremo de Estados Unidos de América.

Por dentro era un lugar inmenso, intimidante. Pero lo que más llamó la atención a Fiske fue el silencio, tan exagerado que incluso le pareció inquietante. Aquello parecía rayar la alucinación al intentar imaginar el mundo en funcionamiento fuera de aquellas puertas. Fiske pensó en el último lugar silencioso que había visitado aquel día: el depósito.

—¿A quién tendríamos que acudir? —dijo.

Chandler le señaló un grupo de hombres que avanzaban decididos por el vestíbulo hacia ellos.

—A ellos.

Conforme se fueron acercando, los pasos del grupo se iban convirtiendo en el estampido de un cañón en el túnel acústico. Uno de aquellos hombres llevaba traje; los otros dos iban uniformados, con un arma en la cadera.

—¿Inspector Chandler? —el hombre del traje le tendió la mano—. Soy Richard Perkins, jefe de policía del Tribunal Supremo. —Perkins mediría metro ochenta y cinco, era muy delgado, tenía las orejas inclinadas hacia adelante como un niño y el pelo blanco, peinado sobre la frente, que recordaba los carámbanos de una fuente. Le presentó a sus compañeros—: El comisario Leo Dellasandro; su ayudante, Ron Klaus.

—Encantado —dijo Chandler mientras observaba como Perkins fijaba la mirada en Fiske—. John Fiske —añadió—. El hermano de Michael Fiske.

Todos se apresuraron a darle el pésame.

—Una tragedia. Una estúpida tragedia —dijo Perkins—. Michael gozaba de gran consideración aquí. Todo el mundo le echará de menos.

Fiske se esforzó por demostrar que apreciaba aquellos gestos, abrumado de pronto por tanta condolencia.

—¿Ha cerrado usted el despacho de Michael Fiske como le pedí? —preguntó Chandler.

Dellasandro asintió.

—Ha sido algo difícil porque lo compartía con otra persona. Dos por despacho es aquí la norma.

—Esperemos que no tengamos que mantenerlo así mucho tiempo.

—Podemos reunirnos en mi despacho, si quiere, y seguir con su orden del día, inspector Chandler —propuso Perkins—. Está al final del vestíbulo.

—Vamos pues.

Fiske avanzó con ellos y Perkins se detuvo para mirar a Chandler.

—Perdón, creía que el señor Fiske estaba aquí por algo que no tenía relación con esta investigación.

—Él me está proporcionando determinada información sobre su hermano —respondió Chandler.

Perkins dirigió a Fiske una mirada que este juzgó como hostil.

—Ni siquiera sabía que Michael tuviera un hermano —dijo—. Jamás le mencionó a usted.

—¿Qué importancia tiene? Él tampoco le mencionó a usted —respondió Fiske.

El despacho de Perkins se encontraba al final del vestíbulo camino de la sala. Estaba amueblado en estilo colonial anticuado y su arquitectura y acabado pertenecían a una época en que el gobierno liberó tres billones de dólares en deuda pública y presupuestos en números rojos.

En una mesa auxiliar del despacho de Perkins se encontraba un hombre de más de cuarenta y cinco años. Tenía el pelo rubio, muy corto, y su rostro largo y estrecho reflejaba un aire de firme autoridad. El porte de seguridad en sí mismo insinuaba que disfrutaba con el ejercicio de dicha autoridad. Cuando se levantó, Fiske se dio cuenta de que medía más de metro noventa y de que su cuerpo demostraba que todos los días dedicaba un tiempo al gimnasio.

—¿Inspector Chandler? —El hombre le tendió una mano mientras con la otra mostraba su tarjeta de identificación—. Warren McKenna, agente especial del FBI.

Chandler miró a Perkins.

—No estaba al corriente de que el FBI llevaba también el caso.

Perkins iba a decir algo, pero McKenna se le adelantó con energía:

—Tal como debe saber, el fiscal general y el FBI están legalmente autorizados para investigar a fondo el asesinato de cualquier empleado del gobierno de Estados Unidos. El FBI, no obstante, no pretende tomar el control de la investigación ni herir la susceptibilidad de nadie.

—Me alegra saberlo porque incluso la mínima presión puede hacerme perder el control —dijo Chandler sonriendo.

La expresión de McKenna no experimentó cambio alguno.

—Procuraré tenerlo presente.

Fiske le tendió la mano.

—Soy John Fiske, agente McKenna. Michael Fiske era mi hermano.

—Le acompaño en el sentimiento, señor Fiske. Sé lo duro que habrá sido para usted —dijo McKenna, estrechándole la mano. El agente del FBI se volvió de nuevo hacia Chandler—. Caso de que los acontecimientos exijan un papel más activo por parte de nuestra organización, espero su plena colaboración. Tenga en cuenta que la víctima era un empleado federal. —Miró a su entorno—. Trabajaba en una de las instituciones de más prestigio del país. Y tal vez en una de las más temidas.

—El temor es fruto de la ignorancia —puntualizó Perkins.

—Temida de todas formas. Tras los casos *Waco*, *World Trade Center* y *Oklahoma City* hemos aprendido a poner una atención especial —dijo McKenna.

—Lástima que sus hombres no aprendieran más rápido —respondió Chandler con

sequedad—. Pero las batallas por el territorio constituyen una gran pérdida de tiempo. Yo soy más partidario de compartir y hacerlo con igualdad, ¿no le parece?

—Por supuesto —dijo McKenna.

Chandler pidió que se le asignara media hora para formular una serie de preguntas, en las que básicamente intentó averiguar si algún caso en los que había estado trabajando Michael Fiske en el Tribunal podía haber desembocado en aquel asesinato. Los representantes de este dieron la misma respuesta a cada una de sus preguntas: «Imposible».

McKenna efectuó muy pocas preguntas pero escuchó atentamente las que formulaba Chandler.

—Los detalles concretos de los casos que tiene pendientes el Tribunal están tan lejos del alcance del público que nadie tiene forma de conocer lo que lleva o no entre manos un funcionario específico en un momento dado. —Perkins pegó una palmada a la mesa para dar más relieve al comentario.

—A menos que dicho funcionario lo comente con alguien.

Perkins negó con la cabeza.

—Personalmente les adiestro en lo que se refiere a seguridad y confidencialidad como parte de su trabajo. Las normas éticas a que están sometidos son muy estrictas. Incluso se les proporciona un manual sobre el tema. No se permiten las filtraciones.

Chandler no parecía muy convencido.

—¿Cuál es la media de edad de esos funcionarios? ¿Veinticinco? ¿Veintiséis?

—Algo así.

—Son críos y trabajan en el tribunal más importante del país. ¿Afirma usted que es imposible que tengan un desliz? ¿Para impresionar a la persona con quien salen, por ejemplo?

—Llevo muchos años de vuelo para saber que no debo utilizar la palabra imposible a la hora de describir algo.

—Yo soy inspector de homicidios, señor Perkins, y créame, me encuentro con el mismo maldito problema.

—¿Podríamos retroceder un poco para dejar algo claro aquí? —dijo Dellasandro—. Por lo que conozco del caso, parece que el robo fue el motivo. —Extendió las manos y miró a Chandler, a la expectativa—. ¿Qué relación tiene eso con el Tribunal? ¿Han registrado ya su piso?

—Todavía no. Mañana mandaré a un equipo allí.

—¿Cómo sabemos que no se trata de algo relacionado con su vida personal? —preguntó Dellasandro.

Todo el mundo miró a Chandler esperando una respuesta. El inspector bajó la vista hacia las notas que llevaba sin concentrarse en realidad en ellas.

—Me limito a cubrir todos los flancos. Acudir al lugar de trabajo de la víctima de un homicidio y formular una serie de preguntas no tiene nada de extraordinario, caballeros.

—Por supuesto —dijo Perkins—. Puede contar con nuestra plena colaboración.

—¿Por qué no echamos un vistazo al despacho del señor Fiske, pues? —dijo Chandler.

El hombre se deslizó con la agilidad de un gato pasillo abajo. Medía casi metro noventa, era delgado aunque fuerte, con unos anchos hombros que destacaban en relación con su estrecho cuello. Su rostro era largo y angosto; la piel, morena y suave, aparte de los profundos surcos que se notaban alrededor de sus ojos y boca y dibujaban unas espiras como las huellas dactilares. Llevaba una arrugada gorra de béisbol en la que se leía «Virginia Tech». Una corta barba grisácea perfilaba su mandíbula. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa del mismo material, descolorida, manchada por el sudor, con las mangas arremangadas, que dejaba al descubierto unos brazos sólidos y venosos. Un paquete de Pall Mall sobresalía del bolsillo de la camisa. Llegó al final del pasillo y dobló la esquina. Inmediatamente, el soldado que se encontraba sentado junto a la puerta de la última habitación se levantó y alzó la mano.

—Lo siento, pero esa zona es de acceso prohibido, a excepción del personal médico imprescindible.

—Mi hermano está ahí —dijo Joshua Harms— y he venido a verlo.

—Lo siento, pero eso es imposible. Harms se fijó en la placa con el nombre del soldado.

—Yo diría que no, soldado Brown. Acudo siempre a visitarle a la cárcel. Usted me dejará entrar, ¿me oye?

—No creo.

—Entonces tendré que entrevistarme con el director del hospital, con el jefe de policía de aquí, con quien esté al mando de Fort Jackson y contarles que usted ha negado a un familiar la visita a una persona moribunda. Verá usted como establecen los turnos para echarle a patadas, soldado. ¿Sabe usted que pasé tres años en Vietnam y conseguí suficientes medallas para enterrar todo su puñetero cuerpo? ¿Me deja pasar o tenemos que seguir la otra vía? Quiero una respuesta y la quiero ya.

Brown, algo nervioso, miró a un lado y otro sin saber bien qué hacen.

—Tengo que hacer una llamada.

—No tiene que llamar a nadie. Puede registrarme si quiere, pero yo entro. No tardaré mucho, lo haré ahora mismo.

—¿Cómo se llama usted?

—Josh Harms. —Sacó la cartera—. Aquí tiene mi permiso de conducir. Llevo un montón de años yendo a la cárcel y no recuerdo haberle visto nunca.

—No trabajo en la cárcel —dijo él—. Se me ha asignado aquí temporalmente. Pertenezco a la reserva.

—¿A la reserva? ¿Y custodia a un preso?

—Los especialistas del penal que custodiaron a su hermano en el vuelo volvieron a sus puestos esta mañana. Mañana mandarán refuerzos para sustituirme.

—Pues muy bien para ellos. ¿Qué, empezamos?

El soldado Brown le miró por espacio de unos segundos.

—Dese la vuelta —dijo por fin.

Josh obedeció. Brown inició el cacheo. Antes de que llegara al bolsillo delantero del pantalón, Josh le dijo:

—No se emocione, pero ahí llevo una navaja. Sáquela y guárdemela. Con cuidado de no extraviarla, amigo mío, que le tengo mucho cariño.

El soldado Brown acabó el cacheo y se incorporó.

—Tiene diez minutos, ni más ni menos. Y yo entro con usted.

—¡Sí, hombre! ¡Entra conmigo y abandona el puesto! Atrévase a abandonar el puesto en el ejército o en la reserva y puede acabar donde está mi hermano. — Observó las jóvenes facciones del soldado. El típico primavera, decidió. Probablemente de lunes a viernes su herramienta era el bolígrafo y el fin de semana vestía uniforme y llevaba arma por la emoción de la aventura—. Y le diré más: la cárcel no me parece el lugar adecuado para alguien como usted.

El soldado Brown tragó saliva con gesto nervioso.

—Diez minutos.

Los dos hombres se miraron fijamente.

—Se lo agradezco muchísimo —dijo Josh Harms sin el mínimo resquicio de sinceridad.

Entró en la habitación y cerró la puerta.

—Rufus —dijo en voz baja.

—No pensaba que fueras tan rápido, hermano.

Josh se acercó a la cama y le miró.

—¿Qué demonios te ha ocurrido?

—No creo que quieras oír los detalles.

—Es por la maldita carta que recibiste, ¿verdad? —Josh colocó una silla junto a la cama.

—¿Cuánto tiempo te ha dejado el guardián?

—Diez minutos, pero ese no me preocupa.

—En diez minutos no te podré contar mucho. Pero una cosa sí es segura: volveré a Fort Jackson y me matarán en cuanto ponga los pies allí.

—¿Quién te matará?

Rufus movió la cabeza.

—Y otra cosa: luego irán por ti.

—Estoy aquí a tu lado, ¿no? Ese mequetrefe de fuera es estúpido, pero no lo es tanto como parece. Me va a borrar de la lista de visitas. Eso ya lo sabes.

Rufus tragó saliva con dificultad.

—Claro, quizás no tendrías que haber venido.

—Pero aquí estoy. De modo que empieza a hablar.

Rufus reflexionó un minuto.

—Oye, Josh, esa carta del ejército... Cuando la recibí, recordé todo lo sucedido

aquella noche. Exactamente todo. Como si me lo hubieran metido de pronto en la cabeza.

—¿Te refieres a la niña? —Rufus iba asintiendo.

—A todo. Sé por qué lo hice. Y en realidad no fue culpa mía. Su hermano le miraba, escéptico.

—Vamos, Rufus, tú mataste a la niña, no hay vuelta de hoja.

—Matar y querer matar son dos cosas distintas. En fin, tengo a mi abogado desde entonces...

—Querrás decir a tu fantoche de abogado.

—¿Leíste la carta?

—Claro que la leí. ¿O es que no llegó a mi casa? Apuesto a que era la última dirección de tu vida civil que tenía el ejército. Vaya maquinaria más inútil la que ignora que te estás pudriendo en una de sus putas cárceles.

—Conseguí que Rider presentara algo por mí. Al Tribunal.

—¿Qué presentó?

—Una carta que escribí.

—¿Una carta? ¿Y cómo la sacaste?

—De la misma forma que conseguí la carta del ejército.

Los dos sonrieron.

—La cárcel dispone de imprenta —dijo Rufus—. La maquinaria es caliente y sucia, y los guardianes te proporcionan muy poco espacio. Puede hacer mi magia.

—¿O sea que crees que el Tribunal leerá tu caso? Yo no me jugaría el pellejo, hermanito.

—No parece que vaya a cruzarse de brazos.

—Pues menuda sorpresa nos daría. Rufus miró hacia la puerta.

—¿Cuándo vuelven los guardianes de la cárcel?

—El chaval ha dicho que mañana por la mañana.

—Pues tengo que salir de aquí esta noche.

—La mujer que me ha llamado me ha dicho que tuviste algo así como un ataque al corazón. Madre mía, ¡cómo te tienen, atado a esa mierda! ¿Crees que podrías llegar muy lejos?

—¿Y muerto, llegaría muy lejos?

—¿De verdad piensas que intentarán matarte?

—No quieren que eso salga a la luz. Tú mismo has dicho que habías leído la carta del ejército.

—Afirmativo.

—Pues yo nunca participé en el programa que ellos dicen.

Josh le dirigió una dura mirada.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente lo que he dicho. Alguien lo introdujo en los archivos. Querían dar la impresión de que yo estaba en ello, como cobertura a lo que me hicieron. La razón

por la que maté a la niña. Supongo que tuvieron que hacerlo por si alguien hacía alguna comprobación. Pensaban que para entonces ya estaría muerto.

A Josh le costó digerir las palabras de su hermano pero finalmente lo comprendió.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Cómo pudieron joderte de esta manera?

—¿A mí me lo preguntas? Me odiaban. Me consideraban una mierda. Me querían muerto.

—De haber sabido lo que ocurría, puedes tener por seguro que hubiera vuelto para repartir algún trancazo.

—Bastante trabajo tenías con protegerte del Vietcong. Pero si ahora vuelvo al penal se asegurarán de no fallar.

Josh echó una ojeada a la puerta y luego clavó la vista en las ataduras de su hermano.

—Necesito tu ayuda para hacerlo, Josh.

—¡Y que lo digas, Rufus!

—No tienes ninguna obligación conmigo. Puedes pasar esta puerta y salir directo hasta la calle. Yo seguiré queriéndote. Me has apoyado durante todos esos años. No es justo lo que te estoy pidiendo. Lo sé perfectamente. Has trabajado duro, has edificado tu vida. Lo comprenderé.

—Entonces tú no conoces a tu hermano.

Rufus estiró lentamente el brazo y cogió la mano de su hermano. Los dos apretaron con fuerza como en un intento de armarse de valor y determinación de cara a lo que les esperaba.

—¿Alguien te ha visto entrar?

—Aparte del guardián, nadie. Tampoco es que haya entrado por la puerta principal.

—Entonces puedo simular que te he dejado inconsciente y salir de aquí por mi propio pie. Saben que soy un cabrón y que estoy loco. Capaz de matar a su propio hermano sin pensárselo dos veces.

—Tonterías. Eso no cuela, Rufus. No sabrías ni a dónde coño dirigirte. Te echarían el guante en diez minutos. Trabajé en ese hospital, en mantenimiento, más de dos años, lo conozco como la palma de la mano. He entrado por un acceso cerrado, solo lo conocen las enfermeras. Se esconden allí para fumar.

—¿Qué tienes en la cabeza, pues?

—Salir los dos por donde he entrado. Al final del vestíbulo, a la izquierda. No hay que pasar por delante de ningún mostrador con enfermeras ni nada. Tengo la camioneta aparcada en la puerta. Puedo contar con un colega que vive a media hora de aquí. Me debe un favor. Dejo mi camioneta en uno de sus cobertizos y cojo su vehículo. No me va a preguntar nada ni abrirá la boca si aparece la policía. Carretera y manta y ya se verá.

—¿Seguro que estás dispuesto? ¿Y tus hijos?

—Se fueron todos. Casi no los veo.

—¿Y Louise?

Josh bajó la vista.

—Louise cogió la puerta hace cinco años y no he sabido más de ella.

—¡Nunca me lo habías contado!

—¿Me habrías solucionado algo, si lo hubiera hecho?

—Lo siento.

—¡Yo siento tantas cosas! Pero no creas que es fácil vivir conmigo. No puedo echar la culpa a ninguno de ellos. —Encogió los hombros—. Ya ves, volvemos a estar los dos solos. Mamá sería feliz si estuviera viva.

—¿Estás seguro?

—No vuelvas a preguntármelo, Rufus.

Este levantó las manos sujetas con las esposas.

—¿Qué hacemos con eso?

Su hermano ya estaba sacando algo de la bota. Se incorporó y le enseñó una fina pieza de metal ligeramente curvada en su extremo.

—¡No me digas que el chaval ese no te ha cacheado!

—¿Tú crees que sabía dónde mirar? En cuanto se ha hecho con la navaja ha pensado que se había apoderado de todas mis armas peligrosas. Ni se le ha ocurrido pensar en las botas. —Con una risita, Josh introdujo la pieza metálica en la cerradura de las esposas.

—¿Crees que podrás?

Josh se detuvo y miró a su hermano con cierto desdén.

—Si fui capaz de huir de los malditos vietcong, ¿no podré abrir una mierda de esposas fabricadas por el ejército?

En el pasillo, el soldado Brown consultó su reloj. Habían pasado los diez minutos. Abrió un poco la puerta de la habitación.

—Vamos, Harms, se acabó el tiempo. —Empujó un poco más la puerta—. ¿Señor Harms? ¿Me ha oído? Se ha acabado el tiempo. —Brown oyó un leve gruñido. Sacó la pistola y abrió de par en par—. ¿Qué ocurre aquí?

El gruñido fue aumentando. Brown buscó el interruptor de la luz. Fue entonces cuando tropezó con algo. Se arrodilló y al centrar la vista vio que tocaba el rostro del hombre.

—¿Señor Harms? ¿Se encuentra bien, señor Harms?

Josh abrió los ojos.

—Yo perfectamente. ¿Y usted?

Una enorme mano agarró el arma de Brown y se la arrebató. La otra mano le tapó la boca y notó que lo levantaban del suelo e inmediatamente que un contundente puño se clavaba en su mandíbula tumbándole.

Rufus colocó a Brown en la cama y lo tapó con la sábana. Josh colocó las esposas en los brazos y las piernas del soldado, ya inconsciente, y se las apretó con fuerza. Con esparadrapo y gasa que encontró en uno de los armarios le tapó la boca. Lo

último que hizo fue registrar al soldado y recuperar la navaja.

Al volverse hacia su hermano, Rufus le estrechó con todas sus fuerzas. Josh le devolvió el abrazo; era la primera vez que los dos hermanos establecían un contacto físico en veinticinco años. Con los ojos empapados, Rufus se estremeció un poco al notar que Josh se apartaba.

—Ahora no me vengas con sensiblerías. No hay tiempo para ello.

Rufus sonrió.

—Pero es agradable abrazarte, Josh. Este le puso una mano en el hombro.

—Jamás pensé que volveríamos a tener ocasión de hacerlo. Ni hay que dar por supuesto que repetiremos.

—¿Y ahora qué?

—Desde el vestíbulo no se ve el punto donde estaba el chico. Pero el hospital tiene su propio personal de seguridad. —Josh consultó el reloj—. Cuando yo trabajaba aquí hacían rondas a cada hora en punto. Y hora es y cuarto. Los muchachos siguen su plan de seis rondas y les importa un pimiento lo que ocurre al lado de un orinal, aunque en un momento u otro se darán cuenta de que ya no está. ¿Estás a punto?

Rufus ya se había puesto el pantalón del penal y los zapatos. Había dejado la camisa y decidido salir en camiseta. En la mano llevaba la Biblia. Aún no se sentía libre pero sabía que era cuestión de segundos.

—He estado dispuesto veinticinco años.

Chandler echó una ojeada al despacho de Michael Fiske. Estaba situado en la segunda planta del edificio, era grande, con un techo alto y unas molduras de casi veinticinco centímetros de ancho. Había allí dos escritorios de madera maciza, ambos equipados con su ordenador, estantes llenos de libros de derecho y sobre casos judiciales, así como un carrito para trasladar libros. Sobre los escritorios se veían también archivadores de madera y expedientes amontonados. El lugar estaba organizado de forma desordenada, concluyó Chandler.

Perkins le miró.

—Tiene que haber alguna persona del Tribunal aquí mientras usted efectúa el registro. Se guardan muchos documentos confidenciales. Borradores sobre dictámenes, informes redactados por los magistrados o ayudantes, cosas de ese tipo, relacionadas con casos pendientes de resolución.

—De acuerdo. No vamos a llevarnos nada que tenga relación con los casos pendientes.

—¿Pero cómo lo sabrá usted?

—Se lo voy a preguntar.

—Yo tampoco lo sé. Ni siquiera soy abogado.

—Pues traiga aquí a alguien que lo sea porque pienso empezar —dijo Chandler.

—Puede que hoy no sea posible. ¿No puede esperar hasta mañana? Creo que todos los funcionarios han salido ya. El presidente del Tribunal, Ramsey, ha decidido que no trabajaran hasta tarde, teniendo en cuenta lo ocurrido.

—Quedan aquí algunos magistrados, Richard —dijo Klaus.

Perkins dirigió una fría mirada a Klaus, quien, por su lado, se volvió hacia Dellasandro.

—No he querido traer a los magistrados aquí hasta comprobar que fuera algo completamente necesario. Vamos a ver qué se puede hacer —dijo—. Lo siento pero tendré que cerrar la puerta hasta que vuelva.

Chandler se acercó a Perkins.

—Lo siento, Richard, el policía soy yo. Puede que me equivoque y que haya interpretado mal lo que yo he considerado un comentario estúpido.

Perkins se puso colorado, pero dejó la puerta abierta, hizo un gesto a Klaus para que le acompañara y los dos salieron. Dellasandro se quedó allí hablando con McKenna.

Chandler se acercó a Fiske.

—Me da la impresión que todo eso se planificó mucho antes de que llegáramos nosotros.

—McKenna sabía su nombre antes de que se hicieran las presentaciones.

—Queda claro que han hecho un registro.

—Tampoco es tan extraño...

—Tendré que hablar con McKenna —dijo Chandler—. Uno nunca sabe cuándo tendrá que pedir un favor a los federales.

Fiske se apoyó en la pared y consultó su reloj. Aún no había localizado a su padre.

Se abrió una puerta cercana a la del despacho de Michael y un joven salió por ella.

Fiske movió la cabeza.

—Mucho trabajo aquí.

—¿Ha venido usted con la policía?

Fiske lo negó con la cabeza y le tendió la mano.

—A título de observador. Soy John Fiske. Mike era mi hermano.

El joven palideció.

—¡Dios mío! ¡Ha sido terrible, terrible! ¡Cuánto lo siento! —Estrechó la mano de Fiske—. Soy Steven Wright.

—¿Conocía bien a Mike?

—En realidad, no. He empezado este año. Trabajo para la magistrada Knight. Pero sé que todo el mundo le tenía en gran consideración.

Fiske miró la puerta por la que había salido Wright.

—¿Es ese su despacho? —Wright asintió—. Por lo que se ve, ha habido mucha actividad en el despacho de mi hermano.

—¡Y que lo diga! No ha parado de entrar y salir gente todo el día.

—¿Cómo el señor Perkins, el comisario Dellasandro?

—Y el caballero de ahí.

Fiske miró hacia donde le señalaba.

—Es el agente McKenna, del FBI —dijo Fiske.

Wright agitaba la cabeza, abatido.

—En mi vida había conocido a alguien que fuera... —se detuvo, desconcertado.

—Tranquilo, ya sé a lo que se refiere.

De repente, un par de personas que se acercaban captaron la atención de Fiske. Su mirada, sin embargo, se centró tan solo en una. Pese a que era una mujer atractiva, Fiske concluyó que tenía el aspecto de un muchachote. Alguien con quien uno puede jugar al fútbol o al ajedrez. Y acabar perdiendo.

Sara Evans miró a Fiske. Le había visto entrar en el edificio un poco antes y se preguntó a qué había ido. Se mantuvo cerca por si tenían que hablar con alguno de los funcionarios. Por ello Perkins la había «encontrado» enseguida. Se detuvo justo delante de Fiske, y Perkins tuvo que hacer lo mismo.

—¡Ah! —dijo este—. John Fiske, Sara Evans.

—¿Es usted el hermano de Michael?

—Si no me equivoco, él nunca habló de mí —dijo Fiske.

—En realidad, sí lo hizo.

Se estrecharon la mano con firmeza. Sara tenía los ojos enrojecidos, al igual que

la punta de la nariz. Por el tono de voz parecía cansada. Fiske se fijó en que tenía un pañuelo en la otra mano. Tuvo la impresión de que no era la primera vez que la veía.

—Siento muchísimo lo de Michael —dijo ella.

—Gracias. Ha sido una conmoción terrible. —Fiske parpadeó. ¿Había notado algo en los ojos de la mujer al decir aquello? ¿Algo que demostrara que para ella no había sido tan terrible?

Perkins miró a Wright.

—No sabía que estuviera usted en su despacho.

—Podía haberlo comprobando llamando —sugirió Fiske.

Perkins le dirigió una mirada poco amistosa y se fue directo hacia Chandler y McKenna.

—¡Hola, Sara! —dijo Wright con una leve sonrisa.

Por el modo en que la miró, Fiske vio claro que le atraía aquella mujer.

—Hola Steven. ¿Qué tal te va?

—No creo que nadie haya trabajado mucho hoy. Estaba pensando en salir pronto.

Sara miró a Fiske.

—Todo el mundo quería mucho a su hermano. Todos estamos destrozados, desde el presidente del Tribunal hasta el último empleado. Pero sé que no puede compararse con lo que pueda sentir usted.

Lo dijo en un tono tan raro que a Fiske le costó reaccionar. Antes de decidir la respuesta, Perkins se les acercó.

—Bien, el inspector Chandler del Departamento de Homicidios del distrito de Columbia nos está esperando junto a un caballero del FBI —dijo Perkins a Sara.

—¿Por qué quieren registrar el despacho de Michael?

El tono de Perkins fue brusco.

—Ese no es asunto suyo.

—Forma parte de la investigación, señorita Evans —le explicó Fiske—, por si existe alguna relación con el asesinato.

—Creí que fue un robo.

—Fue un robo y cuanto antes convenzamos al inspector Chandler de que no tiene nada que ver con el Tribunal, mejor —dijo Perkins de mal humor.

—Si se confirma que es así —respondió Fiske.

—Por supuesto que lo es. —Perkins se volvió hacia Sara—: Tal como le he explicado, su tarea consiste en asegurar que no se consulten ni desaparezcan los documentos confidenciales.

—¿Que significa exactamente confidencial? —preguntó ella.

—Pues cualquier cosa que tenga que ver con algún caso pendiente, dictámenes, informes, documentos de ese tipo.

—¿No tendría que consultármeme tal decisión, Richard? —preguntó una nueva voz—. ¿O es que queda fuera de mi jurisdicción?

Fiske reconoció en el acto al hombre que se acercaba a ellos. Harold Ramsey

avanzaba como un trasatlántico que se acerca con aire majestuoso al puerto.

—No le había visto, señorita —dijo Perkins, nervioso.

—Evidentemente. —Ramsey miró a Fiske—. Creo que no nos conocemos.

—Es John Fiske, el hermano de Michael —intervino Sara.

Ramsey le tendió la mano; aquellos largos y huesudos dedos parecían envolver doblemente la mano de Fiske.

—No sabe cuánto lo siento. Michael era un joven extraordinario. Usted y su familia tienen que estar muy afligidos con esta terrible pérdida. Si hay algo que podamos hacer, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Fiske aceptó el pésame de Ramsey, con la sensación de ser un desconocido en un velatorio que acepta el pésame de todos sin conocer apenas al finado.

—Lo haré —dijo solemnemente.

Ramsey miró a Perkins y luego volvió la cabeza hacia Chandler y McKenna.

—¿Quiénes son esos y qué quieren?

Perkins le puso al corriente de la situación con gran destreza, aunque quedó claro que al terminar sus explicaciones Ramsey ya había llegado mucho más lejos.

—¿Me hará el favor de llamar al inspector Chandler y al agente McKenna, Richard?

Cuando hubieron acabado las presentaciones, Ramsey se dirigió a Chandler.

—Creo que la mejor forma de abordar el problema sería una reunión con el magistrado Murphy y sus ayudantes para hacer un inventario oral de los casos que llevaba Michael. Comprenda que intento establecer un equilibrio entre su derecho a investigar el crimen y la responsabilidad que tiene el Tribunal de mantener la confidencialidad de sus actuaciones hasta que llegue el momento de hacerlas públicas.

—De acuerdo. —«Lo último que quisiera es que alguien me intentara colar alguna filtración», dijo Chandler para sus adentros.

Ramsey siguió:

—No veo por qué no pueden examinar los efectos personales de Michael, si es que dejó alguno aquí. Lo único que pido es que dejen a un lado todos los documentos relacionados con el trabajo del Tribunal hasta haberse reunido con el magistrado Murphy. Luego, caso de que aparezca alguna relación entre un caso que él llevara entre manos y su muerte, se harán las gestiones pertinentes para que puedan investigar a fondo cualquier vínculo.

—Perfecto, señorita —dijo Chandler—. Ya he tenido unas palabras con el magistrado Murphy.

McKenna estuvo enseguida de acuerdo con el planteamiento.

Ramsey se volvió hacia Perkins.

—Por favor, Richard, avise al magistrado Murphy y a sus ayudantes de que el inspector Chandler va a reunirse con ellos en cuanto sea posible. ¿Le parece que mañana, después de las pruebas orales, sería un buen momento?

—Perfecto —respondió Chandler.

—Pondré a su disposición asimismo el asesoramiento legal del Tribunal para ayudarle en la coordinación y resolución de cualquier tema que surja relacionado con la confidencialidad. ¿Está usted libre mañana, Sara? Le unía una gran amistad a Michael...

Fiske la miró. «¿Qué tipo de amistad?», se preguntó.

Ramsey tendió de nuevo la mano a Fiske.

—Le agradecería que me tuviera al corriente sobre lo del funeral.

Luego se volvió hacia Perkins:

—Cuando haya hablado con el magistrado Murphy, Richard, pase por mi despacho, por favor. —La intención quedaba clara en su tono.

En cuanto se hubieron marchado Ramsey y Perkins, Chandler observó cómo McKenna miraba otra vez el interior del despacho de Michael Fiske.

—Comisario Dellasandro —dijo Chandler—, para provocar el mínimo trastorno, mañana traeré un equipo para llevar a cabo el registro del despacho, así solo tendrá que hacerse una vez.

—Se lo agradecemos —respondió Dellasandro.

—De todas formas, quiero que la puerta se mantenga cerrada hasta que yo vuelva —añadió Chandler—. Que no entre nadie, y con ello me refiero a usted, al señor Perkins, a... —señaló al inspector McKenna— a cualquier otro.

McKenna miró irritado a Chandler mientras Dellasandro asentía.

Fiske echó una ojeada y se fijó en que Wright no perdía de vista a Chandler. Acto seguido, el ayudante cerró de golpe la puerta de su oficina y Fiske oyó que pasaba la llave. «Un hombre listo», pensó.

Fiske y Chandler se disponían a salir del edificio cuando les detuvo una voz.

—¿Les importa que les acompañe? —dijo Sara.

—Por mí, no hay inconveniente —respondió Chandler—. ¿John?

Fiske hizo un gesto de indiferencia. Chandler comentó sonriendo:

—¿Por qué tendré la impresión de que hace un momento estábamos en presencia del Todopoderoso?

—El presidente del Tribunal da esa impresión a todo el mundo —dijo Sara, también con una sonrisa.

—¿De modo que usted es ayudante de la magistrada Knight? —preguntó Fiske.

—Es ya el segundo año.

Al doblar una esquina, estuvieron a punto de chocar con Elizabeth y Jordan Knight.

—Ah, magistrada Knight, precisamente estábamos hablando de usted —dijo Sara. Hizo las presentaciones.

—Le agradecemos lo que hace por el distrito, senador —dijo Chandler—. Sin los fondos especiales que acaba de destinar al departamento de policía, ahora mismo estaría llevando a cabo las investigaciones desplazándome en bicicleta.

—Nos queda mucho por hacer, como bien sabrá usted. Arrastramos los problemas desde hace mucho y vamos a tardar también mucho en ponernos al día —dijo Knight en el típico tono de discurso electoral. Miró a Fiske y lo suavizó algo—: Le acompaño en el sentimiento, John. Yo no conocía personalmente a su hermano. No paso muy a menudo por el Tribunal. Si voy a comer todos los días con mi esposa, los medios de comunicación creen que intento influir en sus decisiones. A veces creo que olvidan que compartimos casa y cama. Pero le ruego que acepte mis sinceras condolencias, que dirijo tanto a usted como a su familia.

Fiske se lo agradeció y luego añadió:

—Por si le sirve de algo, yo voté por usted.

—Todos los votos cuentan. —Miró a su esposa y le dirigió una cálida sonrisa—. Tal como ocurre aquí, ¿no es cierto, señora magistrada? ¿Cómo era aquello de Branán? ¿Uno necesita cinco votos para hacer lo que sea? ¡Madre mía, si yo tuviera que preocuparme tan solo de cinco votos pesaría quince kilos menos y no tendría ni una cana!

Elizabeth Knight no sonrió. Tenía los ojos tan enrojecidos como los de Sara y la piel más pálida de lo normal.

—Quisiera que se reuniera conmigo, Sara, mañana tras la sesión de la tarde —dijo. Se aclaró la garganta—. Y también que hablara con Steven sobre el informe Chance. Tiene que estar en mis manos lo más tarde mañana. Aunque tenga que trabajar toda la noche, lo necesito. —Su voz era casi estridente.

Sara pareció alterarse.

—Se lo diré ahora mismo, magistrada Knight.

Knight le cogió la mano.

—Muchas gracias. —Tragó saliva con dificultad—. Y no olvide que la cena en honor del juez Wilkinson tendrá lugar mañana a las siete en mi casa.

—Lo tengo en la agenda —respondió Sara con poco entusiasmo.

Elizabeth Knight miró luego a Fiske.

—Su hermano era un extraordinario abogado, señor Fiske. Sé que puede parecer algo cruel que estemos hablando de esos detalles, pero piense que los asuntos del Tribunal no se detienen para nadie. —Luego añadió, con gesto fatigado—: Una lección que aprendí hace mucho tiempo. Le repito que lo siento muchísimo. —Miró el reloj—. Vas a llegar tarde a la reunión del Hill, Jordán. Yo tengo trabajo que acabar. —Miró a Fiske—. Si nos disculpa...

Fiske encogió los hombros.

—Como ha dicho usted, la maquinaria no se detiene para nadie.

Cuando los Knight se hubieron alejado, Sara comentó:

—La magistrada Knight es dura pero justa. —Dirigió una rápida mirada a Fiske—. Estoy convencida de que no pretendía ser brusca.

—Pues yo creo que sí —respondió Fiske.

Intervino Chandler:

—En mi opinión, ha tenido que trabajar el triple que un hombre para llegar a donde está. Son experiencias que no se olvidan.

—Una opinión que demuestra que tiene usted una mente muy abierta —dijo Sara.

—Si conociera a mi esposa, lo entendería.

Sara sonrió.

—Ramsey y Knight tienen procedencias distintas pero se inclinan a trabajar juntos en muchas cuestiones. Él parece extraordinariamente complaciente con ella. Puede que no le guste enfrentarse a las mujeres. Pertenece a otra generación.

—No creo que la diferencia por razón de sexo tenga nada que ver ahí —comentó Fiske en tono brusco.

—Ella es una brillante jurista —dijo Sara, a la defensiva.

Todos oyeron el sonido del busca. Chandler se sacó el aparato del cinturón y miró el número que aparecía en la pantalla.

—¿Puedo llamar por teléfono? —preguntó a Sara.

Ella le acompañó.

Chandler se reunió otra vez con ellos al cabo de un minuto, agitando la cabeza, cansado.

—Tengo que interrogar a otros dos. Disparos en la cabeza. ¡Mi día de suerte!

—¿Puede llevarme hasta la comisaría y así cojo mi coche? —preguntó Fiske.

—En realidad voy en sentido contrario.

—Ya le llevo yo —dijo enseguida Sara. Los dos la miraron—. Ya he acabado por hoy. Y no es que haya hecho gran cosa. —Bajó la vista sonriendo, algo pensativa—. Y lo más curioso es que estoy convencida de que Michael no estaría de acuerdo. Jamás he conocido a alguien tan entregado, que trabajara tan duro. —Dirigió una mirada profunda a Fiske, como para añadir algo de fuerza a sus palabras.

—Vayan a comer algo —sugirió Chandler—. Creo que los dos tienen muchas cosas de que hablar.

Fiske apartó la mirada, incómodo con la sugerencia, pero por fin asintió.

—¿Está a punto?

—Un minuto. —Movié la cabeza con gesto abatido—. Tengo que decir a Steven que debe trabajar toda la noche —dijo, y luego se fue.

—Descubra todo lo que pueda, John —dijo Chandler—. Tenía mucha relación con su hermano. —Y añadió—: A diferencia de usted.

—El espionaje no es mi fuerte —respondió Fiske, sintiéndose culpable de tramar algo a espaldas de Sara. De todas formas tenía que ponerse al día; ni siquiera conocía a aquella mujer.

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Chandler siguió:

—Sé que es inteligente y atractiva, John, que trabajaba con su hermano y que está muy afectada por su muerte. Pero tenga presente una cosa.

—¿Cuál?

—No son razones suficientes para confiar en ella. —Y con el comentario como

despedida, Chandler se marchó.

Jordán Knight observaba a su esposa desde el umbral de la puerta de su despacho. Elizabeth Knight estaba sentada en su escritorio con la cabeza inclinada hacia adelante. Tenía unos cuantos libros abiertos ante ella pero quedaba claro que no leía.

—¿Por qué no lo dejas por hoy, cariño?

Ella levantó la vista, sobresaltada.

—¡Jordán! Pensaba que te habías ido a la reunión.

Él se le acercó y empezó a hacerle un masaje en la nuca.

—La he cancelado. Y ya es hora de que nos vayamos para casa.

—Tengo aún trabajo. Vamos muy atrasados. Es tan duro...

Él la cogió del brazo y la ayudó a incorporarse.

—Por importante que sea el asunto, Beth, nunca lo será tanto. Vamos a casa — repitió con firmeza.

Unos minutos después, un coche oficial les llevaba a su piso. Tras tomar una relajante ducha, comer algo y tomar una copa de vino, Elizabeth Knight empezaba a sentirse medio normal, ya tumbada en la cama. Su marido se sentó a su lado, puso sus pies sobre el regazo y empezó a acariciarlos.

—A veces pienso que les exigimos demasiado a nuestros ayudantes. Les obligamos a trabajar muy duro. Esperamos demasiado de ellos —dijo al cabo de un rato.

—¿Lo dices de verdad? —Jordán Knight le cogió la barbilla—. ¿No te estarás echando la culpa de la muerte de Michael Fiske? No creo que trabajara hasta tarde la noche en que le mataron. Me dijiste que había llamado diciendo que no se encontraba bien. El hecho de que se encontrara en un callejón de un barrio peligroso de la ciudad no tiene nada que ver contigo ni con el Tribunal. Alguien, una escoria de la sociedad, le mató. Pudo tratarse de un robo o puede que se encontrara en el lugar que no debía y a la hora que no debía, pero tú no tienes nada que ver con eso.

—La policía cree que fue un robo.

—Creo que es pronto para afirmarlo, pero esa será la tesis prioritaria.

—Uno de los ayudantes ha preguntado hoy si la muerte de Michael Fiske podía tener alguna relación con el Tribunal.

Jordán Knight reflexionó un instante.

—Todo es posible, pero no veo cómo. —De repente pareció preocupado—. Por si acaso, de todas formas, voy a disponer que te asignen una escolta adicional. Mañana mismo llamo y tendrás a tu disposición a un agente de los servicios secretos o del FBI las veinticuatro horas del día.

—Eso no hace falta, Jordán.

—Solo quiero cerciorarme de que no llegue algún loco que te aparte de mí. He pensado mucho en ello, Beth. Algunas de las resoluciones del Tribunal son muy

impopulares. De vez en cuando recibes amenazas de muerte. No puedes hacer como si no existieran.

—No lo hago. Pero intento no pensar en ello.

—Muy bien, pero no te enojés porque yo lo haga.

Elizabeth sonrió y le acarició el rostro.

—Te preocupas demasiado por mí.

Él sonrió.

—Uno no puede hacer otra cosa cuando posee algo tanpreciado.

Se besaron tiernamente y luego Jordán la tapó con las sábanas, apagó la luz y se fue a su estudio a acabar su trabajo. Elizabeth Knight no se durmió enseguida. Estuvo tumbada en la oscuridad con los ojos abiertos viviendo una serie de emociones. En el preciso instante en que todo amenazaba con abrumarla, se dejó llevar, agradecida, por el sueño.

—No puedo ni imaginarme lo que está viviendo, John. Sé lo mal que me siento yo y hace relativamente poco tiempo que conocía a Michael.

Estaban en el coche de Sara; acababan de cruzar el río Potomac y se adentraban en Virginia. Fiske se preguntaba si lo que pretendía ella era hacerle suponer que tenía poca información que ofrecerle.

—¿Cuánto tiempo trabajaron juntos los dos?

—Un año. Michael me convenció para que me quedara otro año.

—Ramsey dijo que a usted y a Michael les unía una gran amistad. ¿Hasta qué punto? —Ella le dirigió una penetrante mirada.

—¿Qué está sugiriendo?

—Simplemente recojo datos sobre mi hermano. Quiero saber quiénes eran sus amigos. Si salía con alguien.

La miró directamente para calibrar su reacción. Caso de que aquello la hubiera afectado, no lo demostró.

—¿Vivía a dos horas de aquí y no sabía nada de su vida?

—¿Esa opinión es suya o de alguien más?

—Soy capaz de hacer observaciones por mí misma.

—Eso es un camino de ida y vuelta.

—¿Las observaciones o las dos horas de viaje?

—Ambas.

Se detuvieron en el aparcamiento de un restaurante del norte de Virginia. Entraron, cogieron mesa y pidieron comida y bebida. Un minuto después, Fiske tomó un trago de su Corona y Sara un sorbo del margarita.

Fiske se secó los labios.

—¿De modo que procede de familia de abogados? Todo el mundo parece que va por lotes.

Ella sonrió negando con la cabeza.

—Yo procedo de una granja de Carolina del Norte. Una población que tiene un

solo semáforo. Pero es cierto que mi padre tenía relación con la justicia.

Fiske se mostró algo interesado en el tema.

—¿En qué sentido?

—Era juez de paz de la zona. Oficialmente, su sala consistía en un reducido espacio en la parte de atrás de la cárcel. Pero a menudo resolvía sus casos sentado en su John Deere en medio de un campo.

—¿Es así cómo nació su interés por las leyes?

Ella asintió.

—Mi padre tenía más aspecto de juez con sus sucias ropas de campo que muchos que he visto en los más refinados tribunales.

—¿Incluyendo al que hemos dejado hace poco?

Sara parpadeó y de pronto volvió la cabeza. Fiske se sintió culpable por haber hecho aquel comentario.

—Apuesto a que su padre era un gran juez de paz. Con sentido común, justo en sus decisiones. Un hombre de su tierra.

Ella le miró de pronto para comprobar si le estaba tomando el pelo, pero vio sinceridad en su semblante.

—Eso era exactamente. En general tenía que enfrentarse a cazadores furtivos y a cuestiones de tráfico, pero no creo que nadie saliera con la impresión de que se le había tratado injustamente.

—¿Lo ve a menudo?

—Murió hace seis años.

—Lo siento. ¿Su madre sigue viva?

—Murió antes que papá. La vida en el campo es muy dura.

—¿Hermanas o hermanos?

Ella movió la cabeza y pareció aliviada al ver llegar la comida.

—Ahora me doy cuenta de que no he comido nada en todo el día —dijo Fiske tomando un buen bocado de tortilla mexicana.

—A mí me ocurre a menudo. Creo que esta mañana he comido una manzana.

—Muy mal. —La miró de arriba a abajo—. No es que tenga exceso de reservas.

Ella hizo lo mismo. A pesar de sus anchos hombros y sus redondeadas mejillas, se le veía algo chupado, el cuello de la camisa le quedaba algo grande y tenía la cintura demasiado estrecha en relación con su cuerpo.

—Usted tampoco.

Al cabo de veinte minutos, Fiske apartó su plato vacío y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Sé que está muy atareada y no voy a hacerle perder el tiempo. Mi hermano y yo nos veíamos poco. Tendré que solucionar algunas lagunas informativas si quiero descubrir quién lo hizo.

—Creía que de eso se ocupaba el inspector Chandler.

—Es tarea mía, extraoficialmente.

—¿Porque fue poli? —preguntó Sara. Fiske arqueó las cejas—. Michael me hablaba mucho de usted.

—¿En serio?

—En serio. Estaba muy orgulloso de usted. De su experiencia en la policía y también como abogado. Michael y yo tuvimos conversaciones muy interesantes al respecto.

—La verdad es que me preocupa que alguien a quien no conozco converse sobre mi vida.

—No tiene por qué inquietarse. Simplemente considerábamos que era un cambio de carrera interesante.

Fiske encogió los hombros.

—Cuando era poli, me pasaba la vida sacando a los delincuentes de la calle. Ahora me gana la vida defendiéndolos. A decir verdad, empezaba a sentir lástima por ellos.

—Creo que nunca había oído que un poli lo admitiera.

—¿De verdad? ¿A cuántos polis conoce?

—Tengo por costumbre pisar fuerte. Me ponen un montón de multas. —Sonrió con aire burlón—. Ahora en serio, ¿a qué se debió el cambio?

John jugaba con el cuchillo con aire ausente.

—Detuve a un tipo que llevaba un paquete de coca. Hacía de camello de unos traficantes, su papel era de los más insignificante; tenía que limitarse a llevar el material del punto A al punto B. Yo tenía otras razones para pararle y registrarlo. Me encuentro con el paquete, y el tipo, con el vocabulario de un niño de primaria, me dice que creía que era un pedazo de queso. —Fiske la miró a los ojos—. ¿Se imagina? Lo normal hubiera sido decir que no sabía lo que llevaba. Su abogado, por lo menos, podía haberse agarrado a lo de la duda razonable en cuanto al cargo sobre posesión de drogas. Cuando intentas venderle a un jurado que una persona con aspecto, conducta y lenguaje de lo más bajo realmente creía que algo valorado en diez mil dólares era un pedazo de gruyere, la verdad, tienes problemas. —Agitó la cabeza—. Metes en la cárcel a diez chavales como ese y tienes a cien haciendo cola para coger su puesto. No tienen otro sitio a dónde acudir. De lo contrario, lo aprovecharían. La cuestión es que si no proporcionas esperanzas a las personas, les da igual lo que hacen con su vida o con la de los demás.

Sara sonrió.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó él.

—Es la viva estampa de su hermano.

Fiske hizo una pausa y recorrió con el dedo el redondel que había dejado la botella en la mesa.

—¿Pasaba mucho tiempo con Mike?

—Sí, bastante.

—¿Saliendo también?

—Íbamos a tomar algo, a cenar, de paseo... —Tomó un sorbo de su copa y sonrió
—. Nunca me habían interrogado antes.

—Los interrogatorios pueden llegar a ser muy molestos.

—¿Ah sí?

—Pues sí, como este, por ejemplo: algo me dice que no parece sorprendida por la muerte de Mike. ¿Es eso cierto?

Sara dejó en el acto su actitud despreocupada.

—No. Me horrorizó.

—Le horrorizó, vale. ¿Pero le sorprendió?

Llegó la camarera para preguntarles si querían postre o café. Fiske pidió la cuenta.

Cogieron el coche en dirección a Washington. Empezaba a caer una fina lluvia. Octubre era un mes raro en lo que se refiere al tiempo en aquella zona. Podía hacer calor, frío o una temperatura apacible. En aquellos momentos lo destacable era el calor y la humedad; Sara tuvo que poner el aire acondicionado.

Fiske la miró, a la expectativa. Ella captó su expresión, aspiró inquieta y empezó a hablar despacio.

—Últimamente me pareció que Michael estaba nervioso, trastornado.

—¿Algo fuera de lo normal?

—Durante las últimas seis semanas hemos trabajado a fondo con los informes. Todo el mundo está agotado, aunque Michael disfrutaba con ello.

—¿Usted cree que eso tiene alguna relación con algo del Tribunal?

—Michael tenía poca vida aparte del Tribunal.

—¿Aparte de usted?

Ella le miró bruscamente pero no dijo nada.

—¿Algún caso polémico pendiente? —preguntó él.

—Todos los casos son importantes y polémicos.

—¿Pero nunca le mencionó algo específico?

Sara siguió con la vista al frente y decidió no responder.

—Todo lo que pueda usted decirme, Sara, me será de ayuda.

Ella redujo la velocidad.

—Su hermano era una persona curiosa. ¿Sabía que era capaz de presentarse a la sala del correo al clarear el alba para ponerse al corriente de los casos interesantes que habían llegado?

—No me extraña. Nunca hizo las cosas a medias. ¿Cómo se procesan normalmente las apelaciones?

—Se abren y se procesan los expedientes en la sala del correo. Cada uno de ellos pasa a un analista de casos para determinar si siguen lo que exigen las normas del Tribunal y todos los requisitos. Suponiendo que sea un manuscrito, como ocurre con la mayoría de los que se presentan *in forma pauperis*, deben cerciorarse de que dicho manuscrito sea legible. Luego la información pasa a una base de datos bajo el nombre

de quien presenta la apelación. Finalmente se hacen copias del expediente y se mandan a todos los magistrados.

—Mike me contó en una ocasión lo que ocurre con muchas apelaciones en el Tribunal. Los magistrados no tienen tiempo material para leerlas todas.

—No pueden hacerlo. Las peticiones se dividen entre los despachos de los magistrados, y los ayudantes de estos son los encargados de elaborar los resúmenes. Pueden recibirse, por ejemplo, unas cien apelaciones en una semana. Disponemos de nueve magistrados, o sea que cada despacho recibe aproximadamente unas doce. De las doce que llegan al despacho de la magistrada Knight, yo redacto el informe de tres. Dichos informes circulan por todos los despachos. A partir de aquí, los ayudantes de los otros magistrados leen mi informe, y elaboran una recomendación en la que aconsejan a su magistrado si el Tribunal debe darle curso o no.

—Los ayudantes, pues, tienen un gran poder.

—En algunos campos, aunque no en los dictámenes. El borrador de dictamen de un ayudante es, más que nada, un resumen de los hechos del caso y una planificación de la comparecencia. Los magistrados se sirven de los ayudantes para llevar a cabo el trabajo rutinario, el esquema. Donde influimos más es en la criba de las apelaciones.

Fiske parecía pensativo.

—¿O sea que un magistrado puede incluso no ver los documentos reales presentados al Tribunal y tener que decidir si le da curso o no a un caso, habiendo leído solo el informe y la recomendación del ayudante?

—Ni siquiera el informe, a veces solo la recomendación. Los magistrados celebran reuniones dos veces por semana en general. Allí es donde se discuten todos los recursos que han pasado por la criba de los ayudantes y se vota si se les da curso, siempre que tengan como mínimo cuatro votos a favor, los mínimos necesarios para la vista del caso.

—¿De modo que la primera persona que ve en realidad una apelación dirigida al Tribunal es un funcionario que acude a la sala del correo?

—Así funciona normalmente.

—¿Cómo «normalmente»?

—Me refiero a que no existe seguridad de que siempre se hagan las cosas siguiendo las normas.

Fiske reflexionó sobre aquello un instante.

—¿Sugiere que mi hermano se podía haber hecho con una apelación antes de que fuera procesada en la sala del correo?

Sara soltó un bufido sordo, pero se repuso enseguida.

—Es algo que puedo contarle solo confidencialmente, John.

Él movió la cabeza.

—No voy a prometerle algo que no pueda cumplir.

Sara soltó un suspiro y en unas concisas frases contó a Fiske cómo había descubierto los papeles en el portafolios de su hermano.

—No tenía intención de husmear. Pero últimamente se había comportado de forma extraña y me preocupaba. Una mañana me topé con él cuando salía de la sala del correo. Me pareció que estaba muy inquieto. Creo que acababa de coger la apelación que encontré en su cartera.

—Ese expediente que vio usted, ¿era un original o una copia?

—Un original. Con una página manuscrita y otra mecanografiada.

—¿Normalmente circulan los originales?

—No. Solo las copias. Y las copias de los expedientes no van en el sobre original en el que llegaron.

—Recuerdo que Mike me contó que a veces los ayudantes se llevaban expedientes a casa, incluso algún original.

—Es cierto.

—Pues tal vez ese fuera el caso.

Sara lo negó con la cabeza.

—No tenía el aspecto de un expediente normal. En el sobre no figuraba ningún remite y la hoja mecanografiada no llevaba firma. La manuscrita me recordó una solicitud *informa pauperis*, pero no llevaba solicitud o declaración jurada de indigencia, al menos que pudiera ver yo.

—Se fijó en algún nombre que figurara en los papeles, en algo que pudiera identificar a la persona implicada.

—Sí. Por eso comprendí que Michael se había llevado un expediente.

—¿Cómo?

—Le di una ojeada a la primera frase de la hoja mecanografiada. En ella constaba la persona que presentaba la apelación. Al salir del despacho de Michael consulté la base de datos del Tribunal. No encontré en ella dicho nombre.

—¿Cuál era?

—El apellido, Harms.

—¿Y el nombre?

—No lo vi.

—¿Recuerda algo más?

—No.

Fiske se apoyó en el asiento.

—La cuestión es que si Mike cogió la apelación tenía que estar seguro de que nadie se daría cuenta de que había desaparecido el expediente, como por ejemplo el abogado que lo presentó, suponiendo que fuera un abogado.

—De hecho, en el sobre había un resguardo de certificado. Quien lo mandó tiene que tener confirmación de que ha llegado al Tribunal.

—De acuerdo. ¿Y por qué una hoja manuscrita y otra mecanografiada?

—Dos personas distintas. Puede que la persona quisiera mantenerse en el anonimato, aunque pretendía ayudar a Harms.

—Y del montón de apelaciones que llegan al Tribunal, Mike escoge precisamente

esta, ¿por qué?

Ella le miró inquieta.

—¡Dios mío, si resulta que eso tiene alguna relación con la muerte de Michael! En ningún momento pensé... —De pronto pareció que iba a deshacerse en lágrimas.

—No pienso contarle eso a nadie. Al menos de momento. Usted se arriesgó por Mike. Y yo se lo agradezco. —Se hizo un largo silencio y por fin lo rompió Fiske diciendo—: Se hace tarde. Siguieron el camino y luego Fiske añadió:

—Hemos comprobado que en los dos últimos días Mike recorrió más de mil kilómetros con su coche. ¿Tiene alguna idea de adónde pudo dirigirse?

—No. Creo que no le gustaba conducir. Iba a trabajar en bici.

—¿Qué opinión tenían de él los demás ayudantes?

—Lo respetaban muchísimo. Se entregaba totalmente al trabajo. Me imagino que lo hacen también todos los ayudantes del Tribunal Supremo, pero Michael parecía no descansar nunca. Yo misma me considero una persona trabajadora, pero pienso que es bueno un equilibrio en la vida.

—Michael siempre fue así —dijo Fiske, algo fatigado—. Su objetivo era la perfección.

—Eso debe venir de familia. Michael me contó que, de jóvenes, usted hacía dos o tres trabajos a la vez.

—Me gusta tener dinero para poderlo gastar.

El dinero nunca se quedaba en los bolsillos de Fiske. Pasaba a su padre, quien no reunía nunca más de quince mil miserables dólares al año después de haber dejado la piel en el trabajo durante cuarenta años. En aquellos momentos lo destinaba a su madre y a las astronómicas facturas a las que tenía que hacer frente para poder sufragar su tratamiento médico.

—También fue usted a la universidad mientras trabajaba como policía.

Fiske tamborileaba impaciente contra la ventanilla.

—¡La ruinosa universidad Commonwealth de Virginia, el Stanford del siglo que viene!

—Y además hacía de lector. —Fiske la miró airado—. Por favor, no se enfade, John. Soy muy curiosa.

Fiske suspiró.

—Hice de pasante de un abogado de Richmond especializado en lo penal. Aprendí muchísimo. Saqué el título y me puse a ejercer. —Y añadió con sequedad—: Es la única forma de llegar a abogado cuando uno es tonto y no llega a los baremos establecidos en la selectividad de derecho.

—Usted no tiene nada de tonto.

—Gracias, pero ¿usted cómo lo sabe?

—Le estuve observando en un juicio.

Él se volvió para mirarla.

—¿Perdón?

—En verano, Michael y yo fuimos a Richmond y le vimos en un juicio.

—Iba a mencionarle la segunda ocasión en que se desplazó para verle también en un tribunal.

—¿Por qué no se acercaron a hablar conmigo?

Sara encogió los hombros.

—Michael pensó que usted se iba a molestar.

—¿Cómo va a molestarme ver a mi hermano?

—¿Y a mí me lo pregunta? Él era su hermano. —Al ver que Fiske no respondía siguió—: Quedé realmente impresionada. Creo que me motivó para ejercer como abogado defensor algún día. Como mínimo una temporada, para probar y poder ver de qué se trata en realidad.

—¡Vaya! ¿Cree que le gustaría eso?

—¿Por qué no? La ley puede ser una actividad noble. La defensa de los derechos de los demás. De los pobres. Me gustaría que me contara alguno de sus casos.

—¿Lo dice en serio?

—Totalmente —respondió ella, entusiasmada.

Fiske se reclinó en el respaldo, simulando reflexionar a fondo.

—Vamos a ver... Tengo el caso de Ronald James. Ese era su nombre de verdad, aunque prefería que le llamaran «el amo del ojete». El nombre tenía su relación con la posición que adoptó con las seis mujeres a las que violó brutalmente. Planteé la declaración de culpabilidad por delito menor a pesar de que las seis mujeres le identificaron en la rueda de sospechosos. Contaba, de todas formas, con algo a su favor. Cuatro de las mujeres se veían incapaces de enfrentarse a él en una sala. El terror puede tener esas consecuencias. La quinta víctima tenía un pasado algo dudoso, que tal vez podíamos utilizar para atacar su credibilidad. La última mujer estaba dispuesta a todo para hundirle. Y ya se sabe, no es lo mismo un buen testigo que media docena de ellos. En definitiva: al fiscal le dio el canguelo y al del ojete le cayeron veinte años con libertad bajo palabra.

»Está también la historia de Jenny, una niña encantadora que clavó un cuchillo de carnicero en el cráneo de su abuela porque, tal como ella misma me explicó, llorosa, la vieja zorra no la dejaba ir al centro comercial con sus amigas. La madre de Jenny, la hija de la mujer a la que mató brutalmente la niña, está pagando mis honorarios en plazos de dos dólares al mes.

—Creo que ya sé por dónde va —dijo Sara, lacónicamente.

—No es que quiera desilusionarla. El tipo al que acabo de sacar por un robo me ha pagado al contado, probablemente con el dinero en metálico que sacó de vender lo robado. He aprendido a no hacer preguntas. En fin, consigo llegar a fin de mes y hace muchísimo tiempo que no he tenido que enfrentarme con una pistola a uno de mis clientes. Y todos los días pienso que mañana será otro día. —Volvió a apoyarse en el asiento—. A por ellos, señorita Evans.

—¿Verdad que disfruta dejando a la gente pasmada?

—Usted me lo pidió.

—¿Y por qué demonios lo hace, pues?

—Alguien tiene que hacerlo.

—No era esa la respuesta que esperaba, pero vamos a dejarlo —dijo Sara con rudeza—. Le agradezco que me haya pinchado el globo, ha sido todo un detalle.

—Eso es lo que tiene que hacer, darme las gracias por pincharle el globo —respondió él, enojado. Luego, ya más tranquilo, añadió—: Mire, Sara, yo no soy un caballero andante. La mayor parte de mis clientes son culpables. Lo sé yo, lo saben ellos, lo sabe todo el mundo. Y presento la declaración de culpabilidad por delito menor en el noventa por ciento de los casos justamente por ello. El día en que me aparezca alguien haciendo gala de su inocencia, puede que me dé un ataque al corazón. Yo no soy el defensor de nadie, me limito a negociar la sentencia. Mi tarea consiste en asegurar que la condena sea justa en relación con el resto. En las pocas ocasiones en las que llego a juicio, el truco consiste en soltar una cortina de humo alrededor del caso de forma que el jurado no consiga hacerse una idea global de todo y abandone. Debo conseguir que sientan interés por discutir el destino de una persona a la que no conocen y que además les importa un pimiento.

—¡Vaya! ¿Y la verdad, qué?

—A veces la verdad es el peor enemigo de un abogado. Uno no puede trabajar con eso. De cada diez casos, con la verdad perdería en nueve. Si bien es cierto que no me pagan para perder, yo intento ser justo. Todos damos nuestros rodeos cada día; las redes de atún se lanzan de noche y capturan un montón de pescado fresco, y todos danzamos al mismo son. Es el cuento de nunca acabar.

—¿Su versión de la vida real? —preguntó ella.

—No se preocupe, no tendrá que enfrentarse nunca a ella. Tendrá una cátedra en Harvard o trabajará para un bufete de Nueva York con una placa dorada en la puerta. Si algún día paso por allí, la saludaré desde el camión de la basura.

—¿Quiere callarse, por favor? —exclamó Sara.

Siguieron en silencio hasta que a Fiske se le ocurrió algo.

—Si es cierto que me vio en un juicio, ¿por qué hizo la comedia de que no me conocía cuando Perkins nos ha presentado en el Tribunal?

Sara aspiró rápidamente.

—No lo sé. Puede que ante Perkins no se me ocurriera una forma ingeniosa de decirle que ya le había visto en otra ocasión.

—¿Y por qué tenía que ser ingeniosa?

—Ya sabe lo que dicen de la primera impresión. —Tuvo que agitar la cabeza ante aquella idea. «¡Dios Santo!».

Fiske la observó, ya sin rastro de hostilidad.

—No permita que mis gilipolleces cínicas acaben con su entusiasmo, Sara. —Y añadió en voz baja—: Nadie tiene derecho a eso. Lo siento.

Sara volvió la cabeza hacia él.

—Creo que se preocupa mucho más de lo que da a entender. —Vaciló un momento preguntándose si se lo contaba o no—. Usted conoce a un niño llamado Enis, ¿verdad? —Fiske clavó la vista en ella—. Le vi hablando con él.

Aquello se lo aclaró todo a Fiske.

—La sala. Sabía que la había visto antes. ¿Qué hacía allí, seguirme?

—Sí.

Su sinceridad lo cogió por sorpresa.

—¿Por qué? —le preguntó lentamente.

Ella también respondió tomándose su tiempo.

—Es un poco difícil de explicar. No creo que ahora mismo pueda. Pero no le estaba espiando. Me di cuenta de lo difícil que le resultaba hablar con Enis y con su familia.

—Es lo mejor que podía sucederles. La próxima vez puede que el padre los hubiera matado.

—Aun así, perder al padre de esta forma...

—No era el padre de Enis.

—Perdón, creí que sí lo era.

—Bueno... Enis es su hijo. Pero eso no implica que él sea el padre. Un padre no hace lo que hizo el tipo ese a su familia.

—¿Qué será de ellos?

Fiske hizo un gesto de indiferencia.

—Lucas no tardará ni dos años en caer muerto en algún callejón con doce agujeros de bala. Y lo más triste es que él lo sabe.

—Tal vez le dé una sorpresa.

—Sí. Tal vez.

—¿Y Enis?

—Sobre ese ya no sé nada. Ni quiero hablar más del tema.

Siguieron en silencio hasta llegar a la comisaría.

—Tengo el coche aparcado delante.

Sara le miró sorprendida.

—Pues ha tenido suerte. Llevo dos años viviendo en esa ciudad y no creo que nunca haya encontrado un hueco para aparcar en la calle.

Fiske fijó la mirada en un punto.

—Juraría que había aparcado aquí.

Sara miró por la ventanilla.

—¿Se refiere al espacio vacío que hay al lado de la señal de prohibición?

Fiske saltó del coche cuando empezaba a caer un chaparrón, miró la señal y el espacio vacío donde había dejado el coche. Entró de nuevo al coche, se arrellanó en el asiento y cerró los ojos. Las gotas de agua seguían en su rostro y pelo.

—¡Un día realmente increíble!

—Puede llamar y pedir que se lo traigan. —Sara cogió el móvil y marcó el

número de teléfono que veía en la señal. Sonó diez veces pero nadie respondió. Colgó

—. No creo que recupere el coche esta noche.

—No puedo irme a dormir hasta comunicarle la noticia a mi padre.

—¡Vaya...! —Reflexionó un momento—. Bueno, lo llevo yo.

Fiske miró hacia fuera, hacia la lluvia que no cesaba.

—¿Seguro?

Ella puso el coche en marcha.

—Vamos a buscar a su padre.

—¿Podemos hacer una parada antes?

—Claro, ¿dónde?

—El piso de mi hermano.

—No creo que sea una buena idea, John.

—Pues a mí me parece extraordinaria.

—No podremos entrar.

—Tengo llave —dijo Fiske. Ella pareció desconcertada—. Le ayudé en el traslado cuando se vino a trabajar aquí.

—¿No lo habrá precintado o algo así la policía?

—Chandler me ha dicho que iban a registrarlo mañana. —La miró—. Tranquila, usted se queda en el coche. Si ve algo raro, se larga.

—¿Y si encuentra allí a la persona que mató a Michael?

—¿Lleva una llave para las ruedas en el maletero?

—Sí.

—Entonces es mi día de suerte.

Sara aspiró un poco de aire.

—Espero que sepa lo que está haciendo.

«Eso mismo pienso yo», dijo Fiske para sus adentros.

Cuando llegaron al edificio donde tenía el piso Michael Fiske, Sara detuvo el coche en el aparcamiento de la esquina.

—Abra el portaequipajes —dijo Fiske antes de salir.

Ella oyó que rebuscaba por allí atrás y luego al verle aparecer ante la ventanilla tuvo un sobresalto. Bajó rápidamente el cristal.

—Mantenga las puertas del coche cerradas, el motor en marcha y los ojos bien abiertos, ¿vale? —dijo él.

Ella asintió, fijándose en que llevaba la llave de tuercas en una mano y una linterna en la otra.

—Si se pone nerviosa o lo que sea, váyase y en paz. Ya soy mayor. Puedo llegar sólo a Richmond.

Ella movió la cabeza con gesto terco.

—Me quedaré aquí.

Mientras observaba como daba la vuelta la esquina, se le ocurrió algo. Esperó un minuto para darle tiempo para entrar en el edificio, giró el coche y aparcó frente al edificio de pisos. Cogió el móvil y lo dejó a mano. Si notaba algo remotamente sospechoso, llamaría al piso y avisaría a Fiske. Un excelente plan de emergencia, que esperaba no tener que utilizar.

Fiske cerró la puerta después de entrar, encendió la linterna y echó un vistazo. No notó señal alguna de que nadie hubiera registrado aquel lugar.

Entró en la pequeña cocina, separada de la salita por una barra de casi un metro. Buscó entre los cajones y encontró un par de bolsas de plástico, con las que se cubrió las manos para no dejar huellas. Vio una puertecita que llevaba a una despensa, pero no le hizo caso. Su hermano no era de los que se dedicaban a guardar montones de latas de maíz y guisantes.

Pasó por la salita de estar, miró el armario y no encontró nada en los bolsillos de las chaquetas. Se dirigió a la habitación, que estaba en la parte trasera del piso. El *parquet* estaba desgastado y las planchas crujían a cada paso. Abrió la puerta y miró el interior. La cama sin hacer, ropa por todas partes. Registró todos los bolsillos: nada. Vio un pequeño escritorio en la esquina. Lo revisó minuciosamente pero tampoco halló nada. Se fijó en un cable conectado a un enchufe de la pared y frunció el ceño al tirar de él y encontrarse con el otro extremo. Miró los alrededores del escritorio pero no encontró lo que esperaba: el ordenador portátil al que correspondía el cable. Tampoco estaba el portafolios de su hermano, el que le había regalado al acabar la carrera de Derecho. Pensó que tenía que preguntar a Sara si sabía algo de su ordenador o de su portátil.

Al dar por terminado el registro de la habitación volvió a la cocina. Se paró un

momento y escuchó con atención. Sujetaba con fuerza la llave que tenía en la mano. Tomó una rápida decisión: empujó directamente la puerta de la despensa, blandiendo la llave y enfocando la luz hacia el reducido espacio.

El hombre se abalanzó contra Fiske y le pegó con el hombro en el estómago. Fiske soltó un gruñido, la linterna voló por los aires, pero consiguió mantener el equilibrio y sujetar al hombre por el cuello con la llave. Oyó un grito de dolor; su adversario, sin embargo, se recuperó con más rapidez de la que él esperaba y arremetió contra Fiske, empujándole por encima de la barra. Fiske pegó contra el suelo y notó que se le entumecía el hombro. A pesar del dolor, se dio la vuelta y pegó un par de patadas al tipo, que salía corriendo hacia la puerta. Blandió de nuevo la llave, pero en la oscuridad falló el objetivo y pegó en el suelo. Un puño chocó contra su mandíbula, Fiske respondió y golpeó también con contundencia una parte sólida del cuerpo del hombre.

En unos segundos el tipo consiguió levantarse y salir por la puerta. Fiske se incorporó dando bandazos y corrió también hacia la puerta, sujetándose el hombro. Oyó unos pasos que bajaban la escalera a toda prisa. Echó a correr tras el hombre y en la carrera oyó como se abría la puerta que daba a la calle. Diez segundos después, Fiske salía también. Miró a derecha y a izquierda. Oyó un claxon.

Sara bajó el cristal de la ventanilla y le señaló hacia la derecha. Fiske echó a correr bajo la lluvia en aquella dirección y dobló la esquina. Sara puso el coche en movimiento, tuvo que esperar a que pasaran dos coches y luego aceleró hacia él. Dobló la esquina, pasó por delante del siguiente bloque pero no vio a nadie. Puso marcha atrás, entró por otro callejón, luego por otro, cada vez más frenética. Soltó un chillido de alivio cuando vio a Fiske en medio de la calle, jadeando.

Saltó del coche y corrió hacia él.

—¡John! ¡Gracias a Dios que no te ha ocurrido nada!

Fiske estaba furioso porque se le había escapado aquel hombre. Daba vueltas pegando con los pies en el suelo.

—¡Maldita sea! ¡Mierda!

—¿Qué demonios ha sido todo eso?

Fiske se fue calmando.

—Uno a cero, ganan los malos.

Sara lo cogió por la cintura y le acompañó hasta el coche. Le ayudó subir. Pasó al otro lado, se sentó al volante y le dio al contacto.

—Tiene que verle un médico.

—¡No! No es más que un golpe. ¿Ha visto al tipo?

Sara movió la cabeza negando.

—Pues no. Ha salido tan deprisa que he pensado que era usted.

—¿Más o menos de mi talla? ¿Alguna ropa característica? ¿Blanco, negro?

Evans reflexionó un instante intentando recordar lo que había visto.

—No sabría decir la edad. Más o menos de su talla. Creo que iba vestido de

oscuro y con la cara cubierta. —Suspiró—. Ha pasado todo tan deprisa... ¿Dónde estaba?

—En la despensa. Al entrar no he oído nada, pero cuando iba a salir he oído el crujido del suelo. —Se frotó el hombro—. Y ahora viene lo peor. —Cogió el móvil y sacó una tarjeta que llevaba en la cartera—. Contarle a Chandler lo que acaba de ocurrir.

Fiske dejó recado a Chandler y el inspector le llamó unos minutos después. Cuando le contó lo que acababa de hacer, tuvo que apartar el aparato de su oído.

—¿Ligeramente molesto? —preguntó Sara.

—Pues sí, del mismo modo que el Saint Helens entró ligeramente en erupción. —Fiske acercó de nuevo el móvil a su oído—. Escúcheme, Buford...

—¿Qué le ha pasado por la cabeza para hacer algo tan estúpido? —gritó Chandler—. Usted fue poli.

—Precisamente eso tenía en la cabeza. Que seguía siéndolo.

—Pues empiece a plantearse que ya no lo es.

—¿Quiere una descripción del tipo o no?

—Aún no he terminado con usted.

—Ya lo sé, pero tiene para rato.

—Deme la maldita descripción —dijo Chandler.

Cuando Fiske hubo terminado, Chandler dijo:

—Mandaré a un equipo ahora mismo como medida de seguridad. Y pediré que los técnicos se acerquen en cuanto puedan.

—El portafolio de mi hermano no estaba en el piso. ¿Lo han encontrado en el coche?

—No, ya le dije que no contenía ningún efecto personal.

Fiske miró a Sara.

—¿El portafolio estaba en su despacho? No recuerdo haberlo visto ni tampoco el ordenador portátil.

Sara lo negó con la cabeza.

—No recuerdo haber visto el portafolio. Y él normalmente no llevaba el portátil al trabajo porque en los despachos hay ordenadores para todos.

Fiske habló de nuevo por teléfono.

—Al parecer ha desaparecido su portafolio. Y también su ordenador portátil; en su piso he visto el cable de conexión.

—¿Llevaba alguna de esas cosas el tipo?

—Iba con las manos vacías. ¡No lo sabré yo! Con una de ellas me ha pegado bien.

—Perfecto, de modo que hemos perdido un portafolio, un ordenador portátil, y me encuentro con un inútil de expoli que no sé si tendría que detenerlo ahora mismo.

—Oiga, que sus muchachos ya se han quedado con mi coche.

—Diga a la señorita Evans que se ponga.

—¿Por qué?

—Hágalo.

Fiske pasó el teléfono a Sara, quien le miró perpleja.

—¿Dígame, inspector Chandler? —dijo ella, haciendo girar con gesto nervioso un mechón de sus cabellos.

—Señorita Evans —empezó él, con gran cortesía—, yo pensaba que usted se limitaría a llevar al señor Fiske hasta su coche y tal vez a comer algo, pero no que se dedicarían a montar una película de James Bond.

—Pero resulta que la grúa se ha llevado su coche y...

Chandler cambió rápidamente de tono.

—No me gusta nada que los dos me compliquen aún más el trabajo. ¿Dónde se encuentran ahora?

—A apenas un par de kilómetros de la casa de Michael.

—Muy bien, pues llévelo a Richmond, señorita Evans. Y no le pierda de vista ni un instante. Si le da por hacer otra vez de Sherlock Holmes, me llama usted y voy directo a pegarle un par de tiros. ¿Me he explicado?

—Sí, inspector Chandler. Perfectamente.

—Y espero verles a los dos mañana en el distrito de Columbia. ¿Ha quedado eso también claro?

—Sí, ahí estaremos.

—Estupendo, pues póngame ahora con el Llanero Solitario.

Fiske cogió otra vez el auricular.

—Mire, sé que ha sido una estupidez, pero yo intentaba ayudar.

—Pues hágame un favor, no intente volver a ayudarme a menos que yo esté a su lado, ¿vale?

—Vale.

—Esta noche habrían podido pasar muchísimas cosas y casi todas negativas, John. Y no solo afectarle a usted sino a la señorita Evans.

Fiske se frotó el hombro y miró a la mujer.

—Lo sé —dijo en voz baja.

—Dele el pésame de mi parte a su padre.

Fiske colgó.

—¿Podemos irnos ya para Richmond? —preguntó Sara.

—Sí, podemos irnos ya para Richmond.

Josh Harms conducía el camión de su amigo por la desierta carretera rural. El frondoso bosque, que conformaba una especie de cúpula sobre la estrecha calzada, le proporcionaba una cierta tranquilidad. El aislamiento, una mampara entre él y quienes podían incordiarle, había sido un objetivo que Josh había perseguido siempre en la vida. Como ebanista de gran talento, siempre había trabajado solo. Y en los momentos de asueto se iba a cazar o a pescar, también solo. En realidad no deseaba la conversación de los demás y en contadísimas ocasiones ofrecía la suya. Todo aquello había cambiado de pronto. Aún no había terminado de digerir la responsabilidad que conllevaba, pero intuía que era considerable. Sabía también que había tomado la decisión correcta.

El camión llevaba una caravana y su hermano se encontraba atrás, supuestamente descansando, aunque Josh tenía sus dudas sobre si sería capaz de conciliar el sueño. La parte trasera de la caravana llevaba también comida y agua para un mes, dos rifles para ciervos y una pistola semiautomática, además de la que llevaba metida en el cinturón. Aquel arsenal era insignificante si se tenía en cuenta el despliegue que se organizaría para su seguimiento, pero Josh era consciente de que había vivido muchos tragos y había sido capaz de superarlos.

Encendió un cigarrillo y echó el humo por la ventanilla. Estaban ya a unos doscientos setenta y cinco kilómetros de Roanoke y su objetivo era poner la máxima distancia entre ellos y dicha ciudad. A esas alturas ya habrían descubierto la fuga. Estarían estableciendo controles en las carreteras, aunque no tan lejos, imaginaba él. Los dos hermanos tenían ventaja, pero la distancia podía acortarse con rapidez. Los muchachos de verde disponían de más efectivos en cuanto a personal y equipo. Sin embargo, Josh llevaba veinte años pescando y cazando en la zona. Conocía todas las chozas abandonadas, todos los valles escondidos, los más remotos claros en la espesura del bosque. Había ejercitado su pericia en la supervivencia tanto ahorrando para poder vivir en América como esquivando la muerte en la otra punta del mundo, en Vietnam.

A pesar de que desconfiaba plenamente de la autoridad, no transgredía la ley a la ligera. Jamás había considerado a su hermano pequeño como un enajenado asesino. Rufus jamás tenía que haberse alistado en el ejército, pues aquello no era lo suyo. Y por aquellas ironías de la vida, Josh había sido condecorado como héroe de guerra y a él lo habían llamado a filas. Su hermano había ido voluntario y se había pasado todo el tiempo en una prisión militar. A Josh siempre le había repugnado aquello de coger un fusil por un país que había sido tan injusto con él como con todos los de su color. Pero una vez estuvo en el ejército, luchó y se distinguió. Hizo aquello por él mismo y por los hombres que estaban en su compañía, por ninguna otra razón. No tenía otra motivación para luchar y para matar a unos hombres contra los que no tenía nada personal. Redujo la marcha y cogió una pista que se adentraba en el bosque, Rufus le

había contado algunos detalles de lo ocurrido veinticinco horas antes, sobre lo que le habían hecho aquellos hombres. A Josh se le encendió el rostro al recordar un incidente que había mantenido oculto. Aquello despertó en él la rabia, el odio. Lo que había hecho aquella población de Alabama a la familia Harms al difundirse la noticia del crimen de Rufus. Había tratado de proteger a su madre pero fracasó. «Voy a enfrentarme con los que han hecho eso a mi hermano. ¿Me has oído, Dios? ¿Me escuchas?».

Su plan consistía en esconderse un tiempo y lanzarse de nuevo a la carretera cuando las cosas se calmaran. Tal vez intentar pasar a México y desaparecer. Josh tampoco dejaba tantas cosas atrás. Una familia deshecha, un negocio de carpintería del que sacaba poquísimos provechos a pesar de su pericia. Se daba cuenta de que Rufus era el único familiar que le quedaba. Y de que para Rufus, él era todo lo que tendría en la vida. Les habían separado durante un cuarto de siglo. Ahora, en la plenitud de la vida, tenían la oportunidad de vivir más cerca el uno del otro de lo que suelen encontrarse los hermanos en ese estadio de la vida. Suponiendo que Josh y Rufus lograsen sobrevivir. Tiró el cigarrillo fuera y siguió conduciendo.

Al fondo de la caravana, Rufus realmente no dormía. Estaba tumbado boca arriba, cubierto a medias por una lona negra, idea de Josh, para que pudiera confundirse con el colchón negro en el que estaba tumbado. A su alrededor, un montón de cajas de comida, atadas con un pulpo, idea también de Josh, un muro de protección para que nadie pudiera verle. Intentó desperezarse, relajarse un poco. El movimiento del camión era inquietante. No había viajado en un automóvil civil desde la época en que Richard Nixon era presidente. ¿Era posible? ¿Cuántos presidentes había visto desde aquello? El ejército siempre le había transportado de prisión en prisión en helicóptero, pues al parecer no le interesaba que se encontrara tan cerca de la carretera, de la libertad. Cuando uno se escapa de un helicóptero, no tiene otra salida que caer al vacío.

Intentaba mirar por entre las cajas de cartón el paisaje nocturno. Estaba demasiado oscuro. La libertad. ¿Cuántas veces se había preguntado cuál sería la sensación! Aún no la conocía. Estaba demasiado asustado. Un montón de gente le estaba buscando. Con la idea de matarle. Y ahora también a su hermano. Sus dedos se cerraron contra la textura poco familiar de la Biblia del hospital. La que le había regalado su madre estaba en la celda. La había guardado junto a él durante todos esos años, leyendo una y otra vez las escrituras como agarradero contra todo lo que constituía su existencia. Sin ella notaba el cerebro y el corazón vacíos. Ya era demasiado tarde. Sintió que se le aceleraba el corazón. Imaginó que era una mala señal: demasiada tensión. Recitó de memoria las consoladoras palabras de su preciado tesoro: la Biblia. ¿Cuántas noches había murmurado los Proverbios, los treinta y un capítulos, los ciento cincuenta Salmos, todos ellos reveladores y enérgicos, cada uno con un significado específico, indicios de lo que estaba viviendo!

Cuando acabó, se incorporó un poco y abrió la ventana de la caravana. Veía el

rostro de su hermano reflejado en el retrovisor.

—Pensaba que dormías —dijo Josh.

—No puedo.

—¿Qué tal el corazón?

—El corazón ya no me da quebraderos de cabeza. Si muero, no será por culpa de él.

—No, a menos que lo abra una bala.

—¿Hacia dónde vamos?

—A un lugar perdido en el mundo. He pensado que podríamos quedarnos allí un tiempo, dejar que las cosas se enfríen y seguir cuando esté totalmente oscuro. Probablemente pensarán que vamos hacia el sur, camino de la frontera con México, por ello se me ha ocurrido ir en dirección norte, hacia Pensilvania, por lo menos de momento.

—Me parece bien.

—¡Eh! Has dicho que Rayfield y el otro cabrón...

—Tremaine. Vic.

—Eso, dices que te han estado vigilando todo este tiempo. Si han pasado tantos años, ¿qué significa que sigan pegados a ti? ¿No se imaginan que de recordar algo lo habrías dicho ya? ¿Por ejemplo, en el juicio?

—Ya lo he estado pensando. Puede que crean que por aquel entonces no recordaba nada pero que algún día se me puede ocurrir. No es que pueda demostrar nada, pero el simple hecho de abrir la boca podría traerles problemas o mover a alguien a investigar. Lo más fácil era liquidarme. Puedes creer que lo intentaron pero no funcionó. Quizás pensaron que les engatusaba, que me hacía el loco esperando a que bajaran la guardia y luego hablaría. Quedándose en el penal conmigo me tenían en un puño. Leían mi correo, controlaban mis visitas. Si surgía algo raro, me quitaban de en medio. Seguro que les parecía la mejor forma. De todos modos, después de tantos años, me imagino que se despistaron un poco. Permitieron la entrada a Samuel y a aquel tipo del Tribunal.

—Ya me lo imaginé. Pero yo sigo guardando la carta del ejército. No estaba al corriente de todo el barullo pero tampoco quería que le echaran el ojo.

Los dos permanecieron un rato en silencio. Josh era reservado por naturaleza y Rufus no estaba acostumbrado a tener a alguien con quien charlar. El silencio por un lado le liberaba y por el otro le oprimía. Tenía muchísimas cosas que decir. Durante las visitas de treinta minutos de Josh a la cárcel todos los meses, Rufus hablaba y su hermano casi solo escuchaba, como si notara la acumulación de palabras, de pensamientos, en su cabeza.

—No creo que te lo haya preguntado nunca: ¿Has vuelto alguna vez a casa?

Josh se revolvió en su asiento.

—¿A casa? ¿Qué casa?

Rufus siguió:

—¡Donde nacimos, Josh!

—¿Y por qué coño tendría que volver yo allí?

—¿No es donde está la tumba de nuestra madre? —dijo Rufus en voz baja.

Josh pensó un momento y luego asintió.

—Sí, claro que está allí. Tenía el terreno y también el entierro pagado. No podían hacer otra cosa, y no creas que no lo intentaron.

—¿Tiene una bonita tumba? ¿Quién cuida de ella?

—Oye, Rufus, mamá está muerta, ¿vale? Y hace mucho tiempo, además. No creo que le importe lo más mínimo el aspecto de su tumba. Y yo no me pego un viaje a Alabama para quitar cuatro hojas de aquel maldito suelo, sobre todo después de lo que ocurrió. De lo que hicieron con la familia Harms. Ojalá se quemaran todos en el infierno, hasta el último habitante de ese rincón del mundo. Si es verdad que existe un Dios, cosa que dudo muchísimo, eso es lo que tendría que procurar el tipo ese. Si a ti lo que te preocupan son los muertos, adelante. Yo voy a centrarme en lo que son habas contadas: seguir con vida tú yo.

Rufus continuó observando a su hermano. «Existe un Dios», quería decirle. El Dios que mantuvo firme a Rufus durante aquellos años en que solo deseaba hacerse un ovillo y hundirse en el olvido. Y todo el mundo debe respetar a los difuntos y a su último lugar de reposo. Pensaba que si superaba todo aquello iría a ver la tumba de su madre. Se encontrarían de nuevo. Para toda la eternidad.

—Yo le hablo a Dios todos los días.

Josh soltó un bufido.

—¡Qué bien! Me alegra que haga compañía a alguien.

Siguieron en silencio hasta que Josh dijo:

—Oye, ¿cómo se llamaba el tipo que vino a verte?

—¿Samuel Rider?

—No, no, el joven.

Rufus pensó un momento.

—Michael no sé qué.

—¿Dijiste que era del Tribunal Supremo? —Rufus asintió—. Pues lo mataron. Michael Fiske. En fin, creo que lo mataron. Lo he visto por la tele antes de ir al hospital.

Rufus bajó la vista.

—¡Maldita sea! Lo que imaginaba.

—¡Vaya estupidez! Acercarse a la cárcel de aquella forma.

—Intentaba ayudarme. ¡Maldita sea! —repitió Rufus y luego guardó silencio mientras el camión siguió su camino.

Guiada por Fiske, Sara llegó hasta el barrio de su padre, en las afueras de Richmond, y paró el coche en la avenida de gravilla. Se veían rodales de hierba amarillenta, debidos a aquel verano en el que, como tantos, había dominado el calor y la humedad; delante de la casa, no obstante, destacaban los parterres de flores perfectamente cuidados, lozanos gracias al riego constante.

—¿Se crio usted en esta casa?

—Es la única que pudieron llegar a comprar mis padres en toda su vida. —Fiske echó una ojeada al edificio moviendo la cabeza—. No veo Su coche.

—Puede que lo tenga en el garaje.

—Allí no hay sitio. Fue mecánico durante cuarenta años y acumuló un montón de chatarra. Aparca en la avenida. —Miró el reloj—. ¿Dónde demonios estará? —salió del coche. Sara hizo lo mismo.

Él la miró por encima del techo.

—Puede quedarse aquí, si quiere.

—Le acompañaré —se apresuró a decir ella.

Fiske abrió la puerta principal y entró en la casa. Encendió la luz y pasaron por la pequeña salita, hacia el comedor adyacente, donde Sara vio una serie de fotos encima de la mesa. Había una en la que se veía a Fiske en uniforme de fútbol americano; un poco de sangre en la cara, manchas de hierba en las rodillas, sudoroso. Extraordinariamente atractivo. Se sorprendió con el pensamiento y apartó la mirada, sintiéndose culpable de pronto.

Se fijó en otras fotos.

—¿Practicaban muchos deportes?

—Mike era el atleta nato de la familia. Cuando yo establecía algún récord, él lo superaba. Con toda tranquilidad.

—Una familia atlética.

—Obtuvo también el premio extraordinario de final de carrera, reunió la máxima puntuación de la zona norte y la casi perfección en selectividad y facultad.

—Parece un hermano mayor orgulloso de ello.

—Muchos estaban orgullosos de él —dijo Fiske.

—¿Y usted?

Él la miró fijamente.

—Me sentía orgulloso de él por algunas cosas y no tanto por otras, ¿de acuerdo?

Sara cogió una foto.

—¿Sus padres?

Fiske se acercó a ella.

—En su trigésimo aniversario. Antes de que mamá cayera enferma.

—Parecen felices.

—Lo eran —respondió él enseguida. Se sentía violento con los comentarios de

ella sobre el pasado—. Espere un momento aquí.

Fiske se fue a la habitación del fondo, la que en otra época había compartido con su hermano y ahora se había convertido en un cuarto de trabajo. Comprobó el contestador. Su padre no había oído sus mensajes. Se disponía a salir cuando vio el guante de béisbol en un estante. Lo cogió. Era de su hermano, tenía el canalé algo roto pero el cuero estaba perfectamente engrasado, tarea de su padre, sin duda. Michael era zurdo, pero la familia no le había podido comprar un guante especial, de forma que Mike había aprendido a parar y devolver la pelota así, sin guante. Había llegado a tal perfección que lanzaba con la misma velocidad que un diestro. Fiske recordaba aquella eficacia, consciente de que no había obstáculo que no pudiera superar su hermano. Dejó el guante en su sitio y se fue al comedor.

—No ha oído mis mensajes.

—¿Tiene idea de dónde puede haber ido?

Fiske pensó un instante e hizo chasquear los dedos.

—Normalmente se lo dice a la señora Germán.

Cuando se hubo marchado, Sara inspeccionó un poco más la estancia. Se fijó en una pequeña carta enmarcada expuesta en un pedestal de madera. Contenía una medalla. Cogió el cuadro y leyó la carta. Se trataba de una medalla al valor concedida al agente John Fiske, y la carta conmemoraba el acontecimiento. Miró la fecha. Con un rápido cálculo decidió que le habían entregado el premio más o menos en la época en que Fiske había abandonado el cuerpo. Seguía sin saber por qué lo había hecho, un tema que jamás tocaba Michael. Oyó que se abría la puerta y dejó rápidamente el cuadro en su sitio.

Fiske entró.

—Se ha ido a la caravana.

—¿Qué caravana?

—La que tiene junto al río. Va allí para pescar, para navegar.

—¿Y no puede llamarle allí?

Fiske negó con la cabeza.

—No tiene teléfono.

—Pues iremos en coche. ¿Dónde está eso?

—Ya ha hecho mucho más de lo que debía.

—No me importa, John.

—Estará a una hora y media de aquí.

—De todas formas, la noche es bastante corta.

—¿Le importa que conduzca yo? Hay mal camino.

Ella le pasó las llaves.

—Creí que no me lo iba a pedir.

A ver si lo entiendo bien: encima, le has dejado escapar.

—De entrada, yo no le he dejado hacer nada. Pensaba que el tipo había tenido un espectacular ataque al corazón. Estaba encadenado a la maldita cama. Tenía un guardián armado en la puerta y se supone que nadie tenía que saber dónde estaba —replicó Rayfield por teléfono, airado—. Aún no entiendo cómo lo ha descubierto su hermano.

—Y por lo que tengo entendido, su hermano fue algo así como un héroe de la guerra. Con una gran preparación en todas las formas de escaparse de la persecución. Fantástico.

—Algo que nos conviene.

—¿Por qué no me lo explicas un poco, Frank?

—He ordenado a mis hombres que disparen a matar. Les meterán una bala entre ceja y ceja en cuanto tengan oportunidad de ello.

—¿Y si se pone en contacto con alguien antes?

—¿Y qué le va a contar? ¿Que recibió una carta del ejército en la que se le dice algo que él no tiene forma de discutir? Ahora tenemos entre manos a un funcionario del Tribunal Supremo muerto. Eso nos lo complica todo.

—Pues ya tendríamos que tener también muerto a un abogado de aquí, pero curiosamente aún no he leído su esquela. —Rider salió de la ciudad.

—Ah, vale, pues tendremos que esperar a que vuelva de vacaciones y contar con que no haya contactado con el FBI.

—No sé dónde está —respondió Rayfield, enojado.

—El ejército tiene sus servicios secretos, Frank. ¿Y si intentáramos echar mano de ellos? Hay que ocuparse de Rider y luego concentrarse en encontrar a Harms y a su hermano. Y asegúrate de que quede a dos metros bajo tierra. No sé si me he explicado con claridad. —La línea se cortó.

Rayfield colgó y miró a Vic Tremaine.

—Eso se va a tomar por saco.

Tremaine se encogió de hombros.

—Nos deshacemos de Rider y luego de los dos cabrones negros y se acabó —respondió en el áspero tono que parecía pensado para impartir la orden de ataque a un regimiento.

—Eso no me gusta. No estamos en guerra.

—Sí estamos en guerra, Frank.

—¿A ti nunca te ha importado matar, verdad Vic?

—A mí lo único que me importa es acabar con éxito la misión.

—¿Me estás diciendo que no sentiste nada en absoluto antes de apretar el gatillo contra Fiske?

—Misión cumplida. —Tremaine apoyó las palmas de las manos en la mesa de

Rayfield y se inclinó un poco hacia delante—. Hemos vivido muchas penalidades juntos, Frank, en combate y fuera de él. Pero te diré algo: he pasado treinta años en el ejército, y de ellos veinticinco en distintos penales militares como este, cuando podía haberme dedicado a un trabajo mejor remunerado en la vida civil. Todos hicimos un pacto que tenía que protegernos de algo estúpido que llevamos a cabo hace muchísimo tiempo. Yo he mantenido mi palabra. Me ha tocado ser la niñera de Rufus Harms mientras que los demás han seguido con sus vidas.

»Ahora, además de mi pensión militar, me espera más de un millón de dólares en una cuenta en el extranjero. Por si lo has olvidado, a ti te espera el mismo regalo. La compensación por pasar tantos años entre la basura. Y habiéndolas pasado tan canutas, nadie me va a impedir disfrutar de ese dinero. Para mí lo mejor que podía hacer Rufus Harms era escapar. Ahora tenemos más razón que un santo para volarle la tapa de los sesos sin que nadie nos pregunte nada. Y en cuanto el hijo puta ese haya exhalado el último aliento, el uniforme que llevo encima quedará entre alcanfor. Para siempre. —Tremaine se incorporó—. Y pienso destruir a quien intente, aunque sea remotamente, montarnos la pajarraca, Frank. —Sus ojos quedaron reducidos a dos puntitos negros al pronunciar las últimas palabras—: Sea quien sea.

En su viaje hacia la caravana, Fiske se detuvo en unos almacenes abiertos las veinticuatro horas. Sara se quedó en el coche. Una oxidada señal de Esso se balanceó ruidosamente al paso de un vehículo y ella tuvo un sobresalto. Cuando volvió Fiske al coche, se fijó en la docena de latas de Budweiser que llevaba.

—¿Qué pretende, ahogar sus penas? Él no le hizo caso.

—Una vez estás allí, no hay forma de volver. Estás realmente en un lugar abandonado de la mano de Dios. A veces yo mismo me pierdo allí.

—Estoy dispuesta a dormir en el coche.

Media hora después, Fiske redujo la marcha, se metió en una estrecha pista de gravilla y se acercó a una casita a oscuras.

—Uno debe inscribirse aquí y pagar como visitante antes de entrar —le explicó—. Ya lo haré mañana antes de marcharnos.

Pasó por delante de la casita y se metió en el terreno del *camping*. Sara se fijó en las caravanas, dispuestas como en una calle de casas bajas. En la mayoría se veían luces de Navidad y astas de banderas, sujetas a la caravana, al porche o bien hundidas en el cemento. Con aquellas luces y el resplandor de la luna, la zona quedaba sorprendentemente iluminada. Pasaron por delante de unos parterres repletos de flores de otoño: balsamináceas, crisantemos rojos y rosas. Las clemátides trepaban por los muros de algunas de las casas. Mirara donde mirara, Sara veía figurillas de metal, mármol y resina. Se fijó también en una serie de parrillas de hormigón y en una columna de humo; la mezcla de olores de carne asada y carbón resultaba seductora en aquella atmósfera cálida y húmeda.

—Ese lugar es como un pueblo de mazapán edificado por gnomos —dijo Sara. Y viendo tantas banderas, añadió—: por gnomos patriotas.

—La mayoría proceden de la Legión Americana o son veteranos de la guerra. Mi padre tiene una de las astas más altas. Estuvo en la Arma da durante la Segunda Guerra Mundial. Lo de las luces de Navidad durante todo el año se impuso hace ya mucho tiempo.

—¿Pasaban mucho tiempo aquí, usted y Michael?

—Mi padre tenía solo una semana de vacaciones, pero en verano veníamos con mamá y nos quedábamos durante bastante tiempo. Algunos viejos nos enseñaban a navegar, a nadar y a pescar. Todo lo que papá nunca tuvo tiempo de hacer. Se ha resarcido desde la jubilación.

Paró el coche frente a una caravana. Tenía encendidas las luces de Navidad y estaba pintada en un tono azul poco intenso, relajante. El Buick de su padre, con una pegatina en la que se leía «Apoyemos a nuestra policía», estaba aparcado junto a la caravana. Frente a ella, un parterre de llantén. A lado del Buick había un vehículo de campo de golf. El asta de delante de la caravana se alzaba a unos nueve metros.

Fiske se fijó en el Buick.

—Menos mal que está aquí. —«Bueno, ahora sí, John, se acabaron las dilaciones», pensó.

—¿Hay un campo de golf por aquí?

Fiske la miró.

—No, ¿por qué?

—¿Pues qué hace ese vehículo aquí?

—Los propietarios de estas instalaciones los compran de segunda mano a los clubs de golf. Las carreteras son muy estrechas y, si bien puedes llegar con el coche hasta la caravana, está prohibido utilizarlo por los alrededores. Además, la gente suele ser mayor y utilizan estos vehículos para moverse.

Fiske salió del coche con las doce latas. Sara no se movió. Él la miró con expresión de interrogación.

—Creía que quería hablar a solas con su padre.

—Después de todo lo que hemos vivido esta noche, creo que se ha ganado el derecho a entrar. Claro que si no quiere hacerlo, lo comprenderé. —Eché un vistazo a la caravana y notó que estaba perdiendo el valor. Se volvió hacia ella—: No me vendría mal un poco de compañía.

Sara asintió.

—De acuerdo, espérame un minuto.

Bajó la visera con espejito del coche para echar un vistazo a su rostro y su pelo. Hizo una mueca, cogió el bolso e hizo lo que pudo para mejorar su aspecto con un pintalabios y un cepillo. Se notaba sudorosa, el vestido pegado al cuerpo, el pelo imposible de arreglar por la lluvia y la humedad. Por trivial que pareciera preocuparse por su aspecto en aquellas circunstancias, se sentía tan mal que tenía necesidad de ello.

Soltó un suspiro, subió de nuevo la visera, abrió la puerta y salió. Mientras se acercaban al porche de madera, se iba alisando el vestido y arreglando el pelo.

Fiske se fijó en ello y dijo:

—No va a fijarse mucho en su aspecto. Sobre todo cuando haya hablado con él.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. Lo único que no quería era parecer una pordiosera.

Fiske aspiró una bocanada de aire y llamó a la puerta. Esperó un poco y golpeó de nuevo.

—¡Papá! —Esperó un poco más y golpeó con más fuerza—. ¡Papá! —gritó sin dejar de golpear la puerta.

Al fin oyeron movimiento en la caravana y vieron que se encendía una luz. La puerta se entreabrió y Ed, el padre de Fiske, asomó la cabeza. Sara le miró detenidamente. Era alto como su hijo, y muy delgado, aunque se notaban en él los vestigios de la fuerte musculatura que era también característica de sus hijos. Tenía unos brazos enormes, algo parecido a unos gruesos troncos secados al sol. Pudo vérselos bien porque llevaba una camiseta imperio. Estaba muy bronceado, su rostro

estaba surcado de arrugas y la piel empezaba a flojear, aunque se notaba que de joven había sido atractivo. El poco pelo que le quedaba era rizado y prácticamente gris, a excepción de unos mechones morenos en las sienes. Sara fijó la vista en sus largas patillas, una reliquia de los setenta, imaginó. Llevaba un pantalón con la cremallera a medio abrochar, que dejaba al descubierto una parte de los calzoncillos a rayas. Tenía los pies descalzos.

—¿Johnny? ¿Qué demonios haces aquí? —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Cuando vio a Sara, quedó algo desconcertado y se volvió inmediatamente, dándoles la espalda. Los dos observaron como se ponía bien el pantalón. Luego se volvió de nuevo.

—Tengo que hablar contigo, papá.

Ed Fiske miró de nuevo a Sara.

—Perdón... Sara Evans, Ed Fiske —dijo John.

—Buenas noches, señor Fiske —le saludó ella intentando mostrarse agradable y neutral al mismo tiempo. Con gesto torpe, le tendió la mano.

Él se la estrechó.

—Llámeme Ed, Sara. Encantando de conocerla. —Volvió la vista hacia su hijo, lleno de curiosidad—. ¿Qué ocurre? ¿Que os casáis o qué?

Fiske miró a Sara.

—¡No! Ella trabajaba con Mike en el Tribunal Supremo.

—¡Ah, vaya educación la mía! Vamos, pasad. Tengo el aire acondicionado en marcha. Aquí fuera hace un bochorno infernal.

Entraron en la caravana. Ed les señaló un raído sofá y Fiske y Sara se sentaron en él. Ed cogió una silla metálica de la cocina y se sentó frente a ellos.

—Perdonad que haya tardado tanto. Acababa de meterme en la cama.

Sara observó aquel reducido espacio. La estancia estaba recubierta por un arrimadero de contraplacado ennegrecido. Unos peces disecados clavados a unas placas colgaban de la pared. En la parte contraria tenía una escopeta de caza. En la esquina vio un recipiente largo y redondo del que sobresalían una caña y un carretel. Sobre la mesa de la pequeña cocina tenía un periódico doblado. Junto a la mesa, estaba la cocina, con una pila y una pequeña nevera. En otra esquina había un viejo sillón con un apoyo para los pies situado frente a un aparato de televisión. El recinto tenía una ventana. El aire acondicionado que refrescaba deliciosamente el habitáculo estaba adosado al techo. Sara sintió un escalofrío al adaptarse a aquella temperatura. El suelo estaba recubierto de linóleo basto y ondulado, una parte del cual estaba cubierto por una delgada alfombra.

Sara olió la atmósfera y tosió. Casi se veía el humo concentrado en el habitáculo. Como si fuera a responder a lo que ella estaba pensando, Ed cogió un paquete de Marlboro de la deslucida mesa auxiliar y con gran habilidad se puso un cigarrillo en los labios, se tomó el tiempo necesario para encenderlo y soltó el humo hacia el techo atestado de nicotina. Cogió un pequeño cenicero y echó la ceniza ahí. Con las manos

apoyadas en las rodillas, se inclinó hacia delante. Sara se fijó en que tenía los dedos muy gruesos, las uñas resquebrajadas y ennegrecidas por algo que parecía grasa. Recordó que había sido mecánico.

—¿Y qué os trae por aquí tan tarde?

Fiske pasó a su padre un paquete de seis latas.

—Malas noticias.

El anciano quedó tieso y les miró fijamente a través del humo.

—No te referirás a tu madre, pues acabo de verla y está bien. —Apenas había acabado de decir aquello, lanzó una mirada a Sara. Su expresión estaba clarísima: ella «trabajaba» con Mike.

Volvió la vista hacia John.

—¿Por qué no me das la maldita noticia que has venido a traerme, hijo?

—Mike está muerto, papá.

Acabó de decir aquello y para él fue como si se hubiera enterado en aquel mismo instante. Notó que se le enrojecía el rostro como si lo hubiera acercado al fuego. Quizás había esperado a ver a su padre para compartir la aflicción. Era normal.

Notó que Sara le miraba pero no apartó la vista de su padre. Al observar como la desesperación se apoderaba del hombre, Fiske notó que le costaba muchísimo respirar.

Ed se quitó el cigarrillo de los labios y soltó el cenicero a causa del temblor de los dedos.

—¿Cómo?

—Un robo. Al menos, eso piensan. —Fiske hizo una pausa y añadió lo que ya estaba claro, puesto que sabía que su padre iba a preguntárselo de todas formas—. Alguien disparó contra él.

Ed cogió una de las cervezas y la abrió. Casi se la acabó de un trago; la nuez del cuello describía un movimiento ascendente y descendente.

Aplastó la lata contra su pierna y la lanzó a la pared. Se levantó, se acercó a la ventana, miró hacia fuera, con el cigarrillo colgando de la comisura de sus labios, aquellas inmensas manos abriéndose y cerrándose, las venas del brazo hinchándose y deshinchándose.

—¿Le has visto? —preguntó sin volverse.

—Esta tarde he ido a identificar el cadáver.

Su padre se volvió de pronto, hecho una furia.

—¿Esta tarde? ¿Y por qué demonios has tardado tanto en venir a decírmelo?

Fiske se levantó.

—He intentado localizarte durante todo el día. He dejado mensajes en tu contestador. Por fin he sabido que estabas aquí, porque se lo he preguntado a la señora Germán.

—Por ahí tenías que haber empezado —replicó su padre—. Ida siempre sabe donde estoy. No hace falta que te lo repita. —Se acercó a ellos con el puño en alto.

Sara, que se había levantado al tiempo que Fiske, retrocedió. Miró de reojo la escopeta y se preguntó si estaría cargada.

Fiske se acercó a su padre.

—En cuanto he sabido la noticia, papá, te he llamado. Luego he pasado por tu casa. Pero he tenido que ir al depósito. No te creas que ha resultado agradable para mí identificar el cadáver de Mike pero lo he hecho. Y el resto del día ha ido de mal en peor. —Tragó saliva, sintiéndose de repente culpable de que le afectara más la reacción airada de su padre que la muerte de su hermano—. No vamos a discutir por cuestiones de horario, ¿de acuerdo? Con ello no conseguiremos devolver la vida a Mike.

Al oír aquellas palabras, pareció que el enojo se disipaba del semblante de Ed. Unas frases tranquilas, racionales, que ni explicaban ni aliviaban la angustia que sentía. No se habían inventado aún las palabras que pudieran conseguirlo ni la persona capaz de pronunciarlas. Ed se sentó y su cabeza iba moviéndose de un lado a otro. Cuando levantó de nuevo la vista, tenía los ojos empañados.

—Siempre he dicho que uno no tiene que perseguir las malas noticias, pues llegan con más rapidez que las buenas. Con una rapidez incomparable.

Se le notaba un nudo en la garganta al hablar. Con aire ausente, aplastó el cigarrillo en la alfombra.

—Tienes toda la razón, papá.

—¿Han detenido a quien lo hizo?

—Todavía no. Pero trabajan en ello. El inspector que lleva el caso es extraordinario. Yo me he ofrecido para ayudarlo.

—¿Distrito de Columbia?

—Sí.

—Nunca me gustó que Mike viviera allí.

Clavó su mirada en Sara, quien quedó completamente inmóvil ante aquella expresión acusadora. La señaló con el dedo.

—Allí arriba, la gente te mata por nada. ¡Enloquecidos cabrones! —Eso lo hacen hoy en día en todas partes, papá. Sara hizo un esfuerzo por recuperar la voz.

—Yo apreciaba y respetaba profundamente a su hijo. En el Tribunal todo el mundo consideraba que era una persona maravillosa. Lo he sentido mucho, muchísimo.

—Es verdad que era maravilloso —dijo Ed—. Eso, seguro. Ni siquiera sé cómo pudo salir así, de aquí, nuestro Mike.

Fiske bajó la vista. Sara notó la expresión apesadumbrada en su rostro.

Ed echó una ojeada al interior de la caravana: los recuerdos de los buenos tiempos con su familia le acechaban desde cualquier rincón de la estancia.

—Tenía el cerebro de su madre. —El labio inferior le tembló un instante—. Es decir, el cerebro que tenía antes ella. —Un sollozo apagado escapó de sus labios y se desplomó.

Fiske se arrodilló junto a su padre y le abrazó; los hombros de los dos temblaban al unísono.

Sara les miraba sin saber qué hacer. Se sentía violenta ante aquel instante tan íntimo y pensaba si no sería mejor salir corriendo hacia su coche. Por fin bajó la vista, cerró los ojos y dejó fluir con libertad las lágrimas, que fueron salpicando la basta alfombra.

Media hora después, Sara estaba sentada en el porche tomándose una lata de cerveza. Iba descalza; había dejado los zapatos al lado. Ensimismada, se friccionaba los dedos de los pies y tenía la vista fija en aquella oscuridad interrumpida de vez en cuando por una bombilla. Pegó una palmada a un mosquito y secó un reguero de sudor que bajaba por su pierna. Apoyando la lata de cerveza contra la frente, se planteó volver al coche, poner en marcha el aire acondicionado e intentar conciliar el sueño.

Se abrió la puerta y apareció Fiske. Se había cambiado y llevaba unos vaqueros descoloridos y una camisa sin planchar de manga corta. Él también iba descalzo. Llevaba en la mano dos cervezas que pendían del plástico que había anido a las seis. Se sentó a su lado.

—¿Cómo está su padre? Fiske encogió los hombros.

—Duerme, o por lo menos lo intenta.

—¿Quiere volver con nosotros?

Fiske hizo un gesto de negación.

—Iría a mi casa mañana por la noche. —Consultó el reloj y comprobó que estaba a punto de amanecer—. Quiero decir esta noche. Tengo que pasar por mi piso en el camino de vuelta para cambiarme.

Sara miró su vestido.

—¡Anda que no me conviene a mí! ¿De dónde ha sacado lo que lleva puesto?

—Lo había dejado aquí la última vez que estuve pescando.

Sara se secó la frente.

—¡Qué humedad tan terrible!

Fiske miró hacia el bosque.

—Junto al agua circula un aire más fresco. —Fueron hacia el vehículo del golf. Mientras circulaban por aquellos tranquilos caminos, Fiske le pasó una cerveza—. Esta está fresca.

Sara la abrió. Le supo a gloria e incluso la animó un poco. La colocó contra su mejilla.

El estrecho camino los llevó a través de un bosque de pinos, acebos, robles y abedules que tenían una corteza deshilachada que recordaba las virutas de sacar punta al lápiz. El paisaje se abrió y Sara divisó un embarcadero con unas cuantas barcas amarradas a él. Observó como se movía hacia arriba y hacia abajo la estructura de madera con el chapoteo del agua.

—Es un embarcadero flotante; se apoya en unos bidones de unos ciento cincuenta litros —le explicó Fiske.

—Ya lo imaginaba. Y eso, ¿es una rampa para las barcas? —preguntó, señalando un punto en el que el camino formaba un ángulo agudo y se introducía en el agua. Fiske asintió.

—La gente pasa en coche por otro camino para llegar aquí. Papá tiene una pequeña lancha motora. Aquella de allí. —Le señaló una embarcación blanca con rayas rojas que se balanceaba en el agua—. Normalmente las retiran de noche. Se habrá olvidado de hacerlo. La compró muy barata; se pasó un año arreglándola. No es un yate pero te lleva a donde quieres.

—¿Qué río es este?

—¿Recuerdas que bajando por la 95 viste indicadores de los ríos Marta, Po y Ni? —Sara asintió—. Pues bien, cerca de Fort A. P. Hill, al sureste de Fredericksburg, confluyen en el llamado «río Mattaponi». —Miró hacia el agua. Consideraba que existían pocas actividades tan relajantes como arrojar piedras rozando la superficie del agua—. Hay luna llena, la lancha tiene luces de posición y un faro guía, aparte de que conozco muy bien esta parte del río. En el agua, además, se está mucho más fresco. —Le dirigió una mirada interrogativa.

Sara no vaciló ni un instante.

—Me parece muy bien.

Se acercaron a la lancha y Fiske le ayudó a meterse en ella.

—¿Sabe quitar amarras? —le preguntó él.

—En realidad, participé en regatas cuando estudiaba en Stanford.

Fiske observó como deshacía los nudos y soltaba las amarras con gran soltura.

—El Mattaponi este parece un poco apagado.

—Eso a veces depende de la compañía.

Se sentó al lado de Fiske, quien metió la mano en el compartimiento que se encontraba junto al asiento del capitán y sacó unas llaves. Puso el motor en marcha y se alejaron lentamente del embarcadero. Se situaron en el centro del río y Fiske fue acelerando hasta que empezaron a avanzar a considerable velocidad. En el agua la temperatura había descendido unos cuatro grados. Fiske sujetaba el timón con una mano y en la otra tenía una cerveza. Sara dobló las piernas bajo las nalgas y se incorporó de forma que la parte superior del tronco le quedara por encima del corto parabrisas. Levantó los brazos para que la brisa le diera de lleno.

—¡Qué maravillosa sensación!

Fiske tenía la vista fija en el agua.

—Mike y yo organizábamos carreras cruzando el río. En algún punto es bastante ancho. A veces pensaba que uno u otro iba a ahogarse. Pero había algo que siempre nos mantenía en pie.

—¿El qué?

—Ninguno de nosotros soportaba la idea de que el otro ganara.

Sara se colocó bien en el asiento, lo hizo girar y se situó frente a él, al tiempo que se alisaba el pelo.

—¿Le importa que le haga una pregunta personal?

Fiske se puso algo tenso.

—Probablemente sí.

—¿No se lo tomará a mal?

—Seguro.

—¿Por qué no se relacionaban más usted y Michael?

—No existe ninguna ley que establezca que los familiares tienen que vivir pegados.

—Pero usted y Michael parecían tener tantas cosas en común... Él le tenía en un pedestal y, por lo que he comprobado, usted estaba muy orgulloso de Michael. Intuyo que tenían algunas diferencias. Pero no acabo de entender qué problema pudo surgir.

Fiske paró el motor y dejó la lancha a la deriva. Apagó también el faro y solo les quedó la luz de la luna. El río estaba completamente tranquilo y se encontraban en uno de los puntos en que alcanzaba mayor anchura. Fiske se levantó las perneras del pantalón, se colocó en uno de los flancos, se sentó y metió los pies en el agua.

Sara se situó a su lado, se levantó algo la falda y metió también los pies en el río.

Fiske seguía con la mirada fija en el agua, tomando cerveza.

—No tengo ninguna intención de fisgonear, John.

—Yo no estoy de humor para hablar. ¿Queda claro?

—Pero...

Fiske cortó el aire con la mano.

—No es el lugar ideal para hacerlo y a todas luces tampoco el momento, Sara, ¿de acuerdo?

—Lo siento. Es que me preocupo. Me preocupo por todos.

Siguieron sentados allí mientras la lancha seguía su movimiento y les llegaba como un murmullo el ruido de los grillos.

Por fin Fiske se desperezó.

—Encuentro que Virginia es un lugar precioso. Tiene agua, monte, bosque, playa, historia, cultura, centros de alta tecnología y antiguos campos de batalla. La gente se mueve con más lentitud, disfruta algo más de la vida. No podría imaginar vivir en otra parte. La verdad es que nunca he estado en otra parte.

—Y tienen además unos parques para caravanas preciosos —dijo Sara.

Fiske sonrió.

—Además eso.

—Veamos, ¿el discurso de las alabanzas del país implica que ha quedado cerrado oficialmente el tema de usted y su hermano? —Sara se mordió la lengua al concluir la frase. «¡Qué bocazas!», se reprendió a sí misma.

—Eso diría yo.

Fiske se levantó de repente. La lancha se balanceó y Sara estuvo a punto de caer

al río. Fiske la sujetó del brazo. Se lo apretó con fuerza mirándola. Ella levantó la vista, con los ojos grandes como la luna que les iluminaba, las piernas separadas, al borde el agua, la falda mojada en la parte que se había sumergido.

—¿Qué tal un baño? —dijo ella—. Para refrescarnos un poco...

—No llevo bañador —dijo él.

—A mí ya se me ha mojado la ropa.

La ayudó a incorporarse y luego conectó otra vez el motor, rompiendo la paz.

—De acuerdo.

—¿Por qué no aquí?

—La corriente es demasiado fuerte.

Giró la lancha y la dirigió hacia el embarcadero. Cuando habían recorrido tres cuartas partes del camino, detuvo la embarcación y la dirigió hacia la orilla. Esta descendía gradualmente hacia el agua y al acercarse más, Sara se fijó en los bidones que flotaban separados entre sí unos seis metros. Al llegar junto a ellos, vio que estaban sujetos por una cuerda de la que pendía una red formando una piscina rectangular.

Fiske situó la lancha cerca de uno de los bidones y dejó que su impulso les guiara hasta poder tocar con la mano uno de estos. Ató un cabo a un gancho situado sobre este y soltó una pequeña ancla, en realidad un bote de pintura lleno de cemento, para más seguridad.

—El punto más profundo en el interior de las cuerdas está a unos tres metros. Existe una valla de tela metálica que rodea la zona y va hasta el fondo. Así, si la corriente se la lleva, no acabará en el Atlántico.

Sara se dispuso a quitarse el vestido y Fiske se volvió.

Ella sonrió.

—No me venga con remilgos, John. El bikini que suelo llevar deja más al descubierto.

Se tiró al agua en ropa interior y poco después se dio la vuelta en el agua.

—Le daré la espalda si se siente tan violento —le gritó.

—Aguantaré.

—Vamos, que no muerdo.

—Ya soy un poco mayor para nadar a pelo.

—El agua está fantástica.

—Eso parece.

Pero no movió ni un dedo para acercarse a ella.

Con la decepción marcada en el rostro, Sara por fin se volvió y se alejó de él a grandes brazadas.

Mientras Fiske la observaba, reseguía con el dedo la cicatriz de la herida, deteniéndose en las dos protuberancias circulares que habían dejado las balas al entrar. Con gesto brusco, apartó el dedo y se sentó.

El apellido «Harms» retumbaba en su cabeza. Teniendo en cuenta que la solicitud

se había hecho *in forma pauperis*, probablemente procedía de un preso, suponiendo que el documento manuscrito fuera en realidad una apelación. Cambió de posición en el asiento y miró de nuevo hacia donde estaba Sara. A la luz de la luna, apenas la distinguía en el extremo menos profundo de la zona. No podía determinar si ella le estaba mirando o no.

Dirigió la vista al río, pues sus pensamientos le llevaron otra vez allí. Chapoteó en el agua, dos jóvenes nadando a toda velocidad, uno de ellos tomando la delantera y el otro superándole después. A veces ganaba Mike, otras, John. Luego hacían la carrera de vuelta. Y aquello día tras día, cada vez más bronceados, más esbeltos y fuertes. ¡Cuánto se habían divertido! Ninguna preocupación de verdad, ningún dolor de cabeza. Nadar, explorar el bosque, devorar bocadillos de salchicha con mayonesa a la hora de comer; para la cena, pinchitos de frankfurt asados al carbón hasta que la carne se abría. ¡Cómo disfrutaban! Fiske apartó la mirada del agua e intentó concentrarse.

Si Harms estaba preso, sería fácil localizarle. Como expolicía, Fiske sabía que no existía un grupo de seres humanos mejor controlado que los casi dos millones de habitantes que conformaban la población reclusa estadounidense. Tal vez el país no era capaz de localizar a todos sus niños o a las personas sin hogar pero seguía religiosamente la pista de todos sus presos. Además, en la actualidad, la mayor parte de la información se encontraba en bases de datos informatizadas. Volvió la vista y vio que Sara se acercaba a la lancha nadando. No se fijó en el resplandor de un cigarrillo que fumaba alguien que les estaba observando desde la orilla.

Un par de minutos después, Fiske ayudaba a Sara a subir a la lancha. Ella se sentó, jadeando.

—Hacía mucho tiempo que no nadaba tanto.

Fiske le tendió una toalla que había cogido del pequeño armario, evitando mirarla al hacerlo. Ella se secó rápidamente y se puso de nuevo el vestido. Al devolverle la toalla, los dos brazos se rozaron. Aquello movió a Fiske a mirarla. Sara seguía respirando con dificultad tras el ejercicio; el movimiento de sus pestañas resultaba hipnótico.

Él observó en silencio su rostro un momento y luego se centró en algo que vio en el cielo. Sara también volvió la cabeza para mirar hacia allí. Una especie de remolinos rosados asomaban en el oscuro horizonte al apuntar el alba. Miraran donde miraran, veían el suave resplandor del inicio de la luz. Los árboles, las hojas, el agua, conformaban una fachada inundada por la trémula luz mientras la lancha se balanceaba.

—¡Qué bonito! —dijo ella en voz baja.

—Sí, lo es —respondió él.

Al volverse hacia él, estiró el brazo, primero muy lentamente, su mirada buscando la de él a la espera de alguna reacción por su parte. Los dedos de Sara rozaron su barbilla, la cogieron y notó la aspereza de la incipiente barba contra su piel. La mano

se deslizó hacia arriba, resiguiendo sus mejillas, sus ojos, deteniéndose luego en el pelo; cada caricia era más suave, más lenta. Al agarrarle por la nuca y empujar su cabeza hacia ella, notó que Fiske se echaba hacia atrás. A Sara le temblaron los labios al comprobar el brillo de sus ojos. Apartó la mano y se retiró.

De repente, Fiske fijó la vista en el agua, como si siguiera viendo allí los dos muchachos nadando frenéticamente. Se volvió hacia ella.

—Mi hermano está muerto, Sara —se limitó a decir con voz algo temblorosa—. Ahora mismo estoy hecho un lío. —Intentó decir algo más pero las palabras no salían de sus labios.

Sara fue a instalarse en uno de los asientos. Se secó los ojos y luego, algo avergonzada, se estiró el dobladillo de la falda, intentando alisarla y escurrir la humedad de ella. Hacía más viento y el río mecía la embarcación. Sara miró a Fiske.

—Apreciaba muchísimo a su hermano. Y no sabe cuánto siento que nos haya dejado. —Bajó la vista, como si buscara en sus pies las palabras adecuadas—: Y lo que siento también es lo que acabo de hacer.

Él apartó la vista.

—Yo podía haberle dicho algo antes. —Levantó los ojos hacia ella con expresión desconcertada—. No sé por qué no lo he hecho.

Ella se levantó y le rodeó los hombros con sus brazos.

—Tengo un poco de frío. Creo que será mejor volver.

Fiske levó el ancla mientras Sara soltaba la amarra y luego, con el motor ya en marcha, se dirigieron hacia el embarcadero, sin atreverse a mirarse a los ojos, por miedo a lo que pudiera suceder, a lo que sus cuerpos pudieran decidir, a pesar de las palabras que acababan de pronunciar.

Ya en la orilla, la persona del cigarrillo encendido se retiró en el momento en que Sara se acercaba a Fiske.

Fiske y Sara amarraron la lancha, anduvieron en silencio hacia el vehículo

del golf y montaron en él. El sonido de unos pasos hizo volverse a Fiske.

—¿Papá? ¿Qué haces aquí?

Ed no respondió pero siguió hacia ellos. Fiske se le acercó con los brazos abiertos.

—¿Estás bien, papá?

Sara, desconcertada, les miraba de lejos.

Estaban a penas medio metro el uno del otro cuando el viejo se abalanzó sobre él y le pegó un puñetazo en la mandíbula.

—¡Cabrón! —exclamó Ed.

Fiske retrocedió con el golpe y Ed siguió golpeando con ambos puños.

Se apartó de su padre, tambaleándose, con la nariz y los labios ensangrentados.

—¿Qué demonios te ocurre? —chilló.

Sara iba a bajar del vehículo pero quedó de piedra cuando vio a Ed señalándola con el dedo.

—¡Iros tú y esa zorra a tomar viento! ¡Fuera de aquí! ¿Me oyes?

—¿Pero qué te pasa, papá?

Enfurecido, Ed se abalanzó de nuevo contra su hijo. En esta ocasión Fiske esquivó el golpe, rodeando a su padre con los brazos y sujetándole con fuerza mientras el anciano se movía frenéticamente intentando por todos los medios darle de nuevo.

—Os he visto a los dos, ¡maldita sea! Medio desnudos, besándoos, mientras tu hermano yace muerto. ¡Tu hermano! —chilló tan fuerte que la voz se le entrecortó.

Fiske también perdió la voz al pensar en lo que podía haber visto su padre. O pensar que había visto.

—No ha sucedido nada, papá.

—¡Vaya cabrón! —intentaba agarrarse al pelo de su hijo, a la ropa, a lo que fuera para atizarle otra vez—. ¡No tienes corazón! —siguió chillando, con el rostro completamente enrojecido, la respiración cada vez más acelerada, los movimientos más lentos.

—¡Basta ya, papá! Te dará un infarto.

Los dos siguieron luchando, resbalando, cayendo al suelo y revolviéndose entre el polvo y la gravilla.

—¡Que mi propio hijo me haga eso! Ya no tengo ningún hijo. Los dos han muerto para mí. Los dos han muerto. —Ed soltaba aquellas palabras con una terrible furia.

Fiske soltó a su padre y el viejo se tumbó exhausto. Intentó incorporarse pero cayó de nuevo; llevaba la camiseta manchada por el sudor del esfuerzo y todo su cuerpo exhalaba alcohol y tabaco. Fiske se situó junto a él, jadeando, notando el sabor de la sangre y las lágrimas.

Sara, horrorizada, se arrodilló junto a Ed y con gran suavidad le colocó una mano sobre el hombro. No sabía qué decirle.

Ed agitó los brazos y a ciegas golpeó a Sara en el muslo.

Ella quedó sin aliento al notar el dolor.

—¡Iros de una puñetera vez! ¡Los dos! ¡Ahora mismo! —gritaba Ed.

Fiske la cogió del brazo y la ayudó a incorporarse.

—Vámonos, Sara. —Miró a su padre—. Coge el vehículo para ir a casa, papá.

Al entrar en el bosque, Fiske y Sara oían aún los chillidos del anciano.

Con la pierna dolorida, las lágrimas nublándole la vista, Sara exclamó:

—¡Dios mío, John, todo ha sido culpa mía!

Fiske no respondió. Tenía las entrañas encendidas. Nunca había experimentado aquel dolor y estaba asustado. Le vinieron a la mente las frías advertencias de tantos médicos. Empezó a andar cada vez más deprisa hasta que Sara tuvo que echar a correr para alcanzarlo.

—Por favor, John, dígame algo.

Se acercó a él para secarle la sangre de la barbilla pero Fiske le apartó la mano. Luego, sin mediar palabra, inició de nuevo la carrera.

—¡John! —Ella también echó a correr, pero en su vida había visto a alguien acelerar de aquella forma—. ¡John! —gritó—. ¡Vuelva, por favor! ¡Deténgase, por favor!

Poco después desapareció en una curva del bosque.

Ella redujo la marcha al notar que el pecho le dolía. Tropezó con un terrón y se desplomó sobre la pinaza. Se quedó allí sollozando, con el muslo amoratado por el golpe de Ed.

Al cabo de un minuto la sobresaltó una mano que le tocó el hombro.

Levantó la vista, aterrorizada, convencida de que Ed la había alcanzado e iba a golpearla por haber manchado el recuerdo de su difunto hijo.

Fiske jadeaba, llevaba la camiseta empapada de sudor y la sangre ya se había secado en su rostro.

—¿Está bien?

Ella asintió y se levantó, apretando los dientes ante el aumento del dolor en la pierna. Si un bandazo a ciegas de Ed le había hecho tanto daño, podía imaginar cómo estaba John tras el violento puñetazo. Consiguió ponerse en pie y él, inclinándose un poco, le levantó algo la falda para observar los efectos del golpe en el muslo.

—Una buena magulladura —dijo él, agitando la cabeza—. No sabía lo que hacía. Lo siento mucho.

—Me lo merecía.

Con la ayuda de Fiske, consiguió andar a paso normal.

—Perdone, John —dijo—. Eso es... una especie de pesadilla.

Al acercarse a la caravana, oyó que él decía algo. Al principio creyó que hablaba con ella pero comprobó que no.

Lo repitió, en voz baja, con la vista al frente, la cabeza algo ladeada como si no acabara de creérselo.

—Perdón.

Las disculpas no iban dirigidas a ella, notó Sara al instante. Quizás las dedicaba al hombre que seguía chillando junto al embarcadero. ¿O tal vez al hermano muerto?

Llegaron a la caravana y Sara se sentó en los peldaños mientras Fiske se metía en el interior. Salió al cabo de un minuto con unos cubitos de hielo y unos pañuelos de papel. Mientras sujetaba el hielo contra el moretón de su muslo, con otro pañuelo y otro cubito limpiaba la sangre del rostro de él y también del corte que tenía en el labio. Al acabar, él se levantó, bajó los peldaños y se dirigió hacia el camino.

—¿Adónde va? —le preguntó Sara.

—A buscar a mi padre —respondió él sin volverse.

Vio como desaparecía en el bosque. Luego entró medio cojeando a la caravana y se lavó en el pequeño cuarto de baño. Vio el traje y los zapatos de Fiske y los llevó hasta el coche. Pasó la mano por la lisa superficie metálica del asta de la bandera y se preguntó si Ed sería capaz de izar aquella mañana las barras y estrellas. Quizás la dejaría a media asta en memoria de su hijo. ¿Tal vez en señal de luto por ambos hijos?

Aquel pensamiento la hizo estremecer; se apartó del asta y se apoyó contra el coche. Miró inquieta hacia el bosque como a la espera de que estallara de sus entrañas un terror aún no imaginado.

Salió una anciana de la caravana de al lado y se detuvo al ver a Sara.

Esta sonrió, algo violenta.

—Soy... una amiga de John Fiske.

La mujer la saludó con la cabeza.

—Buenos días.

—Buenos días.

La mujer tomó el camino que iba a la casita.

Sara volvió a inspeccionar el bosque con ansiedad, entrelazando con fuerza las manos. «Vamos, John, vuelve, por favor».

Un cuarto de hora más tarde apareció el vehículo de golf. Lo llevaba Fiske y su padre estaba tumbado atrás, durmiendo, al parecer.

Fiske se paró frente a la caravana, salió del vehículo y se cargó a su padre al hombro. Entraron en la caravana. Unos minutos después salió llevando la escopeta en la mano.

—Está durmiendo —dijo.

—¿Y eso? —Sara le señaló el arma.

—No pienso dejársela a mano.

—No creerá que puede matar a alguien...

—No, pero no quiero que se la meta en la boca y apriete el gatillo. Las armas, el alcohol y las malas noticias pueden ser un cóctel explosivo. —Metió la escopeta en el

asiento de atrás—. Mejor será que conduzca yo.

—Su ropa está en el maletero.

Se metieron en el coche y al cabo de un minuto ya estaban en la casita del registro. Fiske entró y pagó los cuatro dólares correspondientes. Compró unos pasteles y un par de botes de zumo de naranja. Ahí estaba también la mujer que había saludado a Sara.

—He visto a tu amiga, John. ¡Qué guapa es!

—Ajá.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—Seguro que a tu padre le apetecería que os quedarais más tiempo.

Fiske pagó las compras y ni esperó a que le dieran una bolsa.

—Yo no estoy tan seguro de ello —respondió a la desconcertada mujer y volvió hacia el coche.

Samuel Rider, quien había pasado unos días fuera por asuntos de trabajo, llegó pronto a su despacho. Sheila aún no había llegado. Mejor, pues Rider prefería estar solo. Cogió el teléfono, llamó a Fort Jackson, se identificó como el abogado de Harms y pidió hablar con él.

—Ya no está aquí.

—¿Cómo dice? Está cumpliendo cadena perpetua. ¿Dónde puede estar?

—Lo siento, pero no me está permitido transmitir esta información por teléfono. Si se personara usted aquí o solicitara la información por escrito en la debida forma...

Rider soltó el teléfono y se dejó caer sobre el sillón. ¿Estaría muerto Rufus? ¿Habrían descubierto lo que tenía entre manos? Tras haber presentado el recurso al Tribunal Supremo, tenía que haber dispuesto inmediatamente unas medidas de seguridad.

Sujetó con fuerza el extremo de la mesa con los dedos. Todo aquello suponiendo que hubiera llegado al Tribunal. Abrió el cajón del escritorio y sacó la hoja de color blanco del resguardo que contenía el número de referencia. Tenían que haber devuelto a su despacho la copia verde. ¡Sheila! Se levantó de un salto y se fue corriendo a la mesa de trabajo de Sheila. En general, cualquier resguardo se guardaba en el archivador adecuado. Sin embargo, Rufus Harms no tenía archivo para su caso. ¿Qué habría hecho con el maldito resguardo?

Como si respondiera a sus pensamientos, la mujer entró por la puerta. Le sorprendió ver a Rider allí.

—¡Qué pronto ha llegado, señor Rider!

Este intentó responder sin darle mucha importancia al asunto.

—Intentando ponerme al día en una serie de cuestiones.

Se alejó de la mesa de ella, a pesar de que Sheila se había percatado de sus intenciones.

—¿Busca algo?

—Pues ahora que lo dice, sí, buscaba algo. Mandé una carta certificada y ahora estaba pensando que no se lo había comentado. ¡Qué estúpido soy!

Las palabras de ella le hicieron soltar un suspiro interior de tranquilidad.

—¡Ah, era eso! Por un momento pensé que me había olvidado de abrir algún expediente. Quería preguntárselo cuando llegó.

—De modo que ha llegado —respondió Rider, intentando disimular su entusiasmo.

Sheila abrió un cajón y sacó de él un resguardo verde.

—Del Tribunal Supremo —dijo, pasándole el papel—. Recuerdo que pensé que tal vez tendríamos que acudir a esa instancia.

Rider se esforzó por poner la expresión imparcial del abogado.

—No, Sheila, se trata de una formalidad de la judicatura. De momento no es

Washington quien va a proporcionarnos las lentes.

—Ah, aquí tiene los mensajes telefónicos que han llegado mientras estaba fuera. Se los he dispuesto por orden de prioridad.

Él le estrechó la mano con gesto agradecido.

—Es usted la eficiencia en persona —le dijo galantemente.

La mujer sonrió y empezó a dedicarse a sus papeles.

Rider volvió a su despacho, cerró la puerta y miró el resguardo. El documento estaba entregado. Ahí estaba la firma. Pero ¿dónde estaba Rufus?

Rider pensaba pasar casi toda la mañana en reuniones en las que iba a discutirse la posible construcción de un centro comercial en unos terrenos que desde los años cuarenta se había utilizado como cementerio de coches. Una de las personas con los que se iba a entrevistar había llegado a Blacksburg, Virginia, en un avión privado desde Washington a primera hora de la mañana e iba a pasar por su despacho. Con tantas cosas en la cabeza, Rider tuvo que hacer un esfuerzo por simular normalidad cuando el hombre acudió poco después a verle. Aquel hombre llevaba un ejemplar del *Washington Post*. Mientras Sheila le preparaba un café, Rider echó un vistazo a los titulares del periódico. Uno de ellos le llamó la atención. El hombre se percató de ello.

—¡Qué vergüenza! —exclamó, señalando el artículo que miraba Rider—. Uno de los mejores y más brillantes —añadió mientras Rider recitaba para sus adentros el titular: «*Asesinado un funcionario del tribunal supremo*».

—¿Le conocía usted? —preguntó Rider. Aquello no podía tener ninguna relación. Ni muchísimo menos.

—No. Pero si trabajaba ahí, había llegado a lo más alto. Y le asesinan. Eso nos demuestra que vivimos en una época muy peligrosa. Ya nadie puede sentirse seguro.

Rider le miró un momento y luego volvió la vista hacia el periódico y la foto que incluía. Michael Fiske, treinta años. Se había licenciado en la Universidad de Columbia, desde donde había pasado a la Facultad de Derecho de Virginia, donde había dirigido la revista *Law Review*. Era ayudante del magistrado Thomas Murphy. No figuraban sospechosos ni móvil alguno, tan solo había desaparecido una cartera. «Ya nadie puede sentirse seguro». Sujetó el periódico mientras contemplaba la deprimente y difuminada foto del hombre que había muerto. No podía ser. De todas formas, tenía algo que comprobar.

Se disculpó con el cliente y se metió en su despacho, desde donde llamó al Tribunal Supremo.

—No ha llegado ningún caso a nombre de Harms, ni por vía regular ni *in forma pauperis*.

—Pero ha llegado a mi poder el resguardo que demuestra que les fue entregado. La voz del otro lado de la línea repitió mecánicamente el mensaje.

—¿No tienen forma de seguir la pista del correo que les llega? —La cortés respuesta que le dio el otro le sentó bastante mal. Gritó por el auricular—: Rufus

Harms se está pudriendo en el maldito penal y ustedes son incapaces de seguir la pista al correo que llega. —Dicho esto, colgó.

Al parecer, la solicitud de Rufus Harms había desaparecido en algún momento entre su llegada y la entrada en el sistema. Y también había desaparecido Rufus Harms. De pronto Rider sintió un escalofrío.

Echó otra ojeada al periódico. Además, un funcionario del Tribunal Supremo había sido asesinado. Todo aquello parecía rocambolesco, pero él tenía presente la historia que le había contado Rufus. De repente, otra idea le produjo aún más impacto: si habían matado a Rufus y al funcionario, no iban a detenerse ahí. Si tenían en su poder la petición de Rider, sabrían el papel que jugaba él. Aquello podía significar ser el siguiente en la lista.

«Vamos —se dijo— te ha cogido la paranoia». Y entonces lo comprendió. El montón de mensajes que había recogido Sheila mientras él estaba fuera. Los fue ojeando, descartando los que no le parecieron importantes. El nombre, el maldito nombre.

Fue manoseando papeles hasta que encontró los de color rosa. Sus manos se movían con gran agilidad, comprobando, apartando los que no le interesaban, hasta que lo encontró. Se fijó en el nombre y notó que quedaba lívido. Michael Fiske le había llamado. Dos veces.

«¡Dios mío!». En una avalancha, las imágenes mentales de su esposa, de la propiedad en Florida, de sus hijos ya mayores, tantas horas dedicadas al trabajo, todo iba pasando por su mente. Pues nada, no esperaría a que fueran a por él. Pulsó el interfono, le dijo a Sheila que no se encontraba bien, que se lo comunicara a la persona que tenía allí y a los demás que iban a llegar al cabo de poco y que se ocupara de ellos como pudiera.

—No volveré en todo el día —le dijo al salir deprisa. «Espero poder hacerlo algún día, y no con los pies por delante», añadió en silencio.

—De acuerdo, señor Rider, cuídese.

Casi le hizo reír aquel comentario. Antes de salir, había llamado a su casa pero no había encontrado a su esposa. Ya en el coche decidió lo que iba a hacer. La pareja había hablado de unas vacaciones de otoño, de ir a las islas a por la última dosis de sol y playa antes de que empezara a helar de verdad. Pero tendrían que alargarlas un poco. Prefería invertir sus ahorros en seguir vivo que en asegurar las vistas de una puesta de sol en Florida que tal vez no le darían la oportunidad de contemplar.

Podían ir en coche a Roanoke, y allí coger un vuelo que les llevara a Washington o a Richmond, desde donde podían elegir destino. Le contaría a su esposa que era algo que se le había ocurrido de repente, que actuaba con espontaneidad, lo que ella siempre le había negado. Para su esposa era una persona metódica y responsable. El esposo que no hacía más que trabajar con ahínco, pagar sus facturas, educar a los hijos, amarla a ella e intentar arañar algún instante de felicidad de paso. «Yo mismo estoy redactando mi esquela», pensó.

Con tal decisión no podría echar una mano a Rufus, pero de todas formas imaginaba que el hombre ya estaría muerto. «Lo siento, Rufus», pensó. «Ya estás en un lugar muchísimo mejor, incomparable con el que habían destinado para ti en la tierra esos hijos de puta».

De repente se le ocurrió algo. Había dejado las copias del expediente de Rufus en el despacho. ¿Tenía que volver? Decidió por fin que su vida tenía más valor que unos papeles. Y por otro lado, ¿qué podía hacer con ellos?

Se concentró en la carretera. Entre el despacho y su casa no había mucho más que una serpenteante carretera, los pájaros y de vez en cuando un ciervo o un oso negro. Hasta aquel momento, Rider no se había sentido preocupado por el aislamiento. Pero de pronto le aterrorizó. En casa tenía una escopeta que utilizaba para salir a cazar codornices. Pensaba que ojalá la tuviera en el coche.

Pasó por una curva muy cerrada fijándose en que entre él y el precipicio de quince metros no había más que una oxidada barrera de protección. Pisó el freno para reducir la velocidad y quedó sin aliento. ¡Los frenos! «¡Dios mío, me he quedado sin frenos!». Iba a soltar un chillido. Pero consiguió controlar el vehículo. «No pierdas el juicio, Sam», dijo para sus adentros. Al cabo de unos minutos, superó la última curva y vio el buzón de su casa. Otro minuto y entró con el coche en el garaje. Vio el coche de su esposa al lado del suyo.

Al salir, echó un vistazo al asiento de delante. Notó que las piernas lo fallaban e iba a desplomarse. Su esposa estaba tumbada con la cara contra el asiento. Desde su posición, Rider vio la sangre que manaba de la herida de la cabeza. Aquel sería el último recuerdo que se grabaría en su mente. Una mano le agarró la cabeza apretando contra su cara una tela que olía a medicamento. Otra mano metió algo entre sus dedos. El abogado bajó la vista, con los ojos ya entornados, y notó la pistola aún caliente que empujaban contra su mano unos dedos protegidos por un guante de goma. Era la suya, la que utilizaba para el tiro al blanco. La que, ahora se daba cuenta, había matado a su esposa. Por la calidez del taco en el metal, pensó que lo habrían hecho al verle llegar. Le habrían estado esperando. Ladeó un poco la cabeza y distinguió los fríos y claros ojos de Víctor Tremaine mientras se iba sumergiendo cada vez más profundamente en la inconsciencia. Aquel hombre la había matado pero achacarían el asesinato a Rider. Tampoco le importaba tanto. Él también estaría muerto. Al concluir aquel pensamiento, los ojos de Samuel Rider se cerraron para siempre.

Descendiendo por George Washington Parkway, al sur del casco viejo de Alexandria, Fiske vio cómo un ciclista avanzaba, como un fantasma, por la hilera de árboles que seguía el carril para bicicletas. Despertó a Sara con un suave codazo y ella le indicó el punto por el que tenía que salir de la avenida, al tiempo que le dirigía una rápida mirada. Durante el viaje de vuelta no había salido a colación el enfrentamiento con el padre. Parecía que habían establecido en silencio un pacto para evitar el tema.

Ella le iba guiando y Fiske bajó por otra carretera asfaltada para girar otra vez hacia una avenida de gravilla que descendía en picado hacia el agua. Detuvo el coche frente a la pequeña casa de madera, cuidada y austera, bajo las ramas de los árboles, las zarzas y las flores silvestres, cual esposa de predicador en una merienda campestre en la que empiezan a dominar los excesos. Las tablas de madera de la construcción tenían un montón de capas de pintura blanca, aplicada año tras año durante los cincuenta que llevaba en pie; las contraventanas eran negras y destacaba desde el exterior la amplia chimenea de color terracota. Fiske observó a una ardilla que seguía el hilo telefónico, saltaba al tejado y giraba alrededor de la chimenea.

Marcaba uno de los límites de la propiedad una vincapervinca en flor cuyo tronco tenía la textura y el color de la piel de ciervo. Contra el otro lado de la casa se alzaba un acebo de unos seis metros, con sus rojas bayas en contraste con las hojas verde oscuro. En medio se levantaba una valla de *casimiroa* y a su alrededor un lecho de hojas granate. Por detrás de la casa, Fiske vio una escalera que descendía hacia el agua. Desde el punto en que se encontraba, creyó vislumbrar la punta del mástil de un barco. Cogió la ropa limpia que había recogido en su piso. Los dos salieron del coche.

—Bonito lugar —comentó.

Sara se desperezó y soltó un profundo bostezo.

—Cuando me contrataron en el Tribunal, me dediqué a buscar casa. Al principio tenía la idea de alquilar una pero encontré esta y me enamoré de ella. Me fui a Carolina del Norte, vendí la propiedad familiar y la compré.

—Tiene que resultar difícil vender el lugar donde has crecido.

Sara lo negó con la cabeza.

—Lo que tenía importancia de allí para mí había muerto. No quedaba más que un montón de tierras con las que no podía hacer nada.

Aún desperezándose, se dirigió hacia la casa.

—Voy a preparar café. —Miró el reloj y soltó un gemido—. Llegaré tarde para las pruebas orales. Tendría que llamar pero me da miedo.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, lo comprenderán.

—¿Verdad que sí? —respondió ella, no muy convencida.

Fiske vaciló un momento.

—¿Tiene algún mapa por aquí?

—¿De qué tipo?

—De la parte oriental de Estados Unidos.

Ella reflexionó un instante.

—Mire en la guantera.

Así lo hizo Fiske y encontró uno. Mientras entraban en la casa, ella le preguntó:

—¿Qué busca?

—He estado pensando en los mil doscientos kilómetros que figuraban en el cuentakilómetros de Mike.

—¿Quiere comprobar qué hay a mil doscientos kilómetros de aquí?

—No, a seiscientos. —Sara parecía desconcertada—. Pudo recorrer seiscientos kilómetros y él mismo u otra persona volver al distrito de Columbia.

—También podría tratarse de una serie de viajes más cortos, ciento cincuenta kilómetros aquí y otros tantos allí.

Fiske agitó la cabeza.

—Los restos humanos en un maletero un día de calor no resultan muy agradables. Yo ya he vivido esa experiencia —añadió con aire sombrío.

Mientras Sara preparaba el café en la cocina, Fiske se situó junto a la ventana que daba al río. Desde allí veía perfectamente el embarcadero de madera y el barco de vela amarrado a él.

—¿Navega a menudo?

—¿Solo o con leche?

—Solo.

Ella sacó dos tazas.

—No tanto como antes. La zona donde vivía antes, en Carolina del Norte, no tenía salida al mar. Alguna vez iba a pescar con mi padre o a bañarme en un estanque que quedaba a unos kilómetros de casa. Fue en Stanford donde cogí la afición. Uno no puede hacerse la idea de lo grande que es algo hasta que ha visto el océano Pacífico. Comprobé que a su lado todo queda pequeño.

—Nunca he estado allí.

—Cuando decida ir, me avisa, puedo hacerle de guía. —Apartó un mechón de pelo de sus ojos, le sirvió el café y le pasó la taza.

—Lo apuntaré en la agenda —respondió él con sequedad.

—Solo tengo un cuarto de baño, o sea que tendremos que ducharnos por turnos.

—Vaya usted. Quiero mirar el mapa.

—Si no he bajado dentro de veinte minutos, llame a la puerta; puede que me duerma en la ducha.

Fiske tenía la vista fija en el mapa, iba tomando su café y no contestó. Sara se detuvo en la escalera.

—¿John? —Él levantó la vista—. Perdome lo de anoche. —Siguió parada, como si siguiera meditando lo que acababa de decir—. Aunque creo que no merezco el

perdón.

Fiske dejó la taza y la miró. La luz del sol penetraba por la ventana formando un grácil ángulo que iba directo al rostro de Sara, acentuando el brillo de sus ojos y el sensual contorno de sus labios. Llevaba el pelo lacio a causa del agua del río, el sudor y haber dormido en el coche. El poco maquillaje que se había aplicado había perdido toda su función, llevaba los párpados y las mejillas manchados y todo el cuerpo parecía al borde del agotamiento. Aquella mujer había provocado tal vez la peor ruptura entre él y su padre, un hombre al que adoraba. Sin embargo, Fiske tuvo que reprimir el deseo de desnudarla y acostarse con ella allí mismo en el suelo.

—Todo el mundo merece el perdón —dijo por fin y seguidamente volvió la vista hacia el mapa.

Mientras Sara se duchaba, Fiske entró en la habitación contigua a la cocina. Se fijó en que ella la utilizaba como estudio, pues tenía allí un escritorio, un ordenador, unos estantes llenos de libros de derecho y una impresora. Extendió el mapa en la mesa. Buscó la escala, convirtió los centímetros en kilómetros y buscó una regla en un cajón. Tomando Washington como epicentro, trazó una serie de líneas en dirección hacia el norte, el oeste y el sur, cuyos extremos unió con otra línea. Dejó la parte este a un lado, pues seiscientos kilómetros le habrían llevado al interior del Atlántico. Confeccionó una lista con los distintos estados que quedaban en el interior de la tosca circunferencia, cogió el teléfono y llamó a información. Al cabo de un minuto ya estaba hablando con un empleado de la Dirección Federal de Instituciones Penitenciarias. Le dio el nombre de Harms y le citó el radio geográfico en el que podía encontrarse. Se le había ocurrido que su hermano podía haber ido a visitar a Harms a la cárcel. La idea casaba con la llamada que le había hecho pidiéndole consejo. John Fiske conocía mucho más los entresijos de las cárceles que su hermano pequeño.

Cuando la persona con la que estaba hablando se puso de nuevo en contacto con él, a Fiske se le cayó el alma a los pies.

—¿Está seguro de que no hay ningún preso con ese nombre en ninguna cárcel federal de la zona geográfica que le he indicado?

—He consultado incluso las que quedan a unos cientos de kilómetros de esa zona.

—¿Y las cárceles estatales?

—Puedo facilitarle el número de teléfono de cada uno de los esta dos. Tendrá que llamarlos uno por uno. ¿Sabe cuáles se encuentran en esa zona?

Fiske miró el mapa y se los fue recitando. Más de doce. Anotó los números que le dio el otro y colgó.

Reflexionó un momento y decidió comprobar si tenía mensajes en casa y en el despacho. Uno de ellos era de una agente de seguros. Fiske le llamó, en el distrito de Columbia.

—Le acompaño en el sentimiento por la muerte de su hermano, señor Fiske —le dijo la mujer.

—No sabía que mi hermano tuviera un seguro de vida.

—A veces los beneficiarios no están al corriente. En realidad, la compañía de seguros no tiene ninguna obligación de ponerse en contacto con los beneficiarios aunque se entere de la defunción de su cliente. Dicho de otra forma, el cliente nunca reclama en ese caso.

—¿Pues por qué me llamó?

—Porque me horrorizó la muerte de Michael.

—¿Cuándo contrató la póliza?

—Hace unos seis meses.

—No tenía esposa ni hijos. ¿Por qué la póliza?

—Precisamente por eso le llamo. Dijo que el dinero tenía que ser para usted, en caso de que a él le ocurriera algo.

Fiske notó un nudo en la garganta y apartó un poco el auricular.

—Ese dinero les convendría mucho más a mis padres que a mí —consiguió decir por fin.

—Me dijo que usted probablemente se lo entregaría a sus padres pero también quería que una parte fuera para usted. Creía que usted sabría administrarlo mejor que sus padres.

—Comprendo. ¿Y de qué suma estamos hablando?

—De medio millón de dólares. —Ella le leyó la dirección para confirmar que tenía los datos correctos—. Por si le sirve algo, yo gestiono muchísimas pólizas al día, por razones muy distintas, y no todas ellas podrían calificarse de ejemplares, y por si no lo tuviera claro, le diré que su hermano le quería a usted mucho. Ojalá estuviera yo tan unida al mío.

Cuando Fiske colgó el teléfono se dio cuenta de que no estaba a punto de llorar. Estaba a punto de empezar a aporrear la pared.

Se levantó, se metió la lista en el bolsillo, salió fuera, cogió la escalera, pasó por entre las plantas de enea y los helechos y llegó al pequeño embarcadero. El cielo tenía un azul intenso, con algún toque de nubes, la brisa era estimulante, la humedad se había evaporado de momento. Miró hacia el norte, hacia las casas de cuatro plantas valoradas en un millón de dólares del cinturón externo de Alexandria, para volver la vista luego al largo y serpenteante puente de Woodrow Wilson. Al otro lado del río divisó la orilla de Maryland, el reflejo del borde de Virginia flanqueado de árboles. Pasó un avión con el tren de aterrizaje bajado, camino del aeropuerto nacional, a unos kilómetros de allí. Vio el fuselaje tan cerca del suelo que se le ocurrió que casi podría alcanzarlo con una piedra.

En cuanto hubo desaparecido el avión y se hizo de nuevo el silencio se metió en el velero por la parte de proa. Se balanceó suavemente bajo su peso; el sol le dio de lleno en el rostro. Se sentó, apoyó la cabeza en el mástil, olió la tela de la vela plegada y cerró los ojos. ¡Qué rendido estaba!

—Parece que ha encontrado el lugar ideal.

Se despertó de un sobresalto y miró a un lado y otro antes de volverse y descubrir a Sara de pie ante él. Llevaba un traje chaqueta negro y una blusa de seda blanca con cuello vuelto. Lucía un discreto collar de perlas, se había recogido el pelo en un moño y un toque de maquillaje y de lápiz de labios rojo pálido intensificaban el color en su rostro.

Sara sonrió.

—Siento haberle tenido que despertar. Dormía tan apaciblemente...

—¿Lleva mucho rato observándome? —le preguntó Fiske aunque luego no supo por qué lo había hecho.

—Un rato. Puede ducharse si quiere.

Fiske se levantó y salió del embarcadero.

—Bonito velero.

—Tengo la suerte de que la orilla desciende abruptamente en este punto. No tengo que dejarlo en uno de los puertos deportivos. Puedo llevarle a dar un paseo, si quiere, aún queda tiempo antes de que llegue el invierno.

—Quizás.

Pasó por delante de ella y se fue hacia la casa.

—¿John?

Él se volvió. Sara, apoyada en la barandilla, miraba hacia el velero como si deseara tallar una cuña de paz en su tranquila estructura.

—Aunque sea lo último que haga en mi vida, voy a aclarar las cosas con su padre —dijo.

—El problema es mío. No tiene por qué hacerlo.

—Sí, debo hacerlo, John —repitió ella, decidida.

Al cabo de media hora, Fiske cogió el coche y se dirigió hacia la avenida. Dos turismos negros que se les acercaban le obligaron a pegar un frenazo. Sara chilló. Fiske saltó del coche. Se detuvo en cuanto se dio cuenta de que le estaban apuntando.

—¡Manos arriba! —gritó uno de los hombres.

Fiske obedeció inmediatamente.

Sara salió en el preciso instante en que Perkins salía de uno de los vehículos y el agente McKenna del otro.

El primero reconoció a Sara.

—Bajen las armas —dijo a los dos de paisano.

Retumbó la voz de McKenna:

—Esos hombres están bajo mi mando. Bajarán las armas solo si yo se lo ordeno —dijo y se detuvo frente a Fiske.

—¿Está usted bien, Sara? —preguntó Perkins.

—Claro que estoy bien. ¿Qué demonios ocurre aquí?

—Le he dejado un mensaje urgente.

—No he escuchado los mensajes. ¿Algún problema?

McKenna se fijó en la escopeta del asiento de atrás. Apuntó con su arma directamente a Fiske. Observó las magulladuras en su rostro.

—¿Le retiene contra su voluntad este hombre? —preguntó McKenna a Sara.

—¿Quiere dejar ya de hacer tanto teatro? —dijo Fiske. Bajó las manos y el extremo del cañón le atizó en pleno estómago. Fiske cayó de rodillas, jadeando. Sara corrió hacia él y le ayudó a apoyarse contra la rueda del coche.

—Mantenga las manos arriba hasta que la señora responda a mi pregunta. — McKenna se las levantó con gesto brusco—. ¡Las malditas manos arriba!

Sara gritó:

—¡Por el amor de Dios, claro que no me ha retenido! ¡Basta ya! ¡Déjenle tranquilo! —Apartó de él las manos de McKenna.

Perkins se les acercó.

—Agente McKenna —empezó, pero este le cortó con una gélida mirada.

—Lleva una escopeta en el coche —dijo McKenna—. Si quiere correr el riesgo con sus hombres, adelante. Yo no trabajo así.

Se detuvo otro coche y de él salieron Chandler y dos agentes de uniforme apuntando con sus armas.

—¡Todo el mundo quieto! —gritó Chandler.

McKenna se volvió.

—Diga a sus hombres que guarden las armas, Chandler. Tengo la situación bajo control.

Chandler se acercó a McKenna.

—Diga a sus hombres que enfunden las armas ahora mismo, McKenna. De lo contrario, esos agentes tendrán que detenerle aquí mismo por asalto y lesiones. — McKenna no movió un dedo. Chandler acercó el rostro al suyo—. Inmediatamente, agente especial Warren McKenna o tendrá que reclamar asesoramiento legal del FBI desde un calabozo de Virginia. ¿Le interesa que conste eso en su ficha?

Por fin el hombre dio su brazo a torcer.

—Enfunden las armas —ordenó.

—Y ahora, ¡humo! —gritó Chandler.

McKenna se apartó lentamente de Fiske con los ojos clavados en Chandler al retroceder.

Este se arrodilló y cogió a Fiske por el hombro.

—¿Está bien, John?

Fiske asintió con un gesto de dolor, sin quitar la vista de encima a McKenna.

—¿Harán el favor de decirnos qué sucede? —preguntó Sara.

—Han encontrado a Steven Wright muerto —dijo Chandler.

La cabaña estaba situada en medio de un espeso bosque en un lugar remoto del suroeste de Pensilvania, precisamente en la zona que se adentra hacia Virginia Occidental. Solo se accedía a ella a través de un estrecho camino enlodado, con profundos surcos. Josh llegó a la puerta, con la nieve milímetros asomando por el cinturón, las botas cubiertas de arcilla roja y pinaza. Había aparcado la camioneta bajo el follaje de un alto nogal, si bien había tomado la precaución de cubrir el vehículo con un camuflaje vegetal. Lo que más le preocupaba era que le detectaran desde arriba. Afortunadamente, las noches seguían siendo cálidas. No podía arriesgarse a encender fuego; resulta imposible controlar la dirección del humo.

Rufus se sentó en el suelo, apoyando la ancha espalda contra el muro, la Biblia en su regazo. Estaba tomando un refresco y tenía al lado los restos de la comida. Se había puesto una ropa que le había comprado su hermano.

—¿Todo en orden?

—Aquí no estamos más que nosotros y las ardillas. ¿Qué tal?

—Endiabladamente feliz y asustado como el propio Satanás. —Rufus movió la cabeza sonriendo—. ¡Qué bien se está en libertad, tomando una Coca-Cola, sin tenerme que preocupar de quien va a saltarme encima de un momento a otro!

—¿Los guardianes o los otros reclusos?

—¿A ti qué te parece?

—Todos. No sé si sabes que yo también estuve un tiempo a la sombra. Creo que tú y yo podríamos escribir un buen libro.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

—Un par de días. Esperaremos a que las cosas se calmen un poco. Luego seguiremos hacia México. Buena vida en una tienda de campaña o lo que utilicen ahí. Después de la guerra fui unas cuantas veces. Tenía colegas del ejército instalados por allí. Nos ayudarán en lo que haga falta. Nos procuraremos un barco, pescaremos, viviremos en la playa. ¿Te parece bien?

—Me parecería bien incluso vivir en una alcantarilla. —Rufus se levantó—. Tengo que hacerte una pregunta.

Su hermano se apoyó en la pared y empezó a cortar una manzana con su navaja.

—Soy todo oídos.

—Llevabas la camioneta llena de provisiones, con dos rifles y la pistola que tienes ahí. Además, la ropa que llevo puesta ahora.

—¿Y qué?

—¿Es casualidad que vinieras a verme cargado con todo eso?

Josh mordió un trozo de manzana.

—Tengo que comer, ¿vale? Por lo tanto, me toca ir a la tienda de vez en cuando.

—Vale, pero no compraste nada que se estropeará, ni leche, ni huevos, ni nada por el estilo. Todo latas y envases.

—En el ejército comía latas. Creo que allí me aficioné a la comida preparada.

—¿Y siempre transportas las armas?

—Puede que aún esté acojonado del Vietnam, un síndrome u otro habré cogido.

Rufus se tocó la camisa, ancha como una sábana.

—Mi talla no es la más corriente. ¿Verdad que viniste preparado para rescatarme?

Josh acabó de cortar la manzana y echó el corazón de esta por la ventana. Se secó las manos en los vaqueros y luego se volvió hacia su hermano.

—Mira, Rufus, nunca he sabido por qué mataste a aquella niña. Pero siempre he tenido claro que tu cabeza no funcionaba cuando lo hiciste. Al recibir la carta aquella del ejército se me ocurrió que ahí había algo. Lo que no sabía es que se trataba de una tapadera por lo que te hicieron. El caso es que hoy en día hay gente que se pira, que hace maldades y los meten en un «chalódromo», y cuando están mejor los sueltan. A ti te han encerrado en un penal veinticinco años por algo que yo estoy seguro que no tenías intención de hacer. Pongamos que decidí que ya habías cumplido. Que habías pasado el tiempo reglamentario, eso que dicen, el rollo de «pagar la deuda con la sociedad». Creí que había llegado el momento de liberarte y yo tenía que proporcionarte la llave. Si te hubieras negado a salir, habría tenido que obligarte a cambiar de parecer. No sé si estoy en lo cierto, pero me da igual. Es lo que me propuse.

Los dos hermanos se miraron como mínimo durante un minuto sin decir nada.

—Eres un buen hermano, Josh.

—Tienes toda la puta razón.

Rufus se sentó de nuevo en el suelo, cogió la Biblia y fue pasando tranquilamente las páginas hasta que encontró lo que buscaba. Josh le miraba.

—¿Después de tanto tiempo sigues con ese rollo?

Rufus levantó la vista hacia él.

—Voy a leerla toda mi vida.

Josh soltó un bufido.

—Puedes hacer lo que te dé la gana con tu tiempo, pero yo creo que perderlo es una lástima.

Rufus le dirigió una mirada glacial.

—La palabra del Señor me ha mantenido vivo durante todos esos años. No ha sido una pérdida de tiempo.

Josh agitó la cabeza, miró hacia fuera y luego la volvió hacia Rufus. Tocó la culata de la pistola.

—Dios es esto. O bien una navaja, un cartucho de dinamita o la actitud de «aquí estoy yo». Y no un libro sagrado en el que sale un montón de gente que se mata entre sí, de hombres que se hacen con la mujer del otro, en el que encuentras prácticamente todos los pecados que se te pueden ocurrir...

—Pecados del hombre, no de Dios.

—Y ahora me dirás que fue Dios quien te dio la bola. Y fui yo.

—Dios te envió a mí, Josh. Su voluntad está en todas partes.

—¿Qué pasa, que Dios me mandó a buscarte?

—¿Por qué viniste?

—Ya te lo he dicho. A sacarte.

—¿Porque me quieres?

A Josh le sorprendió aquello.

—Sí —respondió.

—Esa es la voluntad de Dios, Josh. Tú me quieres, tú me ayudas. Así lo dispone Dios.

Josh agitó de nuevo la cabeza y apartó la vista. Rufus siguió leyendo.

El radar portátil de detección de la policía, que Josh había dejado en el suelo junto con la radio, soltó un silbido. Josh había localizado en el transmisor una emisora del suroeste de Virginia para captar la información que transmitieran sobre la fuga de Rufus.

—¿Has vuelto a oír tu nombre en la frecuencia de la policía? —preguntó Josh.

En las noticias del día anterior habían mencionado a Rufus Harms. Toda la información de las autoridades militares se reducía a que Harms era un asesino que había sido condenado y tenía un violento historial en la cárcel. Había huido con la ayuda de su hermano, un hombre también muy peligroso. Empleaban la jerga habitual, es decir, que los dos iban armados y eran temibles. Traducción: nadie debía sorprenderse ni hacer preguntas cuando las autoridades recuperaran sus cadáveres.

—Algo he oído —respondió Rufus—. Han centrado la búsqueda en el sur, como tú pensabas.

En aquellos momentos emitieron las noticias de la tarde. Los dos primeros bloques no les incumbían. El tercero, las noticias de última hora, obligó a los dos hermanos a fijar la vista en el aparato. Josh se volvió y subió el volumen. La información duró un minuto y cuando acabó, Josh apagó la radio.

—Rider y su mujer —dijo.

—Han simulado que había matado a su mujer para suicidarse luego —añadió Rufus, moviendo la cabeza lentamente con incredulidad—. Dos hombres acudieron a verme y los dos han muerto.

Josh miró a su hermano. Sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—No puedes hacerles volver, Rufus, es algo que nadie ha conseguido nunca.

—Han muerto por mi culpa. Por intentar ayudarme. Y la mujer de Rider, además, ni siquiera estaba al corriente de nada.

—Tú no le pediste al tal Fiske que fuera a verte.

—Pero a Samuel, sí. De no ser por mí aún estaría vivo.

—Es lo mínimo que podía hacer, Rufus. ¿Por qué piensas, si no, que vino? Se sentía culpable. Era consciente de que en su momento no peleó como debía. Pretendía compensar el fallo.

—Pero está muerto, ¿o no? Por mi culpa.

—Aunque fuera verdad, ya no puedes hacer nada.

Rufus le miró a los ojos.

—Asegurar que su muerte no haya sido inútil. Esa gente me ha arrebatado muchos años de vida. Y ahora ha segado la de otros. Tú dices que estaremos tranquilos en México, pero ellos no dejarán nunca de buscarnos. Vic Tremaine es un loco de atar. Con solo mirarle a los ojos lo ves claro. Todos esos años ha intentado acabar conmigo. Puede que crea que ahora tiene la oportunidad de rematar el trabajo. De llenarnos a los dos de plomo.

—Si nos pilla el ejército antes que la policía, dispararán hasta vaciar los cargadores —asintió Josh. Cogió un Pall Mall, lo encendió y soltó el humo—. Pero yo también puedo disparar como es debido. Como mínimo se enterarán de lo que es un combate.

Rufus movió la cabeza con aire porfiado.

—Lo que han hecho tendrán que pagarlo como sea.

Josh sacudió la ceniza del cigarrillo mirándole.

—Vamos a ver, ¿qué piensas hacer exactamente? Presentarte a la policía diciendo: «¡Eh, muchachos, tengo que contaros un cuento! Vamos, ayudad a un hermano a acabar con un pez gordo blanco». —Josh apartó el cigarrillo de los labios y escupió en el suelo—. ¡No me jodas, Rufus!

—Necesito la carta del ejército.

—¿Dónde la dejaste?

—La escondí en la celda.

—Pues yo no vuelvo al penal. Y si tú te emperras en hacerlo, yo mismo te pego cuatro tiros.

—No tengo intención de volver a Fort Jackson.

—¿Qué harás, pues?

—Samuel era abogado. Los abogados hacen copias de los papeles.

Josh arqueó las cejas.

—¿Quieres ir al despacho de Rider?

—Tenemos que hacerlo, Josh.

Josh apuró el cigarrillo hasta el filtro antes de responder.

—Yo no tengo que hacer nada, Rufus. Todo el puñetero ejército del país te está dando caza. Y a mí. ¿Tú crees que puedes pasar desapercibido? Si a tu lado, George Foreman pasaría por un mariquita.

—A pesar de todo, hay que hacerlo, Josh. Como mínimo, yo tengo que hacerlo. Si consigo la carta puede que alguien me ayude. Tal vez escribiendo otra carta al Tribunal...

—Ya viste lo que sacaste con la primera. Yo no he visto que esos haraganes de magistrados corrieran en tu auxilio.

—Da igual que no quieras ir conmigo, Josh. Yo tengo que hacerlo.

—¿Y México, qué? ¡Maldita sea, Rufus, estás libre! Por el momento. Nos

metemos a menear el asunto y ya te veo de nuevo en el trullo o lo que es peor, con los pies por delante. Hay que seguir huyendo mientras tengamos oportunidad de hacerlo, tío.

—Yo quiero la libertad, pero esto no puedo dejarlo así. Si me fuera ahora mismo a México, el sentimiento de culpabilidad acabaría conmigo, si es que el Señor no me mandaba un rayo antes.

—¿Culpabilidad? Has cumplido veinticinco años por nada. Cuando mueras, irás al cielo y Dios te sentará en su regazo. Más claro, el agua.

—Nada, Josh. No conseguirás hacerme cambiar de parecer.

Josh escupió de nuevo y miró por la sucia y astillada ventana.

—Estás más majara que un cencerro. La cárcel te ha jeringado el coco. ¡Joder!

—Puede que esté loco.

Josh le miró sorprendido.

—¿Dónde demonios está el despacho de Rider?

—A media hora de Blacksburg. Es todo lo que sé. No creo que sea muy difícil localizarlo.

—Será un hormiguero de pasma.

—No es tan seguro, si creen que solo él se montó la historia.

—¡Mierda! —Josh pegó una violenta patada a la pared y luego se volvió hacia su hermano—. Vale, esperaremos a que se haga de noche y saldremos para allá.

—Gracias, Josh.

—A mí no me agradezcas que te lleve al matadero. Son cosas que no me gusta que me agradezcan.

La bandera del edificio del Tribunal Supremo de Estados Unidos de América ondeaba a media asta. Los periódicos, la televisión y la radio cubrían las informaciones sobre los dos funcionarios asesinados. Los teléfonos del Departamento de Información al Público del Tribunal no dejaban de sonar. En la sala de prensa no cabía ni un alfiler. Las principales cadenas de televisión y radio transmitían en directo desde unas cabinas instaladas en la planta baja del edificio. La policía del propio Tribunal Supremo, con el refuerzo de cincuenta agentes del distrito de Columbia, de agentes de la Guardia Nacional y el FBI, acordonaban la zona.

Los pasillos situados fuera de los despachos de los magistrados estaban abarrotados de gente que charlaba con nerviosismo. Casi todos los magistrados se habían recluido en sus oficinas, de las que habían salido únicamente para asistir a las sesiones de pruebas orales, y sus mentes se hallaban bastante lejos de la abogacía y las cuestiones a dilucidar. Los jóvenes rostros de los ayudantes expresaban también el horror que les inspiraban aquellos crímenes.

La pequeña sala de la primera planta, que normalmente se utilizaba para reuniones de magistrados, estaba atestada. Sus paredes, con oscuros armarillos de madera, contenían en sus estantes los volúmenes encuadernados de dos años de veredictos del Tribunal. En una de ellas se veía una chimenea, sin encender, pues el día era cálido. Del techo colgaba una araña. Ramsey presidía la mesa. Knight y Murphy ocupaban sus puestos habituales.

Cuando Knight echó una ojeada a los reunidos, Murphy, jugando con un reloj que colgaba de una cadena cerca de su cintura, bajó la vista. Se encontraban también allí Chandler, Fiske, Perkins, Ron Klaus y McKenna. Las miradas de Fiske y McKenna se encontraron en algún momento, pero aquel sabía controlar sus reacciones.

Habían encontrado a Wright en un parque a unas cuantas manzanas de su piso, situado en Capitol Hill, con un disparo en la cabeza. La cartera, al igual que la de Michael Fiske, no había aparecido. El móvil aparente era el robo, aunque nadie en la sala pensaba que la respuesta pudiera ser tan simple. Los indicios preliminares daban a entender que le habían matado entre media noche y las dos de la madrugada.

De camino hacia el Tribunal, Chandler había puesto a Fiske al corriente sobre los últimos acontecimientos. Había concluido la autopsia de Michael Fiske, si bien esperaba aún el informe oficial sobre la hora exacta de su muerte. La causa de esta, sin embargo, se había determinado como un único disparo en la cabeza. Chandler había contactado con la sucursal de Wal-Mart de Virginia, adonde había acudido Fiske con su coche, pero allí nadie pudo proporcionarle una información que le sirviera de algo.

A Fiske se le había ocurrido algo que les había obligado a dar un rodeo antes de llegar al Tribunal. Volvieron al depósito municipal para echar otro vistazo al Honda de Michael. Allí Fiske revisó las bolsas portaobjetos del asiento de delante.

—Siempre guardaba un mapa aquí. Era curioso el miedo que tenía a perderse. Antes de coger la carretera, hacía un plan del viaje. No veo mapa alguno pero hay esto. —Le mostró un par de papeles adhesivos amarillos que encontró pegados al fondo de la bolsa. En ellos figuraban nombres de carreteras; direcciones, teniendo en cuenta el estado de la tinta, de algún viaje que había realizado hacía tiempo. Chandler echó un vistazo a los papeles amarillos—. Entonces, ¿por qué llevaba mapa?

—Seguro que había dejado las direcciones del lugar adonde iba en su interior.

—De forma que los kilómetros tendrán algo que ver con su muerte. Fiske vaciló un momento, pensando si tenía que contarle a Chandler lo del expediente de Harms. Aquella información destaparía la caja de Pandora y por el momento no estaba dispuesto a apechugar con las consecuencias.

—Tal vez —dijo por fin.

Tras aquello, él y Chandler se habían ido al Tribunal. En aquellos momentos se encontraban en la sala de reuniones, mirándose. Chandler, sin citar la procedencia de la información, acababa de decir que la noche anterior un intruso había entrado en el piso de Michael Fiske.

—Estamos en sus manos, inspector Chandler —dijo Ramsey—. Sin embargo, ahora me parece mucho más probable que nos encontremos ante un demente resentido contra el Tribunal que con un asunto en el que estuviera trabajando Michael.

—Deseo informarle —dijo McKenna— de que el FBI ha destinado cien agentes al caso. Hemos dispuesto también protección las veinticuatro horas para los magistrados.

—¿Y los ayudantes? —preguntó Fiske—. Han asesinado a dos de ellos.

—He anotado las direcciones particulares de todos ellos —dijo Chandler—. Hemos reforzado las patrullas en esas zonas. La mayoría viven en Capitol Hill, cerca del Tribunal. Estamos dispuestos a ofrecer alojamiento en algún hotel al funcionario que lo desee, donde podemos garantizarle la seguridad. He dado asimismo instrucciones a uno de nuestros expertos para que hable con ellos acerca de las medidas de seguridad, la vigilancia en cuanto a sospechosos, evitar que salgan solos de noche, y ese tipo de precauciones. —Echó un vistazo a los reunidos—. Por cierto, ¿dónde está Dellasandro?

—Está intentando coordinar las nuevas medidas de seguridad —informó Klaus—. Nunca le había visto tan preocupado. Creo que se lo está tomando como algo personal.

—Llevo casi treinta y tres años en el Tribunal y jamás imaginé vivir algo parecido —dijo el magistrado Murphy, abatido.

—Ninguno de nosotros lo habíamos imaginado, Tommy —respondió Knight con aire convincente. Miró deliberadamente a Chandler—. ¿Ninguna pista?

—Yo no diría tanto. Tenemos unos cuantos hilos de los que tirar. Me refiero a la muerte de Michael Fiske. En cuanto al asesinato de Wright, es pronto para poder

afirmar algo.

—¿Pero considera que tienen alguna relación? —dijo Ramsey.

—Es pronto para poderlo afirmar.

—¿Qué nos recomendaría?

Chandler movió la cabeza.

—Seguir con su trabajo habitual. Si es obra de algún enajenado que pretende desbaratar las tareas que se llevan a cabo aquí, le estaríamos dando pasto si alteráramos el ritmo.

—También podríamos arriesgarnos a enfurecerle más y a incitarle a actuar de nuevo —dijo Knight.

—Esa es también una posibilidad, magistrada Knight —admitió Chandler—. Pero no estoy muy seguro de que lo que haga o no el Tribunal repercuta en ello. Suponiendo que los casos estén relacionados. —Miró a Ramsey—. Creo que valdría la pena repasar los casos en los que trabajaban los dos ayudantes, para cubrir ese vacío. Soy consciente de que es una posibilidad remota, pero podría arrepentirme más tarde de no haberlo abordado inmediatamente.

—Comprendo.

Chandler se volvió hacia el magistrado Murphy:

—¿Estarán libres usted y sus ayudantes hoy para repasar los casos que llevaba Michael Fiske?

—Sí —respondió rápidamente Murphy.

—Y les agradecería que se reunieran todos los magistrados para intentar dilucidar si alguno de los casos que se han visto aquí últimamente pudiera haber desencadenado una respuesta de este tipo —dijo Chandler.

Knight le miró agitando la cabeza.

—Muchos de los casos que llegan a nosotros, inspector Chandler, pueden provocar todo tipo de emociones en las personas. No sabríamos ni por donde empezar.

—Ya lo entiendo. Tal vez hemos tenido la suerte de que nadie haya intentado antes algo parecido.

—Pues si debemos seguir con nuestra rutina habitual, imagino que esta noche habrá que organizar la cena en honor del juez Wilkinson —dijo Knight.

Murphy se incorporó para protestar.

—Yo diría, Beth, que el asesinato de dos funcionarios del Tribunal aconseja aplazar la cena.

—Es algo muy fácil de decir, Tommy, pero resulta que no ha sido usted sino yo quien ha planificado la fiesta. Kenneth Wilkinson tiene ochenta y cinco años y un cáncer de páncreas. Yo no me arriesgaría a aplazarlo, a pesar de que tal vez no sea el día ideal. Es algo muy importante para él.

—Como lo es para usted, ¿me equivoco, Beth? —dijo Ramsey.

—En efecto. ¿Vamos a debatir de nuevo la ética legal, Harold? ¿Delante de toda

esa gente?

—No —respondió él—. Ya sabe lo que opino al respecto.

—Lo sé, y la cena se celebrará.

Fiske quedó fascinado con el diálogo. Le pareció ver una sombra de sonrisa en la expresión de Ramsey cuando dijo:

—Perfecto, Beth. Nada más lejos de mi intención que hacerla cambiar de parecer en algo importante, y mucho menos en lo que raya en lo trivial.

El helicóptero del ejército, con Tremaine a bordo, aterrizó en el prado. Mientras aminoraba el giro de las aspas, él y Rayfield observaron el turismo aparcado cerca de la hilera de árboles. Se soltaron los cinturones y bajaron, inclinando el cuerpo al pasar por debajo de las palas, en dirección al coche. Rayfield se sentó delante y Tremaine atrás.

—Me alegra que lo hayáis conseguido —dijo el hombre que estaba al volante, volviéndose hacia Rayfield.

El coronel quedó asombrado.

—¿Qué te ha ocurrido?

Los moretones tenían un tono rojizo en el centro y amarillento en los extremos. Tenía uno de ellos junto al ojo derecho y los otros dos sobresalían del cuello de su camisa.

—Fiske —respondió.

—¿Fiske? ¡Si está muerto!

—John, su hermano —dijo el hombre, intranquilo—. Me pilló en el piso de Michael.

—¿Te reconoció?

—Llevaba puesta una máscara.

—¿Y qué hacía él en el piso de su hermano?

—Lo mismo que yo, buscar algo que pueda utilizar la poli para descubrir la verdad.

—¿Encontró algo?

—No había nada que encontrar. Nosotros ya teníamos el ordenador portátil de Fiske. —Miró a Tremaine—. Y tú le cogiste la cartera antes de matarle, ¿verdad? —Tremaine asintió—. ¿Dónde está? —preguntó el hombre.

—Se ha convertido en un montón de ceniza.

—Estupendo.

—¿Nos está causando problemas su hermano? —quiso saber Rayfield.

—Puede. Es expoli. Él y una de las ayudantes están husmeando por ahí. Él ayuda al inspector a investigar los asesinatos de los funcionarios.

Rayfield tuvo un sobresalto.

—¿Asesinatos? ¿Más de uno?

—Steven Wright.

—¿Qué coño pasa aquí? —exclamó Rayfield.

—Wright vio a alguien que salía del despacho de Michael Fiske. También oyó algo que no tenía que oír. No podíamos confiar en que mantuviera la boca cerrada, de modo que tuve que embaucarle para que saliera de allí y luego cargármelo. Se acabó el problema.

—¿Estás chalado o qué? Esto se está descontrolando —dijo Rayfield, irritado.

El hombre miró a Tremaine.

—Eh, Vic, dile a tu superior que se tranquilice. Creo que en Vietnam perdiste aplomo, Frank. Ya no eres el mismo desde entonces.

—¿Cuatro muertos y tan tranquilos? ¿Con Harms y su hermano corriendo por ahí?

—Nos faltan dos cadáveres. Los más importantes. ¿Eso ya lo entiendes, no, Vic?

—Claro —respondió Tremaine.

El hombre miró a Rayfield con expresión gélida.

—Creo que ya no hay vuelta atrás —dijo Rayfield, inquieto, tragando saliva.

—En eso estamos de acuerdo.

—John Fiske y esa ayudante: ¿qué hacemos con ellos? Si Fiske tiene la misión de encontrar al asesino de su hermano, puede crearnos problemas.

—Ya nos los está creando. Los tenemos bastante a raya. Y seguirán estándolo hasta que decidamos qué hacer con ellos.

—¿Lo que se traduce en? —preguntó Rayfield.

—Se traduce en cuatro cadáveres más en lugar de dos.

Sara estaba en su nuevo despacho. Chandler había decidido que no podía seguir en el espacio que compartía con Wright y había permitido que el personal del Tribunal trasladara el ordenador y los archivadores de Sara a aquel espacioso lugar. Tenía la lista de las cárceles estatales que le había pasado Fiske y se disponía a llamar. Al cabo de media hora colgó el teléfono, deprimida. En ninguna cárcel de aquellos estados figuraba un recluso con el nombre de Harms. Hizo un esfuerzo por recordar alguna otra palabra o frase de los documentos que había visto, pero finalmente claudicó. Se levantó y algo le llamó la atención. Había cambiado de lugar unos cuantos expedientes en el traslado y no se había fijado hasta ahora. El informe Chance. Aquel en el que Wright tenía órdenes de trabajar la noche anterior hasta acabar. En el exterior vio una nota manuscrita en la que le pedía que lo revisara.

Volvió a sentarse y apoyó la cabeza en la mesa. ¿Y si realmente existía un psicópata cuyo objetivo eran los ayudantes? ¿Era casualidad que hubieran matado a Wright y no a ella? Permaneció un momento allí sentada, inmóvil. «Vamos, Sara, tú puedes superarlo. Tienes que superarlo», insistió para sus adentros. Si echaba mano de su determinación, sería capaz de controlar la situación; se levantó y salió.

Un minuto después entraba en el despacho de los funcionarios y se dirigía a uno de los que estaba al cargo de la base de datos. Iba a formularle una pregunta que ya había planteado antes, pero quería tener la máxima seguridad.

—¿Podría mirar si existe algún caso en el que conste el nombre de Harms?

El empleado empezó a teclear. Al cabo de un minuto, negó con la cabeza.

—No encuentro nada. ¿Cuándo llegó?

—Hace poco. Dentro de los últimos quince días, más o menos.

—He retrocedido seis meses pero no sale. ¿No me lo había pedido ya antes?

Antes de darle tiempo a responder, oyó otra voz.

—¿Ha dicho Harms?

Sara miró al otro funcionario.

—Sí. Harms, de apellido.

—¡Qué curioso!

Sara notó un cosquilleo en la piel.

—¿Cómo?

—Esta mañana he recibido una llamada de un hombre que preguntaba por un recurso y ha citado ese nombre. Le he dicho que no habíamos recibido nada a nombre de Harms.

—¿Harms? ¿Seguro? —El funcionario asintió—. ¿Y de nombre? —preguntó Sara, intentando reprimir la emoción.

El funcionario reflexionó un instante.

—¿No empezaría por erre? —apuntó Sara.

El hombre hizo chasquear los dedos.

—Eso. Rufus, Rufus Harms. Parecía de pueblo.

—¿Se identificó el comunicante?

—No. Pero parecía disgustado.

—¿Recuerda algo más?

El hombre caviló de nuevo.

—Dijo algo así como que un tipo se estaba pudriendo en un penal, vete a saber a qué se refería.

Los ojos de Sara se abrieron como platos y se fue a todo correr.

—¿Qué significa todo eso, Sara? ¿Tendrá algo que ver con los asesinatos? —preguntó el funcionario. Pero Sara ya había salido. El otro vaciló un momento y echó una ojeada para comprobar si alguien la observaba. Luego cogió el teléfono y marcó un número. Cuando le respondieron, habló en voz baja.

Sara subió la escalera a toda velocidad. La referencia al penal le había demostrado que la lista de Fiske tenía una inmensa laguna. Llegó a su despacho, consultó la guía y marcó el número. Llamaba al centro de la Policía Militar. Fiske se había centrado en la población reclusa de las prisiones federales y estatales, pero no había pensado en las militares. El tío al que más quería Sara se había jubilado del ejército como general de brigada. Sabía perfectamente lo que era un penal militar: Rufus Harms era un preso del ejército estadounidense.

Habló con el sargento Dillard, el especialista en penitenciarías.

—No conozco su número de identificación como recluso, pero creo que se halla en una prisión militar situada en un radio de seiscientos kilómetros alrededor de Washington —dijo ella.

—No puedo facilitarle esa información. El procedimiento oficial consiste en dirigir una solicitud por escrito al director adjunto de personal y planificación. Dicho departamento, por su lado, hará llegar su petición a los de Legislación para la Libertad de Información. Pueden responder o no a su solicitud según las

circunstancias.

—El caso es que necesito esa información ahora mismo.

—¿Pertenece usted a los medios de comunicación?

—No, llamo del Tribunal Supremo de Estados Unidos.

—¿Y cómo puedo confirmarlo yo?

Sara pensó un momento.

—Pida a información el número del Tribunal Supremo. Luego marque el número y pregunte por mí. Me llamo Sara Evans.

Dillard no parecía muy convencido.

—Es algo muy poco habitual.

—Por favor, sargento Dillard, es muy importante.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Espere unos minutos.

Tras cinco larguísima minutos pasaron la comunicación a Sara.

—Mire, sargento Dillard, he obtenido información de su departamento en otras ocasiones sobre presos militares sin tener que seguir el proceso burocrático.

—A veces el personal de aquí es demasiado generoso con la información.

—Yo quería saber donde se encuentra Rufus Harms, simplemente.

—En realidad, no creo que se planteara ningún problema con cualquier otro preso.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene de especial Rufus Harms?

—¿No ha leído el periódico?

—Pues hoy no. ¿Por qué?

—Tal vez no sea una gran noticia, pero todo el mundo debería saberlo, aunque solo fuera por su propia seguridad.

—¿Qué es lo que tiene que saber la gente?

—Que Rufus Harms se ha fugado. —En pocas palabras, Dillard le contó todos los detalles.

—¿En qué penal estaba?

—En Fort Jackson.

—¿Dónde se encuentra?

Dillard se lo dijo y Sara lo anotó.

—Ahora soy yo quien va a formularle una pregunta, señora Evans. ¿Por qué se interesa por Rufus Harms el Tribunal Supremo?

—Porque presentó un recurso ante el Tribunal.

—¿Qué tipo de recurso?

—Lo siento, sargento Dillard pero es todo lo que puedo decirle. Nosotros también seguimos unas normas.

—Estamos de acuerdo, pero le daré un consejo: yo, de usted, dejaría en suspenso el recurso. No creo que los tribunales atiendan a los muertos.

—Puede darse el caso. ¿Qué hizo exactamente este hombre?

—Tendrá que consultar su expediente militar.

—¿Y cómo lo hago?

—¿No me ha dicho que era abogada?

—En efecto, pero he trabajado poco el tema militar.

Sara oyó como murmuraba al otro lado de la línea.

—Puesto que Rufus Harms es un preso militar, técnicamente ya no pertenece al ejército estadounidense. En el momento en que se le dictó condena, se le expulsaría por mala conducta o por comportamiento deshonesto. Probablemente su expediente militar pasó al Departamento de Personal Militar de St. Louis. Ellos guardan las copias. No consta en una base de datos ni otro sistema informatizado. A Harms le condenaron hace unos veinticinco años; por ello su expediente tendría que haberse convertido ya en microfilm, aunque me temo que la tarea va algo retrasada en este campo. Si usted o cualquier otra persona a excepción de Harms desea ver su expediente, tendrá que notificarlo.

Sara anotó la información.

—Gracias de nuevo, sargento Dillard, me ha sido de gran ayuda.

Sara tenía programas de mapas en el ordenador. Con la ayuda del ratón, trazó una línea para averiguar la distancia entre Washington y la situación aproximada de Fort Jackson.

—Unos seiscientos kilómetros —murmuró. Salió corriendo hacia la biblioteca de la tercera planta y utilizó una de las terminales de allí. Por razones obvias de seguridad y confidencialidad, ninguno de los ordenadores de los despachos de los ayudantes tenía conexión vía modem. En cambio, las terminales de la biblioteca sí disponían de esta. A través de Internet tecleó el nombre de Rufus Harms. Mientras esperaba que el ordenador soltara su polvillo mágico tecnológico, se dedicó a observar los paneles de roble de la sala.

Al cabo de unos minutos leía ya las últimas noticias sobre Rufus Harms, se enteraba de su historial y del de su hermano. Imprimió toda la información. En uno de los artículos se citaba al director del periódico de la ciudad en la que había vivido Harms. Por medio del directorio telefónico de Internet localizó el número del hombre. Seguía viviendo en la pequeña ciudad de Alabama, cerca de Mobile, donde se habían criado los dos hermanos.

Respondió al teléfono al tercer timbrado. Sara se presentó a George Barker, aún director de la publicación.

—Ya he hablado con la prensa sobre ello —le dijo en tono rotundo.

El profundo deje sureño le recordó a Sara el ladrido de los mapaches y las nítidas jarras de *whisky* casero.

—Le agradecería que me respondiera a unas preguntas.

—¿Quién ha dicho que era?

—Le llamo de una agencia informativa independiente. Trabajo por mi cuenta.

—¿Y qué quiere saber exactamente?

—He leído que Rufus Harms fue condenado por el asesinato de una niña en la base militar en la que estaba destinado. —Consultó las noticias que acababa de imprimir—. Fort Plessy, cerca de Savannah, en Georgia.

—El asesinato de una niña blanca. Resulta que él es negro.

—Lo sé —dijo Sara con cortesía—. ¿Sabe usted el nombre del abogado que le representó en el juicio?

—En realidad no fue un juicio. Llegaron a un acuerdo. Y se declaró culpable. Yo mismo cubrí la noticia porque Rufus era de aquí, por aquello del profeta en su tierra pero al revés.

—¿O sea que sabe el nombre de su abogado?

—Tendría que mirarlo. Deme su número y la llamo.

Sara se lo dio.

—Si no me encuentra, deje el recado en el contestador. ¿Qué más puede contarme sobre Rufus y su hermano?

—Pues lo más chocante de Rufus era su altura. Tenía catorce años y ya medía metro noventa. Y no crea que era larguirucho y flaco: tenía ya el cuerpo de un hombre.

—¿Buen alumno? ¿Malo? ¿Problemas con la policía?

—Por lo que recuerdo, no era un buen estudiante. No acabó la secundaria, a pesar de que era realmente mañoso. De adolescente, trabajó en una pequeña imprenta con su padre. Su hermano también colaboraba. Ah, recuerdo una vez en que aquí se nos estropeó la imprenta. Nos mandaron a Rufus para arreglarla. No creo que tuviera más de dieciséis años. Le entregué el manual de la máquina pero no lo quiso. «Las palabras me complican la vida, señor Barker», dijo, o algo así. Entró y al cabo de una hora aquello funcionaba como el primer día.

—¡Qué curioso!

—Y nunca tuvo problemas con la policía. Su madre no se lo habría permitido. Debe comprender usted que esta es una población pequeña, nunca ha tenido más de mil habitantes, y hoy en día tendrá menos. Yo voy para los ochenta y aún llevo el periódico. Nadie ha estado tantos años aquí. Los Harms vivían en el barrio de los morenos, evidentemente, pero nos conocíamos todos. No es que yo me relacione con los morenos, pero siempre me parecieron buena gente. Ella trabajaba en la industria cárnica, como todo el mundo. En la limpieza, no en un empleo mejor pagado. Pero cuidaba mucho de sus hijos.

—¿Qué fue de su padre?

—Era una buena persona, no como otros de su ambiente, que se dedican a beber o a hacer salvajadas. Él trabajaba con ahínco, quizás con demasiado, porque un día ya no se despertó. Un ataque al corazón.

—Tiene usted muy buena memoria.

—Yo redacté su esquila.

—¿Y qué me dice de su hermano?

—La de Josh ya es una historia distinta. Era lo que aquí denominamos un negro malo. Exaltado, arrogante, de los que se dan pisto. Yo no estoy cargado de prejuicios ni nada que se le parezca y no tolero que en mi presencia se hable de «negratas», pero utilizaría esta palabra en concreto para describir a Josh Harms. Le caía mal a mucha gente.

—He leído que luchó en Vietnam y regresó como héroe de guerra.

—Pues sí, es cierto —reconoció en seguida Barker—. El héroe de guerra que ha recibido, de lejos, más condecoraciones de la zona. A todo el mundo le sorprendió, en realidad. Pero lo suyo es la pelea, hay que reconocérselo.

—¿Qué más?

—De hecho, Josh acabó la secundaria. —El tono de Barker cambió—. Pero donde le dio cien vueltas a todo el mundo fue en deporte. Aquí yo estoy solo y debo cubrir todos los campos informativos. Josh Harms ha sido el mejor atleta que he tenido yo el privilegio de ver. Tanto si hablamos de blancos, de negros, de verdes o granates, el muchacho corría más de prisa, saltaba a más altura, era más fuerte y rápido que nadie. También sé que los morenos son capaces de bordarlo, pero Josh en realidad era otra cosa. Dejó su nombre grabado en todos los deportes que practicó. ¿Sabía usted que todavía posee unos seis récords estatales en atletismo? —Y añadió con orgullo—: No sé si sabe que en Alabama se encuentran los mejores atletas.

Sara suspiró.

—¿Practicó el deporte a nivel universitario?

—La verdad es que le ofrecieron una serie de becas para el fútbol americano y el baloncesto. Incluso Bear Bryant pretendía llevárselo a Alabama, imagínese si era bueno. Tal vez habría llegado a ser una estrella de la NBA o de la Liga Nacional de Fútbol... Pero se desvió.

—¿Y eso?

—Pues ya sabe cómo va. Su gobierno le pidió que defendiera el país en su lucha contra el comunismo.

—En otras palabras, lo llamaron a filas y lo mandaron a Vietnam.

—Eso.

—¿Volvió a su casa luego?

—Sí, claro. Su madre aún estaba viva, aunque no duró mucho. Precisamente en aquella época fue cuando Rufus tuvo el enorme problema. Yo casi afirmaré que Rufus se metió en el ejército por Josh. Puede que quisiera parecerse al hermano mayor, al héroe. Tal vez quería que algo le saliera derecho en su vida, para variar. Tras la muerte de su padre, aquí ya no había sitio para él. Y curiosamente, todo acabó fatal. En fin, Josh acudió a mí para ver si yo podía hacer algo. Ya se sabe lo que dicen del poder de la prensa, pero realmente no podía hacer nada.

—¿Le sorprendió que Rufus matara a la niña? Me refiero a si tenía usted noticia de que en otras ocasiones hubiera aplicado la violencia.

—Que yo sepa, nunca había hecho daño a nadie. Era un gigante encantador.

Cuando me enteré de lo de la niña no me lo creía. De haberse tratado de Josh, no me hubiera extrañado, pero sí de Rufus. Aunque las pruebas eran suficientemente claras.

—¿Siguió viviendo aquí Josh?

—Me lleva usted a un momento de los más problemáticos de la historia de esta población.

—¿Cuál?

—Preferiría no comentarlo.

Sara reflexionó rápidamente: ¿Cuál era el término que se usaba en periodismo?

—A nivel extraoficial.

—¿De verdad? —preguntó Barker con cautela.

—Totalmente extraoficial.

—Piense que acabo de grabar sus palabras. De forma que si leo en algún periódico lo que voy a decirle, presento una demanda contra usted y contra su publicación que les arruinará —dijo con dureza—. Yo también soy periodista y sé cómo funcionan esas cuestiones.

—Le prometo, señor Barker, que cualquier cosa que tenga que decirme no va a utilizarse bajo ningún concepto en un artículo.

—Perfecto. De todas formas, imagino que ha pasado tanto tiempo que ya no importa, es decir, a nivel legal. Aunque toda precaución es poca en este mundo. —Se aclaró la garganta—. Pues bien, la historia de Rufus llegó aquí, por supuesto. Una pandilla de muchachos empezó a beber, se fue juntando con otros y decidieron hacer algo. No podían hacerle nada a Rufus, pues estaba bajo la custodia del ejército. Pero sí podían hacerle algo al Harms que vivía aquí.

—¿Qué es lo que hicieron?

—Pues pegarle fuego a la casa de la señora Harms.

—¡Santo cielo! ¿Se encontraba ella dentro?

—Pues sí, hasta que Josh la sacó. Y además Josh persiguió a la pandilla. Por todas las calles. Yo lo observaba desde mi despacho. No sé si serían diez contra uno, pero Josh consiguió que al menos la mitad acabaran en el hospital, si bien los restantes le apalearon lo indecible. Jamás había visto algo igual y espero no volver a verlo.

—Organizaron un buen follón. ¿No acudió la policía?

Barker tosió, algo violento.

—Resulta que se rumoreó que un par de los muchachos, de los que quemaron la casa, pertenecían a...

—La policía —dijo Sara por él. Barker permaneció en silencio—. Espero que Josh Harms demandara a la ciudad hasta vaciar sus arcas —añadió.

—Al contrario, le demandaron a él. Me refiero a los que acabaron en el hospital. Josh no pudo demostrar nada en cuanto al incendio. Yo hice mis especulaciones pero eso es todo. Y la policía se montó la historia de la resistencia a la autoridad y tal. Fue la palabra de diez personas contra la de una, de un negro, por cierto. En resumidas cuentas: pasó un tiempo en la cárcel y les arrebataron todo lo que poseían, tanto él

como su madre, y ya puede imaginar que era poco. La mujer no tardó en morirse. Imagino que no pudo soportar lo que les había ocurrido a sus hijos.

Sara estuvo a punto de chillar contra el hombre.

—Es el relato más desagradable que he oído en mi vida, señor Barker —dijo—. No conozco su población, pero no le aconsejaría a un amigo que se trasladara a vivir aquí.

—Tiene sus puntos positivos.

—Seguro... ¿Como esas bienvenidas a un héroe de guerra?

—Lo sé. He reflexionado sobre ello. Uno lucha por su país, le hieren, vuelva a casa y se encuentra con eso y a la fuerza tiene que preguntarse por qué demonios luchó.

—Al parecer, usted sabía la verdad. ¿No utilizó el poder de la prensa en aquella ocasión?

Barker suspiró profundamente.

—Esto ha sido siempre mi casa, señorita Evans, uno no puede atacar tantas veces al poder, aunque se lo merezca. Tampoco puedo afirmar que me sitúe en el bando de los negros, porque no es así. Le mentiría si le dijera que defendí la causa de Josh Harms, porque francamente no lo hice.

—Pues, en cierta manera, para esto están los tribunales: para evitar que las personas como las de su población vayan por ahí haciendo de las suyas contra personas como Josh Harms. Hágame el favor de llamarme para facilitarme el nombre del abogado de Harms.

Colgó. El cuerpo se le estremecía de rabia al recordar lo que acababa de oír. ¿Cuántos negros había conocido de pequeña en Carolina? Los muchos que vivían en la carretera. Los jornaleros que llevaba su padre a la propiedad durante la siega. Ella había observado a aquellos hombres desde el porche, había visto la fina tela de las camisas empapada de sudor, la piel aún más oscura tras la exposición al sol. Ella y su madre les llevaban gaseosa, comida. Ellos murmuraban una palabra de agradecimiento, sin mirarlos nunca a los ojos, tragaban la comida y seguían en la oscuridad. En la escuela a la que había acudido Sara solo había blancos, a pesar del rosario de casos que se presentaban al Tribunal Supremo exigiendo la igualdad. Aquellos casos eran los campos de batalla del siglo veinte en los que se luchaba por la igualdad racial, en sustitución de los Antietam, Gettysburg y Chickamauga del siglo pasado. Y algunos presentarían argumentos igualmente triviales. En el Tribunal, por ejemplo, había un magistrado negro, que ocupaba el cargo de supervisor; y de treinta y seis ayudantes, solo uno era negro. La mayor parte de magistrados nunca había tenido un ayudante perteneciente a una minoría. ¿Cuál era el mensaje de aquello? ¿En el tribunal de justicia de más alto rango del país?

Mientras corría por el pasillo en busca de Fiske, Sara se preguntaba si algún día descubrirían la verdad. Caso de que el ejército alcanzara antes que nadie a los hermanos Harms, casi seguro que la verdad moriría con ellos.

Fiske estaba frente a la puerta del despacho de su hermano mientras Chandler revisaba el trabajo del equipo que recogía las pruebas bajo la estrecha supervisión del personal de asesoramiento del Tribunal. De todas formas, con dos funcionarios muertos, las cuestiones sobre confidencialidad habían pasado a un segundo plano en relación con la búsqueda del asesino o los asesinos. Cuando acabaran con el despacho de Michael Fiske empezarían con el de Steven Wright.

Fiske miró la puerta del despacho de su hermano y luego la del de Wright. Repitió el gesto un par de veces al tiempo que una idea se iba filtrando en su cabeza. Se acercó a Chandler.

—¿Dónde encontraron exactamente el cadáver de Wright?

Chandler abrió su bloc de notas y empezó a revisarlas.

—Por cierto, he rescatado su coche del depósito municipal. Se encuentra en un bonito y legal aparcamiento, el de la comisaría.

—Le agradezco el detalle.

—No me lo agradezca. Entre la grúa, la multa y demás, la broma le va a costar unos doscientos billetes.

—¿Doscientos? No puedo invertir esa suma en un simple tique de aparcamiento.

—¿Lo dice en serio? Pues tal vez podría yo mover algún hilo, hacerle un pequeño favor. Pero usted tendría que poner su granito de arena. Alguna habitación de mi casa necesita una capa de pintura. —Chandler soltó una carcajada y dejó de hojear las notas—. ¡Aquí está! Wright vivía a una manzana de la estación de metro de Eastern Market. Encontraron su cadáver en el parque Garfield. Entre las calles F y Segunda. A cinco o seis manzanas del edificio del Tribunal.

—¿Cómo acostumbraba a ir al trabajo y a volver a casa Wright?

—Según algunos de aquí, a pie, en taxi y en alguna ocasión en metro.

—De camino para casa, ¿tenía que pasar por el parque Garfield?

Chandler ladeó la cabeza consultando otra vez las notas.

—Pues no. Lo más directo sería torcer a la izquierda desde la Segunda, pasar a la E y a casa. No tenía que seguir hacia el parque.

—¿Tenía perro o algo así? Podía haber ido a casa y sacarlo a pasear por el parque.

—Tenía perro pero no pasó por su casa. O eso creemos. Además, para pasear el perro, le quedaba más cerca el parque Marión.

—¡Qué raro!

Chandler frunció el ceño al ocurrírsele algo.

—En el parque Marión hay algo que no posee el parque Garfield.

—¿Qué es?

—Un puesto de policía al otro lado de la calle.

—Quien lo mató tenía que saberlo.

—No puede decirse que el puesto de policía sea un gran secreto. Precisamente

pretendemos que todo el mundo se percate de nuestra presencia para disuadir a los delincuentes.

—¿Se diría que le mataron en el parque o en algún otro lugar para arrojarlo luego allí?

—Se han encontrado manchas de sangre en la hierba. Ninguna vaina que hayamos encontrado. Probablemente utilizaron un silenciador, a menos que se tratara de un robo al azar. Un silenciador en un revólver es algo demasiado complicado. Si se utilizó una semiautomática, tendríamos que encontrar la vaina, si es que no la recogió alguien antes.

—¿La bala sigue en el cadáver?

Chandler asintió.

—Ojalá nos cayera encima un arma para poder cotejarla.

—Teniendo en cuenta lo que ocurrió en el piso de Mike, tal vez debiera haber destinado a alguien al de Wright.

—¡Vaya, no se me había ocurrido!

—Lo siento. ¿Se tiene idea de la hora a la que salió Wright del Tribunal anoche?

—Estamos trabajando sobre ello. Después del horario normal, solo queda una puerta para entradas y salidas. En ella se hace guardia permanente y se cierra a las dos de la madrugada. Más tarde, hay que avisar a un guardia para salir. Se puede llegar a la calle a través del garaje, pero también hay vigilancia allí. De todas formas, como Wright no conducía, no vamos a darle más vueltas.

—Entonces alguien le vería salir.

—Mis hombres lo están comprobando con los guardianes del turno de anoche.

—¿Tienen cámaras de vigilancia aquí?

—¿Se refiere a las salas? —preguntó Chandler con una sonrisa—. Pues sí, pero no en todas partes y por desgracia tampoco en esta parte del vestíbulo. Sin embargo, estamos comprobando las cintas para ver si surge algo de interés. —Chandler volvió a consultar sus notas—. A esas horas de la noche, la única actividad de esa planta la llevaría a cabo un ayudante que trabajara hasta tarde.

—¿Algo significativo en el historial de Wright?

Chandler negó con la cabeza.

—Hasta ahora no hemos encontrado ningún trapo sucio. Costará determinar el móvil.

—Pero no se ha encontrado su cartera.

—Sí, ya he pensado en ello. Me parece demasiado claro.

—¿Alguien quiere hacernos pensar que existe una relación entre los dos asesinatos?

—También podría ser obra de algún loco que le tuviera manía al Tribunal.

—Considero que los dos asesinatos están relacionados, aunque no por las razones que probablemente creen los demás —dijo Fiske.

—¿A qué se refiere?

—Si mataron a Mike por una razón que alguien no quiere que descubramos, el hecho de asesinar a otro funcionario y dar a entender que existe una relación constituiría el sistema óptimo para distraer nuestra atención.

Chandler parecía intrigado.

—Entonces, ¿cuál es la auténtica razón por la que alguien mató a su hermano e intenta ocultarlo?

Fiske vaciló un momento. Aquello de mantener en secreto lo del recurso robado le hacía cada vez las cosas más difíciles.

—No sé, pero tal vez tenga una idea que explique por qué fue asesinado Wright.

—¿Aparte de utilizar el asunto para desviar la atención?

—Digamos que su muerte pudo tener un doble objetivo.

En aquel instante llegó Sara, intentando por todos los medios disimular su emoción.

—¿Podemos hablar un minuto, John?

—Espero, señorita Evans —dijo Chandler con una sonrisa de oreja a oreja—, que haya tenido un viaje a Richmond agradable y tranquilo.

—Dejémoslo en «distinto» —se apresuró a responder ella—. De verdad tengo que hablar con usted, John.

—¿Le veo más tarde, Buford?

—Sí, y me expone su teoría.

Los dos se alejaron y la sonrisa de Chandler se esfumó. Se estaba preguntando si Sara Evans le había robado a su socio «extraoficial».

Minutos después de que Sara saliera de su despacho, la magistrada Knight pasó a verla. Estaba a punto de dejarle una nota cuando se fijó en el informe Chance con el papel que le había adjuntado Wright. Se sentó en la silla de Sara y lo leyó. Al acabar, vio claro de pronto lo que había hecho. Había ordenado a Wright trabajar hasta tarde, toda la noche si hacía falta. Él había cumplido, había salido tarde del edificio y alguien le había asesinado. Su preciado informe. En realidad nunca se había planteado esa cadena de acontecimientos. Espiró con tal fuerza el aire contenido en sus pulmones que tuvo la impresión de que se ahogaba. Dejó el informe y salió deprisa.

Un minuto después, pasó volando por delante de sus subordinados y se encerró en su despacho. Contempló la espaciosa y elegante estancia, con chimenea y todo. Allí era donde había permanecido tanto tiempo cavilando sus pequeñas estrategias, su filosofía de la vida. Y aquello había costado la vida a un joven. Se quitó los zapatos, se situó en un rincón y, cubriéndose el rostro, empezó a llorar.

De vuelta a su despacho, Sara pasó la media hora siguiente contándole a

Fiske todo lo que había descubierto.

—Cuando llame Barker para darme el nombre del abogado, podremos hablar con él y tal vez tener un punto de partida.

—Eso estaría bien.

—¿Cree usted que Michael fue a ver a Harms a la cárcel?

—Realmente la fuga del tipo nos lo complica todo.

A Sara se le ocurrió de pronto algo que la aterrorizó.

—Supongo que no creerá que Michael estaba metido en eso...

—Mi hermano nunca habría participado en nada ilegal.

—No me refería a hacerlo a propósito.

—Según informan los periódicos, Harms huyó de un hospital de Roanoke después de que se encontrara el cadáver de Mike. Tampoco estoy diciendo que sea una coincidencia la cuestión del tiempo.

—¿Alguna deducción brillante?

—Creo saber por qué asesinaron a Wright.

—¿Por qué? ¿Por qué estaba al corriente del caso Harms? ¿Al corriente de lo que había hecho Michael?

—No, le mataron porque había visto algo. Una cosa que no debía.

Sara acercó su silla a la de él.

—¿A qué se refiere?

—El despacho de Wright, el que utilizaba antes usted, se encuentra junto al de Mike. Wright iba a trabajar toda la noche.

Sara se dejó caer sobre la silla.

—Claro. Porque yo le dije que tenía que hacerlo.

—No, porque Knight le dijo a usted que se lo ordenara. Pues bien, han encontrado el cadáver en un parque que no le queda de camino hacia casa. Chandler me ha dicho que fue asesinado entre la media noche y las dos de la madrugada. Si iba a trabajar toda la noche aquí, ¿qué hacía en el parque?

—¿Cree que alguien se lo llevó de aquí y lo mató?

—Más bien que alguien lo sacó del Tribunal, lo llevó al parque y le mató.

Sara quedó boquiabierta.

—¿Lo que significa que el asesino estaba aquí?

Fiske asintió.

—No sé si la persona trabajará aquí pero estoy convencido de que ayer por la noche sí estaba aquí.

—¿Qué pudo haber visto Steven que le costara la vida?

—Yo diría que vio a alguien entrar en el despacho de Mike. Ayer Wright oyó cómo Chandler decía a todo el mundo que nadie podía acercarse a este despacho.

Quien se aventuró en el despacho de Mike no sabría que Wright se encontraba en el suyo. Imagino que nadie difunde a los cuatro vientos que se queda a trabajar hasta tarde.

—Como anoche, a menudo ni sabemos que lo vamos a hacer hasta el último minuto.

—O sea que alguien entra en el despacho a buscar algo...

—¿Como por ejemplo?

—¡Quién sabe! Una copia de la apelación que cogió Mike. Algún mensaje telefónico, un dato de su ordenador.

—Eso sería correr un gran riesgo. El personal de seguridad está aquí las veinticuatro horas del día.

—Si la persona sabía que a la mañana siguiente la policía iba a registrar a fondo el despacho, tenía un tiempo muy limitado para buscar.

—Tiene su lógica.

—De modo que Wright oye algo, o bien acaba el informe, sale y topa con la persona.

—Si su teoría es correcta, ¿piensa que Steven conocía a quien le mató?

Fiske suspiró profundamente y se apoyó en el respaldo.

—Creo que tenía que conocerle. De lo contrario, habría hecho sonar la alarma. Vi como Perkins cerraba con llave el despacho de Mike. No hay señales de que se haya forzado la puerta. La persona tenía llave.

—Si es así, alguien tiene que haber visto algo.

—No necesariamente. Si el asesino conoce la distribución del edificio, tuvo forma de evitar que le vieran con Wright cuando salían.

—Entonces tiene que tratarse de alguien en quien él confiara.

Fiske la miró.

—¿Como alguno de los magistrados?

Sara le devolvió la mirada, horrorizada.

—Aceptaré muchísimas cosas, pero eso no puedo aceptarlo. —De pronto se le ocurrió algo—. ¿No sería McKenna? Steven habría confiado en él, al pertenecer al FBI.

—¿Cómo podría verse implicado en eso McKenna?

—No lo sé. Es el primero que me ha venido a la cabeza.

—¿Porque no pertenece al Tribunal y me agredió a mí?

Sara suspiró.

—Quizás. —Luego recordó algo y empezó a revolver papeles en la mesa hasta que lo encontró—. Sé a qué hora salió Steven. —Cogió el informe que le había dejado Wright. Sobre él figuraba un sello con la fecha y la hora. Giró el expediente para que Fiske pudiera verlo.

—El sistema de procesamiento de textos fecha automáticamente los documentos porque se hacen muchos borradores. De esta forma determinamos rápidamente cuál

es el último.

Fiske miró la hora marcada en el papel.

—Esto se imprimió esta madrugada a la una y quince.

—Exactamente. Steven acabó el informe, lo imprimió, lo dejó en mi mesa y probablemente salió.

—Y vio lo que vio.

De pronto, Sara pareció perpleja.

—Un momento. Aquí hay algo que no cuadra. Cuando un ayudante se queda trabajando hasta tarde, lo que suele ocurrir es que un agente de policía del edificio lo acompañe a casa, suponiendo que viva cerca. —Miró a Fiske—. Los policías de aquí son muy amables con nosotros.

—¿Verdad que el metro no funciona a la una y quince?

—No. Por otro lado, Steven vivía a unos cinco minutos en coche de aquí. En otras ocasiones le han acompañado.

—¿De modo que es muy posible que alguien de aquí se prestara para acompañarle a su casa?

—Teniendo que salir a la una y quince de la madrugada, creo que es lo más lógico.

—¿Por qué no un taxi? Tal vez a aquellas horas no había suficientes vigilantes para acompañarle.

Sara no lo veía muy claro.

—También es una posibilidad.

—Si le llevó a casa un agente, podemos comprobarlo. Se lo diré a Chandler.

—¿Y eso a dónde nos lleva?

Fiske encogió los hombros.

—Tenemos que ver el expediente militar de Harms. Tengo un amigo que trabaja en el Tribunal Central Militar. Le llamaré para comprobar si puede echarnos una mano para acelerar el proceso. Hasta que no sepamos quién está implicado en todo esto, quisiera que estuviera al corriente de nuestras pesquisas el mínimo número de personas posible.

Sara notó un escalofrío y se sujetó los brazos.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Empieza a aterrorizarme pensar en cuál será la verdad.

Mientras Sara volvía al trabajo, Fiske llamó a su amigo Phil Jansen, del Tribunal Central Militar, para hacerle unas consultas. Entre otras cosas, le pidió una lista del personal destinado a Fort Plessy durante el tiempo en que Rufus Harms permaneció allí.

Cuando se reunió con Chandler, le contó su teoría sobre el asesinato de Wright. Le dejó impresionado.

—Comprobaremos también las empresas de taxis. Esperemos que alguien viera u oyera algo.

Chandler lo miró inquisitivamente.

—¿Descubrieron algo interesante con la señorita Evans anoche durante el tiempo que estuvieron juntos?

—Creo que es una buena persona. Algo impulsiva pero buena persona. Muy inteligente.

—¿Algo más? En la primera reunión que tuvimos, Ramsey dijo que ella y su hermano eran íntimos. ¿Le ha citado alguna razón por la que cree que le asesinaron?

—Tal vez sea mejor que se lo pregunte usted.

—Es a usted a quien se lo pregunto, John. Creía que formábamos un equipo. —Se acercó un poco más a Fiske—. Tengo ante mí demasiadas cosas que no entiendo del caso para tener que vigilar hacia atrás. Usted perteneció al cuerpo; debería comprender lo que es cubrir las espaldas a alguien.

Fiske respondió airado:

—Nunca dejé a un colega en la estacada.

—Me alegra oírlo. Hábleme, pues, de anoche.

Fiske apartó la mirada, cavilando cómo enfocar el tema. Ocultar información no sería el mejor sistema. ¿Cómo conseguiría responderle adecuadamente a Chandler y al mismo tiempo evitar destrozar la vida de Sara y la fama de su hermano?

—¿Puede tomarse café por aquí?

—En la cafetería. Le invito.

Unos minutos después se encontraban en la cafetería de la planta baja. Se estaba desarrollando la sesión de tarde en el Tribunal y por ello el recinto estaba bastante vacío.

Fiske iba sorbiendo el café bajo la atenta mirada de Chandler.

—Las cosas no pueden estar tan mal, John, a menos que me confiese que usted es uno de los que andan por ahí cargándose a la gente.

—Si le cuento algo, Buford, usted deberá seguir unas normas muy específicas sobre lo que puede hacer con la información y a quien tiene que comunicársela.

—Cierto. ¿Son esas normas las que le impiden hablar claro?

—¿A usted qué le parece?

—Vamos a pasar a las hipótesis, ¿de acuerdo? Mi trabajo consiste en constatar

hechos y utilizarlos para detener a alguien que ha cometido un delito. Suponiendo que no estemos hablando de hechos, sino tan solo de teorías, como la que explica, según usted, el asesinato de Wright, puedo escuchar la teoría y no tengo obligación de comunicársela a nadie hasta que se demuestren los hechos que la corroboran.

—¿O sea que podemos hablar a nivel teórico y la cosa quedará entre usted y yo?
Chandler agitó la cabeza.

—No puedo prometerle que quede entre usted y yo. No, en caso de que la teoría pase a convertirse en hecho.

Fiske bajó la vista hacia la taza. Intuyendo que le estaba perdiendo, Chandler tocó la taza con su cucharilla.

—Aquí lo importante, John, es descubrir quién asesino a su hermano y a Wright. Creí que era lo que le interesaba a usted.

—En efecto. Es todo lo que me interesa.

—¿De verdad? —Chandler lo dudaba—. Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema radica en el hecho de que uno puede herir a alguien al tiempo que intenta ayudarlo.

—¿Habla de su hermano? ¿O de alguien más?

Fiske era consciente de que ya había hablado demasiado. Decidió seguir a la defensiva.

—De acuerdo, Buford, hablemos un poco de teorías. Supongamos que alguien del Tribunal cogió un recurso antes de que entrara en el sistema.

—¿Por qué y cómo?

—El cómo parecería fácil de explicar, el porqué no.

—Adelante.

—Ahora supongamos que otra persona del Tribunal vio el recurso, descubrió que no estaba en el sistema pero no hizo comentario alguno.

—El porqué en ese caso tendría también su complicación.

—O no. Vamos a imaginar que la persona que retiró el recurso lo hizo por un buen fin. Y que esa misma persona se fue a un sitio a visitar a quien había mandado el recurso.

—¿Los seiscientos kilómetros del coche de su hermano?

Fiske dirigió una fría mirada al inspector.

—Me habla de un hecho, Buford, y yo no estoy enumerando hechos.

Chandler tomó un sorbo de café.

—Siga.

—Supongamos ahora que la persona que presentó el recurso está presa.

—¿Es eso un hecho o tan solo una especulación?

—No puedo responder a ello.

—Pero yo sí puedo preguntarlo. ¿Dónde se encuentra el preso en cuestión?

—No lo sé.

—¿Qué significa que no lo sabe? Si está preso, en alguna cárcel se encontrará.

—No necesariamente.

—¿Pero qué demonios...? —Chandler se calló de pronto clavando los ojos en él—. ¿Me está diciendo que esa persona se fugó? —Fiske no respondió—. Vamos, no me diga que su hermano se dejó engatusar por una súplica de ayuda marrullera, se fue a una cárcel, ayudó al preso a salir y este, encima, se lo cargó. No me venga usted con esas. —Chandler levantó la voz, agitado.

—No le vengo con esas. No es lo que sucedió.

—De acuerdo. Y el recurso... ¿Conoce su contenido?

Fiske era consciente de que habían ido más allá de la teoría. Lo negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo he visto.

—¿Cómo sabe, pues, que existe?

—No pienso responder a esta pregunta, Buford.

—Puedo obligarle a hacerlo, John.

—Sabe que aquí corre un riesgo.

—Efectivamente. —Fiske acabó el café y se levantó—. Voy a tomar un taxi para recoger mi coche.

—Le llevaré yo. Tengo también otros casos pendientes, a pesar de que ahora mismo este sea el único que le preocupa al mundo.

—Creo que sería mejor para los dos que cada uno se fuera por su cuenta.

Chandler frunció los labios.

—Como quiera. Su coche está en el aparcamiento de atrás. Tiene las llaves en el asiento delantero.

—Gracias.

Chandler observó como Fiske salía de la cafetería.

—Espero que ella lo merezca, John —dijo el inspector en voz baja.

Chandler había llevado a cabo una serie de pesquisas por su cuenta y cuando volvió a su despacho se encontró con un montón de papeles sobre la mesa. Había pedido una relación de las llamadas telefónicas de Michael Fiske en su despacho y en casa durante el último mes. Los resultados se habían catalogado en una serie de páginas. Encontró allí la llamada a su hermano. Otras dirigidas a su familia. Una docena correspondían a un número que se había identificado como el de Sara Evans. Aquello le pareció interesante. ¿Los dos hermanos se habían enamorado de la misma mujer? Cuando llegó hacia el final de la lista, el pulso se le aceleró. Tras tantos años en el puesto, aquello raramente se producía. Michael Fiske había llamado unas cuantas veces a Fort Jackson, al suroeste de Virginia, en los tres últimos días antes de que se descubriera su cadáver. Chandler sabía que en Fort Jackson había una prisión militar. Y aquello no era todo. Fue revisando los papeles de la mesa hasta que encontró lo que buscaba. Habían mandado un télex a toda la nación solicitando colaboración para

detener a un hombre. Al ver el télex por primera vez, Chandler no le había dado mucha importancia.

En aquellos momentos estudiaba con detenimiento la foto de Rufus Harms. Cogió el teléfono e hizo una rápida llamada. Necesitaba conocer un detalle y lo averiguó en un minuto. Fort Jackson se encontraba a unos seiscientos kilómetros de Washington. ¿Sería Harms quien había presentado el recurso de apelación mencionado por John Fiske? Y de ser así, ¿por qué, según la «teoría» de Fiske, su hermano lo había traspapelado?

Chandler miró de nuevo la lista de llamadas telefónicas. Su mirada pasó fugazmente por encima de un número sin darle importancia, tal vez porque correspondía a un bufete y en la lista figuraban una serie de números relacionados con la abogacía. De todas formas, el nombre de Sam Rider tampoco le habría sonado al inspector de haberse fijado más en él. Chandler apartó la lista y se planteó llamar a Fiske y a Sara Evans y obligarles a contarle lo que sabían. Pero el instinto que se había ido consolidando en treinta años le dictó uno de los preceptos: no puedes confiar en cualquiera.

—Vamos, John —le suplicó Sara. Estaban en el despacho de ella y era casi la hora de salir.

—Ni siquiera conozco al juez Wilkinson, Sara.

—¿Pero no lo ve? Suponiendo que esté implicado alguien del Tribunal, será la ocasión perfecta para descubrir alguna información, ya que asistirá prácticamente el Tribunal en peso.

Fiske iba a protestar pero en lugar de ello se frotó la barbilla.

—¿A qué hora empieza?

—A las siete y media. Por cierto, ¿ha sabido algo de su amigo del Tribunal Central Militar?

—Sí. De hecho poseen dos archivos que nos interesan. El de servicio de Harms, que además de contener su historial militar dispone de evaluaciones, información personal, contrato de reclutamiento, remuneraciones e historial médico. El segundo archivo, el que incluye la documentación del consejo de guerra, está en Fort Jackson. Las actuaciones de su abogado se encontrarán en el departamento del Tribunal Central Militar que se ocupó de la defensa de Harms. Es decir, si lo han mantenido durante todos estos años. Jansen lo está comprobando. Mandará lo que pueda.

Sara recogió sus cosas para salir pero Fiske seguía ahí sentado.

—¿Qué puede contarme de los Knight? Sobre su pasado y todo eso...

—¿Por qué?

—Porque vamos a una fiesta en la que ellos son los anfitriones. Ella es un personaje importante del Tribunal y él es toda una autoridad en su campo. ¿No cree que deberían entrar en nuestra investigación?

—Probablemente conoce usted más detalles que yo sobre el pasado de Jordán Knight. Es de su tierra.

Fiske hizo un gesto de indiferencia.

—Es verdad. Jordán Knight es un pez gordo de Richmond. O eso era antes de meterse en política. Hizo muchísimo dinero.

—¿Y se granjeó muchos enemigos?

—No creo. Ha hecho mucho por Virginia. Además, es discreto y amable.

—Es raro, pues, que se casara con Elizabeth Knight.

—Pude observar cómo su ascenso levantaba ampollas en algunos.

—En muchos. Es algo inherente al ramo. Un fiscal federal duro se convierte en un duro magistrado. Todo el mundo estaba al corriente de que le preparaban la plaza en el tribunal. Su voto es decisivo en la mayor parte de los casos, y eso desespera a Ramsey. Seguro que por esa razón la trata de esa manera. Normalmente con guante de seda, pero de vez en cuando no puede reprimir una pulla contra ella.

Fiske recordó el enfrentamiento entre los dos magistrados en la reunión. De forma que era así.

—¿Hasta qué punto conoce a los demás magistrados? Se diría que los conoce muy bien para estar convencida de que no pueden haber cometido un asesinato.

—Como en cualquier otra organización de envergadura, en general les conozco superficialmente.

—¿Cuál es el historial de Ramsey?

—¿No conoce usted el historial del presidente del tribunal más importante del país?

—Ayúdeme un poco.

—Fue juez no numerario antes de acceder, hace diez años, a la cumbre.

—¿Algo poco corriente en su pasado?

—Estuvo en el ejército. No sé si en el de tierra o con los marines. —Captó la mirada de Fiske—. Ni se le ocurra, John. Ramsey no va por ahí matando gente. Aparte de eso, no sé más que lo que contiene su biografía oficial.

Fiske parecía desconcertado.

—Habría asegurado que, al hablar con los otros ayudantes, ustedes lo sabían todo de los demás magistrados.

—Los ayudantes suelen formar pina hasta cierto punto, a pesar de que todos los jueves por la tarde nos encontramos para charlar. Y con cierta regularidad, los de un magistrado salen a comer con los de otro para romper un poco el hielo. Fuera de eso, cada despacho es más bien un compartimento estanco —dijo e hizo una pausa—, dejando a un lado la célebre red de opinión funcional.

—Mike me habló de algo así cuando entró a trabajar en el Tribunal.

Sara sonrió.

—Seguro. Los ayudantes son los portavoces de sus magistrados. Nos dedicamos a lanzar globos sonda todo el tiempo, a tantear la posición de los demás magistrados. Michael, por ejemplo, solía preguntarme qué le hacía falta a Knight en un dictamen mayoritario para unirse a Murphy.

—Pero si Murphy ya tiene la mayoría, ¿por qué ha de interesarle ganar otros votos?

—Veo que no está al corriente de nuestro funcionamiento.

—Soy un simple abogado de pueblo.

—Pues tenga en cuenta, señor simple abogado de pueblo que si yo tuviera en mi poder diez dólares por cada vez en que el dictamen mayoritario ha sido puesto en duda por no haber recibido el suficiente apoyo, a esas alturas sería rica. El truco consiste en elaborar un dictamen que consiga cinco votos. Y por supuesto, la oposición no se limita a quedarse de brazos cruzados. Pueden circular al mismo tiempo uno o más dictámenes controvertidos. Su utilización, incluso la amenaza que con llevan, se convierte en un arte.

Fiske la miró lleno de curiosidad.

—Creía que los disidentes quedaban en el bando de los perdedores. ¿Qué influencia pueden ejercer?

—Pongamos por caso que a un magistrado no le gusta cómo va conformándose un dictamen mayoritario; entonces, o bien hace circular un voto particular irónico que puede dejar en muy mal lugar al Tribunal caso de publicarse o incluso puede debilitar el dictamen mayoritario. O mejor aún y mucho más fácil: el magistrado hace público que tiene intención de redactar ese voto particular a menos que se reajuste el dictamen mayoritario. Eso lo hacen todos. Ramsey, Knight, Murphy. Luchan a brazo partido.

Fiske movió la cabeza.

—Como en una larga campaña política, siempre trapicheando con los votos. Lo típico, dame lo que te pido y tendrás mi voto.

—Y hay que saber dónde iniciar la batalla. Supongamos que a uno o más magistrados no les guste la forma en que se sentenció un caso hace cinco años. Hay que tener en cuenta que el tribunal no revoca a la ligera su propio precedente, por ello hay que pensar de forma estratégica. Esos magistrados pueden utilizar un caso actual para poner los cimientos que permitan revocar el precedente que no les gusta a unos años vista. Y lo mismo rige para la selección de casos. Los magistrados tienen siempre la vista puesta en el caso que puede servirles como medio para cambiar un precedente que no les gusta. Es como una partida de ajedrez.

—Esperemos que en todo el juego no se pierda una cosa.

—¿Cuál?

—La justicia. Puede que sea lo que pretende Rufus Harms. Que sea la razón que le movió a presentar el recurso. ¿Cree usted que aquí pueden hacerle justicia?

Sara bajó la vista.

—No lo sé. En realidad, cada una de las partes implicadas en los casos a ese nivel no tiene tanta importancia. Lo que cuenta son los precedentes que se establecen a raíz de sus casos. Todo dependerá de lo que pida. El impacto que produzca en los demás.

—¡Menudo barullo! —Fiske agitó la cabeza y le dirigió una mirada penetrante—.

Un lugar interesante el Tribunal Supremo.

—¿Irás a la fiesta?

—No me la perdería por nada.

Josh Harms supuso que la policía estaría vigilando las carreteras secundarias, por lo que adoptó la táctica poco corriente de coger la autopista. Estaba anocheciendo y con las ventanillas cerradas no había problema; a una patrulla le costaría mucho ver el interior del vehículo. Pero a pesar de todas las precauciones era consciente de que iban directos a la catástrofe.

Le parecía curioso que su hermano, después de haberlas pasado tan canutas, pudiera pensar en hacer lo correcto, exponiéndose a perder la vida o a perder una libertad que de entrada nunca habrían tenido que arrebatarle. Por un lado maldecía a Rufus y por otro le admiraba. La forma como se planteaba Josh la vida no tenía muchos secretos: era él contra todos los demás. No andaba buscando pelea, pero se le encendía la bombilla cuando detectaba que alguien quería pisotearle. Era consciente de que había vivido tanto tiempo por milagro.

De todas formas pensaba que debía admirar a alguien como Rufus, a una persona que hacía frente a todo aquello, a los que no querían ver que se cambiara un ápice del mundo pues se encontraban arriba. ¿Puede que la verdad te haga libre, Rufus?, pensó. De pronto, por el rabillo del ojo vio algo en el retrovisor que le movió a empuñar el arma que tenía a punto.

—¡Rufus —gritó a través de la ventana que conectaba con la caravana—, se ha presentado un problema!

Vio el rostro de Rufus en la ventana.

—¿De qué se trata?

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —le advirtió Josh. Miró de nuevo el coche patrulla en el retrovisor—. Nos han adelantado dos veces y ahora se han quedado atrás.

—¿Has acelerado?

—No he llegado al límite.

—¿Algún problema con la camioneta? ¿No llevas luces atrás?

—¿Crees que soy tonto o qué? La camioneta está impecable.

—¿Qué será entonces?

—Oye, Rufus, que hayas pasado tantos años en la cárcel no implica que el mundo haya cambiado. Habrán visto a un negro con un vehículo que tiene muy buena pinta en una autopista de noche. La pasma pensará que lo he robado o que estoy traficando con drogas. Joder, ir a por leche a una tienda puede convertirse en una aventura. —Miró de nuevo el retrovisor—. Creo que está a punto de pararnos.

—¿Qué vamos a hacer? Yo no puedo esconderme aquí atrás.

Josh no apartó la mirada del espejo ni al hacer deslizar el arma bajo el asiento.

—Pues sí, de un momento a otro se encenderá la luz y estamos perdidos. Túmbate en el suelo y tápate con el toldo, Rufus. ¡Pero ya!

Josh se encasquetó bien la gorra de béisbol, de forma que sobresaliera tan solo de ella el pelo blanco de las sienes. Echó la barbilla hacia delante y sacó el labio inferior,

para dar la impresión de no tener dientes. Abrió la guantera, cogió unos cuantos chicles y se los metió en la boca para simular unas mejillas algo más hinchadas. Se sentó tan abajo como pudo. Bajó luego el cristal, sacó el brazo e hizo gesto al coche patrulla para que se detuviera en el arcén. Él también se apartó del carril y paró la camioneta. El coche patrulla se paró detrás de la camioneta, soltando destellos azules en la oscuridad.

Josh esperó en la camioneta. Siempre es mejor dejar que los de azul vayan a ti; ni un movimiento brusco. Parpadeó cuando el reflector del coche patrulla se proyectó en el retrovisor. La típica táctica de la poli para desorientarle a uno, pensaba Josh. Oyó el crujir de las botas en la gravilla. Veía mentalmente al agente que se le acercaba con la mano en el arma, la vista fija en la puerta.

En el pasado, en tres ocasiones la policía le había parado y Josh había oído el ruido de los cristales rotos en el momento en que la porra pegaba contra una de las luces traseras. Y aquello le había costado un atestado por infracción del código. Todo para chincharle, para comprobar si hacía algo que le costara un tiempo en la sombra. Pero nunca había funcionado.

«Sí, agente, no, agente, señor agente», a pesar de que lo que deseaba era atizarle hasta dejarle inconsciente.

Como mínimo, nunca le habían metido drogas en el coche para inculparle. Precisamente tenía a unos colegas en la cárcel que se habían comido aquel marrón.

—Pelea —le decía siempre Louise, su ex.

—¿Que pelee contra qué? —replicaba él—. Hasta contra Dios podría pelear y tampoco sacaría nada.

Al no oír ya los pasos, Josh miró por la ventanilla.

El agente clavó la vista en él. Josh notó que era hispano.

—¿Qué ocurre? —preguntó el agente.

Con la mejilla abultada por la bola de chicle, Josh respondió arrastrando las sílabas.

—Para *Lusana*... —dijo, señalando la carretera—. ¿Este camino?

El desconcertado policía cruzó los brazos.

—¿A dónde dice que quiere ir?

—A *Lusana*. Baton Rous.

—¿A Baton Rouge, Luisiana? —el agente se echó a reír—. Queda un poco lejos.

Josh se rascó la nuca y echó un vistazo a uno y otro lado.

—Ahí están mis chicos... Llevan tiempo sin ver al viejo.

El agente cambió de expresión.

—Ah, vale.

—Un tipo me ha dicho que coja por ahí...

—Pues el tipo no se lo ha explicado bien.

—¿No sabrá, usted, señor agente, por dónde pillo?

—Claro, podría seguirme usted, pero yo voy a parar antes.

Josh le miró a los ojos.

—Mis hijos... Tienen que ver al viejo... ¿Va a ayudarme?

—Bueno, en realidad estamos cerca de la salida que debe tomar usted para ir ahí. Me sigue hasta ella y ya estará en el camino. Luego pregunta a alguien más. ¿Le parece bien?

—Estupendo. —Josh se tocó la visera.

El agente iba a volver al coche patrulla cuando se fijó en la caravana. Al iluminar la ventana vio las cajas apiladas.

—¿Le importa que eche un vistazo a la caravana?

Josh ni siquiera parpadeó, pero hizo deslizar un poco la mano hacia la parte delantera del asiento, donde tenía el arma.

—Claro que no.

El agente se situó atrás y abrió la puerta. Se encontró con una pared de cajas. Tras la pila, Rufus acurrucado bajo el toldo en la oscuridad del recinto.

—¿Qué lleva ahí? —gritó el policía.

—Comida —respondió Josh, asomando por la ventana.

El agente abrió una de las cajas, cogió una lata de sopa, abrió otra, agitó un paquete de galletas, lo dejó otra vez en su sitio y cerró luego la ventana de la caravana. Se acercó a la ventanilla del conductor.

—Mucha comida. El viaje no es tan largo...

—Pregunté a los chavales qué les llevaba. Dijeron comida.

El agente parpadeó.

—Me parece un gesto loable. Dice mucho de usted.

—¿Tiene usted hijos?

—Dos.

—Vaya.

—Que tenga usted buen viaje. —El agente volvió hacia el coche.

Josh cogió la carretera después que lo hiciera el coche patrulla.

Rufus asomó la cabeza por la ventana de la caravana.

—He sudado la gota gorda ahí atrás.

Josh sonrió.

—Hay que tomarlo con calma. Vas de bobo y te empapelan. Te las das de educado, piensan que les estás camelando y te la montan. Pero si te ven *pureta* y torpe pasan de ti.

—De todas formas nos hemos salvado por los pelos, Josh.

—Hemos tenido suerte de que fuera mexicano. Están colgados con la historia de la familia y los niños. Les sacas el tema y los tienes en el bolsillo. Con un blanco las habríamos pasado canutas. A uno de estos se le mete entre ceja y ceja hacer un registro y saca todo lo que llevamos atrás hasta dar contigo. Un hermano puede que nos hubiera dado cuartel pero nunca se sabe. Algunos cuando se ponen el uniforme se transforman en blancos.

Rufus miró a su hermano con gesto contrariado.

—¡Huy, y los asiáticos, peor! —continuó Josh—. Con ellos, ni abrir la boca. Se plantan delante de ti, te miran, no escuchan ni una puta palabra de lo que les dices y hacen lo que les parece. Son capaces de haberse cargado a su madre antes de darte por culo con el kung fu. Sí, hemos tenido suerte de topar con el agente Pedro. —Josh escupió el chicle por la ventana.

—¿Tú lo tienes todo decidido, verdad? —le dijo Rufus, enojado. Josh le clavó una mala mirada.

—¿Algún problema?

—Puede.

—Oye, tú vives tu vida como te da la gana y yo la mía como me da la gana. Veremos quien llega más lejos. Ya sé lo jodido que estabas ahí dentro, pero fuera también pintan bastos. No creas que no he pasado yo mi cárcel fuera. Sin que nadie me condenara en ningún puñetero tribunal.

—Dios nos creó a todos, Josh. Todos somos sus hijos. Y dividiéndonos no sacaremos nada. He visto apalear a muchos blancos en la cárcel. El mal adquiere todas las formas y todos los colores. Eso dice la Biblia. No hay que juzgar a nadie excepto a uno mismo. Es el único sistema que existe. Josh soltó un bufido.

—¡Y que lo digas tú! Después de todo lo que te hicieron Tremaine y los demás. ¿No me dirás que no los odias, que no quieres matarlos?

—No. Si sintiera eso, sería que Vic me habría arrebatado el amor que llevo dentro. Que me habría arrebatado al Señor. De haberlo hecho, tendría control sobre mí. No hay persona en este mundo que tenga la fuerza suficiente para arrebatarme a Dios. Ni Vic, ni tú, ni nadie. Y no soy tonto, Josh, sé que la vida no es justa. Soy consciente de que nosotros, los negros, no dominamos el mundo. Pero tampoco pienso agravar el problema con el odio.

—¡Y qué más! Dios te da carta blanca para odiar hasta el último blanco.

—Te equivocas. Si yo les odio es como si me odiara a mí mismo. Cuando llegué a la cárcel estaba en esa línea. Odiaba a todo el mundo. El demonio se había apoderado de mí, pero el Señor me rescató. Ya no puedo hacerlo. Ya no lo haré más.

—Es tu problema, oye. Cuanto antes lo superes, mejor.

—Un descuido garrafal, Frank. Liquidas a Rider y a su esposa, ¿y no registras su despacho?

Rayfield agarró con más fuerza el teléfono.

—Ya me dirás cuándo tenía que hacerlo. Si lo hubiera hecho antes de matarlo, habría despertado sus sospechas y puede que se hubiera largado. De hacerlo más tarde y que alguien nos pillara, nos encontraríamos ante unas preguntas para las que no tenemos respuesta.

—Pero me acabas de decir que han dictaminado que era un asesinato con suicidio

posterior. La policía no hará más investigaciones.

—Puede que sea cierto.

—Pues podrías pasarte por su despacho. Esta noche, por ejemplo.

—Lo haremos, si no hay moros en la costa.

—¿Ya has encontrado la carta del ejército que recibió Harms?

—Todavía no... —Interrumpió la frase al ver que Tremaine irrumpía en su despacho con un papel en la mano—. Un momento.

Tremaine colocó el papel frente a Rayfield, quien palideció al leerlo. Levantó la vista hacia el sombrío semblante de Tremaine.

—¿Dónde lo encontraste?

—El hijo puta ese vació uno de los postes de la cama. Muy hábil —admitió Tremaine a regañadientes.

Rayfield siguió al teléfono: a base de frases escuetas resumió el contenido de la carta.

—¿Fue obra tuya, Frank?

—Oye, si el tipo hubiera muerto en el penal tal como habíamos planificado, ¿verdad que no se habría hecho autopsia? Pues ese era el único modo de tapar el agujero. Todos estuvimos de acuerdo en ello.

—Pero ¡por el amor de Dios! Harms no murió. ¿Cómo no lo eliminaste luego del sistema?

—¡Ya lo hice! ¿No crees que de no haberlo hecho habría salido durante la investigación? Rider no tenía un pelo de tonto: se habría agarrado a ello para la defensa.

—Vamos a ver, si en aquel momento lo eliminaste del historial, ¿cómo puede mandarle el ejército esta carta después de tantos años?

—¿Quién sabe? Algún funcionario capullo habrá topado con el papel y lo habrá adjuntado al expediente, y con los tiempos que corren, en la base de datos. Una vez ha entrado en los archivos oficiales del ejército, ya no sabes si algo saldrá otra vez a la superficie, por más que intentes enterrarlo. Es la burocracia más odiosa del mundo. Nunca puedes tenerlo todo previsto.

—Pero tu trabajo consistía en estar encima del asunto.

—A mí no me digas en qué consiste mi trabajo. He intentado estar encima, pero no te creas que he podido controlarlo hasta el último puto día durante un cuarto de siglo.

Se oyó un suspiro al otro lado del hilo.

—De modo que ahora ya sabemos qué es lo que despertó la memoria de Harms.

—Toda estrategia tiene sus riesgos.

—Puede que Rider tuviera una copia de esa carta.

—No creo que Rufus Harms pudiera acceder a una fotocopidora, además, tenemos constancia de que la carta no formaba parte de la documentación que presentó al Tribunal.

—Pero tampoco tenemos la seguridad de que no lo hizo. Razón de más para que vayas esta noche al despacho de Rider.

Rayfield miró a Tremaine y luego, dirigiéndose al auricular, dijo:

—De acuerdo, lo resolveremos esta noche. Con rapidez y contundencia.

El senador Knight saludó efusivamente a Fiske y Sara cuando entraron en el vestíbulo. En el interior de la casa vieron a toda la élite política y empresarial de la capital de la nación.

—Me alegra que haya podido venir, John —dijo Jordán Knight, estrechándole la mano—. Sara, está usted encantadora, como siempre. —Le dio un abrazo y los dos intercambiaron un beso en la mejilla.

Fiske volvió la cabeza hacia Sara. Se fijó en que ya no llevaba el traje chaqueta y que se había puesto un vestido de verano de tonos pastel que hacía resaltar su bronceada piel. Se había quitado el moño y la cabellera enmarcaba su rostro, dándole más atractivo.

Notó la mirada de Fiske y este la apartó en el acto, violento, aceptando la copa que les ofrecía uno de los camareros. Sara y Jordán Knight hicieron lo mismo.

Jordán echó una ojeada al entorno, con un aire también algo violento.

—Soy consciente de que no es ni muchísimo menos el día ideal para una celebración. —No apartó la vista de Sara al hablar—. Estoy segura de que Beth opina lo mismo aunque no quiera admitirlo.

«¿Seguro?», pensó Fiske.

Jordán señaló con la copa a un anciano que iba en silla de ruedas y bajó el tono para decir:

—Por desgracia, Kenneth Wilkinson no permanecerá mucho tiempo entre nosotros. No hay que olvidar, sin embargo, que es un luchador y que puede enterrarnos a todos. Ha vivido una existencia larga y ejemplar. Ha sido mi mentor y amigo. Lo positivo que pueda tener yo se lo debo a él.

—¿No fue él quien le presentó a su esposa? —preguntó Sara.

—Otra de las razones que me hacen estar en deuda con él.

Fiske observó el trabajo metódico de Elizabeth Knight en la sala, refinado y elegante como el de un experto en política. Inspeccionó la concurrencia y no vio ni rastro de Ramsey o Murphy. Se preguntó si habían boicoteado la fiesta. Comprobó la presencia de otros magistrados, a los que vio nerviosos e incómodos. El miedo a que un loco quiera incluir tu cabeza en su lista de trofeos puede provocar esa reacción.

Detectó a Richard Perkins rondando al fondo. Por todas partes se veían agentes de seguridad armados y a Fiske se le ocurrió que el tema básico de la velada serían los dos funcionarios asesinados. Aguzó la vista al observar a Warren McKenna al acecho entre la concurrencia, cual tiburón en busca de carne fresca.

—Los dos forman una pareja ideal —dijo Sara.

Jordán Knight acercó su copa a la de ella.

—Eso creo también yo.

—¿Nunca se ha planteado su esposa dedicarse a la política? —preguntó Fiske.

—Es magistrada del Tribunal Supremo, John. Un cargo vitalicio —exclamó Sara.

Fiske mantuvo la vista fija en Jordán.

—No creo que fuera el único caso en la historia en que alguien abandona el Tribunal para dedicarse a otra actividad.

Jordán estudió a fondo su rostro.

—Pues no, John. Y de hecho, en esos años Beth y yo hemos hablado sobre el tema. Yo no pienso quedarme para siempre en el Senado. Poseo un rancho de dos mil quinientas hectáreas en Nuevo México. No me cuesta nada imaginar pasándome ahí la última etapa de mi vida.

—¿Y qué tal vez su esposa se convierta en senadora de Virginia?

—Nunca me las doy de saber lo que va a hacer Beth. Es algo que añade la saludable sal y pimienta a nuestro matrimonio. —Sonrió ante su propio comentario y Fiske se vio obligado a hacer lo mismo.

Sara estaba alzando la copa cuando se le ocurrió algo.

—¿Podría hacer una llamada, senador?

—Utilice el teléfono de mi estudio, Sara. Estará más cómoda.

Miró a Fiske pero no le dijo nada. Cuando se hubo marchado, Jordán comentó:

—¡Es tan joven!

—No se lo discuto —dijo Fiske.

—Como hace tiempo que trabaja con Beth, la he ido conociendo. Casi podría decir que he adoptado el papel de padre con ella. Le espera un futuro muy brillante.

—Tiene en su esposa el modelo ideal. —Fiske estuvo a punto de atragantarse al decir aquello.

—El mejor del mundo. Beth nunca hace nada a medias.

Fiske reflexionó un momento sobre el comentario.

—Sé que su esposa es una persona con empuje, pero creo que sería aconsejable que olvidara algo de su agenda hasta que se haya resuelto el caso. No es cuestión de ponérselo fácil a un maníaco, por ejemplo.

Jordán lo observó por encima de la montura de sus gafas.

—¿Cree de verdad que los magistrados podrían correr peligro?

Fiske estaba convencido de que no, pero no iba a decírselo a Jordán. Suponiendo que él y Sara estuvieran equivocados en sus conclusiones, no quería que nadie bajara la guardia.

—Digamos que, si le ocurriera algo a su esposa, a nadie le importaría mucho lo que yo creyera.

El rostro de Jordán palideció lentamente.

—Comprendo.

Fiske se dio cuenta de que el hombre establecía sus distancias.

—No voy a robarle más tiempo. Siga con el buen trabajo que le caracteriza.

—Gracias, John, eso intento.

El senador Knight se fue hacia otros invitados. A Fiske se le ocurrió que no hacía falta que cumplimentara a la concurrencia pues probablemente su esposa ya había

cumplido con los de más peso.

Desde el estudio de Jordán Knight, Sara recuperó los mensajes de su contestador. Había olvidado hacerlo antes y esperaba tener noticias de George Barker, el director del periódico del pueblo donde había nacido Rufus Harms. Soltó un suspiro de alivio al escuchar la voz grave del anciano en la cinta. Le pareció algo contrito.

Cogió una hoja del bloc de notas que encontró sobre la mesa y escribió: Samuel Rider. George Barker le había dejado únicamente aquel nombre; al parecer, después de veinticinco años era la única información que tenía en su archivo. Tendría que buscar enseguida la dirección y el número de teléfono del despacho de Rider. Levantó la vista y vio cómo hacerlo. En las estanterías que tenía delante figuraban los volúmenes de Martindale-Hubbell, la guía oficial de la abogacía, que contenían el nombre, la dirección y el número de teléfono de prácticamente todos los abogados colegiados del país. Estaba dividida en estados y condados y Sara decidió optar de entrada por las jurisdicciones locales. Cogió el índice de Virginia y localizó el nombre de Samuel Rider. En la página indicada encontró una breve reseña biográfica de Rider. A principios de los setenta había trabajado en el Tribunal Central Militar. Aquel tenía que ser el hombre que buscaba.

Marcó el número de su despacho pero no recibió respuesta. Llamó a información para pedir el número de su residencia y constató que no figuraba. Colgó con una gran sensación de frustración. Tenía que hablar con aquel hombre. Reflexionó un momento. Disponía de poco tiempo, de modo que solo tenía una forma de resolverlo. Encontró sobre la mesa una guía que le sirvió para buscar un número. En unos minutos lo tuvo todo dispuesto. Al cabo de dos horas, ella y Fiske podían salir. Con un poco de suerte estarían de vuelta a primera hora de la mañana siguiente.

Cuando abrió la puerta del estudio para salir, se encontró con Elizabeth Knight ante ella.

—Jordán me ha dicho que estaba aquí.

—Tuve que hacer una llamada.

—Comprendo.

—Vuelvo a la fiesta.

—Tengo que hablar con usted a solas un momento, Sara.

Elizabeth Knight le indicó que entrara otra vez en el estudio y en cuanto hubieron entrado las dos cerró la puerta. La magistrada llevaba un sencillo vestido blanco, un mínimo toque de maquillaje y un delicado collar de zafiros. El blanco realzaba aún más la palidez de su piel. Sin embargo, la morena cabellera suelta destacaba en un fondo tan claro. A Sara se le ocurrió que Elizabeth Knight, cuando se lo proponía, resultaba muy atractiva. Al parecer seleccionaba minuciosamente las ocasiones, Pero en aquellos instantes se la veía terriblemente incómoda.

—¿Algún problema? —preguntó Sara.

—No me gusta nada meterme en la vida personal de mis ayudantes, Sara, se lo digo sinceramente, pero cuando esta afecta la imagen del Tribunal considero que es

mi deber intervenir.

—Creo que no lo entiendo.

Knight organizó sus ideas. Desde el instante en que se dio cuenta de que había condenado a muerte, sin tener conciencia de ello, a Steven Wright, estaba con los nervios destrozados. Tenía ganas de arremeter contra alguien, incluso sin ninguna razón. No estaba habituada a hacer algo así pero Sara Evans la había disgustado. Y era una persona que le importaba mucho. Así pues, sobre la joven iba a recaer la ira de la magistrada.

—Es usted una mujer muy inteligente. Una joven muy atractiva e inteligente.

—Creo que sigo sin...

El tono de Knight cambió.

—Le estoy hablando de usted y de John Fiske. Richard Perkins me ha informado de que esta mañana les ha visto salir juntos de su casa.

—Con el debido respeto, magistrada Knight, ese es un asunto personal.

—Es mucho más que un asunto personal, Sara, pues da una imagen negativa del Tribunal.

—La verdad es que no veo por qué.

—Vamos a ver si se lo aclaro yo. ¿No cree usted que se vería afectada la fama de la institución si se hiciera público que una de sus funcionarias se había acostado con el hermano de su colega asesinado, justamente el día inmediatamente posterior a que descubrieran su cadáver?

—Yo no me he acostado con él —dijo Sara en tono convincente.

—Eso tampoco tiene tanta importancia. La opinión pública se rige más por la imagen que por los hechos, sobre todo en esta ciudad. Supongamos que un periodista les haya visto a usted y a Fiske esta mañana salir de su casa, ¿qué titular cree que escogerá? Y aun en el caso de que se base en los hechos reales de la observación del periodista, ¿cómo cree que va a leerlo el público en general? —Al no responder Sara, Knight siguió—: Ahora mismo, no creo que necesitemos más complicaciones, Sara. Tenemos ya bastantes a las que hacer frente.

—Creo que eso no me lo había planteado nunca.

—Pues es exactamente lo que tiene que hacer si no quiere conformarse con una carrera mediocre.

—Lo siento. No repetiré el error.

Knight la miró muy seria y luego abrió la puerta.

—Más le vale.

Al pasar Sara junto a ella, Knight añadió:

—Y hasta que no se haya descubierto al asesino, le aconsejo que no confíe en nadie. No sé si sabe que un considerable porcentaje de asesinatos los cometen los familiares.

Sara se volvió hacia ella, atónita.

—No me estará insinuando...

—No estoy insinuando nada —respondió Knight, tajante—. Simplemente me limito a citar un dato. Puede hacer con él lo que le plazca.

Fiske, aburrido, daba vueltas por el salón cuando notó que tenía a alguien al lado.

—Quería hacerle una pregunta.

Fiske volvió la cabeza. El agente McKenna le estaba mirando.

—Oiga, McKenna, me estoy planteando en serio poner una demanda contra usted, de modo que haga el favor de dejarme en paz.

—Yo me limito a cumplir con mi trabajo. Y eso, ahora mismo, implica saber dónde estaba usted en el momento en que mataron a su hermano.

Fiske apuró la copa de vino y luego miró a través de los ventanales.

—¿No ha olvidado algo?

—¿Qué?

—Que todavía no se ha determinado la hora exacta de la muerte.

—Va un poco rezagado en la investigación.

—¿En serio? —preguntó Fiske, algo sorprendido.

—Entre las tres y las cuatro de la madrugada del sábado. ¿Dónde se encontraba usted entonces?

—¿Se sospecha de mí?

—Cuando se convierta usted en un sospechoso, se lo comunicaré.

—Estuve trabajando en mi despacho de Richmond aproximadamente hasta las cuatro el sábado. Y ahora va a preguntarme si alguien puede corroborar la información, ¿verdad?

—¿Puede hacerlo alguien?

—No. Pero aquella mañana, hacia las diez pasé por la lavandería.

—Richmond queda a dos horas de Washington en coche. Tenía tiempo suficiente.

—O sea que, según usted, yo me desplacé en coche a Washington, maté a mi hermano a sangre fría, arrojé su cadáver en un barrio mayoritariamente negro, con tanta pericia que nadie me vio hacerlo, volví a Richmond y me fui a lavar la ropa interior. ¿Y el móvil? —en cuanto hubo pronunciado la última frase, se le hizo un nudo en la garganta. Tenía el móvil perfecto: quinientos mil dólares en un seguro de vida. ¡Mierda!

—El móvil siempre puede aparecer más tarde. Lo que no posee es una coartada, lo que significa que pudo cometer el asesinato.

—¿De modo que cree que también maté a Wright? Recuerde que dijo a los magistrados que creía que existía una relación entre los dos asesinatos. Para ese sí tengo coartada.

—El hecho de que yo dijera algo no implica que sea verdad.

—¡Fantástico! ¿Aplica la misma filosofía a la declaración de un testigo?

—He descubierto que en el curso de una investigación no siempre es bueno

enseñar todas las cartas. Puede que los dos asesinatos no tengan relación alguna, y eso significa que la coartada que tiene para el asesinato de Wright no quiere decir nada.

Mientras Fiske observaba cómo McKenna se alejaba, una sensación inquietante recorrió su espina dorsal. ¡Tan estúpido sería McKenna como para intentar acusarle del asesinato de su hermano! ¿Y por qué no se le habían comunicado los resultados de la autopsia que determinaban la hora de la muerte de su hermano? Fiske respondió en el acto a aquellas preguntas: se había cortado el canal de información procedente de Chandler.

—¿John?

Fiske se volvió y se encontró frente a Richard Perkins.

—¿Tiene un minuto? —le preguntó el hombre, inquieto. Los dos se fueron hacia una esquina. Perkins miró por la ventana un momento como si tuviera que preparar lo que iba a decir—. Llevo tan solo dos años como jefe de policía del Tribunal Supremo. Un cargo importante, de prestigio, que conlleva pocas tensiones y compensa económicamente. Tengo que supervisar a unos doscientos empleados, desde los barberos hasta los agentes de policía. Antes de llegar aquí trabajé en el Senado, incluso pensé que iba a jubilarme allí, pero surgió esta oportunidad...

—Una buena carrera —comentó Fiske, aunque preguntándose por qué le estaba contando todo aquello.

—Pese a que el asesinato de su hermano no haya tenido lugar en nuestro edificio, considero que es mi responsabilidad la seguridad de todos los que trabajan en el Tribunal. Ahora, con la muerte de Wright, me siento inseguro. No estoy acostumbrado a abordar casos de tanta envergadura. Lo mío son las cuestiones relacionadas con las nóminas y la supervisión del funcionamiento burocrático y de pronto me encuentro inmerso en la investigación de un homicidio.

—Tiene a Chandler, que es un experto en la cuestión. Además, en el caso trabaja también el FBI. —Fiske estuvo a punto de morderse la lengua al decir aquello. Perkins captó el detalle.

—Parece que el agente McKenna tiene algo contra usted. ¿Se conocían ustedes?

—No.

Perkins se miró las manos.

—¿Piensa usted que nos encontramos ante algún loco con afán de venganza?

—Queda dentro del abanico de posibilidades.

—¿Y por qué precisamente ahora? ¿Por qué ha escogido como blanco a los funcionarios? ¿Por qué no a los magistrados?

—U otro personal del Tribunal.

—¿A qué se refiere?

—Usted también podría correr peligro, Richard.

Perkins puso cara de asombro.

—¿Yo?

—Usted es el jefe de seguridad. Si la persona en cuestión pretende ir eliminando gente a su antojo, se está burlando de la seguridad del Tribunal. Se está burlando de usted.

Perkins pareció considerar el comentario.

—¿De modo que considera que las dos muertes están relacionadas?

—Si no lo están, se trata de una solemne coincidencia. Y francamente, esas coincidencias no suelen darse.

—¿Y Chandler también?

—Quizás. Estoy convencido de que le mantendrá informado.

Mientras Perkins se alejaba, surgió Elizabeth Knight, avanzando con decisión. Daba la impresión de que los reunidos allí se apartaban de forma automática a su paso.

Fiske notó una mano en el hombro.

—Nos vemos dentro de diez minutos fuera del edificio.

Era la voz de Sara, pero cuando él se volvió ya se había confundido entre los asistentes.

Con gesto de frustración, echó otra ojeada a su entorno y se fijó de nuevo en la actuación de Elizabeth Knight. Pensó que probablemente ya no se acordaba de que Wilkinson estaba allí. En la fiesta que había organizado ella. Sin embargo, le sorprendió muchísimo comprobar que se acercaba al anciano e intercambiaba unas palabras con él. Observó que conducía su silla de ruedas hacia la iluminada y vacía terraza y que una vez allí, se arrodillaba junto a él y, cogiéndole la mano, seguía la conversación.

Fiske siguió en su sitio pero al cabo de poco no pudo reprimir el impulso de dirigirse a la terraza. Elizabeth Knight levantó la vista y se incorporó rápidamente.

—Siento interrumpir, pero tengo que marcharme y quería saludar al juez Wilkinson.

Knight se retiró un poco y Fiske se presentó a Wilkinson. Le estrechó la mano y le felicitó por su larga carrera en el servicio público. Cuando volvía de nuevo a la sala, Knight lo detuvo.

—Me imagino que se va con Sara.

—¿Le crea eso algún problema?

—Supongo que es cosa suya.

—¿Cómo tengo que tomármelo?

—A Sara le espera un maravilloso futuro. Pero los pequeños detalles a veces pueden perjudicar una carrera con grandes perspectivas.

—Mire, magistrada Knight, tengo la impresión de que tiene usted un gran problema conmigo pero no acierto a ver cuál.

—Yo no le conozco, señor Fiske. Por poco que se pareciera a su hermano tal problema no existiría.

—Yo no me parezco a nadie. Intento no compararme con los demás ni hacer

grandes suposiciones. Que por otra parte suelen fallar.

Knight parecía desconcertada pero dijo:

—En realidad estoy de acuerdo con usted.

—Me alegra que coincidamos en algo.

—De todas formas, a Sara sí la conozco y es una persona que me preocupa mucho. Si alguno de sus actos tiene alguna consecuencia negativa para ella y, por extensión para el Tribunal, le diré que está usted en lo cierto, que el problema existe.

—Oiga, a mí lo único que me preocupa es encontrar al asesino de mi hermano.

Ella le miró de hito en hito.

—¿Está seguro de que es lo único?

—Y si no lo fuera... no sé si sabe usted que estamos en un país libre. Fiske creyó ver un amago de sonrisa en su rostro. Knight cruzó los brazos.

—No parece que le intimide el Tribunal Supremo, señor Fiske.

—Si me conociera un poco, comprendería por qué.

—Quizás debería proponerme descubrir algo sobre usted. Si es que no me lo ha propuesto ya.

—Eso podría convertirse en un toma y daca.

A Knight se le ensombreció la expresión.

—La confianza es una cosa, señor Fiske, y la falta de respeto otra muy distinta.

—También creo que es una cuestión de toma y daca.

—Espero que comprenda mi preocupación por Sara. Es sincera.

—No lo pongo en duda.

Iba a marcharse pero le miró de nuevo diciendo:

—Su hermano era una persona como hay pocas. De una gran inteligencia, un analista consumado de los temas legales.

—Era realmente único.

—Y dicho eso, no estoy segura de que fuera el abogado más hábil de la familia.

Knight se alejó dejándole perplejo. Se quedó un par de minutos pensando en las últimas palabras de ella. Luego salió de la terraza y bajó con el ascensor al vestíbulo. Miró a uno y otro lado pero no vio a Sara. Oyó un claxon y la localizó ante la puerta en su coche. Se metió en él y le preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Al aeropuerto.

—¿Cómo?

—Nos vamos a ver al señor Samuel Rider.

—¿Y quién es el señor Samuel Rider?

—El abogado de Harms. Me llamó Barker para decírmelo. He buscado su nombre en la guía. Tiene el despacho en las afueras de Blacksburg, a un par de horas de la cárcel. He intentado hablar con el despacho pero no contestan. Y su teléfono particular no figura en la guía.

—¿Y por qué vamos en avión?

—Solo disponemos de la dirección del despacho. Para cuando lleguemos allí, se habrá hecho tarde y lo más seguro es que no lo encontremos. No es una gran ciudad: seguro que encontramos a alguien que nos da su dirección o como mínimo su teléfono particular. Por otra parte, si realmente está implicado, puede estar en peligro. Y si le ocurre algo, puede que nunca descubramos la verdad.

—¿O sea que cree que es el que llamó al Tribunal? ¿El que presentó el recurso?

—No apostaría en contra.

V einte minutos más tarde, Fiske y Sara llegaban al Aeropuerto Nacional, y ella

dejó el coche en uno de los aparcamientos. Luego se dirigieron a la terminal.

—¿Seguro que podemos coger un vuelo? —preguntó Fiske.

—He contratado un avión privado para que nos lleve allí.

—¿Y por qué? ¿Sabe cuánto cuesta?

—¿Lo sabe usted, cuánto cuesta?

Fiske se sintió avergonzado.

—No, la verdad es que nunca he alquilado un puñetero avión. Pero tiene que valer un pico.

—Unos dos mil doscientos dólares ida y vuelta a Blacksburg. He exprimido mi tarjeta de crédito.

—Ya pondré yo mi parte como pueda.

—No tiene ninguna obligación de hacerlo.

—No me gusta deberle nada a nadie.

—¡Qué bien! Seguro que se me ocurren muchísimas formas de compensación. —
Sonrió.

Unos minutos después se acercaban al bimotor Falcon 2000 situado en una de las pistas. Fiske observó cómo un 737 atestado de pasajeros avanzaba con aire pesado por la pista principal y enseguida despegaba con elegancia. Dominaba la atmósfera el nauseabundo olor a combustible y el irritante zumbido de los motores.

Sara y Fiske subieron la escalerilla del grácil Falcon, donde fueron recibidos por un hombre de más de cincuenta años, de pelo blanco, delgado y nervudo. Se presentó como Chuck Herman, el piloto. Herman levantó la vista hacia el cielo.

—El plan del vuelo es correcto aunque vamos a retrasarnos algo en el despegue. Ha habido unas demoras por culpa de unos problemas técnicos en la torre de control y lo estamos pagando todos.

—Vamos con el tiempo justísimo, Chuck —dijo Sara.

Cuanto más tarde llegaran, menos posibilidades tendrían de encontrar a alguien que pudiera ayudarles. Además, ella no podía volver a retrasarse a la mañana siguiente en el trabajo.

Herman miró su avión con orgullo.

—No hay que preocuparse. Se trata de un vuelo de setenta minutos y si hace falta, puedo apretar el acelerador.

Pasaron todos a la cabina y Herman les señaló unos cómodos asientos para instalarse.

—Lo siento pero en tan poco tiempo no he podido encontrar ningún auxiliar de vuelo. ¿Les apetece algo?

—Una copa de vino blanco —dijo Sara.

—¿Y usted, John? ¿Le sirvo algo? —Fiske negó con la cabeza—. Hay comida en

la nevera. Sírvanse ustedes mismos.

A los diez minutos del despegue, el vuelo iba como una seda, como si se deslizaran en canoa por un tranquilo estanque. Sara se desabrochó el cinturón y miró a Fiske. Él observaba la puesta de sol a través de la ventana.

—¿Preparo algo para comer? Tengo que contarle una serie de detalles interesantes.

—Yo también.

Fiske se desabrochó también el cinturón, la siguió y se sentó frente a una mesa, observando cómo Sara preparaba unos bocadillos.

—¿Café?

Fiske asintió.

—Me da que va a ser una noche muy larga.

Cuando hubo terminado la preparación, Sara sirvió el café. Se instaló frente a Fiske y miró el reloj.

—El vuelo es tan corto que apenas tenemos tiempo. No hay alquiler de coches en el aeropuerto de Blacksburg. Claro que podemos coger un taxi para ir a alquilar uno.

Fiske tomó un bocado y un sorbo de café.

—Ha mencionado algo que ha ocurrido en la fiesta.

—He tenido unas palabras con la magistrada Knight. —Le contó el incidente. Seguidamente, Fiske le habló de su encontronazo con Knight.

—Una mujer difícil de entender —comentó Fiske.

—¿Algo más?

—McKenna me ha preguntado si tenía coartada para la hora en que fue asesinado mi hermano.

—¿En serio?

—Y no tengo ninguna, Sara.

—Cualquiera diría que todo el mundo cree que usted mató a su hermano. ¿Y eso cómo encajaría con la muerte de Steven?

—Suponiendo que las dos muertes estén relacionadas.

—¿Y tiene McKenna alguna teoría sobre su posible móvil?

Fiske dejó la taza sobre la mesa. Le pareció positivo oír la opinión de otra persona.

—No, pero existe uno perfecto.

Ella, sorprendida, dejó también la taza.

—¿Cuál?

—Hoy he descubierto que Mike había contratado un seguro de vida y yo figuraba en él como beneficiario. ¿No le parece eso un móvil de primera?

—Pero acaba de decir que lo ha descubierto hoy.

—¿Y piensa de verdad que McKenna se lo creerá?

—Es curioso...

Fiske ladeó la cabeza.

—¿Qué?

—La magistrada Knight ha dicho algo así como que la mayor parte de homicidios los cometen los familiares y que yo no tenía que confiar en nadie, sin duda, refiriéndose a usted.

—¿Sabe si ha tenido alguna relación con el ejército?

Sara estuvo a punto de soltar una carcajada.

—No, ¿por qué?

—No, se me había ocurrido que podía tener algo que ver con Rufus Harms.

Sara sonrió.

—Y ahora que hemos sacado el tema, ¿qué me dice del senador Knight? Él sí podría haber tenido relación con el ejército.

—Pues no. Recuerdo que durante su primera campaña para el Senado leí en los periódicos de Richmond que le habían declarado inútil para el servicio militar. Su adversario político en aquel momento era un héroe de guerra que intentó sacar tajada del hecho de que Knight no sirviera a su país. Pero salió a la luz que había colaborado en los servicios secretos, de forma brillante por cierto, y no pudieron echarle nada en cara.

Fiske movió la cabeza con gesto de frustración.

—Esto es inútil. Nos estamos emperrando en la cuadratura del círculo. —Aspiró profundamente—. Ojalá Rider pueda ayudarnos.

El hombre vestido con un mono de trabajo empujaba el carrito de la limpieza por el pasillo y se detuvo frente a un despacho en la puerta del cual, pintado con plantilla en el cristal esmerilado, se leía: «*Samuel Rider, Abogado*». El hombre agachó la cabeza y miró a uno y otro lado aguzando el oído. El edificio era pequeño y el despacho de Rider era uno de los seis que se encontraban en la segunda planta. A aquellas horas se veía poca gente, tanto en la ciudad como por allí.

Josh Harms llamó a la puerta y esperó. Llamó de nuevo, un poco más fuerte. Había dejado a Rufus en la camioneta, que había aparcado en un callejón mientras hacía un reconocimiento del terreno. Descubrió el armario del material de la limpieza y aprovechó la ocasión por si aparecía alguien. Volvió a llamar a la puerta, esperó unos minutos más, frunció los labios y silbó flojito. Veinte segundos después apareció Rufus, que le había estado siguiendo en la oscuridad. Él no llevaba el mono de uniforme; no había encontrado ninguno de su talla en el armario.

Josh sacó el instrumental y en unos segundos se encontraron en el vestíbulo del despacho.

—Hay que actuar a todo correr. Puede aparecer alguien —dijo Josh. Llevaba una pistola cargada en el interior del cinturón.

—Yo inspecciono por aquí y tú entras en el despacho de Samuel y empiezas allí.

Rufus empezó por un archivador, enfocando en él la linterna que había cogido de

la camioneta. Josh entró en el despacho de Rider. Lo primero que hizo, después de echar un vistazo a la calle, fue correr las cortinas. Sacó también su linterna y empezó la inspección. Topó con el cajón cerrado con llave y lo descerrajó. Soltó un leve silbido al entrar en contacto con un paquete pegado con cinta adhesiva a la parte inferior del cajón. Asomó la cabeza por la puerta:

—Ya lo tengo, Rufus.

Su hermano entró en el acto y cogió los papeles. Los fue revisando bajo la luz de la linterna.

—Todavía no me has contado cómo pueden salvarte el pellejo cuatro papelotes.

—Aún no lo sé muy bien, pero prefiero tenerlos a no tenerlos.

—Pues habrá que salir zumbando de aquí antes de que alguien decida «tenernos» a nosotros.

Apenas habían llegado al vestíbulo cuando oyeron pasos; por el ruido, dos personas. Enseguida se miraron. Josh sacó la pistola y le quitó el seguro.

—Pasma. Saben que estamos aquí.

Rufus le miró negando con la cabeza.

—No es la pasma. Ni el ejército. No circula nadie por el edificio. De ser ellos, habrían llegado con las sirenas a todo meter y ahora estaríamos oyendo el sonido de los cristales rotos por las granadas de gas que entrarían por la ventana. Ven.

Rufus le llevó al despacho y cerró la puerta sin hacer ruido. No tenían más remedio que esperar.

Chandler se paseaba por el piso de Michael Fiske. En aquellos momentos se había arrodillado para examinar la abertura que había practicado en el suelo el lanzamiento de la llave de tuercas de John. Si hubiera dado en el blanco, el misterio estaría resuelto. Se incorporó agitando la cabeza. Nunca era tan fácil. Sus hombres estaban dando los últimos toques al registro. Por todas partes se veían montoncitos de polvillo de carbón que parecían polvos mágicos y en cierta forma cumplían esta función. Tenían que recoger las huellas de Michael Fiske y eliminarlas. También deberían hacer lo mismo con las de su hermano. Puesto que John Fiske estaba colegiado en Virginia, sus huellas estarían registradas por la policía del estado de Virginia. Pensó que tendría que eliminar asimismo las de Sara Evans. Sin duda ella también había estado allí. Miró hacia el fondo del pasillo. ¿Tal vez en el dormitorio? De todas formas, sus investigaciones habían llegado a la conclusión de que los dos no eran más que buenos amigos.

Se había reunido con Murphy y sus ayudantes. Habían revisado los casos en los que estaba trabajando Michael. Nada les pareció destacable. Aquella línea de investigación iba a llevarles demasiado tiempo. Y podían morir otros.

La poca disposición de John a confiar en Chandler le había salido cara. Tal como aquel había intuido antes, este había dejado de pasarle información. Había jugado limpio, sin embargo, con los federales, transmitiendo sus descubrimientos a McKenna, incluyendo la información que acababa de recibir sobre la fuga de Rufus Harms y las llamadas de Michael Fiske al penal donde se encontraba este, a pesar de que el agente le caía mal. Incluso le había citado la desaparición del recurso. McKenna se lo había agradecido aunque no pudo ofrecerle nueva información por su parte. Cuando estaba pensando todo aquello oyó un sonido en la puerta y vio que entraba por ella el agente del FBI, tras identificarse al policía uniformado que esperaba fuera y ser incluido en la lista de los que se encontraban en el lugar del crimen, dedujo Chandler. El lugar del crimen. Algo así como mínimo, pensó.

—Trabaja usted hasta muy tarde, agente McKenna.

—Lo mismo digo. —La mirada del agente se paseó por el recinto, empezando por el centro y siguiendo hacia uno y otro lado, cuadrícula a cuadrícula.

—¿De modo que el director del FBI le ha metido un poco de prisa, o mucha, para que resuelva el caso?

—La misma que su jefe. En nuestra organización, uno gana doble prestigio si resuelve un delito para las noticias de la noche. —McKenna le dirigió una extraña sonrisa, como si sus labios no supieran cómo esbozarla, pues quedaron algo asimétricos.

Chandler se preguntaba si aquel hombre hacía a propósito lo de despistar a la gente. Como quiera que tenía un raro presentimiento sobre McKenna, Chandler había investigado discretamente sobre su carrera y había descubierto que era intachable en

todos los aspectos. Le habían destinado al Departamento Metropolitano de Washington, donde había permanecido durante ocho años, después de su traslado desde el Departamento de Richmond. Antes de iniciar la carrera en el FBI, pasó un breve periodo en el ejército y luego acabó sus estudios. Desde aquellos momentos, McKenna se había ganado siempre el respeto de sus superiores. Chandler había descubierto también algo curioso: McKenna había rechazado una serie de ascensos que le habrían alejado del trabajo en la calle.

—Tiene suerte de que John Fiske no haya presentado aún una demanda contra usted. Aún puede hacerlo.

—Tal vez debería hacerlo —respondió McKenna, sorprendiéndole—. Yo, en su lugar, seguro que lo habría hecho.

—Se lo propondré —dijo Chandler en voz baja.

McKenna fue clavando miradas en la concurrencia, con el aire de absorber hasta el último detalle, como en una Polaroid, antes de volverse de nuevo hacia Chandler.

—¿Y usted qué papel juega, en definitiva? ¿El de asesor suyo?

—Hace tan solo un par de días que le conozco.

—Será que hace usted amistades con más rapidez que yo. —McKenna inclinó la cabeza ante Chandler—. ¿Le importa que eche un vistazo por ahí?

—Adelante. Intente no tocar nada que no tenga una buena capa de polvo para detectar las huellas.

McKenna avanzó con cuidado por la sala de estar. Se fijó en la grieta en el suelo.

—¿Fiske persiguiendo a su presunto atacante?

—En efecto. Aunque no sabía yo que fuera presunto.

—Lo es hasta que se demuestre lo contrario. Cuando menos, ese es mi método de trabajo.

Chandler cogió un chicle, se lo metió en la boca y empezó a mascar, lentamente y al mismo tiempo, las palabras del agente y la goma.

—Sara Evans me informó de que ella también vio a un hombre que salía del edificio y a Fiske persiguiéndole. ¿Eso no le basta?

—Una adecuada corroboración. Fiske tiene buena estrella. Yo que él, compraría un billete de lotería ahora que tiene la racha.

—No creo que perder a un hermano sea tener buena estrella.

McKenna se detuvo y fijó la vista en la puerta de la despensa, entreabierta, cubierta de polvillo detector de huellas.

—Me imagino que depende del color del cristal con que se mire.

—¿Qué demonios tiene usted contra él? Si apenas le conoce.

Los ojos de McKenna echaban chispas.

—Es cierto, inspector Chandler, pero voy a decirle algo: usted tampoco le conoce.

Chandler iba a replicar algo pero no se le ocurrió qué. En cierta manera, aquel hombre tenía razón. La idea se interrumpió en su mente al aproximarse a ellos uno de sus hombres.

—Hemos descubierto algo que supongo querrá ver, inspector Chandler.

Este cogió los papeles que le entregaba el técnico y les echó un vistazo. McKenna se acercó a él.

—Parece una póliza, de seguros —dijo McKenna.

—La hemos encontrado en un estante de la despensa. No guardaba allí nada de comida. La utilizaba para papeles. Declaraciones de renta, facturas y papeleo vario.

—Un seguro de vida valorado en medio millón de dólares —murmuró Chandler. Hojeó rápidamente los papeles, pasando por alto la jerga legal, hasta que llegó al último, donde figuraba la información específica.

—El seguro está a nombre de Michael Fiske.

De pronto el dedo de McKenna se clavó en el final de la página. Chandler palideció al leer la línea que el otro le señalaba con tanta imperiosidad.

—Y John consta como principal beneficiario. Los dos hombres se miraron.

—¿Y si damos una vuelta y le cuento mi teoría? —preguntó McKenna.

Chandler realmente no sabía qué hacer.

—Seré breve —añadió McKenna—. De hecho, creo que usted tiene algo parecido en la cabeza ahora mismo.

Chandler dudó un momento y luego encogió los hombros.

—Le concedo cinco minutos.

Los dos salieron a la acera, frente a la casa. McKenna encendió un cigarrillo y ofreció otro a Chandler. El inspector le mostró sus chicles.

—Tengo que escoger entre estar gordo o fumar. Como me gusta comer, ya ve.

Iniciaron un paseo por la oscura calle y McKenna empezó diciendo:

—He descubierto que Fiske no tiene coartada para la hora en que se supone que asesinaron a su hermano.

—Puede que sea un detalle que juegue a su favor. De haberlo asesinado él, habría buscado alguna.

—No estoy de acuerdo con ello por un par de razones. De entrada, probablemente nunca pensó que podía pasar a ser sospechoso.

—¿Con una póliza de seguro de vida de medio millón de dólares?

—Podría pensar que no íbamos a descubrirlo. Seguimos vías distintas. Él espera un poco y recoge su dinero.

—No sé, no sé. ¿Y la segunda?

—Suponiendo que tuviera la coartada perfecta, algo que no existe cuando se es culpable, en algún punto, en algún momento, de una u otra forma, habría aparecido un agujero. ¿Por qué preocuparse, pues? Fue poli y ahora es abogado. Nadie tiene que contarle nada sobre coartadas. No tiene una a mano y no tiene que inquietarse por si le explota en las narices. Por otro lado, cuenta con que todo el mundo llegará a la misma conclusión que usted, es decir, que de ser culpable habría improvisado una buena coartada.

McKenna aspiró profundamente el humo y volvió la vista hacia las pocas estrellas

que se veían en el cielo.

—De todos modos, el móvil existe y la oportunidad, admitida por él mismo, también. He investigado su historial. Anda por Richmond hurgando en la mierda, defendiendo a la escoria. El tipo ni siquiera fue a la facultad de Derecho. Como mucho, llega a abogado de tercera. Más de treinta y cinco años, soltero, sin hijos, vive en un cuchitril... Demasiado amante de la soledad. Ah, y encima abandonó el cuerpo de policía en Richmond por un asunto algo turbio.

—¿A qué se refiere? —preguntó bruscamente Chandler.

—Dejémoslo en que se produjo un tiroteo del que, como única explicación, informaron del resultado: la muerte de un civil y de un agente de policía.

Chandler parecía afectado pero se recuperó.

—Entonces, ¿por qué aparece ofreciéndose como colaborador en la investigación?

—Otra tapadera. La respuesta del propio Fiske sería: «¿Cómo iba yo a apretar el gatillo si he estado dale que te pego intentado localizar al asesino de mi hermano?».

—¿Y eso cómo explica la muerte de Wright?

—¿Quién dice que tiene que explicarla? Usted mismo ha comentado que las dos muertes podrían no tener relación. Y suponiendo que la tuvieran, yo que Fiske insistiría en que sí la tienen. Ya lo ve, tiene coartada para la muerte de Wright.

«Otra vez, Evans», pensó Chandler.

—De modo que si creemos que los asesinatos están conectados, él se ve libre —siguió McKenna.

—¿Y Sara Evans? ¿Recuerda que dijo haber visto a un tipo huir del edificio en el que tenía el piso Michael Fiske? ¿Mentiría también ella?

McKenna se detuvo y lo mismo hizo Chandler. Aquel dio la última calada al cigarrillo y lo apagó haciendo girar el pie sobre la acera.

—Sara Evans también —dijo McKenna repitiendo la palabra de Chandler, mirando directamente a los ojos al inspector. Este agitó la cabeza.

—Vamos, McKenna.

—No estoy diciendo que haya participado en toda la trama. Lo que creo es que tal vez se siente atraída por Fiske y hace lo que él le dice.

—Acaban de conocerse.

—¿En serio? ¿Lo sabe de buena tinta?

—En realidad, no.

—Pues eso. La convence de que no ha hecho nada malo y de que alguien intenta tenderle una trampa.

—¿Por qué la tiene usted tomada con Fiske?

McKenna explotó:

—Tiene un pico de oro. Se presenta como el redentor, el defensor de la memoria de su hermano, y resulta que últimamente ni se relacionaban. Él y Evans pasan la noche del día después de haber aparecido el cadáver de su hermano haciendo vete a

saber qué en casa de ella. Por algo tiene un arma. Ha metido la nariz en la investigación, lo que implica que está al corriente de todo lo que hacemos. No tiene coartada para la noche del crimen y hace cinco minutos hemos descubierto que con la muerte de su hermano cuenta con medio millón de dólares en su haber. ¿Qué demonios tengo que pensar yo? No me dirá que no se le ha disparado en el acto su radar de poli...

—De acuerdo, ya me ha expuesto su punto de vista. Puede que no haya sido lo suficientemente estricto con él. Primera norma, no confiar en nadie.

—Buena norma para seguir en esta vida. —McKenna hizo una pausa y luego añadió—: O para perder la vida.

Se alejó dejando a Chandler conmocionado, mirándole.

Fiske llamó a la puerta del despacho de Rider. Intentó mirar a través del cristal.

—Está a oscuras.

—Probablemente se ha ido a casa. Tendremos que averiguar dónde vive.

—Puede que haya salido a cenar o esté fuera de la ciudad por motivos de trabajo. Incluso puede estar de vacaciones. O bien...

—También puede haberle sucedido algo —dijo Sara.

—No exagere. —Fiske cogió el pomo y lo giró sin esfuerzo. Los dos se miraron intrigados. Fiske examinó uno y otro lado del pasillo. Entonces detectó el carrito de la limpieza y se tranquilizó un poco—. ¿El equipo de la limpieza?

—¿Por qué trabajarán a oscuras? —preguntó Sara.

—Eso mismo pensaba yo.

Apartó a Sara de la puerta y la empujó hacia el carrito. Rebuscó por allí y sacó un destornillador de una caja de herramientas.

—Vaya hacia la escalera —dijo a Sara en voz muy baja—. Si oye algo, salga corriendo hacia el coche y llame a la policía.

Ella le agarró del hombro y murmuró:

—Tengo una idea mucho mejor: vamos los dos ahora mismo a llamar a la policía y a informar de un robo.

—No sabemos si se trata de un robo.

—Tampoco sabemos que no lo es.

—Si nos vamos, podrán escapar.

—¿Y qué saca con entrar y que le maten? Ni siquiera lleva arma... No tiene más que eso, como se llame.

—Destornillador.

—Perfecto, ellos pueden ir armados y usted solo tiene una herramienta.

—Tal vez tenga razón.

—Claro que la tiene la señora. Y usted debería de haberle hecho caso. Fiske y Sara se volvieron en el acto.

Se encontraron frente a Josh Harms, que les apuntaba con una pistola.

—Esas paredes son como papel de fumar. Ya me ha parecido a mí cuando he oído la puerta y tanto cuchicheo que irían a por la poli. Y eso sí que no.

Fiske le miró de arriba a abajo. Se fijó en que era corpulento pero no voluminoso. A menos que hubieran topado con un robo normal y corriente, aquel hombre tenía que ser Josh Harms. Fijó la vista en el arma y luego en la expresión de Josh, intentando adivinar si tenía la intención de apretar el gatillo. Había matado a gente en Vietnam; Fiske lo sabía por la prensa. De todas formas, a ellos tendría que matarles a sangre fría y no vio tal decisión en los ojos de Josh Harms. Claro que de un momento a otro podía cambiar. «Mi única arma son las palabras», dijo para sus adentros.

—Hola, Josh, soy John Fiske. Ella es Sara Evans, que trabaja en el Tribunal

Supremo de Estados Unidos de América. ¿Dónde está su hermano?

Tras él, en la puerta abierta que daba al despacho de Rider, apareció un hombre de tales proporciones que tanto Sara como Fiske decidieron en el acto que tenía que ser Rufus Harms. Sin duda había oído las palabras de Fiske.

—¿Cómo sabe todo esto? —dijo Rufus mientras su hermano seguía apuntando directamente a la pareja.

—Se lo contaré con mucho gusto pero creo que deberíamos pasar al despacho. Con la orden de búsqueda que pesa sobre ustedes y todo lo demás...

Hizo una seña a Sara.

—Usted primero.

Sin que pudieran verle los hermanos Harms le guiñó el ojo para tranquilizarla. Pensaba que ojalá consiguiera para sí lo que intentaba transmitirle a ella. Se encontraban frente a un asesino convicto que había vivido Veinticinco años en el infierno, circunstancia que no había podido hacer más que empeorar su situación, y a un taimado veterano del Vietnam cuyo dedo estaba más cerca de apretar el gatillo a cada segundo que pasaba.

Sara entró en el despacho y Fiske la siguió.

Josh y Rufus se miraron. Luego se metieron dentro tras la pareja y cerraron la puerta.

El *jeep* avanzaba volando por las carreteras secundarias camino del despacho de Samuel Rider. Tremaine iba al volante; Rayfield, a su lado. Aquel todoterreno de dos plazas era el vehículo particular de Tremaine. Los dos estaban fuera de servicio y habían decidido no coger un vehículo militar del depósito. Habían inventado una historia por si topaban con alguien mientras registraban el despacho de Rider: dicho letrado, que había defendido a Rufus Harms ante el tribunal militar, trabajaba como abogado en la zona y últimamente había visitado a Harms en el penal por una razón desconocida; Rider y su esposa habían muerto. Harms y su hermano podían ser los responsables de los asesinatos; tal vez Rider había mencionado a Harms que guardaba dinero en efectivo u otros objetos de valor en su casa o en su despacho.

Tremaine miró fijamente a Rayfield.

—¿Algún problema? —le preguntó.

Rayfield siguió con la vista al frente.

—Estamos cometiendo un error garrafal. El riesgo es inmenso.

—¿Crees que no lo sé?

—Si conseguimos la carta que mandó Harms junto con la de Rider tal vez podamos olvidarnos de Harms.

Tremaine le miró con dureza.

—¿De qué coño hablas?

—Harms escribió la carta porque quería salir de la cárcel. Mató a la niña pero en

realidad no la asesinó él, ¿estamos de acuerdo? Y ahora ha salido del penal. Él y su hermano pueden estar ya en México esperando un vuelo que les lleve a Sudamérica. Como mínimo eso sería lo que haría yo.

Tremaine negó con la cabeza.

—Eso no nos lo asegura nadie.

—¿Qué otra cosa puede hacer, Vic? ¿Escribir otra carta al Tribunal para decirles... qué? «¿Señoría, les escribí anteriormente contándoles una historia increíble que no soy capaz de demostrar, algo ha ocurrido con mi recurso, y mi abogado y el funcionario que lo vio han muerto, me he fugado de la cárcel y exijo un juicio justo?». ¡No me fastidies, Vic! Eso no lo hará. Huiré como alma que lleva el diablo. ¡Como alma que lleva al diablo!

Tremaine reflexionó sobre el tema.

—Quizás. Pero por si no es tan vivo como crees, yo debo prepararme para hacer todo lo posible para borrarle del mapa. A él y a su hermano. No me gusta nada el tal Rufus Harms. Nunca me ha gustado. Yo con el culo al aire en Vietnam y él a salvo en el país, con tres opíparas comidas al día. Teníamos que haber dejado que se pudriera en el calabozo pero no lo hicimos —añadió Tremaine, amargado.

—Ya es tarde para arrepentirse.

—Pero yo voy a hacerle un favor inmenso. En cuanto lo encuentre, me aseguraré de que su celda mida dos metros de largo, uno veinte de ancho y sea de pino. Y que no cuente con disponer de una maldita bandera. —Tremaine pisó a fondo el acelerador.

Rayfield se apoyó en el respaldo moviendo la cabeza. Consultó el reloj y volvió a fijar la vista en la carretera. Estaban llegando al despacho de Rider.

Sara y Fiske permanecían sentados en el sofá de piel y los hermanos Harms estaban de pie frente a ellos.

—¿Por qué no los atamos y salimos zumbando? —preguntó Josh a su hermano.

Fiske intervino en el acto.

—Creo que van a comprobar que estamos del mismo lado.

Josh le dijo con expresión poco amigable:

—No se lo tome a mal, pero lo tiene fatal.

—Lo dice en serio —intervino Sara—. Estamos aquí para ayudarles.

Josh soltó un bufido pero no se molestó en responder.

—¿John Fiske? —dijo Rufus. Observó los rasgos de Fiske y recordó haber visto otros parecidos—. El funcionario al que mataron era familiar suyo, ¿no? ¿Su hermano?

Fiske asintió.

—Sí. ¿Quién le mató?

Josh le interrumpió:

—No le digas nada, Rufus. No sabemos ni quiénes son ni qué quieren.

—Hemos venido aquí para hablar con Sam Rider —dijo Sara. Josh volvió la cabeza hacia ella.

—Pues como no monte una sesión de espiritismo o algo así, creo que lo tiene mal. Fiske y Sara se miraron y luego volvieron la vista hacia los hermanos.

—¿Está muerto? —preguntó Sara.

Rufus asintió.

—Él y su mujer. Han hecho que pareciera un suicidio.

Fiske se fijó en la carpeta que llevaba en la mano.

—¿Son los papeles que mandó al Tribunal?

—Si no le importa, las preguntas las hago yo —dijo Rufus.

—Ya le he dicho, Rufus, que somos amigos.

—Lo siento pero no suelo hacer amistades con tanta rapidez. ¿De qué querían hablar con Samuel?

—¿No fue él quien presentó por usted los papeles al Tribunal?

—No pienso contestar a ninguna pregunta.

—De acuerdo, yo le cuento lo que sabemos y usted saca sus conclusiones. ¿Cómo lo ve?

—Le escucho.

—Rider lo presentó. Mi hermano cogió la apelación y la desvió del cauce del Tribunal. Fue a la cárcel a verle a usted. Acabó muerto en un callejón de Washington. Simularon un robo. Ahora usted nos dice que Rider ha muerto. Mataron también a otro funcionario. Imagino que todo tiene alguna relación con la muerte de mi hermano pero no estoy seguro del todo. —Fiske hizo una pausa para observar a los dos hermanos—. Eso es todo lo que sabemos nosotros. Creo que ustedes tienen mucha más información. Por ejemplo: el por qué de lo que está sucediendo.

—Usted sabe mucho. ¿Está con la poli? —preguntó Josh.

—Colaboro con el inspector que se ocupa del caso.

—Te lo decía, Rufus. Hay que salir de aquí. La pasma estará al caer.

—No, no vendrán —dijo Sara—. Yo vi su nombre en los papeles que tenía Michael, señor Harms, pero eso es todo. Ni siquiera sé por qué presentó el recurso o en qué se basaba.

—¿Por qué puede mandar un preso algo a un tribunal? —preguntó Rufus.

—Porque quiere salir. —Dijo Fiske. Rufus asintió—. Pero usted no tiene en qué basarse para hacerlo.

—No podría tener una base mejor: la verdad pura y simple —respondió Rufus enérgicamente.

—¿Y cuál es esa? —dijo Fiske.

Josh se acercó a la puerta.

—Todo eso me huele a chamusquina, Rufus. Nosotros aquí charlando con ellos y la poli al acecho. Ya has hablado demasiado.

—Ellos mataron a su hermano, Josh.

—Nadie te asegura que sea su hermano.

Fiske sacó la cartera en la que llevaba el permiso de conducir.

—Cuando menos, eso le demostrará que nos apellidamos igual.

Rufus rechazó la prueba con un gesto.

—No tengo ninguna necesidad de verlo. Tiene las mismas trazas que él.

—Y aunque no estén en el ajo, ¿cómo demonios pueden ayudar? —preguntó Josh.

Rufus miró a Fiske y a Sara.

—Se han explicado bien y lo han hecho con rapidez. ¿Tienen respuesta a eso?

—Yo trabajo en el Tribunal Supremo, señor Harms —dijo Sara—. Conozco a todos los magistrados. Si dispone de alguna prueba que demuestre que es inocente, le prometo que se considerará. Si no lo hace el Tribunal Supremo, lo hará otro tribunal, puede estar seguro de ello.

—El inspector que lleva el caso tiene también sus sospechas —añadió Fiske—. Si nos dicen lo que ocurre, podemos acudir a él y pedir que lo investigue.

—Yo sé la verdad —repitió Rufus.

—Perfecto, Rufus, pero hay que tener en cuenta que ante un tribunal no es la verdad a menos que uno pueda demostrarla —dijo Fiske.

—¿Qué aducía en su apelación, pues? —preguntó Sara.

—¡No respondas, maldita sea! —saltó Josh. Rufus no le hizo caso.

—Algo que me mandó el ejército.

—¿Mató usted a la niña, Rufus? —preguntó Fiske.

—Sí —respondió él bajando la vista—. Como mínimo lo hicieron mis manos. El resto de mí no sabía qué demonios ocurría. Sobre todo después de lo que habían hecho conmigo.

—¿Qué significa eso? ¿Quién le hizo algo a usted?

—Intenta liarle, Rufus —advirtió Josh.

—Algo me hicieron en la cabeza, eso es —dijo Rufus. Fiske le clavó una dura mirada.

—¿Alega usted algún tipo de enajenación? Porque de ser así, no tiene la menor posibilidad. —Siguió mirando a Rufus fijamente—. Pero hay algo más, ¿verdad?

—¿Por qué lo dice? —preguntó Rufus.

—Porque mi hermano se tomó muy en serio el contenido de la apelación. Tan en serio que llegó a transgredir la ley desviándola y perdió la vida en un intento de ayudarlo. Nada de eso hubiera ocurrido por una alegación de enajenación con veinticinco años de retraso. Dígame lo que costó la vida a mi hermano.

Josh clavó su manaza en el pecho de Fiske empujándolo contra el respaldo del sofá.

—Escúcheme bien, señor enterado, Rufus no le pidió a su hermano que se mojara el culo por él. Su hermano fue el que jodió la marrana. Tuvo que ir a investigar a

Rufus porque sabía que era un moreno que estaba en un penal porque había cometido un crimen. Y ahora no me venga con la sobada canción del hermano virtuoso.

Fiske apartó bruscamente la mano de él.

—¡Váyase al cuerno, cabrón!

Josh le apuntó con la pistola y le dijo en tono amenazador:

—Puede que sea yo quien le mande a usted al cuerno primero. Tal vez nos veamos dentro de poco allí. ¿Qué le parece la idea, descolorido?

—No lo haga, por favor —imploró Sara—. El solo intenta ayudarle, por favor.

—No necesito ayuda de personal así.

—Nosotros pretendemos que se haga justicia a su hermano en un tribunal.

Josh movió la cabeza.

—Yo solito puedo conseguir justicia en un tribunal. ¡Qué van a entender de nosotros un puñado de paliduchos! Tienen las cárceles llenas de los nuestros y no saben hacer otra que nuevos trullos. De forma que si quiero justicia, ni loco me acerco a un tribunal. El problema está en que en la calle tampoco se consigue, precisamente donde me he pasado la mayor parte de mi vida.

—Esa no es forma de enfrentarse a las cosas —dijo Rufus.

—¡Vaya! ¿De modo que de pronto te ha venido la inspiración de cómo hay que enfrentarse a todo? —dijo Josh.

Fiske estaba cada vez más nervioso. Tenía la impresión de que Josh Harms había llegado a un punto en el que ni siquiera su hermano podría controlarle. ¿Y si le arrebatara el arma? Pensaba que Josh era probablemente quince años mayor que él, pero también lo veía fuerte como un roble. Si hacía un movimiento y fallaba, podía acabar con unas cuantas balas alojadas en la cabeza.

El chirriar de unos neumáticos en el asfalto les hizo volver a todos la cabeza hacia la ventana. Rufus se acercó a ella para mirar. Cuando se giró otra vez todos vieron el pánico reflejado en sus ojos.

—Vic Tremaine y Rayfield.

—¡Mierda! —exclamó Josh—. ¿Qué llevan?

Rufus aspiró una bocanada de aire.

—Vic lleva una metralleta.

—¡Mierda! —repitió Josh mientras oían el golpeteo de las botas ya en el interior del edificio—. En un par de minutos o tal vez menos los tendrían allí. —De repente miró a Fiske y a Sara.

—Te lo dije. Nos la han montado. Hemos estado aquí de palique mientras el ejército rodeaba el edificio.

—Por si no se ha fijado, van de paisano —dijo Fiske—. Puede que les hayan seguido a ustedes.

—Nosotros no venimos de la zona del penal. Además, en cuanto nos vean, van a disparar y se acabó.

—No lo harán si se entregan.

—De eso ni hablar —dijo Josh en voz alta.

—Ni hablar —repitió Rufus—. No pueden permitir que siga vivo sabiendo lo que sé.

Fiske observó a Rufus Harms. Los ojos de aquel hombre iban de izquierda a derecha. Él mismo había admitido que había matado a la niña. ¿No bastaba aquello? ¿Por qué no dejar que el ejército lo metiera otra vez dentro? No obstante, Mike había querido ayudarle.

Fiske se incorporó de un salto.

Josh le apuntó con la pistola.

—No lo haga más difícil todavía.

Fiske ni siquiera le miró; tenía la vista clavada en Rufus.

—¿Rufus? ¡Rufus!

Finalmente Rufus pareció despertar y volvió la vista hacia él.

—Tal vez pueda echarle una mano, pero tiene que hacer exactamente lo que yo le diga.

—No necesitamos una mano ni mucho menos —respondió Josh.

—Dentro de unos treinta segundos, esos dos tipos irrumpirán en esta habitación y todo se habrá acabado. Su arma no tiene punto de comparación con las de ellos.

—¿Y si disparo contra usted ahora mismo? —dijo Josh.

—¿Confía en mí, Rufus? Mi hermano quiso ayudarle. Déjeme acabar lo que él empezó. Vamos, Rufus, deme una oportunidad. —Una gota de sudor descendía por la frente de Fiske.

Sara ni siquiera podía hablar. A sus oídos solo llegaba el sonido de aquellas botas y no tenía ojos más que para ver la metralleta que se acercaba cada vez más. Por fin Rufus hizo un gesto prácticamente imperceptible de asentimiento.

Fiske pasó a la acción.

—Métanse en el lavabo, los dos —dijo.

Josh iba a protestar pero Rufus se lo impidió empujándole hacia el baño que estaba junto al despacho.

—Entre con ellos, Sara.

Ella se volvió, asombrada.

—¿Cómo?

—Limítese a hacer lo que he dicho. Si la llamo por su nombre, tire de la cadena y salga. Ustedes dos —dijo señalando a los hermanos—, quédense detrás de la puerta. Sara: si no la llamo, no se mueva.

—¿Y no cree que los muchachos del ejército querrán echar una ojeada al váter, más con la puerta cerrada? —preguntó Josh en tono sarcástico.

—Déjelo en mis manos.

—Vale —respondió Josh lentamente—, pero en sus manos también dejó algo más en qué pensar, listillo: como nos venda, la primera bala que pienso disparar le

perforará aquí. —Colocó la pistola contra la base del cráneo de Fiske—. Aunque ni siquiera oír el disparo. Se habrá convertido en fiambre antes de que sus malditos oídos comuniquen con su cerebro.

Fiske movió la cabeza mirándole como si estuviera aceptando el desafío, y en realidad es lo que estaba haciendo. Miró a Sara; vio que estaba pálida. Ella se inclinó hacia él, temblando, intentando, sin conseguirlo, recuperar el aliento, mientras el golpeteo de los pasos se iba acercando.

—No puedo hacerlo, John.

Él la sujetó por los hombros.

—Sí puede, Sara. Y lo va a hacer. ¡Ahora mismo, vamos!

Le estrechó la mano y ella y los hermanos Harms se metieron en el lavabo y cerraron la puerta. Fiske echó una ojeada al despacho, luchando por recuperar el aplomo. Vio un portafolios en un estante, lo cogió y lo abrió. Estaba vacío. Metió en él unas carpetas que estaban encima de la mesa de Rider. Cuando detectó el sonido de las botas en el pasillo, se dirigió a la pequeña mesa de reuniones que había en un rincón. Al sentarse oyó que se abría la puerta. Sacó una de las carpetas del portafolios y la abrió al tiempo que giraba el pomo de la puerta que separaba el vestíbulo del despacho. Se apoyó en el respaldo, simulando leer unos papeles. Levantó la vista hacia los dos hombres.

—¿Qué demonios...? —empezó, aunque interrumpió la frase al ver que le apuntaban con la metralleta.

—¿Quién es usted? —preguntó Rayfield.

—Yo también iba a hacerle esta pregunta. He quedado aquí con Sam Rider. Llevo diez minutos esperándole y no se ha presentado. Rayfield se acercó a él.

—¿Es usted cliente suyo?

Fiske asintió.

—Me he trasladado esta tarde desde Washington en un avión privado. La cita estaba concertada desde hace mucho.

—¿No es un poco tarde para ese tipo de entrevistas? —Los ojos de Tremaine se le clavaron en el rostro.

—Soy una persona muy ocupada. Es el único hueco que encontré en mi agenda. —Miró a los dos hombres con aire impertérrito—. ¿Y qué hace aquí el ejército irrumpiendo con metralletas?

El rostro de Tremaine enrojeció de ira pero Rayfield adoptó un tono más diplomático.

—No es asunto suyo, señor...

Fiske iba a darle su nombre de verdad pero lo pensó dos veces. Rufus había citado el de aquellos hombres, lo que significaba que tenían alguna implicación con el caso de Rufus. Y de ser así, tal vez ellos mismos habían matado a Michael.

—Michaels, John Michaels. Tengo una empresa inmobiliaria y Rider es mi abogado.

—Pues mire por donde, tendrá que buscarse a otro —dijo Rayfield.

—Estoy satisfecho del trabajo de Sam.

—Pero eso da igual. Rider está muerto. Se ha suicidado. Ha matado a su mujer y luego se ha suicidado.

Fiske se levantó intentando poner cara de horrorizado. Tampoco le costó mucho teniendo en cuenta que le había tocado camelar a dos hombres armados y que tenía a dos más tras la puerta de al lado. Si fracasaba, él iba a ser la primera víctima, suponiendo que le dieran la opción a Josh.

—¿Pero qué dice? Hace poco hablé con él. No le noté nada.

—Perfecto, pero ahora está muerto —dijo Rayfield.

Fiske se sentó y empezó a mirar los expedientes que tenía delante.

—Me parece imposible —dijo, moviendo lentamente la cabeza—. Me siento como un idiota. Aquí sentado, en su despacho, esperando para reunirme con él. Yo no sabía nada. Nadie me ha avisado. Tenía la puerta del despacho abierta. ¡Santo Dios! —apartó las carpetas y les miró bruscamente—. ¿Y qué hacen ustedes aquí? ¿Qué significa la intervención del ejército?

Tremaine y Rayfield se miraron.

—Se ha producido una fuga en un penal militar de aquí cerca.

—¡Vaya por Dios! ¿Y creen que quien se ha fugado estará por aquí?

—No lo sabemos. Pero Rider era su abogado. Se nos ha ocurrido que podía aparecer por aquí en busca de dinero o de algo. ¡Quién sabe, incluso el propio preso ha podido matar a Rider!

—Pero acaba de decir que ha sido un suicidio.

—Eso es lo que cree la policía. Por ello estamos aquí, echando una ojeada, para detenerle si aparece.

A Fiske le cayó el alma a los pies cuando vio que Tremaine se dirigía a la puerta del baño.

—¿Puedes salir, por favor, Susan? —gritó.

Tremaine dirigió una mala mirada a Fiske mientras oían la cadena. Se abrió la puerta del lavabo y salió Sara haciendo un esfuerzo por poner cara de sorpresa. Fiske pensó que lo había hecho muy bien, probablemente porque llevaba encima un susto de muerte.

—¿Qué pasa aquí, John?

—Les he contado a esos caballeros que teníamos una cita con Sam Rider. No te lo vas a creer, pero está muerto.

—¡Dios mío!

—Susan es mi secretaria. —Ella miró a los dos hombres asintiendo.

—No me han dicho sus nombres —dijo Fiske.

—Tiene usted toda la razón —respondió Tremaine. Fiske se apresuró a seguir:

—Son del ejército. Están buscando a un preso que se ha fugado. Creen que puede tener algo que ver con la muerte de Sam.

—¡Dios mío! Salgamos de aquí y cojamos el avión de vuelta, John.

—No me parece mala idea —dijo Tremaine—. Podremos hacer el registro con más rapidez si desaparecen de aquí.

Miró otra vez la puerta del baño. Sujetando el arma con una mano, fue para abrirla completamente.

—Puedo asegurarles que ahí dentro no se esconde nadie —dijo Sara poniendo la máxima expresión de seriedad.

—Si no le importa, señora, prefiero comprobarlo yo mismo —respondió Tremaine con cierta cortesía.

Fiske observaba a Sara. Estaba seguro de que de un momento a otro empezaría a chillar. «Vamos, Sara, contrólate, no lo estropees».

Desde el otro lado de la puerta del baño, que estaba a oscuras, Josh Harms apuntaba con la pistola directamente a la cabeza de Tremaine a través de la estrecha rendija que se había abierto entre la puerta y la jamba.

Josh ya había captado las ventajas tácticas de que disponía, por pequeñas que fueran. Primero Vic Tremaine, luego Rayfield, a menos que este la emprendiera de entrada contra él, una posibilidad real teniendo en cuenta las limitaciones del campo visual de Josh. De todas formas, imposible no dar en el tanque Sherman que representaba la figura de Vic Tremaine. Su dedo se arqueó en el gatillo mientras su hermano sobresalía por encima de su hombro, empujándole contra la pared. Apenas quedaban dos centímetros entre él y la puerta. En cuanto Tremaine tocara la madera, todo habría acabado.

Fiske empezó a meter carpetas en su cartera.

—Me parece increíble. Primero dos negros que por poco se nos llevan por delante y ahora esto.

Tremaine y Rayfield se volvieron de golpe para mirarle.

—¿Cómo, dos negros? —dijeron al unísono. Fiske dejó un momento lo que estaba haciendo para mirarlos.

—Entrábamos en el edificio y se nos han echado encima, han estado a punto de derribar a Susan.

—¿Qué aspecto tenían? —preguntó Rayfield casi sin voz, acercándose a Fiske. Tremaine se apartó de la puerta del lavabo.

—Ya le he dicho que eran negros. Uno de ellos parecía un exjugador de fútbol americano o algo así... ¿Te has fijado en lo alto que era, Susan? —ella asintió y consiguió por fin respirar—. Un hombre enorme. Y el que le acompañaba, otro gigante, metro noventa, dos metros por lo menos, aunque mucho más delgado. Corrían como alma que lleva el diablo, y no puede decirse que fueran unos jovencitos. Ya tendrían sus cuarenta y cinco o cincuenta.

—¿Se fijó en qué dirección tomaban? —preguntó Tremaine.

—Se han metido en un coche viejo y han salido por la calle principal en dirección al norte. Los coches no son mi fuerte, no entiendo de marcas y eso pero seguro que

era un modelo antiguo. Verde, diría yo. —De pronto puso cara de asustado—. ¿No creerá que se trata del preso que se ha fugado?

Tremaine y Rayfield no respondieron porque habían salido ya volando. En cuanto oyeron que se abría la puerta y el sonido de las botas corriendo pasillo abajo, Fiske y Sara se miraron y seguidamente, como atados con la misma cuerda, se desplomaron en el sofá. A los dos se les ocurrió la misma idea y se abrazaron al mismo tiempo.

—Me alegra no haber tenido que disparar contra usted. Discurre más rápido si está vivo.

Levantaron la vista y vieron que Josh Harms, con una sonrisa en los labios, se metía la pistola en la cintura.

—Los dos somos abogados —dijo Fiske, intentando recuperarse, sujetando aún con fuerza a Sara.

—Ya se sabe que nadie es perfecto —dijo Josh.

Rufus apareció detrás de su hermano.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Espero que ahora nos crea —dijo Fiske.

—Sí, pero no voy a aceptar su ayuda.

—Rufus...

—Hasta hoy, todos los que han intentado ayudarme han muerto. Menos Josh, y hace un momento nos hemos salvado por los pelos. No quiero más cargos de conciencia. Ustedes dos métanse en el avión que decían y desaparezcan ya de una vez.

—No puedo hacerlo. Era mi hermano.

—Haga lo que le dé la gana pero sin mí. —Se acercó a la ventana y observó como el *jeep* salía disparado en dirección norte. Hizo un gesto a Josh—: ¡Andando! A saber cuándo puede cogernos la venada de volver.

Se disponían a marcharse cuando Fiske cogió algo del bolsillo y se lo entregó a Rufus.

—Ahí tiene mi tarjeta. En ella encontrará el teléfono de mi despacho y de mi casa. Reflexione sobre lo que hace, Rufus. Solo no llegará a ninguna parte. Cuando se dé cuenta de ello, llámeme.

Quedó sorprendido al ver que Sara le cogía la tarjeta y escribía algo detrás. Se la pasó luego a Rufus.

—Le dejo los teléfonos de mi casa y mi coche. Llámeme a uno u otro, de día o de noche.

Aquella inmensa mano se acercó lentamente y cogió la tarjeta. Rufus se la metió en el bolsillo de la camisa. Un minuto después Sara y Fiske se encontraron solos. Se miraron de nuevo, agotados. Transcurrió un minuto antes de que Fiske rompiera el silencio.

—Tengo que admitir que hemos estado en un tris de tener que despedirnos de todo.

—No quiero tener que volver a hacerlo nunca más, John.

Sara fue tambaleándose hacia el lavabo.

—¿Adónde va?

Ella no se molestó ni en volver la cabeza.

—Al baño. A menos que quiera que vomite aquí mismo.

Una hora después de finalizar la conversación con Warren McKenna, Chandler descendía lentamente por la avenida que llevaba a su casa. Se trataba de un edificio de ladrillo a dos niveles en un barrio donde todos eran parecidos. Un lugar agradable y tranquilo para educar a los hijos, cuando menos veinte años atrás. En la actualidad ya no era ni tan agradable ni tan tranquilo, pero ¿cuál lo era?, pensaba él.

Unos cuantos años atrás, cuando después del trabajo le apetecía relajarse, organizaba un partidillo de baloncesto con los niños utilizando la canasta que había montado sobre la puerta del garaje. La red llevaba ya mucho tiempo estropeada y el aro y la tabla negra ya no estaban. Se dirigió al pequeño patio posterior, donde se sentó en un gastado banco de cedro gris, cerca de un exuberante magnolio, frente a una pequeña fuente. Su mujer no le había dejado en paz hasta conseguir la fuente, a pesar de que él se quejaba todo el tiempo. Hasta que no concluyó el trabajo no comprendió la insistencia de ella. Aquella actividad había sido catártica para él: la planificación, las medidas, la elección del material. Se parecía mucho al trabajo de detective, pues se trataba de recomponer un rompecabezas en el que, con igual dosis de habilidad y suerte, todas las piezas casaban.

Después de pasar diez minutos descansando se levantó y con el abrigo colgado al hombro se fue hacia la casa. Contempló la cocina, en silencio, a oscuras. Estaba decorada con gusto, como toda la casa, gracias a Juanita, su esposa. Educar a los hijos, acudir al médico, pagar facturas, cuidar de las flores, cortar el césped, hacer las camas, lavar y planchar la ropa, preparar la comida, lavar los platos: de todo aquello se encargaba Juanita mientras él trabajaba horas y horas con la vista puesta en su ascenso. Tenían la sociedad montada de esta forma. Una vez los hijos se hubieron independizado, ella volvió a la universidad, se sacó el título de enfermera y trabajó en el departamento de pediatría de un hospital. Llevaban ya treinta y tres años casados y su relación seguía siendo sólida.

Chandler no tenía ni idea de cuánto tiempo podía seguir con su trabajo de inspector. Le resultaba ya cuesta arriba. El trabajo repulsivo, el tacto de los guantes de goma en la piel, el repetir constantemente los minúsculos y comedidos pasos por miedo a pisar una prueba que podía costar la vida a alguien o liberar a un asesino. La burocracia, los hábiles abogados defensores repitiendo siempre las mismas preguntas, urdiendo las mismas trampas verbales, los aburridos jueces leyendo las bases condenatorias como si estuvieran desgranando cifras de encuestas. Las expresiones de robot de los acusados, que no decían nada, no mostraban emoción alguna, iban con todos sus colegas a la cárcel, su escuela de enseñanza superior, para salir de ella como delincuentes redomados.

El timbre del teléfono interrumpió aquellos deprimentes pensamientos.

—¿Dígame?

Escuchó durante un par de minutos, dio una serie de instrucciones y colgó.

Habían encontrado una bala en el callejón donde apareció el cadáver de Michael Fiske. Al parecer había topado contra un muro y había quedado encajada en un montón de basura de detrás de un contenedor. Por lo que le acababan de contar, estaba en muy buen estado, poco deformada por el impacto. El laboratorio tendría que confirmar si se trataba de la bala que había matado al joven funcionario. Lo tendrían facilísimo por una razón bastante desagradable: la bala tendría sangre y residuos de hueso y tejido cerebral que podrían vincularse de forma prácticamente concluyente con la cabeza de Michael Fiske. Con la bala en la mano, ahora podrían dedicarse a la búsqueda del arma asesina. Los de balística relacionarían la bala con el arma que la disparó, con la misma fiabilidad con que relacionaban las huellas dactilares con la mano humana.

Chandler se levantó y se fue al salón, dejando a posta su propia arma. Se instaló en un sillón adecuado a su voluminoso cuerpo. La estancia estaba a oscuras y no le apeteció encender la luz. Trabajaba rodeado de una luz excesiva. Las luces de su despacho estaban todo el día encendidas. Luz aún más intensa en la sala de autopsias, que convertía cada partícula de carne en algo enorme, amenazadoramente crudo, inolvidable, hasta el punto de que Chandler, aunque fuera muy de vez en cuando, se veía obligado a salir corriendo hacia el baño, donde su estómago demostraba su sensibilidad a la pericia de los despieces oficiales. Las luces de los fotógrafos en el lugar del delito o en el palacio de justicia. ¡Las malditas y excesivas luces! La oscuridad era apacible, la oscuridad relajaba. La oscuridad era lo que deseaba para su jubilación. Frescor y oscuridad. Como la fuente que tenía detrás.

Las palabras de Warren McKenna habían inquietado a Chandler, si bien había hecho todo lo posible por disimularlo. Le resultaba imposible aceptar que John Fiske pudiera haber asesinado a su propio hermano. Había que reconocer, no obstante, que tal vez aquello era lo que Fiske quería que Chandler creyera. Pero también tenía que plantearse algo más. Las llamadas de Michael Fiske a Fort Jackson. Y luego la fuga de Rufus Harms. ¿Tendrían alguna relación? Fiske protegía a Sara Evans, aquello sí estaba claro. Chandler movió la cabeza. Tendría que consultarlo con la almohada, pues su cerebro ya no daba más de sí.

Iba a levantarse pero un sobresalto le detuvo. De pronto unos brazos le oprimieron el cuello. Las manos de Chandler agarraron las muñecas de la persona mientras abría unos ojos como platos. El arma... ¿dónde la había dejado?

—¿Hecho una pena de tanto trabajar, o de apenas haber trabajado? Se relajó en el acto y volvió la cabeza hacia Juanita. Las arruguitas de las comisuras de sus labios indicaban un inicio de sonrisa. La expresión de la mujer era invariablemente la de quien está a punto de contar un chiste o reírse del que acaba de oír. Aquel semblante había animado siempre a Chandler, pese a haber vivido un día de perros, y haber visto y examinado un montón de cadáveres.

Apoyó la mano sobre su palpitante pecho diciendo:

—Oye, muchacha, como vuelvas a hacer eso el trabajo será mío para olvidarme

de mis alas de ángel.

Juanita se sentó en sus rodillas. Llevaba una bata blanca, larga, e iba descalza.

—¡No me digas! ¡Un chaval fuertote como tú! ¿No te has pasado un poco con eso de las alas de ángel?

Chandler pasó el brazo por su cintura, la cual, después de los tres partos, ya no era fina como en su noche de bodas, aunque la suya también había aumentado considerablemente. Habían ido creciendo juntos, como solía comentar él. El equilibrio era algo esencial en la vida. Una parte flaca y otra gorda iban directamente al fracaso.

Nadie en el mundo le conocía mejor que Juanita. Tal vez aquel fuera el resultado más importante de un matrimonio que funcionaba: la conciencia de que había alguien ahí que conocía tus medidas, hasta el último decimal, el número pi e incluso más. Suponiendo que aquello fuera posible, Juanita conocía la cifra correspondiente a él. Le sonrió.

—Pues sí, un chaval fuertote pero sensible, muchacha. Y a nosotros, los que somos sensibles, ¿quién sabe qué es lo que puede derribarnos? Y después de pasar toda una vida luchando contra la delincuencia, qué menos que el Señor esté ahora mismo confeccionando para mí un par de alas de ángel, de talla XL, por supuesto. Puesto que lo sabe todo, estará al corriente de que me dirijo ya al último tramo del camino.

Le dio un beso en la mejilla y le cogió la mano. Juanita, con la otra mano le acarició el pelo, ya algo escaso. Notaba que hacía un esfuerzo por mostrarse animado.

—¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa, Buford, y luego nos vamos a la cama? Se está haciendo tarde. Y mañana hay que madrugar. Chandler sonrió.

—¡Vaya! ¿Ni de disimular soy capaz ya? Si yo miro a los ojos del delincuente y lo hundo sin que adivine siquiera qué estoy pensando...

—Se te nota a la legua. Vamos, cuenta...

Juanita le acarició el arrugado cuello y Buford hizo lo mismo con los largos pies de ella.

—¿Te acuerdas del joven del que te hablé? John Fiske... Su hermano era funcionario del Tribunal Supremo.

—Claro. Y ahora hay otro funcionario muerto.

—Exactamente. Pues esta tarde he estado en el piso de Michael Fiske en busca de pruebas. Y ha aparecido allí McKenna, el agente del FBI del que te hablé.

—¿El que describiste como una granada a punto de estallar? ¿Imposible saber por dónde saldrá?

—Él mismo.

—Hum...

—Pues bien, hemos encontrado un seguro de vida por el que John Fiske va a cobrar medio millón de dólares por la muerte de su hermano.

—¿Acaso no eran hermanos? Tú también tienes un seguro de vida, ¿verdad? Y yo

cobro dinero si tú mueres, ¿o no? —Le dio un beso en la cabeza—. Más te vale tenerlo, la verdad. Toda la vida prometiéndome esto y lo otro y yo a dos velas. Qué menos que ver algo de pasta cuando la espiches...

Los dos se echaron a reír abrazándose.

—Fiske no me había comentado lo de la póliza. Oye, es el típico móvil para un asesinato...

—Puede que no estuviera al corriente del seguro.

—Puede —admitió Chandler—. En fin, McKenna me ha salido con su teoría de que Fiske mató a su hermano por el dinero, involucrando en ello a otra funcionaria del Tribunal que parece estar colada por él, despistándonos a todos y luego ofreciéndose para colaborar en la investigación. Mintiendo incluso en cuanto a lo de encontrarse con un intruso en el piso de su hermano. Debo admitir que la historia que me ha contado tiene su lógica, por lo menos sin ahondar en nada.

—¿Así que John Fiske estuvo en el piso de su hermano?

—Sí. Dice que un tipo le atizó cuando estaba ahí y salió corriendo. Puede que robara algo del piso, algún efecto que pudiera tener algo que ver con el asesinato.

—Oye, si John Fiske estuvo en el piso de su hermano, se inventó la historia del intruso y estaba al corriente de la póliza de su hermano, ¿por qué no registró él mismo ese piso? ¿Cómo te deja el trabajo a ti y queda él como sospechoso?

Chandler la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te ocurre algo, Buford?

—Jo, cariño, ¿no era yo el inspector de la familia? ¿Cómo demonios se me ha podido escapar ese detalle?

—Porque trabajas demasiado y no se tiene en cuenta tu labor, precisamente por eso. —Juanita se levantó y le tendió la mano—. Pero si subes conmigo ahora mismo, comprobarás que hay alguien que sí la tiene muy en cuenta. Te aconsejaría, de todas formas, que dejaras abajo tu parte sensible y vinieras con las demás.

Le miró entornando los ojos, en un gesto que él ya sabía que no indicaba somnolencia.

Chandler se levantó enseguida y, cogidos de la mano, subieron la escalera.

El jeep iba a toda velocidad y Tremaine examinaba con detalle a los pasajeros

de cada coche al que adelantaban.

—¡Maldita suerte! —exclamó Rayfield—. No les hemos pescado por unos minutos.

Tremaine no le prestó atención pues tenía la vista fija en el coche que avanzaba delante de ellos. Al adelantarlo se encendió la luz interior del vehículo y pudieron ver con detalle a la persona que conducía y a la que llevaba al lado. Esta desplegaba un mapa.

Al tiempo que los miraba, Tremaine pegó un frenazo, se situó a la izquierda y cruzó la mediana. El vehículo pegó un bote en la hierba del badén, y en un segundo los neumáticos pisaron otra vez el asfalto, de nuevo en dirección hacia el despacho de Rider. Rayfield le cogió por el hombro.

—¿Qué coño haces?

—Nos la han jugado. Los dos. Nos han pegado un buen rollo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—La luz del baño.

—¿La luz? ¿Qué pasa con la luz?

—Que estaba apagada. La zorra estaba ahí a oscuras. Se me ha ocurrido al ver la luz del interior del coche al que acabamos de adelantar. Al principio, cuando ella estaba en el lavabo, no se veía luz por debajo de la puerta. Cuando ha abierto la puerta tampoco la ha apagado porque el baño ya estaba a oscuras. No estaba en el váter. Estaba de pie allí en la oscuridad. ¿A que no sabes por qué? Rayfield palideció.

—Porque ahí dentro estaban también Harms y su hermano. —Mirando la carretera, se le ocurrió algo más—: El tipo ha dicho que se llamaba John Michaels. ¿No sería John Fiske?

—Y la chica, Sara Evans. Eso es lo que estaba pensando yo. Tendrás que llamar e informar a los demás.

Rayfield cogió el móvil.

—Ahora ya no alcanzamos a los Harms.

—Claro que los alcanzaremos.

—¿Cómo?

Tremaine había pasado treinta años en entrenamientos del ejército, estudiando qué podía hacer el enemigo en una situación específica.

—Fiske ha dicho que se habían metido en un coche. Lo contrario de un coche es un camión. Ha dicho también que era viejo. Lo contrario: un camión nuevo. Según él iban hacia el norte, de modo que nosotros iremos hacia el sur. Han pasado tan solo cinco minutos. Les alcanzaremos.

—Ojalá tengas razón. Si estaban en el despacho de Rider... —No terminó la frase y miró por la ventana con aire inquieto.

Tremaine se volvió hacia él.

—Eso significa que los hermanos Harms no huyen. Que buscaban algo que tenía Rider. Y eso nos lo complica terriblemente todo. —Hizo un gesto señalando el teléfono—. Llama. Nosotros nos ocupamos de Harms y de su hermano. Ellos tendrán que encargarse de Fiske y de la mujer.

A causa de la extrema prioridad del caso, el FBI había ofrecido sus laboratorios para llevar a cabo el análisis de la bala que se había encontrado en el callejón. Tras comparar muestras de tejido de los restos de Michael Fiske, decidieron que la bala había pasado por su cerebro. Se traba de una nueve milímetros, del tipo que suelen utilizar las fuerzas de orden público.

Con esta información en su poder, el agente McKenna se sentó ante el ordenador en el edificio Hoover y tecleó una solicitud de máxima prioridad a la policía del estado de Virginia. Al cabo de cinco minutos tenía ya la respuesta. John Fiske poseía una SIG-Sauer nueve milímetros registrada a su nombre desde su época de poli. Unos minutos después, McKenna estaba ya en su coche. Al cabo de dos horas salió de la interestatal 95 para meterse en las oscuras calles del centro de Richmond. Su coche retumbaba en las viejas e irregulares calles de Shockoe Slip. Aparcó en una zona apartada cercana a la antigua estación de ferrocarril.

Diez minutos después se encontraba en el despacho de John Fiske, después de haber forzado las cerraduras del edificio y del despacho del abogado con gran habilidad. Echó una ojeada al oscuro recinto utilizando una pequeña linterna. Había decidido registrar el despacho de Fiske antes que su piso. En un par de minutos encontró lo que buscaba. La nueve milímetros era relativamente ligera y manejable. Con los guantes puestos, McKenna la sopesó y luego se la metió en el bolsillo.

Observó el resto del despacho a la luz de la linterna. Algo le llamó la atención y se dirigió hacia un estante. Cogió la foto enmarcada. La luz de la linterna se reflejaba en el cristal y le impedía ver la foto, por lo que la llevó hacia la ventana para aprovechar la luz de la luna.

Los hermanos Fiske, uno al lado del otro, tenían el aspecto de dos hermanos normales y corrientes. Michael Fiske era más alto y atractivo que su hermano mayor, aunque el fuego se reflejaba con mayor intensidad en los ojos de John Fiske. Llevaba también su uniforme de policía, por lo que McKenna dedujo que la foto tenía unos cuantos años. Aquel hombre había experimentado muchas vivencias con aquel uniforme, al igual que McKenna desde que entró en el FBI. A veces ese tipo de experiencias avivan el fuego en una persona o por el contrario se lo arrebatan del todo.

Dejó la foto en su sitio y salió del despacho. Cinco minutos más tarde, el vehículo del agente del FBI cogía de nuevo dirección norte. Dos horas después, ya en su casa, en un barrio acomodado del norte de Virginia, McKenna, sentado en su pequeño

estudio, tomaba una cerveza y fruncía los labios alrededor de un cigarrillo. Tenía ante él la pistola que había cogido del despacho de Fiske. Aquella P226 estaba perfectamente conservada, era un arma sólida. Fiske había hecho una buena elección. En su época de policía habría confiado en ella para sobrevivir. Unos años atrás en muy pocas ocasiones un policía tenía que echar mano de su arma reglamentaria. Ahora todo había cambiado.

McKenna sabía que Fiske había matado a un hombre con aquel arma. Que había disparado un tiro que segó la vida de otro. McKenna comprendía la complejidad de aquella experiencia: una experiencia que tenía un alcance de unos segundos. El calor del metal, el nauseabundo olor de la pólvora que ha estallado. A diferencia de lo que se ve en las películas, una bala no empuja a una persona hacia atrás unos metros. La persona cae donde le han disparado; defeca y orina, se derrumba sin pronunciar palabra alguna. McKenna también había matado a un hombre. Fue algo rápido, reflejo; vio cómo le salían los ojos de las órbitas, cómo se le contorsionaba el cuerpo. Entonces McKenna volvió al punto desde el que había disparado y observó los dos agujeros de bala en el muro a uno y otro lado del lugar donde estaba él. El muerto había hecho sus propios disparos. Habían pasado milagrosamente junto al agente del FBI. Más tarde, McKenna se enteró de que el muerto sufría ambliopía; aquella deficiencia afectaba su percepción. McKenna había seguido adelante, había podido volver a ver a su esposa y a sus hijos porque el otro, el que había muerto, tenía la pupila temblorosa. De vuelta a casa, McKenna también se había orinado encima.

Dejó la pistola y encarriló sus pensamientos hacia el futuro. El husmeo en el despacho del funcionario le había compensado. Al día siguiente, Fiske y Sara tendrían que enfrentarse a un duro interrogatorio. Lo primero que haría él sería ocuparse de Chandler, ponerle al corriente de las novedades y dejar que el beligerante inspector de homicidios cumpliera con su deber. McKenna se levantó y empezó a caminar por el estudio. Tenía en las paredes una serie de fotos enmarcadas en las que se le veía con una serie de personajes importantes. En una mesa aparte tenía dispuestos pulcramente un gran número de premios y felicitaciones que había cosechado por su destreza y valor como agente del FBI. Había vivido una larga y productiva carrera en el campo del orden público, si bien no había conseguido compensar un único acontecimiento que le había avergonzado enormemente. Le había ocurrido hacía muchos años y sin embargo era uno de los recuerdos más claros que guardaba en su mente. Lo que había hecho entonces le obligaba hoy a incriminar falsamente a John Fiske.

Apagó el cigarrillo y anduvo en silencio por la casa. Su esposa hacía mucho que se había ido a la cama. Sus dos hijos ya eran mayores y hacían su vida. A nivel económico no podía quejarse, pese a que un agente del FBI nunca gana una barbaridad, a menos que renuncie a la placa. La que sí se lo había montado bien era su mujer, pues era socia de un importante bufete de abogados del distrito de Columbia. Por ello vivía en aquella casa grande, lujosamente amueblada y

básicamente vacía. Volvió la vista hacia su rincón privado. Su distinguida carrera, perfectamente representada en aquella mesa, compendiada en aquellas fotos. Aspiró profundamente al sumergirse en la oscuridad. La penitencia era una responsabilidad para toda la vida.

El avión tomó tierra y rodó por la pista hasta detenerse. Minutos más tarde, Fiske y Sara se dirigían al aparcamiento del Aeropuerto Nacional.

—Hemos efectuado el viaje de ida, por poco nos dejamos la piel allí y volvemos con las manos vacías —murmuró Sara—. ¡Vaya idea más brillante he tenido!

—Ahí es donde se equivoca —dijo Fiske.

Llegaron al coche y se metieron en él.

—¿De qué nos hemos enterado exactamente? —preguntó ella.

—De unas cuantas cosas. De entrada, hemos visto a Rufus Harms cara a cara. Creo que dice la verdad, sea cual sea esta.

—Eso no está tan claro.

—Fue al despacho de Rider cuando debería de haber estado pensando en huir del país. Fue a por el recurso que había mandado. ¿Por qué lo habría hecho de no estar seguro de la verdad?

—No lo sé —admitió Sara—. Si el recurso era suyo, ¿por qué no lo redactaba de nuevo?

—Rider había adjuntado su propio documento. Usted misma lo vio en la cartera de mi hermano. Ahora que ha muerto Rider, había algo de lo que Harms no podía obtener copia. Por otro lado habló de algo que recibió del ejército. De una carta. Quizás pensó que le sería de ayuda y fue a por los dos documentos.

—Eso ya me parece más lógico.

—Los dos militares que hemos visto habían salido de caza. No iban en busca de Rufus Harms. Iban a registrar el despacho de Rider.

—¿Cómo lo sabe?

—Ni siquiera nos han preguntado si habíamos visto a alguien sospechoso; a alguien que se pareciera a Rufus. He sido yo quien ha sacado el tema. Y no estaban en misión oficial. En plena noche, con metralletas... No pertenecían a la policía militar ni nada de eso. Y a juzgar por su edad y porte, tenían una cierta graduación. El ejército no funciona así, no irrumpe en el despacho de un civil, metralleta en ristre en plena noche.

—Tal vez no.

—Por eso he pensado que el recurso tiene que contener algo relacionado con esos dos personajes.

—Pero ni siquiera sabemos quiénes son.

—Sí lo sabemos. Rufus dijo sus nombres en el despacho de Rider. Habló de Tremaine, de Vic Tremaine, y dijo que el otro se llamaba Rayfield. Son militares, lo

que significa que alguna relación tendrán que tener con Fort Jackson. Rufus dijo que le habían hecho algo. Seguro que se refería a cuando se encontraba en el calabozo.

—Aunque de una u otra forma le hubieran incitado a matar a la niña, incluso aunque le hubieran ordenado hacerlo por alguna macabra razón, lo máximo que podría caerles es una condena por cómplices, John. Y después de tantos años... Si eso es todo lo que tiene en la mano Harms, no vale nada, lo sabe perfectamente.

—El problema es que no tenemos suficiente información sobre lo que ocurrió en realidad entonces. Si alguien hizo una visita a Harms en el calabozo la noche en que asesinaron a la niña, eso tendría que constar en alguna parte.

Sara puso una expresión escéptica.

—¿Después de veinticinco años?

—Y está también la carta del ejército a la que se ha referido Harms. ¿Qué tipo de carta mandaría el ejército a un preso condenado en consejo de guerra?

—¿Cree que ha sido la carta la que lo ha desencadenado todo?

—Podía contener cierta información que Harms desconocía hasta entonces. Aunque no sé de qué puede tratarse ni por qué él la ignoraba.

—Un momento. Si Tremaine y Rayfield están en Fort Jackson, ¿cómo han permitido que una carta así llegara a manos de Harms? ¿No le censuran el correo a un preso?

Fiske reflexionó un momento.

—Puede que se colara.

—O que ni siquiera llegara a la cárcel. Josh Harms parece estar al corriente de todo; tal vez él recibió la carta, ató cabos y se lo contó todo a Rufus.

—Y entonces Rufus simula un ataque al corazón, lo llevan al hospital más próximo y ahí aparece Josh...

—Eso funcionaría.

—Ojalá pudiéramos saber lo que ocurrió aquel día en Fort Jackson. Por lo que han dicho Josh y Rufus queda claro que mi hermano fue a visitarle a la cárcel.

—¿Por qué no llamamos o vamos al penal? Descubriríamos si Michael estuvo allí.

Fiske negó con la cabeza.

—Si esos dos tipos están ahí, lo habrán tapado, incluso pueden haber trasladado a otro lugar a quien hubiera visto a Mike. Y no podemos acudir a Chandler con eso, porque, ¿qué íbamos a decirle? ¿Que dos militares buscaban a un preso que se fugó de su custodia?

—La verdad es que si Rayfield y Tremaine trabajan en la cárcel, Michael se metió en la boca del lobo. Aun cuando usted y Michael no tuvieran mucha relación, me sorprende que no intentara ponerse en contacto con usted pidiendo ayuda. De haberla obtenido, tal vez seguiría con vida.

Fiske quedó inmóvil ante aquellas palabras y cerró los ojos. Ya no dijo nada más en todo el viaje.

Cuando llegaron a la casa de Sara, Fiske se fue directo a la nevera y cogió una cerveza.

—¿No tendrá algún cigarrillo?

Ella levantó las cejas.

—No sabía que fumara.

—Llevo años sin hacerlo. Pero ahora mismo me convendría uno.

—Pues ha tenido suerte. —Cogió una silla y la colocó junto a la barra de la cocina. Se quitó los zapatos y subió a la silla—. He descubierto que cuanto más lejos tenga mi pequeño alijo, menos ansia paso. Creo que lo mío es pura pereza.

Fiske observó cómo se ponía de puntillas y estiraba el brazo hacia el armario más alto hurgando con los dedos al fondo.

—Ya lo haré yo, va a matarse, Sara.

—Ya lo tengo, John. Está ahí.

Estiró el cuerpo al máximo y Fiske se encontró con la vista fija en los extremos de los muslos de Sara pues la falda se le había subido. Notó que iba a perder el equilibrio y le sujetó rápidamente la cintura con la mano para impedir que se cayera. Tenía en el muslo derecho una pequeña mancha de nacimiento que conformaba casi un triángulo perfecto de un tono rojo apagado. Parecía vibrar con cada esfuerzo de ella. Siguió sosteniéndola, con la mano levemente apoyada en la suavidad de su cadera y bajó la vista hacia sus pies. Se fijó en que tenía los dedos largos y flexibles, como si anduviera mucho descalza. Volvió la cabeza.

—Ya los tengo. —Levantó el paquete—. Camel, ¿vale?

—Mientras puedan encenderse, me da igual. —La ayudó a bajar, cogió un cigarrillo y levantó la vista hacia ella—. ¿Uno para usted? Se lo ha merecido. —Ella asintió y John le ofreció uno. Encendieron sus cigarrillos y Sara cogió también una cerveza. Salieron a la parte de atrás de la casa que daba al río y se sentaron en un deslucido columpio de madera.

—Hizo una buena elección con la casa —comentó él.

—La primera vez que llegué aquí me vi viviendo en ella para siempre.

Colocó las piernas bajo las nalgas, sacudió la ceniza contra la barandilla y observó como el viento se la llevaba. Ladeó el largo cuello y tomó un buen trago de cerveza.

—Es usted muy impulsiva.

Sara dejó la cerveza y le miró a los ojos.

—¿Nunca le ha ocurrido eso con algo?

Él lo pensó un momento.

—Pues no. ¿Y qué será lo siguiente? ¿Marido, niños? ¿Exclusivamente su carrera? —Dio una calada al cigarrillo y esperó su respuesta.

Sara tomó otro sorbo de cerveza observando a lo lejos las luces de los coches que cruzaban el puente Woodrow Wilson. Seguidamente se levantó.

—¿Le apetece navegar?

Él la miró sorprendido.

—¿No es un poco tarde para ello?

—Más tarde era cuando dimos el último paseo en barco. Tengo permiso y luces. Podemos dar una tranquila vuelta y volver.

Sin darle tiempo a responder, ya se había metido en la casa. Unos minutos después salió con unos vaqueros cortados, una camiseta que dejaba sus hombros al aire y zapatillas náuticas; se había recogido el pelo en un moño.

Fiske echó una mirada a su camisa, pantalón y mocasines.

—No he traído mi traje de marinero.

—Tranquilo. La marinera soy yo. —Llevaba dos cervezas en la mano. Bajaron al embarcadero. Hacía una humedad terrible y Fiske empezó a sudar al ayudar a Sara a preparar las velas. De pie en la parte de proa para aparejar, Fiske resbaló y estuvo a punto de caer al agua—. De haberse caído en el Potomac, no habríamos necesitado la luz de la luna para navegar pues nos hubiera bastado su brillo —comentó Sara, riendo.

El agua estaba tranquila, sin viento dominante, de modo que Sara encendió el motor auxiliar y se situaron en el centro del río, donde por fin las velas se hincharon con el cálido aire. Durante una hora avanzaron describiendo lentos meandros sobre el agua. El barco llevaba luz, había luna creciente y no se veía otra embarcación en el río.

Fiske hizo su turno al timón siguiendo las instrucciones de Sara hasta que se sintió cómodo al mando. Cada vez que se enfrentaban a una leve ráfaga, se estremecía y caía la vela mayor, Fiske se agachaba y Sara balanceaba la botavara observando cómo se hinchaba otra vez la vela y les hacía avanzar.

Levantó la vista hacia él sonriendo:

—Parece magia eso de manejar algo invisible y al mismo tiempo tan vigoroso y obligarle a seguir tu voluntad, ¿verdad?

Lo dijo con un aire tan pueril, tan sincero en su asombro que Fiske no tuvo más remedio que sonreír. Echaron unos tragos de cerveza y los dos fumaron otro cigarrillo tras una serie de intentos para encenderlos en medio de la constante brisa. Hablaron de temas que no tenían nada que ver con sus vivencias durante aquellos días y los dos se sentían aliviados de haberlo conseguido, aunque fuera por un corto espacio de tiempo.

—Tiene usted una sonrisa muy agradable —comentó Sara—. Debería mostrarla más a menudo.

Cuando decidieron volver, Fiske notó que tenía una ampolla en la base del pulgar a causa de haber sujetado tanto tiempo la botavara.

Amarraron el barco, Sara se acercó a la casa y volvió con más cervezas, una bolsa de patatas fritas y salsa.

—Para que no se diga que no alimento a mis invitados.

Se instalaron en el barco, bebieron y se comieron las patatas observando los aviones que pasaban por encima de sus cabezas con su atronador escape para dejar inmediatamente el silencio más completo, como si todo el sonido hubiera sido absorbido por una aspiradora. El viento empezó a arreciar y la temperatura bajó de golpe al fraguarse una tormenta nocturna. Contemplaron las nubes que se ennegrecían en sus extremos y algún destello surgió en el horizonte. Sara se estremecía de frío con la escotada camiseta y Fiske le puso el brazo sobre los hombros. Ella se inclinó sobre él. Cayeron las primeras gotas de lluvia y Sara se levantó. Con la ayuda de Fiske, colocó las cubiertas de vinilo sobre los compartimientos abiertos del barco.

—Será mejor que entremos —dijo ella. Se dirigieron hacia la casa, corriendo pues empezaba el chaparrón.

—Mañana será un día muy largo —dijo Sara, mirando el reloj de la cocina y secándose el pelo con una toalla de papel.

—Sobre todo después de no haber dormido anoche —añadió Fiske, bostezando. Apagaron las luces y se fueron arriba.

Sara le dio las buenas noches y entró en su habitación. Fiske observó a través de la puerta cómo abría la ventana para que entrara la brisa y también algo de lluvia. Un rayo iluminó el cielo y cayó en algún punto. El estruendo fue ensordecedor. «¡Cuánta energía!», pensó Fiske. Se fue hacia el otro dormitorio y se quitó la ropa. Permaneció un rato sentado en la cama en calzoncillos y camiseta escuchando el ruido de la lluvia. Hacía un calor sofocante en el cuarto, pero no se levantó a abrir la ventana. La casa era demasiado antigua para tener aire acondicionado central pero tampoco disponía de extractores en las ventanas. Al parecer, Sara optaba por la brisa del río para refrescarse. Un reloj de pared le iba dando los segundos. Sin darse cuenta, empezó a utilizarlo para controlar su pulso. El corazón le latía aceleradamente, litros de sangre corrían a chorro por sus venas.

Se puso el pantalón, se incorporó y se fue al pasillo. La habitación de Sara estaba a oscuras pero la puerta seguía abierta. Las cortinas se balanceaban con las embestidas del viento. Se quedó un momento en el umbral observándola allí tendida en la cama, con tan solo una sábana encima.

Sara observaba como él la observaba. John conseguía ver los extremos de sus pupilas. ¿Le estaría esperando? ¿Dejaría que en esta ocasión fuera él quien acudiera a ella? Entró en la habitación, vacilando, como si fuera la primera vez que se metía en el dormitorio de una mujer. Ella no se movió ni habló, no le animó ni le desanimó.

Se tumbó al lado de ella y Sara se le acercó en el acto, como no queriéndole ofrecer la oportunidad de pensárselo dos veces, de huir de ella. Estaba desnuda. Tenía el cuerpo cálido, la piel suave; los senos mullidos y calientes; se notaba el fuerte olor del aire externo. Sara llevaba el pelo enmarañado, los mechones cubrían su cara. Apretó los labios para entreabrirlos luego, sus dedos le acariciaron con suavidad todo el cuerpo. Juntos desabrocharon el pantalón de él y lo dejaron caer al suelo.

Se besaron, levemente al principio y luego con más profundidad. Ella le levantó la camiseta para acariciarle el pecho cuando habían juntado sus cinturas. John apartó la mano de ella y se bajó de nuevo la camiseta. Mientras la lluvia golpeaba contra el techo y hacía brillar la ventana, Fiske se quitó los calzoncillos, levantó el cuerpo y se colocó sobre ella.

Sara se despertó pronto: los primeros rayos del sol asomaban por el alféizar de la ventana. La tormenta había dejado un delicioso aire fresco y un cielo de un gris rosado que en una hora iba a adquirir un profundo tono azul. Estiró el brazo para tocarle y descubrió que no tenía a nadie al lado. Se incorporó rápidamente y echó un vistazo a la habitación. Cubriéndose el cuerpo con la sábana se fue hasta la habitación de los invitados. Vacía. El baño también. Presa de pánico, se fue hacia la escalera y se detuvo al principio con una sonrisa en los labios.

Contempló cómo Fiske se servía un café y luego rompía unos huevos en un cuenco, a los que añadía queso cheddar rallado. Sara permaneció un momento allí mientras el olor de la cebolla al fuego llegaba hasta ella. Fiske se había vestido y llevaba el pelo mojado tras la ducha. Al volverse para abrir la puerta del frigorífico, la vio.

Sara se sujetó bien la sábana alrededor del cuerpo.

—Pensaba que te habías ido.

—Quería que siguieras durmiendo. Anoche terminamos muy tarde.

«Anoche terminamos maravillosamente», quería decir ella pero no lo hizo.

—¿Qué tal? —le preguntó con la máxima despreocupación que pudo simular, pues aún no se veía capaz de interpretar los sutiles mensajes que podía esconder él tras sus palabras, sus movimientos y expresiones. En especial en lo referente a algo tan reciente como haber hecho el amor. ¿Sería una mala señal el que hubiera decidido preparar unos huevos en lugar de quedarse a su lado hasta que se despertara?

—Perfectamente, Sara. —Sonrió como para demostrarle que lo decía sinceramente.

Ella le devolvió la sonrisa.

—No sé qué preparas, pero huele que alimenta.

—Nada del otro mundo. Una tortilla.

—Yo suelo tomar una tostada y un café de puchero. ¡Vaya cambio! ¿Tengo tiempo para ducharme?

—Sí, pero rápido.

—No como anoche. —Sonrió, levantó las cejas y se volvió. Llevaba la sábana completamente abierta por atrás.

Fiske la contempló cuando se alejaba y se excitó de nuevo al ver aquel cuerpo desnudo, la tersura delicada, sensual de su espalda, las piernas, las nalgas. Se sentó en la mesa de la cocina admirando aquel coquetón lugar. Se había pasado mucho rato en

la parte de atrás de la casa mirando la lenta salida del sol. El alba siempre tenía un aspecto mucho más puro en el agua, como si aquellos dos elementos esenciales de la vida, el fuego y el agua, ofrecieran un espectáculo casi espiritual. Volvió la mirada hacia la escalera al oír el sonido de la ducha. Había hecho esto observando a Sara después de que se hubiera dormido. En la oscuridad de la noche, cuando la mezcla de sus olores conformaba una segunda piel, había tenido la sensación de que su sitio estaba junto a ella y el de ella junto a él. Pero luego había surgido la brusca claridad de la mañana. Fiske acercó la taza de café a sus labios pero la dejó otra vez. De haber llamado enseguida a su hermano, ahora mismo Mike estaría vivo. Jamás conseguiría esquivar aquella verdad. Tendría que vivir con ella para siempre.

Elizabeth Knight se despertó también de madrugada, se duchó y se vistió de prisa. Jordán Knight seguía durmiendo a pierna suelta y ella intentó que no se despertara. Preparó café, se sirvió una taza, cogió su bloc de notas y se sentó en la terraza a mirar la salida del sol. Repasó cada una de las páginas del material que tenía para las pruebas orales, en el que se incluía el último informe redactado por Steven Wright. Tenía la impresión de que la sangre del joven sustituía la tinta del texto. Con este pensamiento en la cabeza tuvo que hacer un nuevo esfuerzo para no romper a llorar de nuevo. Se juró a sí misma que no habría muerto en vano. Ramsey no iba a conseguir la victoria aquel día en aquel caso. Knight quería asegurarse de que Barbara Chance y otras mujeres como ella pudieran demandar al ejército por daños y perjuicios por haber refrendado el comportamiento cruel, sádico e ilegal de su personal masculino. No había ninguna organización que mereciera inmunidad ante una práctica de aquel tipo. Además, sus motivaciones, su voluntad de ganar, de vencer a Ramsey, se habían multiplicado por mil.

Terminó el café, preparó el portafolios y cogió un taxi para ir al Tribunal Supremo.

Fiske se frotó los enrojecidos ojos intentando apartar de la cabeza la noche anterior y su desconcertante complejidad. Se encontraba en un lugar especial reservado a los miembros de la abogacía del Tribunal Supremo. Levantó la vista hacia Sara, que estaba sentada junto con los demás ayudantes en una hilera de asientos perpendicular al estrado. Ella lo miró sonriendo.

Cuando aparecieron los magistrados por detrás de la cortina y tomaron asiento, Perkins terminó su breve parlamento y todo el mundo prestó atención. Fiske centró su mirada en Knight. Sus sutiles movimientos —un codo ligeramente apoyado aquí, un dedo repasando el papel ahí—, traducían una energía prácticamente incontrolable. Miraba, reflexionaba, como un cohete tensando sus cables de sujeción, esperando impaciente el momento de la explosión. Fiske miró luego a Ramsey. El hombre sonreía, parecía tranquilo, controlando la situación. Ahora bien, si Fiske hubiera tenido que apostar lo habría hecho directamente por la magistrada Elizabeth Knight, que estaba situada al final del estrado.

Se anunció el caso Chance contra Estados Unidos de América.

El abogado de Chance, un primer espada procedente de la Facultad de Derecho de Harvard, con experiencia ante el Tribunal Supremo y reconocido éxito, emprendió la argumentación con gran vigor. Hasta que Ramsey le interrumpió.

—¿Tiene usted en cuenta la doctrina Feres, señor Barr? —preguntó Ramsey, refiriéndose al primer precedente del Tribunal Supremo de 1950 que otorgó inmunidad al estamento militar frente a cualquier litigio.

Barr sonrió.

—Desgraciadamente sí.

—¿No está usted pidiéndonos que anulemos cincuenta años de precedentes en el Tribunal? —dijo Ramsey mirando a uno y otro lado del estrado al pronunciar aquellas palabras—. ¿Cómo podemos dictaminar a favor de su cliente sin tener en cuenta al ejército y a este tribunal?

Knight no permitió que fuera Barr quien respondiera.

—El Tribunal no utilizó este precedente para anular la vigencia del sistema educativo de segregación en este país. Si la causa es correcta, los medios quedan justificados y el precedente no puede establecerse como un obstáculo.

—Hágame el favor de responder a mi pregunta, señor Barr —insistió Ramsey.

—Considero que este caso es singular.

—¿De verdad? ¿Acaso se cuestiona si Barbara Chance y sus superiores, varones, vestían uniforme y se encontraban en el recinto propiedad del gobierno llevando a cabo sus tareas oficiales cuando se produjeron los hechos de carácter sexual?

—No sé si se pueden calificar de «tarea oficial» las relaciones sexuales bajo coacción. No obstante, el hecho de que su superior utilizara su graduación para coaccionarla y llegar a la violación y...

—Y —le cortó Knight, que parecía incapaz de seguir en silencio— sus superiores, en la base en cuestión y en el mando regional, estaban al corriente de que los hechos habían tenido lugar, incluso tenían constancia escrita de ellos, y no habían tomado ninguna medida ni siquiera para investigar la cuestión, aparte de alguna gestión superficial. Fue Barbara Chance quien acudió a la policía de la zona. Ellos iniciaron las pesquisas que dieron como resultado que la verdad saliera a la luz. Dicha verdad establece claramente un motivo de actuación que derivaría en daños y perjuicios si se tratara de cualquier otra organización de este país.

La mirada de Fiske pasaba de Ramsey a Knight. Era como si de repente en lugar de nueve magistrados hubieran quedado tan solo dos. En la cabeza de Fiske, la sala se había convertido en un *ring*, con Ramsey como campeón y Knight como aspirante con posibilidades, aunque estuviera perdiendo.

—Estamos hablando del ejército, señor Barr —dijo Ramsey aunque mirando a Knight—. Este tribunal ha establecido que el ejército es *sui generis*. Este es el precedente al que debe enfrentarse. Su caso implica cuestiones de la cadena de mando. Un inferior frente a su superior. Una cuestión que este Tribunal ha abordado unas cuantas veces en el pasado, decidiendo de manera inequívoca que no iba a interferir en la presunta inmunidad del ejército. Esa era la ley de ayer y esa es la ley de hoy. Lo que me remite a mi anterior declaración. Para nosotros, inclinarnos por su cliente, implicaría que el Tribunal diera marcha atrás en la postura seguida en una serie de precedentes. Eso es exactamente lo que usted nos está pidiendo.

—Y tal como he mencionado antes, el *stare decisis* no es realmente infalible —dijo Knight, refiriéndose a la práctica del Tribunal de apoyar y defender sus

decisiones previas.

Knight y Ramsey siguieron impertérritos. Cada salva lanzada por uno de ellos tenía su respuesta en el disparo del otro.

Los demás magistrados, así como el señor Barr, quedaron reducidos a espectadores interesados, en opinión de Fiske.

Cuando James Anderson, el abogado que representaba a Estados Unidos de América, dio un paso al frente para exponer su alegato, Knight ni siquiera le permitió empezar la frase.

—¿En qué obstruye la cadena de mando el hecho de permitir una demanda contra el ejército por tolerar un ambiente hostil respecto a las mujeres? —le preguntó.

—Tiene unas claras consecuencias negativas en cuanto a la integridad de la relación que se establece entre un superior y un inferior —respondió enseguida Anderson.

—Vamos a ver si comprendo su razonamiento. El hecho de permitir a lo largo de los años que el ejército envenene, lance gases, mutile, mate y viole a sus soldados con impunidad, al tiempo que niega a las víctimas todo recurso legal, ¿puede mejorar de alguna forma la relación, la integridad del estamento militar y su personal? Lo siento pero no acabo de ver la relación.

Fiske tuvo que hacer un esfuerzo por no soltar una carcajada. Su respeto por Knight como abogada y juez se multiplicó por diez cuando ella hubo concluido su exposición. En dos frases había llevado el caso al nivel de lo absurdo. Miró hacia Sara. Ella también tenía la vista fija en Knight y a Fiske le pareció que se sentía orgullosa.

Anderson se sonrojó ligeramente.

—El ejército, tal como ha precisado el presidente del Tribunal, es un estamento único y especial. Si se permitieran los procesos judiciales que se le antojaran a cualquiera, se acabaría echando a perder y destruyendo el especial vínculo existente entre el personal que lo compone.

—¿De forma que el ejército es especial?

—Exactamente.

—¿Porque nos defiende y protege?

—Correcto.

—O sea que tenemos cuatro ramas de las fuerzas armadas cubiertas ya por esa inmunidad. ¿Por qué no ampliamos dicha inmunidad a otras organizaciones especiales? ¿Por ejemplo, al departamento de bomberos? ¿El de policía? Ellos nos protegen. ¿Los servicios secretos? Protegen al presidente, que, según dicen, es la persona más importante del país. ¿Qué me dice de los hospitales? Nos salvan la vida. ¿Por qué no les concedemos inmunidad ante cualquier proceso judicial por si se da el caso de que un médico viola a una mujer del personal sanitario?

—Hemos superado las fronteras del caso —dijo Ramsey con dureza.

—Pues yo considero que esas fronteras son las que intentamos fijar —le espetó

Knight.

—Considero que Estados Unidos de América contra Stanley... —empezó Anderson.

—Me alegra que mencione el caso. Permítame que le relate los hechos que se refieren a él —dijo Knight.

Quería que todos lo oyeran. Quería aclararlo a los demás magistrados, algunos de los cuales estaban ya en el Tribunal cuando se sentenció, y también quería exponerlo al público en general. Para Knight, el caso Stanley había constituido uno de los peores errores judiciales de la historia y representaba todo lo que no funcionaba en el Tribunal. Aquella había sido la conclusión de Steven Wright en su informe previo. Y Knight pretendía que aquellas conclusiones quedaran claras en aquel momento y cuando llegara la hora de conseguir un voto mayoritario en el caso.

Knight habló en tono contundente y su voz resonó en la sala.

—Stanley se encontraba en el ejército durante los años cincuenta y se ofreció como voluntario para un programa que se le dijo que tenía que ver con unas pruebas sobre uniformes de protección contra los gases lanzados en tiempo de guerra. Las pruebas se llevaron a cabo en Maryland, en las instalaciones de pruebas de Aberdeen. Stanley firmó su consentimiento pero en ningún momento se le pidió que se pusiera un uniforme especial ni que se prestara a unas pruebas con máscaras antigás ni nada por el estilo. Se limitó a hablar con una serie de psicólogos durante largos periodos de tiempo sobre una gran variedad de temas personales, se le administró agua para beber durante dichas sesiones y aquí se acabó la prueba. Veinte años más tarde, aproximadamente, Stanley, cuya vida había tomado un pésimo cariz, divorcio, expulsión del ejército, conducta inexplicable, recibió una carta del ejército en la que se le pedía que participara en unas pruebas de seguimiento establecidas para miembros del ejército a los que se había administrado LSD en 1959, puesto que el ejército quería estudiar los efectos de la droga a largo plazo. Con la excusa de unas pruebas para comprobar la eficacia de los uniformes de protección contra los gases en la guerra, el ejército le había administrado LSD sin su conocimiento.

Un murmullo general se levantó entre el público al oír aquello e incluso la gente empezó a discutir. Perkins tuvo que hacer sonar el mazo, algo inusitado en aquel tipo de sesiones.

Fiske, allí sentado, escuchando, pensaba lo importante que era aquel caso. Rufus Harms había presentado un recurso al mismo Tribunal. ¿Acaso pretendía también demandar al ejército? En su vida militar algo terrible le había ocurrido. Unas determinadas personas le habían hecho algo que había arruinado su vida y desembocado en la muerte de una niña. Rufus quería la libertad, quería que se le hiciera justicia. Afirmaba que la verdad estaba de su lado. Pero ni siquiera la verdad, en la ley actual, tenía su peso. Al igual que el sargento Stanley, el soldado Rufus Harms iba a perder.

Knight siguió, satisfecha en su interior de la reacción del público.

—El psicólogo fue contratado por la CIA. Dicha organización y el ejército habían puesto en marcha un estudio conjunto sobre los efectos de la droga, por si podía resultar útil en interrogatorios o casos por el estilo. Stanley, quien con toda la razón culpaba al ejército de haberle destruido la vida, entabló el pleito. Su caso llegó por fin al Tribunal Supremo. —Hizo una pausa—. Y perdió.

Un nuevo murmullo recorrió la sala.

Fiske miró a Sara. Tenía los ojos fijos en Knight. Miró luego a Ramsey. Estaba lívido.

—En efecto, lo que está pidiendo usted a este Tribunal es que niegue a Barbara Chance y a similares demandantes uno de los derechos constitucionales más valiosos que poseemos como ciudadanos: el derecho a que se nos escuche en un tribunal. ¿O no es eso lo que está pidiendo? ¿Que no se castigue al culpable?

—Señor Anderson —la interrumpió Ramsey—. ¿Qué ocurrió con los hombres que perpetraron las agresiones sexuales?

—Como mínimo uno de ellos tuvo un consejo de guerra, fue declarado culpable y encarcelado —volvió a responder rápidamente Anderson.

Ramsey esbozó una sonrisa triunfal.

—O sea que no quedaron sin castigo.

—Las informaciones de que disponemos, señor Anderson, establecen claramente que los actos por los que se encarceló al hombre habían tenido lugar durante un largo período de tiempo y de ellas estaban al corriente los altos mandos del ejército, quienes se habían negado a emprender cualquier acción. En realidad no tuvo lugar una investigación hasta que Barbara Chance acudió a la policía de su zona. Así pues, dígame, ¿se ha castigado al culpable?

—Yo diría que depende de lo que entienda usted por culpable.

—¿Quién controla al ejército, señor Anderson? ¿Quién asegura que no volverá a suceder lo que le ocurrió al sargento Stanley?

—El ejército se controla a sí mismo. Y lleva a cabo una buena tarea en este sentido.

—El caso Stanley se sentenció en 1986. Desde entonces hemos presenciado el caso *Tailhook*, los incidentes aún no aclarados de la guerra del Golfo Pérsico y ahora la violación de una mujer de las fuerzas armadas. ¿A eso le llama usted una buena tarea?

—Hay que tener en cuenta que toda organización de envergadura tiene sus pequeños problemas.

Knight montó en cólera.

—Dudo mucho que las víctimas de esos delitos lo calificaran como pequeños problemas.

—Por supuesto no era mi intención...

—Cuando he hablado de ampliar la inmunidad hacia la policía, los bomberos, los hospitales, ¿verdad que usted no ha estado de acuerdo con ello?

—No. Tantas excepciones a la regla la invalidarían.

—Imagino que recuerda la explosión del *Challenger*. —Anderson asintió—. Los supervivientes civiles que iban a bordo del transbordador pudieron entablar un pleito contra el gobierno y contra el contratista de dicho transbordador por daños y perjuicios. Sin embargo, se negó dicho derecho a las familias del personal militar que iba también a bordo, a causa de la inmunidad que este Tribunal otorgó al ejército. ¿Le parece a usted eso justo?

Anderson se replegó al argumento fehaciente.

—Sí permitimos la interposición de demandas contra el estamento militar pondremos en peligro de forma innecesaria la seguridad nacional de Estados Unidos.

—Y ese es el meollo del caso —intervino Ramsey, satisfecho de que Anderson hubiera planteado el tema—. Se trata de una acción de equilibrio, y este Tribunal ha determinado el punto en el que reside el equilibrio.

—Exactamente, señor presidente del Tribunal —dijo Anderson—. El fundamento de la ley.

Knight casi esbozó una sonrisa.

—¿En serio? Pues yo creía que el fundamento de la ley lo conformaban el derecho constitucional de los ciudadanos de este país a intentar reparar las injusticias ante un tribunal. Ninguna ley de este país garantiza al estamento militar inmunidad ante cualquier demanda. En realidad, fue este Tribunal quien, en 1950, inventó, a partir de un apaño, este tratamiento especial. Y yo no le llamaría fundamento.

—Sin embargo, ahora constituye el precedente dominante —apuntó Ramsey.

—Los precedentes cambian —respondió Knight. Las palabras de Ramsey la irritaban pues el presidente del Tribunal no tenía reparos en anular un precedente establecido cuando le convenía.

—Con el debido respeto —intervino Anderson—, considero que el ejército está mejor preparado para abordar la cuestión a nivel interno, magistrada Knight.

—¿Está usted discutiendo la jurisdicción de este Tribunal o bien su autoridad para considerar y dictaminar en este caso, señor Anderson?

—Por supuesto que no.

—Este Tribunal debe decidir si el hecho de servir al país desde el ejército implica, por aquellas ironías de la vida, pagar el precio de arrebatarse a uno prácticamente toda la protección que posee como ciudadano.

—Yo no lo explicaría así.

—Pues yo sí, señor Anderson. En realidad es una cuestión de justicia. —Miró fijamente a los ojos a Ramsey—. Y si no podemos impartir justicia aquí, la verdad es que no veo dónde podremos encontrarla.

Mientras oía las exaltadas palabras de Knight, Fiske miró de nuevo a Sara. Ella, como si notara su mirada, volvió también la vista hacia él.

Fiske tuvo la profunda impresión de que Sara estaba pensando lo mismo que él: aun cuando pudieran llegar a resolver aquel misterio y saliera por fin la verdad a la

luz, ¿se haría algún día justicia a Rufus Harms?

Josh Harms acabó su bocadillo y encendió un cigarrillo mientras contemplaba a su hermano, que se había quedado dormido en el asiento delantero de la camioneta. Habían aparcado en una antigua pista forestal en medio de un espeso bosque. Tras conducir toda la noche, habían parado porque Josh se veía incapaz de mantener los ojos abiertos y no se fiaba de su hermano al volante, pues llevaba casi treinta años sin conducir. Por otro lado, en carretera y por razones obvias, Rufus tenía que permanecer en la caravana. Rufus había mantenido la guardia mientras su hermano dormía y ahora habían cambiado el turno.

Mientras estaban en ruta habían hablado de qué iban a hacer. Josh se había sorprendido a sí mismo defendiendo que no tenían que ir a México.

—¿Qué demonios te ocurre ahora? Creía que no querías inmiscuirte en eso. Es lo que dijiste —le comentó Rufus, intrigado.

—Es verdad. Pero en cuanto lo hemos decidido, bueno, en cuanto lo he decidido, he pensado que debo mantenerme firme. No voy a quedarme parado como un pasmarote. Si tú piensas hacer algo, hay que hacerlo.

—Oye, Josh, si Fiske no hubiera discurrido tan rápido, tú y yo ya estaríamos en el otro barrio. No quiero que tu muerte pese sobre mi conciencia.

—Ahí es donde no lo ves claro. ¿No ves que peor ya no podemos ir? Hay que pensar cómo mejorarlo. Tenías razón: se merecen lo que están buscando. Cuando he visto a los dos tipos en el despacho de Rider he pensado que no me importaría matarlos a sangre fría, y eso que no he hecho nada parecido en toda mi vida. Fiske y la mujer se la han jugado por nosotros. Puede que vayan bien encaminados.

Rufus le miró desconcertado.

—¿Ya no son un problema para ti?

—¿Pero tú qué crees, que soy un racista? —Al decir aquello, cogió un cigarrillo y soltó una risita.

—La verdad es que no te entiendo mucho, Josh.

—No tienes ninguna obligación de entenderme. No lo he hecho ni yo mismo y no es que no haya tenido tiempo para ello. Lo que tienes que decidir es si quieres ir a México o seguir hasta el fin. Y pasa de mí. Si hay alguien que sabe cuidar de sí mismo ese soy yo.

Con aquello estaba todo dicho, de forma que, en cuanto se despertara su hermano, tomarían de nuevo la dirección hacia Virginia, contactarían con Fiske y decidirían qué hacer. Si lo que hacía falta eran pruebas, las conseguirían como fuera. Tenían la verdad de su lado y si aquello no representaba nada, más les valía seguir adelante y morir en el intento.

Josh observó el bosque que les rodeaba. Las hojas habían empezado ya a caer y la forma en que los rayos del sol incidían en el follaje ofrecía una agradable combinación de colores y de texturas. Cuando iba de caza se sentaba a menudo en el

bosque; encontraba algún viejo tronco para reposar, disfrutando de la sencilla belleza del campo, una maravilla que no le costaba un centavo. Después de volver del sureste asiático pasó unos años sin pisar un bosque. En Vietnam, los árboles, la tierra, todo lo que le había rodeado llevaba implícita la muerte por medio de los métodos más ingeniosos que eran capaces de tramar los vietnamitas. Consultó el reloj. Diez minutos más y en marcha.

Miró por la ventana y tuvo que entornar los ojos pues algo que se reflejaba en la luz del sol le molestaba. Aspiró una bocanada de aire, arrojó el cigarrillo por la ventana y puso el motor en marcha.

—¡Qué demonios! —exclamó Rufus al despertarse con la sacudida.

—Ten el arma a punto y baja esa puta cabeza —le chilló Josh—. Es Tremaine.

Rufus cogió la pistola y se agachó.

Tremaine abrió fuego desde el bosque. Los primeros disparos de la metralleta dieron contra la puerta trasera de la furgoneta, rompiendo una de las luces y agujereando la plancha. Un gran terrón se levantó tras la furgoneta y anuló por un momento toda la visibilidad a Tremaine, quien tuvo que dejar de disparar y correr hacia adelante intentando desesperadamente buscar un claro para seguir el ataque.

Josh, consciente de las intenciones de Tremaine pegó un golpe de volante hacia la izquierda y la furgoneta dejó la pista y se metió en lo que parecía el cauce seco de un arroyo. Fue una buena maniobra pues Rayfield surgía con el *jeep* por la dirección contraria de la pista, intentando interceptarles el camino.

Rayfield se detuvo para que subiera Tremaine y siguieron a por la furgoneta.

—¿Cómo demonios nos han pescado? —se preguntó Rufus en voz alta.

—Déjate de disquisiciones. Los tenemos aquí —saltó Josh. Echó una ojeada al retrovisor empequeñeciendo los ojos. El *jeep* era más rápido y estaba mejor preparado para maniobrar en el bosque que la voluminosa camioneta.

—Van a disparar contra los neumáticos y nos cazarán como patos de feria —dijo Rufus.

—Es lo primero que tenía que haber hecho Vic. Ese ha sido su segundo error.

—¿Y el primero?

—Dejar que el sol se reflejara en sus prismáticos. Los he visto mucho antes de divisarle a él.

—Esperemos que sigan cometiendo errores.

—Nosotros contamos con nuestras fuerzas y vamos a esperar que sea así.

Ya en el *jeep*, Tremaine empezó a disparar con la metralleta. Era un arma que no tenía gran alcance, si bien de cerca podía liquidar a todo un pelotón en unos segundos; en esta ocasión apuntaba solo a dos. Se soltó la metralleta del hombro y cogió la pistola de la cadera.

—Acércate tanto como puedas —gritó a Rayfield, que estaba muy nervioso—. Si acierto en uno de los neumáticos, se empotrarán en un árbol y habrán acabado nuestros problemas.

Rufus miró por la ventana de la caravana y comprendió lo que intentaba hacer Tremaine. Abrió el cristal que separaba la cabina de la caravana y apuntó cuidadosamente al *jeep*. Llevaba casi treinta años sin coger un arma y su última experiencia había sido con un rifle. Al disparar, la explosión le ensordeció y la cabina se llenó del humo del metal y la pólvora quemados. La bala hizo añicos el cristal posterior de la caravana y siguió hacia el *jeep* como un acorazado e iracundo avispón. Tremaine se agachó y el *jeep* se desvió un poco.

—¿Les has dado? —preguntó Josh.

—Cuestión de ganar un poco de tiempo. —A Rufus le temblaba la mano y se frotaba los oídos—. Ya no recordaba el estrépito de estos artefactos.

—Intenta utilizar un M-16 durante tres años. Aquello sí que es un escándalo, sobre todo si te explota en la cara. Sigue.

Josh viró un poco a la derecha y luego a la izquierda para esquivar unos árboles caídos en el cauce. Más allá se veía un bosquecillo de pinos, robles y zarzas.

Al irse acercando el *jeep*, Tremaine se situó de nuevo en posición de tiro. Josh giró a la derecha y siguió por un estrecho claro entre árboles, arbustos, hojas y ramas que iban rozando el vehículo. La maniobra, no obstante, surtió efecto, pues Tremaine tuvo que meter la cabeza hacia adentro para que la vegetación no le arañara.

El *jeep* redujo la marcha. La estrecha pista que tenían delante se abría un poco y Josh decidió tomar ventaja, con la esperanza de que Rayfield perdiera un poco de energía.

—Sujeta el volante —gritó a su hermano.

Rufus lo agarró fuerte, mirando ora a su hermano ora el camino que había emprendido la furgoneta. Josh sacó la pistola y examinó los árboles que tenía delante. Se encontraban en un terreno bastante liso y el vehículo no se balanceaba tanto. Sujetó la pistola con ambas manos haciendo un esfuerzo por ajustar la distancia y la velocidad y luego seleccionó el objetivo: una gruesa rama de roble bastante elevada. Mediría como mínimo unos seis metros de largo, tendría unos doce centímetros de grosor, de ella salían otras ramas menores y colgaba por encima de la estrecha pista. Le había llamado la atención a Josh el hecho de que la longitud y el tamaño de la rama la había obligado a rajarse un poco en el punto que la unía al tronco.

Josh sacó el brazo por la ventana, lo situó en paralelo a la camioneta, apuntó y empezó a disparar. La primera bala fue a parar directamente al tronco, por encima de la rama. Una vez calibrada la trayectoria siguió apretando el gatillo y a partir de entonces cada bala fue dando en la unión de tronco y rama a medida que la camioneta se fue acercando. Para él no se trataba de una gran exhibición de tiro. Había disparado contra las armas de los árboles jugando desde que fue capaz de llevar un rifle del 22. Siempre se había divertido asustando mapaches y ardillas. De todas formas, era algo que nunca había intentado desde un vehículo en marcha ni en un lecho de arroyo con dos hombres disparando contra él.

Rufus tenía que mantener los ojos muy abiertos para controlar el volante pero el

rostro se le contorsionaba a cada disparo. Los oídos le zumbaban hasta tal punto que de haberle gritado Josh algo no le habría oído. La enorme rama descendió un par de centímetros al fallarle el apoyo. Josh siguió disparando y las astillas salían disparadas del roble como el vapor en una vieja máquina de tren. Tremaine captó la operación.

—Gas a fondo, gas a fondo.

Rayfield pisó el acelerador.

Josh no apartó ni un segundo la mirada de la rama mientras seguía apretando el gatillo. Unos disparos más y la gravedad venció; la rama se quebró y quedó colgando. Una capa de corteza quedó pegada al árbol y luego la rama pegó con fuerza contra este, se desprendió e inició el descenso. Josh pisó el acelerador, recuperó el mando del volante y pasó velozmente junto al árbol.

—Adelante —gritó Tremaine a Rayfield.

Pero Rayfield frenó cuando aquella rama de media tonelada se desplomó en la pista ante ellos. Tremaine estuvo a punto de salir lanzado del vehículo.

—¿Por qué coño has frenado, maldita sea? —Tremaine parecía dispuesto a pegarle un tiro.

Rayfield respiraba con dificultad.

—De no haberlo hecho, el peso nos habría aplastado. Ese *jeep* no tiene una capota dura, Vic.

Josh miró hacia adelante y a la derecha, donde la pista se abría un poco. Frenó bruscamente, se echó hacia la izquierda, hizo girar el vehículo y efectuó un viraje a la derecha. La furgoneta se liberó de la maleza, se levantó un poco del suelo al atravesar un barranco poco profundo y fue a parar a un claro. Cuando las ruedas tocaron de nuevo el suelo, Rufus se pegó un golpe con la cabeza en el interior de la cabina.

—¿Pero qué haces?

—Sujétate fuerte.

Josh apretó de nuevo el acelerador y Rufus levantó la vista en el momento preciso para detectar la pequeña cabaña que su hermano había divisado momentos antes.

Josh miró hacia atrás y vio lo que imaginaba. Nada. Sabía, de todos modos, que Tremaine y Rayfield no tardarían mucho en superar el obstáculo.

Miró más allá de la cabaña y detectó una carretera. No se había equivocado. En el punto del bosque en que se encontraba una cabaña solía haber también una carretera. Hizo girar la furgoneta hacia el otro lado de la vieja estructura. Los dos hermanos se desanimaron. En efecto, allí había una carretera, pero también una barrera de acero que bloqueaba el paso. Y al otro lado de esta, el bosque impenetrable. Josh volvió la vista hacia atrás. Estaban atrapados. Tal vez podrían huir a pie, pero Rufus no estaba hecho para la carrera y Josh no iba a dejar a su hermano en la estacada.

Sus ojos se empequeñecieron de nuevo al observar la cabaña. En un par de minutos el *jeep* estaría allí. Ya oía cómo la metralleta iba disparando contra el tronco para que el *jeep* pudiera pasar.

Un minuto más tarde, el *jeep* saltó el barranco y se dirigió al claro. Rayfield

redujo un poco la marcha para investigar el terreno y enseguida localizó la cabaña.

—¿Adónde han ido? —preguntó.

Tremaine observó la zona con los prismáticos y localizó la carretera.

—En aquella dirección —gritó, señalando hacia delante. Rayfield aceleró y el *jeep* llegó a la esquina de la cabaña. Los dos se dieron cuenta en el acto de que la carretera estaba bloqueada y Rayfield detuvo el vehículo. La furgoneta, que había permanecido escondida al otro lado de la cabaña avanzó rugiendo y embistió el *jeep* de lado, tumbándolo y haciendo saltar a Rayfield y a Tremaine.

Rayfield aterrizó sobre un montón de tocones medio consumidos, torciéndose la cabeza. Quedó allí inmóvil.

Tremaine se protegió tras el volcado *jeep* y empezó a abrir fuego, con lo que obligó a Josh a retroceder agachando la cabeza. Finalmente se apagó el motor del vehículo; salía humo de su capó y las ruedas delanteras se iban deshinchando.

Josh saltó del asiento mientras Rufus le cubría. Se puso en cuclillas y fue rodando hacia la parte trasera del vehículo, y una vez allí, echó un vistazo. Tremaine no había cambiado de postura. Josh veía la punta de la metralleta. Probablemente Tremaine estaba colocando un nuevo cargador, lo mismo que hacía Josh, y estudiando la táctica a seguir.

A Josh el corazón le latía aceleradamente; se frotó los ojos para apartar de ellos el polvo y el sudor. Había librado un sinfín de batallas, tanto en suelo estadounidense como extranjero, pero habían pasado casi treinta años desde la última. De todas formas, para él aquello no contaba: cada vez uno sentía el terror de pensar que iba a morir. Cuando alguien disparaba contra uno, no veías las cosas más claras. Lo que hacías más que nada era reaccionar.

Sin embargo, Josh tenía una ventaja. Ellos eran dos y Tremaine solo uno. Josh echó una nueva ojeada y luego pasó corriendo hacia el extremo de la cabaña.

—¡Rufus! —gritó—. A la de tres.

—Empieza a contar —respondió Rufus con voz temblorosa.

Tres segundos después, Josh abrió fuego contra Tremaine; las balas silbaban contra la plancha del *jeep*. Rufus se precipitó hacia la parte trasera de la furgoneta. Pero se detuvo allí cuando Tremaine dirigió una ráfaga entre esta y la cabaña. La atmósfera olía a pólvora y a sudor de unos hombres aterrorizados.

Josh y Rufus se miraron y aquel le sonrió al notar el pánico en sus ojos.

—Oye, Vic —gritó Josh—, ¿y si dejas ya la puta escoba asesina y sales con las manos en alto?

Tremaine respondió haciendo saltar un pedazo de madera de la cabaña por encima de la cabeza de Josh.

—Muy bien, Vic, mensaje recibido. Ahora tranquilízate, ¿me oyes, colega? No te preocupes, os enterraremos a ti y a Rayfield. No os vamos a dejar para pasto de los osos. Les sentaríais mal. ¿Sabes que los animales se comen los cadáveres? ¿O es que no lo viste en Vietnam, Vic? Claro que puede que huyeras demasiado deprisa en

sentido contrario. —Mientras estaba hablando, Josh hacía señas a Rufus para que no se moviera y le señalaba el otro lado de la cabaña para avisarle de lo que pensaba hacer.

Rufus movió la cabeza para demostrarle que lo había comprendido.

Josh iba a intentar que el hombre entrara en el campo visual de su hermano y a dejar que Rufus se encargara de él. Este agarró el arma, introdujo un nuevo cargador en ella, dando gracias a Dios de que su hermano le hubiera mostrado antes cómo hacerlo. Respiraba a duras penas; le costaba sujetar la pistola. Tenía miedo de no tener suficiente valor, de no conseguir el instinto asesino, de no reunir la habilidad necesaria para poder derribar a aquel hombre, pese a que Tremaine se acercaba a él disparando con la endiablada metralleta. Rufus había tenido que pelear con muchísimos hombres en la cárcel para poder sobrevivir, aunque siempre utilizó solo las manos, incluso cuando sus adversarios blandían la navaja o un pedazo de hierro. Pero un arma era algo distinto. Un arma podía matar a distancia. Sí no disparaba, no obstante, su hermano moriría. Y por una vez en su vida no pudo suplicar a Dios que le ayudara. No podía pedir al Señor que le asistiera para matar a alguien.

Medio agachado, Josh pasó por delante de la cabaña deteniéndose de vez en cuando para aguzar el oído. En una ocasión incluso se atrevió a levantar la cabeza hacia una de las ventanas por si conseguía ver a través de ella y de la del fondo dónde estaba el *jeep*, pero las dos no estaban alineadas y la vista quedaba obstaculizada. Josh en aquellos momentos lo tenía clarísimo. Seguía experimentado el temor, pero en un esfuerzo lo había transformado en adrenalina para agudizar todos sus sentidos. Apuntó la pistola hacia delante, con plena conciencia de que si Tremaine hubiera imaginado cuál era su plan, se habría deslizado por detrás del *jeep* y habría dado la vuelta a la cabaña en sentido contrario para encontrarse cara a cara con él a mitad del camino. Metralleta contra pistola, cien disparos contra uno, lo que significaba que Josh iba a morir y seguidamente le tocaría el turno a Rufus.

Avanzó otro pequeño paso. Oyó luego que la metralleta abría de nuevo fuego y que las balas rebotaban contra la furgoneta. Siguió adelante y dobló la esquina. Mientras Tremaine estaba ocupado disparando contra Rufus, Josh podía rebasar su flanco y cerrarle la boca de una vez para siempre al hijo puta aquel.

El plan se fue al traste al llegar a la esquina, pues se encontró con Tremaine allí, apuntándole con la pistola a la cabeza. Josh quedó tan pasmado que se detuvo en seco, el pie le resbaló en la gravilla y la pierna le falló, con tan buena fortuna que la bala fue a alojarse en el hombro en lugar de ir directa al corazón. Con la sangre hirviendo en las venas, se abalanzó contra Tremaine, lo trabó con las piernas, los dos cayeron y sus armas saltaron por los aires.

Tremaine fue el primero en incorporarse; a Josh le costó más, pues tenía que sujetarse el hombro, que sangraba profusamente. Tremaine se sacó una navaja del cinturón. La metralleta había dejado de disparar.

Josh soltó un aullido cuando Tremaine le apuñaló y los dos hombres rebotaron

contra la pared de la cabaña, haciendo temblar la primitiva estructura hasta sus juntas de madera. Josh consiguió detener el brazo de Tremaine con su antebrazo. El costado le dolía horrores. Lo que se le había alojado en el cuerpo se había metido más abajo del hombro y estaba afectando otras partes. Pegó una patada a Tremaine en la barriga, pero el hombre se había incorporado ya y en un instante se precipitó de nuevo contra él. Josh notó cómo la navaja le rasgaba la camisa, penetraba en su costado y empezó a perder la conciencia. Tan contundente resultó el siguiente puñetazo que apenas notó el dolor de la herida. Casi le fue imposible enfocar la imagen de Tremaine extrayendo la navaja y levantando de nuevo el brazo para una arremetida final. Esta se produjo probablemente en la parte de la garganta, medio dedujo Josh, pues su cerebro fue quedando bloqueado. La garganta era un punto para acabar rápido y de forma definitiva. Aquello sería lo que haría él, pensaba mientras la oscuridad se cernía sobre su cabeza.

La navaja no alcanzó su objetivo del todo. Se detuvo en lo alto y no descendió hacia el cuerpo de Josh Harms. Tremaine se contorsionó y empezó a pegar patadas al verse apartado de Josh con un violento empujón. Rufus se le había acercado por detrás. Con una mano le sujetó la muñeca con la que empuñaba la navaja. Se la fue torciendo en dirección al muro hasta que consiguió que el dedo que la sujetaba cediera y la navaja cayera al suelo. Tremaine era un tipo musculoso y un experto en el combate cuerpo a cuerpo. Pero Rufus le doblaba en tamaño. En una pelea entre dos, pocos hombres podían competir con Rufus. Aquel gigante, cuando sujetaba a alguien era como un oso pardo. Y a Vic Tremaine, el hombre que había convertido su vida en pesadilla a la que él no veía fin, lo tenía sujeto del todo.

Mientras Tremaine intentaba torcer el antebrazo contra la tráquea de Rufus, este cambió de táctica, lo levantó del suelo de un zarpazo y empezó a machacarle la cabeza contra el muro hasta que le dejó fuera de combate, completamente ensangrentado. Luego le empujó la cabeza contra la ventana, el cristal cortado se le hundió en la carne e hizo un último esfuerzo para rematar la faena. Oyó que Josh chillaba de dolor, volvió la cabeza hacia él y al hacerlo aflojó algo la sujeción. Al notar Tremaine el gesto, le pegó una patada contra la rodilla al tiempo que le hundía un codo en los riñones, con lo que consiguió derribarle. Tremaine se vio libre, recuperó la navaja y se precipitó contra el hombre indefenso. La bala le alcanzó en la nuca y lo tumbó en el acto.

Rufus se incorporó, miró hacia su hermano y vio el humo que salía aún del cañón de la nueve milímetros que sujetaba Josh. Acto seguido, este soltó la pistola y se desplomó. Rufus corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—¡Josh! ¿Josh?

Josh abrió los ojos, observó el convulsionado cuerpo de Tremaine y sintió alivio y repugnancia ante aquella imagen. Ni el peor enemigo del mundo podía imaginar que tuviera una muerte tan terrorífica. Dirigió la mirada hacia Rufus.

—Te has portado de maravilla, hermanito. ¡No te digo! ¡Mejor que yo!

—De no haber sido por ti, yo ya estaría muerto.

—¿Tú crees que iba a dejarle que acabara contigo? ¿Iba a dejarle yo...?

Rufus rasgó la camisa de su hermano y examinó sus heridas. La navaja le había hecho un corte en el costado. Pensó que probablemente no había tocado ningún punto vital, a pesar de que la herida sangraba mucho. En cambio la bala ya era otra cosa. Se fijó en el hilillo de sangre que salía de la comisura de sus labios, en sus ojos, cada vez más vidriosos. Rufus tenía forma de detener la sangre que manaba hacia fuera, pero no la de dentro. Y aquello era lo que podía matar a su hermano. Se quitó la camisa y la colocó sobre su hermano, que temblaba a pesar del calor.

—Aguanta, Josh.

Se fue corriendo hacia el *jeep* y echó un vistazo dentro. Encontró un botiquín y lo llevó hacia donde estaba su hermano. Josh había cerrado los ojos y parecía que ni siquiera respiraba.

Rufus le zarandeó con suavidad.

—No, Josh, por favor, mantén los ojos abiertos, ¡maldita sea! ¡No te duermas aquí!

Este por fin abrió los ojos y pareció recuperar la lucidez.

—Tienes que salir inmediatamente de aquí, Rufus. Dentro de nada aparecerá gente. Vete ya. Vamos.

—Tienes razón con lo de que tenemos que marcharnos.

Levantó un poco el cuerpo de Josh para examinarle la espalda. La bala no había salido; seguía en el interior de su cuerpo. Se dispuso a limpiarle las dos heridas.

En un momento dado, Josh le agarró el brazo.

—Sal de aquí zumbando, Rufus —insistió.

—O vamos juntos o no voy. Escoge.

—Sigues como un cencerro.

—Exactamente, como un cencerro, vamos de dejarlo así.

Acabó de limpiarle las heridas y luego se las vendó. Levantó con cuidado a su hermano, pero el movimiento le provocó un ataque de tos y una bocanada de sangre se deslizó por su camisa. Rufus lo llevó hacia la furgoneta y lo tendió junto a esta.

—Nada, Rufus, con eso no llegarás a ninguna parte —exclamó Josh, desesperado, contemplando el maltrecho vehículo.

—Ya lo sé. —Cogió una botella de agua de la caravana, la abrió y la colocó junto a los labios de Josh—. ¿Podrás sujetarla? Necesitas algo de líquido.

Josh le respondió sujetando la botella con la mano buena y echando un trago.

Rufus se levantó y se acercó al *jeep* volcado. Cogió la metralleta de donde la había dejado Tremaine: entre el asiento y la plancha del *jeep*. Por medio de un trozo de alambre, una pieza metálica y un cordel, el hombre había trabado el gatillo de la metralleta de forma que disparara automática e ininterrumpidamente mientras él preparaba su emboscada contra Josh.

Rufus consideró la situación, intentó enderezar el vehículo empujando el capó,

pero enseguida se dio cuenta de que no hacía fuerza suficiente y de que los pies le resbalaban en la gravilla. Estudió de nuevo las posibilidades. Solo vio una salida.

Colocó la espalda contra el extremo del asiento del conductor y se puso en cuclillas. Hundió los dedos en el suelo, escarbando hasta llegar al borde del chasis y asió fuertemente el metal. El *jeep* pesaba una barbaridad. Treinta años atrás aquello hubiera sido coser y cantar para él. De joven había levantado casi un metro del suelo la parte frontal de un Buick. Pero ya no tenía veinte años. Hizo un nuevo intento y notó que levantaba un poco el vehículo. Intensificó el esfuerzo, con ahínco, crispado, los músculos del cuello tensos contra la piel.

Josh dejó la botella en el suelo e incluso consiguió incorporarse algo apoyándose contra la rajada rueda de la furgoneta mientras observaba el intento de su hermano.

Rufus estaba ya fatigado. Sus brazos y piernas habían perdido ya la práctica. Siempre había sido una persona fuerte, mucho más fuerte que los demás. Y en aquellos momentos en que necesitaba de verdad serlo, cuando su hermano iba a morir irremediabilmente si no lograba enderezar el maldito *jeep*, ¿no iba a reunir la suficiente fuerza?

Se agachó otra vez, cerró los ojos y luego los abrió. Miró hacia el cielo, donde vio planear con aire indolente un gran cuervo negro. Ni el menor esfuerzo, tan solo unas largas y parsimoniosas pinceladas contra el fondo azul.

El sudor empezó a manar del rostro de Rufus, cerró otra vez los ojos e hizo lo que tenía por costumbre cuando se encontraba ante un problema, cuando creía que no iba a resolverlo. Rezó. Rezó por Josh. Le pidió al Señor que le diera las fuerzas necesarias para salvar la vida de su hermano.

Agarró de nuevo el borde del *jeep* tensando completamente sus enormes hombros y piernas. Los brazos empezaron a tirar, las piernas flexionadas, a enderezarse. Durante un momento el *jeep* y el hombre quedaron en un equilibrio precario, sin ascenso ni descenso: el *jeep* se negaba a moverse y Rufus mostraba la misma porfía. Luego Rufus empezó a ceder al notar que el peso le resultaba excesivo. Notaba que aquella era su última oportunidad. Mientras el *jeep* se disponía a ganar la batalla, abrió la boca y soltó un chillido tan terrible que le inundó los ojos de lágrimas. Josh observaba la tremenda proeza que intentaba llevar a cabo su hermano por él y una lágrima descendió también por su fatigado rostro.

Rufus abrió otra vez los ojos al notar que el *jeep* se levantaba, centímetro a centímetro, con el terrible esfuerzo. Con las articulaciones y los tendones a punto de estallar, Rufus siguió gruñendo y empujando, prescindiendo del dolor, que le transmitía sus avisos con el temblor del cuerpo. El *jeep* iba librando también su batalla centímetro a centímetro. Crujía, rezongaba y maldecía a Rufus. Pero de pronto se había incorporado y estaba pegando el último empujón a la masa metálica. Al igual que la ola que se dispone a romper en la playa, el *jeep* alcanzó el punto sin retorno, se clavó en el suelo, balanceándose con el impacto y sosteniéndose de nuevo con las cuatro ruedas.

Rufus se sentó en el interior del vehículo temblando como un azogado tras el inmenso esfuerzo.

Josh lo miraba en silencio, sin acabar de creérselo. «¡Toma!», fue todo lo que consiguió decir después de la exhibición.

Rufus notó que el corazón se le había disparado y temió que la fatiga no hubiera servido para nada. Se colocó la mano en el pecho y respiró profundamente. «Por favor», dijo para sus adentros, «no, por favor». Un minuto después se levantó lentamente, se acercó a su hermano y con sumo cuidado lo colocó en el *jeep*. Alisó la capota, que se había doblado al volcar el vehículo. Cogió todas las provisiones que pudo de la caravana, incluyendo su Biblia, y las colocó en la parte trasera del *jeep*, junto con las armas.

Subió al asiento del conductor y echó una ojeada a Tremaine y Rayfield. Su mirada pasó luego al cuervo, que describía círculos, con el que se habían juntado otras aves, que a juzgar por el tamaño, podían ser buitres. En un par de días no quedarían más que los huesos de los dos muertos si los dejaba al raso.

Rufus saltó del *jeep* y se acercó a Rayfield. No tuvo necesidad de comprobarle el pulso. Sus ojos lo dejaban claro. Eso y la pestilencia de habersele removido el vientre. Arrastró primero el cuerpo de Rayfield y luego el de Tremaine hacia el interior de la cabaña. Pronunció unas sencillas palabras ante los dos cadáveres y cerró la puerta. Algún día les perdonaría todo lo que habían hecho, pero no en aquellos momentos.

Subió otra vez al *jeep*, dirigió una mirada tranquilizadora a Josh y puso el motor en marcha. Este no arrancó a la primera pero sí a la segunda. Las marchas chirriaban en la sesión de práctica de conducción de Rufus, el *jeep* pegaba saltos y los dos hermanos iban dejando atrás el improvisado campo de batalla.

Normalmente, los magistrados almorzaban juntos en el comedor de la segunda planta del edificio del Tribunal Supremo después de las pruebas orales. Fiske había dejado a Sara en su despacho para que se pusiera al corriente del trabajo. Él había decidido hacer unas investigaciones por su cuenta. Ya que el Departamento de Homicidios del distrito de Columbia había dejado de transmitirle la información, de alguna forma debía conseguirla. Una posible fuente para ello sería el comisario Leo Dellasandro.

Mientras avanzaba por el pasillo recordó la sesión que acababa de presenciar. A pesar de ejercer como abogado, nunca había tenido tanta conciencia del poder que ejercía aquel edificio. A lo largo de su historia, el Tribunal Supremo había adoptado una serie de posturas muy antipopulares en muchas cuestiones de gran importancia. En algunas de ellas demostraron valentía y fueron, cuando menos en opinión de Fiske, correctas. Pero resultaba inquietante constatar que, de haberse decantado un par de votos hacia otro lado en algunos o en todos los dictámenes anteriores, en la actualidad el país sería muy distinto. Y en definitiva aquello llevaba a un estado de la situación incierto, por no decir peligroso.

Fiske pensó también en su hermano, en lo positivo que sin duda había aportado al Tribunal, a pesar de ser tan solo un funcionario; Michael Fiske se había mostrado siempre veraz y justo en sus opiniones y en su práctica. Y en cuanto tomaba una decisión, nadie en el mundo podía contar con un amigo tan leal. Michael Fiske había sido un hombre idóneo para aquel lugar. El Tribunal había sufrido una gran pérdida cuando alguien le segó la vida. Aunque no tan grande como la que experimentó la familia de Fiske.

John se dirigió hacia el despacho de Dellasandro, situado en la planta baja, llamó a la puerta y esperó. Llamó de nuevo y al cabo de un momento abrió la puerta y asomó la cabeza. Vio la antesala del despacho de Dellasandro, donde trabajaba su secretaria. No vio a nadie. Pensó que estaría comiendo. Entró en el despacho.

—¿Comisario Dellasandro? —Le interesaba saber si habían sacado algo en claro de los vídeos de control. Quería averiguar asimismo si alguien había acompañado en coche a Wright a su casa. Se acercó a la puerta del comisario.

—Comisario Dellasandro, soy John Fiske. Quisiera hablar con usted. No obtuvo respuesta. Decidió dejarle una nota. Pero no quería que quedara en la mesa de su secretaria.

Entró al despacho de Dellasandro, cogió un papel de su mesa y utilizando una pluma que encontró allí escribió una breve nota. La dejó en un lugar visible y echó una ojeada a la estancia. Se fijó en el sinfín de placas conmemorativas que llenaban estantes y paredes dando fe de la distinguida carrera del comisario. Vio también una foto de Dellasandro, mucho más joven, en uniforme.

Fiske se dispuso a salir. De una percha de la puerta colgaba una chaqueta. Tenía

que ser de Dellasandro, una parte de su uniforme habitual. Al pasar por delante, Fiske se fijó en una serie de manchas que tenía la chaqueta en la parte del cuello. Les pasó el dedo y examinó el residuo: maquillaje. Pasó a la antesala y observó las fotos de encima de la mesa. Había visto en una ocasión a la secretaria de Dellasandro. Una morena joven y alta de atractivos rasgos. Sobre la mesa vio una foto de ella con el comisario Dellasandro. Él la cogía por el hombro; los dos sonreían ante la cámara. Probablemente muchas secretarias se hacían una foto con su jefe. De todas formas le pareció ver algo en los ojos de ambos, en la proximidad de sus cuerpos que podía sugerir algo más que una relación de trabajo. Se preguntó si el Tribunal tenía una normativa específica en cuanto a la confraternización. Existía además otra razón que le aconsejaba a Dellasandro no poner la mano encima de su secretaria: Fiske echó una ojeada al despacho interior, a la foto que tenía sobre la estantería: su esposa y los niños. La imagen de la familia feliz. Solo a nivel superficial, evidentemente. Al salir del despacho, sacó la conclusión de que aquello resumía a la perfección la forma de funcionar de aquel lugar y del mundo en general: las apariencias podían resultar terriblemente engañosas; uno tenía que ahondar para sacar la auténtica verdad.

Rufus paró el *jeep*.

—Voy a hacer señas al primer poli que encuentre para que pare. Alguien tiene que ayudarte —le dijo a su hermano.

Josh, haciendo un gran esfuerzo, se incorporó.

—¡Y un cuerno! La poli te coge, encuentra a Tremaine y a Rayfield y eres hombre muerto.

—Tiene que verte un médico, Josh.

—¡Ni médico ni puñetas! —De un arrebato empuñó la pistola—. Hemos empezado algo y vamos a acabarlo. —Encaró el cañón contra su estómago—. Si paras a alguien, me abro un agujero aquí.

—Tú estás chalado. ¿Qué demonios quieres que haga?

Josh escupió algo de sangre.

—Encontrar a Fiske y a la chica. Yo ya no puedo ayudarte, ellos quizás podrán. —Rufus miró el arma—. No pienses tanto, una bala es algo muy rápido.

Rufus puso otra vez el *jeep* en marcha y enfiló la carretera. Josh le iba mirando pero sus ojos ahora enfocaban y ahora no.

—¡Déjate de monsergas!

—¿Cómo?

—¿Crees que no veo lo que estás haciendo? No tienes que rezar por mí.

—Tú no eres nadie para decirme cuándo debo dirigirme al Señor.

—Pero a mí déjame fuera del asunto.

—Rezo para que él te cuide. Te mantenga vivo.

—¿Tú crees que me importa mucho? No hace falta que emplees más saliva.

—Dios me ha dado fuerzas para levantar el *jeep*.

—Has sido tú quien ha levantado la maldita pila de metal. Yo no he visto que ningún ángel bajara del cielo para echarte una mano.

—Josh...

—Conduce y calla. —El dolor le obligó a encoger todo el cuerpo—. Ya me he cansado de hablar.

Mientras estaba en su despacho, Sara recibió el aviso de que Elizabeth Knight la reclamaba. Aquello le sorprendió pues los magistrados solían ocupar las tardes de los miércoles en reuniones para repasar los casos vistos los lunes. Cada magistrado disponía de dos secretarios y de un ayudante personal. Al entrar en el despacho de Knight, Sara saludó a Harriet, quien había trabajado como secretaria de Knight durante unos cuantos años. Si bien en general se había mostrado amistosa y amable con ella, en esta ocasión Harriet se le dirigió en un tono muy frío.

—Adelante, señorita Evans.

Sara pasó por delante del escritorio de Harriet y se detuvo ante la puerta de Knight. Volvió la cabeza y vio que Harriet la estaba mirando. Esta bajó rápidamente la vista hacia sus papeles. Sara aspiró profundamente y entró.

En el interior se encontró a Ramsey, al inspector Chandler, a Perkins y al agente McKenna, unos de pie y otros sentados. Elizabeth Knight, instalada en su escritorio tradicional, jugueteaba con aire nervioso con un abridor de cartas.

—Pase y siéntese, por favor. —A Sara le pareció que el tono transmitía poca cordialidad.

Se instaló en una butaca, que a ella le pareció que habían dispuesto en el lugar adecuado para que todos los reunidos pudieran verle la cara. ¿O tal vez interrogarla?

Miró directamente a Knight.

—¿Quería verme?

Ramsey dio un paso hacia delante.

—Todos queríamos verla, o mejor dicho, oírla, señorita Evans. Pero dejaré el asunto en manos del inspector Chandler.

Sara nunca le había visto tan serio. Ramsey se apoyó en la repisa sin dejar de mirarla, juntando y separando las manos con gesto inquieto.

Chandler se sentó frente a ella, casi rozando con sus rodillas las suyas.

—Tengo que hacerle unas preguntas y quiero que me responda la verdad —dijo en voz baja.

Sara miró a los reunidos. Con un leve tono de broma comentó:

—¿Necesito un abogado?

—No, a menos que haya hecho algo, Sara —se apresuró a decir Knight—. Sin embargo, creo que es usted quien tiene que decidir si necesita asistencia legal o no.

Sara tragó saliva con dificultad y volvió la vista hacia Chandler.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Le dice a usted algo el nombre de Rufus Harms?

Sara cerró los ojos un instante. «Vaya, ¡mierda!».

—Déjeme que se lo explique...

—Sí o no, por favor, señorita Evans —dijo Chandler—. Vamos a dejar las explicaciones para más tarde.

Sara asintió y luego dijo:

—Sí.

—¿Hasta qué punto le resulta familiar ese nombre?

Ella iba tocando sin parar el respaldo de la butaca.

—Sé que se trata de un preso que se ha fugado de un penal militar. Lo he leído en los periódicos.

—¿Es esa la primera noticia que ha tenido usted de él? —Comoquiera que no respondía, Chandler siguió—: Ha estado usted preguntando sobre un recurso presentado al parecer por Rufus Harms. Y en realidad lo hizo antes de que él se fugara de la cárcel, ¿verdad? ¿Qué buscaba?

—Creía que... es decir...

—¿Fue John Fiske quien le incitó a hacerlo? —le preguntó Knight bruscamente. La miraba inquisitivamente y la decepción que Sara veía en su expresión la hacía sentir aún más culpable.

—No. Lo hice por mi cuenta.

—¿Por qué? —preguntó Chandler. A partir de la escueta conversación que había tenido con Fiske en la cafetería del Tribunal tenía ya cierta idea sobre cuál era la verdad. Pero quería oírla de sus labios.

Sara soltó un profundo suspiro y miró de nuevo al pelotón que tenía delante. Deseaba que pudiera aparecer de repente Fiske para echarle una mano, aunque sabía que aquello era imposible.

—Un día vi por casualidad un papel que tenía todas las trazas de un recurso en el que figuraba el nombre de Rufus Harms. Hice una consulta a los funcionarios porque no recordaba haberlo visto como caso pendiente. Me dijeron que no tenían constancia de él.

—¿Dónde vio usted el recurso? —saltó Ramsey, antes de que Chandler pudiera formularle la misma pregunta.

—No sé, en alguna parte —respondió Sara, desarmada.

—No tiene ningún sentido, Sara —dijo Knight con dureza—, que esté encubriendo a alguien. Limítese a decirnos la verdad. No eche su carrera por la borda de esta forma.

—No recuerdo dónde lo vi; lo vi, sin más. No sé si por espacio de una par de segundos. Y solo leí el nombre de Rufus Harms, ninguna otra cosa que estuviera escrita allí —dijo Sara con testarudez.

—Pero si sospechaba usted que se trataba de un recurso que no había entrado en

el sistema —dijo Perkins—, ¿cómo no bajó a la oficina para reclamarlo?

¿Cómo tenía que responder a aquello?

—En aquel momento no resultaba conveniente y luego no tuve otra oportunidad de hacerlo.

—¿No resultaba conveniente? —Ramsey parecía a punto de explotar—. Ha quedado claro que hace muy poco usted preguntó por el recurso «perdido». ¿Seguía considerando que no resultaba conveniente entonces su introducción en el sistema?

—Para aquel entonces no sabía dónde se encontraba.

McKenna intervino con energía:

—Señorita Evans, o nos dice la verdad o la descubriremos de otra forma.

Sara se levantó.

—Me ofende su tono y creo que no debe tratármeme de esta forma.

—Opino que a usted le interesa colaborar —dijo McKenna— y dejar de proteger a los hermanos Fiske.

—¿De qué me habla?

—Tenemos razones para sospechar que Michael Fiske cogió el recurso con un objetivo particular y que de una u otra forma usted está implicada en ello —le informó Chandler.

—Si eso es lo que hizo él y usted estaba al corriente y permaneció en silencio, cometió una grave falta de ética, señorita Evans —dijo Ramsey.

—Usted ha hecho todas estas gestiones y ha intentado recabar información a instancias de John Fiske, ¿verdad?

—Tal vez le sorprenda, agente McKenna, pero yo soy capaz de pensar y de decidir por mí misma —respondió Sara con vehemencia.

—¿Sabe usted que Michael Fiske dejó una póliza de seguro de medio millón de dólares con su hermano como beneficiario?

—Sí, me lo ha dicho.

—¿Y sabe además que Fiske no tiene coartada para la hora en que murió su hermano?

Sara movió la cabeza y esbozó una tensa sonrisa.

—Está usted perdiendo un tiempo muy valioso intentado acusar a John Fiske de la muerte de Michael. Él no tuvo nada que ver con ello y está intentado por todos los medios descubrir quién asesinó a su hermano.

McKenna se metió las manos en los bolsillos y la observó un rato antes de cambiar de táctica.

—¿Opina usted que los hermanos Fiske tenían una relación muy estrecha?

—¿Qué entiende usted por «estrecha»?

McKenna puso los ojos en blanco.

—El sentido ordinario de la palabra, ni más ni menos.

—No, no creo que su relación fuera especialmente estrecha. ¿Entonces...?

—Encontramos la póliza en el piso de Michael Fiske. Dígame usted por qué

contrajo una póliza tan cara estableciendo como beneficiario a su hermano mayor con el que no tenía una relación estrecha. ¿Por qué no la puso a nombre de sus padres? Por lo que he podido saber, el dinero no les vendría nada mal.

—No sé lo que tenía en la cabeza Michael cuando lo hizo. Imagino que jamás lo sabremos.

—Tal vez no fue Michael Fiske quien lo hizo.

Sara quedó atónita.

—¿Cómo dice usted?

—¿Sabe lo fácil que resulta contraer una póliza a nombre de otra persona? No exigen foto identificativa. Mandan una enfermera al domicilio de la persona y ella anota unas determinadas cifras y hace unas pruebas. Uno puede falsificar unas firmas y pagar por medio de una cuenta abierta al efecto.

Sara abrió unos ojos como platos.

—¿Está sugiriendo que John usurpó la personalidad de su hermano para contratar un seguro de vida a su nombre?

—¿Por qué no? Nos aclararía muchísimo la razón por la que dos hermanos que tenían poca relación habían establecido un pacto económico de este tipo.

—Evidentemente usted no conoce a John Fiske.

McKenna le dirigió una mirada que a Sara le pareció alarmante.

—El caso es que usted tampoco, señorita Evans.

Las siguientes palabras de McKenna por poco no consiguieron que se desplomara.

—¿Sabía usted, además, que mataron a Michael Fiske con una bala disparada con una nueve milímetros? —McKenna hizo una pausa para aumentar el efecto de la afirmación—. ¿Y que John Fiske tiene registrada a su nombre una nueve milímetros? ¿Verdad que él le ha contado que el recurso tiene algo que ver con el asesinato de su hermano?

Sara miró a Chandler.

—Eso me parece increíble.

—En realidad nada de ello se ha demostrado todavía —dijo Chandler.

Perkins asintió con aire pensativo, cruzándose de brazos.

—Hemos recibido una llamada del Departamento de Operaciones Militares Especiales, señorita Evans. De un tal sargento Dillard. Nos ha dicho que usted le llamó preguntándole por Rufus Harms, que se había recibido un recurso de Rufus Harms y que usted hacía unas comprobaciones sobre su historial.

—Imagino que ninguna ley estipula que no pueda llevar a cabo una llamada telefónica para aclarar algo.

—De modo que admite haberle llamado —exclamó Perkins con aire triunfal, volviendo primero la cabeza hacia Ramsey y luego hacia Knight—. Y eso significa que ha utilizado los servicios del Tribunal y su tiempo de trabajo para realizar una investigación personal sobre un preso que se ha fugado. Por otro lado, mintió a los

militares, pues, como usted misma ha admitido, dicho recurso no consta aquí.

—Está acumulando infracciones a marchar forzadas —añadió McKenna.

—Eso no lo admito. En lo que a mí respecta, llevé a cabo una tarea relacionada con mi trabajo y tenía todo el derecho a ello.

—¿Nos va a decir exactamente a disposición de quién estaba en realidad el recurso, señorita Evans? —Ramsey la miraba de la misma forma que observaba a los abogados durante las pruebas orales aquella mañana—. Suponiendo que alguien del Tribunal robara un recurso antes de que se introdujera en el sistema, algo que me parece impensable, y que usted supiera quién lo hizo, su deber ante la institución es el de decirnos quién fue.

Sara se dio cuenta de que todos conocían la respuesta a aquella pregunta, o como mínimo creían conocerla. Sin embargo, no pensaba clarificarles nada. Armándose de un valor que ni ella misma creía poseer, se levantó lentamente.

—Creo que he contestado suficientes preguntas, señor presidente del Tribunal.

Ramsey miró a Perkins y luego a Elizabeth Knight. A Sara le pareció ver un amago de acuerdo en sus expresiones.

—Entonces, Sara, tendré que pedirle que cese voluntariamente en su puesto de ayudante, inmediatamente —dijo Knight con voz entrecortada.

Sara la miró sin reflejar sorpresa alguna en su semblante.

—Lo comprendo, magistrada Knight. Siento que las cosas hayan llegado hasta aquí.

—No lo siente tanto como yo. El señor Perkins la acompañará hasta la salida. Puede recoger sus efectos personales del despacho. —Knight volvió la vista bruscamente.

Cuando Sara se disponía a salir, retronó de nuevo la voz de Ramsey.

—Le advierto, señorita Evans, que si su comportamiento causa algún perjuicio a esta institución se llevarán a cabo las actuaciones pertinentes contra usted y contra cualquier otra parte responsable. No obstante, si he interpretado de forma correcta la situación, creo que el perjuicio se ha producido ya y probablemente sea irreversible. —Su tono aumentó de forma espectacular—. Y de ser así, ¡tal vez pesará sobre su conciencia durante el resto de sus días!

Ramsey tenía el rostro enrojecido de indignación; aquel flaco cuerpo parecía dispuesto a estallar bajo la ropa. Sara leía su estado de ánimo en aquellos ojos que echaban chispas: ¡un escándalo durante su mandato! En una institución que siempre se habían mantenido apartada del escándalo en una ciudad que constantemente y de manera infame se veía arrastrada hacia él. Una funcionaria insignificante tenía que manchar su lugar en la historia, la carrera en la jurisprudencia que se había ido ganando a pulso; la historia de su vida profesional iba a quedar reducida a una serie de notas explicativas a pie de página. Sara Evans no habría destrozado tanto a aquel hombre ni asesinando a toda su familia ante él. Sara abandonó el despacho antes de estallar en lágrimas.

Fiske esperaba a Sara en su despacho. Cuando ella apareció en la puerta, John se levantó y empezó a hablar, pero luego se fijó en que la seguía Perkins. Sara se fue hacia el escritorio y empezó a recoger cosas mientras Perkins la observaba desde el umbral.

—¿Qué ha ocurrido, Sara?

—Es algo que no le incumbe, señor Fiske —dijo Perkins—. De todas formas, informaré al inspector Chandler y al agente McKenna de que está usted aquí. Tienen que preguntarle algo.

—Pues lo que podría hacer usted es largarse y dejarme a solas con Sara.

—Tengo que acompañar a la señorita Evans hasta la salida del edificio.

Sara siguió recogiendo sus cosas, colocándolas dentro de una bolsa de plástico y cuando acabó colocó el bolso encima de esta. Al pasar por delante de Fiske murmuró:

—Te espero en el aparcamiento.

Al salir, Perkins le dijo:

—Tiene que entregarme también todas las llaves que tenga del edificio.

Sara abrió el bolso y sacó de él unas llaves del llavero, y se las tiró a Perkins.

—No crea que me lo paso bien con esta situación —dijo este, indignado—. Reina la confusión en el Tribunal, un ejército de periodistas nos tiene rodeados, se producen asesinatos y por todas partes pululan policías. Yo no tenía ningún interés en que usted perdiera su puesto de trabajo.

Sara pasó junto a él sin decir palabra.

Cuando bajaban por el pasillo principal, el grupo redujo el paso al ver que se les acercaban Chandler y McKenna en sentido contrario.

—Tengo que hablar con usted, John —dijo Chandler.

Fiske miró a Sara.

—Nos vemos luego, Sara.

Ella y Perkins siguieron adelante.

—¿Tiene que preguntarme algo? —le dijo Fiske.

—En efecto.

—¿No será sobre la póliza de seguros de mi hermano?

—Podría ser —respondió Chandler con aire sombrío—. McKenna opina que podría haberla contratado usted a nombre de su hermano sin su conocimiento y haberle matado luego.

—¿Encontraron la póliza en el piso de mi hermano? —Chandler asintió—. Entonces está claro que él estaba al corriente de la póliza.

Chandler miró a McKenna con expresión interrogativa. El otro permaneció en silencio.

—Oiga, yo no sabía nada de la póliza. Fue la agente de seguros quien se puso en contacto conmigo. Puedo darle su nombre. De hecho, ella habló con mi hermano, se

lo digo por si de verdad cree que yo monté toda la historia. —Miró a McKenna y se dio cuenta de que su semblante se había ensombrecido—. Siento haberle agitado la fiesta, McKenna. El dinero pasará a nuestros padres. Mike sabía que eso sería lo que iba a hacer yo. Hable con la agente de seguros y ella se lo confirmará. A menos que piense que también estoy conchabado con ella. ¿Y por qué detenerse aquí? Puede que me haya metido también en el bolsillo a los nueve magistrados, ¿o no?

—O sea que usted habló con su hermano sobre lo de contraer una póliza de seguro de vida para ayudar a sus padres. Y resulta que usted y solo usted es el beneficiario. Sigue siendo un móvil perfecto para matarle —dijo McKenna. Y volviéndose hacia Chandler añadió: ¿Quiere interrogarlo usted o prefiere que lo haga yo?

Chandler miró a Fiske.

—La bala que mató a su hermano fue disparada por una nueve milímetros.

—¿De verdad?

—¿Verdad que usted posee una nueve milímetros?

Fiske les miró a los dos.

—¿Han hablado con la policía del estado de Virginia?

—Limítese a responder a la pregunta —dijo McKenna.

—¿Por qué he de hacerlo si ya sabe la respuesta?

—John... —empezó Chandler.

—De acuerdo, es cierto. Tengo una nueve milímetros. Una SIG-Sauer P226, para más detalles. Con un cargador de quince balas.

—¿Dónde está?

—En mi despacho, en Richmond.

—Nos interesaría tenerla.

—¿Para balística?

—Entre otras cosas.

—Eso es una pérdida de tiempo, Buford...

—¿Nos da permiso para ir a su despacho a buscarla?

—No.

—Pues dentro de una hora tendremos una orden de registro —dijo McKenna.

—No hace falta la orden. Yo les entregaré la pistola.

McKenna quedó sorprendido.

—¿Pero no acaba de decir...?

—Lo que no quiero es que irruman en mi despacho en su busca. Sé cómo se comportan a veces los polis. No es la delicadeza lo que les caracteriza. Y también sé que luego tendría que esperar años a que me reembolsaran la factura del cerrajero. —Fiske miró a Chandler—. Imagino que estoy expulsado del equipo extraoficial, pero aún me quedan un par de cosas: ¿habló usted con los guardianes que estaban de servicio la noche en que Wright fue asesinado y ha hecho comprobar las cámaras de vídeo?

—Le aconsejaría que no le comunicara nada, Chandler —dijo McKenna.

—Consejo debidamente anotado. —Chandler miró a Fiske—. En honor de los viejos tiempos le diré que hablamos con los guardianes. A menos que alguno de ellos mienta, ninguno acompañó a Wright a casa. Uno se ofreció a ello pero Wright rechazó la oferta.

—¿A qué hora?

—Hacia la una y media de la madrugada. Hemos controlado las cámaras de vídeo y no existe ninguna grabación fuera de lo corriente.

—¿Explicó Wright por qué no aceptaba que le acompañaran a casa?

—El guardián dijo que le vio salir por la puerta y desapareció.

—De acuerdo, volvamos a lo de la pistola —dijo McKenna—. Iré con usted a su despacho.

—Yo con usted no voy a ninguna parte.

—Me refería a seguirle.

—Haga lo que le parezca, pero quiero allí a un agente de Richmond con uniforme y que sea él quien se haga cargo del arma para entregarla al Departamento de Homicidios del distrito de Columbia. Usted manténgase alejado de la operación.

—Me suena muy mal lo que está insinuando.

—Perfecto, pero las cosas se llevarán a cabo de esta forma a menos que solicite usted la orden de registro. Usted decide.

Chandler intervino:

—Muy bien. ¿Alguien en concreto?

—El agente William Hawkins. Yo confío en él y usted también puede hacerlo.

—Hecho. Salga ahora mismo, John. Yo lo organizaré todo con Richmond.

Fiske miró hacia el pasillo.

—Deme media hora. Tengo que hablar con alguien.

Chandler puso la mano en el hombro de Fiske.

—Trato hecho, John, pero si la policía de Richmond no tiene en su poder el arma dentro de unas tres horas, tendrá usted un grave problema, ¿entendido?

Fiske salió deprisa hacia el aparcamiento en busca de Sara.

Unos minutos después, Dellasandro se juntó con Chandler y McKenna.

—Me gustaría saber qué demonios ocurre aquí —dijo Dellasandro irritado—. Dos funcionarios asesinados y ahora despiden a una a causa de cierto recurso extraviado.

McKenna encogió los hombros.

—Bastante complicado.

—Me anima usted —respondió Dellasandro.

—A mí no me pagan por animar a nadie —saltó McKenna.

—No, se le paga por descubrir quién es el autor. Y a usted también, inspector Chandler —respondió Dellasandro.

—Y eso es precisamente lo que estamos haciendo —replicó Chandler.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Dellasandro, cansado—. Hace un momento,

Perkins me ha informado. ¿De verdad creen que John Fiske mató a su hermano? Me refiero a que tal vez tuviera un móvil pero... no me fastidien... algunos dirían que quinientos mil dólares es una fortuna pero tampoco es tanto con los tiempos que corren.

Fue McKenna quien respondió:

—Cuando la cuenta de uno raya los números rojos cualquier cantidad parece una fortuna. Tiene el móvil, no tiene coartada y dentro de poco constataremos que posee el arma homicida.

Dellasandro no parecía muy convencido.

—¿Y qué me dicen de la muerte de Wright? ¿Cómo encaja aquí?

McKenna extendió las manos.

—Considérelo desde este prisma: de una forma u otra, ha embaucado a Sara Evans para que le ayude. Evans y Wright compartían despacho. No es nada descabellado pensar que Wright hubiera oído o visto algo que le hiciera sospechar de estos dos.

—Pero yo creía que Fiske tenía coartada para la hora en que murió Wright —dijo Dellasandro.

—Sí, Sara Evans —respondió McKenna.

—¿Y qué hay de la historia de Harms, el preso que se ha fugado, y las preguntas que ha hecho Evans?

Chandler hizo un gesto de indiferencia.

—No puedo afirmar que lo tengamos todo claro pero podría tratarse de otro pretexto para desviar la atención.

—Yo no supongo nada, lo sé —dijo McKenna—. Si hubiera algo de eso, ellos se lo hubieran contado alguien. Evans ni siquiera conocía el contenido del recurso. Es probable que Michael Fiske se hiciera con algún recurso, ¿y qué? John Fiske lo liquida por la pasta y recurre al recurso extraviado para montar el galimatías y engatusar a Evans y al resto.

—Pues yo no pienso bajar la guardia hasta que no tengamos certeza de todo —dijo Dellasandro—. El personal de este edificio está bajo mi responsabilidad y ya hemos perdido a dos empleados. —Miró a McKenna—. Espero que sepa lo que hace con Fiske.

—Sé perfectamente lo que hago con él.

Fiske encontró a Sara en el aparcamiento. En pocas palabras ella le contó lo sucedido.

—Ojalá no tuviera que decírtelo, Sara, pero el otro día Chandler me puso entre la espada y la pared. Estoy convencido de que por ello has perdido tu trabajo.

Sara dejó la bolsa en el maletero de su coche.

—Ya soy mayor. Soy responsable de mis actos.

Fiske se apoyó en el coche.

—Tal vez podría hablar yo con Ramsey y Knight, intentar explicarles las cosas...

—¿Explicárselo, cómo? Me acusan de algo que he hecho. —Sara cerró el maletero y se acercó a él—. Supongo que te habrán hablado de tu pistola...

Fiske asintió.

—McKenna dispondrá que me escolten hasta mi despacho para que se la entregue. —La miró a los ojos—. ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé. De pronto tengo un montón de tiempo libre. Intentaré averiguar algo sobre Tremaine y Rayfield.

—¿Seguro que quieres seguir ayudando?

—Como mínimo no habré destrozado mi carrera por nada. ¿Y tú qué?

—Yo no tengo otra alternativa.

John miró el reloj.

—¿Qué te parece si paso por tu casa hacia las siete?

—Creo que puedo preparar algo de cena. Compraré comida, una botella de buen vino... Tal vez incluso me anime y limpie la casa. Podemos celebrar mi despedida del Tribunal. Incluso podríamos dar otro paseo en barca. —Se calló un instante y le cogió el brazo—. ¿Y acabarlo de la misma forma?

—Puedo pasar de Richmond y quedarme contigo. Imagino cómo te sientes.

—¿Y qué pasa con Chandler y McKenna?

—No tengo que hacer todo lo que ellos me dicen.

—Si no vas, McKenna seguirá en sus trece de llevarte a la silla eléctrica. Por otra parte, si he de decirte la verdad, me siento muy bien.

—¿En serio?

—En serio, John, pero te lo agradezco. —Le acarició el rostro—. Esta noche ya estarás conmigo.

Cuando se fue Fiske, Sara estaba a punto de meterse en el coche y se dio cuenta de que había dejado el bolso, junto con las llaves, en la bolsa que tenía en el maletero. Lo abrió de nuevo y metió la mano en la bolsa para sacarlos. Al levantar el bolso, le llamó la atención la foto que destacaba en él. La había cogido del despacho de Michael Fiske antes de que lo registrara la policía. De pronto se le ocurrió que tenía algo muy importante de qué ocuparse. Se metió en el coche y salió del aparcamiento.

Acababan de despedirla como funcionaría del Tribunal Supremo. Curiosamente, las lágrimas no inundaban sus ojos ni sentía deseos de meter la cabeza en el horno. Le apetecía dar un paseo en coche. Ir a Richmond. Tenía que ver a alguien. Y aquel era un día como cualquier otro para hacerlo.

Al pasar por delante de la fachada con columnas de su antiguo lugar de trabajo, una oleada de alivio se apoderó de ella, de una forma tan súbita que casi perdió el aliento. Luego, poco a poco fue recuperándose. Aceleró al descender por Independence Avenue y no miró hacia atrás.

Fiske se fue de prisa hacia el despacho de Knight y, para su sorpresa, le permitieron la entrada en él. Encontró a Knight instalada en su escritorio. Ramsey seguía allí, apoltronado en la butaca. Se levantó en cuanto vio a Fiske.

—Tengo que informarles de que todo lo que ha hecho o dejado de hacer Sara ha sido para proteger a mi hermano —les dijo nada más entrar—. Y de que todo lo que pretende en estos momentos es ayudarme a descubrir quién le mató.

—¿No cree usted que encontraría la respuesta al dilema limitándose a mirarse al espejo? —dijo Ramsey enérgicamente.

Fiske quedó lívido.

—Está usted muy equivocado.

—¡No me diga! Pues no creo que las autoridades opinen como usted. Si usted es el asesino, espero que pase el resto de sus días en la cárcel. Y en cuanto a lo que hizo su hermano, en mi opinión tampoco difiere tanto del hecho de quitar la vida a otro.

—Mi hermano hizo lo que él consideraba correcto.

—Una afirmación realmente curiosa.

—Harold... —empezó Knight, pero él la cortó haciendo un gesto con la mano.

—Hágame el favor —dijo él señalándole con el dedo— de salir de este despacho y de este edificio si no quiere que le mande detener por intrusión.

Fiske les miró a los dos. El enojo que sentía en aquellos momentos constituía la culminación de los tres días en los que había vivido un infierno. Tenía la impresión de que Harold Ramsey era el culpable de todo lo malo que le había ocurrido en la vida.

—He leído la frase que figura sobre la puerta principal del edificio: «Justicia equitativa bajo la ley». Eso sí resulta curioso.

Ramsey parecía dispuesto a abalanzarse contra él.

—¡Cómo se atreve!

—Ahora mismo tengo un cliente en el corredor de la muerte. Si algún día se me concede el «honor» de aparecer ante usted, ¿puede asegurarme que le importará algo que mi defendido viva o muera? ¿O es que se servirá de él y también de mí para anular un precedente que le fastidió a usted diez años antes?

—Es usted insoportable...

—¿Va a responderme o no? —gritó Fiske—. Porque si no puede hacerlo, no sé cuál es su papel pero queda muy claro que no es usted un juez.

Ramsey estaba lívido.

—¿Qué sabe usted de las cosas? El sistema...

Fiske se golpeó el pecho.

—Yo soy el sistema. Yo y las personas a las que represento. No usted. Ni este lugar.

—¿Tiene conciencia de la magnitud de las cuestiones que tratamos aquí?

—¿Cuándo fue la última vez que se sentó usted a «juzgar» el caso de una esposa apaleada? ¿El de los abusos deshonestos contra un niño? ¿Ha visto alguna vez morir a un hombre en la silla eléctrica? ¿Lo ha visto? Usted se limita a permanecer sentado y nunca ve a una persona en carne y hueso. Jamás oye a un testigo directo, nunca oye a nadie a excepción de un puñado de abogados agresivos que le presentan un montón de papeles. No tiene ni idea de los rostros, de las personas, de la angustia y el dolor que se esconden tras todo aquello. Para usted es como un juego intelectual. ¡Un juego! Ni más ni menos. —Fiske le miraba a los ojos. La voz le temblaba cuando añadió—: Si considera que los temas importantes son tan arduos, intente abordar los menores.

—Creo que debería usted retirarse —dijo Knight casi en tono de súplica—. Ahora mismo.

Fiske siguió con la vista clavada en Ramsey unos segundos más y luego, algo más tranquilo, miró a la mujer.

—Un buen consejo, asesora, y creo que voy a seguirlo.

Se volvió para salir.

—Señor Fiske —gritó Ramsey. El otro se giró lentamente—. Tengo amigos en la judicatura de Virginia. Creo que habrá que ponerles al corriente de la situación. Considero que habrá que tomar las medidas pertinentes contra usted, que podrían desembocar en la suspensión y en su subsiguiente inhabilitación para el ejercicio de la abogacía.

—¿Culpable hasta que se demuestre lo contrario? ¿Así cree usted que tiene que funcionar el sistema de justicia?

—Estoy casi convencido de que van a encontrarle a usted culpable, de que es solo cuestión de tiempo.

Fiske iba a responder, pero Knight, con una mano en el teléfono, dijo:

—Le agradecería, John, que se retirara sin que tuviéramos que reclamar la presencia de los guardianes.

Cuando Fiske se hubo marchado, Ramsey agitó la cabeza.

—No cabe duda de que ese hombre es un psicópata.

Se volvió para mirar a Knight. Ella seguía inmóvil mirando al frente.

—Quiero que sepa, Beth, que puede utilizar a mis ayudantes hasta que encuentre un sustituto para Sara.

Knight volvió la cabeza hacia él. El ofrecimiento le parecía un gesto de amabilidad. Aunque a nivel superficial. Porque, ¿no le colocaría a un espía en su campo bajo esta capa?

—No hace falta. Nos limitaremos a trabajar más intensamente.

—Ha planteado una excelente batalla en las pruebas orales de esta mañana, si bien desearía que no se lo tomara de forma personal. No es muy propio plantear este

tipo de enfrentamientos en público.

—¿Cómo puedo no tomarme de forma personal los casos, Harold? Dígame usted. —Se le veían los ojos hinchados y la voz de pronto se le enronqueció.

—Tiene que hacerlo. A mí un caso jamás me ha quitado el sueño. Ni siquiera una pena de muerte. Nosotros no decidimos la culpabilidad o la inocencia. Interpretamos palabras. Tenemos que verlo desde ese prisma. De lo contrario quedamos destrozados.

—Puede que sea preferible quedar destrozada enseguida a vivir una larga y prestigiosa carrera que no consiga más que presentar un desafío a mi intelecto. — Ramsey le dirigió una dura mirada—. Yo deseo herir, deseo notar el dolor. Eso es lo que quiere todo el mundo. ¿Por qué tendremos que ser nosotros una excepción? Si todos esos casos deberían atormentarnos, ¡maldita sea!

Ramsey movió la cabeza con tristeza.

—Siendo así me temo que no va usted a resistir. Y tiene que hacerlo si quiere marcar la diferencia ahí arriba.

—Veremos. Tal vez le sorprenda a usted. Empezando hoy mismo.

—No tiene ninguna posibilidad de anular el veredicto del caso Stanley. De todas formas admiro su tenacidad, pese a que hoy la ha gastado en salvas.

—Que yo recuerde, aún se ha efectuado el recuento de votos.

Ramsey sonrió.

—Por supuesto, por supuesto. Una pura formalidad. —Se metió las manos en los bolsillos y se plantó ante ella—. Y le diré para su información que también estoy al corriente sobre sus planes de examinar la cuestión de los derechos de los pobres...

—Acabamos de perder a un tercer ayudante, Harold. Un tercer ser humano. Una persona a la que tengo un gran aprecio. Aquí empieza a reinar la confusión. Ahora mismo no me apetece discutir sobre las cuestiones del Tribunal. Puede que en realidad ya no vuelva a apetecerme.

—Tenemos que seguir adelante, Beth. Si bien es cierto que hemos ido de crisis en crisis, no vamos a abandonar.

—¡Por favor, Harold!

Ramsey no cedía.

—El Tribunal tiene que seguir. Nosotros...

Knight se levantó.

—¡Fuera!

—¿Cómo?

—Fuera de mi despacho.

—Beth...

—¡Fuera! ¡Fuera!

Sin decir otra palabra, Ramsey salió. Knight permaneció allí de pie un par de minutos más. Luego salió decidida del despacho.

Tras su enfrentamiento con Ramsey, Fiske bajó al aparcamiento subterráneo del

Tribunal y se fue directo a su coche. Se sentía aturdido. Había conseguido que despidieran a Sara. Le estaban acusando de asesinar a su hermano y acababa de echar una bronca al presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos de América. Todo ello en menos de una hora. En cualquier entorno donde no reinara la enajenación mental, a aquello se le llamaría un día fatal. Se sentó en el coche. No tenía ganas de ir hasta Richmond para ver como McKenna intentaba dar los últimos toques a la destrucción de su vida.

Cerró los puños contra sus ojos. Soltó un gruñido y se estremeció luego al oír un sonido. Abrió los ojos y vio que Elizabeth Knight golpeaba el cristal de la ventanilla. Lo bajó.

—Quisiera hablar con usted.

Fiske intentó recuperar la compostura.

—¿Sobre qué?

—¿Podemos salir a dar una vuelta? No creo que pueda arriesgarme a invitarle de nuevo a mi despacho. Creo que en mi vida había visto a Harold tan alterado.

Fiske creyó ver la sombra de una sonrisa en el rostro de la mujer al decir aquello.

—¿Una vuelta en mi coche? —preguntó.

—Yo no tengo el mío aquí. ¿Existe algún problema con el suyo?

Fiske observó su elegante vestido.

—Tenga en cuenta que aquí dentro todo es óxido disimulado bajo una capa de mugre.

Knight sonrió.

—Me crie en un rancho al este de Texas. Cuando íbamos con mi familia hacia la hilera de barracas que conformaban el núcleo de población que teníamos más cerca, viajábamos en una máquina excavadora y mis seis hermanos y yo íbamos colgados de ella jugándonos la vida y disfrutando como camellos. Por otro lado, desearía hablar con usted.

Fiske asintió por fin y Knight se sentó en el asiento delantero.

—¿Adónde vamos? —preguntó Fiske al salir del aparcamiento.

—Después del semáforo, coja a la izquierda. Espero que no tuviera algo urgente que hacer. ¡Qué poca delicadeza la mía al no preguntárselo!

Fiske pensó en McKenna que le estaba esperando.

—Nada importante.

En cuando hubo girado, Knight empezó a hablar.

—No tenía que haber vuelto ni decir todo lo que ha dicho.

—Supongo que no es eso lo que ha venido a comentarme —respondió Fiske bruscamente.

—He venido para decirle que siento muchísimo lo de Sara.

—¡Y yo! Intentó ayudar a mi hermano y luego a mí. Apuesto a que maldice el día en que tropezó con los Fiske.

—No creo que opine eso en cuento a uno de los hermanos.

—¿Y eso?

—Sara apreciaba y respetaba a su hermano. Pero no estaba enamorada de él, a pesar de que estoy casi convencida de que él sí estaba enamorado de ella. Su corazón pertenece a otro.

—¿En serio? ¿Se lo ha contado a usted?

—No soy de la opinión de que las personas tienen más o menos intuición en función de su sexo, pero también me niego a dejar a un lado algunas realidades básicas: dudo mucho que mis ocho colegas masculinos se hayan percatado del asunto, pero yo tengo claro que Sara Evans está enamoradísima de usted.

—¿Intuición femenina?

—Más o menos. Pero yo también tengo dos chicas. —Knight notó que él la miraba intrigado—. Mi primer marido murió. Mis hijas son mayores y viven por su cuenta. —Entrelazó las manos sobre su regazo y miró por la ventana—. De todas formas, no es de eso de lo que quería hablar con usted —dijo—. A la derecha —le indicó.

Fiske obedeció al tiempo que le preguntaba:

—¿Cuál es el punto del orden del día, pues? Ustedes parecen seguirlo siempre.

—¿Y le parece algo incorrecto?

—¡Vaya! No me da muy buena espina ver los juegos que se montan ustedes.

—Un punto de vista respetable como cualquier otro.

—Yo no soy quien para juzgar lo que hacen ustedes. Pero en mi opinión no son jueces sino políticos. Y la política que ha de aplicarse siempre depende de quién presiona lo suficiente para obtener cinco votos. ¿Qué tendrá eso que ver con los derechos de un demandante y los de un acusado?

Siguieron en silencio durante un minuto hasta que lo interrumpió Knight.

—Yo empecé como fiscal. Luego me convertí en juez. —Hizo una pausa—. Puedo asegurarle que se equivoca en su juicio. —Fiske la miró algo sorprendido—. Podríamos discutir sobre el tema hasta hartarnos, John, pero hay que tener en cuenta que existe un sistema y que debemos trabajar dentro de dicho sistema. Si ello significa jugar siguiendo sus reglas y, en alguna ocasión, cambiar la dirección, qué le vamos a hacer. Tal vez haya simplificado excesivamente la filosofía de una situación compleja, pero a veces uno tiene que regirse por sus entrañas. —Le miró a los ojos—. Supongo que me entiende.

Él asintió.

—Mi instinto suele acertar.

—¿Y qué le dicta su instinto sobre las muertes de Michael y Steven? ¿Algo sobre la historia del recurso extraviado? Si es así, me gustaría conocerlo.

—¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Porque tengo la impresión de que posee más información que nadie. Precisamente por eso quería hablar con usted a solas.

—¿Espera de verdad que haya sido yo el asesino de mi hermano y que esté

utilizando el recurso para despistar? ¿Para que el Tribunal no quede en mala posición?

—Yo no he dicho eso.

—Es más o menos lo que le dijo a Sara el día de la fiesta.

Knight suspiró y se apoyó en el respaldo.

—Aún no entiendo por qué lo hice. Tal vez para alejarla de usted.

—Yo no maté a mi hermano.

—Le creo. ¿De forma que el recurso extraviado puede tener importancia?

Fiske asintió.

—Mataron a mi hermano porque conocía su contenido. Creo que Wright murió porque estuvo trabajando hasta muy tarde, salió de su despacho y vio a alguien del Tribunal que abandonaba el de mi hermano.

Knight palideció.

—¿Cree que alguien del Tribunal asesinó a Steven? —Fiske asintió—. ¿Puede demostrarlo?

—Eso espero hacer.

—No puede ser, John. ¿Por qué?

—Un tipo que ha pasado media vida en la cárcel desea encontrar la respuesta a esta pregunta.

—¿Está al corriente de ello el inspector Chandler?

—En parte. Aunque McKenna casi le ha convencido de que el malo soy yo.

—No creo que el inspector Chandler opine eso.

—Ya veremos.

Cuando llegaron otra vez al Tribunal, Knight dijo al salir:

—Si se demuestra que son ciertas sus sospechas y que alguien del Tribunal está implicado en eso... —Hizo una pausa al verse incapaz de seguir—. ¿Se da cuenta de las consecuencias que puede tener todo ello de cara a la reputación de esta institución?

—Tengo pocas cosas claras en la vida, pero sí estoy seguro de una de ellas. —Esperó un momento y dijo—: La reputación del Tribunal no merece que un inocente muera en la cárcel.

Rufus observaba inquieto a su hermano, que acababa de tener un agotador ataque de tos. Josh intentó incorporarse un poco, pensando que así respiraría mejor. Estaba seguro de que tenía las entrañas destrozadas. De un momento a otro podía surgir la esperanza que podía mantenerle con vida. Seguía con la pistola a mano. Pero no creía que le haría falta una bala para acabar. No le hacía falta otra.

Habían tenido suerte de que Tremaine y Rayfield no les hubieran perseguido con un vehículo del ejército. Sin embargo, el *jeep* estaba abollado de un lado a causa de la embestida de la furgoneta y aquello podía llamar la atención. Como mínimo, el vehículo estaba cubierto y nadie podía ver su interior.

Rufus no sabía a dónde se dirigía, y Josh tenía pocos momentos de lucidez como para ayudarle.

Rufus abrió la guantera y sacó un mapa. Sacó las tarjetas que llevaba en el bolsillo de la camisa y miró los nombres y los números de teléfono. Tenía que encontrar una cabina.

Cuando Fiske y McKenna llegaron al despacho de aquel, el agente del FBI dijo:

—Vamos al asunto.

—Hay que esperar a la policía —respondió Fiske, resuelto.

No había acabado la frase cuando apareció un coche patrulla del que salió el agente Hawkins.

—¿Qué demonios haces aquí, John? —le preguntó Hawkins, perplejo.

Fiske señaló hacia McKenna.

—El agente McKenna cree que yo maté a Mike. Ha venido a buscar mi pistola para una prueba en balística.

Hawkins miró a McKenna con aire incrédulo.

—En mi vida había oído una majadería tan grande...

—Le agradezco su valoración oficial... ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Hawkins? —dijo McKenna avanzando ya.

—Exactamente —respondió Hawkins muy serio.

—Pues bien, agente Hawkins, tiene permiso del señor Fiske para registrar su despacho en busca de una pistola nueve milímetros que está a su nombre. —Miró a Fiske—. Imagino que no ha cambiado de opinión sobre el consentimiento. —Al no responder Fiske, McKenna se volvió de nuevo hacia Hawkins—. De todas formas, si tiene usted algún problema, hablaremos con su jefe y ya puede ir pensando en un oficio que no tenga nada que ver con las fuerzas de orden público.

Antes de que Hawkins hiciera alguna tontería, Fiske le agarró por la manga diciendo:

—Vamos a acabar rápidamente con el asunto, Billy.

Cuando entraban en el edificio, Fiske le comentó:

—Esa cara ya tiene mucho mejor aspecto.

Hawkins sonrió, algo violento.

—Sí, gracias.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó McKenna.

Hawkins le miró malhumorado.

—Un tipo con un globo de ahí te espero. No fue fácil detenerle.

Fiske tenía un montón de cartas y paquetes ante la puerta. Lo recogió todo y abrió la puerta. Entraron y dejó el correo sobre la mesa. Abrió el cajón superior y examinó su contenido. Metió la mano en él y rebuscó dentro antes de levantar la vista hacia los dos hombres que tenía delante.

—La guardaba en este cajón. Por casualidad la vi el día en que viniste a darme la noticia de Mike, Billy.

McKenna cruzó los brazos y dirigió una mala mirada a Fiske.

—¿Alguien más tiene acceso a su despacho? ¿El personal de la limpieza, la secretaria, algún suministrador, los que limpian los cristales?

—No, nadie. Aparte de mí, solo tiene llave el dueño.

—¿Cuánto tiempo llevas fuera, un par de días? —le dijo Hawkins.

—Pues sí.

McKenna miraba la puerta.

—No parece que hayan forzado la entrada.

—Eso no quiere decir nada —respondió Hawkins—. Un experto sabe descerrajar sin que se note después.

—¿Quién sabía que guardaba aquí una pistola? —preguntó McKenna.

—Nadie.

—Tal vez se la cogió uno de sus clientes para cometer un atraco —apuntó McKenna.

—No recibo a mis clientes en el despacho, McKenna. Cuando me reclaman ya están en la cárcel.

—Pues creo que tenemos un serio problema. Una bala de nueve milímetros mató a su hermano. Usted tiene registrada a su nombre una Sig de nueve milímetros. Ha dicho que estaba en su posesión hace unos días. Y ahora la pistola ha desaparecido. No tiene coartada para la hora en que murió su hermano y a raíz de su muerte usted dispone de medio millón de dólares.

Hawkins miró a Fiske.

—Una póliza de seguros que contrató Mike —le explicó este—. Lo hizo por nuestros padres.

—Eso es lo que dice usted, ¿o no? —puntualizó McKenna.

Fiske se acercó al agente del FBI.

—Si considera que dispone de pruebas suficientes para detenerme, adelante, hágalo. De lo contrario, salga de este despacho ahora mismo.

McKenna no se amedrentó.

—Supongo que el agente Hawkins tiene su consentimiento para registrar todo el despacho en busca del arma y no solo el cajón en el que usted dice que estaba. Independientemente de la amistad que les una, espero que lleve a cabo la tarea tal como corresponde.

Fiske retrocedió mirando a Hawkins.

—Adelante, Billy. Me voy a tomar algo al bar de la esquina. ¿Te apetece alguna bebida? —Hawkins negó con la cabeza.

—A mí me apetecería tomar un café —dijo McKenna, siguiendo a Fiske—. Así tendremos oportunidad de charlar un momento.

Sara paró el coche en la avenida. El Buick estaba allí. Al salir del coche notó el fuerte olor del césped recién cortado. Era algo reconfortante, pues le recordaba los partidos de fútbol de cuando iba al instituto, los veranos que pasaba descansando en la paz de Carolina. Llamó a la puerta y se abrió tan deprisa que tuvo un sobresalto. Ed Fiske la habría visto llegar. Antes de que le diera con la puerta en las narices, Sara le enseñó la foto.

En ella se veían cuatro personas: Ed, Gladys y sus dos hijos. Todos sonreían.

Ed miró intrigado a Sara.

—Michael la tenía en su despacho. He pensado que le haría ilusión.

—¿Por qué? —Su tono seguía siendo frío pero al menos no le soltaba ninguna obscenidad.

—Porque he creído que era lo correcto.

Ed recogió la foto.

—No tengo nada que decirle.

—En cambio yo sí tengo muchas cosas que decirle a usted. Prometí algo a alguien y me gusta cumplir mis promesas.

—¿A quién? ¿A Johnny? Pues ya puede decirle que no me ha parecido nada bien que la mandara a usted para intentar arreglar las cosas.

—Él no sabe que estoy aquí. Es más, me dijo que no viniera.

Ed pareció sorprendido.

—¿Por qué ha venido, pues?

—Por la promesa. Lo que vio la otra noche no fue culpa de John. Fue culpa mía.

—Hacen falta dos para bailar el tango y a mí no me venga con cuentos.

—¿Puedo pasar?

—No veo por qué.

—Me gustaría hablar con usted sobre sus hijos. Creo que debe saber algunas cosas. Acceder a una información que puede aclararle algo. Seré breve y le prometo que en cuanto haya terminado no volveré a molestarle más. Por favor...

Ed lo pensó un momento y por fin decidió apartarse para cederle el paso. Luego

cerró la puerta con bastante ruido.

La sala de estar estaba casi igual que el día en que Sara la vio por primera vez. Al hombre le gustaba el orden. Sara imaginó que en el garaje tenía las herramientas en su sitio. Ed le señaló un sofá y ella se sentó. Se fue al comedor y colocó con cuidado la foto entre las demás.

—¿Quiere tomar algo? —le dijo él de mala gana.

—Tomaré algo si usted me acompaña.

Ed se sentó frente a ella.

—A mí no me apetece nada.

Sara le miró con detenimiento. Se fijó en que su cara tenía rasgos de uno y otro hijo y su cuerpo también. Los muchachos tenían también algo de la madre, pero más Michael que John. Ed iba a encender un cigarrillo pero contuvo el gesto.

—Puede fumar si quiere. Está en su casa.

Ed se metió otra vez el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la camisa y el mechero en el del pantalón.

—Gladys no me dejaba fumar en la casa, tenía que hacerlo fuera. Cuesta destruir las viejas costumbres.

Se cruzó de brazos a la espera de que ella empezara.

—Michael y yo éramos íntimos amigos.

—No sé hasta qué punto después de lo que vi la otra noche. —El rostro de Ed empezó a tomar color.

—En realidad, señor Fiske...

—Mire, llámeme Ed, a secas —dijo él bruscamente.

—Pues bien, Ed, es cierto que éramos íntimos amigos. Al menos yo lo veía así aunque Michael quería algo más.

—¿A qué se refiere?

Sara tragó saliva y el color de su rostro también se intensificó.

—Michael me pidió que me casara con él.

Ed quedó perplejo.

—Nunca me comentó nada.

—Claro que no. Resulta que... —Sara vaciló un momento, nerviosa al imaginar la reacción que podían provocar sus siguientes palabras—: Yo le dije que no. —Se amilanó un poco pero vio que Ed Fiske intentaba asimilar la información.

—¿De verdad? Entonces usted no le amaba.

—Pues no, es decir, no de esta forma. Tampoco sé por qué. Michael me parecía el hombre perfecto. Puede que fuera aquello lo que me asustara, la idea de compartir mi vida con alguien como él, de intentar situar mi rasero a su altura toda una vida. Además, le absorbía tanto su trabajo... Aun en el caso de que yo le hubiera amado, no sé si habría habido espacio para mí en su vida.

Ed bajó la mirada.

—Ha sido duro educar a esos dos chicos. Johnny se desenvolvía a la perfección

en todo, pero Mike... Mike era el sùmmum en todos los aspectos. Yo trabajaba de sol a sol y por aquel entonces no lo veía tan claro. Ahora lo comprendo mucho mejor. Las veces que hacía el fanfarrón hablando de Mike. Demasiadas. Mike me dijo que Johnny no quería saber nada de él pero no me dio ninguna razón. Johnny lo guarda todo para sí. Cuesta mucho hacerle hablar.

Sara miró hacia la ventana y vio a un pinzón posado en una rama de un sauce llorón.

—Ya lo sé —dijo ella—. He pasado muchas horas con él estos últimos días. Resulta que yo siempre había pensado que sería capaz de decir casi al instante: «Esa es la persona con la que quiero pasar mi vida». Pueda que la ida parezca estúpida. E injusta. ¿No le parece?

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

—La primera vez que vi a Gladys ella hacía de camarera en un pequeño restaurante frente al sitio donde trabajaba yo. Había entrado al establecimiento con unos compañeros y desde el momento en que la vi no oí ni una sola palabra de la conversación que llevaban ellos. Tuve la impresión de que estábamos tan solo ella y yo en este puñetero mundo. Volví al trabajo e hice un desaguisado terrible con un Cummins diesel. No podía quitármela de la cabeza.

Sara sonrió.

—Conozco perfectamente la testarudez de John y de Michael Fiske. Comprendo, pues, que no lo dejara así.

Ed sonrió también.

—Durante seis meses desayuné, comí y cené en aquel sitio. Empezamos a salir. Luego me armé de valor para pedirle que se casara conmigo. Le juro que lo habría hecho el primer día pero ella me habría tomado por un loco o algo así. —Se calló un momento y luego añadió con rotundidad—: Hemos pasado una vida fantástica juntos. —Observó el rostro de Sara—. ¿Es eso lo que le ocurrió cuando vio a Johnny? —Sara asintió—. ¿Lo sabía Mike?

—Creo que se lo imaginó. Cuando por fin hablé con John, le pregunté si tenía idea de por qué los dos habían perdido su relación. Yo creía que lo que le he contado pesaba algo en ello, pero al parecer se habían alejado mucho antes. —Sara se puso algo nerviosa—. Y lo que vio aquella noche en el barco fue a mí lanzándome sobre su hijo. Él había pasado el día más infernal de su vida y a mí no se me ocurrió otra cosa que pensar en mí misma. —Le miró a los ojos—. Me rechazó rotundamente. —Sara pensó en la noche anterior, en la ternura que habían compartido los dos, en la cama y fuera de ella. Y en la mañana siguiente. Ella que creía tenerlo todo claro. Una sensación extraordinaria. En cambio ahora le abrumaba la idea de no saber nada de aquel hombre ni de sus sentimientos. Soltó una risita inquieta—. Fue una experiencia muy humillante. —Cogió un pañuelo de papel y se secó los ojos—. Eso es lo que he venido a decirle. Si tiene que odiar, ódieme a mí, pero no a su hijo.

Ed tenía la vista fija en la alfombra. De pronto se levantó y dijo:

—Ya he acabado con el césped, voy a prepararme un té helado. ¿Se apunta?

Sara, sorprendida, asintió.

Unos minutos más tarde apareció Ed con unos vasos con cubitos y una jarra de té. Mientras llenaba los dos vasos dijo:

—He pensado mucho en aquella noche. No recuerdo todo lo que pasó. Al día siguiente tenía una resaca de mil diablos. A pesar de que estuviera fuera de mí, jamás tenía que haber pegado a Johnny. Y mucho menos en la barriga.

—Él es muy fuerte.

—No me refiero a eso. —Ed tomó un sorbo de té, se sentó y empezó a morderse el labio—. ¿Johnny le ha contado alguna vez por qué dejó la policía?

—Me dijo que había detenido a un joven por un delito de drogas. Que el muchacho le dio tanta pena que decidió dedicarse a ayudar a los que son como él.

Ed movió la cabeza.

—La verdad es que no lo detuvo. El chico murió en el lugar del delito. Lo mismo que el agente que acompañaba a Johnny en aquella misión.

Sara estuvo a punto de derramar el té.

—¿Cómo?

Ed parecía algo violento al haber sacado el tema pero siguió:

—En realidad, Johnny nunca ha hablado de ello, pero a mí me han contado la historia los agentes que llegaron después de los hechos. No sé por qué razón, Johnny dio el alto a un coche. Creo que era un vehículo robado. En fin, llamó para pedir refuerzos. Hizo salir a dos chicos del coche. Encontró drogas en su interior. Entonces llegaron los refuerzos. Cuando iban a cachearlos uno de los chicos se desplomó como presa de un ataque. Johnny se acercó a él para socorrerlo. El agente que lo cubría tenía que haber seguido apuntando al otro, no lo hizo y este sacó su arma y lo mató. Johnny consiguió disparar, pero el chico le pegó un par de tiros.

»Los dos cayeron al suelo, cara a cara. El otro había simulado el ataque. Pegó un salto y se largó en el coche. Lo detuvieron algo más tarde. El delincuente y Johnny se encontraban a un palmo uno del otro, los dos sangrando profusamente.

—¡Santo cielo!

—Johnny colocó un dedo en uno de los agujeros. Detuvo un poco la hemorragia. Entonces, y eso lo oí de sus propios labios cuando se encontraba en el hospital semiinconsciente, el chico le dijo algo a Johnny. No sé exactamente qué, él nunca lo ha repetido, el caso es que encontraron al muchacho muerto y a Johnny a su lado, rodeándole con el brazo. Se había arrastrado hasta él o algo así. A algunos de los polis eso no les gustó nada, sobre todo con una baja en el cuerpo causada por el chico aquel. Pero hicieron las comprobaciones pertinentes y Johnny quedó limpio. Fue culpa del otro poli. En fin, mi hijo estuvo a punto de morir camino del hospital. En realidad permaneció allí ingresado casi un mes. No sé con qué cargaría la pistola el muchacho aquel pero le hizo trizas las entrañas a Johnny.

Sara recordó de pronto el gesto de Fiske al bajarse la camiseta antes de hacer el

amor.

—¿Tiene una cicatriz?

Él la miró lleno de curiosidad.

—¿Por qué lo pregunta?

—Por algo que me ha dicho él.

El anciano asintió lentamente.

—De la barriga al cuello.

«Demasiado viejo para bañarse a pelo», se dijo Sara.

—Creo que podían haberle practicado cirugía plástica pero Johnny estaba harto de hospitales. Por otro lado, me imagino que pensó que si no podían curarle por dentro, ¿qué demonios le importaba el aspecto exterior?

La expresión de Sara mostró la sorpresa.

—¿Qué quiere decir? ¿No se recuperó del todo?

Ed movió la cabeza con tristeza.

—Aquellas balas le desgarraron todos los órganos, rebotando por dentro como una maldita bola de máquina del millón. Remendaron lo que pudieron, pero hasta el último órgano le ha quedado afectado para siempre. Tal vez pudieran solucionarle algo si Johnny estuviera dispuesto a pasar media vida en el hospital con trasplantes y todo eso. Pero a mi hijo eso no le va. Los médicos dicen que un día u otro la máquina interior dirá basta. Compararon la situación a la de un diabético, ¿sabe usted que la enfermedad provoca el desgaste de los órganos internos de la persona? —Sara asintió mientras su propio estómago empezaba a dar vuelcos—. Lo que dijeron en concreto los médicos es que las dos balas probablemente le habían quitado a Johnny veinte años de vida o quizás más. Que era algo que no tenía solución. Por aquel entonces, no le dimos importancia. Nuestro hijo estaba vivo y aquello era lo que contaba, lo más importante.

»Pero yo sé que él lo tiene presente. Se dedicó a levantar pesas, a correr como alma que lleva el diablo, a recuperar la forma, como mínimo por fuera. Dejó la policía. Ni siquiera quiso solicitar la inutilidad, a pesar de que tenía todo el derecho a ella. Se hizo abogado, trabaja como un condenado para sacar cuatro perras, que nos entrega casi íntegras a su madre y a mí. Yo no tengo jubilación y las facturas de los médicos de Gladys suman mucho más de lo que he ganado en toda mi vida. Encima, tuvimos que hipotecar la casa después de estar treinta años pagando por ella. Pero uno siempre hace lo que tiene que hacer.

Cuando Ed hizo una pausa, Sara volvió la vista hacia la mesa donde tenían la medalla al valor de John Fiske. Un pedazo de metal como compensación por tanto sufrimiento.

—Le cuento todo eso para que comprenda que Johnny no tiene los mismos objetivos en la vida que usted o que yo. Nunca se ha casado, nunca ha hablado de tener hijos. Para él todo va deprisa, deprisa. Cree que si llega a los cincuenta puede considerarse el hombre más afortunado de la tierra. Él mismo me lo dijo un día. —Ed

Fiske bajó la vista y la voz se le entrecortó—. En mi vida hubiera pensado que Mike moriría antes que yo. Espero que Dios me conceda no ser testigo de la muerte de mi otro hijo.

Por fin Sara consiguió abrir la boca.

—Le agradezco que me lo haya contado. Reconozco que habrá sido duro para usted. Apenas me conoce.

—Según en qué circunstancias, puedes conocer mejor a alguien en diez minutos que viviendo cerca toda una vida.

Sara se levantó para marcharse.

—Gracias por dedicarme este tiempo. Piense que John necesita tener noticias suyas.

Ed asintió con gran seriedad.

—Me pondré en contacto con él, descuide.

Cuando iba a salir. Ed añadió:

—¿Sigue queriendo a mi hijo? Sara se marchó sin responder.

En el pequeño bar de la esquina de su despacho, Fiske pidió un café y se sentó en una mesa fuera. McKenna le siguió. Al principio, Fiske decidió hacer caso omiso del agente del FBI, que iba de acá para allá, y se dedicó a observar a los transeúntes mientras tomaba el café. Se puso las gafas ahumadas al comprobar que el sol pegaba directo en la calle y proyectaba sus sombras en los ladrillos. McKenna se sentó sin decir nada, masticando unas galletas que había comprado y pasando el dedo por el vaso de plástico en el que tenía el café.

—¿Qué tal su barriga? Siento haberle tenido que atizar.

—Lo único que siente es no haberme machacado más.

—Se equivoca usted. Vi la escopeta y eso me preocupó.

Fiske levantó la vista hacia él.

—Seguro que pensó que iba a abrir la puerta del coche, coger la escopeta, apuntar y disparar antes de que usted me pegara un zarpazo desde la distancia de... ¿cuánto era? ¿Un par de palmos?

McKenna encogió los hombros.

—Para su información, le diré que me he documentado sobre su historial policial. Fue usted un buen policía. Como mínimo hasta el final.

—¿Y eso qué coño significa?

McKenna se sentó.

—Simplemente que su última acción plantea unos interrogantes. ¿Le importaría ponerme al corriente de ella?

Fiske se quitó las gafas y le miró directamente.

—¿Por qué no escoge la vía rápida y me pega un tiro en la cabeza? Creo que para mí sería mejor.

McKenna apoyó su silla contra la pared y encendió un cigarrillo.

—Mire, si le importa tanto demostrar su inocencia, podría colaborar un poco más.

—¿Por qué preocuparme si está usted convencido de que maté a mi hermano?

—He trabajado en muchísimos casos a lo largo de estos años. En la mitad de ellos se demostró que mi primera teoría era incorrecta. Mi lema es este: nunca digas jamás.

—Hasta parece sincero...

McKenna adoptó un tono más amistoso.

—Escúcheme, John, llevo muchísimo tiempo en eso. Los casos tranquilos, claros, no abundan. En este hay recovecos y yo no los paso por alto. —Se calló un instante para decir luego, como quien no quiere la cosa—: Vamos a ver, ¿por qué se interesó su hermano por Rufus Harms y qué contenía exactamente el recurso?

Fiske se puso de nuevo las gafas.

—Eso no encaja en su teoría de que yo asesiné a mi hermano.

—Esa es tan solo una de mis teorías. Y la llevo hasta sus últimas consecuencias con la búsqueda de su nueve milímetros que ha desaparecido de repente. Entre tanto, me planteo la cuestión desde otro ángulo: Rufus Harms. Su hermano cogió el recurso, por lo que parece le visitó en la cárcel...

—¿Se lo ha contado Chandler?

—Yo tengo muchas fuentes de información. Usted y Evans han estado husmeando en el historial de Harms. Se fugó de un penal del suroeste de Virginia. Y anoche ustedes dos contrataron un avión para desplazarse hasta allí. ¿Por qué no me habla de eso? ¿Adónde fueron y por qué?

Fiske se apoyó en el respaldo, pasmado. McKenna había ordenado que les siguieran. Tampoco era algo fuera de lo corriente, pero Fiske, sin saber por qué, ni siquiera se había planteado la posibilidad.

—Parece que tiene usted muchísima información... ¿Por qué me hace las preguntas a mí?

—Usted puede saber algo que me ayude a resolver el caso.

—¿Pasando por encima de Chandler?

—Cuando se trata de unos asesinatos, ¿qué importa quién llega primero?

Aquella afirmación tenía su lógica, pensaba Fiske. Como mínimo superficialmente. Sin embargo, sí tenía su importancia quién llegaba primero. En las fuerzas de orden público, como en otros trabajos, se establece una puntuación. Fiske se levantó.

—Vamos a ver qué ha sacado en claro Billy. No sea que haya encontrado los dos cadáveres que metí la semana pasada en el archivador.

Hawkins estaba terminando cuando volvieron.

—Nada —dijo respondiendo a la mirada de McKenna—. Registre usted mismo, si quiere —añadió con cierta insolencia.

—Está bien, confío en usted —le respondió él en tono amistoso.

Fiske miró a Hawkins.

—¿Qué es eso, Billy? —le dijo señalando el cuello y también el de la camisa.

—¿Qué es qué?

Fiske puso el dedo en el cuello de Hawkins y se lo enseñó.

Hawkins se sonrojó un poco.

—¡Maldita sea! Eso ha sido idea de Bonnie para disimular las magulladuras. Por eso me has comentado que tenía mejor aspecto. Nunca me habían pegado tan fuerte en mi vida. Hombre, el tipo era corpulento, pero yo también lo soy...

—Yo habría vaciado el cargador contra el cabrón ese —dijo McKenna.

Fiske le miró boquiabierto. Hawkins movió la cabeza.

—Estuve tentado de hacerlo. Pero en definitiva, me la habrían montado. Y ahora resulta que con el calor sudas y eso se te pega a la ropa. No sé cómo lo solucionan las mujeres...

—O sea que eso es...

—Sí, maquillaje —respondió él algo avergonzado. A pesar de lo que se le acababa de ocurrir, Fiske hizo todo lo posible para mantener la calma. Con gesto inconsciente, se frotó el hombro, que aún le dolía.

McKenna le miraba de hito en hito.

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Lo cogió Fiske. Llamaban de la residencia donde estaba ingresada su madre.

—He leído lo que Michael en el periódico. Mi más sentido pésame, John.

Aquella mujer llevaba años trabajando en la residencia y Fiske la conocía bien.

—Gracias, Anne. Me coge usted en un mal momento...

—Michael había venido aquí y de pronto me entero de que ha muerto. Me parece imposible.

Fiske se puso algo nervioso.

—Cuando dice aquí, ¿se refiere a la residencia?

—Sí. La semana pasada. El jueves... No, perdón, el viernes. El día en que murió.

—Me acuerdo porque normalmente venía los sábados. Fiske agitó la cabeza para hacerse a la idea.

—¿Pero qué dice usted? Si Michael no iba a visitar a mamá.

—Claro que venía. No tan a menudo como usted, pero venía.

—Nunca me lo había dicho usted.

—¿No? Creo que debo decírselo ahora: Michael no quería que usted lo supiera.

—¿Por qué demonios no quería que lo supiera? Estoy hasta la coronilla de que todo el mundo me esconda cosas referentes a mi hermano.

—Lo siento, John —dijo la mujer—, pero él me pidió que no se lo comentara y yo respeté su voluntad. Ni más ni menos. Pero ahora que nos ha dejado... pensaba que tal vez usted debía saberlo.

—¿Vio a mamá el viernes? ¿Habló con usted?

—En realidad, no. Recuerdo que estaba algo nervioso. No sé, como inquieto. Vino muy pronto y se quedó media hora o así.

—¿O sea que los dos conversaron?

—Se vieron. Lo que no sé es si hablaron mucho. A veces resulta difícil el trato con Gladys. ¿Cuándo cree que puede pasar a verla? No creo que se pueda haber enterado de lo de Michael, pero no sé por qué, la veo algo deprimida.

Fiske vio claro que la mujer consideraba que el vínculo de una madre con sus hijos podía incluso vencer el Alzheimer.

—Ahora mismo estoy ocupadísimo... —Fiske reprimió las palabras que iba a decir. Solo un milagro conseguiría que su madre recordara algo de la conversación que pudo haber tenido con Mike y que pudiera servirle de ayuda a él. ¿Pero y si se producía?

—Pasaré ahora mismo.

Fiske colgó el teléfono, cogió su portafolios y metió en él el correo que había recogido.

—¿Su hermano acudió a visitar a su madre el día en que murió? —le preguntó McKenna. Fiske asintió—. Entonces tal vez pueda contarnos algo.

—Mi madre padece Alzheimer, McKenna. Cree que John Kennedy aún sigue siendo presidente.

—¿Y alguien que trabaje allí?

Fiske le anotó una dirección y un número de teléfono en el reverso de una de sus tarjetas.

—Pero deje a mi madre fuera del asunto.

—Usted se va ahora a verla, ¿verdad? ¿Y eso?

—Es mi madre. —Fiske desapareció.

Hawkins miró a McKenna.

—¿Sale ya? Es que quiero cerrar. No sea que entre alguien más a robar.

La contundencia de la frase hizo parpadear a McKenna. ¿Podía tener idea aquel hombre de que él había robado la pistola? Aun así, se sentía culpable. Otras cosas, sin embargo, podían hacerle sentir más culpable. Mucho más.

Sara se había parado ante un semáforo en rojo camino del despacho de Fiske cuando le vio en un cruce, en dirección hacia el oeste. Ni siquiera le dio tiempo a tocar el claxon. Estuvo a punto de hacerle señas, pero decidió no moverse al ver la inquieta expresión de él. Decidió girar a la derecha y seguirlo.

Media hora más tarde, frenó al ver que el coche de Fiske se metía en un aparcamiento de una institución médica situada en el extremo occidental de Richmond. Sara ya había ido allí en una ocasión, con Michael, a ver a su madre. Dejó el coche oculto tras un árbol junto a la entrada y observó como Fiske salía de su vehículo e iba deprisa hacia la puerta.

Fiske vio a Anne, la mujer con la que acababa de hablar, quien le dio de nuevo el pésame y le acompañó hasta la sala de visitas, donde encontró a Gladys, sentada con aire dócil, en pijama y zapatillas. Al ver aparecer a su hijo, levantó la vista en silencio y aplaudió.

Fiske se sentó frente a ella y Gladys le acarició con ternura el rostro. La sonrisa se le ensanchó y los ojos se le abrieron como platos sin captar absolutamente nada.

—¿Cómo está mi Mike? ¿Cómo está el pequeño de mamá?

Él le cogió las manos.

—Perfectamente. Las cosas me van bien. A papá también —le mintió—. ¿A que el otro día tuviste una visita muy agradable?

—¡Qué agradables son las visitas! —exclamó ella mirando más allá de él y sonriendo; un gesto que hacía bastante a menudo. Costaba que mantuviera centrada la atención. Había completado el ciclo y ahora era una niña.

Le tocó otra vez la mejilla.

—Tu papá estuvo aquí.

—¿Cuándo?

Ella agitó la cabeza.

—No lo sé, el año pasado. Vino a despedirse. Su barco se hundió. Cosa de los japoneses.

—¿De verdad? ¿Pero él sigue bien, no?

La mujer soltó una sonora carcajada.

—¡No sabes tú lo bien que está! —se inclinó un poco hacia delante y le dijo en voz baja, en plan confidencial—: Mike, cariño, ¿sabrás guardarme un secreto?

—Claro, mamá —respondió él, vacilando un poco.

Ella miró a uno y otro lado y se sonrojó.

—Estoy embarazada otra vez.

Fiske suspiró profundamente. Aquello era nuevo.

—¿En serio? ¿Cuándo te has enterado?

—Pero tú no te preocupes, cariño, que mamá tiene suficiente amor para todos vosotros. —Le cogió la mejilla y le dio un beso en la frente.

Fiske le estrechó la mano e intentó dibujar una sonrisa.

—Tuvimos una agradable charla el otro día, ¿verdad? —Ella asintió con aire ausente. Fiske pensaba que aquello era una locura pero, como había ido hasta allí, no perdía nada con intentarlo—. Hice un agradable viaje. ¿Recuerdas a dónde fui?

—Fuiste al colegio, Mike, como todos los días. Tu padre te llevó en el barco. —Frunció el ceño—. Ve con mucho cuidado por ahí. Se ha iniciado una lucha. Ahora mismo tu padre está luchando. —Levantó el puño y lo empujó hacia delante—. ¡A por ellos, Eddie!

Fiske se apoyó en el asiento y la miró fijamente.

—Andaré con cuidado. —Mirar a su madre era como contemplar una foto que se iba decolorando día a día bajo la implacable luz del sol. A la larga, acudiría a visitarla y ya no vería color en la foto, quedaría tan solo la imagen que guardaría él en su recuerdo. Así funcionaba la vida—. Tengo que irme. Si no... llegaré tarde a la escuela.

—¡Qué preciosidad! —La mujer miró más allá y saludó con la mano—. ¡Hola! —Fiske se volvió y quedó helado al ver a Sara allí.

—Estoy embarazada, bonita —le dijo Gladys.

—¡Enhorabuena! —Fue todo lo que se le ocurrió responder a Sara.

Fiske salió de estampida y Sara le siguió. Abrió la puerta de la calle con tal fuerza que pegó contra la pared.

—¿Quieres pararte un momento para hablar conmigo, John? —le suplicó ella.

Él se volvió irritado.

—¿Cómo te atreves a espiarme?

—No te estaba espiando.

—Todo esto no es asunto tuyo.

Cogió las llaves y se metió en el coche. Ella también entró.

—Sal ahora mismo de mi coche, maldita sea.

—No me muevo hasta que me hagas caso.

—¡A tomar viento!

—Si quieres que salga, tendrás que empujarme.

—¡Vaya pesada! —gritó Fiske saliendo del coche.

Sara le siguió.

—El pesado eres tú, John Fiske. ¿Quieres dejar de huir de una vez y pararte a hablar conmigo?

—No tenemos nada de qué hablar.

—Tenemos muchas cosas de que hablar.

Señalándola con dedo tembloroso, le gritó:

—¿Por qué coño me haces esto a mí, Sara?

—Porque me tienes preocupada.

—No necesito tu ayuda.

—Pues yo creo que sí. Sé que sí.

Permanecieron un momento de pie mirándose a los ojos.

—¿No podríamos ir a algún lugar a hablar? Por favor... —Dio la vuelta al coche despacio y se plantó frente a él. Le cogió el brazo diciendo—: Si lo de anoche significa para ti ni que sea la mitad de lo que significa para mí, creo que deberíamos ser capaces de hablar.

Se quedó a la espera, convencida de que la respuesta de él sería la de poner en marcha el coche y alejarse de su vida.

Fiske la miró un momento, bajó la cabeza y, agotado, se apoyó en el coche. Sara hizo deslizar su mano por debajo de la de él y se la estrechó. Él se fijó en un coche parado en la carretera con dos hombres dentro.

—Vamos a llevar a los federales de paseo.

Su tono y expresión parecían ya más resignados. Por lo menos no llevaba a McKenna detrás.

—Perfecto, me sentiré muy protegida —dijo Sara sin apartar la vista de él, hasta que constató por fin que no le había perdido, cuando menos de momento.

Subieron cada uno en su coche; Sara siguió a Fiske hasta un pequeño centro comercial situado a poco más de un kilómetro de allí, donde se sentaron en una terraza a tomar un refresco al calor de las últimas horas de la tarde.

—Comprendo que le guardaras rencor a tu hermano por eso, aunque no fuera culpa suya —dijo Sara.

—Nunca nada fue culpa de Mike —respondió él con amargura.

—Tu madre no puede hacer nada por evitarlo. Podía haberse dado el caso de que llamara a Michael por tu nombre.

—Sí, claro. Escogió no acordarse de mí.

—Puede que te llame Michael porque has sido tú quien la has visitado con más asiduidad y esa sea su forma de reaccionar.

—No lo creo.

Sara parecía enojada.

—Bueno, si quieres sentir celos de tu hermano a pesar de que ya esté muerto, supongo que tienes derecho a ello.

Fiske le dirigió una gélida mirada. Sara contaba con que iba a explotar. En lugar de ello, dijo:

—Pues sí, estoy, o estaba, como quieras, celoso de mi hermano. ¿Cómo no iba a estarlo?

—Pero eso no soluciona nada.

—Tal vez no —respondió él, expresando el cansancio en su tono. Miró hacia otro lado—. La primera vez que fui a visitar a mamá y ella me llamó Mike creí que era un detalle sin importancia, pues había tenido un día fatal. Pero al cabo de dos meses de seguir con lo mismo... —Se calló un momento—. Pues eso es lo que me obligó a cortar con Mike, para siempre. Todo lo que me había podido fastidiar de él, por estúpido que fuera, lo añadí a la imagen de aquel malvado sin corazón. Sin un ápice

de bondad. Él había sido quien me había arrebatado a mi madre.

—El día en que fuimos a verte al juicio, John, fui con Michael a visitar a tu madre.

Él quedó paralizado.

—¿Cómo?

—Tu madre ni siquiera le dirigió la palabra. Él le había comprado un regalo, que ella no aceptó. Michael me dijo que siempre tenía la misma actitud con él. Daba por supuesto que era porque te quería tanto a ti. Pensaba que él no le importaba.

—Mientes —dijo Fiske casi en un susurro.

—No miento. Es la verdad.

—¡Mientes! —repitió él con más vehemencia.

—Pregúntaselo a quienes trabajan allí. Ellos lo saben.

Permanecieron unos minutos en silencio. Fiske había inclinado la cabeza. Cuando la levantó, dijo:

—Nunca había imaginado que él también había perdido a su madre.

—¿Estás seguro de ello? —le preguntó Sara en voz baja.

Fiske la miró entrelazando fuertemente las manos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó con voz temblorosa.

—¿Por qué dejaste de hablar con tu hermano? Michael me dijo que tú le habías cerrado la puerta y tú mismo acabas de admitirlo. Pero aun así, no consigo creer que no supieras cómo lo trataba ella.

Pasó un minuto y Fiske no abrió la boca. La miró, tal vez la atravesó con la mirada, pero sus ojos no revelaron sus pensamientos. Por fin los cerró y en un tono apenas audible dijo:

—Lo sabía.

La miró de nuevo. El terrible dolor que se reflejaba en su expresión la hizo temblar.

—Decidí no preocuparme por ello —dijo. Sara lo agarró del hombro—. Me imagino que lo utilicé como excusa para no tener nada que ver con mi hermano. —Aspiró profundamente—. Pero aún hay algo más. Mike me llamó antes de ir a la cárcel. Yo no le devolví la llamada. Es decir, lo hice cuando ya era demasiado tarde... Yo le maté.

—No puedes culparte de ello. —Aquellas palabras no tuvieron efecto alguno, ella lo notó enseguida y cambió de táctica—. Si quieres culparte, hazlo por una razón correcta. Fuiste injusto al apartar a tu hermano de tu vida. No tenías derecho a hacerlo. Ninguna. Ahora ya no está entre nosotros. Es algo con lo que tendrás que vivir hasta el fin de tus días, John.

Él la miró a los ojos. Su expresión se había tranquilizado.

—Imagino que he estado ya viviendo con ello.

Como quiera que había confiado en ella, Sara decidió hacer lo mismo con respecto a él.

—Hoy he visto a tu padre. —Antes de darle tiempo a replicar, se apresuró a añadir—: Te prometí hacerlo. Le he contado lo que ocurrió en realidad.

—¡Como que te ha creído! —exclamó Fiske, incrédulo.

—Le he dicho la verdad. Se pondrá en contacto contigo.

—Te lo agradezco, pero preferiría que no te hubieras metido en eso.

—Me ha puesto al corriente de una serie de cosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó él bruscamente.

—Por ejemplo, lo que te movió a dejar la policía.

—No tenías ninguna necesidad de saberlo, Sara.

—Sí la tenía. Por una razón muy importante.

—¿Cuál es?

—¡Lo sabes igual que yo!

Durante unos minutos ni uno ni otro abrió la boca. Fiske tenía la vista fija en la mesa e iba jugueteando con la pajita del refresco. Al cabo del rato, levantó la cabeza y cruzó los brazos.

—¿De modo que mi padre te lo ha contado todo?

Sara lo miró.

—Sí, sobre el tiroteo. —Su tono era cauteloso.

—O sea que sabes que probablemente a los sesenta o tal vez a los cincuenta no seguiré vivito y coleando.

—Estoy convencida de que eres capaz de vencer todo pronóstico.

—¿Y si no?

—Si no, para mí tiene poca importancia.

Fiske se inclinó hacia delante.

—En cambio para mí tiene mucha, Sara.

—¿O sea que renuncias a la vida que llevas?

—Considero que vivo exactamente de la forma que he decidido.

—Tal vez —admitió ella despacio.

—Piensa que no funcionaría.

—¿De modo que has pensado en ello?

—He pensado en ello. ¿Y tú? ¿Cómo sabes que no es una decisión impulsiva? ¿Como la de comprar tu casa?

—Me guío por lo que siento.

—Los sentimientos cambian.

—Y es mucho más fácil admitir la derrota que pelear por algo.

—Cuando quiero algo, trabajo con tesón para conseguirlo. —Fiske no sabía por qué acababa de decir aquello pero se fijó en la expresión desesperada de Sara.

—Comprendo. Y supongo que yo no tengo alternativa...

—En realidad, no tienes por qué elegir ese tipo de alternativa. —Ella no respondió y Fiske siguió en silencio un momento—. Piensa que mi padre no te lo ha contado todo, porque él no lo sabe todo.

—Me ha explicado que estuviste a punto de morir, que el otro agente murió. Y también el hombre que disparó contra ti. Entiendo hasta que punto eso puede haberte cambiado la vida. Que esas circunstancias te hayan llevado a hacer lo que haces. Lo considero muy noble, esa es la palabra precisa.

—Ni de lejos. ¿Quieres saber realmente porque hago lo que hago?

Sara notó el brusco cambio en su estado de ánimo.

—Cuéntamelo.

—Porque estoy aterrizado. —Asintió mirándola—. El miedo rige mis actos. Mientras permanecí en el cuerpo, la cuestión era cada vez más «nosotros contra ellos». Una actitud joven, airada, con una pistola como respaldo. —Fiske calló y observó a través del cristal a la clientela del interior del bar. Le parecían gente sin problemas, felices, que perseguían objetivos tangibles en la vida; eran todo lo que no era él, lo que no podría ser jamás. Miró de nuevo a Sara.

—Iba deteniendo a los mismos tipos una y otra vez y tenía la impresión de que aún no había acabado el trámite burocrático y ellos estaban de nuevo en la calle. Te pisaban como si fueras una cucaracha. Para ellos el juego también era el de «nosotros contra ellos». Son cosas que pueden globalizarse. Jóvenes y negros, píllalos si puedes. ¿Te coge la melancolía? Mátalos si puedes. Es algo rápido y no tienes que seleccionar al individuo. Algo así como la adicción a las drogas.

—No todo el mundo actúa de esta forma. No todo el mundo se compone de gente así.

—Lo sé. Y sé también que la mayoría, negros, blancos o de otro color son buenas personas, llevan una vida relativamente normal. De verdad que quisiera creerlo. Pero como poli, nunca vi a ninguno de esos. En mi embarcadero jamás amarró un barco normal.

—¿O sea que el tiroteo te hizo replantear las cosas?

Fiske no respondió inmediatamente. Cuando lo hizo, habló muy despacio.

—Recuerdo que me arrodillé para ayudar al muchacho, que en definitiva estaba simulando un ataque. Oí el disparo, el chillido de mi compañero. Saqué la pistola al tiempo que volvía la cabeza. No sé cómo lo hice pero lo conseguí. Le di en el pecho. Los dos nos desplomamos. Él perdió el arma pero yo mantuve la mía. Apunté directamente hacia él. Estábamos a un par de palmos el uno del otro. A cada movimiento respiratorio de él la sangre salía disparada del agujero de la bala como si fuera un rojo géiser. Con aquella especie de zumbido que sigo oyendo en mis sueños. Los ojos empezaban a vitrificarse, pero nunca se sabe. Yo solo tenía en la cabeza que acababa de disparar contra mi compañero y contra mí. Notaba que mis entrañas se descomponían. —Suspiró—. Iba a esperar a que muriera, Sara. —Se calló al recordar lo cerca que se había encontrado del ataúd, de ser enterrado y pasar al olvido.

—Tu padre me ha dicho que cuando te encontraron le rodeabas con el brazo. —Le alentó Sara con dulzura.

—Creí que intentaba arrebatarme el arma. Yo tenía un dedo en el gatillo y otro en el agujero de la barriga. Pero él ni siquiera estiró la mano. Entonces le oí hablar. Al principio no acertaba a comprender lo que me decía pero lo fue repitiendo hasta que lo capté.

—¿Qué decía? —le preguntó ella amorosamente.

Fiske soltó un suspiro casi esperando ver cómo la sangre manaba de sus propias heridas, sus propios órganos pidiéndole acabar de una vez, con cuarenta años de antelación.

—Me pedía que le matara. —Y como respuesta a la pregunta que ella no le había formulado—: No pude. No lo hice. Aunque daba igual, porque unos segundos más tarde dejó de hablar.

Sara se apoyó en el respaldo, incapaz de articular palabra.

—Creo que le aterrorizaba no morir. —Fiske movió la cabeza lentamente; cada vez le resultaba más difícil traducir en palabras todo lo que tenía en la mente—. No tenía más que diecinueve años. A su lado, yo, un adulto. Se llamaba Darnell... Darnell Jackson. Su madre era adicta al *crack*. Y cuando el chaval tenía ocho o nueve años lo prostituía para sacar dinero para la droga.

La miró.

—¿No te parece terrible?

—Por supuesto.

—Para mí era siempre la misma porquería. Lo que veía todo el tiempo. Estaba ya inmunizado, cuando menos eso creía. —Se humedeció los resecaos labios—. No creía que quedara en mí el más mínimo resquicio de compasión. Pero después de lo de Darnell comprobé que sí. —Esbozó una inquieta sonrisa—. Yo lo llamo mi epifanía acorazada. Dos balas en el cuerpo, un chaval moribundo ante mí pidiéndome que acabe con él. Es difícil imaginar un acontecimiento con tal fuerza que te haga cuestionar todo aquello en lo que has creído siempre. Pero aquella noche eso me ocurrió a mí. —Movié la cabeza con aire pensativo—. Ahora veo el futuro global del mundo a través del prisma de Darnell Jackson. Él es mi versión del holocausto nuclear. La única diferencia es que todo no va a acabar en unos segundos. —Clavó la vista en ella—. Ese es el terror que rige mi vida.

—Estoy convencida de que tienes inquietudes. Haces muchas cosas positivas.

Fiske movió la cabeza; le brillaban los ojos.

—Yo no soy un abogado blanco, rico, brillante, que se las da de noble y va salvando a todos los Enis con los que tropieza en el mundo. Tuvo que destrozarme las entrañas un muchacho dejado de la mano de Dios para que abriera los ojos. ¿A cuántas personas crees que les importa todo esto?

—No creo que seas tan cínico...

Fiske la miró un instante a los ojos antes de responder:

—En realidad soy el cínico con más esperanzas que hayas podido conocer en tu vida.

Has hecho lo correcto, Beth, por mucho que te duela. De todas formas, sigue pareciéndome increíble lo de Sara. —Jordán Knight iba moviendo la cabeza. Se encontraban en el asiento posterior de la limusina oficial, que iba avanzando a duras penas entre el tráfico hacia su piso en Watergate—. Puede que se derrumbara. La presión es enorme.

—Tienes razón —respondió Elizabeth Knight en voz baja.

—Todo parece tan extraño... Un funcionario roba un recurso. Sara está al corriente de ello pero guarda silencio. Asesinan al funcionario. Luego se sospecha del hermano de este. No veo yo a John Fiske como un asesino.

—Ni yo. —Su conversación con John Fiske no había hecho más que intensificar su temor.

Jordán Knight acarició la mano de su esposa.

—He hecho mis comprobaciones sobre Chandler y McKenna. Los dos, intachables. McKenna tiene una excelente reputación en el FBI. Creo que nadie mejor que ellos para resolver el caso.

—A mí McKenna me parece grosero y desagradable.

—Supongo que es como debe mostrarse por razón de su trabajo —observó él.

—Pero hay más. No sé, le veo algo, me parece tan vehemente que en algún momento diría que... —Hizo una pausa en busca de la expresión adecuada—, hace teatro.

—¿En plena investigación por un asesinato?

—Ya sé que parece una locura pero es cómo yo lo veo.

El senador encogió los hombros y se acarició la barbilla con aire meditabundo.

—Siempre he dicho que vale más la intuición femenina que el mejor juicio de un hombre. De todas formas, en esta ciudad todos estamos un poco encima de un escenario. Es algo que a veces le harta a uno.

Ella le miró a los ojos.

—¿La llamada del rancho en Nuevo México?

—Te llevo doce años, Beth. Cada día que pasa es más precioso para mí.

—Hablas como si apenas nos viéramos.

—Estar juntos aquí no es lo mismo. Tenemos tanto trabajo los dos...

—Mi cargo en el Tribunal es vitalicio, Jordán.

—No quiero que tengas que lamentar nada. Por mi parte hago todo lo posible para no tener que lamentar nada tampoco.

Se quedaron un momento en silencio, mirando por la ventana mientras el coche circulaba por Virginia Avenue.

—Al parecer, habéis estado de uñas hoy Ramsey y tú. ¿Crees tener alguna posibilidad?

—Sabes bien que no me siento cómoda discutiendo esos temas contigo, Jordán.

Él se acaloró un poco.

—Algo que odio de esta ciudad y de nuestros trabajos. El gobierno no debería entrometerse en el contrato matrimonial.

—Curiosa opinión, sobre todo viniendo de un político.

Jordán se echó a reír.

—Pues, como político, tengo que soltar el rollo, ¿o no? —Le cogió la mano—. Para mí tiene mucho valor que organizaras la cena en honor de Kenneth. Sé que te llevaste alguna crítica.

Elizabeth hizo un gesto de indiferencia.

—Harold aprovecha la menor oportunidad, por trivial que sea, para chincharme, Jordán. Ya estoy avezada a ello. —Le dio un beso en la mejilla mientras él le acariciaba el pelo.

—Pese a todo pronóstico, los dos hemos vencido, ¿no te parece? Y llevamos una agradable existencia.

—Llevamos una vida maravillosa, Jordán. —Le besó de nuevo y él le pasó el brazo por el hombro con gesto protector.

—Creo que esta noche tendríamos que anular todos los compromisos y quedarnos en casa. Cenar algo, ver una película. Y hablar. Es algo que no hacemos a menudo.

—Me temo que no voy a ser la compañía ideal.

Jordán la abrazó.

—Siempre eres la compañía ideal, Beth. Siempre.

Cuando los Knight llegaron a su piso, Mary, el ama de llaves, entregó a Elizabeth un mensaje telefónico. Una curiosa expresión se dibujó en su rostro al ver el nombre escrito en el papel.

Apareció luego Jordán en el vestíbulo frotándose las manos. Mirando a Mary, dijo:

—Supongo que habrá preparado algo bueno para cenar.

—Su plato preferido: filete de buey.

Jordán sonrió.

—Creo que cenaremos tarde. Esta noche la señora y yo vamos a relajarnos del todo. Que no nos moleste nadie. —Miró a su esposa—. ¿Algún problema? —Se fijó en el papel que tenía en la mano.

—No. Asuntos de trabajo. Esto no para nunca.

—¡Dímelo a mí! —respondió él escuetamente—. Bien, yo tomaré una ducha caliente. —Se marchó—. Si te apetece, puedes acompañarme —dijo volviendo la cabeza.

Mary se fue hacia la cocina sonriendo ante el comentario del senador.

Elizabeth aprovechó la oportunidad para meterse en su estudio y marcar el número que tenía en el papel del mensaje.

—Me han llamado ustedes —dijo por teléfono.

—Tenemos que hablar, magistrada Knight. ¿Qué le parece ahora mismo?

—¿De qué va todo esto?

—Lo que voy a decirle puede caerle como un cubo de agua fría. ¿Está preparada para ello?

Sin saber por qué, Elizabeth Knight tuvo la impresión de que aquel hombre disfrutaba.

—La verdad es que no tengo tiempo para esas intrigas que al parecer le divierten tanto a usted.

—Pues si le parece voy a darle un cursillo acelerado sobre el tema.

—¿Pero de qué me habla?

—Usted límitese a escuchar.

Ella obedeció. Veinte minutos después colgó, salió disparada del estudio y estuvo a punto de chocar con Mary, que pasaba por allí. Se metió en el lavabo y se refrescó la cara con agua fría. Se agarró al extremo del lavabo, se repuso algo, abrió la puerta y salió despacio hacia el vestíbulo.

Oyó que Jordán se estaba duchando. Miró el reloj. Cogió el ascensor, se dirigió a la recepción del edificio y esperó junto a la puerta. Parecía que el tiempo no acababa de pasar. De hecho hacía solo diez minutos que había colgado el teléfono. Por fin apareció un hombre al que ella no conocía aunque sin duda él la había visto antes, y le entregó algo. Ella miró el objeto. Cuando levantó de nuevo la vista, aquel hombre ya no estaba allí. Se metió aquello en el bolsillo y subió deprisa al piso.

—¿Dónde está Jordán? —preguntó a Mary.

—Creo que en su habitación vistiéndose. ¿Le ocurre algo, señora Knight?

—No. Bueno... tengo el estómago algo revuelto pero no es nada. He pensado que me iría bien estirar las piernas, salir a mirar algún escaparate y tomar el fresco. ¿Nos preparará unos cócteles y los servirá en la terraza?

—Empieza a llover.

—Pero el toldo está puesto. Y de pronto siento algo de claustrofobia. Tiene que darme el aire. Últimamente ha hecho un tiempo muy cálido y húmedo, menos mal que la lluvia refrescará el ambiente. Claro que lo refrescará —añadió, melancólica—. ¿Verdad que a Jordán le preparará su preferido?

—Beefeater con Martini con una sacudida, por supuesto, señora.

—En cuanto a la cena... por favor, Mary, asegúrese de que sea una delicia. Que sea perfecta.

—Descuide, señora.

Mary se dirigió al mueble-bar con cara de extrañeza.

Elizabeth Knight entrelazó fuertemente las manos para combatir el pánico que se iba apoderando de ella. Tenía que dejar de pensar en aquello. Si quería superarlo, debía limitarse a actuar, sin pensar. «Dios mío, ayúdame, por favor», suplicó.

Fiske miró las oscuras nubes por la ventanilla del coche con gesto displicente. Él y Sara estaban a medio camino de Washington y ninguno de los dos había dicho gran cosa durante el trayecto.

Sara puso en marcha el limpiaparabrisas cuando empezaron a caer gotas. Miró a John frunciendo el ceño.

—Tenemos un montón de información en la que trabajar. Tal vez deberíamos dedicar una hora a encajar las piezas.

Fiske la miró.

—Creo que tienes razón. ¿Tienes papel y boli en alguna parte?

—¿No llevas tú en la cartera?

Fiske se desabrochó el cinturón de seguridad, cogió la cartera del asiento de atrás y la abrió. Al apartar el correo que había metido en ella sus dedos toparon con un abultado paquete.

—¡Vaya, qué rapidez!

—¿Cómo?

—Creo que es el expediente de Harms. —Abrió el paquete y empezó a leer. Al cabo de diez minutos, volvió la cabeza hacia ella—. Está dividido en dos partes. Su historial de servicio, determinadas partes del expediente del consejo de guerra y la lista del personal de Fort Plessy durante el tiempo que Harms estuvo destinado allí.

—Fiske separó un apartado titulado «*Historial médico*». Examinó aquellas páginas y se detuvo—. ¿A qué no sabes por qué Rufus Harms era tan insubordinado, se mostraba incapaz de obedecer órdenes, tenía siempre problemas?

—Era disléxico —respondió inmediatamente Sara.

—¿Cómo demonios lo sabes?

—Por un par de detalles. Aunque viera muy poco de su escrito, noté que la letra y la ortografía del recurso eran fatales. Eso es señal de dislexia, aunque no es un dato concluyente. Luego hablé con George Barker y, ¿te acuerdas que me contó que Rufus le arregló la prensa? —Fiske asintió—. Pues se acordaba de que Rufus había dicho que no quería ver el manual de funcionamiento porque se hacía un lío con las palabras. Yo fui a la escuela con una niña disléxica. En una ocasión me dijo más o menos eso mismo. Es como si no pudieran comunicarse con el mundo. De todas formas, a juzgar por el encuentro que tuvimos la otra noche, diría que Rufus ha superado el problema.

—Si ha sido capaz de sobrevivir en la cárcel tantos años con una gente que intentaba acabar con él, podrá hacer lo que se proponga. —Fiske bajó de nuevo la mirada hacia el expediente—. Al parecer se le diagnosticó tras el asesinato. Puede que durante los trámites del consejo de guerra. Quizás lo descubrió Rider. La preparación de la defensa exige cierta colaboración por parte del cliente.

—La dislexia no es un atenuante ante un asesinato.

—No, pero sé qué es lo que lo fue.

—¿Cómo? —exclamó Sara emocionada—. ¿Qué?

—De entrada una pregunta: ¿tiene Leo Dellasandro un lío con su secretaria?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque llevaba maquillaje en el cuello de la chaqueta.

—Quizás de su esposa.

—Quizás, pero no creo.

—Dudo que tengan un lío pues su secretaria se ha casado hace poco.

—Ya me lo imaginaba.

—Pues, ¿por qué me lo preguntas?

—Para tener todos los flancos cubiertos. Pero estoy convencido de que el maquillaje no era de su esposa. Creo que lo llevaba él.

—¿Por qué llevaría un hombre, un comisario, encima, maquillaje?

—Para disimular el moretón que le hice yo al atizarle en el piso de mi hermano.

—Sara casi perdió el aliento al oír aquellas palabras—. No le he visto desde aquella noche. No apareció en la reunión del Tribunal después del asesinato de Wright. He visto a Chandler en muchas ocasiones y el hombre no ha aparecido nunca a comprobar cómo seguía la investigación. Como mínimo cuando estaba yo presente. Creo que evita encontrarse conmigo. Puede que tema que le haya reconocido.

—¿Y por qué demonios se encontraría Leo Dellasandro en el piso de tu hermano?

Fiske, como respuesta, le enseñó unos papeles.

—La lista del personal destinado en Fort Plessy. Por suerte viene en orden alfabético. —Pasó al final de la lista—. Sargento Víctor Tremaine. —Volvió otra página—. Capitán Frank Rayfield. —Retrocedió unas hojas y se detuvo—. Soldado Rufus Harms. —Volvió al principio, señaló con un círculo uno de los nombres y dijo con aire triunfal—: Y el cabo Leo Dellasandro.

—¡Santo Dios! ¿Entonces Rayfield, Tremaine y Dellasandro eran los hombres que se encontraban en aquel destino militar la noche de autos?

—Eso creo.

—¿Cómo sabías que Dellasandro había estado en el ejército?

—Por una foto que vi en su despacho. Mucho más joven, en uniforme. El uniforme del ejército. Creo que los tres fueron allí a darle una lección a Rufus Harms. Y también creo que vamos a descubrir que ellos combatieron en Vietnam y Rufus no. Él se negaba obedecer órdenes, constantemente tenía problemas.

—¿Pero qué demonios le hicieron a Rufus Harms?

—Creo que...

Sonó el teléfono del coche. Sara dirigió una mirada a Fiske y lo cogió rápidamente. Mientras escuchaba iba quedando lívida.

—Sí, acepto la llamada. ¿Dígame? ¿Cómo? De acuerdo, tranquilo. Está aquí a mi lado. —Pasó el teléfono a Fiske—. Es Rufus Harms. Creo que ocurre algo.

Fiske cogió el aparato.

—¿Dónde está usted, Rufus?

Rufus se encontraba ante una cabina telefónica cerca de la que había aparcado el *jeep*. Con una mano sujetaba el teléfono y con la otra intentaba calmar a Josh, que iba pasando de la conciencia a la pérdida de conocimiento, a pesar de que no abandonaba la pistola.

—En Richmond —respondió—. A dos minutos de la dirección que figura en la tarjeta que me dio usted. Josh está muy malherido. Necesito un médico ya.

—De acuerdo, vamos a ver, ¿qué ha sucedido?

—Rayfield y Tremaine dieron finalmente con nosotros.

—¿Dónde están ellos ahora?

—Muertos, ¿dónde van a estar? Y mi hermano está a punto de correr la misma suerte. Usted dijo que iba a ayudarme. Pues ahora le necesito.

Fiske echó una ojeada al retrovisor. El turismo negro seguía ahí atrás. Reflexionó velozmente.

—Bien, nos vemos en mi despacho dentro de dos horas.

—Josh no puede esperar dos horas. Le han disparado a matar.

—Nos ocuparemos de Josh ahora mismo, Rufus. La cita es con usted, no con Josh.

—¿Pero qué dice?

—Voy a llamar a un colega que es poli. Él me conseguirá una ambulancia. Se ocuparán de Josh. El hospital MCV está a unos minutos de mi despacho.

—¡De policía nada!

—¿Qué quiere, que Josh muera? —gritó Fiske por teléfono—. ¿Eso pretende? —Fiske tradujo el silencio de Rufus como asentimiento a la ayuda que pudiera ofrecerle él—. Describame el vehículo en el que viajan y precísame el cruce en el que se encuentran ahora mismo. —Rufus lo hizo—. En unos minutos acudirá aquí mi amigo para socorrerlo. Deje a Josh en el coche. Y usted, nada más colgar, váyase al edificio de mi despacho. Está abierto. Una vez pasada la puerta principal, baje la escalera que encontrará a su izquierda. Pase la puerta siguiente. A la derecha, verá otra que tiene una placa que dice «Servicios». Está abierta. Métase en ese cuarto y no se mueva. Yo llegaré en cuanto pueda. Quítele a su hermano la cartera para que no lleve encima ninguna tarjeta identificativa. Si se dan cuenta de que se trata de Josh, iniciarán su búsqueda en los alrededores. Y ahí incluyo mi despacho. Si la policía acordonara la zona, mi plan podría irse al traste.

—¿Y si alguien me ve? ¿Si me reconocen?

—No tenemos otra alternativa, Rufus.

—Confío en usted. Ayude a mi hermano, por favor. Y no me deje a mí en la estacada.

—Yo también confío en usted, Rufus. No me falle.

Rufus colgó y miró a Josh. Se metió la pistola bajo la camisa y estiró el brazo para tocar a su hermano. Creía que estaba completamente inconsciente, pero cuando

Rufus le rozó el hombro, abrió los ojos.

—Josh...

—Lo he oído. —Su voz era débil; todo en él era debilidad.

—Quiere que te quite la cartera para que no se enteren de quién eres.

—En el bolsillo de atrás. —Rufus se la cogió—. Márchate enseguida.

Rufus reflexionó un instante.

—Puedo quedarme contigo. Ir juntos.

—Ni hablar. —Josh escupió más sangre—. Los médicos me coserán. Otras veces he estado peor.

Con mano temblorosa, Josh tocó la cara a su hermano y le secó los ojos.

—Me quedo contigo, Josh.

—Si te quedas, todo habrá sido inútil.

—No puedo dejarte solo. En tu estado. Y después de tantos años de separación.

Josh se incorporó con una mueca de dolor.

—No me dejas solo. Dámela.

—¿Que te dé qué?

—La Biblia —dijo Josh.

Sin apartar la vista de su hermano, Rufus estiró el brazo, cogió el libro del asiento de atrás y se lo pasó. Como contrapartida, Josh le entregó la pistola que había conservado contra sus costillas todas aquellas horas. Rufus le miró intrigado.

—Un trueque justo —dijo sin apenas voz.

Rufus creyó ver la sombra de una sonrisa en los labios de su hermano antes de que cerrara los ojos; su respiración no era profunda pero sí rítmica. Aquella mano agarró con tal fuerza la Biblia que el lomo del libro se torció.

Rufus salió del *jeep*, volvió la cabeza por última vez y dejó a su hermano.

Por fin Fiske localizó a Hawkins en su casa.

—No me preguntes el porqué ni el cómo, Billy. No puedo darte su nombre. De momento llámale John Doe. Prepara los papeles y llévalo con el *jeep* al hospital. —Fiske colgó.

—¿Cómo vamos a encontrarnos con Rufus si el FBI nos está pisando los talones, John? —dijo Sara.

—Soy yo quien voy a encontrarme con Rufus, no tú.

—Un momento...

—Sara...

—Quiero echar una mano.

—Lo harás, descuida. Vas a llamar por teléfono a mi amigo del Tribunal Central Militar.

—¿Para qué? Encima aún no me has dicho lo que crees que ocurrió hace veinticinco años en aquella prisión militar.

Fiske colocó la mano encima de la de ella.

—Estados Unidos de América contra Stanley. Un soldado inocente y el LSD. — Dijo Fiske y le pareció que los ojos de ella iban a salirse de sus órbitas—. Solo que más grave —añadió.

Tras detenerse un momento en casa de Sara, siguieron hasta el aeropuerto Nacional, donde aparcaron el coche. Fiske se abrochó bien la gabardina y se encasquetó bien el sombrero al arreciar la lluvia. Abrió un gran paraguas para que no se mojara Sara. Entraron en la terminal y salieron a la zona de embarque, donde se metieron en un coche con ventanas oscuras. Dos minutos más tarde, el coche se alejó.

Tras ellos, dos agentes del FBI, uno de los cuales estaba comunicando ya la situación a sus superiores. Seguidamente se dirigió al mostrador para verificar el destino del vuelo que iban a tomar Fiske y Sara. El otro agente salió y observó cómo el vehículo se detenía frente al Falcon 2000.

A bordo del citado vehículo, Fiske y el conductor, el copiloto de Chuck Herman, se intercambiaban la posición. El conductor se puso la gabardina y el sombrero. De lejos tendría el aspecto de Fiske. El plan consistía en que Sara permaneciera una hora en el avión y que durante aquel tiempo intentara ponerse en contacto con Phil Jansen, el amigo que tenía Fiske en el Tribunal Central Militar. Luego abandonaría el avión. Sabían que el FBI la interrogaría sobre la desaparición de Fiske, aunque no tendría ninguna razón para detenerla.

El agente del FBI observó a un hombre delgado de pelo blanco que bajaba por la escalerilla del avión y saludaba a Sara y al hombre que creía que era Fiske en el momento en que salían del coche. Los tres se fueron hacia el avión. El turismo se alejó. El agente del FBI siguió con la vista fija en el avión mientras el turismo pasó junto a él y siguió la carretera que llevaba a la salida de la terminal.

Fiske, al volante del turismo, suspiró profundamente al entrar en Washington Parkway. Diez minutos más tarde cogía la interestatal 95 camino de Richmond. El tráfico era denso; tardó casi tres horas en llegar frente al edificio donde tenía el despacho. Por el camino había establecido contacto con Billy Hawkins. Estaban operando a Josh Harms en el hospital MCV. Hawkins le había comentado que tenía pocas esperanzas. Fiske aparcó y dio la vuelta para coger la entrada trasera, por si acaso.

Se fue hacia la planta subterránea, hacia el cuarto de servicios. «Ojalá estés aquí, Rufus», dijo para sus adentros. Llamó a la puerta.

—¿Rufus? —dijo en voz baja—. Soy John Fiske.

Rufus abrió la puerta con cautela.

—Salgamos de aquí.

Rufus le agarró por el brazo.

—¿Cómo está Josh?

—Le están operando. No podemos hacer más que rezar por él.

—Es lo que he hecho hasta ahora.

Se fueron hacia la entrada de atrás, corrieron hacia el coche de Fiske y se metieron en él.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rufus.

—¿Va a contarme lo de la carta del ejército?

—¿Qué quiere saber de ella?

—Pretendían hacer el seguimiento de las pruebas con fenciclidina, ¿verdad?

Harms quedó estupefacto.

—¿Fenci... qué?

—Pues PCP, polvo de ángel.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Le ocurrió lo mismo a otro tipo llamado Stanley, que se encontraba también en el ejército y participó en un falso programa. Con él experimentaron con LSD.

—Yo no estuve en ningún maldito programa de PCP, aunque ellos digan que sí.

—Se sacó la carta y se la entregó a Fiske.

Fiske se tomó su tiempo para leerla y al terminar levantó la vista hacia él.

—Cuénteme todo eso, Rufus.

Harms intentó relajarse al máximo. Era tan alto que las rodillas le llegaban al salpicadero y su pelo rozaba el techo del coche.

—Tremaine y Rayfield llevaban un tiempo intentando jugármela.

—¿Y Dellasandro? ¿Qué me dice del cabo Leo Dellasandro?

—Sí, él también. Imagino que no les gustaba nada que yo viviera cómodamente en este país, aunque fuera en un calabozo.

—¿No estaba al corriente de que usted sufría dislexia?

—No parece que se le escape nada a usted.

—Continúe.

—Ya había tenido una serie de problemas con ese grupo. Una noche encerraron conmigo a Tremaine en el calabozo porque se había embriagado. En aquella ocasión me dijo directamente lo que pensaba de mí. Imagino que organizaron el plan. Una noche aparecieron en el calabozo. Leo llevaba un arma. Me obligaron a cerrar los ojos y a echarme al suelo. Me di cuenta de que me inyectaban algo. Abrí los ojos y vi la jeringuilla que acababan de aplicarme al brazo. Los tres estaban ahí riendo, esperando mi muerte. Por los comentarios que hacían, aquel era su plan. Inyectarme una sobredosis de aquello.

—¿Cómo demonios consiguió, bajo los efectos del PCP, escapar de aquel calabozo?

—Tenía la impresión de que me iba hinchando, como si alguien fuera soplando aire en mi interior. Recuerdo que me levanté con la sensación de no haber en aquel cuarto. Les aparté a manotazos como si fueran muñecos de paja. Habían dejado la puerta abierta. Apareció corriendo el soldado de guardia pero también me abalancé

contra él y me liberé. —Se le había acelerado la respiración, entrelazaba y soltaba aquellas grandes manos como si estuviera reviviendo lo que había hecho tantos años atrás.

—¿Y en ello tropezó con Ruth Ann Mosley?

—Ella había ido a visitar a su hermano. —Rufus pegó puñetazo al salpicadero—. ¡Ojalá Dios me hubiera mandado un rayo para fulminarme antes de que la emprendiera con aquella niña! ¿Por qué tenía que ser un crío? ¿Por qué? —Las lágrimas descendían por el rostro de aquel hombre.

—No fue culpa suya, Rufus. El PCP puede inducirle a uno a hacer lo que sea, lo que sea. No fue culpa suya.

Como respuesta, Rufus extendió las manos, chillando:

—Estas manos lo hicieron. Independientemente de la porquería que me inyectaron, nada cambia el hecho de que yo matara a aquella preciosa niña. Nada en la tierra podrá borrarlo. ¿No cree? ¿No cree? —La mirada de Rufus se clavó en Fiske, aunque luego cerró los ojos y se apoyó en el asiento, inerte.

Fiske intentó mantener la calma.

—¿Y no recordó nada hasta que recibió la carta?

Por fin Rufus salió del ensimismamiento.

—Durante todos aquellos años, lo único que recordaba de aquella noche era que estaba sentado en el calabozo leyendo la Biblia que me regaló mi madre. A partir de ahí, la siguiente imagen era la niña muerta a mi lado. Nada más. —Se secó las lágrimas con la manga.

—Esos también son los efectos del PCP. Le borran a uno los recuerdos. Y probablemente también la conmoción del acto.

Rufus aspiró una bocanada de aire.

—A veces pienso que esa porquería sigue en mi interior.

—¿De todas formas usted se declaró culpable de asesinato?

—Había un montón de testigos. Samuel Rider me dijo que si no aceptaba la oferta, me condenarían y me ejecutarían. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Fiske reflexionó todo aquello un momento y luego dijo lentamente:

—Supongo que yo habría hecho lo mismo.

—Pero cuando recibí esa carta fue como si alguien hubiera encendido una inmensa luz en mi cabeza, como si una parte del cerebro se hubiera mantenido a oscuras todo el tiempo y consiguiera por fin la claridad. Vi hasta el último detalle.

—¿Fue entonces cuando escribió la carta al Tribunal y le pidió a Rider que la presentara por usted?

Rufus asintió.

—Luego su hermano vino a verme. Me dijo que creía en la justicia, que quería ayudarme si yo decía la verdad. Era una buena persona.

—Sí, lo era —respondió Fiske con la voz tomada.

—El problema fue que vino a verme con la carta. Rayfield y Vic no estaban

dispuestos a dejarle salir de allí. Ni hablar. Me dio un ataque cuando lo descubrí. Ellos me llevaron a la enfermería e intentaron matarme allí. Luego me trasladaron al hospital y Josh me sacó.

—Ha dicho que Tremaine y Rayfield están muertos.

Rufus asintió. Suspiró profundamente contemplando la caída de la lluvia en el oscuro horizonte de Richmond y luego se volvió hacia Fiske.

—Ahora usted sabe todo lo que sé yo. ¿Qué vamos a hacer?

—No estoy del todo seguro —fue todo lo que consiguió articular Fiske.

Chuck Herman sonrió al pasar junto a Sara en el pasillo del avión.

—La primera vez que me pagan por no volar.

—Esto es Washington, Chuck. También pagan a los agricultores para que no siembren —respondió ella escuetamente.

Sara cogió por enésima vez el móvil y marcó el número de teléfono particular de Phil Jansen. En su despacho le habían dicho que Jansen ya no volvería aquel día. Afortunadamente, Fiske le había dejado también el teléfono de su casa. La tranquilizó oír por fin la voz de Jansen. Se presentó con rapidez y le explicó que llamaba de parte de Fiske.

—No tengo mucho tiempo, señor Jansen, de modo que iré directa al grano. En el pasado, ¿tiene constancia de que el ejército haya organizado programas de prueba con PCP?

La voz de Jansen traducía su nerviosismo.

—¿Por qué me lo pregunta, señorita Evans?

—John opina que a Rufus Harms se le suministró PCP sin su conocimiento hace veinticinco años, cuando se encontraba en el calabozo en Fort Plessy. Él considera que dicha sustancia le hizo enloquecer y matar a una niña. Ha estado en la cárcel cumpliendo condena por el crimen desde entonces.

Sara le contó las deducciones a las que habían llegado Fiske y ella, así como la información obtenida de Rufus en el despacho de Rider.

—Hace poco, Rufus Harms recibió una carta del ejército en la que se le pedía participar en una prueba de seguimiento para determinar los efectos del PCP a largo plazo —continuó Sara—. ¿Verdad que eso es lo que le ocurrió al sargento James Stanley? Recibió una carta del ejército. Por ello supo que este le había suministrado LSD. Pues bien, nosotros creemos que un grupo de militares administró a la fuerza PCP a Harms cuando se encontraba recluido, aunque no como parte de programa alguno. Pensamos que intentaron servirse de la droga para matarle. Y en lugar de ello, se fugó y cometió el asesinato.

—Un momento —dijo Jansen—. ¿Por qué le mandó el ejército una carta afirmando que constaba en un programa cuando no era cierto?

—Opinamos que quien le administró el PCP lo inscribió en el programa.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Si lo mataban con el PCP y se le efectuaba una autopsia, lo más seguro es que se detectaría dicha sustancia en la sangre.

—Sí, en efecto —dijo Jansen lentamente—. Así que le inscribieron en el programa como cobertura. De esta forma, el forense lo achacaría a una fatal reacción ante la sustancia. Me parece increíble.

—Efectivamente. ¿Así que existía ese programa?

—Sí —admitió Jansen—. Una información que ahora está al alcance de todo el

mundo. Se ha permitido ya su publicación. Lo llevaron a cabo el ejército y la CIA en colaboración, durante los setenta. Pretendían decidir si podía utilizarse el PCP para «forjar» soldados excepcionales. Si Harms constaba en el programa, es lógico que recibiera hace poco una carta para el seguimiento. —Jansen hizo una pausa—. ¿Qué piensan hacer ahora usted y John?

—Ojalá lo supiéramos. —Sara le dio las gracias a Jansen y colgó.

Esperó un rato más, salió del avión y se dirigió hacia la terminal. Enseguida la detuvieron dos agentes del FBI.

—¿Dónde está Fiske? —le preguntó uno de ellos.

—¿John Fiske? —dijo ella, con aire inocente.

—Vamos, señorita Evans...

—Se fue hace un rato.

Los agentes parecieron sorprendidos.

—Se fue. ¿Cómo?

—Creo que en coche. Y ahora, si me disculpan...

Sonrió al observar la carrera de los dos hombres hacia el avión. No tenían razones para detenerla. Cogió el autobús del aeropuerto hasta el aparcamiento y se metió en su coche. Salió del aeropuerto y cogió dirección sur. Al meterse en una estación de servicio, de pronto se le ocurrió algo. Sin parar el motor, abrió el portafolios de Fiske y sacó de él los documentos que habían recibido de St. Louis. No sabía hasta qué punto los había examinado a fondo Fiske, pero pensó que tal vez el ejército habría incluido una copia de la carta que mandaron a Rufus Harms en su expediente, pese a que, a nivel técnico, se había cerrado con ocasión del consejo de guerra. Pensó que valía la pena echar una ojeada.

Media hora más tarde suspiró, decepcionada. Se dispuso a meter de nuevo los papeles en el portafolio cuando detectó la lista del personal de Fort Plessy. Fue hojeando las páginas, fijándose en los nombres de Victor Tremaine y Frank Rayfield. Su mirada pasó luego sobre el nombre de Rufus Harms. ¡Tantos años de su vida robados!

Con ese pensamiento en la cabeza, siguió pasando páginas, resiguiendo la lista del personal; un nombre la dejó paralizada. Cuando consiguió reaccionar lo hizo con tal fuerza que dio un cabezazo contra el cristal. Tiró el expediente, apretó el acelerador e hizo rechinar las ruedas. Bajó la vista hacia el suelo, adonde había ido a parar la lista y tuvo la impresión de que el nombre de Warren McKenna la miraba, mofándose de ella. No volvió la vista hacia atrás y por tanto no se fijó en el coche que la seguía desde el aeropuerto.

Harold Ramsey se reclinó en su butaca, con expresión grave.

—Nunca me hubiera imaginado que aquí pudiera pasar algo así.

McKenna y Chandler se encontraban también en el despacho de Ramsey. Aquel observaba atentamente al presidente del Tribunal Supremo. Por un instante pareció que sus miradas se encontraban, pero McKenna enseguida apartó la suya y se volvió hacia Chandler.

—En realidad no tenemos prueba fehaciente de que Michael Fiske robara un recurso, ni siquiera de que haya existido tal recurso —dijo Chandler.

Ramsey movió la cabeza en señal de disconformidad.

—¿Puede existir la sombra de una duda tras la conversación que hemos tenido con Sara Evans?

«¿Conversación? Más bien interrogatorio», pensó Chandler.

—Sigue siendo materia de especulación. Y yo me inclinaría por no hacer pública la información.

—Estoy de acuerdo —dijo McKenna—. Podría complicarnos la investigación.

—Creía que estaba convencido de que John Fiske estaba detrás de todo esto —intervino Ramsey—. Si ha cambiado de opinión, no veo que hayamos avanzado nada respecto a hace dos días.

—Los asesinatos no se resuelven solos. Y este es algo más complejo de lo normal. Por otro lado, yo no he dicho que haya cambiado de opinión —respondió McKenna—. El arma de Fiske no estaba en su despacho. Lo que tampoco es sorprendente. No se preocupe, todo va encajando.

Ramsey no parecía muy convencido.

—No creo que esperar nos vaya a perjudicar tanto —dijo Chandler—. Y suponiendo que las cosas vayan por el camino que esperamos, tal vez la opinión pública no tenga que conocerlo nunca.

—No creo que eso sea posible —exclamó Ramsey, irritado—. Aunque tampoco creo que empeore la catástrofe si seguimos su consejo. Al menos de momento. ¿Qué se sabe de Fiske y de Evans? ¿Dónde están?

—Los tenemos vigilados —respondió McKenna.

—¿O sea que sabe dónde están ahora mismo? —preguntó Ramsey.

McKenna mantuvo su impertérrita expresión. No estaba dispuesto a confesar que tanto Sara como Fiske habían conseguido burlar la vigilancia del FBI. McKenna se había enterado de ello un minuto antes de acudir a aquella reunión.

—Por supuesto —respondió McKenna.

—¿Dónde están pues? —dijo Ramsey.

—Lo siento pero no puedo darle esta información, señor presidente del Tribunal. —Y se apresuró a añadir—: Por más que mi deseo sería complacerle. Comprenderá que debemos mantenerlo en secreto.

Ramsey le dirigió una dura mirada.

—Usted prometió que mantendría al Tribunal informado del desarrollo del caso, agente McKenna.

—Cierto. Precisamente por ello estoy aquí ahora.

—El Tribunal dispone de sus propias fuerzas de policía. El comisario Dellasandro y Ron Klaus se encuentran ahora mismo en la calle intentando resolver el caso. Nosotros llevamos nuestra propia investigación y considero que para el interés de todos deberíamos disponer de toda la información. Así pues, responda a mi pregunta: ¿Dónde están ahora?

—Lo que me dice usted tiene toda la lógica pero debo repetirle que no estoy autorizado para divulgar la información —dijo él—. Es la política que sigue el FBI, usted lo comprenderá.

Ramsey levantó las cejas.

—Entonces creo que tendré que contactar con alguien más del FBI —dijo—. No tengo por costumbre saltarme los eslabones de mando, agente McKenna, pero nos encontramos ante una situación inusual.

—Con mucho gusto le proporcionaré los nombres de las personas a quienes puede acudir, empezando por el propio director —le propuso McKenna amablemente.

—Vamos a ver, ¿tiene usted algo importante de que informarnos? —dijo Ramsey escuetamente—, ¿o eso es todo?

McKenna se levantó.

—Trabajamos con ahínco para llegar al fondo de la cuestión. Y estoy convencido de que, con un poco de suerte, lo conseguiremos.

Ramsey se levantó también y se irguió amenazadoramente ante él.

—Solo un consejo, agente McKenna: nunca deje nada en manos del azar. Quien lo hace suele arrepentirse de ello.

Sara abrió la puerta de su casa y se metió rápidamente dentro. Desde el coche había intentado llamar a Fiske a su casa y al despacho; había contactado también con Ed Fiske, quien le había dicho que no sabía nada de su hijo. Dejó el bolso sobre la mesa de la cocina, se fue arriba, se quitó la ropa húmeda que llevaba y se puso vaqueros y una camiseta. Estaba asustadísima y no sabía qué hacer. Lo peor era que Dellasandro estuviera complicado en ello. Él estaba al corriente del desarrollo de la investigación. Y el hecho de que Warren McKenna, agente del FBI, estuviera también implicado podía resultar catastrófico. Él era prácticamente quien llevaba la maldita investigación. En aquellos momentos Sara comprendía las sutiles manipulaciones del agente en cada etapa del caso. Fiske inculpa, ella despedida del Tribunal; las razones que se habían aducido para demostrar que John había matado a su hermano. Todo era falso y, sin embargo, alguien que se dedicara a observar los meros hechos podía encontrarle su lógica.

Intentó llamar al despacho de Chandler. Quería saber a ciencia cierta si McKenna había sido destinado a Fort Plessy o se trataba de otra persona con el mismo nombre. No creía que se tratara de otro McKenna, pero tenía que asegurarse. Por desgracia, Chandler no estaba allí. ¿A quién podía llamar para cotejar aquella información? Tal vez Jansen se la podría dar pero tendría que esperar mucho. De pronto se le ocurrió una idea. Marcó un número. Una mujer respondió tras tres timbrazos. Era el ama de llaves.

—¿Está el senador en casa? Soy Sara Evans.

Al cabo de un minuto Jordán Knight se puso al aparato.

—¿Sara?

—Ya sé que no es el momento más adecuado, senador.

—Me he enterado de lo que ha ocurrido hoy. —El tono de Knight era frío.

—Imagino lo que puede pensar y creo que nada de lo que pueda decirle yo le hará cambiar de parecer.

—Puede que tenga usted razón. De todas formas, y por si le sirve de algo, le diré que Beth está destrozada por lo sucedido. Ella era una de sus más fervientes valedoras.

—Algo que le agradezco. —Apartó un poco el teléfono de su oído mientras luchaba por controlar su estado. Cada segundo tenía un valor incalculable—. Necesito que me haga un favor.

—¿Un favor? —Jordán parecía perplejo.

—Información sobre alguien.

—No creo que sea lo más adecuado, Sara.

—No voy a molestarle nunca más, senador, pero de verdad necesito que responda a mi pregunta y opino que con los recursos que posee usted es la única persona que puede echarme una mano. Por favor... hágalo por los viejos tiempos.

Jordán reflexionó sobre aquello.

—El caso es que ahora mismo no estoy en mi despacho. En realidad me estaba preparando para cenar con Beth.

—Pero puede usted ponerse en contacto con su despacho o llamar al FBI.

—¿Al FBI? —exclamó él en voz muy alta.

—Solo le pido una llamada —siguió ella—. Yo estoy en casa. Incluso puede decirle a la persona que me llame directamente. Usted y yo ya no tendremos que ponernos en contacto de nuevo.

Por fin Jordán cedió.

—De acuerdo, ¿cuál es la pregunta?

—Es sobre el agente McKenna.

—¿Qué quiere saber de él?

—Si estuvo en el ejército. Destinado en concreto en Fort Plessy durante los setenta.

—¿Y por qué demonios tiene que saber eso?

—Tardaría mucho tiempo en contárselo, senador.

Jordán soltó un suspiro.

—De acuerdo. Veré qué puedo hacer. Consultaré con mi despacho y la llamaré.
¿Estará usted en casa?

—Sí.

—Espero que sepa lo que está haciendo, Sara.

—Tal vez no me crea, senador, pero lo sé.

—Si usted lo dice... —respondió él poco convencido.

Al cabo de un cuarto de hora volvió al comedor y Elizabeth le dijo:

—¿Qué demonios quería Sara?

—Algo extrañísimo. ¿Sabes el tipo ese del FBI? ¿Del que te quejabas tú hace poco?

Elizabeth quedó rígida.

—¿Warren McKenna? ¿Qué ocurre con él?

—Pues que ella quería saber si estuvo en el ejército.

A Elizabeth Knight le cayó el tenedor.

—¿Y por qué quería saberlo?

—Ni idea. No me lo ha dicho. —Jordán la miró intrigado al notar la tensión—.
¿No te encuentras bien?

—Sí, sí, muy bien. Lo que pasa es que he tenido un día de perros.

—Lo sé, cariño, lo sé —respondió él para tranquilizarla. Miró el plato, que ya se le había enfriado—. Creo que eso de la velada tranquila se nos ha ido al traste.

—¿Qué le has dicho?

—¿Decirle? Que haría mis comprobaciones. Y que alguien se pondría en contacto con ella. Y es lo que he hecho, llamar a mi despacho. Imagino que podrán verificarlo por ordenador o algo.

—¿Dónde está Sara?

—En su casa, esperando que responda a su pregunta.

Elizabeth se levantó, lívida.

—¿No te encuentras bien, Beth?

—Me ha entrado dolor de cabeza. Voy a tomar una aspirina.

—Iré a buscártela.

—No, tranquilo. Acaba de cenar. Veremos si por fin podemos relajarnos.

Jordán Knight observó inquieto cómo se iba su esposa. Fue a por una aspirina pues realmente tenía dolor de cabeza. Luego se metió en su habitación, cogió el teléfono y marcó un número.

—Dígame —respondió la voz.

—Acaba de llamar Sara Evans. Para hacerle una pregunta a Jordán.

—¿Qué pregunta?

—Quería saber si había estado usted en el ejército.

Warren McKenna se aflojó el nudo de la corbata y tomó un sorbo de agua del

vaso que tenía en la mesa de su despacho. Acababa de llegar de la reunión en el Tribunal.

—¿Y qué le ha dicho él?

—Que iba a comprobarlo y se pondría en contacto con ella. —Elizabeth tuvo que hacer un esfuerzo por no estallar en llanto.

McKenna iba asintiendo con la cabeza.

—¿Dónde se encuentra ella?

—En su casa, según le ha dicho a Jordán.

—¿Y John Fiske?

—No lo sé. Al parecer, no se lo ha comentado.

McKenna cogió su chaqueta.

—Gracias por la información, magistrada Knight. Puede que sea más valiosa que sus propias opiniones.

Elizabeth Knight colgó dubitativamente y poco después cogió de nuevo el teléfono. No podía dejar las cosas así. Llamó a información y consiguió el número. Le respondieron enseguida.

—Póngame con el inspector Chandler. Dígame que es de parte de Elizabeth Knight y que es urgente.

Chandler se puso al teléfono.

—¿Qué se le ofrece, magistrada Knight?

—No me pregunte el cómo ni el por qué, inspector Chandler, pero tiene que acudir inmediatamente a la casa de Sara Evans. Creo que corre un grave peligro. Apresúrese, por favor.

Chandler no perdió tiempo haciéndole preguntas. Salió volando del despacho sin ni siquiera colgar el teléfono.

Elizabeth Knight lo colgó despacio. Siempre había considerado que su trabajo en el Tribunal implicaba mucha presión pero aquello... estaba convencida de que, independientemente de cómo se desarrollaran los hechos, su vida quedaría destrozada. Para ella ya no había salida posible. Se le antojó irónico que la justicia pudiera terminar destruyéndola.

La silueta iba vestida de oscuro, con un pasamontañas en el rostro. Había seguido a Sara hasta Richmond y luego la había controlado a ella, a Fiske y a los agentes del FBI hasta Washington. Le tranquilizaba que ella hubiera despistado a dichos agentes; aquello le facilitaba la tarea. De cuclillas, dio la vuelta al coche y abrió la puerta del conductor. Al hacerlo, se encendió la luz interior y tuvo que apagarla. Observó las ventanas de la casa. Vio a Sara a través de una de ellas pero la chica no miraba hacia fuera. Encendió una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo e inspeccionó el interior del coche. Vio los papeles en el suelo y se fijó en el nombre que estaba subrayado. Recogió las carpetas y se las metió en la mochila que llevaba. Desfundó

su pistola y le acopló el silenciador. Echó otra ojeada a la casa pero en esta ocasión no vio rastro de Sara. De todas formas sabía que estaba allí. Sola. Apagó la linterna y se dirigió hacia la casa.

Sara se había estado paseando inquieta por la cocina, consultando constantemente el reloj y esperando la llamada del despacho de Jordán Knight. Salió a la parte trasera de la casa y observó un avión que se deslizaba por debajo de las oscuras nubes. Volvió luego la vista a su embarcación, contemplando cómo iba golpeando contra las ruedas de caucho pegadas al embarcadero, que hacían las veces de amortiguadores entre la suave fibra de vidrio y la dura madera. Sonrió al recordar todo lo que había sucedido la noche anterior. La sonrisa, no obstante, se heló en sus labios al evocar la discusión que había tenido con Fiske después del encuentro en la residencia de su madre. Pisó con fuerza, descalza, la húmeda madera y respiró el tranquilizador aroma de aquel entorno acuoso.

Entró en la casa, subió la escalera y se detuvo en el umbral de su habitación. La cama estaba aún por hacer. Se sentó sobre el colchón cogiendo el extremo de una sábana y recordó cómo habían hecho el amor. Pensaba en el momento en que Fiske se estiró la camiseta. Ed le había dicho que la cicatriz iba del ombligo al cuello. Como si aquello tuviera que afectarla en algo. Sin embargo, Fiske debía pensar que sí.

Escuchó el paso de otro avión y el silencio retornó; un silencio tan profundo que pudo oír con claridad cómo se abría una de las puertas de la casa.

Se levantó de un salto y corrió hacia la escalera.

—¿John?

No obtuvo respuesta y cuando vio que se encendía una luz abajo, el terror se apoderó de ella. Se metió en el dormitorio y cerró la puerta por dentro. Respirando con gran dificultad, con el pulso que retumbaba en el interior de sus oídos, buscó desesperadamente algo que le sirviera como arma, pues no veía forma de escapar. La ventana era muy pequeña y sabía que aunque consiguiera pasar por ella, se encontraba a dos plantas del suelo, con el piso de hormigón y pensó que lo que menos le convenía era romperse las piernas.

La desesperación pasó a convertirse en pánico cuando oyó los pasos. Se arrepintió de no haber puesto nunca teléfono en su habitación. Retuvo el aliento al ver que giraba lentamente el pomo hasta que el movimiento se detenía, pues tanto la cerradura como la puerta eran muy antiguas. Al oír un golpe sólido contra la puerta, se echó hacia atrás con un movimiento instintivo mientras un leve chillido escapó de sus labios. Estudió la situación hasta que su mirada se centró en las columnas que sujetaban el dosel de la cama. Se acercó allí y agarró el adorno en forma de pino de una de las columnas. Dio gracias a Dios por no habersele ocurrido nunca cubrir la cama con un baldaquín. La madera aquella era sólida y pesaría al menos medio kilo.

Blandiendo la pieza, se dirigió hacia la puerta. Esta tembló a causa de otro

contundente golpe; la cerradura se torció con la presión y el marco empezó a astillarse. Tras el impacto, se acercó más a la puerta, la abrió con cuidado y se apartó. Con la cerradura ya libre, el siguiente golpe impulsó al hombre hacia la habitación. Sara golpeó con todas sus fuerzas y la madera chocó contra aquel cuerpo. Sara salió corriendo hacia el pasillo. El hombre al que había golpeado se quedó tendido en el suelo con la mano en el hombro, gimiendo.

Sara sabía que Rayfield y Tremaine estaban muertos. Por tanto, el hombre al que acababa de golpear tenía que ser o bien Dellasandro o, y la idea le hizo estremecer, Warren McKenna. Bajó la escalera en dos saltos, cogió las llaves del coche de la mesa, y se dispuso a salir a buscarlo. Entonces soltó un chillido de terror.

El segundo hombre la miraba tranquilamente, con toda la frialdad. Al avanzar, Leo Dellasandro la apuntó directamente con la pistola. El hombre de negro bajó la escalera, aún sujetándose el hombro, pero con el arma dirigida también hacia ella. Dellasandro cerró la puerta. Sara volvió la cabeza hacia el hombre que tenía detrás. No podía ser otro que McKenna. Pero luego su expresión cambió. El hombre no era lo suficientemente corpulento para ser el agente del FBI.

Al quitarse el pasamontañas, Sara se dio cuenta de que se trataba de Richard Perkins. Sonriendo ante su expresión de perplejidad, cogió unos papeles de la mochila.

—Le habrá pasado por alto mi nombre en la lista de Fort Plessy, Sara. ¡Qué poco sistemática es trabajando!

Ella le dirigió una mirada de odio.

—El comisario del Tribunal Supremo y el jefe de policía de este, copartícipes de un despreciable crimen.

—Fue Harms quien mató a la niña, no yo —dijo Dellasandro.

—¿Ha llegado a convencerse a sí mismo de ello, Leo? La mató usted y no Rufus, hasta el punto de que podría afirmarse que fueron sus manos las que la estrangularon.

El rostro de Dellasandro adoptó un aspecto de lo más desagradable.

—Valiente hijo de puta. De haber decidido yo, le habría llenado el cuerpo de plomo en lugar de meterle la maldita droga. Era una vergüenza para el uniforme.

—Sufría dislexia —exclamó Sara—. ¿Tan idiota es que no ve que no obedecía las órdenes porque era incapaz de comprenderlas? Usted destrozó su vida y la de la niña por nada.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Dellasandro.

—Pues yo no lo veo así. Ni mucho menos. Tuvo lo que merecía.

—¿Ya se le ha curado la magulladura, Leo? John le atizó de lleno, ¿verdad? Él está al corriente de todo, desde luego.

—A él también tendremos que hacerle una visita.

—¿Usted, Vic Tremaine y Frank Rayfield?

—Precisamente —respondió Dellasandro con desprecio.

—Sus colegas están muertos. —La sonrisa de Sara empezó a dibujarse cuando se

congeló la de Dellasandro—. Montaron una emboscada a Rufus y a su hermano, pero, al igual que la última vez, no pudieron acabar el trabajo —añadió en tono sarcástico.

—Entonces espero tener ocasión de ocuparme yo de ellos.

Sara le miró de arriba abajo y finalmente movió la cabeza con expresión de repugnancia.

—Dígame una cosa, Leo: ¿cómo consiguió una sabandija como usted llegar a comisario?

Él respondió pegándole un bofetón y hubiera seguido de no haberle detenido Perkins.

—No tenemos tiempo para monsergas, Leo. —Agarró a Sara por el hombro. Entonces sonó el teléfono.

Perkins miró a Dellasandro.

—¿Fiske? —Volvió la vista hacia Sara—. Fiske está con Harms, ¿no? Por eso se han separado ustedes, ¿verdad? —Sara volvió la cabeza y el teléfono siguió sonando. Perkins le apretó la pistola contra la barbilla con el dedo a punto en el gatillo—. Se lo preguntaré solo una vez más. ¿Está Fiske con Rufus Harms? —Hundió un poco más el cañón en la piel de ella—. Le juro por Dios que su cabeza volará en dos segundos. ¡Contésteme!

—¡Sí! Sí, está con él —respondió ella casi sin voz mientras el metal presionaba su tráquea.

Él la empujó hacia el teléfono.

—Cójalo. Si es Fiske, monte una cita con él. En algún lugar cerca de aquí pero discreto. Dígame que tiene más información. A la mínima que intente ponerle sobre aviso es mujer muerta. —Sara vaciló—. ¡Hágalo! ¡De lo contrario morirá!

Sara se dio cuenta entonces de que Perkins, al que ella había considerado más asequible, en realidad era el más peligroso de los dos. Levantó poco a poco el teléfono. Perkins se mantuvo a su lado escuchando, con la pistola contra su sien. Ella aspiró intentando tranquilizarse.

—¿Dígame?

—¿Sara? —Era Fiske.

—He intentado localizarte por todos los medios.

—Ya lo sé. Acabo de oír los mensajes. Estoy con Rufus.

Perkins apretaba la pistola contra su cabeza al tiempo que escuchaba.

—¿Dónde estás ahora? —le preguntó ella.

—A mitad del camino del distrito de Columbia. En un bar de la carretera.

—¿Qué planes tienes?

—Creo que ha llegado el momento de acudir a Chandler. Rufus y yo hemos estado hablando sobre ello.

Perkins negó con la cabeza y señaló el teléfono con el dedo.

—No creo que sea lo más conveniente, John.

—¿Por qué?

—Yo he... he descubierto algo que tendrás que saber primero. Antes de acudir a Chandler.

—¿De qué se trata?

—No puedo contártelo por teléfono. Podría estar pinchado.

—Lo dudo, Sara.

—Podrías darme el número de dónde te encuentras ahora y te llamo desde el coche. —Volvió la cabeza hacia Perkins—. Podemos quedar en algún lugar. Y luego ir a ver a Chandler. El FBI tiene, de todas formas, controlado el coche en el que viajas. Tendrás que deshacerte de él.

Él le dio el número y Sara lo anotó en un bloc que tenía junto al teléfono y arrancó la hoja.

—¿Seguro que no puedes contármelo por teléfono?

—He hablado con tu amigo del Tribunal Central Militar —dijo ella, suplicando en su interior que Dios la asistiera en lo que iba a decir seguidamente. Si Fiske no reaccionaba como ella esperaba, estaba perdida. Pero tenía que confiar en él—. Darnell Jackson me ha contado todo sobre las pruebas con PCP.

Fiske se puso alerta y volvió la vista hacia Rufus, que seguía sentado en el coche.

—Darnell Jackson —respondió él enseguida—. Darnell nunca me ha dejado en la estacada.

Sara soltó un inaudible suspiro.

—Te llamo dentro de cinco minutos.

Colgó y miró a los dos hombres.

Perkins le dirigió una sonrisa maléfica.

—Buen trabajo, Sara. Y ahora vayamos a ver a sus amiguitos.

Después de que Sara le llamara montándole la cita, Fiske hizo otra llamada telefónica. Las noticias no eran buenas. Todo lo contrario. Se metió en el coche y, mirando a Harms, dijo:

—Tiene a Sara.

—¿Quién la tiene? —preguntó Harms.

—Su antiguo colega. Dellasandro. Es el único que queda.

—¿Pero qué dice, el único que queda?

—Rayfield y Tremaine están muertos. Solo queda Dellasandro. Sara me pasó la información sin que él se percatara... —Fiske hizo una pausa mirando a Rufus, quien parecía sonreír socarronamente. Entonces le dijo con un cierto titubeo—: ¿Cuántos hombres acudieron aquella noche al calabozo, Rufus?

—Cinco.

Fiske se dejó caer pesadamente contra el respaldo.

—Solo estaba al corriente de los tres que acabo de mencionar. ¿Quiénes son los otros dos?

—Perkins. Dick Perkins.

Fiske pensó que deliraba.

—Richard Perkins es el jefe de policía del Tribunal Supremo.

—No le he visto desde aquella noche, de lo cual no puedo por más que alegrarme. Dejando aparte a Tremaine, era el peor del grupo. Entró ya pegándome con la porra. Él fue quien me inyectó el PCP.

—¿Y el quinto?

—No le conocía. Era la primera vez que lo veía.

—Ah, vale. Creo que ya sé de quién se trata.

Sara no le había comentado que hubiera encontrado aquel nombre en la lista de personal de Fort Plessy, pero Fiske se lo había imaginado. La imagen de Warren McKenna apareció con toda la nitidez en sus pensamientos. Esa era la razón por la que el agente del FBI intentaba inculparle. Todo encajaba. Fiske puso el motor en marcha.

—¿A dónde vamos?

—Acaba de llamar Sara. Ella... ellos nos han montado una cita cerca de John Washington Parkway, en Virginia. He intentado contactar con Chandler pero no lo he encontrado. Le he dejado un mensaje precisándole dónde vamos a estar. Ojalá llegue a tiempo.

—¿Y vamos a ir?

—Si no vamos matarán a Sara. Si usted quiere quedarse al margen, es muy libre de hacerlo.

Como respuesta, Rufus se sacó una pistola del bolsillo y se la pasó a Fiske.

—¿Sabe manejar una de esas?

Fiske cogió la pistola, le quitó el seguro y comprobó que hubiera una bala en la recámara.

—Creo que podré —dijo.

Eran ya más de las doce de la noche y la avenida estaba desierta. En distintos puntos se veían zonas de recreo con pequeños parques en los que durante el día se reunían las familias para organizar barbacoas y pasar un rato de ocio. En cambio en aquellos momentos, cuando Fiske detuvo el coche, la zona estaba a oscuras, aislada y tenía para él un aspecto realmente lúgubre. Fue mirando los carteles hasta localizar el que buscaba. Al mismo tiempo se fijó en el coche de Sara, que estaba en un aparcamiento vacío. Unos grandes árboles formaban el telón de fondo de la zona de recreo cubierta de césped. Más allá de ellos, Fiske divisó la profunda negrura del río Potomac.

Rufus se agachó en el asiento de atrás, con los ojos a la altura de la parte inferior de la ventanilla. Recorrió con la mirada el oscuro paisaje.

—Hay alguien dentro del coche. Aunque no sabría decir si es un hombre o una mujer —dijo.

Fiske forzó la vista y asintió, confirmándolo. Durante el camino habían ideado algo así como un plan. Ya sobre el terreno, podrían llevarlo a cabo. Avanzaron un poco hasta superar una curva que les dejaba fuera del alcance visual del coche de Sara. Fiske frenó. Se abrió la puerta de atrás y Rufus desapareció en un instante tras los árboles, camino del aparcamiento.

Fiske siguió hacia allí y aparcó no muy lejos del coche de Sara. Miró hacia este y le tranquilizó comprobar que ella estaba al volante. Cogió la pistola y salió despacio. Miró por encima de la capota del coche.

—¿Sara?

Ella se volvió hacia él, movió la cabeza y sonrió levemente. La sonrisa desapareció cuando el hombre que tenía al lado le apuntó con un arma en la cabeza. Los dos salieron por el lado del conductor. Dellasandro la cogía con una mano del cuello mientras con la otra sujetaba la pistola que le hundía en la sien.

—Por aquí, Fiske —dijo Dellasandro. Fiske simuló como pudo una expresión de sorpresa—. ¿Dónde está Harms? —añadió—. Fiske hizo como que se frotaba la mejilla.

—Le ha dado un pronto. Ha decidido no acudir a la poli. Me ha golpeado y se ha largado.

—¿Y le ha dejado el coche a usted? No creo. Respóndame como es debido o su novia quedará con la cabeza llena de plomo.

—Le digo la verdad. Ya sabe que ha estado muchos años en la cárcel. El coche no le importaba ni un comino porque ni se acuerda de conducir.

Dellasandro reflexionó sobre aquello un momento.

—Acérquese. Con las manos a media altura.

Fiske se metió la pistola en la cintura e hizo lo que le pedía el otro. Rodeó lentamente en coche y anduvo hacia ellos. Al acercarse más se dio cuenta de la magulladura que tenía Sara en la mejilla.

—¿Estás bien, Sara? Ella asintió.

—Lo siento, John.

—Vamos, vamos, a callar —dijo Dellasandro—. ¿Dónde se le ha escapado exactamente Harms?

—Al dejar la interestatal. Hemos salido por la Uno.

—Una estupidez marcharse de esta forma. No llegará muy lejos.

—Nada, como se suele decir, «No hay peor sordo que el que no quiere oír».

—¿Por qué no me creeré yo nada de lo que me está diciendo?

—¿No será por aquello de que «cree el ladrón...»?

Dellasandro le apuntó con la pistola.

—Será una gozada volarle los sesos.

—Un poco complicado tener que hacerse cargo de un par de cadáveres.

Dellasandro miró hacia el río.

—Pues no tanto cuando uno tiene como aliada a la Madre Naturaleza.

—¿Y no cree que Chandler va a sospechar algo?

—¿Qué quiere que sospeche? La poli piensa que usted mató a su hermano por el dinero de la póliza. A la tipa esta la han puesto hoy de patitas en la calle por su culpa y la de su atontado hermano. Su carrera a tomar viento. Resultará que se habrán encontrado ustedes dos y se ha desencadenado la violencia. Puede que usted la haya matado a ella y luego se haya suicidado o al revés. ¿Qué importa? Encontrarán el coche de ella y al cabo de unos días o unas semanas, los dos cadáveres flotando en alguna parte... Es decir, lo que quede de ellos. Y caso cerrado.

—No está mal el plan. Pero como ni de lejos me creo que se le haya ocurrido a usted, dígame, ¿dónde están sus socios?

—¿De qué me está hablando?

—De los otros que estuvieron en el calabozo militar aquella noche.

—Uno de ellos es Perkins —soltó Sara—. También está aquí.

—¡A callar! —gritó Dellasandro.

—En realidad a ese ya lo tenía controlado. Y también creo saber quién es el otro.

—Váyase con sus cuentos a otro. Caminen.

Todos avanzaron hacia la orilla. Fiske volvió la cabeza hacia Dellasandro.

—Ni se le ocurra, Fiske. Puedo hacerle pedazos a cincuenta metros de distancia, conque imagínese a medio metro. Y si había pensado en que el subnormal aquel me atacaría desde los árboles, por mí que no quede.

Fiske quedó desolado, pues en realidad aquel era su plan. De pronto, una bala dio en el suelo junto a la pierna de Dellasandro. Este soltó un grito y apartó la pistola de la cabeza de Sara.

Fiske le pegó un fuerte puñetazo en el estómago, que le hizo retorcerse, y

seguidamente le atizó en la cabeza. Antes de que Dellasandro pudiera recuperarse, surgió Rufus de detrás de un árbol y se abalanzó contra él con la fuerza de un tanque incontrolado. El impacto arrojó al hombre al agua. Fiske se sacó la pistola y Rufus estaba dispuesto a perseguir a Dellasandro, cuando una serie de disparos pasaron rozándoles y todos se lanzaron al suelo.

Fiske cogió a Sara por el hombro.

—¿Ve algo, Rufus?

—Sí, pero algo que no le va a gustar. Creo que los disparos venían de puntos distintos.

—Vaya, tenía a los dos compinches aquí. —Agarró con fuerza la pistola—. Vamos a establecer un plan, Rufus. Disparamos dos veces cada uno y seguimos la trayectoria del fuego de ellos para ver de dónde proceden los disparos. Luego yo le cubro, usted se lleva a Sara y se alejan rápidamente de aquí. Se van hasta el coche de ella y se largan. —Antes de darle tiempo a Sara a decir algo, añadió—: Alguien tiene que encontrar a Chandler.

—Yo puedo quedarme —dijo Rufus—. Soy yo quien tiene que darles su merecido a esos cabrones.

—Creo que usted ya ha llevado demasiado tiempo el peso. —Fiske apuntó con su arma—. Usted dispara a la izquierda y controla la izquierda. Uno, dos, tres, ¡ya!

Sara se tapó los oídos y empezaron los disparos. Segundos después les devolvieron el fuego.

Fiske y Rufus analizaron rápidamente el resplandor de los cañones.

—Uno de ellos dispara sin control —dijo Fiske—. Tal vez le hayamos tocado. Bien, ahora yo apuntaré en las dos direcciones. Mantenga su arma a punto pero no dispare. Voy a desplazarme hacia la derecha unos diez metros. Seguirán mi camino con los disparos. Cuente hasta veinte y cuando oiga el primer tiro, salga enseguida.

Fiske empezó a andar pero Sara no quería soltarle la mano. Él quería decirle algo que le inspirara confianza, algo incluso un poco presuntuoso, para demostrarle que no tenía miedo. Pero sí lo tenía.

—Sé perfectamente lo que hago, Sara. Y supongo que siempre es mejor haber vivido cincuenta años que ninguno.

Sara le observó mientras se alejaba a rastras, convencida de que era la última vez que le veía vivo.

Un minuto después empezaron los tiros. Rufus tuvo que ayudar a Sara en la carrera hacia el coche. Al llegar a él, Rufus abrió la puerta y la empujó hacia dentro, pasó al otro lado y entró también él.

Fiske avanzó lentamente por entre la hierba, notando el olor a metal y pólvora quemada. El ánimo se le había venido abajo. Había ido contando los disparos efectuados, pero lo que no sabía era que no había empezado con el cargador lleno; no le quedaba munición. Al oír cómo arrancaba el coche sonrió con aire sombrío. Con aquel pensamiento en la cabeza y los oídos ensordecidos por los disparos, se percató

demasiado tarde del ruido procedente de atrás.

Dellasandro, empapado de agua y barro, chorreando, le estaba apuntando con un arma. Fiske fue incapaz de abrir la boca, pues le quedó seca al instante. Se vio asimismo incapaz de respirar, como sí los pulmones hubieran captado la situación y decidido detener su funcionamiento hasta que la bala les obligara a reemprenderlo. Llevaba ya dos agujeros en el cuerpo; a la tercera va la vencida. Darnell Jackson había estado ante su arma, después de perder el equilibrio tras matar al compañero de Fiske; con Dellasandro sería muy distinto. Fiske miró hacia el río. Una semana en aquellas aguas y ni su padre sería capaz de reconocerle. Volvió la vista hacia Dellasandro: la última imagen antes de morir.

Se produjo el disparo y Fiske contempló atónito cómo el cuerpo de Leo Dellasandro caía hacia delante y quedaba inmóvil.

Levantó la cabeza. Lo que vio le hizo desear que Dellasandro hubiera podido disparar antes. McKenna tenía la vista fija en él. Fiske solo pudo mover la cabeza. ¿No podía ser Chandler? ¿No podían darle ni un respiro? Entonces se fijó en la pistola de Dellasandro, que había caído muy cerca de él.

—Ni lo intente, Fiske —exclamó McKenna, tajante.

—¡Hijo de puta!

—Y yo que creía que me iba a dar las gracias.

—¿Por qué? ¿Por matar a su cómplice antes de acabar conmigo?

McKenna, como respuesta, sacó otra pistola de su bolsillo.

—Ahí tiene su arma. La he encontrado por casualidad.

—Vale. Algún día, como sea, recibirá su merecido.

McKenna volvió la cabeza hacia Dellasandro.

—En cierta manera lo he recibido ya.

El comportamiento de aquel hombre dejó completamente pasmado a Fiske.

Le pasó el arma, obligándole a empuñarla.

—No huya, dispare contra mí. —Le ayudó a incorporarse—. Chandler viene hacia aquí. He conseguido encontrarle en casa de Evans. He llegado allí en el momento en que Perkins y Dellasandro se llevaban a Sara. He imaginado que intentarían utilizarla para montar una encerrona. He seguido los pasos de ellos como si fuera su compañero extraoficial. Uno mejor que el último que tuvo usted. Yo nunca abandono la guardia.

Fiske se limitó a mirarle, incapaz de articular palabra.

—Perkins se ha largado. Era el otro que disparaba. He intentado pegarle un tiro pero ya estaba lejos. También he disparado para despistar a Leo. Imaginaba que por ahí debía andar Rufus.

—Creí que usted también estaba en el acuartelamiento aquella noche —dijo Fiske.

—Sí, estaba allí.

—¿Qué hace ahora, pues? ¿Limpiarse la conciencia? Si es así, será el único de los

cinco.

—Yo no era uno de los cinco.

—Si acaba de decir que estaba en el acuartelamiento aquella noche.

—Aquella noche, además de Rufus, se encontraban allí seis hombres.

Fiske estaba perplejo.

—No entiendo nada.

—Aquella noche yo estaba de guardia, John. He tardado veinticinco años en comprender lo que ocurrió, y no lo habría conseguido sin usted y Sara. Creo que el tema del PCP me vino a la cabeza al mismo tiempo que a usted, allí, en su despacho. En mi vida había tenido noticia de unas pruebas con drogas en Fort Plessy; claro que tampoco son temas sobre los que se hable demasiado.

—Informados o no del tema, no creo que nadie de los que se encontraban allí se haya preocupado nunca lo más mínimo por lo que le ocurrió a Harms.

—Se equivoca, yo me preocupé. —McKenna bajó la mirada—. Lo que ocurre es que no tuve agallas para hacer nada hasta que ya fue demasiado tarde. Yo habría podido detener todo este asunto. —Parecía como si todo su cuerpo fuera a derrumbarse al volver su mente hacia el pasado—. Pero no lo hice.

Fiske observó al hombre un momento, intentando aún asimilar sus últimas palabras.

—Algo ha hecho ahora mismo.

—Con veinticinco años de retraso.

—Van a conceder la libertad a Rufus, ¿no es así? Es todo lo que desea él.

McKenna le miró.

—Rufus ya está libre. Nadie volverá a meterlo en la cárcel. Quien lo intentara tendría que pasar sobre mi cadáver. Y créame, eso no sucederá.

Fiske miró hacia la carretera.

—¿Y qué me dice de Perkins?

McKenna sonrió.

—Sé perfectamente a dónde se dirige Perkins. Podemos llamar a Sara al coche e informarla. En cuando llegue Chandler, nos iremos.

—¿Irnos? ¿A dónde?

—Perkins ha ido a ver a la quinta persona que estuvo en el calabozo aquella noche.

—¿Quién? ¿De quién se trata?

—Pronto lo descubrirá. Dentro de poco lo sabrá todo.

La mujer abrió la puerta y Richard Perkins pasó como una bala por su

lado.

—¿Dónde está?

—En su despacho.

Perkins cruzó el vestíbulo corriendo y abrió la puerta. Aquel hombre alto le miró con expresión tranquila.

Perkins cerró la puerta.

—Todo el mundo se ha vuelto loco y yo abandono.

Jordán Knight se apoyó en el respaldo moviendo la cabeza.

—Si huyes, sabrán que eres culpable.

—Ya saben que soy culpable. He secuestrado a Sara Evans. Ahora mismo probablemente Leo ya esté muerto.

—No la has perdido de vista desde que salió esta mañana del Tribunal. Cuando me puse en contacto contigo, creí que estaba todo controlado. Pero sigue siendo la palabra de ella contra la tuya.

—¿Cómo podría ella haber montado algo así?

Jordán se frotó la barbilla.

—Piénsalo un poco. Hoy la han despedido. Tú la has acompañado hasta la puerta. Ella te acusa violentamente; tú también puedes plantearte alguna acusación que apoye tu posición.

—Rufus Harms sigue ahí fuera. Le he visto.

La expresión de Jordán se ensombreció.

—¡Vaya, el célebre señor Harms!

—Ha matado a Frank y a Vic.

—Pues dos menos de quienes preocuparnos.

—Eres despiadadamente frío. Les diste la orden de que mataran a Michael Fiske. Lo iniciaste todo.

Jordán parecía pensativo.

—Sigo sin comprender por qué Rufus Harms me citó en aquel recurso. A vosotros os conocía. Yo ni siquiera estaba en el ejército.

—No te citó.

Knight quedó aturdido; de pronto una chispa de esperanza brilló en sus ojos.

—Hablé con Tremaine —le explicó Perkins—. Rayfield te mintió. Tu nombre no figuraba en el recurso. Solo los de nosotros cuatro.

—De modo que soy el único que no ha salido.

Jordán se levantó mirando fijamente a Perkins. Aquello significaba que le quedaba una salida. Podía ocuparse de un último detalle, de una última persona y su pesadilla habría acabado. La idea casi le hizo estremecer.

—¿Y quién sabe si de un momento a otro no saldrás? ¡Maldita sea! ¿A dónde nos

ha conducido todo esto? Le inyectamos el PCP al cabrón aquel y cómo lo estamos pagando.

—Fuiste tú quien se lo inyectó, Richard.

—Ahora no me vengas en plan mandón. Lo del PCP fue idea tuya, lameculos de la CIA.

—Bueno... Yo estaba allí para organizar la prueba. Y no hacía más que oír vuestras quejas sobre Harms. Quise haceros un favor. —Miraba a Perkins con una tranquilidad alarmante—. Ahora mismo soy totalmente contrario a las drogas.

—¿Ahora que ya tienes un pie en el otro barrio? ¿Y también eres contrario al asesinato? ¿Eso cómo lo llevas, senador?

—Yo nunca he matado a nadie.

—¿Y aquella niña, Jordán? ¿Qué me dices de ella?

—Rufus Harms se declaró culpable del crimen. No creo que eso haya cambiado.

—Pues cambiará pronto si no tomamos una decisión.

—¿Seguro que quieres abandonar?

—No voy a esperar a que me caiga el edificio encima.

—¿Supongo que necesitarás dinero?

Perkins asintió.

—No dispongo de un fondo de jubilación como el que organizamos para Vic y Frank. Además siempre he tenido la mala costumbre de ser derrochador.

Jordán se sacó una llave del bolsillo y abrió uno de los cajones de su escritorio.

—Tengo algo en efectivo aquí. El resto te lo daré en un cheque. De entrada puedo entregarte cincuenta mil.

—No está mal para empezar.

Jordán le apuntó con una pistola.

—¿Qué coño haces, Jordán?

—Irrumpes aquí, completamente desesperado, me cuentas esos abominables crímenes que has cometido, me dices que has secuestrado a Sara Evans y ni siquiera sé con qué objetivo. Me amenazas. Entonces yo consigo sacar mi pistola y te mato.

—Estás loco. Nadie va a creerte.

—Sí van a creerme, Richard. —Jordán apretó el gatillo y Perkins cayó al suelo. Oyó un chillido en el vestíbulo. Se acercó al cadáver, lo cacheó rápidamente, cogió la pistola de Perkins, se la colocó en la mano y disparó contra la pared—. No ocurre nada —gritó, levantándose del suelo y guardando la pistola—. Estoy bien. —Abrió la puerta y quedó de piedra al encontrarse cara a cara con Rufus Harms. Detrás de Rufus estaban Chandler, McKenna, Fiske y Sara.

Por fin Jordán consiguió apartar la vista de Rufus para mirar a Chandler.

—Richard Perkins ha irrumpido aquí amenazándome. Llevaba una pistola. Afortunadamente he conseguido disparar antes.

McKenna dio un paso adelante.

—¿No se acuerda de mí, verdad, senador? Me refiero a otros tiempos. Antes del

FBI. —Jordán le miró sin reconocerle. McKenna se acercó un poco más a él—. Perkins y Dellasandro tampoco me recordaban. Ha pasado mucho tiempo y todos hemos cambiado. Por otro lado, aquella noche todo el mundo estaba borracho. Todos menos usted.

—No tengo ni idea de lo que me cuenta.

—Yo estaba de guardia la noche en que usted y sus amigotes fueron a por Rufus en Fort Plessy. Mi primera y última guardia en el acuartelamiento. Puede que por eso nadie me recuerde.

Jordán Knight retrocedió un poco.

—¿Tengo que tener alguna idea de lo que me está diciendo?

—Le dejé pasar a ver a Rufus porque yo era un novato acoquinado y cumplía órdenes de un capitán. Al cabo de poco, Rufus salió zumbando de la celda, me tiró al suelo y a partir de ahí cambió para siempre la vida de todos. He estado veinticinco puñeteros años preguntándome qué había ocurrido en realidad allí. Nunca he abierto la boca porque estaba acobardado. Rayfield era el más veterano. Me lo montó para que no tuviera problemas, aunque dejándome claro que tenía que mantener la boca cerrada respecto a lo que había visto. La verdad es que nunca supe realmente lo que ocurrió. Para cuando recuperé el valor para hablar, todo había acabado y Rufus estaba en la cárcel. He vivido todos estos años con la culpa encima. Pero puedo descargarla. —McKenna miró a Rufus—: Lo siento, Rufus. Fui débil y cobarde. Tal vez no te afecte lo que voy a decirte pero ni un solo día desde entonces he dejado de mal decir mi estampa por mi comportamiento.

Jordán se aclaró la voz.

—Muy conmovedor, agente McKenna. Ahora bien, se equivoca si cree que me vio aquella noche en el calabozo.

—Los archivos de la CIA demostrarán que estaba usted en Fort Plessy realizando pruebas con PCP a los soldados destinados allí —puntualizó McKenna.

—Si consigue hacerse con los archivos, usted sabrá qué hacer. Además, ¿demuestra algo que yo estuviera allí? Estaba en los servicios secretos por aquel entonces. No lo oculté a nadie. Es algo de dominio público.

—No sé qué opinarían sus votantes al enterarse que usted administraba PCP a los soldados —intervino Chandler con vehemencia.

—Aunque lo hubiera hecho, y con ello no es que lo admita, el programa era totalmente legal, como puede sin duda ratificarles mi esposa.

—¿El caso Stanley? —comentó Sara con amargura.

La mirada de Jordán no se apartaba de McKenna.

—Un poco casual que hubiera estado en el acuartelamiento y ahora se vea envuelto en ese asunto —dijo.

—No es cuestión de casualidad —respondió McKenna para sorpresa de todos—. Cuando dejé el ejército acabé la carrera e ingresé en la academia del FBI. Pero los mantuve controlados, a usted y a los otros. El sentimiento de culpabilidad motiva

mucho. Rayfield y Tremaine pasaron a trabajar donde estaba Rufus. Es algo que me pareció sospechoso aunque no concluyente. Perkins y Dellasandro se situaron junto a usted. Tuvieron cargos en sus distintos negocios. Yo mismo solicité que me trasladaran a Richmond para poder estar cerca de usted. Hizo el salto hacia la política y ellos siguieron a su sombra. Cuando llegó al distrito de Columbia consiguió puestos en el Senado para Dellasandro y Perkins. Entonces pedí el traslado aquí. Se le nombró a usted para el Comité Judicial del Senado hace unos años y entonces ellos pasaron al Tribunal Supremo. ¡Buenos detalles los suyos! Tenía que tratarse de la recompensa, del acuerdo al que habían llegado todos. A Rayfield y a Tremaine les tocó cuidar de Rufus. Usted se ocupó de Perkins y de Leo. Apuesto a que si investigáramos en sus cuentas descubriríamos unas suculentas sumas para la jubilación.

»Cuando me enteré del asesinato de Michael Fiske, me metí en la investigación solo porque él trabajaba en el Tribunal. Ahora bien, al descubrir que Rufus tenía alguna relación con ello, le pedí al Señor que todos esos años de seguimiento pudieran haberme servido de algo. Por fin ha salido a la luz la verdad.

—Una especulación absurda, querrá decir —replicó Jordán Knight—. De acuerdo con sus palabras, queda claro que usted ha tramado una demencial venganza contra mí. Considero monstruoso que haya venido a mi casa a acusarme de esta forma, sobre todo después de que un hombre intentara matarme y me obligara a matarle. Y aparte del inspector Chandler, que deberá investigar esa obvia reacción de autodefensa, quiero que todos ustedes salgan de una puñetera vez de mi casa.

McKenna sacó del bolsillo un teléfono móvil, habló a través de él y esperó una respuesta.

—Debo detenerle, senador Jordán. Estoy convencido de que el inspector Chandler hará lo mismo.

—¡Fuera de una puñetera vez!

—Voy a leerle sus derechos ahora mismo.

—Antes de que salga el sol le aseguro que tendrá su destino en el equivalente a Siberia en el FBI. Usted no posee prueba alguna.

—En realidad, para detenerle, me he basado en sus propias palabras. —Bajo la mirada atenta de todos, McKenna se arrodilló bajo el escritorio, pasó la mano por allí y extrajo un micrófono—. Su declaración la ha oído con la máxima claridad el equipo de vigilancia aparcado fuera. —Miró a Fiske—. Knight fue quien dio la orden a Rayfield de matar a su hermano.

Jordán se puso furioso.

—Esto es completamente ilegal. Ningún juez de esta ciudad le extendería una orden para ello. No soy yo quien irá a la cárcel sino usted.

—No nos hacía falta ninguna orden. Disponíamos del permiso.

—¡Estupideces! —gritó Jordán. Parecía dispuesto a atacar al agente—. Le exijo que me entregue inmediatamente las cintas. Si piensa que alguien va a creerse que yo

di el permiso, es que es usted un imbécil.

—Lo he hecho yo, Jordán. He sido yo.

Jordán quedó completamente lívido al ver a su esposa en el umbral de la puerta. Elizabeth ni siquiera miró el cadáver de Perkins. Tenía la vista fija en su marido.

—¿Tú?

—Yo también vivo aquí, Jordán. Puedo dar el permiso.

—¿Y por qué, por todos los santos?

Elizabeth le mantuvo la mirada un momento y luego tocó la manga de Rufus Harms.

—Este hombre es el porqué, Jordán. Él constituye la única razón capaz de moverme a hacer lo que he hecho.

—¿Por él? Es un asesino de niños.

—No me vengas con esas, Jordán. Conozco la verdad. Y te maldigo por lo que hiciste.

—¿Qué es lo que hice? He dedicado mi vida al servicio de este país. —Señaló a Rufus—. Ese hombre jamás ha movido un dedo por nada ni por nadie. Ese cabrón merece la muerte.

Rufus, con una rapidez que no parecía casar con su corpulencia, se acercó a Jordán, sus enormes manos agarraron el cuello del senador y empujó su cabeza contra la pared.

—¡Maldito canalla! —exclamó Rufus. Iba apretando los dedos y Jordán enrojecía cada vez más.

McKenna y Chandler sacaron sus armas pero no consiguieron disparar. Se les veía impotentes. Agarraron a Rufus pero aquello era como tirar de una montaña.

—¡Jordán! —exclamó Elizabeth.

—¡Basta, Rufus! —gritó Sara.

Jordán estaba a punto de perder la conciencia.

Fiske se acercó a ellos.

—¿Rufus, Rufus? —suspiró profundamente y se limitó a decir—: Josh no lo ha conseguido. —Rufus dejó de apretar a Jordán en el acto y volvió la cabeza hacia Fiske—. Ha muerto, Rufus. Los dos hemos perdido a nuestros hermanos. —Fiske temblaba visiblemente y Sara lo cogió por el hombro—. Si le mata, volverá a la cárcel y Josh habrá muerto por nada. —Rufus soltó algo el cuello del senador mientras las lágrimas inundaban sus ojos—. No puede hacerlo, Rufus. —Fiske dio otro indeciso paso hacia adelante—. No puede hacerlo.

Mientras los dos hombres, desolados, se miraban, Rufus soltó a Jordán, quien, jadeando, se desplomó contra la moqueta.

Jordán no volvió la cabeza hacia su esposa cuando se lo llevó McKenna esposado.

Al cabo de una hora, el equipo de forenses había concluido su trabajo y retiraban

el cadáver de Perkins. Chandler, Rufus, Sara y Fiske seguían allí. Elizabeth Knight estaba en su dormitorio.

—¿Hasta qué punto estaba al corriente de la verdad, Buford? —le preguntó Fiske.

—Hasta cierto punto. McKenna y yo habíamos tenido nuestras conversaciones. Creo que al principio él estaba convencido de su implicación en el asesinato, cuando menos le caía usted muy mal. —Chandler sonrió—. Pero en cuanto se enteró de que la cuestión tenía alguna relación con Rufus, cambió radicalmente de opinión. De todas formas nunca me gustó la idea de que le tuviera como cabeza de turco. Y fue él también quien apretó las tuercas para que despidieran a Sara.

—¿Por qué? —preguntó Sara.

—Los dos se estaban acercando a la verdad. Y eso implicaba que corrían peligro. McKenna era consciente de que los implicados eran capaces de todo. Sin embargo no disponía de prueba alguna. Tenía que hacerles pensar que ustedes dos eran los principales sospechosos. Cada vez que se encontraba cerca de Perkins y Dellasandro, McKenna comentaba que consideraba que el recurso de Rufus era una patraña y que el asesino era John. Él le quitó su pistola y se aseguró de que Perkins y Dellasandro supieran que había desaparecido. Contaba que con eso se sentirían tranquilos y cometerían algún error. Y con ello ustedes dos no corrían tanto peligro.

—Creo que en eso último falló —dijo Sara estremeciéndose.

—Lo cierto es que no se le ocurrió que usted podía despistar a su equipo de vigilancia. En cuanto consiguió que la magistrada Knight accediera a lo del micrófono, no le quedó más que tender la trampa. McKenna le había comentado ya a la magistrada Knight que conocía a su marido de Fort Plessy, por lo que cuando el senador le habló de llamar por teléfono y conseguir la información, ella sabía que estaba mintiendo.

—O sea que la rapidez mental de la magistrada Knight puede que me haya salvado la vida —comentó Sara.

Chandler asintió.

—Cuanto todo se vino abajo, McKenna supo que Perkins iba a largarse y necesitaría la ayuda de Jordán. Y eso es lo que ha ocurrido. La muerte de Perkins a manos de Jordán no estaba en el plan. Aunque es algo que no me va a quitar el sueño. —Chandler miró a Rufus Harms—. Tendrá que acompañarme usted, pero acabaremos enseguida.

—Quiero ver a mi hermano.

Chandler movió la cabeza con gesto afirmativo.

—Me ocuparé de que pueda ir.

—Iré con usted, Rufus —dijo Fiske.

Cuando se iban hacia la puerta se encontraron con Elizabeth Knight en el vestíbulo.

—Ha hecho usted algo admirable esta noche, magistrada Knight. Imagino lo difícil que ha sido para usted —dijo Chandler.

Elizabeth tendió la mano a Rufus Harms.

—Tal vez no solucione nada diciéndoselo, después de todo lo que ha sufrido usted, señor Harms, pero siento muchísimo todo lo que ha tenido que pasar. Créame, muchísimo.

Él le estrechó la mano cordialmente.

—Sí me soluciona, y mucho, señora. Es algo importante para mí y para mi hermano.

Cuando hubieron pasado la puerta, Elizabeth Knight les miró a todos diciéndoles con toda sinceridad:

—Que Dios les acompañe.

El grupo se dirigió al ascensor. Los tres hombres se metieron en él pero Sara vaciló un momento.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Se cerraron las puertas del ascensor y ella llamó al timbre. Mary le abrió la puerta.

—¿Dónde está la magistrada Knight?

—Se ha retirado a su habitación. ¿Por qué...?

Sara entró sin más y se metió en el dormitorio de Elizabeth. Sentada en la cama, Elizabeth Knight levantó la vista hacia su antigua ayudante. La magistrada tenía el puño cerrado; junto a ella, un frasco de medicamentos vacío.

Sara se acercó lentamente a ella, se sentó a su lado y le cogió la mano. Abrió el puño y las píldoras se esparcieron por la cama.

—Esa no es forma de solucionar las cosas, Elizabeth.

—¿Solucionarlas? —respondió Elizabeth con tono histérico—. Acaban de llevarse mi vida esposada.

—Jordán Knight es quien ha salido por esta puerta. La magistrada Elizabeth Knight está aquí sentada a mi lado. Y es la magistrada que dirigirá el Tribunal Supremo el siglo que viene.

—Sara... —Las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Es un cargo vitalicio. Y le queda a usted mucha vida por delante. —Sara le estrechó la mano—. Me gustaría ayudarla en su tarea, en su importantísima tarea. Si es que me acepta.

Sara abrazó a la mujer, que temblaba.

—No sé si podré... si sobreviviré a todo eso.

—Estoy convencida de que sí. Y no estará sola en ello. Se lo prometo.

Elizabeth devolvió el abrazo a la joven.

—¿Se quedará conmigo esta noche, Sara?

—Me quedaré todo el tiempo que usted quiera.

Como quiera que Josh Harms poseía la Estrella de Plata al valor y la del Servicio Distinguido, tenía derecho a un entierro con honores militares preferentes, los más solemnes que podía alcanzar un soldado de reemplazo, en el cementerio nacional de Arlington. Sin embargo, el representante del ejército con quien había hablado Rufus sobre la ceremonia parecía poco convencido de que fuera conveniente este tipo de ceremonia.

—Le hirieron, salvó a un montón de hombres de su compañía y se ganó una caja llena de medallas —replicó Rufus, con la vista clavada en el uniforme de aquel hombre, en la única hilera de medallas que lucía en él—. Un porrón más de las que lleva usted.

Aquel hombre torció los labios.

—No puede decirse que su expediente sea el más intachable del mundo. Tuvo serios problemas con la autoridad. Por lo que deduzco, ni apreciaba ni respetaba la institución a la que servía.

—¿O sea que usted opina que sería algo irrespetuoso enterrarle ahí arriba con todos los generales?

—Al cementerio no es que le sobre espacio. Me parecería un gesto encomiable reservar esas plazas para los soldados que en realidad se sintieron orgullosos del uniforme que vestían, es todo lo que digo.

—¿A pesar de que se lo ganó? —dijo Rufus.

—Todo eso no se lo discuto. Pero no estoy muy seguro de que su hermano deseara ser enterrado ahí.

—Apuesto a que pasará toda la eternidad chinchando a sus jefazos, aclarándoles lo que piensa de ellos.

—Algo así, imagino —respondió el hombre con sequedad—. ¿Así que estamos de acuerdo? ¿Se ocupará de organizar el entierro en otra parte?

Rufus le dirigió una mala mirada.

—Tendré que pensarlo.

Así pues, en un claro y frío día de octubre, el exsargento Joshua Harms, del ejército de Estados Unidos, fue trasladado para su reposo final al cementerio nacional de Arlington. Desde un determinado ángulo se veía el terreno tan cubierto de cruces blancas que uno tenía la sensación de que habían caído las primeras nieves. En cuanto la guardia de honor disparó las salvas y el corneta inició el toque de silencio, el sencillo ataúd descendió en el hoyo. Rufus y uno de los hijos de Josh recibieron la bandera, doblada en forma de triángulo de manos de un serio y respetuoso oficial, bajo la atenta mirada de Fiske, Sara, McKenna y Chandler.

Un poco más tarde, Rufus se dispuso a rezar ante la tumba de su hermano, reflexionando sobre las personas que estaban enterradas allí, la mayoría muertas por su patria en la guerra. Había hombres y mujeres a los que se había concedido el honor

del descanso final en aquel lugar; los que habían luchado con las armas. Pero para aquellos que seguían la historia a través del Génesis y continuaban por ese camino, como hacía Rufus, los cadáveres allí enterrados podían achacar la guerra a aquel hombre que se llamó Caín y al golpe mortal que descargó contra su hermano Abel.

Cuando terminó su oración, su conversación con el Señor y con su hermano, Rufus se levantó y colocó el brazo alrededor del hombro de su sobrino, al que nunca había visto hasta aquel día. Si bien sentía una profunda tristeza, se encontraba esperanzado. Sabía que su hermano se había ido a un lugar mejor. También sabía que mientras Rufus viviera, Josh Harms no caería en el olvido. Era consciente además de que cuando el Señor lo llamara a él, abrazaría de nuevo a su hermano.

Dos días más tarde enterraban a Michael Fiske en un cementerio privado de las afueras de Richmond. Acudieron al multitudinario funeral todos los magistrados del Tribunal Supremo. Ed Fiske, con un traje pasado de moda, el pelo perfectamente peinado hacia atrás, se encontraba al lado de su otro hijo presidiendo el duelo y recibiendo el pésame de los juristas y gran parte de la élite política y social de Virginia.

Harold Ramsey dedicó un minuto a consolar al padre y luego se dirigió al hijo.

—Le agradezco todo lo que ha hecho, John. Y también el sacrificio de su hermano.

—El definitivo —respondió Fiske en un tono algo hostil.

Ramsey asintió.

—Yo respeto sus opiniones. Espero que usted sea capaz de respetar también las mías.

Fiske le estrechó la mano.

—Supongo que eso es lo que mantiene el mundo en marcha. Al mirar a Ramsey, Fiske pensó en el camino que le quedaba por recorrer a Rufus. Fiske le había animado a que presentara una demanda contra todos los que le vinieran a la cabeza, incluyendo el ejército y Jordan Knight. No existía una reglamentación en cuanto a limitaciones en caso de asesinato, y el subsiguiente encubrimiento orquestado por Jordan y los demás había transgredido un sinnúmero de leyes. No obstante, Rufus había rechazado el consejo de Fiske.

—Todos ellos, aparte de Knight, se encuentran en una situación muchísimo peor de la que podrían tener tras un dictamen judicial —había contestado él—. Tienen ya su verdadero castigo. Y Knight tendrá que vivir con lo que hizo. Para mí es suficiente. No veo razón para liarme con más jueces y tribunales. Solo deseo vivir como un hombre libre, pasar mi tiempo con los hijos de Josh. Ir a visitar la tumba de mi madre. Eso es todo.

Fiske intentó convencerle para que cambiara de parecer, pero al fin se dio cuenta de que aquel hombre tenía razón. En definitiva, pensaba, según los precedentes establecidos por el Tribunal Supremo, tampoco podía presentarse demanda contra el ejército. A menos que Elizabeth Knight se sirviera del caso Barbara Chance para conceder al personal militar los derechos básicos de los que disfrutaban el resto de ciudadanos del país. Y para ello tenía que pasar por encima de Ramsey. Dándole vueltas al asunto, Fiske concluyó que si había alguien capaz de conseguirlo, esa persona era Elizabeth Knight. Pensó que le gustaría convertirse en una mosca para instalarse en una pared del Tribunal Supremo durante los próximos años.

De todas formas, Fiske, con la ayuda de Phil Jansen, el abogado del Tribunal Central Militar, podía solucionarle dos cuestiones a Rufus: el resarcimiento honorable y una pensión militar completa con sus complementos. Después de todo lo que había

pasado, Rufus no se vería obligado a pasar estrecheces para subsistir.

Cuando Fiske había acabado de decidir aquello, se acercaron hacia él Sara y Elizabeth Knight. Aquella trabajaba de nuevo en el Tribunal como ayudante de Knight. La institución recuperaba lentamente la normalidad. Mejor dicho, toda la normalidad de que podía disfrutar con Knight y Ramsey en el mismo edificio.

—Me siento terriblemente responsable de todo lo sucedido —dijo Knight.

Fiske estaba al corriente de que ella y el senador estaban en trámite de divorcio. El gobierno, y el ejército en particular, deseaban mantener el secreto sobre el tema. Se estaba tirando de unos importantes hilos en Washington. Aquello implicaba que, probablemente, Jordán Knight no pagaría con la cárcel lo que había hecho. Incluso a pesar del consentimiento de Elizabeth Knight, los avezados abogados del senador habían cuestionado seriamente las escuchas a las que se había sometido al senador. En una reunión con McKenna, el agente del FBI había contado a Fiske que lo del micrófono había sido una estrategia arriesgada, puesto que no contaban con el consentimiento de una de las partes, si bien a él le había parecido la única solución posible para implicar a Jordán Knight. No obstante, aparte de la grabación, Chandler y McKenna no disponían de prueba alguna para llevarlo ante un tribunal. La idea de que Jordán podía salir impune, llevaba a Fiske a desear hacerle una visita de noche con su nueve milímetros. Sabía, no obstante, que aquel hombre había sufrido y seguiría haciéndolo. El micrófono había jugado su papel. Jordán había dimitido de su escaño en el Senado y, algo más devastador aún, había perdido a la mujer que amaba. Pero le quedaba aún el rancho de Nuevo México. Una prisión de trescientas hectáreas, pensaba Fiske.

—Si alguna vez puedo hacer algo por usted... —le dijo Elizabeth Knight.

—Lo mismo le digo —respondió Fiske.

Medía hora después de que se hubieran retirado los últimos asistentes al acto, Fiske, su padre y Sara observaron cómo retiraban los asientos y la alfombra verde del recinto. Bajaron el ataúd y colocaron la lápida. Pusieron tierra por encima. Fiske les dijo a su padre y a Sara que se verían más tarde en casa de aquel. Observó cómo se alejaban en el coche. Volvió la vista hacia el montón de tierra que había quedado allí y tuvo un sobresalto. Los empleados del cementerio se habían retirado ya pero allí de rodillas, junto a la nueva tumba, con los ojos cerrados y la Biblia en una mano, estaba Rufus Harms.

Fiske se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—¿Se encuentra bien, Rufus? No me había fijado en que seguía aquí.

El hombre ni abrió los ojos ni dijo nada. Fiske se fijó en que movía ligeramente los labios. Un momento después abrió los ojos para mirarle.

—¿Qué hace?

—Rezar.

—Ah...

—¿Y usted?

—¿Y yo, qué?

—¿Ya ha rezado por su hermano?

—No he vuelto a misa desde mi época en el instituto.

Rufus lo agarró por la manga y lo empujó junto a él.

—Pues ya va siendo hora que empiece de nuevo. —Palideció de repente con la vista fija en la sepultura.

—Vamos, Rufus, no le veo la gracia.

—No veo por qué ha de tener gracia el hecho de despedirse. Hable con su hermano y luego con Nuestro Señor.

—No recuerdo ninguna oración.

—No hace falta. Límitese a hablar, con palabras sencillas.

—¿Qué tendría que decir exactamente? Rufus había cerrado otra vez los ojos y no respondió. Fiske echó una mirada a su alrededor para comprobar si les observaba alguien. Volvió de nuevo la cabeza, miró a Rufus, con gesto torpe juntó las manos y, algo avergonzado, las soltó de nuevo. Al principio ni siquiera cerró los ojos, pero poco a poco sus párpados fueron descendiendo por su cuenta. Notó que la humedad del suelo le empapaba el pantalón pero no se movió. Notaba la tranquilizadora presencia de Rufus a su lado. No sabía si podría haber seguido allí sin ella.

Se concentró en todo lo ocurrido. Pensó en su madre y en su padre. Con el dinero del seguro, Gladys Fiske había ido por primera vez en años a la peluquería y había adquirido nuevos vestidos para sentirse más a gusto. Para ella seguía siendo Mike, pero por lo menos recordaba a uno de ellos. Ed Fiske conduciría dentro de poco una nueva furgoneta Ford, una vez pagado el préstamo de la casa. Él y su padre tenían previsto para el año siguiente un viaje para ir a pescar al parque nacional de las Ozark. Podía dar las gracias por un montón de cosas.

Esbozó una sonrisa pensando en Sara, a quien estaba agradecido, pese a los problemas que conllevaba la relación. ¿Cincuenta, sesenta, tal vez llegaría a setenta? ¿Por qué no concederse el beneficio de la duda? Era una vida por delante. Y probablemente muy satisfactoria. Sobre todo si en ella estaba Sara. Ladeó la cabeza y notó el aroma del aire húmedo, el olor de las hojas que se quemaban en alguna parte. El aire llevó hasta él también el llanto de un niño y luego el silencio de los muertos que le rodeaban. Ya más cómodo, se puso en cuclillas, notando con más firmeza el abrazo de la tierra, el tacto frío de esta que ya le parecía agradable.

Por fin, con cierta dificultad, pensó en su hermano. Estaba harto de rencores. Se concentró en la realidad, en la verdad. En su hermano pequeño, una persona por la que hubiera hecho lo que fuera. Recordó el orgullo compartido con su madre y su padre por el excepcional ser humano que juntos habían criado. Por la buena persona que había sido Mike Fiske, a pesar de todos sus defectos, como el resto de la familia. Un hermano que había demostrado con sus actos su respeto hacia John Fiske, el cariño que sentía por él, el amor. Más allá de los dos metros de tierra, de las flores, en el interior del ataúd de bronce, veía con toda claridad el rostro de su hermano, el traje

oscuro con el que lo habían enterrado, su pelo con la raya a un lado, las manos entrelazadas sobre el pecho, los ojos cerrados. Descansaba. En paz. Aquel cuerpo se había paralizado demasiado pronto. La excepcional mente se había apagado sin haber dado todos sus frutos.

No tardó en notar el temblor. El lapso de dos años que John Fiske había impuesto a la fuerza en su relación, no tenía punto de comparación con el que se veía forzado a vivir ahora. Era como si en aquel preciso instante hubiera visto a Billy Hawkins en la puerta informándole de que había muerto la otra media parte de su vida. Aunque no tendría que volver a identificar el cadáver. No tendría que ir en busca de su padre y simular que compartía el dolor con él. No tendría que observar cómo su madre le llamaba por otro nombre. Ni arriesgar su vida para descubrir a los asesinos de su hermano. Aunque sí tendría que hacer algo: le quedaba la tarea más dura.

Notó la quemazón en el pecho, pero no se trataba de la parte interna de la cicatriz. Era un dolor que no iba a acabar con él y, sin embargo, era infinitamente superior al que le habían provocado las dos balas. Todo lo que acababa de descubrir últimamente sobre su hermano no hacía más que resaltar lo injusto que había sido apartándolo de su vida. De haber querido, podía haber captado todo aquello en vida de Mike. Ahora su hermano estaba muerto. John Fiske seguía arrodillado ante su tumba. Mike no iba a volver. Le había perdido. Tenía que despedirse de él y no quería hacerlo. Necesitaba desesperadamente que volviera su hermano. Tenía tantas cosas para hacer con él, tanto amor que transmitirle... Tuvo la impresión de que el corazón iba a estallarle si no sacaba todo aquello.

—¡Dios mío! —exclamó con un profundo suspiro. No podía hacerlo. Notó que el cuerpo le fallaba. Las lágrimas afloraron con tal fuerza que creyó que le sangraba la nariz. Iba a desplomarse cuando una sólida mano le agarró, impidiéndoselo; enseguida notó su cuerpo ligero, frágil, como si hubiera dejado una parte de él en algún lugar. Con los ojos empañados por las lágrimas miró a Rufus. El hombre le sujetaba del brazo, le empujaba hacia arriba. Los ojos, no obstante, seguían cerrados, la cabeza inclinada hacia el cielo; los labios iban moviéndose levemente al ritmo de la plegaria.

En aquellos momentos, John Fiske envidió a Rufus Harms, a un hombre que había perdido también a su hermano, un hombre que en realidad no poseía nada. Pero en el sentido más importante, Rufus Harms era el hombre más rico de la tierra. ¿Cómo podía una persona creer tanto en algo? Sin la sombra de una duda, sin discusión, con todo su corazón.

Mientras Fiske contemplaba el plácido rostro del amigo que tenía al lado, pensó lo maravilloso que tenía que ser estar seguro de que la persona a quien amas está en un lugar mejor, bajo el abrazo y la protección eternas de un bien fenomenal e inexpugnable. Una idea tan reconfortante, en el momento preciso en que uno la necesitaba. ¿Cuántas veces nos ocurría aquello en la vida? La muerte como dicha. La muerte como inicio. Lo que significaba que la vida era al tiempo más y menos

preciada a causa de ello.

Fiske volvió la cabeza para centrar de nuevo la mirada en la tumba, para ver una pálida mano bajo una blanca sábana que se extendía hacia él y luego se retiraba, como un pájaro en busca de alimento. Hundió de nuevo las rodillas en la tierra, cerró los ojos, inclinó la cabeza, juntó firmemente las manos y empezó a hacer las paces. Con su hermano que estaba abajo. Con lo que pudiera encontrarse arriba.

∞



DAVID BALDACCI (Richmond, Virginia, 5 de agosto de 1960). Es uno de los novelistas estadounidenses más vendidos. Baldacci recibió una licenciatura en la Virginia Commonwealth University y una licenciatura en derecho en la Universidad de Virginia. Siendo estudiante, Baldacci escribió cuentos en sus tiempos libres, y más tarde ejerció como abogado durante nueve años, cerca de Washington D. C. Mientras vivió en Alexandria, Virginia, escribió cuentos y guiones de cine sin mucho éxito. Posteriormente, se decidió a escribir una novela, dedicando tres años a la escritura de *Poder absoluto*. Cuando se publicó en 1996, fue un *best-seller* internacional.

David Baldacci ejerce como embajador nacional de la Sociedad Nacional de Esclerosis Múltiple, y participa en numerosas organizaciones benéficas, así como ha formado su propia fundación para la alfabetización, Wish You Well Foundation. Fue criado en Virginia y vive allí (en Vienna) con su esposa, Michelle Baldacci (Mikki), y sus dos hijos. Su primo segundo, John Baldacci, fue gobernador demócrata de Maine desde 2003 hasta 2011.

En 1996, fue publicada su primera novela *Poder absoluto* y se convirtió inmediatamente en un éxito de ventas. Narra la historia de un presidente de ficción estadounidense y sus agentes del Servicio Secreto que están dispuestos a asesinar a diversas personas con el fin de ocultar la muerte accidental de una mujer con la que el presidente estaba teniendo una aventura. Fue llevada al cine en 1997, con las actuaciones de Clint Eastwood y Gene Hackman.

Baldacci ha llegado a publicar otras veinte novelas: *Control total*, *La ganadora*, *La*

pura verdad, Saving Faith, Buena suerte, El último hombre, The Christmas Train, Split Second, El juego de las horas, Camel Club, Los coleccionistas, Una fracción de segundo, Frío como el acero, Toda la verdad, Justicia divina, True Blue, Deliver Us From Evil, Hell's Corner, su último thriller sobre King y Maxwell, *El sexto hombre*, y dos novelas para adolescentes de la serie *Freddy and the French Fries*. También ha publicado una novela corta para los holandeses titulada *Office Hours*, escrita para el *Year 2000 «Month of the Thriller»* de los Países Bajos. Baldacci también es autor de un cuento corto, «*The Mighty Johns*», incluido en una antología de misterio del año 2002.

Las obras de Baldacci han aparecido en numerosas publicaciones, incluyendo *The Washington Post*, *Men's Health*, *Richmond Magazine* y *The Strand Magazine*. También es editor colaborador de la revista *Parade*. Es autor de siete guiones originales y sus obras han sido publicadas en revistas y periódicos de todo el mundo. Todos sus libros se han convertido en *best-sellers* nacionales e internacionales, traducidos a más de 45 idiomas y vendidos en más de 100 países. Más de 110 millones de ejemplares de libros de Baldacci se han distribuido en todo el mundo, haciendo de él uno de los escritores más vendidos de la historia. Quince de las novelas de Baldacci han sido número uno en las listas de *best-sellers*. También ha sido un éxito de ventas en más de 25 países.

Baldacci escribirá el sexto libro de la segunda serie de *The 39 Clues*, *Cahills vs Vespers*, que se publicará en marzo de 2013. Este será su tercer libro para niños después de la serie *Freddy and the French Fries*. Baldacci también ha aparecido en numerosos programas de televisión, incluyendo episodios transmitidos en *The History Channel*, *Discovery Channel* e «*ID Discovery*».